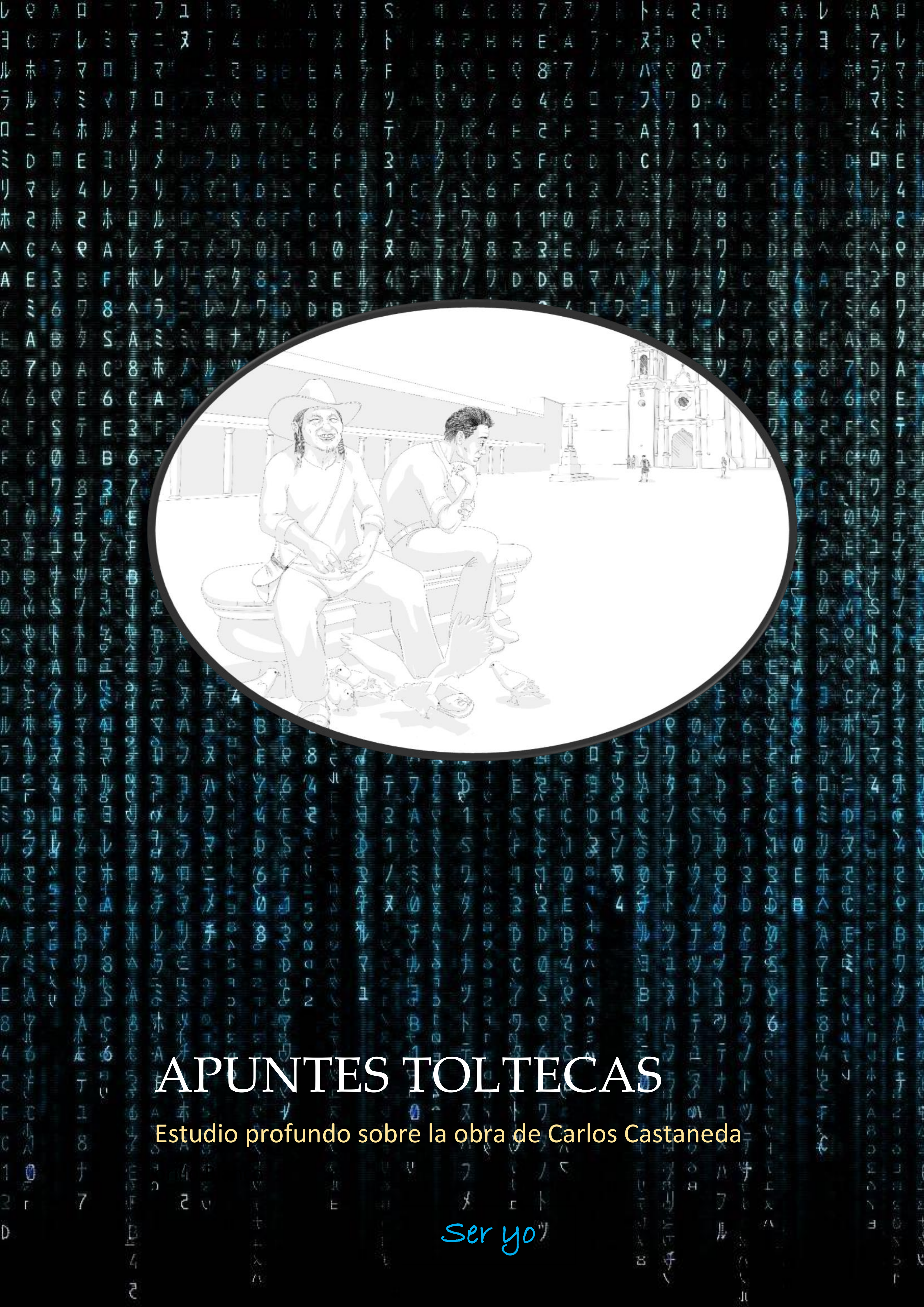


APUNTES TOLTECAS

Estudio profundo sobre la obra de Carlos Castaneda

Ser yo

2018

Texto: Sergio Morillo Blanco.

Ilustraciones: Jesús Carrera Díaz.

INDICE

1. INTRODUCCIÓN

Este es un libro de brujería. Un manual de magia. Podríamos decir que es un escrito de apoyo al aprendiz en el camino al autoconocimiento. Es un libro sobre conocimiento tolteca. Por un lado, las palabras magia y brujería han adquirido a lo largo de los años un tinte oscuro y negativo. En esta obra se usan estas palabras en su sentido de saber oculto, de conocimiento más allá de la información oficial que nos muestran los medios de comunicación. Por otro lado, cuando hablamos de conocimiento tolteca, no nos referimos a la cultura tolteca como civilización que vivió en una época determinada. Nos referimos al significado que le dieron los videntes de la línea de linaje a la que perteneció don Juan Matus (maestro de Carlos Castaneda y auténtico protagonista de esta obra). Según ellos, los toltecas son los guardianes del conocimiento, del saber. Son brujos, videntes que se remontan miles de años en el pasado y que han guardado ese conocimiento, pasándolo de linaje en linaje, manteniendo una línea que llega hasta la actualidad.

Esta es una obra en la que he intentado condensar y sobre todo estructurar toda la información que aparece en la saga de libros del autor Carlos Castaneda.

En esta saga escrita en forma de novela, se podría decir autobiográfica, Castaneda explica su experiencia en el mundo de los brujos toltecas de México y en concreto su extensa relación con Don Juan Matus, su maestro.

Este escrito inicia su andanza con el objetivo de estructurar la información puramente instructiva que se encuentra en esta saga. Mi intención en un principio era realizar unos apuntes a modo de trabajo personal, ya que cada vez que tenía que repasar algún concepto o alguna técnica puramente práctica debía hacer una ardua búsqueda a través de los diferentes libros. La información de las enseñanzas toltecas es circular y está bastante desestructurada. Todos los conceptos están interrelacionados y aparecen dispersos a lo largo de todos los volúmenes, siguiendo un orden a veces cronológico, y a veces condensando en uno de los libros un tema en particular; como es el caso del libro “El arte de ensoñar”.

De hecho, esta estructuración es personal y nace de la necesidad de poder trabajar con los conceptos habitualmente. Por tanto, puede ser de gran ayuda para las personas que ya hayan leído la saga y deseen hacer un trabajo práctico o simplemente repasar todos los conceptos y técnicas que en ella aparecen. Y puede ser de difícil comprensión para los que no hayan leído los libros. Comparto esta estructura desde el corazón con los amantes de la obra de Castaneda, porque entiendo que puede ser de gran utilidad como apoyo a la lectura de los libros, como esclarecedor de términos y sobre todo como orden en el infinito mar de conceptos que encontramos arremolinados y dispersos a través de tan extensa obra.

Sobre todo, me gustaría remarcar que este no es un libro erudito, no es un libro de filosofía, ni es un ensayo literario. Gran parte de la información que encontrareis aquí son las palabras de don Juan Matus, aunque me he tomado la licencia de cambiar la forma verbal, sintaxis y palabras, intentando mantener la esencia de lo que él decía.

Si es cierto que he complementado la información con impresiones personales que derivan de mi propia experiencia con las prácticas toltecas y mi relación con plantitas de poder. La estructura del libro y por ende de las enseñanzas responde en parte a las explicaciones de don Juan durante la obra completa y en parte a una inclinación personal cuando no se ha encontrado ese apoyo en los escritos.

Me gustaría aclarar antes de entrar en el contenido de la obra, que en todo el escrito encontramos la palabra hombre, guerrero, brujo. En casi todos los casos se refiere al género humano, es decir, incluye en su significado tanto a hombre como a mujer. Por tanto, en muchos de los casos estamos hablando también de mujeres, guerreras y brujas. Aparece de esta forma porque intento respetar la forma en que aparecía en los libros de Castaneda. De hecho, como dejó muy claro don Juan en sus enseñanzas, las mujeres son guerreras más poderosas que los hombres y siempre eran más numerosas en los grupos de guerreros que aspiraban a conseguir la libertad total.

Otro motor para la realización de este trabajo es la intención profunda de dar un merecido homenaje a Carlos. Es una forma de agradecerle humildemente el conocimiento que ha puesto al alcance de todos nosotros a través de sus libros. Es un acto de generosidad de tal magnitud, que sólo nos queda la oportunidad y el privilegio de ponerlo en práctica y sumergirnos en toda esa sabiduría.

El mundo no es como pensamos que es, y el abrir nuestra mente a posibilidades más amplias nos puede llevar a una comprensión más cercana a la verdad. Esta verdad que por definición sólo puede ser una, es la que un día nos hará libres. Don Juan decía que los nuevos videntes eran guerreros de la libertad total. Si este escrito puede contribuir de alguna manera a acercarnos a esa libertad, la dedicación habrá merecido la pena.

"El hombre necesita ahora, más que nunca, aprender nuevas ideas, que se relacionen exclusivamente con su mundo interior; ideas de brujo, no ideas sociales; ideas relativas al hombre frente a lo desconocido, frente a su muerte personal. Ahora, más que nunca, necesita el hombre aprender acerca de la impecabilidad y los secretos del punto de encaje." Don Juan Matus

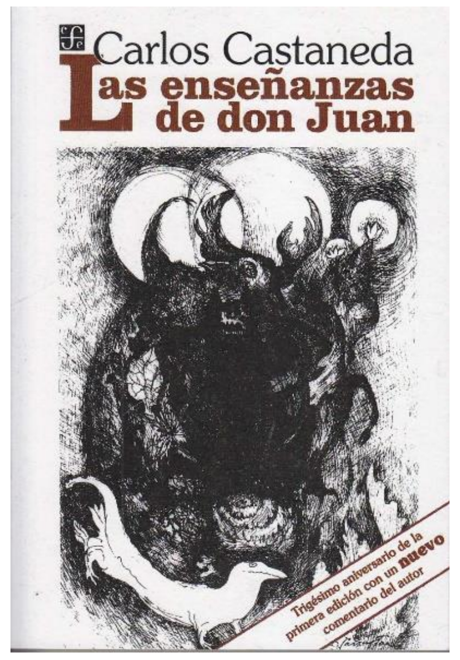
2. LA OBRA DE CASTANEDA

La obra de Castaneda consta de 13 publicaciones. Los cuatro primeros libros tratan de la primera década del aprendizaje de Castaneda con don Juan. Están escritos en forma de diario. La cronología no es exacta, y las fechas están entremezcladas para conseguir una cierta estructura conceptual.

Los siguientes libros hablan de los siguientes años y también de las enseñanzas del lado izquierdo que Carlos no había recordado hasta entonces. Los últimos libros son resumen de toda la saga, con incorporación de algunos conceptos nuevos como por ejemplo los pases mágicos.

Aquí tenéis la obra completa escrita por Castaneda en orden estricto de publicación, y con una pequeña explicación de lo que podéis encontrar en cada uno de los ejemplares:

1. ***Las enseñanzas de don Juan (1968)***



En este primer libro Castaneda explica básicamente sus experiencias con las plantitas de poder (honguitos o psilocibe, datura o yerba del diablo y peyote)

Las fechas de su diario comienzan en 1961 y acaban en 1965.

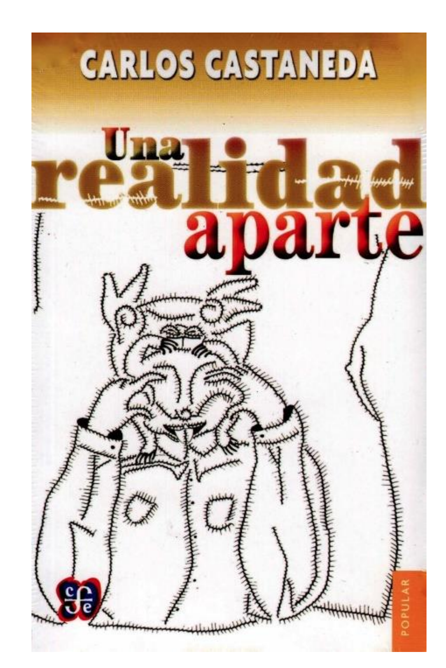
Son experiencias separadas en el tiempo y sin mucha comprensión de las mismas por parte del autor.

Esta primera entrega fue todo un hito para el movimiento Jipi de los 60, fue un libro que hablaba de los alucinógenos como medio para llegar al conocimiento o sabiduría. A diferencia del concepto de que las drogas son sólo una manera de diversión o evasión de la realidad.

Don Juan muestra a Castaneda también algunos conceptos interesantes como son:

- Qué es un hombre de conocimiento.
- Los 4 enemigos naturales.
- El camino con corazón.

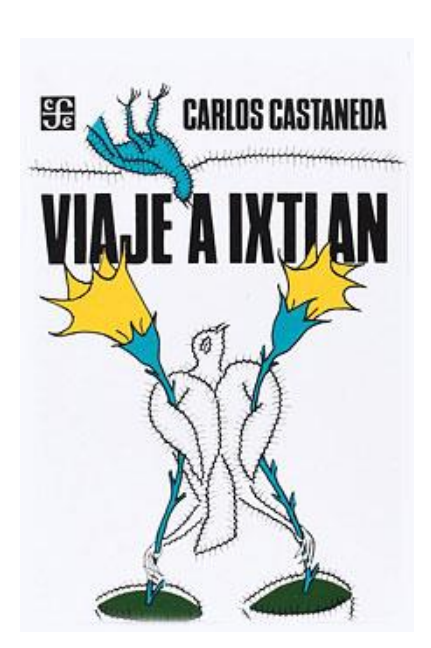
2. *Una realidad aparte (1971)*



En esta segunda entrega, Castaneda explica en el prólogo como conoció a don Juan.
Este escrito se basa casi en su totalidad en la explicación del concepto de ver.
Las fechas del diario comienzan en 1960 y acaban en 1970. Aquí también encontramos algunas experiencias de Castaneda con los honguitos y su encuentro con el Guardián del umbral.

Conceptos interesantes:
-Resguardos de un brujo en el camino de conocimiento.
-Parar el diálogo interno
-Explicaciones de cómo confrontar al aliado.
-Los ocho puntos en el cuerpo del hombre.

3. *Viaje a Ixtlán (1973)*



En este libro sobre todo se expone con bastante profundidad el Camino del Guerrero.

La cronología del diario va de 1960 a 1971.

Conceptos de interés:

-No hacer

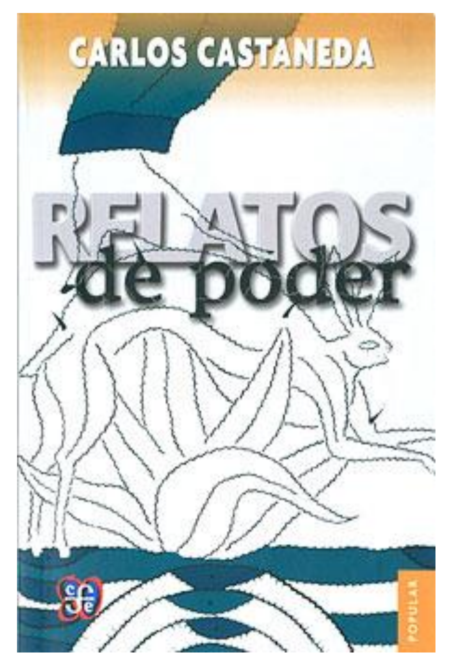
-El anillo de poder del brujo

-Centímetro cúbico de suerte

Carlos logra parar el mundo en las montañas observando al escarabajo. Habla con el coyote.

Don Genaro explica su viaje a Ixtlán (su encuentro con el aliado) y que para el guerrero que ve, el mundo ya nunca será el mismo.

4. *Relatos de poder (1975)*

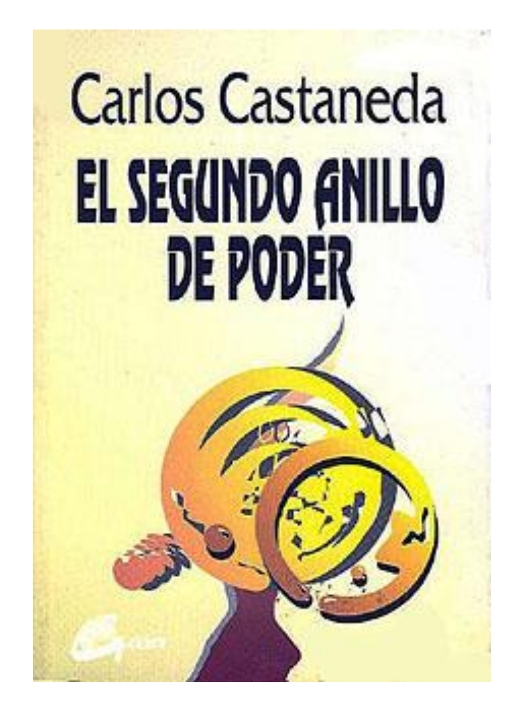


1971, Castaneda regresa después de varios meses sin ver a don Juan. Castaneda le deja ver su libro (las enseñanzas de don Juan).

Contenido del libro:

-Soñar y el doble
-La explicación de los brujos.
-Tonal y Nagual.
-Estructura de las enseñanzas de don Juan.
-Salto al abismo de Castaneda y sus compañeros.

5. *El segundo anillo de poder (1977)*



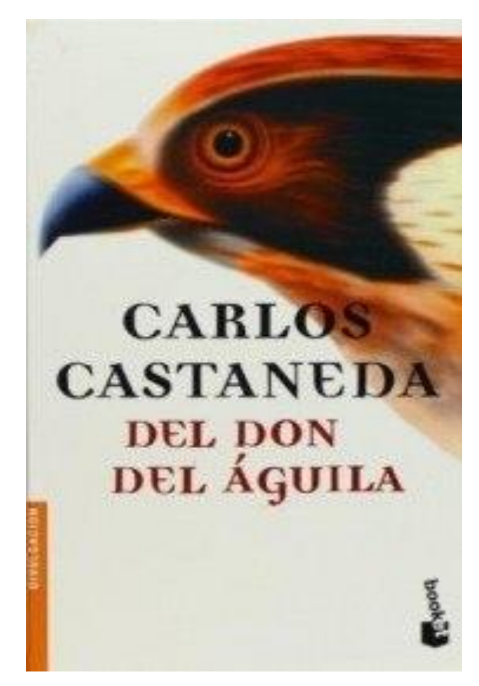
Castaneda regresa a México después del salto al abismo para encontrarse con Pablito y Néstor, buscando ayuda para resolver sus conflictos.

Conoce a la Gorda y esta le explica todo lo que ha aprendido de don Juan. Ya no hay cronología, deja de poner las fechas en el diario.

Contenido:

-Encuentro con Doña Soledad.
-Saldar la deuda con el espíritu del hombre.
-Estar vacío o tener plenitud.
-Los Aliados
-El molde del hombre.
-Perder la forma humana.
-Soñar.
-Acechar las propias debilidades.

6. *El don del Águila (1981)*

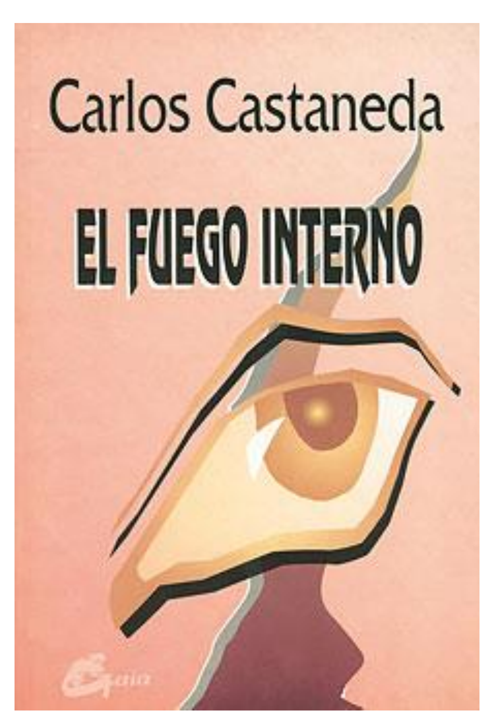


En esta entrega Castaneda junto a la gorda luchan por recordar todo lo aprendido en las enseñanzas para el lado izquierdo. Ensueñan juntos y se enfrentan a los aliados de don Juan y don Genaro.

Contenido:

-La regla del Nagual.
-Florinda enseña a Castaneda los primeros siete principios del acecho.
-Las seis proposiciones explicatorias.

7. *El fuego interno (1984)*

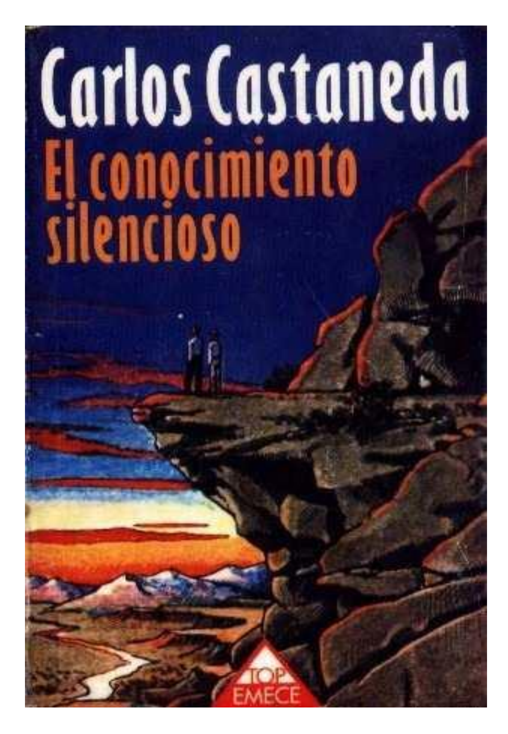


En este libro Castaneda nos habla de las enseñanzas de su maestro y otros brujos veteranos en el lado izquierdo de la conciencia, o conciencia acrecentada. Debido al hecho de que las experiencias narradas tuvieron lugar en estados alterados de conciencia, no pueden tener la trama de la vida cotidiana como los primeros libros.

Contenido:

-Estar consciente de ser.

8. *El conocimiento silencioso (1987)*

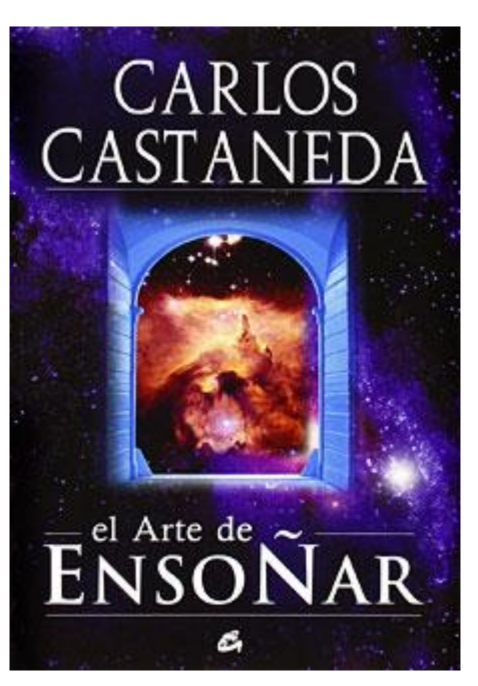


En este libro don Juan habla del conocimiento silencioso, de la importancia del vínculo con el Intento de los brujos.

Contenido:

-Los centros abstractos de la brujería.
-Intento.
-Acecho.

9. *El arte de ensoñar (1993)*

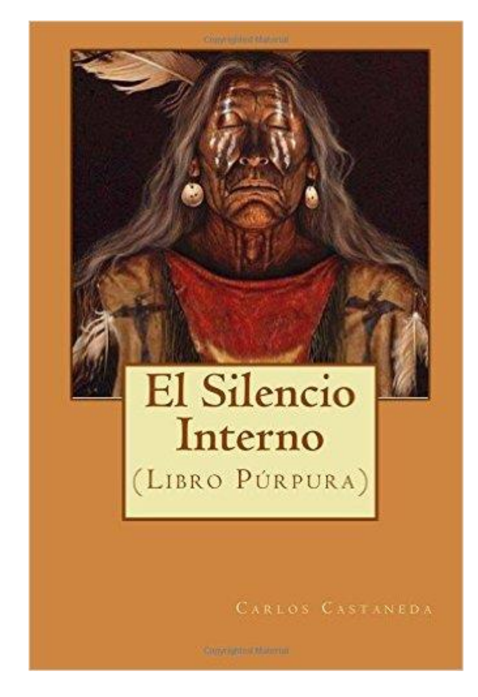


Libro que condensa las enseñanzas recibidas por Castaneda sobre el ensueño y sus descubrimientos personales.

Contenido:

-El mundo de los seres inorgánicos.
-Trato de Castaneda con el Inquilino y el regalo de poder.
-Volar en alas del Intento.

10. El silencio interno (1996)

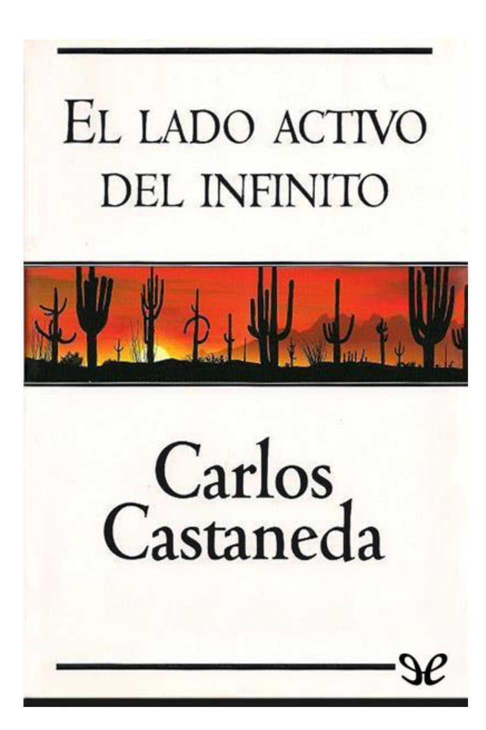


Es un libro corto que hace referencia a varios conceptos y los explica de manera resumida. Aparecen en escena los pases mágicos, pasos de poder que no habían aparecido en ninguno de los libros.

Contenido:

- Los pases mágicos
- El centro de decisiones
- Recapitulación
- Ensueño
- El silencio interno

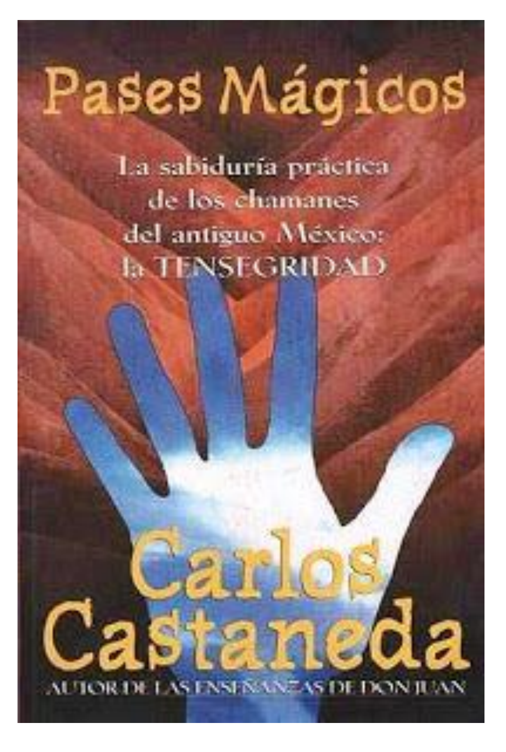
11. El lado activo del infinito (1999)



Don Juan explica a Castaneda la importancia de que el guerrero abandone el mundo, se vacíe y así sólo refleje el infinito. Una de las formas de hacerlo, es recopilar los sucesos memorables de su vida. Sólo estos que son impersonales y puedan reflejar el vacío del absoluto.
Expresa la importancia de la recapitulación y del silencio interno.

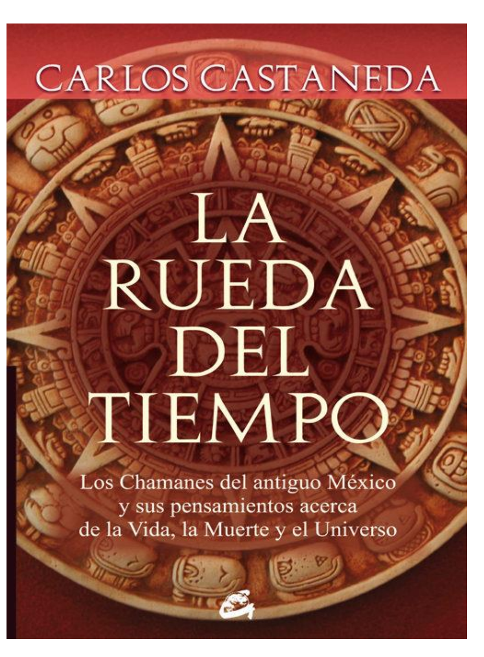
- Oscuro mar de la conciencia
- Mundos gemelos
- Concepto del guerrero
- El cuerpo energético
- Los voladores o mente foránea.

12. Los pases mágicos (1999)



En esta obra Castaneda nos presenta los pases mágicos. Es un libro eminentemente práctico. Se compone casi en su totalidad de fotografías acompañadas de explicaciones de cómo deben ejecutarse estos pasos o movimientos de brujería. Al principio del libro nos encontramos con una síntesis interesante del conocimiento de los chamanes del México antiguo.

13. La rueda del tiempo (2000)



Es un libro de recopilación de citas de don Juan. Son citas transcritas literalmente de los libros anteriores.

Hay citas ordenadas por los diferentes libros, empezando por las enseñanzas de don Juan y acabando por el silencio interno. Después de cada serie de citas hay un comentario del autor.

También encontramos cómo Florinda enseñó a Carlos un tipo de recapitulación mucho más sofisticada.

3. SECUENCIA Y ESTRUCTURA PARA LLEGAR A SER HOMBRE DE CONOCIMIENTO

En el libro *Relatos de Poder* don Juan explica a Castaneda cuál ha sido la estructura de todas sus enseñanzas. Carlos queda estupefacto, él pensaba que el viejo le había jugado malas pasadas y le había enseñado las cosas de manera desestructurada y aleatoria. Y aquí descubre la maravillosa complejidad de las enseñanzas toltecas y como la estructura de las mismas pasa de linaje en linaje, con pequeñas variaciones personales de cada maestro, pero en esencia el mapa es el mismo.

El maestro va introduciendo conceptos y técnicas a su debido tiempo, sin dar una visión global de la enseñanza. El aprendiz no sabe realmente que está haciendo ni hacia dónde va. Es sólo en el momento indicado que el maestro desvela todo el mapa completo.

He utilizado esta estructura cómo pilar e índice de la obra. Todos los conceptos que aparecen aquí secuenciados, se tratan por separado de manera extensa y profunda en los capítulos siguientes. De esta manera las palabras que aparecen en negrita y cursiva que se refieren a los conceptos y técnicas más importantes podemos encontrarlas fácilmente en los siguientes capítulos y también en los dos últimos, dedicados exclusivamente a las técnicas prácticas y a las definiciones de los términos.

Sin más dilación vamos allá con la estructura del aprendizaje según don Juan:

- Un maestro nunca busca aprendices y nadie puede solicitar las enseñanzas. El aprendiz siempre lo señala un augurio, el Poder mismo.

- Una vez enganchado, empieza la instrucción. La gorda (aprendiz de don Juan) decía que en el conocimiento es necesario enganchar a los hombres. A las mujeres no. Las mujeres entran libremente en todo. En ello radica su poder y su desventaja. Los hombres deben ser guiados y las mujeres, contenidas.

- El primer acto del maestro es introducir la idea de que el mundo que creemos ver es sólo una visión, una descripción del mundo. Esta idea se instaura en el aprendiz mediante todas las técnicas y ejercicios para parar el dialogo interno (***la forma correcta de caminar*** muy importante).

- El maestro debe enseñar al aprendiz otra posibilidad, todavía más sutil: la posibilidad de actuar sin creer, sin esperar recompensa; de actuar sólo por actuar.

- ***Parar el dialogo interno*** es, sin embargo, la llave del mundo de los brujos. El resto de las actividades son sólo apoyos; lo único que hacen es acelerar el efecto de parar el dialogo interno. Hay dos actividades o técnicas principales usadas para acelerar ese cese del dialogo interno: ***borrar la historia personal y ensoñar***. El efecto de estas dos técnicas es devastador si se ejecutan en su totalidad.

- Engañar al ***tonal*** con subterfugios para que no se dé cuenta de que está cediendo terreno al silencio interno y sus prácticas. En el caso de Don Juan y Castaneda, el viejo le hace enfocar la atención en una pseudotarea, aprender a ***ver***, y así logra dos cosas. Primero, bosqueja el encuentro directo con el *nagual*, sin mencionarlo, y segundo, le lleva a considerar los verdaderos puntales de sus enseñanzas como asuntos sin importancia. ***El borrar la historia personal y el ensoñar*** nunca fueron para él tan importantes como el ***ver***, cuando eran la base del aprendizaje.

- Borrar la historia personal y soñar deberían ser sólo una ayuda. Lo que un aprendiz necesita para apuntalarse es la sobriedad y la fuerza. Por eso el maestro habla del ***camino del guerrero***, o vivir como un guerrero. Ésa es la goma que pega todas las partes del mundo de un brujo. El maestro debe forjarla y desarrollarla poco a poco. Sin la solidez y la serenidad del camino del guerrero no hay posibilidad de resistir la senda del conocimiento.

- Para aprender el camino del guerrero la atención del aprendiz debe atraparse para que no se desvíe. Una buena manera es sacando a la persona de sus circunstancias ordinarias. Al estar realizando cosas de las que no conoce la clave, tiene que enfocar la atención en todo lo que el maestro hace.

- Para ayudar a borrar la historia personal, se enseñan otras tres técnicas: ***perder la importancia, asumir la responsabilidad, y usar a la muerte como consejera*** (que forman parte del camino del guerrero). La idea es que, sin el efecto benéfico de esas técnicas, el borrar la historia personal hace del aprendiz un individuo tornadizo, evasivo e innecesariamente dudoso de sí y de sus acciones. Todos tenemos una reacción natural en momentos de

tensión, frustración y desencanto. Puede ser la ira, la autocompasión… aunque no se da cuenta, el aprendiz debe trabajar como loco para hacer de ése un sentimiento natural. Es un esfuerzo inmenso para establecer eso como un detalle de su inventario. Ese sentimiento es el testigo de todo cuanto hace el aprendiz. Lo lleva en la punta de los dedos listo para aconsejarle. El guerrero considera a la muerte un consejero más tratable, que también puede llevarse a ser el testigo de todo cuanto uno hace; igual que la compasión por uno mismo o la ira. Aprendemos a tenernos lastima o a aconsejarnos por la ira, pero también podemos aprender a sentir nuestro fin inminente y así aprender a tener en la punta de los dedos la idea de nuestra muerte. Como consejero, la autocompasión o la ira no son nada comparados con la muerte.

- En este momento, parece que hay una aparente contradicción en la idea de cambio; por una parte, el mundo de los brujos pide una transformación drástica, y por otra, la explicación de los brujos dice que ***la isla del tonal*** (ver tonal y nagual) está completa y que ni un solo elemento puede quitarse de ella. El cambio, pues, no significa eliminar nada, sino más bien alterar el uso asignado a dichos elementos. La ira por ejemplo, no hay manera de librarse de eso de una vez por todas; tiene un sitio y un carácter definidos en la isla del tonal, una fachada definida que se puede identificar. Así; cada vez que se presenta la ocasión, la ira se activa. Tiene historia. Si cambias entonces su fachada, habrás cambiado su sitio de prominencia. La fachada se cambia alterando el uso de los elementos de la isla. Tomemos de nuevo el ejemplo de la ira. Te era útil porque te sentías importante y digno de mejores condiciones, de mejor trato, o bien porque no deseabas asumir responsabilidad por aquello que te despertaba la ira, o porque eras incapaz de hacer que la idea de tu muerte atestiguara tus actos y te aconsejara. *Borrar la historia personal, y sus tres técnicas compañeras, son los medios que usa el brujo para cambiar la fachada de los elementos de su isla.*

  Por ejemplo, al borrar tu historia personal, le quitas el uso a enfadarte; para que el enfado funcione tienes que sentirte importante, irresponsable, inmortal. Cuando esos sentimientos se alteran en alguna forma, ya no te es posible enfadarte.

  Eso mismo vale para todos los elementos de la isla. Sin usar esas cuatro técnicas, jamás lograrías cambiarlos. Pero cambiar fachadas significa sólo que uno ha asignado un sitio secundario a un elemento antes importante. La ira sigue siendo un detalle de tu isla; seguirá allí, relegada a un segundo plano, igual que la idea de tu muerte, o tu humildad, o la responsabilidad por tus actos, estaban allí, sin usarse nunca.

- Una vez presentadas todas esas técnicas, el aprendiz llega a una encrucijada. Según su sensibilidad, hacía una de las dos cosas. Toma en lo que valen las recomendaciones y los consejos de su maestro, actuando sin esperar recompensa, o bien toma todo como un chiste o una aberración. Si el aprendiz no es capaz de usar las cuatro técnicas para limpiar la isla del tonal, cosa que le llevaría con el nagual, se hace necesaria la ingesta de ***plantas de poder*** para sacudirlo. Pero en realidad no serían necesarias de poner en práctica las técnicas. Realmente las transformaciones y los descubrimientos significativos de los brujos siempre se realizan en estados de sobriedad consciente.

  Las plantas de poder abren al aprendiz al detener su visión del mundo. En este aspecto, las plantas de poder tienen el mismo efecto sobre el tonal que la forma correcta de andar. Ambas cosas lo inundan de información y fuerzan el diálogo interno a detenerse. Las plantas son excelentes para eso, pero muy costosas. Causan al cuerpo un daño incalculable. Ésa es su desventaja. Aunque hay diferentes espíritus en las plantas y no todas afectan al cuerpo de la misma manera. Don Juan hablaba de que una de las más dañinas era *la yerba del diablo*.

  Algunos aprendices necesitan una gran cantidad de coerción para molestarse en hacer cualquier cosa. Sobre todo, cuando creen ser inmortales, son arrogantes y no tienen respeto ni por su vida ni por su muerte.

  Don Juan explicaba que describir como él hacía a las plantitas en términos de cualidades antropomórficas, y referirse a ellas como si poseyeran personalidad, era un medio para desviar la atención del aprendiz del verdadero propósito, que era detener el dialogo interno.

  Esas plantas llevan al aprendiz directamente al nagual, y allí puede encontrar al ***aliado***, porque éste es un aspecto del nagual. Funcionamos exclusivamente en el centro de la razón, sin importar quienes somos ni de dónde venimos. La razón puede naturalmente responder en una u otra forma por todo lo que ocurre dentro de su visión del mundo. El *aliado* es algo que se halla fuera de esa visión, fuera del terreno de la razón. El aliado se puede atestiguar solamente en el centro de la ***voluntad*** en momentos en que nuestra visión ordinaria se ha parado, por ello, el aliado es propiamente del nagual. Los brujos, sin embargo, pueden aprender a percibir al aliado en una forma de lo más intrincada, y al hacerlo así, se meten demasiado adentro en una nueva visión. Así que, para proteger al aprendiz de ese destino, Don Juan no recalcaba el *aliado* como los brujos lo hacen. Decía que los brujos, al usar su *voluntad*, han logrado ampliar sus visiones del mundo. Pero los brujos antiguos jamás rompieron las barreras de sus enormes visiones y por eso

jamás llegaron a ***la totalidad de sí mismos***, aunque sabían que existía. No era que viviesen vidas aberradas, tratando de agarrar cosas más allá de su alcance; sabían que habían perdido la ocasión y que sólo a la hora de su muerte se les revelaría el misterio total. La brujería les había permitido echar sólo un vistazo, pero nunca les dio el verdadero medio de llegar a esa esquiva totalidad de uno mismo.
La clave está en dar lo suficiente de la visión de los brujos sin permitir que el aprendiz se enganche. Decía Don Juan que, si uno hace encarar dos visiones, la una contra la otra, puede escurrirse entre ambas y llegar al mundo real. Se refería a que sólo puede llegarse a la totalidad de uno mismo cuando uno tiene bien entendido que el mundo es simplemente una visión, sin importar que esa visión pertenezca al hombre común o a un brujo. Aquí es donde Don Juan se aparta de la tradición Tolteca. Tras una lucha de toda su vida ya sabe que lo importante no es aprender una nueva descripción, sino llegar a ***la totalidad de uno mismo.***

- Hay que llegar al nagual sin maltratar el tonal, y sobre todo, sin dañar el cuerpo. El aprendiz toma esas plantas siguiendo los designios del poder, pero sin sumergirse en ellas, se detiene cuando ya ha juntado suficientes visiones del nagual. Esa es la razón por la que Don Juan nunca quería discutir los encuentros de Castaneda con las plantas de poder, ni dejarle hablar como loco de ellas; no venía al caso tratar de hablar de lo que no se puede hablar. Esas fueron verdaderas excursiones al nagual, a lo desconocido. Don Juan no quería recalcar esas experiencias ni explicarlas, él argumentaba que meterse en explicaciones les pondría de nuevo donde no querían estar; arrojados dentro de una visión del mundo, esta vez una visión mucho más amplia.

- Don Juan decía que una vez detenido el dialogo interno del discípulo por el efecto de las plantas de poder, surgía un obstáculo invencible. El aprendiz empezaba a reconsiderar y a tener dudas de todo su aprendizaje. En opinión de don Juan, hasta el discípulo más ferviente sufría en ese punto una grave pérdida de interés.

  Las plantas de poder sacuden el tonal y amenazan la solidez de toda la isla. A estas alturas el aprendiz se retira, lo cual es una cosa muy sana; y quiere salir de todo el enredo. También a estas alturas es cuando el maestro coloca su trampa más artera, ***el adversario que vale la pena.*** Esta trampa tiene dos propósitos. Primero, hace que el maestro atrape a su aprendiz, y segundo, hace que el aprendiz tenga un punto de referencia para su uso. La trampa es una maniobra, que trae a la arena al adversario que vale la pena. Dice don

Juan que sin la ayuda de un adversario así, que no es en realidad un enemigo sino un adversario totalmente dedicado, el aprendiz no tiene posibilidad de continuar en la senda del conocimiento. El mejor de los hombres saldría corriendo a estas alturas si de él dependiera la decisión. Don Juan trae a Castaneda el mejor guerrero que puede encontrar, una bruja llamada la Catalina.

- En este punto, el maestro usa al adversario para forzar al aprendiz a hacer la decisión de su vida. El aprendiz debe escoger entre el mundo del guerrero y su mundo ordinario. Pero no hay decisión posible si el aprendiz no entiende lo que tiene que decidir; por eso, el maestro debe tener una actitud enteramente paciente y comprensiva y debe guiar al aprendiz, con mano firme, a que elija el mundo y la vida del guerrero. Don Juan consigue esto pidiendo a Castaneda que le ayude a vencer a la Catalina. Le dice que está a punto de matarle y que necesita su ayuda para librarse de ella. Le advierte de las consecuencias de su decisión y le da tiempo suficiente para saber si lo hará o no.

- Todo cuanto se requiere del aprendiz es que deje que su tonal se dé cuenta de haber decidido unirse al mundo de los brujos. El tonal no sabe que las decisiones están en el terreno del nagual. Cuando creemos decidir, no hacemos más que reconocer que algo más allá de nuestra comprensión ha puesto el marco de nuestra decisión, y todo lo que nosotros hacemos es consentir.

- Una vez el aprendiz toma la decisión de unirse al mundo de los brujos, el maestro le da una labor pragmática, una tarea que cumplir en la vida cotidiana. La tarea, planeada de acuerdo a la personalidad del aprendiz, suele ser una especie de situación vital traída de los cabellos, en la cual el aprendiz debe meterse como medio de afectar permanentemente su visión del mundo.

- Una vez que el aprendiz ha recibido su tarea de brujería, está listo para otra clase de instrucción. Es entonces un guerrero. En este momento el maestro introduce las tres técnicas que ayudan a soñar: ***romper las rutinas de la vida, la marcha de poder, y no hacer.*** Si el guerrero no ejecuta con regularidad y toma en serio estas técnicas, el maestro sigue atiborrándole con plantitas de poder. Don Juan apartó deliberadamente la atención de *soñar* de Castaneda, haciéndole creer que el problema importante era una actividad muy difícil

que él llamaba no hacer, juego perceptual que consistía en enfocar la atención en partes del mundo comúnmente pasadas por alto, como las sombras de las cosas. Su estrategia fue la de destacar el no hacer imponiendo un estricto secreto a ese respecto. No hacer es, como todo lo demás, una técnica muy importante, pero no es el asunto principal. Al aprendiz le embauca el secreto. Romper las rutinas, el paso de poder y no hacer son avenidas para aprender nuevas maneras de percibir el mundo; maneras que dan al guerrero un anticipo de posibilidades increíbles de acción. La opinión de Don Juan era que el tener conciencia de que el mundo del "soñar" es independiente y pragmático, se hace posible por el uso de aquellas tres técnicas. Soñar es una ayuda práctica que los brujos inventaron. No eran tontos; sabían lo que estaban haciendo y buscaron la utilidad del nagual entrenando a su tonal para que se dejara ir por un momento, por así decirlo, y luego volviera a agarrarse. Soñar es, por supuesto, la corona del esfuerzo de los brujos, el uso máximo del nagual.

- En este momento, es cuando el Espíritu trae al guerrero, si este ha sido impecable, un benefactor. En general, el trabajo del benefactor es guiar al guerrero al nagual. Pero aquí tenemos una pregunta importante ¿qué cosa es guiada al nagual? Castaneda y don Juan debatían sobre el tema:

  -¿la razón?, dijo Castaneda

  -No, la razón no tiene ningún sentido aquí, la razón se raja apenas sale de sus límites estrechos y seguros.

  -Entonces es el tonal –dijo

  -No, el tonal y el nagual son las dos partes innatas de nosotros mismos, no pueden llevarse el uno al otro.

  -Finalmente dijo: ¿La percepción?

  -¡Exacto! Gritó como si Carlos fuera un niño dando una respuesta correcta.

- En este punto, es cuando el maestro trae a escena lo que dicen es una explicación muy importante y fundamental para el guerrero. Aunque don Juan desconcierta a Castaneda diciéndole que es una explicación que en realidad no explica nada… Estar listo para esta explicación es algo muy difícil de lograr, no debería serlo, pero insistimos en entregarnos a la visión del mundo que hemos tenido toda la vida. En esto todos nos parecemos, unos nos escondemos detrás de nuestra timidez, otros de nuestro mal humor,

otros de una irresistible personalidad, o del engreimiento y las palabras. Todas son visiones que parecen invencibles, y que mientras persistamos en usarlas, nuestras burbujas de percepción no habrán sido despejadas y la explicación no tendrá sentido.

Se trata de ***la explicación de los brujos***, que don Juan explicaba así:

Los brujos dicen que estamos dentro de una burbuja. En una burbuja en la que somos colocados en el instante de nuestro nacimiento. Al principio está abierta, pero luego comienza a cerrarse hasta que nos ha sellado en su interior. Esa burbuja es nuestra percepción. Vivimos dentro de esa burbuja toda la vida. Y lo que presenciamos en sus paredes redondas es nuestro propio reflejo.

La cosa reflejada es nuestra visión del mundo. Esa visión es, primero una descripción, que se nos da desde el instante en que nacemos hasta que toda nuestra atención queda atrapada en ella y la descripción se convierte en visión.

La tarea del maestro consiste en reacomodar la visión, a fin de preparar al ser luminoso para el momento en que el benefactor abre la burbuja desde afuera.

La burbuja se abre para permitir al ser luminoso una visión de su totalidad. Naturalmente, esto de llamarla burbuja es sólo una manera de hablar, pero en este caso es exacta.

La delicada maniobra de llevar a un ser luminoso a la totalidad de uno mismo requiere que el maestro trabaje desde adentro de la burbuja y el benefactor desde afuera. El maestro reorganiza la visión del mundo, don Juan llamaba a esa visión la isla del tonal. Decía que todo lo que somos se encuentra en esa isla. La explicación de los brujos dice que la isla del tonal está hecha por nuestra propia percepción, que ha sido entrenada a enfocarse en ciertos elementos; cada uno de esos elementos y todos juntos forman nuestra visión del mundo.

El trabajo del maestro, en lo referente a la percepción del aprendiz, consiste en reordenar todos los elementos de la isla en una mitad de la burbuja. Limpiar y reordenar la isla del tonal significa reagrupar todos sus elementos en el lado de la razón. La tarea del maestro es desarreglar la visión ordinaria del aprendiz, no para destruirla sino para forzarla a ponerse en el lado de la razón.

El arte del maestro es forzar al discípulo a agrupar su visión del mundo en la mitad derecha de la burbuja. Ese es el lado del tonal. El maestro siempre

se dirige a ese lado, y al presentar a su aprendiz, por una parte, *el camino del guerrero*, lo obliga al raciocinio, a la sobriedad, a la fuerza de carácter y de cuerpo; y al presentarle, por otra parte, situaciones inimaginables pero reales, que el aprendiz no puede abarcar, lo obliga a reconocer que su *razón*, por más maravillosa que sea, sólo puede cubrir una zona pequeña. Una vez enfrentado con su incapacidad de razonarlo todo, el guerrero hará hasta lo imposible por reforzar y defender su *razón* derrotada, y para lograr tal efecto reunirá en torno a ella todo cuanto tiene. El maestro se ocupa de ello, amartillándolo sin piedad hasta que toda su visión del mundo está en una mitad de la burbuja. La otra mitad, la que queda limpia, puede entonces ser reclamada por algo que los brujos llaman la *voluntad.*

Aquí es donde entra el benefactor que abre la burbuja en el lado despejado. Una vez roto el sello, el guerrero nunca vuelve a ser el mismo. Tiene ya el dominio de su totalidad. La mitad de la burbuja es el centro máximo de la *razón*, el tonal. La otra mitad es el centro máximo de la *voluntad*, el nagual. Ese es el orden que debe prevalecer; cualquier otro acomodo es absurdo y maligno, porque va en contra de nuestra naturaleza; nos roba nuestra herencia mágica y nos reduce a nada.

- Aquí sólo queda un asunto para terminar. Los brujos lo llaman *el secreto de los seres luminosos*, y se trata del hecho de que somos perceptores. Los hombres y todos los otros seres luminosos que hay sobre la tierra somos perceptores. Ésa es nuestra burbuja, la burbuja de la percepción. Nuestro error es creer que la única percepción digna de reconocerse es lo que pasa por nuestra razón. Los brujos creen que la razón es sólo un centro y que no debería dársele tanto revuelo.

El misterio, o el secreto, de la explicación de los brujos tiene que ver con el acto de ***abrir las alas de la percepción***. No hay manera de llegar a la explicación de los brujos a menos que uno haya usado voluntariamente el tonal para dar sentido a las propias acciones que uno ejecuta en el nagual. Otra manera de aclarar todo esto es decir que la visión del tonal debe prevalecer si uno quiere usar el nagual como lo usan los brujos. El orden de nuestra percepción es el dominio exclusivo del tonal; sólo allí pueden nuestras acciones tener continuidad; sólo allí son como escaleras en las que uno puede contar los peldaños. No hay nada por el estilo en el nagual, por ello, la visión del tonal es una herramienta, y como tal no es sólo la mejor

herramienta, sino la única que tenemos. En un momento puede producirse lo que se llama *desplegar las alas de la percepción,* es imposible explicar lo que sucede en ese momento. Basta decir que las alas de la percepción tocan la totalidad. Uno va y viene del nagual al tonal una y otra vez. La percepción abre sus alas cuando algo en nosotros se da cuenta de nuestra verdadera naturaleza. Somos un *racimo.*

- Esta es la *Explicación de los brujos.* El nagual es lo impronunciable (Dios, Tao…). Todos los sentimientos y todos los seres, y todos los unos mismos que son posibles flotan en él para siempre, como barcas, apacibles y constantes. Entonces la goma de la vida pega a algunos de ellos. Lo mismo hicimos todos cuando nos adentramos en lo desconocido. Cuando la goma de la vida pega a esos sentimientos se crea un ser, un ser que pierde el sentido de su verdadera naturaleza y se ciega con el brillo y el clamor del área dónde están los seres: *el tonal.* Un ser entra en el tonal una vez que la fuerza de la vida ha unido los sentimientos que se necesiten. Don Juan decía que el tonal empieza al nacer y termina al morir; lo dijo porque sabía que, apenas la fuerza de la vida deja el cuerpo, todos esos pedazos aislados que forman el racimo se desintegran y regresan al sitio de donde vinieron: *el nagual.* Lo que un guerrero hace al viajar a lo desconocido se parece mucho a la muerte, excepto que su racimo de sentimientos aislados no se desintegra, sino que se expande un poco sin perder su unión. En la muerte, sin embargo, todos se hunden en lo profundo y se mueven por su propia cuenta, como sí nunca hubieran sido una unidad.

- No hay manera de referirse a lo desconocido. Uno sólo puede presenciarlo. La explicación de los brujos dice que cada uno de nosotros tiene un centro desde el cual podemos presenciar el nagual: ***la voluntad.*** Así un guerrero puede aventurarse en el nagual y dejar que su racimo se organice y reorganice de todas las formas posibles. Don Juan decía que la expresión del nagual es un asunto personal. Con eso quería decir que depende del guerrero mismo dirigir la organización y reorganización de ese racimo. La forma humana o el sentimiento humano es el arreglo original; probablemente para nosotros, esa es la forma más dulce de todas las formas; sin embargo, hay un número infinito de formas alternas que el racimo puede adoptar. Decía que un brujo puede adoptar la forma que quiera. Eso es cierto. Un brujo que está en posesión de la totalidad de si mismo puede dirigir las partes de su racimo para que se unan en cualquier forma concebible. La fuerza de la vida es lo

que hace posible esa posibilidad, pero una vez que la fuerza de la vida se agota, no hay modo de reintegrar el racimo.

- Don Juan llamaba a ese racimo *la burbuja de la percepción*. También decía que está sellado, cerrado fuertemente, y que jamás se abre hasta el momento en que morimos. Sin embargo, puede hacérsele abrir. Evidentemente los brujos han aprendido el secreto, y aunque no todos llegan a la totalidad de sí mismos, conocen la posibilidad de llegar a eso. Saben que la burbuja sólo se abre cuando uno se sumerge en el nagual. Esta es una recapitulación de todos los pasos que se han de seguir para llegar a ese punto.

- Don Juan en este momento revelaba a Castaneda casi el último pedacito de la explicación de los brujos y le explicaba: "*hasta ahora tu razón ha seguido mis hechos como mejor ha podido. Tu razón está dispuesta a admitir que el mundo no es como la descripción lo pinta, que hay en él mucho más de lo que se ve. Tu razón está casi preparada y dispuesta para admitir que tu percepción subió y bajó del peñasco (en una ocasión que don Juan lo tira por un precipicio rocoso y Castaneda cae y consigue abrir las alas de su percepción, Relatos de Poder), o que algo en ti, o incluso todo tú, saltó al fondo del barranco y examinó cono los ojos de tonal lo que había allí, como si hubieras descendido corporalmente con una cuerda y una escalera. El acto de examinar el fondo del barranco fue la cúspide de todos estos años de entrenamiento. Lo hiciste bien. Genaro (benefactor de Castaneda) vio el centímetro cúbico de suerte cuando le tiró una roca al tú que estaba en el fondo de la cañada. Tú viste todo. Genaro y yo supimos entonces sin la menor duda que estabas listo para lanzarte a lo desconocido. En aquel instante no sólo viste, sino que supiste todo lo del doble, el otro.*

  El secreto del doble radica en la burbuja de la percepción, que en tu caso estaba, aquella noche, en lo alto del peñasco y en el fondo del barranco al mismo tiempo. El racimo de sentimientos puede agruparse al instante en cualquier parte. En otras palabras, podemos percibir a la vez el aquí y el allí.

  El guerrero tiene el recuerdo de distintos eventos que suceden, y todos tienen una unidad sin interrupción, pero no pueden acomodarse uno tras otro, porque realmente ocurren al mismo tiempo.

  Nuestra razón no puede luchar contra el conocimiento físico de que somos un racimo de sentimientos sin nombre. Nuestra razón tal vez incluso admita, a estas alturas, que hay otro centro de ensamble: la voluntad, a través del cual es posible juzgar, calcular y utilizar los extraordinarios efectos del nagual. Por fin nuestra razón se ha enterado de que podemos reflejar al nagual a través de la voluntad, aunque nunca podamos explicarlo."

- Aquí viene una pregunta importante (una de las favoritas de Castaneda): ¿Dónde estamos cuando ocurre todo esto? ¿dónde está nuestro cuerpo?
  La convicción de que hay un *tú* real es el resultado del hecho de que hemos reunido todo cuanto tenemos en torno a la *razón.* En este momento, nuestra *razón* admite que el nagual es lo indescriptible, no porque la evidencia lo haya convencido, sino porque es más seguro admitir esto. Nuestra *razón* está en terreno seguro; todos los elementos del tonal están de su lado.
  Hacer que la *razón* se sienta segura es siempre la tarea del maestro. Don Juan le jugó un truco a la *razón* de Castaneda, al hacerla creer que el tonal era explicable y previsible. Tanto el maestro como el benefactor trabajan para darle al guerrero la impresión de que sólo el nagual está más allá de la explicación; la prueba de que el truco tiene éxito es que en este momento al guerrero le parece que, pese a todo cuanto ha atravesado, hay todavía un núcleo que puede reclamar como propio, su *razón.* Esto es un espejismo. Su preciosa *razón* no es más que un centro de ensamble, un espejo que refleja algo que está fuera de ella. El guerrero a estas alturas atestigua no sólo lo indescriptible que es el nagual, sino también lo indescriptible que es el tonal.

- El último trozo de la explicación de los brujos dice que la *razón* no hace sino reflejar un orden externo, y que la *razón* no sabe nada de ese orden; no puede explicarlo, como tampoco puede explicar el nagual. La *razón* solo puede atestiguar los efectos del tonal, pero jamás podría comprenderlo o deshilvanarlo. El hecho mismo de que estemos pensando y hablando indica que hay un orden que seguimos sin ni siquiera saber cómo lo hacemos, o qué es ese orden.
  Los brujos dicen que por medio de la *voluntad* pueden atestiguar los efectos del nagual. Ahora podemos añadir que, por medio de la *razón*, sin importar lo que hagamos con ella, o cómo lo hagamos, estamos simplemente atestiguando los efectos del tonal. En ambos casos no hay esperanza, nunca, de entender o de explicar qué es lo que estamos atestiguando.

- Cuando los brujos abren las alas de la percepción, no sólo pueden aventurarse en la banda de la percepción humana. Un brujo puede usar esas alas, para tocar otras sensibilidades: la de un cuervo, por ejemplo, la de un coyote, un grillo, o el orden de otros mundos en ese espacio infinito. Nos pueden llevar hasta otros planetas, en realidad pueden llevarnos a los más recónditos confines del nagual o a los mundos inconcebibles del tonal.

- Hemos llegado a la última parte de la explicación de los brujos. Dentro de *los 8 puntos que conforman la totalidad del hombre*, los dos últimos que no se han mostrado al aprendiz hasta ahora son: *el tonal y el nagual.* Anteriormente el maestro había explicado al aprendiz que esos dos puntos están fuera de nosotros y a la vez no lo están. Esa es la paradoja de los seres luminosos. El tonal de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible desconocido lleno de orden: el Gran Tonal; el nagual de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible vacío que lo contiene todo: el Gran Nagual.

- En este momento maestro y benefactor empujan al aprendiz a tener un salto al vacío, a encontrarse a solas con lo desconocido, ya sin la ayuda de ellos dos. Pocos guerreros sobreviven, no tanto porque sea difícil, sino porque el nagual es atrayente más allá de cuanto pueda decirse, y los guerreros que se adentran en él encuentran que el regreso al tonal, o al mundo del orden y el ruido y el dolor, es un asunto de lo más disgustante.

  Don Juan decía que la decisión de quedarse o de volver la realiza algo en nosotros que no es nuestra razón ni nuestro deseo, sino nuestra voluntad, de manera que no hay forma de saber el resultado por anticipado. Si eligen no volver, desaparecerán como si la tierra les hubiera tragado. Pero si eligen regresar a esta tierra, deben esperar como verdaderos guerreros hasta que sus tareas particulares estén cumplidas. Una vez que se cumplan, ya sea en el triunfo o en la derrota, tendrán dominio sobre la totalidad de ellos mismos.

  Este dominio significa que el guerrero ha encontrado finalmente el poder. Nadie puede decir que hará con él cada guerrero; tal vez unos vaguen por la tierra en paz y sin nombre, o quizá resulten ser hombres odiosos, o notables, o bondadosos. Todo eso depende de la impecabilidad y la libertad de sus espíritus.

- Lo importante es, sin embargo, la tarea del guerrero. Eso es el regalo que un maestro y un benefactor hacen a sus aprendices. La espera para cumplir esa tarea es una espera muy especial. En este momento el guerrero está apuntado constantemente por lo desconocido y lo único que tiene es su impecabilidad. Debe esperar sin mirar atrás, sin pedir nada. Y debe dirigir todo el poder personal a cumplir la tarea.
  Si no actúa impecablemente, si empieza a inquietarse, si se impacienta o se desespera, será cortado sin misericordia por los tiradores de lo desconocido. Si, por el contrario, su impecabilidad y poder personal son tales que le permitan cumplir sus tareas, lograrán entonces la promesa del poder. Es una

promesa que el poder hace a los hombres como seres luminosos. Cada guerrero tiene un destino diferente, así que no hay modo de decir cuál será esa promesa en cualquiera de nosotros.

- A estas alturas el guerrero ya ha aprendido que el temple está en ser humilde y eficiente. Ya ha aprendido a actuar sin esperar nada a cambio. Ahora para soportar lo que le aguarda más allá de este día, necesita contenerse hasta lo último. Un guerrero debe estar siempre listo. El destino de todos nosotros los que estamos aquí ha sido saber que somos prisioneros del poder. Nadie sabe por qué nosotros en particular, pero así es.

- Todos estamos solos. Esa es nuestra condición. Un guerrero reconoce su dolor, pero no se entrega a él. Por eso el sentimiento de un guerrero que entra en lo desconocido no es de tristeza; al contrario, está alegre porque se siente humilde ante su gran fortuna, confiado en la impecabilidad de su espíritu, y sobre todo, completamente al tanto de su eficiencia. La alegría del guerrero le viene de haber aceptado su destino, y de haber calculado de verdad lo que le espera.

- Antes de que el vidente se vaya se le revela la predilección de un guerrero: la vida de un guerrero no puede en modo alguno ser fría y solitaria y sin sentimientos, porque se basa en su afecto, su devoción, su dedicación a su ser amado. El ser amado es el mundo, el guerrero abraza la enorme tierra aun siendo tan pequeño. La tierra sabe que él la ama y por eso lo cuida. Por eso la vida de un hombre de conocimiento está llena hasta el borde y su estado, dondequiera que se encuentre, siempre será el de la abundancia. Solo si uno ama a esta tierra con pasión inflexible puede uno librarse de la tristeza.

  Solamente amando a este ser espléndido se puede dar libertad al espíritu del guerrero; y la libertad es alegría, eficiencia, y abandono frente a cualquier embate del destino. Ésa es la última lección. Siempre se deja para el último momento, para el momento de desolación suprema en el que un hombre se enfrenta a su muerte y a su soledad. Sólo entonces tiene sentido.

4. EL CAMINO DEL GUERRERO



El camino del guerrero en mi opinión es, sin duda, la parte más importante de las enseñanzas toltecas.

Es la goma que une todo el conocimiento. Sin el camino del guerrero, como bien decía don Juan, es imposible soportar las envestidas de lo absoluto.

Estas pautas de comportamiento, esta visión del mundo, sirven al aprendiz de apoyo y sustento en los difíciles procesos por los que pasa en el camino hacia el conocimiento. Sin él estaría perdido, y su ánimo podría perderse en el mar del infinito, y hasta verse abocado a la locura, la muerte, o lo que es aún peor perderse en los mundos del Nagual por un tiempo tan largo que es difícil de entender para nuestra racionalidad.

Don Juan guio lenta y metódicamente la conciencia de Castaneda para que se enfocara cada vez más intensamente en una elaboración abstracta del concepto de guerrero, una elaboración que llamaba el camino del guerrero o la senda del guerrero. Explicaba que el camino del guerrero es un armazón de ideas establecido por los chamanes del México antiguo. Tal construcción deriva de la capacidad que tenían aquellos chamanes de ver la energía tal como fluye libremente en el universo.

Por esa razón, el camino del guerrero es un soberbio conglomerado de hechos energéticos, de verdades irreductibles determinadas exclusivamente por la dirección del flujo de energía del universo.

Don Juan afirmaba categóricamente que no hay nada en esa estructura que pueda objetarse, nada que pueda ser cambiado. Es una estructura perfecta en sí misma y por sí misma, y cualquiera que siga ese camino se ve acorralado por hechos energéticos que no admiten discusión ni especulaciones acerca de su función o valía. Don Juan decía que aquellos antiguos chamanes lo llamaron el camino del guerrero porque su estructura abarca todas las posibilidades vitales que un guerrero puede hallar en la senda del conocimiento. Aquellos chamanes fueron absolutamente meticulosos y metódicos en la búsqueda de tales posibilidades. De hecho, según don Juan, fueron capaces de incluir en su mapa abstracto todo lo humanamente posible.

Don Juan comparaba el camino del guerrero con una estructura, siendo cada uno de los elementos de esta estructura un dispositivo de sustentación cuya única función consiste en sostener la psique del guerrero en su papel de chamán iniciado, y así facilitar sus movimientos y dotarlos de significado. Afirmaba, de manera inequívoca, que el camino del guerrero es una construcción esencial sin la cual los chamanes iniciados naufragarían en la inmensidad del universo. Don Juan decía que el camino del guerrero es la obra maestra de los chamanes del México antiguo. Lo consideraba su aporte más importante, la esencia de su sobriedad. -*¿Es el camino del guerrero tan abrumadoramente importante, don Juan*? -le preguntaba Castaneda. Y don Juan respondía: "*Decir «abrumadoramente importante» es un eufemismo. El camino del guerrero lo es todo. Es el arquetipo de la salud física y mental*". No podía explicarlo de ningún otro modo. El hecho de que los chamanes del México antiguo creasen una estructura así significaba para él que habían alcanzado la cima de su poder, la cumbre de su felicidad, la cúspide de su júbilo.

Por tanto, todo lo que vamos a aprender y las experiencias por las que vamos a pasar van a teñirse del ánimo del guerrero y como entenderéis más adelante, deberán confluir en el camino con corazón que escojamos.

A mi entender el camino del guerrero tiene ocho pilares básicos que son:

- Borrar la historia personal.
- Perder la importancia personal.
- Acabar con las rutinas.
- Tener a la muerte como consejera.
- Hacernos responsables de nuestros actos.
- No ponernos al alcance.
- El ánimo del guerrero.

- El camino con corazón

Dentro de estos ocho conceptos, hay infinidad de axiomas que están aquí presentados, tal y como los expresaba don Juan.

"Siempre te sientes obligado a explicar tus actos, como si fueras el único hombre que se equivoca en la tierra. Es tu viejo sentimiento de importancia. Tienes demasiada; también tienes demasiada historia personal. Por otra parte, no te haces responsable de tus actos; no usas tu muerte como consejera y, sobre todo, eres demasiado accesible. En otras palabras, tu vida sigue siendo el desmadre que era cuando te conocí" Don Juan Matus, julio 1961 (Viaje a Ixtlán)

Borrar la historia personal

Don Juan decía a Castaneda que él no tenía ninguna historia personal. Un día descubrió que la historia personal ya no le era necesaria y la dejó, igual que dejó la bebida. La dejó un día cuando sintió que ya no era necesaria.

Primero hay que tener deseo de dejarla, y luego tiene uno que cortársela armoniosamente, poco a poco.

El viejo decía: "*-No sabes quién soy, ¿verdad?, jamás sabrás quién soy ni qué soy, porque no tengo historia personal.*" (viaje a Ixtlán)

Las personas cercanas a nosotros piensan cosas de nosotros, conocen todo lo nuestro. Así pues, nos tienen resueltos por completo. Saben quiénes somos y que hacemos, y no hay poder sobre la tierra que les haga cambiar de parecer. Todos cuantos nos conocen tienen una idea sobre nosotros, y alimentamos esa idea con todo cuanto hacemos. Debemos renovar nuestra historia personal contando a nuestros padres, o a nuestros parientes y a nuestros amigos todo cuanto hacemos. En cambio, si no tenemos historia personal, no se necesitan explicaciones; nadie se enoja ni se desilusiona con nuestros actos. Y, sobre todo, nadie nos amarra con sus pensamientos.

Vale más borrar toda historia personal, porque eso nos libera de la carga de los pensamientos ajenos.

El secreto de don Juan era que nadie conocía su historia personal. Nadie sabía quién era ni que hacía. Ni siquiera él.

"*¿Cómo podemos saber quiénes somos, cuando somos todo esto?*" –Decía don Juan, barriendo el entorno con un gesto de su cabeza. Poco a poco tenemos que crear una niebla a nuestro alrededor; debemos borrar todo cuanto nos rodea hasta que nada pueda darse por hecho, hasta que nada sea ya cierto. Nuestro problema es que

somos demasiado ciertos. Nuestras empresas son demasiado ciertas; nuestros humores son demasiado ciertos. No tomemos las cosas por hechas. Debemos empezar a borrarnos.

Podemos empezar por lo fácil, como no revelar lo que verdaderamente hacemos. Luego debemos dejar a todos los que nos conozcan bien. Así construiremos una niebla a nuestro alrededor. El problema es que una vez que la gente nos conoce, nos dan por hecho, y desde ese momento no podemos ya romper el lazo de sus pensamientos. A don Juan en lo personal le gustaba la libertad ilimitada de ser desconocido.

Cuando uno no tiene historia personal, nada de lo que dice puede tomarse como una mentira. Nuestro problema es que tenemos que explicarle todo a todos, por obligación, y al mismo tiempo queremos conservar la frescura, la novedad de lo que hacemos. Bueno, pues como no podemos sentirnos estimulados después de explicar todo lo que hemos hecho, decimos mentiras para seguir en marcha. De ahora en adelante, debemos simplemente enseñarle a la gente lo que queremos enseñarle, pero sin decirles nunca con exactitud cómo lo hemos hecho.

Don Juan decía: *"Sólo tenemos una alternativa, o tomamos todo por cierto, o no. Si hacemos lo primero, terminamos muertos de aburrimiento con nosotros mismos y con el mundo. Si hacemos lo segundo y borramos la historia personal, creamos una niebla a nuestro alrededor, un estado muy emocionante y misterioso en el que nadie sabe por dónde va a saltar la liebre, ni siquiera nosotros mismos."* Cuando nada es cierto nos mantenemos alerta, de puntillas todo el tiempo. Es más emocionante no saber detrás de cuál matorral se esconde la liebre, que portarnos como si conociéramos todo.

Un guerrero detecta en el pasado sus promesas o decretos y los cambia.

La técnica principal para acabar con la historia personal es la ***Recapitulación*** de la que hablaremos extensamente en capítulos posteriores.

Perder la importancia personal

Un guerrero nunca se enoja con nadie, ningún ser humano puede hacer nada lo bastante importante para enojar a un guerrero. Uno se enoja con la gente cuando siente que sus actos son importantes. Un guerrero ya no siente eso.

Pensar demasiado en uno mismo, da una fatiga extraña que te hace cerrarte al mundo que te rodea y agarrarte de tus razones. Y eso te lleva solo a tener problemas.

La razón por la que un aprendiz se asusta y sale corriendo de sus experiencias en busca del conocimiento, es porque se siente más importante de lo que creé. Sentirse

importante lo hace a uno pesado, rudo y vanidoso. Para ser hombre de conocimiento se necesita ser liviano y fluido.

Don Juan decía a Castaneda: "*Te tomas demasiado en serio. Te das demasiada importancia. ¡Eso hay que cambiarlo! Te sientes de lo más importante, y eso te da pretexto para molestarte con todo. Eres tan importante que puedes marcharte así nomás si las cosas no salen a tu modo. Sin duda piensas que con eso demuestras tener carácter. ¡Eres débil y arrogante! La arrogancia es otra cosa que hay que dejar, lo mismo que la historia personal*"

Es importante perder la arrogancia. Mientras nos sintamos lo más importante del mundo, no podemos apreciar de verdad el mundo que nos rodea. Somos como un caballo con anteojeras, nada más nos vemos nosotros mismos, ajenos a todo lo demás.

Don Juan hablaba con sus amiguitas las plantitas, él explicaba que no importa lo que le digas a una planta. Lo mismo da que inventemos las palabras; lo importante es sentir que te cae bien y tratarla como tu igual. Decía que alguien que corta plantas debe disculparse cada vez por hacerlo, y asegurarles que algún día su propio cuerpo les servirá de alimento. Con que, a fin de cuentas, las plantas y nosotros estamos a la par. Ni ellas ni nosotros tenemos más ni menos importancia.

Don Juan aconsejaba no tener remordimiento por nada de lo que hayamos hecho, porque aislar los propios actos llamándolos mezquinos, feos o malos era darse una importancia injustificada.

Don Juan argüía que empleamos la mayor parte de nuestra fuerza en mantener nuestra importancia, y que nuestro desgaste más pernicioso es la compulsiva presentación y defensa del yo; la preocupación acerca de ser o no admirados, queridos, o aceptados. Él sostenía que, si fuera posible perder algo de esa importancia, dos cosas extraordinarias nos ocurrirían. Una, liberaríamos nuestra energía de tener que fomentar y sustentar la ilusoria idea de nuestra grandeza; y dos, nos proveeríamos de suficiente energía para entrar en la segunda atención y vislumbrar la verídica grandeza del universo.

- *El guerrero no quiere nada:* Ese es el mejor logro del guerrero, sin embargo, es peligroso ampliar la sensación de no querer nada, haciéndola caer en la de no disfrutar nada. Así la vida puede tornarse tediosa y vacía.

- *Para un guerrero nada importa:* Nuestras acciones, así como las acciones de nuestros semejantes en general, nos parecen importantes sólo porque hemos *aprendido* a pensar que son importantes. Aprendemos a pensar en todo, y luego entrenamos nuestros ojos para mirar al mismo tiempo que pensamos

de las cosas que miramos. Nos miramos a nosotros mismos pensando que somos importantes. ¡Y por supuesto tenemos que sentirnos importantes! Pero luego, cuando uno aprende a *ver*, se da cuenta de que ya no puede uno pensar en las cosas que mira, y si uno no puede pensar en lo que mira todo se vuelve igual y por tanto sin importancia.
Por ejemplo, no hay manera de decir que los actos de un hombre sean más importantes que los de otro, o que una cosa es más esencial que otra; por lo tanto, todas las cosas son iguales, y al ser iguales carecen de importancia.

Don Juan decía que nuestra suerte como hombres es aprender, para bien o para mal. Él había aprendido a *ver* y sabía que nada importa en realidad; ahora nos toca a nosotros, a lo mejor algún día veremos y sabremos si las cosas importan o no. Para él nada importaba, pero a lo mejor para nosotros importa todo. *Ya deberíamos saber a estas alturas que un hombre de conocimiento vive de actuar, no de pensar en actuar, ni de pensar qué pensará cuando termine de actuar. "Para convertirse en hombre de conocimiento hay que ser un guerrero, no un niño llorón. Hay que luchar sin entregarse, sin una queja, sin titubear, hasta que uno vea, y sólo entonces puede uno darse cuenta que nada importa.*" Juan Matus.

- *Un guerrero no puede ayudar a sus semejantes:* Un guerrero no siente compasión por nadie. Para él, sentir compasión implica desear que la otra persona sea como uno, esté en el sitio de uno y que esa es la razón por la que se echa una mano. Lo más difícil del mundo, para un guerrero, es dejar ser a los otros. La impecabilidad de un guerrero consiste en dejar de ser y apoyar a los demás en lo que realmente son. Desde luego, eso implica confiar en que los otros son también guerreros impecables. Y si no lo son, entonces nuestro deber es ser impecables y no decir palabra. El Nagual decía que sólo un brujo que ve y ha *perdido la forma humana* (ver capítulo 8) puede permitirse ayudar a otro. Es por eso que don Juan ayudó a sus aprendices.
Don Juan decía que no podemos ayudar a nuestros semejantes en modo alguno. En realidad, todo esfuerzo de nuestra parte en este sentido es un acto arbitrario determinado por nuestro propio interés.
Un día Castaneda, estando con don Juan en la ciudad, alzó un caracol que se hallaba en medio de la calzada y lo llevó a lugar seguro, bajo unas parras. Estaba convencido de que, de dejarlo donde lo había encontrado, tarde o temprano alguien lo habría pisado. Pensaba que, al ponerlo fuera de peligro, lo había salvado.
Don Juan señaló que su suposición era muy superficial, puesto que no había tomado en cuenta dos posibilidades. Una de ellas consistía en que el caracol

quizás estaba huyendo de una muerte segura por envenenamiento de parra; la otra, en que el caracol poseyese el poder personal suficiente para atravesar la calzada. La intervención de Castaneda no sólo no lo había salvado, sino que le había hecho perder lo que hubiera ganado muy penosamente. Carlos entonces quiso devolver al caracol al lugar en que lo había hallado, pero el Nagual no se lo permitió. Dijo que era el destino del caracol el que un idiota se cruzase en su sendero y le echase a perder lo mejor de su ímpetu. Si lo dejaba donde lo había puesto era probable que volviese a reunir el poder necesario para alcanzar su objetivo.

- *Un guerrero no debe nada a nadie:* El guerrero se ocupa de no estar en deuda con nadie de ningún tipo. Salda sus deudas sistemáticamente y sigue su camino. Si en algún caso no tiene posibilidad de saldar su deuda, porque a efectos prácticos es imposible, entonces hace el depósito a nombre del espíritu del hombre. Don Juan decía que la suma es siempre muy pequeña, y, sea cual sea la cantidad que se aporte, es más que suficiente.

- *Un guerrero adquiere desapego:* Don Juan siempre recalcaba que el desapego no significa sabiduría automática, pero que, no obstante, era una ventaja ya que permitía al guerrero detenerse momentáneamente para reconsiderar las situaciones y volver a sopesar las posibilidades. Sin embargo, para poder usar consistente y correctamente ese momento extra, decía que el guerrero tenía que luchar insobornablemente durante toda una vida.
  Castaneda decía que durante los años que conoció a don Juan experimentó una disminución uniforme de sus lazos personales con el mundo; pero eso le ocurrió en el plano intelectual; en su vida de todos los días seguía sin cambiar hasta el momento en que *perdió la forma humana.*

- *Un guerrero acaba con su egoísmo:* Don Juan decía que era mucho más fácil comportarse bien bajo condiciones de máxima tensión que ser impecable en circunstancias normales, tales como la interrelación con un hijo o pareja por ejemplo. Don Juan decía que bajo ninguna circunstancia debíamos enojarnos con esa persona, porque en realidad ella es nuestra benefactora: sólo a través de esa persona o personas podemos ser capaces de controlar nuestro egoísmo y llegar a ser impecables.

Acabar con las rutinas

Don Juan instruyó a Castaneda en este punto poniéndole como ejemplo la cacería. Decía que un buen cazador sobre todo conoce una cosa: las rutinas de su presa. Eso es lo que hace un buen cazador. Ser cazador es mucho más que sólo atrapar animales. Un cazador digno de serlo no captura animales porque pone trampas, ni porque conoce las rutinas de su presa, sino porque él mismo no tiene rutinas. Esa es su ventaja. No es de ningún modo cómo los animales que persigue, fijos en rutinas pesadas y en caprichos previsibles; es libre, fluido, imprevisible.

Para poder ser cazadores, guerreros, debemos romper las rutinas de nuestra vida. Podemos aprender rápido a cazar y así podemos ver que somos como nuestras presas, fáciles de predecir.

Podemos observar las costumbres de los animales en la naturaleza. Comen y beben en ciertos lugares, anidan en determinados sitios, dejan sus huellas en determinada forma; de hecho, un buen cazador puede prever o reconstruir todo cuanto hacen. Nosotros nos portamos como las presas de un cazador. Ahora bien, el propósito de un guerrero, que conoce todo esto, es dejar de ser él mismo una presa.

- *Un guerrero lucha por parar su dialogo interno:* Sostenemos una conversación interna. Pensemos en eso. Cuando estamos solos hablamos con nosotros mismos. Nos hablamos de nuestro mundo. Es más, mantenemos nuestro mundo con nuestra conversación interna. Cuando terminamos de hablar con nosotros mismos, el mundo es siempre como debería ser. Lo renovamos, lo encendemos de vida, lo sostenemos con nuestra conversación interna. No sólo eso, sino que también escogemos nuestros caminos al hablarnos a nosotros mismos. De allí que repetimos las mismas preferencias una y otra vez hasta el día en que morimos, porque seguimos repitiendo la misma conversación interna una y otra vez. Un guerrero se da cuenta de esto y lucha por parar su habladuría.

  Don Juan decía a Castaneda que antes que nada debía usar sus oídos a fin de quitar a sus ojos parte de la carga. Añadía que desde que nacemos usamos los ojos para juzgar el mundo. Hablamos a los demás, y nos hablamos a nosotros mismos, acerca de lo que vemos. Un guerrero se da cuenta de esto y escucha el mundo; escucha los sonidos del mundo.

Un guerrero se da cuenta de que el mundo cambiará tan pronto como deje de hablarse a sí mismo y debe estar preparado para esa sacudida monumental.

Don Juan decía que el mundo es así y así o asá sólo porque nos decimos a nosotros mismos que esa es su forma. Si dejamos de decirnos que el mundo es así y asá, el mundo deja de ser así y asá. Un aprendiz debe empezar despacio a deshacer el mundo.

- *Un guerrero utiliza los no haceres para tener un cuerpo fuerte y para parar el mundo:* El secreto de un cuerpo fuerte no consiste en lo que hacemos sino en lo que no hacemos. No hacer lo que sabemos hacer es la clave del poder.
  El primer paso deliberado para juntar poder personal es permitir al cuerpo "no hacer".
  Una vez alcanzado un cierto nivel de poder personal, se hace innecesario el ejercicio o cualquier entrenamiento físico, ya que, para hallarse en plena forma, la única práctica necesaria es la de *no hacer. (*capítulo 6)
  En tono dramático, don Juan decía que el bienestar es una condición que debe cultivarse, una condición con la que uno tiene que familiarizarse para buscarla. No sabemos lo que es porque nunca lo hemos sentido. Lo único que sabemos buscar es un sentimiento de desorientación, malestar y confusión. Aseguraba que, para lograr la hazaña de sentirnos desdichados, debemos trabajar en forma muy intensa, y que es absurdo el que nunca nos damos cuenta de que lo mismo podemos trabajar para sentirnos completos y fuertes. El chiste está en lo que uno recalca. O nos hacemos infelices o nos hacemos fuertes. La cantidad de trabajo es la misma.

- *El guerrero aprovecha su centímetro cúbico de suerte:* Todos nosotros, guerreros o no, tenemos un centímetro cúbico de suerte que salta ante nuestros ojos de vez en cuando. La diferencia entre un hombre común y un guerrero es que el guerrero se da cuenta, y una de sus tareas consiste en hallarse alerta, esperando con deliberación, para que cuando salte su centímetro cúbico él tenga la velocidad necesaria, la presteza para cogerlo. La suerte, la buena fortuna, el poder personal, o como lo queramos llamar, es un estado peculiar de cosas. Es como un palito que sale frente a nosotros y nos invita a arrancarlo. Por lo general andamos demasiado ocupados, o preocupados, o estúpidos y perezosos, para darnos cuenta de que es nuestro centímetro cúbico de suerte. Un guerrero, en cambio, siempre está alerta, tiene la elasticidad y el donaire necesario para agarrarlo.

Tener a la muerte como consejera

Nuestra razón nos dice constantemente que somos inmortales, que tenemos todo el tiempo del mundo para dudas, desconciertos y temores. Un guerrero en cambio, no puede aferrarse a los significados que se hacen bajo las órdenes del *tonal* (o percepción común de las cosas), porque el guerrero sabe con certeza que *la totalidad de sí mismo* (ver capítulo 11) tiene sólo un poquito de tiempo sobre la tierra.

Un guerrero piensa en su muerte cuando las cosas pierden claridad. La idea de la muerte es lo único que templa nuestro espíritu.

Cuando el conocimiento se convierte en algo que da miedo, el hombre también se da cuenta de que la muerte es la compañera inseparable que se sienta a su lado en el sofá. Cada trocito de conocimiento que se vuelve poder tiene a la muerte como fuerza central. La muerte da el último toque, y lo que la muerte toca se vuelve realmente poder.

Un hombre que sigue los caminos de la brujería se enfrenta en cada recodo con la aniquilación inminente, y sin poder evitarlo se vuelve terriblemente consciente de su muerte. Sin la conciencia de la muerte no sería más que un hombre común envuelto en actos comunes. Carecería de la potencia necesaria, de la concentración necesaria que transforman en poder mágico nuestro tiempo ordinario sobre la tierra.

De ese modo, para ser un guerrero un hombre debe estar, antes que nada y con justa razón, terriblemente consciente de su propia muerte. Pero preocuparse por la muerte forzaría a cualquiera de nosotros a enfocar su propia persona, y eso es debilitante. De modo que lo otro que uno necesita para ser guerrero es el desapego. La idea de la muerte inminente, en vez de convertirse en obsesión, se convierte en indiferencia.

La muerte es nuestra eterna compañera, decía don Juan, siempre está a nuestra izquierda, a la distancia de un brazo. Te vigila en todo lo que haces. Siempre lo estará hasta el día que te toque. ¿Cómo puede uno darse tanta importancia sabiendo que la muerte nos está acechando?

Cuando estemos impacientes, lo que debemos hacer es girarnos a la izquierda y pedir consejo a nuestra muerte. Una inmensa cantidad de mezquindad se pierde con sólo que nuestra muerte nos haga un gesto, o alcancemos a echarle un vistazo, o nada más con que tengamos la sensación de que nuestra compañera está allí vigilándonos.

La muerte es la única consejera savia que tenemos. Cada vez que sintamos que todo nos está saliendo mal y que estamos a punto de ser aniquilados, podemos volvernos

hacia nuestra muerte y preguntarle si es cierto. Nuestra muerte nos dirá que nos equivocamos; que nada importa en realidad más que su toque. Nuestra muerte nos dirá: "Todavía no te he tocado".

Debemos cambiar y pedir consejo a nuestra muerte y dejar la mezquindad de los hombres que viven sus vidas como si la muerte nunca los fuera a tocar.

Hacernos responsables de nuestros actos

Un guerrero acepta la responsabilidad de sus actos, del más trivial de sus actos.

Lo que anda mal en nosotros según don Juan es que no nos gusta aceptar la responsabilidad de lo que hacemos. Cuando un hombre decide hacer algo, debe ir hasta el fin, pero debe aceptar la responsabilidad por lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones sin tener dudas ni remordimientos acerca de ellas.

Don Juan no tenía duda ni remordimiento. Todo cuanto hacía era su decisión y su responsabilidad. La cosa más simple que hacía, llevar a Castaneda a caminar en el desierto, por ejemplo, podía muy bien significar su muerte. La muerte le acechaba. Por eso, no tenía lugar para dudas ni remordimientos. Si tenía que morir como resultado de sacarle a caminar, entonces debía hacerlo. Él decía que, en cambio nosotros, nos sentimos inmortales, y las decisiones de un inmortal pueden cancelarse o lamentarse o dudarse. En un mundo donde la muerte es el cazador, no hay tiempo para lamentos ni dudas, sólo hay tiempo para decisiones.

Nos lamentamos toda nuestra vida porque nunca nos hacemos responsables de nuestras decisiones. Hacernos responsables de nuestras decisiones significa estar dispuestos a morir por ellas. No importa cuál sea la decisión. Nada podría ser más ni menos serio que ninguna otra cosa. En un mundo donde la muerte es el cazador no hay decisiones grandes ni pequeñas. Sólo hay decisiones que hacemos a la vista de nuestra muerte inevitable.

- *Desapego y el poder de sus decisiones:* Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que sea incapaz de abandonarse a nada. Sólo la idea de la muerte da al hombre el desapego suficiente para que no pueda negarse nada. Pero un hombre de tal suerte no ansía, porque ha adquirido una lujuria callada por la vida y por todas las cosas de la vida. Sabe que su muerte lo anda buscando y que no le dará tiempo de adherirse a nada, así que prueba, sin ansias, todo de todo.

Un hombre desapegado, sabiendo que no tiene posibilidad de poner vallas a su muerte, sólo tiene una cosa que lo respalde: el poder de sus decisiones. Tiene que ser, por así decirlo, el amo de su elección. Debe comprender por completo que su preferencia es su responsabilidad, y una vez que hace su selección no queda tiempo para lamentos ni recriminaciones. Sus decisiones son definitivas, simplemente porque su muerte no le da tiempo de adherirse a nada.

Y así, con la conciencia de su muerte, con desapego y con el poder de sus decisiones, un guerrero estructura su vida en forma estratégica. El conocimiento de su muerte lo guía y le da desapego y lujuria callada; el poder de sus decisiones definitivas le permite escoger sin lamentar, y lo que escoge es siempre estratégicamente lo mejor; así cumple con gusto y con eficiencia lujuriosa, todo cuanto tiene que hacer. ¡Cuando un hombre se porta de esa manera puede decirse con justicia que es un guerrero y que ha adquirido paciencia!

- *El guerrero toma decisiones con su cuerpo:* Solo hay decisiones bien hechas y mal hechas. Si es una decisión mal hecha, el cuerpo lo sabe, y también el cuerpo de los demás; pero si es una decisión bien hecha, el cuerpo lo sabe y descansa y se olvida rapidísimo de que hubo una decisión. Vuelves a cargar tu cuerpo, como una escopeta, para la siguiente decisión. Si quieres usar tu cuerpo para hacer la misma decisión, no funciona.

No ponerse al alcance

Ese es el secreto de los grandes guerreros, el ponerse al alcance, y fuera del alcance, en el momento preciso del camino. Don Juan decía a Castaneda que debía aprender a ponerse adrede al alcance y fuera del alcance.

Como va nuestra vida normalmente, estamos todo el tiempo al alcance sin saberlo. Ponerse fuera del alcance no significa ocultarse ni guardar secretos, sino ser inaccesible. No tiene sentido esconderse si todo el mundo sabe que estas escondido. Nuestros problemas de ahora surgen de ahí. Cuando estamos escondidos, todo el mundo sabe que estamos escondidos, y cuando no, nos ponemos en medio del camino para que cualquiera nos dé un golpe.

Don Juan decía que todos somos tontos, nos ponemos en medio del camino una y otra vez, hasta que no queda nada de nosotros para ninguna cosa, excepto si acaso para llorar. Y eso hacemos.

Debemos ponernos fuera del alcance. Debemos rescatarnos de en medio del camino. Todo nuestro ser está allí, de modo que no tiene caso esconderse; sólo nos figuramos que estamos escondidos. Estar en medio del camino significa que todo el que pasa mira nuestros ires y venires.

El arte de un guerrero es hacerse inaccesible. Eso significa tocar lo menos posible el mundo que te rodea. No comes cinco perdices; comes una. No dañas las plantas sólo por hacer una fosa para la barbacoa. No te expones al poder del viento a menos que sea obligatorio. No usas ni exprimes a la gente hasta dejarla en nada, y menos a la gente que amas.

Ponerse fuera del alcance significa que evitas, a propósito, agotarte a ti mismo y a los otros. Significa que no estás hambriento y desesperado, como el pobre hijo de puta que siente que no volverá a comer y devora toda la comida que puede.

Un cazador sabe que atraerá caza a sus trampas una y otra vez, así que no se preocupa. Preocuparse es ponerse al alcance, sin quererlo. Y una vez que te preocupas, te agarras a cualquier cosa por desesperación; y una vez que te aferras, forzosamente te agotas o agotas a la cosa o la persona de la que te estás agarrando.

Ser inaccesible no significa esconderse ni andar con secretos. Tampoco significa que no puedas tratar con la gente. Un cazador usa su mundo lo menos posible y con ternura, sin importar que el mundo sean cosas o plantas, o animales, o personas o poder. Un cazador tiene trato íntimo con su mundo, y sin embargo es inaccesible para ese mismo mundo. Es inaccesible porque no exprime ni deforma su mundo. Lo toca levemente, se queda cuanto necesita quedarse, y luego se aleja raudo, casi sin dejar señal alguna.

El ánimo del guerrero

Si el guerrero siente que su espíritu está deformado, simplemente debe componerlo purificarlo, hacerlo perfecto, porque en toda nuestra vida no hay otra tarea más digna de emprenderse. No arreglar el espíritu es buscar la muerte, y eso es igual que no buscar nada, pues la muerte nos va a alcanzar de todas formas.
Buscar la perfección del espíritu es la única tarea digna de nuestro ser cómo humanos.

Nos sentimos cómo una hoja a merced del viento. Desde el día en que nacimos, de una forma u otra, alguien nos ha estado haciendo algo en contra de nuestra voluntad. Por mucho que nos guste compadecernos a nosotros mismos, tenemos que cambiar eso. No encaja con la vida de un guerrero.

Don Juan decía que lo más difícil en este mundo es adoptar el ánimo de un guerrero. De nada sirve estar triste y quejarse y sentirse justificado de hacerlo, creyendo que alguien nos está siempre haciendo algo. Nadie le está haciendo nada a nadie, mucho menos a un guerrero. Estamos donde estamos porque queremos estar ahí. Ya deberíamos haber asumido la responsabilidad completa, y la idea de que estamos a merced del viento debería ser inadmisible. La pena no encaja con el poder. El ánimo de un guerrero implica que el guerrero se controla y al mismo tiempo se abandona. Es una técnica difícil.

Don Juan decía que te puedes espolear más allá de tus límites si estás en el ánimo correcto. Un guerrero crea su propio ánimo. El miedo te puede meter en el ánimo de un guerrero, pero una vez que lo conoces, cualquier cosa puede servir para que te metas en él. Es conveniente actuar siempre con ese ánimo, acaba con la idiotez y lo deja a uno purificado.

Uno necesita el ánimo de un guerrero para cada uno de sus actos. De otro modo uno se debilita y se afea. No hay poder en una vida que carece de este ánimo. Mirémonos. Todo nos ofende y nos inquieta. Chillamos y nos quejamos y sentimos que todo el mundo nos hace bailar a su son. Somos una hoja a merced del viento. No hay poder en nuestra vida. ¡Qué terrible es sentir eso!

Un guerrero, en cambio, es un cazador. Todo lo calcula. Eso es control. Pero una vez terminados sus cálculos, actúa. Se deja ir. Eso es abandono. Un guerrero no es una hoja a merced del viento. Nadie lo empuja; nadie lo obliga a hacer cosas en contra de sí mismo o de lo que juzga correcto. Un guerrero está entonado para sobrevivir, y sobrevive del mejor modo posible.

Un guerrero puede sufrir daño, pero no ofensa. Para un guerrero no hay nada ofensivo en los actos de sus semejantes mientras él mismo esté actuando dentro del ánimo correcto. El ánimo de un guerrero no es tan descabellado para nuestro mundo ni para el de nadie. Lo necesitamos para salirnos de todas las idioteces.

Lograr el ánimo de un guerrero no es cosa sencilla. Es una revolución. Considerar iguales a los animales, las plantas y a nuestros semejantes es un acto magnífico del espíritu de un guerrero. Se necesita poder para llevarlo a cabo.

- *Un guerrero tiene que creer:* Un guerrero debe ser fluido y debe variar en armonía con el mundo que lo rodea, ya sea el mundo de la razón o el mundo de la *voluntad*. El aspecto más peligroso de esa variación surge cada vez que el guerrero descubre que el mundo no es ni lo uno ni lo otro. La única manera para salir a flote en medio de esas variaciones es proseguir con nuestras acciones como si creyéramos. En otras palabras, el secreto de un guerrero es

que él cree sin creer. Un guerrero no puede decir sólo que cree y dejar allí las cosas. Eso sería demasiado fácil. Creer por creer lo libraría de examinar su situación. Cuando un guerrero tiene que creer por fuerza, lo hace porque así lo escoge, como expresión de su predilección más íntima… Un guerrero no cree, un guerrero *tiene que creer.*

- *Siempre estamos en el mejor lugar que podemos estar:* Un guerrero, o cualquier hombre, no puede de ningún modo lamentarse por no estar en otra parte; un guerrero porque vive del desafío, un hombre común porque no sabe dónde lo va a encontrar su muerte. El poder te enseña que la muerte es el ingrediente indispensable del tener que creer. Si no se tiene en cuenta la muerte, todo es ordinario, trivial. *Tener que creer* que el mundo es misterioso e insondable es la expresión de la predilección íntima de un guerrero. Sin ella, el guerrero no tiene nada.

- *Control impecable de la situación:* Uno de los actos de un guerrero es no dejar que nunca le afecte nada. De este modo, un guerrero puede estar viendo al mismo diablo, pero jamás dejará que nadie lo sepa. El control del guerrero tiene que ser impecable.

- *Tomar decisiones y seguir adelante:* Una regla básica para un guerrero es hacer sus decisiones con tanto cuidado que nada de lo que pueda ocurrir como resultado de ellas sea capaz de sorprenderlo, mucho menos de menguar su poder. Un guerrero se preocupa y piensa antes de tomar cualquier decisión, pero una vez que la toma echa a andar libre de preocupaciones y de pensamientos; todavía habrá un millón de decisiones que le esperen. Ese es el modo del guerrero.

- *El guerrero es impecable:* El guerrero no puede sentirse desamparado, ni desconcertado, ni asustado, bajo ninguna circunstancia. Para un guerrero, sólo hay tiempo para su impecabilidad; todo lo demás agota su poder, la impecabilidad lo renueva. La impecabilidad es hacer lo mejor que puedas en lo que fuese. La clave es el sentido de tener o no tener tiempo. Por regla general, cuando nos sentimos y actuamos como seres inmortales que tenemos todo el tiempo del mundo, no somos impecables; en ese momento debemos volvernos, mirar alrededor, y entonces nos daremos cuenta de que ese sentimiento de tener tiempo es una idiotez. ¡No hay supervivientes en esta tierra! La libertad que un guerrero tiene, es actuar impecablemente, o

bien actuar como un imbécil. La impecabilidad es de verdad el único acto que es libre y, por ello, la verdadera medida del espíritu de un guerrero.

- *Un guerrero va al saber cómo a la guerra*: Bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir en cualquier otra forma al saber o a la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos. Cuando un hombre ha cumplido esos cuatro requisitos, no hay errores por los que deba rendir cuentas; en tales condiciones sus actos pierden la torpeza de las acciones de un tonto. Si tal hombre fracasa, o sufre una derrota, sólo habrá perdido una batalla, y eso no provocará deploraciones lastimosas.

- *No hay otra alternativa que vivir como guerrero:* El benefactor de don Juan decía que, cuando un hombre se embarca en los caminos de la brujería, poco a poco se va dando cuenta de que la vida ordinaria ha quedado atrás para siempre; de que el conocimiento es en verdad algo que da miedo; de que los medios del mundo ordinario ya no le sirven de sostén; y de que si desea sobrevivir debe adoptar una nueva forma de vida. Lo primero que debe hacer, en ese punto, es querer llegar a ser un guerrero, un paso y una decisión muy importantes. La aterradora naturaleza del conocimiento no le permite a uno otra alternativa que la de llegar a ser un guerrero.

  El camino del conocimiento se anda por las malas. Para aprender necesitamos que nos echen espuelas. En el camino del conocimiento siempre estamos peleando con algo, preparados para algo; y ese algo es siempre inexplicable, más grande y poderoso que nosotros. Las fuerzas inexplicables vendrán a nosotros. El mundo está en verdad lleno de cosas temibles, y nosotros somos criaturas indefensas rodeadas por fuerzas inexplicables e inflexibles.

  El hombre común, en su ignorancia, cree que se puede explicar o cambiar esas fuerzas; no sabe realmente cómo hacerlo, pero espera que las acciones de la humanidad expliquen o las cambien tarde o temprano. El brujo, en cambio, no piensa en explicarlas ni en cambiarlas; en vez de ello, aprende a usar esas fuerzas. El brujo se ajusta y se adapta a la dirección de tales fuerzas. Ese es su truco. La brujería no es gran cosa cuando le coges el truco. Un brujo apenas se mueve mejor que un hombre de la calle. La brujería no lo ayuda a vivir una vida mejor; de hecho, yo diría que le estorba; le hace la vida incómoda, precaria. Al abrirse al conocimiento, un brujo se hace más vulnerable que el hombre común. Por un lado, sus semejantes lo odian y lo temen y se esfuerzan por dañarlo; por otro lado, las fuerzas inexplicables e inflexibles que a todos nos rodean, por el derecho de que estamos vivos, son para el brujo la fuente de un peligro todavía mayor.

Que un semejante lo atraviese a uno duele, cómo no, pero ese dolor no es nada en comparación con el topetazo de *un aliado*. Un brujo, al abrirse al conocimiento, pierde sus resguardos y se hace presa de tales fuerzas y sólo tiene un medio de equilibrio: su *voluntad*; por eso debe sentir y actuar como un guerrero. Sólo como guerrero se puede sobrevivir en el camino del conocimiento. Lo que ayuda a un brujo a vivir una vida mejor es la fuerza de ser guerrero.

- *Un guerrero no se abandona a nada:* Un guerrero no se abandona a nada, ni siquiera a su muerte.

- *El guerrero siempre está preparado para la batalla:* Castaneda siempre decía que estaba dispuesto a morir. Don Juan no consideraba necesario ese sentimiento. Le parecía una entrega inútil. Un guerrero sólo debe estar preparado para la batalla. El espíritu de un guerrero no está engranado para la entrega y la queja, ni está engranado para ganar o perder. El espíritu de un guerrero sólo está engranado para la lucha, y cada lucha es la última batalla del guerrero sobre la tierra. De allí que el resultado le importa muy poco. En su última batalla sobre la tierra, el guerrero deja fluir su espíritu libre y claro. Y mientras libra su batalla, sabiendo que su voluntad es impecable, el guerrero ríe y ríe.

- *Un guerrero sólo toma lo mínimo para sus necesidades:* Sólo debemos tomar lo suficiente para nuestras necesidades, de otro modo las plantas y los animales y los gusanos que matamos se pondrían en contra nuestra y nos causarían enfermedad y desventura.

- *Un guerrero hace cualquier cosa como si fuera su última batalla sobre la tierra:* Para nosotros el mundo es extraño porque cuando no nos aburre estamos enemistados con él. Para don Juan el mundo es extraño porque es estupendo, pavoroso, misterioso, impenetrable; su interés era convencer a sus aprendices de que deben hacerse responsables de estar aquí, en este maravilloso mundo, en este maravilloso tiempo. Debemos aprender a hacer que cada acto cuente, pues vamos a estar aquí sólo un rato corto, de hecho, muy corto para presenciar todas las maravillas que existen.

  Don Juan decía que no tenemos tiempo; lo que estamos haciendo ahora puede ser nuestro último acto sobre la tierra. Puede muy bien ser nuestra

última batalla. No hay poder capaz de garantizar que vayamos a vivir un minuto más.

Hay algunas personas que tienen mucho cuidado con la naturaleza de sus actos. Su felicidad es actuar con el conocimiento pleno de que no tienen tiempo; así sus actos tienen un poder peculiar. Sobre todo, cuando la persona que actúa sabe que esos actos son su última batalla. Hay una extraña felicidad ardiente en actuar con el pleno conocimiento de que lo que uno está haciendo puede muy bien ser el último acto sobre la tierra. Don Juan nos recomienda meditar en nuestra vida y contemplar nuestros actos bajo esa luz.

El viejo amartillaba a Castaneda diciéndole: "*No tienes tiempo, amigo mío. Ésa es la desgracia de los seres humanos. Ninguno de nosotros tiene tiempo suficiente, y tu continuidad no tiene sentido en este mundo de pavor y misterio. Tu continuidad sólo te hace tímido. Tus actos no pueden de ninguna manera tener el gusto, el poder, la fuerza irresistible de los actos realizados por un hombre que sabe que está librando su última batalla sobre la tierra. En otras palabras, tu continuidad no te hace feliz ni poderoso. No te preocupes por tu muerte, sólo úsala. Pon tu atención en el lazo que te une con ella, sin remordimiento ni tristeza ni preocupación. Pon tu atención en el hecho de que no tienes tiempo, y deja que tus actos fluyan de acuerdo con eso. Que cada uno de tus actos sea tu última batalla sobre la tierra. Sólo bajo tales condiciones tendrán tus actos el poder que les corresponde. De otro modo serán, mientras vivas, los actos de un hombre tímido.*

No es que sea terrible ser tímido, no lo es si vas a ser inmortal, pero si vas a morir no hay tiempo para la timidez, sencillamente porque la timidez te hace agarrarte de algo qué sólo existe en tus pensamientos. Te apacigua mientras todo está en calma, pero luego el mundo de pavor y misterio abre la boca para ti, como la abrirá para cada uno de nosotros, y entonces te das cuenta de que tus caminos seguros nada tenían de seguro. La timidez nos impide examinar y aprovechar nuestra suerte como hombres. Nuestra muerte espera, y este mismo acto que estamos realizando ahora puede muy bien ser nuestra última batalla sobre la tierra. La llamo batalla porque es una lucha. La mayoría de la gente pasa de acto en acto sin luchar ni pensar. Un guerrero, al contrario, evalúa cada acto; y como tiene conocimiento íntimo de su muerte, procede con juicio, como si cada acto fuera su última batalla. Sólo un imbécil no notaría la ventaja que un guerrero tiene sobre sus semejantes. Un guerrero da a su última batalla el respeto que se merece. Es natural que su último acto sobre la tierra sea lo mejor de sí mismo. Así es placentero. Le quita el filo al temor.

Tardarás años en convencerte, y luego tardarás años en actuar como corresponde. Ojalá te quede tiempo."

- *Un guerrero se hace accesible al poder:* Un guerrero busca poder, y una de las avenidas al poder es el soñar. Podríamos decir que la diferencia entre un

cazador y un guerrero es que el guerrero va camino al poder, mientras el cazador no sabe nada de él, o muy poco. La decisión de quién puede ser guerrero y quién puede ser sólo cazador, no depende de nosotros. Esa decisión está en el reino de los poderes que guían a los hombres.

Debemos hacernos accesibles al poder, abordar nuestros sueños. Los llamamos sueños porque no tenemos poder. Un guerrero siendo un hombre que busca poder, no los llama sueños, los llama realidades. Un guerrero no es ningún tonto, es un cazador inmaculado que anda a la caza de poder; no está borracho, ni loco, y no tiene tiempo ni humor para fanfarronear, ni para mentirse a sí mismo, ni para equivocarse de jugada. La apuesta es demasiado alta. Lo que pone en la mesa es su vida dura y ordenada, que tanto tiempo le llevó perfeccionar. No va a desperdiciar todo eso por un estúpido error de cálculo, o por tomar una cosa por lo que no es.

El soñar es real para un guerrero porque allí puede actuar con deliberación, puede escoger y rechazar; puede elegir, entre una variedad de cosas, aquellas que llevan al poder, y luego puede manejarlas y usarlas, mientras que en un sueño común y corriente no puede actuar con deliberación.

El poder es algo con lo cual un guerrero se las ve. Al principio es un asunto increíble, cuesta entrar en él; hasta pensar en él es difícil. Eso es lo que nos puede estar pasando ahora. Luego, el poder se convierte en cosa seria; uno a lo mejor ni lo tenga, o ni siquiera se dé cuenta cabal de que existe, pero uno sabe que hay algo allí, algo que no notaba antes. Es en ese momento el poder se manifiesta como algo incontrolable que le viene a uno. Don Juan decía que no le era posible decir cómo viene ni qué es en realidad. No es nada, y sin embargo hace aparecer maravillas delante de nuestros propios ojos. Y finalmente, el poder es algo dentro de uno mismo, algo que controla nuestros actos y a la vez obedece nuestro mandato.

Un paso importante para hacerse accesible al poder es arreglar los sueños. Eso significa tener un dominio conciso y pragmático de la situación general de un sueño, comparable al dominio que uno tiene en la vida sobre cualquier decisión que uno toma.

Debemos hacer del soñar algo divertido, imaginemos todas las cosas inconcebibles que podríamos lograr. Un hombre que caza poder no tiene casi ningún límite en su soñar.

El poder es una fuerza devastadora que fácilmente puede conducir a la muerte, y hay que tratarlo con enorme cuidado. Hay que ponerse sistemáticamente al alcance del poder, pero siempre con gran cautela.

Se procede poniendo en evidencia la presencia propia a través de un despliegue contenido de palabras en voz alta o cualquier otro tipo de actividad ruidosa, y luego es obligatorio observar un silencio prolongado y

total. Un estallido controlado y una quietud controlada son la marca de un guerrero. Hay estados emocionales muy proclives para la caza de poder, para parar el mundo (técnica practicada por quienes cazan poder, una técnica por virtud de la cual el mundo, tal como lo conocemos, se derrumba), son estados en que se combina el temor, la impotencia, el poder y la muerte.

- *Un guerrero caza poder:* No hay plan cuando se trata de cazar poder. Un cazador caza lo que se le presente, así que debe estar siempre preparado. Cazar poder es algo muy extraño, no hay manera de planearlo por anticipado. Eso es lo emocionante. Pero de todos modos un guerrero procede como si tuviera un plan, porque confía en su poder personal. Sabe con certeza que lo hará actuar de la forma más apropiada.
  El poder es un asunto muy peculiar. No podemos decir exactamente lo que es. Es un sentimiento que uno tiene sobre ciertas cosas. El poder es personal. Pertenece a uno nada más. El maestro de don Juan (el nagual Julián), por ejemplo, podía enfermar de muerte a una persona con sólo mirarla. Las mujeres se consumían después de que él les ponía los ojos encima. Pero no enfermaba a la gente todo el tiempo; nada más cuando intervenía su poder personal. Ni él mismo sabía a quién elegía enfermar. Así es el poder. Te manda, y sin embargo te obedece.
  Un cazador de poder lo atrapa y luego lo guarda como su hallazgo personal. Así, el poder personal crece, y puede darse el caso de un guerrero que, de tanto poder personal que tiene, se hace hombre de conocimiento.
  Guardar poder también es un sentimiento. Depende de la clase de persona que sea el guerrero. Don Julián era un hombre de naturaleza violenta. Guardaba poder a través de ese sentimiento. Todo cuanto hacía era fuerte y directo. Dejaba la impresión de algo que pasaba aplastando las cosas. Y todo cuanto le ocurrió tuvo lugar de ese modo.
  No hay forma de explicarlo. Tenemos que hacerlo nosotros mismos.

  La juventud o vejez también es cosa del poder. Don Juan decía que era tan joven como quería. Esto también es cosa de poder personal. Si vamos juntando poder, nuestro cuerpo puede realizar hazañas increíbles. En cambio, si disipamos el poder, nos ponemos viejos y gordos de la noche a la mañana.
  Un cazador de poder vigila todo y cada cosa le dice algún secreto. Para tener poder, hay que vivir con poder. El mundo no es cómo creemos que es, hay mundos sobre mundos, aquí mismo frente a nosotros.

El poder es un asunto muy extraño. Para tenerlo y disponer de él, hay que tener poder por principio de cuentas. Es posible, sin embargo, irlo juntando poco a poco, hasta tener lo suficiente para sostenerse en una batalla de poder. Hay que ser cautelosos, la muerte siempre está esperando, y cuando el poder del guerrero mengua, la muerte simplemente lo toca. Por eso, aventurarse a lo desconocido sin ningún poder es estúpido. Sólo se encuentra la muerte. El mundo es un misterio. Esto, lo que estamos mirando, no es todo lo que hay. El mundo tiene muchas más cosas, tantas que es inacabable. Cuando estamos buscando la respuesta, lo único que hacemos en realidad es tratar de volver familiar el mundo. Todos nosotros estamos aquí mismo, en el mundo que llamamos real, simplemente porque lo conocemos. Algunos no conocen el mundo del poder, por eso no pueden convertirlo en una escena familiar.

Es algo extraño, en realidad no se nos ocurre una razón por la que querer poder, pero si guardamos poder suficiente, el mismo poder nos hallará una buena razón. Suena a locura ¿verdad? Todos somos iguales y tenemos las mismas dudas, y no acabamos de seguir las instrucciones de la brujería o no creemos seguirlas; sin embargo, pese a nuestra estupidez, podemos juntar suficiente poder, y un día ese poder personal puede hacer desplomarse el mundo. Nadie quiere *parar el mundo*, así es. Nada más ocurre. Y una vez sabemos cómo es, nos damos cuenta de que hay razón para ello.
Una de las artes del guerrero es derribar el mundo por una razón específica y luego restaurarlo para seguir viviendo.

Cuando un guerrero caza poder debe actuar como si no hubiese nada fuera de lo común, porque los sitios de poder, tienen la propiedad de absorber a quien se halla inquieto. Y en tal caso uno puede desarrollar lazos extraños y dañinos con un lugar. Esos lazos lo anclan a uno a un sitio de poder, a veces para toda la vida. Y eso no debe ocurrir si no es un lugar que hayamos encontrado nosotros mismos, nuestro lugar benéfico, nuestro sitio de poder. No podemos dejar los lugares de poder sin dar las gracias. Un guerrero jamás vuelve la espalda al poder sin pagar los favores recibidos.

El poder no pertenece a nadie. Algunos de nosotros podemos guardarlo, y luego se le podría dar directamente a otra persona. La clave del poder así guardado es que sólo puede ofrecerse a otro para ayudar a esa persona a guardar poder.
Todo lo que hace un hombre gira sobre su poder personal. Así pues, para quien lo tiene, los hechos de un hombre poderoso son increíbles. Se necesita poder hasta para concebir lo que es el poder. Es lo que don Juan trataba de

decir todo el tiempo. Pero no entendemos, no porque no queramos sino porque tenemos muy poco poder personal.

- *Un guerrero confía en su poder personal*: Eso es todo lo que tiene en este mundo misterioso.
  Un guerrero actúa como si supiera lo que hace, aunque en realidad no sabe nada. Un guerrero es impecable cuando confía en su poder personal sin importar que este sea pequeño o enorme.

- *El sitio de poder de un guerrero:* Un guerrero tiene su lugar predilecto, su sitio de poder. Es un sitio que el guerrero encuentra con su *ver.* Es un lugar que debe recordar, es suyo para que lo use el resto de su vida. Grabará en su memoria cada uno de sus detalles. Es el sitio al que irá en su soñar. Es el lugar donde se encontrará con los poderes, donde algún día se le revelarán secretos y juntará sus recursos.
  Un guerrero tiene la obligación de regresar a ese sitio de su predilección cada vez que absorbe poder, para guardarlo allí. Va allí caminando o bien *soñando.*
  El guerrero debe enfocar la atención en todo lo que existe en su lugar predilecto, porque es el sitio más importante de su vida. Es el sitio en que morirá. Tendrá que ir solo a ese lugar hasta que esté saturado de él. Sabrá la hora en que esté lleno de él. Este será entonces el sitio de su última danza.

- *La última danza de un guerrero:* El guerrero muere en su lugar de poder, esté donde esté cuando le llegue su hora. Es su sitio para morir, un sitio de su predilección, donde eventos poderosos dejaron su huella; un sitio donde ha presenciado maravillas, donde se le han revelado secretos; un sitio donde ha juntado su poder personal.
  Cada guerrero tiene una forma específica, una determinada postura de poder, que desarrolla a lo largo de su vida. Es una especie de danza. Un movimiento que él hace bajo la influencia de su poder personal. Si el guerrero moribundo tiene poder limitado, su danza es corta; si su poder es grandioso, su danza es magnífica. Pero ya sea de una u otra manera, la muerte debe pararse a presenciar su última parada sobre la tierra. La muerte no puede llevarse al guerrero que cuenta por última vez la labor de su vida, hasta que haya acabado su danza.
  El primer movimiento de poder de la danza, se aprende en la lucha con el adversario que vale la pena. Ese movimiento es la forma para pelear (técnicas). Nosotros mismos debemos añadir los otros movimientos conforme sigamos viviendo. Cada movimiento debe adquirirse durante una lucha de poder. Así que, hablando con propiedad, la postura, la forma de un

guerrero, es la historia de su vida, una danza que crece conforme él crece en poder personal.

Un guerrero no es más que un hombre. Un hombre humilde. No puede cambiar los designios de su muerte. Pero su espíritu impecable, que ha juntado poder tras penalidades enormes, puede ciertamente detener a su muerte un momento, un momento lo bastante largo para permitirle regocijarse por última vez en el recuerdo de su poder. Podemos decir que ése es un gesto que la muerte tiene con quienes poseen un espíritu impecable.
Cuando la danza acaba, la muerte apunta en una dirección, y el sitito de predilección del guerrero se estremece diciéndole adiós.

Un hombre de conocimiento en cambio, sabe que la muerte es el último testigo porque la *ve*. Don Juan decía que la muerte no es como una persona. Es más bien una presencia. Pero también podríamos decir que no es nada y sin embargo es todo. Uno tendría razón en todos los aspectos. La muerte es cualquier cosa que uno desee. Don Juan se sentía a gusto con la gente, de modo que la muerte para él era una persona. También era dado a los misterios, de modo que la muerte tenía para él los ojos huecos. Podía mirar a través de ellos. Eran dos ventanas, pero se movían como ojos. Así podía decir que la muerte, con sus ojos huecos, mira a un guerrero mientras él baila por última vez en la tierra.

La muerte es lo mismo para cada guerrero que tiene una danza de poder, y sin embargo no lo es. La muerte presencia la última danza del guerrero, pero la manera en que el guerrero ve a su muerte es asunto personal. Puede ser cualquier cosa: un pájaro, un trozo de niebla, o una presencia desconocida. No tiene que ver con la educación de cada uno, lo que determina el modo en que uno hace cualquier cosa es el poder personal. Un hombre no es más que la suma de su poder personal, y esa suma determina cómo vive y cómo muere.

- *Un guerrero come en silencio:* Come lentamente y muy poco cada vez. El nagual explicaba que un guerrero ingería cuatro bocados seguidos; y pasado un rato tragaba otros cuatro, y así.

- *Un guerrero dice adiós sosteniendo un recuerdo especial de alegría*: Si vives como guerrero, cualquier detalle sencillo de los eventos pasados con otros seres, en otros lugares, son guardados en el recuerdo junto con un sentimiento especial de alegría. Esta es la manera de decir adiós de un guerrero.

- *Antes de ver hay que sentir y actuar como guerrero:* Don Juan decía que ser guerrero es más adecuado que cualquier otra cosa. Procuraba enseñar a sus aprendices esas fuerzas como un brujo las percibe porque sólo bajo su impacto aterrador puede uno convertirse en guerrero. *Ver* sin ser antes guerrero nos debilitaría, nos daría una mansedumbre falsa, un deseo de hundirte en el olvido; nuestro cuerpo se echaría a perder porque nos haríamos indiferentes. Don Juan sentía la obligación personal de hacer a sus aprendices guerreros para que no se desmoronaran.

- *En la vida del guerrero sólo hay una cosa que no está decidida:* Esa cosa lo lejos que puede uno avanzar en la senda del conocimiento y el poder. Ése es un asunto abierto y nadie puede predecir el resultado.

- *Los guerreros no dejan cuentas pendientes*: El guerrero arregla las deudas que ha contraído durante su vida. A veces no puede pagarlas por completo, pero tiene que hacer un gesto. Tiene que hacer un pago de muestra para reparar, para apaciguar al infinito. Los guerreros son pragmáticos. No están involucrados en sentimentalismo o nostalgia o melancolía. Para los guerreros, sólo existe la lucha, y es una lucha sin fin. Si crees que has venido aquí a encontrar paz, o que éste es un momento de calma en tu vida, estás equivocado. Esta faena de pagar tus deudas no está guiada por ninguna sensación que tú conozcas. Está guiada por el sentimiento más puro, el sentimiento del guerrero que está a punto de sumergirse en el infinito, y que justo antes de hacerlo, se vuelve para dar las gracias a aquellos que lo favorecieron. El guerrero tiene que enfrentarse a esta tarea con toda la gravedad que merece. Es su última parada antes de que le trague el infinito. De hecho, si el guerrero no está en un estado sublime de ser, el infinito no lo toca por nada del mundo.

  Don Juan decía que los guerreros pagan elegante, generosamente y con una ligereza sin par, cualquier favor, cualquier servicio que se les ha rendido. Así se deshacen de la carga de llevar deudas.

- *Un guerrero reclama para él todo lo que ha hecho en el camino del Guerrero:* La gran cuestión con nosotros los machos es nuestra fragilidad, decía don Juan. Cuando empieza a acrecentarse nuestra conciencia, crece como una columna, justo en el punto medio de nuestro ser luminoso, desde abajo hacia arriba. Esa columna tiene que llegar a bastante altura antes de poder uno contar con

ella. En ese momento preciso de nuestra vida como chamán, fácilmente podemos perder dominio sobre nuestra nueva conciencia. Cuando hacemos eso, se nos olvida todo lo que hemos hecho y visto en el camino del guerrero, porque nuestra conciencia regresa a la conciencia de la vida cotidiana. La faena de todo chamán es reclamar para él todo lo que ha hecho y lo que ha visto en el camino del guerrero cuando entra en otros niveles nuevos de conciencia. El problema con cada chamán es que se olvida fácilmente, porque su conciencia pierde el nuevo nivel y se cae al suelo en un abrir y cerrar de ojos.

El Camino con corazón

Cualquier cosa es un camino entre cantidad de caminos. Por eso un guerrero tiene siempre presente que un camino es sólo un camino; si siente que no debe seguirlo, no debe seguirlo bajo ninguna condición. Para tener esa claridad debe llevar una vida disciplinada. Sólo entonces sabrá que un camino es nada más un camino, y no hay afrenta, ni para él ni para otros, en dejarlo si eso es lo que su corazón le dice. Pero su decisión de seguir el camino o dejarlo debe estar libre de miedo y ambición. Don Juan prevenía a Castaneda: "*Mira cada camino de cerca y con intención. Pruébalo tantas veces como consideres necesario. Luego hazte a ti mismo, y a ti solo, una pregunta. Es una pregunta que sólo se hace un hombre muy viejo. Mi benefactor me hablo de ella una vez cuando yo era joven, y mi sangre era demasiado vigorosa para que yo la entendiera, ahora si la entiendo. Te diré cuál es: ¿tiene corazón este camino? Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte. Son caminos que van por el matorral. Puedo decir que en mi propia vida he recorrido caminos largos, largos, pero no estoy en ninguna parte. Ahora tiene sentido la pregunta de mi benefactor, ¿tiene corazón este camino? Si tiene, el camino es bueno; si no, de nada sirve. Ningún camino lleva a ninguna parte, pero uno tiene corazón y otro no. Uno hace gozoso el viaje; mientras lo sigas, eres uno con él. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro te debilita*".

Don Juan decía que es inútil desperdiciar la vida en un solo camino, sobre todo si ese camino no tiene corazón. Antes de embarcarte en cualquier camino tienes que hacerte la pregunta: ¿tiene corazón este camino? Si la respuesta es no, tú mismo lo sabrás, y deberás entonces escoger otro camino. Pero, ¿Cómo saber de seguro si un camino tiene corazón o no? Cualquiera puede saber eso. El problema es que nadie hace la pregunta, y cuando por fin se da cuenta de que ha tomado un camino sin corazón, el camino está ya a punto de matarlo. En esas circunstancias muy pocos hombres pueden pararse a considerar, y más pocos aún pueden dejar el camino. Sólo hay que preguntar, no hay un método indicado. Un camino sin corazón nunca

es disfrutable. Hay que trabajar duro tan sólo para tomarlo. En cambio, un camino con corazón es fácil: no te hace trabajar para tomarle gusto.

Don Juan decía que, para escoger un camino, uno debe estar libre de miedo y de ambición. Decía que el deseo de aprender no es una ambición. El querer saber, es nuestro destino como hombres, siempre y cuando no se haga por obtener poder, sino buscando el conocimiento, el saber.

Siempre hay que escoger el camino con corazón para estar lo mejor posible, quizá para poder reír todo el tiempo. En realidad, no hay diferencia intrínseca entre reír y llorar, y ambas cosas carecen de importancia; pero un guerrero tiene su preferencia, porque lo que escoge hace que su cuerpo se sienta mejor.

Hay hombres de conocimiento que al ver que todo es igual, deciden elegir su muerte y desaparecen así de golpe. Prefieren morir porque no les importa. Otros deciden vivir y reír, no porque importe, sino porque esa preferencia es la inclinación de su naturaleza. Si un hombre de conocimiento habla de que escoge, es porque *ve*, pero el asunto es que él no escoge vivir; su voluntad le hace seguir viviendo a pesar de cuanto pueda *ver (*ver capítulo 12). Las personas comunes no entienden esto a causa de esa costumbre que tienen de pensar así como miran y de mirar así como piensan.

- *La Vida como desafío:* Sólo como guerrero puede uno soportar el camino del conocimiento. Un guerrero no puede quejarse ni lamentar nada. Su vida es un desafío interminable, y no hay modo de que los desafíos sean buenos o malos. Los desafíos son simplemente desafíos.

- *Un guerrero espera con paciencia, sabiendo que espera:* Ese es el modo del guerrero. Entonces llegará un momento en el que su espera habrá terminado. A nosotros, como individuos, nos toca oponernos a las fuerzas de nuestras vidas. Sólo un guerrero puede sobrevivir. Un guerrero espera y sabe lo que espera, y mientras espera no quiere nada y así cualquier cosa que recibe es más de lo que puede tomar. Si necesita comer halla el modo, porque no tiene hambre; si algo lastima su cuerpo halla el modo de repararlo, porque no siente dolor. Tener hambre o dolor significa que uno se ha entregado y que ya no se es guerrero; las fuerzas de su hambre y su dolor lo destruirán.

  Acaso lo primero que se debe hacer es saber que uno puede desarrollar la voluntad. Un guerrero lo sabe y se pone a esperar. El error del aprendiz es no saber que está esperando su voluntad. Es muy difícil, si no imposible, que el hombre común y corriente sepa lo que está esperando. Pero un guerrero no tiene problemas; sabe que está esperando a su voluntad.

Cuando un guerrero ha adquirido paciencia, está en camino hacia la voluntad. Sabe cómo esperar. Su muerte se sienta junto a él en el asiento, son amigos. Su muerte le aconseja, en formas misteriosas, cómo escoger, cómo vivir estratégicamente. ¡Y el guerrero espera! Don Juan diría que el guerrero aprende sin apuro porque sabe que está esperando su voluntad; y un día logra hacer algo que por lo común es imposible de ejecutar. A lo mejor ni siquiera advierte su acto extraordinario. Pero conforme sigue ejecutando actos imposibles, o siguen pasándole cosas increíbles, se da cuenta de que una especie de poder está surgiendo. Un poder que sale de su cuerpo conforme progresa en el camino del conocimiento. Al principio es como una comezón en la barriga, o un calor que no puede mitigarse; luego se convierte en un dolor, en un gran malestar. A veces el dolor y el malestar son tan grandes que el guerrero tiene convulsiones durante meses; mientras más duras sean, mejor para él. Un magnifico poder es siempre anunciado por grandes dolores. Cuando las convulsiones cesan, el guerrero advierte que tiene sensaciones extrañas con respecto a las cosas. Advierte que puede tocar cualquier cosa que quiera con una sensación que sale de su cuerpo por un sitio abajo o arriba de su ombligo. Esa sensación es la voluntad, y cuando el guerrero es capaz de agarrar con ella, puede decirse con justicia que es un brujo y que ha adquirido voluntad.

Un guerrero sabe que está esperando y también sabe el qué, y mientras espera, deleita sus ojos en el mundo. Para él la máxima hazaña es el gozo.

- *Un guerrero tiene que usar su voluntad y su paciencia:* Un guerrero sólo tiene esas dos cosas para construir todo lo que quiere. A veces el aprendiz debe usar la paciencia y la voluntad para olvidar experiencias fuertes en el camino del conocimiento y poder reemprender el aprendizaje cuando su fuerza esté repuesta.

- *Un guerrero elige los elementos que forman su mundo*: Elige con deliberación, pues cada elemento que escoge es un escudo que lo protege de los ataques de las fuerzas que él lucha por usar. Un guerrero utiliza sus resguardos para protegerse de su aliado, por ejemplo. Un hombre común y corriente, igualmente rodeado por esas fuerzas inexplicables, se olvida de ellas porque tiene otra clase de resguardos especiales para protegerse. Esos resguardos son lo que la gente hace. La gente está ocupada haciendo lo que la gente hace. Esos son sus resguardos. Cada vez que un brujo se encuentra con cualquiera de esas fuerzas inexplicables e inflexibles de las que don Juan habla, su abertura se ensancha, haciéndolo más susceptible a su muerte de lo que es

comúnmente; don Juan decía que morimos por esa abertura; por ello, si está abierta, uno tiene que tener la voluntad lista para llenarla; eso es, si uno es guerrero. Si uno no es guerrero, el único recurso que le queda es usar las actividades de la vida cotidiana para apartar a la mente del susto del encuentro y así permitir que la abertura se cierre.

Un guerrero encuentra esas fuerzas inexplicables e inflexibles porque las anda buscando adrede; así que siempre está preparado para el encuentro. Esas fuerzas pueden saltar en cualquier momento frente a nuestros ojos y debemos estar listos. Encontrarse un *aliado*, por ejemplo, no es fiesta de domingo ni paseo por el campo, y un guerrero toma la responsabilidad de proteger su vida. Luego, si cualquiera de esas fuerzas nos topa y ensancha nuestra abertura, debemos luchar deliberadamente por cerrarla nosotros solos. Para ese propósito deberemos haber elegido cierto número de cosas que nos den paz y placer, cosas que podamos usar deliberadamente para apartar los pensamientos de nuestro susto y cerrarnos y amacizarnos.

En su vida cotidiana, el guerrero, escoge seguir un camino con corazón. La consistente preferencia por el camino con corazón es lo que diferencia al guerrero de un hombre común. El guerrero sabe que un camino tiene corazón cuando se hace uno con él, cuando experimenta gran paz y placer al atravesarlo. Las cosas que un guerrero elige para ser sus resguardos son los elementos de un camino con corazón. En cambio, las cosas que la gente hace son los resguardos contra las fuerzas que nos rodean; lo que hacemos como gente nos da consuelo y nos hace sentirnos seguros; lo que la gente hace es por cierto importante, pero sólo como resguardo. Nunca aprendemos que las cosas que hacemos como gente son sólo resguardos, y dejamos que dominen y derriben nuestras vidas. De hecho, podríamos decir que, para la humanidad, lo que la gente hace es más grande y más importante que el mundo mismo.

- *Para un guerrero el mundo es un auténtico misterio:* El mundo es la vida, la muerte, la gente, los *aliados* y todo lo demás que nos rodea. El mundo es incomprensible. Jamás lo entenderemos; jamás desenredaremos sus secretos. Por eso, debemos tratarlo como lo que es: ¡un absoluto misterio!
  Pero un hombre corriente no hace eso. El mundo nunca es un misterio para él, y cuando llega a viejo está convencido de que no tiene nada más por qué vivir. Un viejo no ha agotado el mundo. Sólo ha agotado lo que la gente hace. Pero en su estúpida confusión cree que el mundo ya no tiene misterios para él. ¡Qué precio tan elevado pagamos por nuestros resguardos!

Un guerrero se da cuenta de esta confusión y aprende a tratar a las cosas debidamente. Las cosas que la gente hace no pueden, bajo ninguna condición, ser más importantes que el mundo. De modo que un guerrero trata el mundo como un interminable misterio, y lo que la gente hace como un desatino sin fin.

- *Un guerrero se ríe de su melancolía:* En la vida de los guerreros es extremadamente natural el estar triste sin ninguna razón aparente. Como campo de energía, el huevo luminoso presiente su destino final cada vez que se rompen las fronteras de lo conocido. Vislumbrar la eternidad que queda fuera del capullo es suficiente para romper la seguridad de nuestro inventario. En ocasiones, la melancolía resultante es tan intensa que puede provocar la muerte. La mejor manera de deshacerse de la melancolía es reírse de ella. Nuestra primera atención hace todo para restaurar el orden que ha sido roto cuando nos enfrentamos a lo desconocido. Ya que no hay forma de restaurarlo por medios racionales, nuestra primera atención lo hace enfocando todo su poder en la tristeza. Nuestra melancolía nos parece real. Darnos completamente a ella, sentirnos abatidos, estar taciturnos no pertenece al sentimiento de soledad que se nos viene encima al recordar aquellas profundidades.

  No hay nada más solitario que la eternidad. Y nada es más cómodo para nosotros que la condición humana. Esto es ciertamente otra contradicción, ¿cómo puede el hombre conservar los vínculos de su humanidad y al mismo tiempo aventurarse, con gusto y con propósito, en la absoluta soledad de la eternidad? Cuando logremos resolver este acertijo, estaremos listos para el viaje definitivo. Por supuesto, no somos nada, pero ¡qué maravillosa contradicción! ¡Qué desafío! ¡Que unas nulidades como nosotros puedan enfrentarse a la soledad de lo eterno!

- *Un guerrero tiene algo por qué morir:* Don Juan enseñaba que tenemos que tener algo por qué morir antes de pensar que tenemos algo por qué vivir. "*Si no tienes nada por qué morir, ¿cómo puedes sostener que tienes algo por qué vivir? Los dos van mano a mano y la muerte lleva el timón.*" (Don Juan Matus)

- *La soledad es inadmisible para un guerrero*: los guerreros pueden contar con un ser sobre el cual pueden enfocar todo su afecto, todo su cariño: esta tierra maravillosa, la madre, la matriz, el epicentro de todo lo que somos y de todo lo que hacemos; el mismo ser al cual todos regresamos; el mismo ser que

permite a los guerreros emprender su viaje definitivo, por tanto, no hay manera de sentirse sólo sobre esta maravillosa tierra.

La tristeza del hombre de conocimiento

La tristeza para los chamanes no es personal, decía don Juan. No es en realidad tristeza. Es una ola de energía que llega desde lo más profundo del cosmos y golpea a los chamanes cuando están receptivos, cuando son como radios, capaces de atraer las ondas. Los chamanes de tiempos antiguos, los que nos dieron el formato entero del chamanismo, creían que hay tristeza en el universo, como una fuerza, una condición como la luz, como el intento, y que esa fuerza perenne actúa, sobre todo en los chamanes porque ya no tienen escudos de defensa. Ya no pueden esconderse detrás de sus amigos o de sus estudios. Ya no pueden esconderse detrás del amor o del odio, o la felicidad, o la desgracia. No pueden esconderse detrás de nada.
La condición de los chamanes es que la tristeza para ellos es abstracta. No viene de codiciar o de necesitar algo o de la importancia personal. No viene del yo.

El maestro de don Juan, el nagual Julián, era un actor fabuloso. Había trabajado profesionalmente en el teatro. Tenía un cuento predilecto que le gustaba contar en sus sesiones de teatro. Empujaba a sus aprendices a estados de terrible angustia con él. Decía que era un cuento para aquellos guerreros que lo tenían todo, y que sin embargo sentían el dardo de la tristeza universal.

El cuento se refería a un hombre que sufría de una profunda melancolía. Acudió a los mejores médicos de su tiempo y cada uno de ellos fracasó al querer aliviarlo. Al fin llegó al despacho de un médico prominente, un curandero del alma. Le sugirió a su paciente, que a lo mejor encontraba consuelo y un fin a su melancolía, en el amor. El hombre respondió que el amor no era ningún problema para él, era amado como nadie más en el mundo. A continuación, el médico sugirió que quizás el paciente debería emprender un viaje y ver otras partes del mundo. El hombre respondió que, sin exagerar, había estado en todos los rincones del mundo. El médico recomendó pasatiempos como las artes, los deportes, etc. El hombre respondió a cada una de sus recomendaciones de igual manera: había hecho eso y no encontraba alivio. El médico sospechó que el hombre era, posiblemente, un mentiroso sin remedio. No podría haber hecho todas estas cosas, como mantenía. Pero como buen curandero, el médico tuvo una última inspiración. - ¡Ah! -exclamó-. Le tengo la perfecta solución. Tiene usted que asistir a la función del mejor cómico de la época. Le va a encantar a tal extremo, que se va a olvidar de todos los vericuetos de su melancolía. ¡Tiene que asistir a la función del Gran Garrick! Don Juan dijo que el hombre contempló al médico con la mirada más triste imaginable y

dijo: -Doctor, si eso es lo que me recomienda, estoy perdido. No tengo remedio. Yo soy el Gran Garrick.

Un guerrero debe amar este mundo, advertía don Juan, para que este mundo que parece tan corriente se abra y revele sus maravillas. Cuando formulaba esta afirmación se hallaba junto a Castaneda en el desierto de Sonora. Es una sensación sublime, decía, estar en ese desierto maravilloso, contemplando sus picos escabrosos de aquello que parecen montañas y que, en realidad, son formaciones de lava de volcanes desaparecidos hace largo tiempo. Es una sensación gloriosa descubrir que algunas de esas pepitas de obsidiana se formaron a unas temperaturas tan elevadas que todavía conservan la marca de su origen. Tienen muchísimo poder. Es algo soberbio vagar sin rumbo por aquellos picos escarpados y encontrar súbitamente un trozo de cuarzo capaz de captar las ondas de radio. El único inconveniente de tan magnífico cuadro es que, para penetrar en las maravillas de este mundo, o en las maravillas de cualquier otro mundo, un hombre necesita ser un guerrero: sereno, recogido, indiferente, templado por los embates de lo desconocido. Nosotros aún no tenemos ese temple. Nuestro deber es, por tanto, buscar esa plenitud antes de poder siquiera hablar de aventurarnos en el infinito.

Baste decir, dijo don Juan en una ocasión, que*: "la inmensidad del mundo, ya sea el mundo de los chamanes o el de los hombres corrientes, es tan evidente que únicamente una aberración nos impediría percibirla. Intentar explicar a unos seres aberrantes lo que es andar extraviado por los surcos de la rueda del tiempo es la cosa más absurda que podría emprender un guerrero. En consecuencia, el guerrero se asegura de que sus viajes sean propiedad únicamente de su condición de guerrero." Juan Matus, La Rueda del tiempo.*

"Sólo como guerrero se puede sobrevivir en el camino del conocimiento. Porque el arte del guerrero es equilibrar el terror de ser hombre con el prodigio de ser hombre." Juan Matus, Viaje a Ixtlán

"Los nuevos videntes son los guerreros de la libertad total, su única búsqueda es la liberación final que se presenta cuando alcanzan la conciencia total." Juan Matus, el Fuego Interno.

5. IMPECABILIDAD, EL CONTROL EN EL USO DE LA ENERGÍA

"No importa lo que nadie diga ni haga. Tú debes ser impecable. La lucha se libra en nuestro pecho". Don Juan Matus, El segundo anillo de poder.

La energía

El control de la energía es uno de los temas clave en el mundo tolteca. Sin la energía necesaria es imposible poder percibir el mundo de otra manera que no sea la convencional.

Lo primero que debemos tener claro es la definición de energía.
La energía se podría definir cómo la atención disponible que tiene la persona para enfocarla o dirigirla hacia donde quiera. Es la atención que nos mantiene presentes, lo que nos hace conscientes del momento.
Sin esa energía nos convertimos en robots que se mueven por inercia y que siguen las rutinas de la vida sin poder estar presentes. Si no tenemos esa energía, nos es muy difícil conseguir el silencio, la meditación y el ensueño.

Según los toltecas, los seres vivientes nacemos con una cantidad determinada de energía disponible, que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida. No hay manera de tener más energía que esa. Y nuestra energía inicial depende de nuestros padres y básicamente de qué intensidad amorosa tubo nuestra concepción.

Para poder entender bien el término pondré algunos ejemplos que pueden aclarar de que manera podemos perder nuestra energía o mantenerla en nuestro interior. Imaginemos una persona que acostumbra a comer siempre a unas horas determinadas y disfruta mucho haciéndolo. Para esa persona, la hora de comer es de las cosas más importantes de su vida. En cuanto las circunstancias particulares no le permiten comer a su hora, y el tiempo se alarga, la persona comienza a ponerse nerviosa y pierde mucha de su energía. Su atención se va gastando en sus pensamientos y emociones que responden a esta falta de sustento.
Puede haber muchos ejemplos, todos tenemos rutinas y cosas importantes para nosotros que cuando no suceden a nuestra conveniencia nos hacen perder grandes cantidades de energía.

Otras cosas que nos hacen perder grandes cantidades de energía es la importancia personal y la historia personal. El defender nuestra importancia nos desgasta, y el vivir en el pasado mantiene un flujo constante de atención enganchado a las personas y situaciones pasadas que vacían nuestra energía o atención.

Si nos fijamos, el camino del guerrero visto en el capítulo anterior, es un mapa para ahorrar nuestra energía y llegar a ser impecables.

La impecabilidad

Don Juan decía que la impecabilidad es hacer lo mejor que puedas en lo que fuese.

La impecabilidad no es otra cosa que el uso adecuado de la energía. Los guerreros hacen inventarios estratégicos. Hacen listas de sus actividades y sus intereses. Luego deciden cuáles de ellos pueden cambiarse para, de ese modo, dar un descanso a su gasto de energía. El inventario estratégico sólo abarca patrones de comportamiento que no son esenciales para nuestra supervivencia y bienestar. En los inventarios estratégicos de los guerreros, la importancia personal figura como la actividad que consume la mayor cantidad de energía, y por eso se esfuerzan por erradicarla. Una de las primeras preocupaciones del guerrero es liberar esa energía para enfrentarse con ella a lo desconocido. La acción de recanalizar esa energía es la impecabilidad.

Don Juan decía que hay que dedicar todo el tiempo y toda la energía para poder superar la propia estupidez. Eso es lo importante. El resto no vale la pena. Nada de lo que la gente habla y pelea por defender les proporciona bienestar. En cambio, el ser un guerrero impecable nos dará vigor y juventud y poder. De modo que lo que debemos hacer es escoger sabiamente.
La gorda explicaba hasta qué punto había insistido el Nagual en que comprendiesen que la impecabilidad no sólo representaba la libertad, sino que es el único medio para ahuyentar la *forma humana* (ver capítulo 8).

Estamos hablando de un tema de tal importancia qué, tal como decía don Juan, si no tenemos energía disponible es imposible que entendamos o comprendamos quienes somos y nuestras posibilidades como seres perceptores. Sólo teniendo suficiente energía podemos llegar a ***la totalidad de nosotros mismos*** (capítulo 11). Es una concepción muy distinta a la que tiene el ser humano común, la comprensión no es mental, sino corporal, de nuestro cuerpo energético, sólo mediante la energía es posible comprender y saber.

6. ACECHO



Una explicación superficial recibida por Castaneda era definir el acecho como conjunto de procedimientos y actitudes que le permiten a uno extraer lo mejor de cualquier situación concebible. Como podemos ver esto enlaza directamente con el capítulo anterior y la impecabilidad. Podríamos decir que el acecho son una serie de técnicas para conseguir ahorrar el máximo de energía y llegar a ser impecables.

Un cazador se limita a cazar. Un acechador lo acecha todo, inclusive a sí mismo. Un acechador impecable lo convierte todo en presa. El Nagual decía que es posible llegar a acechar nuestras propias debilidades como si fuéramos una presa. Descifras tus costumbres hasta conocer todas las consecuencias de tu debilidad y te abalanzas sobre ellas y las coges como a conejos en una jaula. Pero acechar las propias debilidades no implica estrictamente el deshacerse de ellas. Podemos estar acechándolas desde ahora hasta el día del juicio final sin que nada varíe un ápice. Por eso don Juan se negaba a precisar lo que se debía hacer. En realidad, lo que un guerrero necesita para ser un acechador impecable es tener un propósito. El propósito de un Guerrero es entrar en el otro mundo, y sólo con el máximo de su energía disponible tiene posibilidades de lograrlo.

Todos los guerreros hacen ensoñar y acechar como parte de sus vidas diarias, pero los guerreros que componen el planeta de los ensoñadores y el planeta de los acechadores, son las máximas autoridades en sus actividades respectivas. Los acechadores son las que enfrentan los embates del mundo cotidiano. Son los administradores de negocios, los que tratan con la gente. Todo lo que tiene que ver con el mundo de los asuntos ordinarios pasa por sus manos.

Desatino Controlado

Los acechadores son las practicantes del *desatino controlado*, así como los ensoñadores son los practicantes del *ensueño*. En otras palabras, el desatino controlado es la base del acechar y el logro más grande conseguido por los guerreros en la primera atención, tonal o mundo de todos los días.

Don Juan decía que el impulso con el cual su maestro llevaba a cabo sus estratagemas se originaba en la certeza de que el Águila (el infinito, el todo) es real y final, y en su certeza de que lo que la gente hace es un desatino absoluto. Esas dos convicciones dan origen al *desatino controlado*, que el benefactor describía como el único puente que existe entre la insensatez de la gente y la finalidad de los dictados del Águila.

Un guerrero se relaciona con sus semejantes y con la vida a través de su desatino controlado. Debemos saber que nuestros actos son inútiles, y luego proceder como si no lo supiéramos. Eso es desatino controlado.

Un guerrero utiliza su desatino controlado con todos y siempre que actúa sus actos son sinceros, pero sólo son los actos de un actor. A un guerrero no le importa nada, todo lo que hace es como cualquier otra cosa, su desatino controlado. Para el hombre común ciertas cosas de su vida le importan porque son importantes; sus acciones son ciertamente importantes para él, pero para el guerrero, ni una sola cosa es importante ya, ni sus acciones ni las acciones de sus semejantes. Pero sigue viviendo porque tiene voluntad. Porque ha templado su voluntad a lo largo de su vida, hasta hacerla impecable y completa, y en ese momento ya no le importa que nada importe. Su voluntad controla el desatino de su vida.

Creemos que la vida y nuestros semejantes son importantes porque pensamos, pensamos en la vida. No estamos viendo. Una vez que un hombre aprende a *ver*, se halla solo en el mundo, sin nada más que desatino.

Don Juan decía: "*Mi risa, así como todo cuanto hago, es de verdad, pero también es desatino controlado porque es inútil; no cambia nada y sin embargo lo hago. Yo soy feliz porque escojo mirar las cosas que me hacen feliz, y entonces mis ojos captan su filo gracioso y me río*".

Un hombre de conocimiento elige un camino con corazón y lo sigue: y luego mira y se regocija y ríe; y luego ve y sabe. Sabe que su vida se acabará en un abrir y cerrar de ojos; sabe que él, así como todos los demás, no va a ninguna parte; sabe, porque ve, que nada es más importante que lo demás. En otras palabras, un hombre de conocimiento no tiene honor, ni dignidad, ni familia, ni nombre, ni tierra, sólo tiene vida que vivir, y en tal condición su única unión con sus semejantes es su desatino controlado. Así un hombre de conocimiento se esfuerza, y suda, y resuella, y si uno lo mira es como cualquier hombre común, excepto que el desatino de su vida está bajo control. Como nada le importa más que nada, un hombre de conocimiento escoge cualquier acto, y lo actúa como si le importara. Su desatino controlado lo lleva a decir que lo que él hace importa y lo lleva a actuar como si importara, y sin embargo él sabe que no importa; de modo que, cuando completa sus actos se retira en paz, sin pena ni cuidado de que sus actos fueran buenos o malos, o tuvieran efecto o no. Por otro lado, un hombre de conocimiento puede preferir quedarse totalmente impasible y no actuar jamás, y comportarse como si el ser impasible le importara de verdad; también eso será genuino y justo, porque eso es también su desatino controlado.

Don Juan decía que nosotros pensamos en nuestros actos. Por eso tenemos que creer que son tan importantes como pensamos que son, cuando en realidad nada de lo que hacemos es importante. ¡Nada! Pero entonces, si nada importa en realidad, os preguntareis ¿cómo puedo seguir viviendo? Sería más sencillo morir; eso es lo que decimos y lo que creemos, porque estamos pensando en la vida, igual que pensamos en cómo será *ver.* Queremos que nos lo describan para ponernos a pensar en ello, igual que hacemos con todo lo demás. Sólo que, en el caso de *ver,* pensar no es lo fuerte, así que no se puede decir cómo es *ver.* Ahora queremos que se nos describan las razones del desatino controlado y sólo se nos podría decir que el desatino controlado se parece mucho a *ver;* es algo en lo que no se puede pensar.

Castaneda preguntaba a don Juan si desatino controlado quería decir que un hombre de conocimiento ya no podía querer a nadie. Don Juan le dijo: "*Te importa demasiado querer a los otros o que te quieran a ti. Un hombre de conocimiento quiere, eso es todo. Quiere lo que se le antoja o a quien se le antoja, pero usa su desatino controlado para andar sin pena ni cuidado. Lo contrario que haces tú ahora. Que los otros lo quieren o no lo quieren a uno no es todo lo que se puede hacer como hombre*."

Don Juan decía que los únicos actos en la vida de un hombre de conocimiento que no son desatino controlado son aquellos que realiza con su aliado o con el espíritu de la planta de poder (en su caso Mescalito). Ellos no están al nivel de nosotros los seres humanos. Su desatino controlado se aplicaba sólo a sí mismo y a los actos que realizaba en compañía de sus semejantes. Lo aclaraba de la siguiente manera: "*Yo digo que mi desatino controlado se aplica a los actos que realizo en compañía de mis*

semejantes; lo digo porque puedo ver a mis semejantes. Sin embargo, no puedo ver a mi aliado y eso lo hace incomprensible para mí, así que ¿cómo voy a controlar mi desatino si no lo veo? Con mi aliado o con Mescalito (ver capítulo 20) yo soy solamente un hombre que sabe cómo ver y se desconcierta con lo que ve; un hombre que sabe que jamás entenderá todo lo que le rodea."

Enseñanzas de Florinda en el arte del acecho.

> *"En cuanto a quién soy, te puedo decir que soy una guerrera que conoce los secretos de acechar. Y en cuanto a lo que se supone que debo de hacer contigo, te puedo decir que voy a enseñarte los primeros siete principios del acecho, los tres primeros principios de la regla para acechadores, y las tres primeras maniobras del acecho" (Florinda Donner, acechadora del grupo de Don Juan, El don del águila).*

Es normal para cada guerrero olvidar lo que acontece cuando las acciones ocurren en el lado izquierdo (conciencia acrecentada), nos llevaría años llegar a comprender las enseñanzas recibidas en ese estado. Florinda decía que su instrucción era apenas el principio, y que algún día terminaría sus enseñanzas, pero bajo condiciones diferentes.

Florinda decía a Castaneda que sus defectos consistían en que no tenía confianza en si mismo y en que no estaba dispuesto a reclamar su conocimiento como poder. El nagual Juan Matus al ser un hombre lo había hipnotizado. Ya no podía actuar por su cuenta. Sólo una mujer le podía liberar de eso.

Florinda explicó toda su vida a Castaneda y en un principio éste le dijo que don Juan le había hablado de la abrumadora fuerza de la historia personal, y de la necesidad que tienen los guerreros de borrarla. Ella se rio con una voz muy aguda. Le dijo que eso se aplica a los hombres. Por ejemplo, el no-hacer de la vida personal de Castaneda consistía en contar cuentos interminables, pero ninguno de ellos sobre su verdadera identidad. Ser hombre significa que tienes una sólida historia tras de ti. Tienes familia, amigos, conocidos y cada uno de ellos tiene una idea definida sobre ti. Ser hombre significa que eres responsable. No puedes desaparecer tan fácilmente. Para poder borrar tu historia necesitas mucho trabajo.

El caso de Florinda es distinto. Ser una mujer le da una espléndida ventaja. No tiene que rendir cuentas. Una mujer puede desaparecer fácilmente. Una mujer puede, sin más, casarse. La mujer pertenece al marido. En una familia con muchos hijos, las

hijas se descartan con facilidad. Nadie cuenta con ellas y hasta es posible que ellas un día desaparezcan sin dejar rastro. Su desaparición se acepta con facilidad. Un hijo, por otra parte, es algo en lo que uno invierte. A un hijo no le es tan fácil escabullirse y desaparecer. Y aun si lo hace, deja huellas tras de sí. Un hijo se siente culpable de desaparecer. Una hija no.

Los siete primeros principios del arte de acechar

1. *El primer principio es que los guerreros eligen su campo de batalla:*

   Un guerrero sólo entra en batalla cuando sabe todo lo que puede acerca del campo de lucha.

2. *Eliminar todo lo innecesario es el segundo principio del arte de acechar.*

3. *El tercer principio es que un guerrero debe estar dispuesto y listo para entrar en su última batalla, al momento y en cualquier lugar. Pero no de cualquier manera a lo loco.*

4. *El cuarto principio dice que descansemos, nos olvidemos de nosotros mismos y no tengamos miedo a nada. Sólo entonces los poderes que nos guían nos abren el camino y nos auxilian. Sólo entonces.*

5. *Cuando los guerreros se enfrentan a una fuerza superior con la que no pueden lidiar, los guerreros se retiran por un momento, dejan que sus pensamientos corran libremente. Se ocupan de otras cosas. Cualquier cosa puede servir.*

6. *Los guerreros comprimen el tiempo, todo cuenta, aunque sea un segundo. En una batalla por tu vida, un segundo es una eternidad, una eternidad que puede decidir la victoria. Los guerreros tratan de triunfar, por tanto, comprimen el tiempo. Los guerreros no desperdician ni un instante.*

7. *Para aplicar el séptimo principio del arte de acechar, hay que aplicar los otros seis. Los seis principios aplicados meticulosamente le permiten al guerrero observar todo sin ser el punto de enfoque. Gracias a eso puede evitar o parar el conflicto. Él nunca es el centro de atención.*

Florinda decía que sólo un maestro *acechador* puede ser un maestro del *desatino controlado.* El *desatino controlado* no significa embaucar a la gente. Significa que los guerreros aplican los siete principios básicos del arte de *acechar* en cualquier cosa que hacen, desde los actos más triviales hasta las situaciones de vida o muerte.

Aplicar estos principios produce tres resultados:

- El primero es que los acechadores aprenden a nunca tomarse en serio, aprenden a reírse de sí mismos. Puesto que no tienen miedo de hacer el papel de tontos, pueden hacer tonto a cualquiera.

- El segundo es que los acechadores aprenden a tener una paciencia sin fin. Nunca tienen prisa, nunca se irritan.

- Y el tercero es que los acechadores aprenden a tener una capacidad infinita para improvisar.

Los tres preceptos de la Regla para acechadores

Los guerreros no tienen mundo para que los proteja, como lo tienen otras personas, así es que tienen que tener la regla, sin embargo, la regla de los acechadores se aplica a cualquiera.

1. El primer precepto de la regla es que todo lo que nos rodea es un misterio insondable.

2. El segundo precepto es que debemos tratar de descifrar esos misterios, pero sin tener la menor esperanza de lograrlo.

3. El tercero es que un guerrero, consciente del insondable misterio que lo rodea y consciente de su deber de tratar de descifrarlo, toma su legítimo lugar entre los misterios y él mismo se considera uno de ellos. Por consiguiente, para un guerrero el misterio de ser no tiene fin, aunque ser signifique ser una piedra o una hormiga o uno mismo. Esa es la humildad del guerrero. Uno es igual a todo.

Los *acechadores* son innatamente distintos a los *ensoñadores* en la manera como utilizan el mundo. Los guerreros acechadores giran la cabeza para afrontar una nueva dirección, que quiere decir que se enfrentan al tiempo de una manera distinta.

Los *acechadores* encaran el tiempo que llega. Normalmente encaramos el tiempo cuando éste se va de nosotros. Sólo los *acechadores* pueden cambiar esta situación y enfrentar el tiempo cuando éste avanza hacia ellos. Florinda explicaba que girar la cabeza no significa que uno ve el futuro, sino que uno ve el tiempo como algo concreto, pero incomprensible. Por tanto, es superfluo tratar de clarificar lo que los acechadores hacen. Todo eso tendría sentido cuando ellos pudieran percibir la totalidad de ellos mismos y tuviesen entonces la energía necesaria para descifrar ese misterio.

Florinda decía que cuando ella o sus compañeros hablaban del tiempo, no se referían a algo que se mide con los movimientos de un reloj. El tiempo es la esencia de la atención; las emanaciones del Águila (hilos de energía autoconsciente que forman el todo) están compuestas de tiempo, y propiamente hablando, cuando uno entra en cualquier aspecto del otro yo, uno empieza a familiarizarse con el tiempo. La rueda del tiempo es como un estado de conciencia acrecentada del otro yo, así como la conciencia del lado izquierdo es el estado de conciencia acrecentada del yo de todos los días. La rueda del tiempo podía describirse físicamente como un túnel de largo infinito, un túnel con surcos reflectores. Cada surco es infinito, y hay cantidades infinitas de ellos. Las criaturas vivientes están obligadas, por la fuerza de la vida, a contemplar compulsivamente uno de esos surcos. Contemplarlo significa ser atrapado por él, vivir ese surco.

Florinda aseveraba que lo que los guerreros llaman *voluntad* pertenece a la rueda del tiempo. Es algo semejante a un tentáculo intangible que todos nosotros poseemos. Decía que el designio final del guerrero consiste en aprender a concentrarlo en la rueda del tiempo con el fin de hacerla girar. Los guerreros que han logrado hacer girar la rueda del tiempo pueden contemplar, cualquier surco y extraer de él lo que deseen. Ser atrapados compulsivamente en cualquier surco del tiempo implica ver las imágenes de ese surco conforme se alejan. Ser libre de la fuerza fascinante de esos surcos significa que uno puede ver en cualquier dirección, ya sea cuando las imágenes se alejan o cuando se aproximan.

Florinda explicaba que una de sus aprendices Doña Soledad, a través de sus técnicas impecables de *acechar*, había encontrado su ser paralelo. El ser paralelo es el contrapeso que todos los seres vivientes tienen por el hecho de ser entidades luminosas llenas de energía inexplicable. El ser paralelo de una persona es otra persona del mismo sexo que está unida íntima e inextricablemente a la primera. Coexisten en el mundo al mismo tiempo. Los dos seres paralelos son como las dos puntas de una misma vara.

Florinda decía que, a los guerreros por lo general les es casi imposible encontrar a su ser paralelo. Pero quienquiera que es capaz de lograrlo encontrará en su ser paralelo una fuente infinita de juventud y energía.

La Recapitulación

La recapitulación es el fuerte de los acechadores, de la misma manera que el cuerpo de ensueño es el fuerte de los ensoñadores. (Florinda Donner, el don del Águila)

La recapitulación consiste en recordar la vida de uno hasta el detalle más insignificante. Los guerreros antiguos recapitulaban en cuevas, en cambio, en la era moderna lo hacen en cajas de madera como símbolo y herramienta (para más información leer el libro de Víctor Sánchez "*El camino tolteca de la recapitulación*"). Era una herramienta que les permitía aprender a concentrarse; tenían que sentarse allí durante varios años, hasta que toda su vida pasara ante sus ojos. La recapitulación es un símbolo de los estrechos linderos de nuestra persona. Cuando terminan la recapitulación, los guerreros deben romper la caja para simbolizar que ya no están sujetos a las limitaciones de su persona.

Los acechadores usan cajas de ataúdes de tierra para encerrarse adentro de ellos en tanto reviven, pues no se trata sólo de recordar cada momento de sus vidas. La razón por la que los acechadores deben recapitular sus vidas de forma tan meticulosa es que el don que da el Águila al hombre incluye la buena voluntad de aceptar un sustituto en vez de la conciencia genuina, si el sustituto en verdad es una réplica perfecta. Florinda explicaba que, ya que la conciencia es el alimento del Águila, ésta puede quedar satisfecha con una recapitulación perfecta en lugar de la conciencia misma.

Don Juan explicaba que los chamanes del México antiguo vieron que el universo en general está compuesto de campos de energía bajo la forma de filamentos luminosos. Vieron billones por donde fuera que vieran. También vieron que estos campos de energía se configuran en corrientes de fibras luminosas, torrentes que son fuerzas constantes, perennes en el universo; y la corriente o torrente de filamentos que se relaciona con la recapitulación, fue nombrada por aquellos chamanes el oscuro mar de la conciencia, y también el Águila. También descubrieron que cada criatura del universo está atada al oscuro mar de la conciencia por un punto redondo de luminosidad que era aparente cuando esas criaturas eran percibidas como energía. Don Juan decía que, sobre ese punto de luminosidad que los chamanes del México antiguo llamaron el punto de encaje, la percepción se encaja a través de un aspecto misterioso del oscuro mar de la conciencia.

Sostenía que, bajo la forma de filamentos luminosos, billones de campos energéticos del universo en general convergen y atraviesan el punto de encaje de los seres humanos. Estos campos energéticos se convierten en datos sensoriales, y se interpretan y son percibidos como el mundo que conocemos. Lo que convierte las

fibras luminosas en datos sensoriales es el oscuro mar de la conciencia. Los chamanes ven esta transformación y la llaman el resplandor de la conciencia, un brillo que se extiende como nimbo alrededor del punto de encaje.

Algo muy importante cuando hablamos de recapitulación es tener claro que lo que en los organismos llamamos sentidos no son más que grados de conciencia. Si aceptamos que los sentidos son el oscuro mar de la conciencia, tenemos que admitir que la interpretación que los sentidos hacen de los datos sensoriales es también el oscuro mar de la conciencia. Entonces, enfrentar el mundo que nos rodea bajo las condiciones que lo hacemos es el resultado del sistema de interpretación de la humanidad, con el cual todo ser humano está provisto.

Don Juan también decía que todo organismo que existe debe tener un sistema de interpretación que le permita funcionar en su medio. Los chamanes antiguos vieron que al momento de la muerte el oscuro mar de la conciencia tragaba, por decirlo así, la conciencia de las criaturas vivas a través del punto de encaje. También vieron que el oscuro mar de la conciencia tenía un momento de, digamos, vacilación al enfrentarse con chamanes que habían hecho un recuento de sus vidas. Sin saberlo, algunos habían hecho ese recuento tan minuciosamente, que el oscuro mar de la conciencia tomaba la conciencia de sus experiencias de vida; pero no tocaba su fuerza vital. Los chamanes habían descubierto una verdad gigantesca acerca de las fuerzas del universo: El oscuro mar de la conciencia sólo quiere nuestras experiencias de vida, no nuestra fuerza vital.

El acomodador

Los chamanes creen que al recapitular nuestras vidas toda la basura sale a la superficie. Nos damos cuenta de nuestras contradicciones, nuestras repeticiones, pero algo en nosotros se resiste tremendamente a la recapitulación. Los chamanes dicen que el camino queda libre sólo después de una agitación gigantesca, después de que aparece en la pantalla el recuerdo de un suceso que nos sacude hasta los cimientos con una claridad de detalles terrorífica. Es el suceso que nos arrastra hasta el momento real en que lo vivimos. Los chamanes llaman a ese suceso el acomodador, porque desde ese momento cada suceso que tocamos, no sólo se recuerda, sino que se vuelve a vivir. Caminar precipita los recuerdos. Los chamanes del México antiguo creían que todo lo que vivimos queda guardado como sensación en la parte trasera de las piernas. Consideraban la parte trasera de las piernas como el almacén de la historia personal del hombre. Así es que caminar ayuda a la recapitulación.

El recuento

El recontar sucesos es mágico para los chamanes. No se trata simplemente de contar un cuento. Es ver la tela sobre la que se basan los sucesos. Es por eso que el recuento

es tan vasto y tan importante. Los guerreros se tienen que dejar llevar. Van a donde los lleva el impulso. El poder de los guerreros es estar alerta para conseguir el máximo efecto con el mínimo impulso. Y sobre todo, su poder está en no interferir. Los sucesos tienen una fuerza, una gravedad propia, y los guerreros son simplemente viajeros. Todo lo que los rodea es sólo para sus ojos. De esta manera, los viajeros construyen el significado de cada situación, sin preguntar nunca cómo fue que pasó así o asá. Nos enfrentamos siempre con una situación que es la misma que nunca resolvimos. El infinito siempre nos pone en la terrible posición de tener que escoger. Queremos el infinito, pero a la vez queremos huir de él.

Las dos mentes

Los chamanes del México antiguo creían que tenemos dos mentes y que sólo una de ellas es la nuestra. La muerte y la recapitulación contienen una opción secreta, una opción que sólo los chamanes utilizan. En el caso de la muerte, la opción secreta es que los seres humanos pueden retener su fuerza vital y renunciar solamente a su consciencia, el resultado de sus vidas. En el caso de la recapitulación, la opción secreta que sólo los chamanes eligen es la de acrecentar sus verdaderas mentes. La inquietante memoria de nuestros recuerdos sólo puede venir de nuestra mente verdadera. La otra mente que todos tenemos y compartimos es, decía don Juan, un modelo barato; económico, de igual tamaño para todos, la que otros chamanes han llamado la mente parásita.

La recapitulación está desintegrando lo que los chamanes llaman *la instalación foránea* (ver capítulo 20, el Volador) que existe en nosotros y en cada ser humano. El efecto de la fuerza que se te viene encima, que está desintegrando la instalación foránea, saca a los chamanes de su sintaxis. Todos los chamanes han pasado por esto. Al experimentarlo, los hombres sufren infinitamente más daño que las mujeres. Puede ser porque la mujer es por naturaleza más duradera. Los chamanes del México antiguo, actuando en grupo, hicieron lo posible por sostener el impacto de esta fuerza desintegrante. Hoy día, no tenemos los medios para actuar en grupo, así es que tenemos que fortalecernos para enfrentar a solas la fuerza que nos va a llevar más allá del lenguaje, porque no hay otra manera adecuada para describir lo que está pasando.

Don Juan decía que los chamanes se enfrentan a lo desconocido a través de los incidentes más banales que se pueda uno imaginar. Cuando se enfrentan a ello y no pueden interpretar lo que están percibiendo, tienen que apoyarse en un recurso exterior para saber por dónde ir. Don Juan llamaba a ese recurso el infinito, o la voz del espíritu, y decía que si los chamanes no se esfuerzan por ser racionales con algo que no puede ser racionalizado, el espíritu les dice lo que ocurre, sin falla. Don Juan guiaba a sus aprendices a aceptar la idea de que el infinito era una fuerza que tenía voz y que estaba consciente de sí misma. A consecuencia, preparaba a sus

aprendices para estar atentos a esa voz y siempre actuar con eficacia, pero sin antecedentes, usando cuanto menos posible el apoyo de las creencias o de los patrones comunes.

Cada uno de nuestros recuerdos se vuelve más y más vivo, y más y más enloquecedor para nosotros, porque hemos entrado en un proceso irreversible. Está emergiendo nuestra mente verdadera, despertando de un estado letárgico de toda una vida. El infinito nos está reclamando como suyo. No importa lo que utilice para señalarnos eso, no tiene otra razón, otra causa, otro valor que eso. Lo que debemos hacer, sin embargo, es prepararnos para el ataque violento del infinito. Debemos estar en un estado de continuo desvelo, afirmados para recibir un golpe de enorme magnitud. Ésa es la manera sobria y cuerda en que los chamanes se enfrentan al infinito.

Don Juan decía que los chamanes de su linaje consideraban que uno de los resultados más codiciados del silencio interno era una interacción específica de energía que siempre se anuncia con una profunda emoción. Él decía que nuestros recuerdos son medios para agitarnos al extremo de poder experimentar esa interacción. Tal interacción se manifestaba a través de matices que se proyectaban en el horizonte del mundo de la vida cotidiana, fuera una montaña, el cielo, una muralla, o simplemente la palma de la mano. Esta interacción empieza con la apariencia de una tenue pincelada color lavanda, sobre el horizonte. Con el tiempo, la pincelada lavanda se expande hasta que cubre el horizonte visible, como las nubes de una tormenta que avanza. Don Juan aseguraba que se ve un punto rojizo, de un peculiar y rico color granate, como si hiciera explosión dentro de las nubes color lavanda. Al adquirir mayor disciplina y experiencia los chamanes, el punto color granate se expande y finalmente estalla en pensamientos o visiones, o en el caso de un hombre de letras, en palabras escritas; los chamanes o bien ven visiones engendradas por la energía, oyen pensamientos a través de palabras habladas, o leen palabras escritas.

La brujería y los chamanes no son gentiles, decía don Juan. Hay un momento en que por primera vez desciende el infinito sobre nosotros. Es como un asalto. Es una toma de posesión total de nuestras facultades. Con respecto a la velocidad de nuestras visiones, nosotros mismos tendremos que ajustarlas. Para algunos chamanes, es trabajo de toda una vida. Desde ahora en adelante, la energía va a aparecer delante de nosotros, como si estuviera proyectada sobre una pantalla de cine. Que entiendas o no la proyección es otra cosa. Para interpretarla con precisión, necesitaremos experiencia.

La recomendación de don Juan es que no seamos tímidos y que empecemos ahora mismo. ¡Lee la energía sobre la pared! Está emergiendo tu verdadera mente y no tiene nada que ver con la mente que es una instalación foránea. Deja que tu mente

verdadera se ajuste a la velocidad. Mantente en silencio y no te preocupes, pase lo que pase.

Don Juan decía a Castaneda que leyera la información de esa pantalla como si fuera texto. Si leía el texto, lo podría repetir a la letra. Pero, si tratara de ser un espectador del infinito en vez de un lector del infinito, se daría cuenta de que no podría describir lo que estaba mirando, y terminaría diciendo tonterías, incapaz de verbalizar lo que atestiguaba. Lo mismo si tratara de oírlo. Esto, desde luego, era específicamente para Castaneda. De todos modos, el infinito escoge. El guerrero simplemente cede a su selección. Pero ante todo, no nos abrumemos por el suceso porque no podemos describirlo. Es un suceso más allá de la sintaxis de nuestro lenguaje.

La recapitulación perfecta (etapas)

Florinda aseguraba que una recapitulación perfecta podía cambiar a un guerrero aún más que el control total del *cuerpo de ensueño*. En este aspecto, *ensoñar y acechar* conducen al mismo fin: el ingreso en *la tercera atención* (capítulo 9). Sin embargo, para un guerrero era importante conocer y practicar ambos. Decía que una mujer sólo puede dominar uno de los dos, según las configuraciones de su cuerpo luminoso. Por otra parte, los hombres pueden practicar ambos con gran facilidad, pero jamás llegan a obtener el nivel de eficacia que las mujeres logran en cada arte.

Florinda explicaba que el elemento clave al recapitular es la respiración. El aliento, para ella, era mágico, porque se trataba de una función que da la vida. Decía que recordar se vuelve fácil si uno puede reducir el área de estimación en torno al cuerpo. Por eso se debe usar la caja; después, la respiración misma fomenta recuerdos cada vez más profundos. En teoría, los *acechadores* tienen que recordar cada sentimiento que han tenido en sus vidas, y este proceso se inicia con una respiración.

1. La primera etapa consiste en un breve cómputo de nuestras vidas que de una manera patente se prestan a nuestro escrutinio.
2. La segunda fase es un cómputo más detallado, que empieza en un punto que podría ser el momento previo a que el acechador tome asiento en la caja, y sistemáticamente se extiende, al menos en teoría, hasta el mismo momento del nacimiento. Se realiza una lista detallada de los eventos y personas.
3. En la tercera fase los acechadores empiezan su primera sesión con una respiración inicial: la barbilla en el hombro derecho y lentamente inhalan en tanto mueven la cabeza en un arco de ciento ochenta grados. La respiración concluye sobre el hombro izquierdo. Una vez que la inhalación termina, la cabeza regresa a la posición frontal y exhalan mirando hacia delante.

4. Los acechadores entonces toman el evento que se halla a la cabeza de la lista y se quedan allí hasta que han sido recontados todos los sentimientos invertidos en él. A medida que recuerdan inhalan lentamente moviendo la cabeza del hombro derecho al izquierdo. Esta respiración cumple la función de restaurar la energía. El cuerpo luminoso constantemente crea filamentos que semejan telarañas, y que éstos son propulsados por fuera de la masa luminosa por emociones de cualquier tipo. Por tanto, cada situación en la que hay acción social, o cada situación en que participan los sentimientos es potencialmente agotadora para el cuerpo luminoso. Al respirar de derecha a izquierda, cuando se recuerda un acontecimiento, a través de la magia de la respiración, recogen los filamentos que dejaron atrás. La siguiente respiración es de izquierda a derecha, y es una exhalación. Con ella, los acechadores expulsan los filamentos que otros cuerpos luminosos, que tuvieron que ver con el acontecimiento que se recuerda, dejaron en ellos.

Florinda afirmaba que éstos eran los preliminares obligatorios del *acecho*, por lo que todos los miembros de su grupo tuvieron que pasar como introducción a los ejercicios más exigentes de ese arte. A no ser que los acechadores hayan pasado por estos preliminares a fin de recobrar los filamentos que dejaron en el mundo, y particularmente a fin de descartar aquellos que otros seres luminosos dejaron en ellos, no hay posibilidad de manejar el *desatino controlado (*capítulo 6).

Esos filamentos ajenos son la base de nuestra ilimitada capacidad de sentirnos importantes. Florinda mantenía que para practicar el *desatino controlado*, puesto que no está hecho para engañar a la gente, uno tiene que ser capaz de reírse de sí mismo. Uno de los resultados de la recapitulación detallada es la capacidad de estallar en risa genuina cuando uno se encuentra cara a cara con las aburridas repeticiones que el yo personal hace acerca de su importancia.

Florinda subrayaba que la regla definía el *acecho y el ensueño* como artes, por tanto, eran algo que uno pone en práctica, algo que uno lleva a cabo. Decía que la naturaleza intrínseca del aliento es dar vida, y que eso es lo que le da capacidad de limpiar el cuerpo luminoso. Esta capacidad es la que convierte a la recapitulación en una cuestión práctica.

Ella consideraba las tres técnicas básicas del *acecho*, la caja, la lista de eventos a recapitular, y la respiración del acechador cómo las tres tareas más importantes que un guerrero puede llevar a cabo. Estaba convencida de que una recapitulación profunda es el mejor medio para *perder la forma humana* (capítulo 8). De allí que les es más fácil a los acechadores, después de recapitular sus vidas, hacer uso de todos

los *no haceres* del yo personal, como es borrar la historia personal, perder la importancia en uno mismo, romper las rutinas, etcétera.

Recapitulación rompecabezas

Consiste en tomar diferentes eventos de la vida, sin un orden aparente. Esto podría ser un desastre si dejáramos que la mente escoja los eventos que vamos a recapitular. Ahora, si dejamos que el espíritu decida, el resultado es lo opuesto. Entramos en un estado de silencio y dejamos que el espíritu nos señale el evento que debemos seguir. Al silenciar la mente, una fuerza al parecer independiente de nosotros nos sumerge inmediatamente en un poderoso y detallado recuerdo. Pero algo aún más impresionante es lo sistematizada que es esta configuración. Lo que podría parecer caótico resulta ser extremadamente ordenado.
La recapitulación consiste en dos partes básicas; a la primera se le llama formalidad y rigidez; a la segunda, fluidez. La primera es la recapitulación ordenada y la segunda es la rompecabezas. La habilidad para concentrarnos, adquirida a través de nuestras prácticas de ensueño, nos permite examinar ahora nuestra vida con una profundidad que nunca hubiéramos imaginado posible, y nos damos cuenta que a pesar de haber recapitulado, aún existían cargas emocionales escondidas tan hondo adentro de nosotros que eran virtualmente inaccesibles.

Otra recapitulación más sofisticada y que puede abarcar el infinito

Para don Juan Matus, recapitular significaba revivir y reordenar de un simple barrido cualquier cosa en la vida de una persona. Él nunca se preocupó por minucias tales como elaborar variaciones de aquella antigua técnica. Florinda, por el contrario, poseía una meticulosidad completamente diferente. Pasó meses enteros adiestrando a Castaneda para que entrara en aspectos de la recapitulación que son difíciles de explicar.

"Lo que estás experimentando es la vastedad del guerrero", explicaba. Las técnicas existen. ¡Y qué! Lo que es de suprema importancia es la persona que las usa y su deseo de llevarlas hasta el final.

Castaneda recapituló a don Juan en los términos de Florinda y ello le produjo unas visiones de don Juan extremadamente detalladas y significativas. Eran infinitamente más intensas que conversar con el propio don Juan. Fue el pragmatismo de Florinda lo que le aportó asombrosas percepciones de posibilidades prácticas de las que el nagual Juan Matus no se había preocupado en absoluto. Siendo Florinda una mujer verdaderamente pragmática, no se hacía ilusiones acerca de sí misma ni tenía sueños de grandeza. Decía de sí que era como un labriego que no puede permitirse perder ni una sola vuelta del camino. Un guerrero debe ir muy lentamente y aprovechar todos los elementos disponibles.

Uno de los elementos más notables es la capacidad que todos tenemos, como guerreros, de enfocar nuestra atención con fuerza inquebrantable sobre los acontecimientos que hemos vivido. Los guerreros pueden enfocar su atención incluso sobre personas que nunca conocieron. El resultado final de esta profunda focalización es siempre el mismo: la escena se reconstruye. Aparecen patrones enteros de conducta, tanto los ya olvidados como los más nuevos, a nuestro alcance. Intentémoslo.

Castaneda siguió su consejo, se enfocó en don Juan y, desde luego, recordó cuanto había acontecido en cualquier momento dado. Recordó detalles de los que no tenía ni idea. Gracias al trabajo de Florinda fue capaz de reconstruir enormes porciones de actividad junto a don Juan, así como detalles de tremenda importancia que se le habían pasado completamente por alto.

Florinda decía que podemos enfocar nuestra atención de recapitulación en cualquier cosa, persona u objeto que queramos. Debemos enfocar nuestra atención de recapitulación en aquella cosa, debemos acabar oliéndola, sintiéndola con nuestras manos, a pesar de que no la hayamos visto nunca excepto a través de lo que nos hayan contado o hayamos leído. Enfocarse de este modo implica establecer un punto de referencia, como en una ecuación algebraica en la que se calcula algo jugando con un tercer elemento. Utilizando a otra persona como punto de corroboración, serás capaz de ver a la primera que querías ver con infinita claridad.

Debido a la influencia que tuvo Florinda en la vida de Castaneda, tuvo gran éxito en aprender a enfocar su atención sostenidamente en el ánimo de personas que jamás conoció. Enfocó su atención de recapitulación en el ánimo de aquellos chamanes, y fue atrapado por él sin esperanza de desembarazarse jamás de su atracción.

Florinda no creía que su estado fuera definitivo. Le gastaba bromas y se reía abiertamente de ello. “*Tu estado parece definitivo, pero no lo es. Llegará un momento en que cambiarás de jurisdicción. Quizá llegues a burlarte de cada pensamiento de los chamanes del México antiguo. Puede, incluso, que te burles de los pensamientos y las visiones de los chamanes con los que trabajaste tan estrechamente, como el nagual Juan Matus. Hasta puede que reniegues de él. Ya verás. Un guerrero no tiene límites. Su sentido de la improvisación es tan agudo que puede construir a partir de la nada; y no meras estructuras vacías, sino funcionales y prácticas. Ya verás. No es que vayas a olvidarlos, pero en un momento dado, antes de zambullirte en el abismo, si tienes agallas para recorrer su filo y la audacia de no apartarte de él, llegarás a conclusiones de guerrero de un orden y estabilidad infinitamente más adecuados para ti que la fijación de los chamanes del México antiguo.*”

Las palabras de Florinda eran como una agradable y alentadora profecía. Puede que tuviera razón. La tenía, ciertamente, al afirmar que los recursos del guerrero no

tienen límites. El único fallo es que para adquirir una visión de nosotros y del mundo ordenada de un modo diferente, una visión que sea todavía más adecuada a nuestro temperamento, hemos de caminar al filo del abismo, y no es fácil tener la audacia y la fuerza necesarias para lograr esa proeza.

"Somos guerreros, y los guerreros tienen una sola meta en la mente. Morir y ser devorado por el Águila es el destino del hombre. Por otra parte, querer salirnos de nuestro destino, querer entrar serenos y desprendidos a la libertad, es la audacia final." (Florinda Donner, el don del águila)
"Ya me di al poder que a mi destino rige.

No me agarro ya de nada, para así no tener nada que defender
No tengo pensamientos para así poder ver.

No temo ya a nada, para así poder acordarme de mí,
Sereno y desprendido, me dejará el águila pasar a la libertad." (Silvio Manuel, el don del Águila)

El álbum de sucesos memorables de un guerrero

Don Juan decía que cada guerrero, obligatoriamente, colecciona material para un álbum especial, un álbum que revela su personalidad, un álbum que es testigo de las circunstancias de su vida. Es como un álbum de retratos hechos de recuerdos, retratos que surgen al recordar sucesos memorables. ¿Son esos sucesos memorables dignos del recuerdo de alguna manera especial? Son memorables porque tienen un significado especial en la vida de uno.
Lo que proponía es que el guerrero haga su álbum, incluyendo en él un recuento completo de los sucesos que han tenido un significado profundo para él. Puede parecer que todo suceso de nuestra vida ha tenido un significado profundo para nosotros, pero no es cierto. Hay unos cuantos, sin embargo, que don Juan consideraba capaces de haber cambiado algo en nosotros, de habernos iluminado el camino. Por lo general, los sucesos que cambian nuestro curso son asuntos impersonales, y a la vez extremadamente personales.

Los sucesos memorables del álbum del chamán son asuntos que aguantan la prueba del tiempo porque no tienen nada que ver con él y, sin embargo, él está en medio de ellos. Siempre estará en medio de ellos, por lo que dure su vida y quizá más allá, aunque no de manera del todo personal.

Las cuatro disposiciones del acecho

"En los últimos días, te he mencionado muchas veces las cuatro disposiciones del acecho. He mencionado el no tener compasión, el ser astuto, el tener paciencia y el ser simpático, con la esperanza de que recordaras lo que te enseñé acerca del acecho". Don Juan Matus

Don Juan explicaba que ser despiadado, astuto, paciente y simpático es la quintaesencia del acecho. Son los cuatro fundamentos básicos que, con todas sus ramificaciones, son inculcados a los brujos de un modo muy meticuloso y cauto. La enseñanza del acecho es una de las cosas más difíciles de llevar a cabo en el mundo de la brujería.

Don Juan reiteraba que un punto muy importante que debía tomarse en consideración era el hecho de que, para un espectador ajeno a la situación, la conducta de los brujos podría parecer maliciosa, cuando en realidad no es nada menos que impecable. ¿Cómo podemos ver la diferencia, especialmente si es uno el que la recibe? Los actos maliciosos son llevados a cabo por aquellos que buscan el provecho propio, los brujos, por otra parte, actúan con un propósito ulterior que no tiene nada que ver con el provecho personal. El hecho de que disfruten con sus actos no se cuenta cómo provecho, sino más bien como una característica de su temperamento. El hombre común y corriente actúa sólo si hay alguna oportunidad de beneficiarse. Los guerreros, por otro lado, actúan, no por el beneficio propio, sino por el espíritu.

Primeramente, los brujos deben aprender a acechar; después deben aprender a intentar y sólo entonces pueden mover su punto de encaje a voluntad.

El primerísimo principio del acecho es que un guerrero se acecha a sí mismo. Se acecha a sí mismo sin tener compasión, con astucia, paciencia y simpáticamente. En pocas palabras podemos definir al acecho como el arte de usar la conducta de un modo original, con propósitos específicos.

La conducta normal, en el mundo cotidiano, es rutinaria. Cualquier conducta que rompe con la rutina causa un efecto desacostumbrado en nuestro ser total. Ese efecto desacostumbrado es el que buscan los brujos, porque es acumulativo. Y su acumulación es lo que hace de un brujo, un acechador.

Los brujos videntes de la antigüedad vieron que la conducta desacostumbrada producía un temblor en el punto de encaje. Encontraron luego que, si se practica la conducta desacostumbrada de manera sistemática e inteligente, a la larga, esta práctica fuerza al punto de encaje a moverse. El verdadero desafío para esos brujos videntes fue encontrar un sistema de conducta que no fuera trivial o caprichoso, y que fuera capaz de combinar la moralidad y el sentido de la belleza que distinguen

a los brujos videntes de los simples hechiceros. Y ese sistema se llama el arte del acecho.

Cualquiera que logre mover su punto de encaje a una nueva posición es un brujo. Partiendo de esa nueva posición, un brujo puede hacer toda clase de cosas buenas o malas a sus semejantes. Por lo tanto, ser brujo es como ser zapatero o panadero. La meta de los brujos videntes es sobrepasar esa condición. Ser más que brujo. Y para eso necesitan belleza y moralidad. Para los brujos, el acecho es la base sobre la cual se construye todo lo demás. Hay brujos a quienes no les gusta el término acecho, se les hace muy pesado. Pero ese nombre se le aplicó porque consiste en comportarse de manera clandestina y furtiva. También se le llama el arte del sigilo, pero el término es igualmente pesado. Lo podemos llamar como nos parezca mejor. Al grupo de don Juan, a causa de su temperamento no militante, les gustaba llamarlo el arte del desatino controlado. Sin embargo, continuaremos usando el término acecho porque es muy fácil decir acechador y, como decía el nagual Elías, muy inconveniente y difícil decir el hacedor del desatino controlado.

Clasificación en tipos de seres humanos según los acechadores.

Los acechadores que practican el desatino controlado creen que, en cuestión de personalidad, toda la especie humana cae dentro de tres categorías. Los acechadores dicen que no somos tan complejos como creemos y también dicen que todos pertenecemos a una de esas tres categorías.

1ª Categoría: Don Juan decía que las personas de la primera categoría son los perfectos secretarios, ayudantes y acompañantes. Tienen una personalidad muy fluida, pero su fluidez no nutre. Sin embargo, son serviciales, cuidadosos, totalmente domésticos, e ingeniosos dentro de ciertos límites; chistosos, de muy buenos modales, simpáticos y delicados. En otras palabras, son la gente más agradable que existe, salvo por un enorme defecto: no pueden funcionar solos. Necesitan siempre que alguien los dirija. Con dirección, por dura o antagónica que pueda ser, son estupendos. Por sí mismos, perecen.

2ª Categoría: La gente de la segunda categoría no tiene nada de agradable. Los de ese grupo son mezquinos, vengativos, envidiosos, celosos y egocéntricos. Hablan exclusivamente de sí mismos y habitualmente exigen que la gente se ajuste a sus normas. Siempre toman la iniciativa, aunque esto les haga sentir mal. Se sienten totalmente incómodos en cualquier situación y nunca están tranquilos. Son inseguros y jamás están contentos; cuanto más inseguros se sienten, más desagradable es su comportamiento. Su defecto fatal es que matarían con tal de estar al mando.

3ª Categoría: En la tercera categoría están los que no son ni agradables ni antipáticos. No sirven a nadie, pero tampoco se imponen a nadie. Más bien, son indiferentes. Tienen una idea exaltada de sí mismos basada solamente en sus fantasías. Si son extraordinarios en algo es en la facultad de esperar a que las cosas sucedan. Por

regla general esperan ser descubiertos y conquistados; tienen una estupenda facilidad para crear la ilusión de que se traen grandes cosas entre manos; cosas que siempre prometen sacar a relucir, pero nunca lo hacen, porque, en realidad, no tienen nada.

Don Juan decía que él, decididamente, pertenecía a la segunda clase. Luego le pidió a Castaneda que se clasificara. De mala gana sugirió que podía ser una combinación de las tres categorías. Don Juan le explicó que somos seres simples; cada uno de nosotros pertenece a una de las tres. Y le dijo que pertenecía definitivamente a la segunda clase. Los acechadores les llaman pedos. Castaneda le rebatió diciendo que si en verdad sólo había tres tipos de personalidades, todos estábamos atrapados de por vida en una de esas tres categorías, sin esperanzas de cambio ni de rendición. Don Juan reconoció que ese era exactamente el caso, en cierta medida, pero que sí existía un camino de redención.

Los brujos habían descubierto que sólo nuestra imagen de sí caía en una de esas categorías. El problema con nosotros es que nos tomamos demasiado en serio. Cualquiera que sea la categoría en que cae nuestra imagen de sí, sólo tiene significado en vista de nuestra importancia personal. Si no tuviéramos importancia personal no nos atañería en absoluto en qué categoría caemos. "*Yo siempre seré un pedo*" decía don Juan, riéndose de Castaneda abiertamente. Y le decía que él, lo mismo. Pero añadía que ahora era un pedo que no se tomaba en serio, mientras que él todavía lo hacía.

El adversario que vale la pena

"Si no nos pusieran trampas, nunca aprenderíamos. Lo mismo me pasó a mí, y le pasa a cualquiera. El arte de un maestro es llevarnos hasta el borde. Un maestro sólo puede señalar el camino y hacer trampas." Juan Matus, Viaje a Ixtlán

Don Juan decía que cuando un guerrero se encuentra con su adversario, y el adversario no es un ser humano ordinario, no debe correr, tiene que plantarse. Eso es lo único que lo hace invulnerable. Un adversario así sirve al guerrero de estímulo; bajo la influencia de un oponente que vale la pena, tal vez tengamos que aplicar todo lo que hemos aprendido. No nos queda otra alternativa.
Un guerrero nunca se entrega a pensamientos de derrota y muerte. Cuando tiene que actuar con sus semejantes, un guerrero sigue el *hacer* de la estrategia, y en ese *hacer* no hay victorias ni derrotas. En ese *hacer* sólo hay acciones. Implica que uno no está a merced de la gente. Hay que tener el dominio de la situación. No debemos dirigir una sola palabra a nuestro oponente durante los encuentros. Ni darle la espalda, ni mucho menos huir corriendo de él. Don Juan decía que una buena defensa es plantarse y bailar nuestra danza. (técnicas)

La magia de los acechadores, intentar apariencias.

El nagual Julián explicaba que la vista humana esta adiestrada para enfocarse solamente en los rasgos más salientes de una cosa, y que esos rasgos salientes son conocidos de antemano. Por lo tanto, el arte de los acechadores es crear una impresión, presentando rasgos que ellos eligen, rasgos que ellos saben que los ojos del espectador están destinados a notar. Al reforzar ingeniosamente ciertas impresiones, los acechadores logran crear en el espectador una incuestionable convicción acerca de lo que perciben.

Según el nagual Elías, la apariencia es la esencia del desatino controlado; por lo tanto, los acechadores crean la apariencia intentándola, en vez de lograrlo con la ayuda de disfraces. Los disfraces crean apariencias artificiales que la vista nota consciente o inconscientemente. En ese sentido, intentar apariencias es exclusivamente un ejercicio para el manejo del intento.

Las apariencias se solicitan al espíritu o se las llama a la fuerza, pero nunca se las inventa racionalmente.

El nagual Elías decía que los acechadores llaman al *intento (*ver capítulo 13*)* en voz alta. Habitualmente lo llaman desde una habitación pequeña, oscura y aislada. Se pone una vela en una mesa negra, con la llama a pocos centímetros de los ojos; después se pronuncia lentamente la palabra intento, modulándola con claridad tantas veces como uno lo considera necesario. El tono de voz sube y baja sin intervención de la voluntad. La parte indispensable en el acto de llamar al intento es una total concentración en lo que se intenta. En el caso de las apariencias, la concentración debe enfocarse en la apariencia que queremos encarnar.

Rituales

Don Juan decía que tanto su benefactor, como el nagual Elías, eran un poco más dados a los ritos que él; por lo tanto, preferían utensilios tales como velas, lugares oscuros y mesas negras.

Don Juan decía que había visto que existía en alguno de sus aprendices, como campo energético, un rasgo que todos los brujos de antaño tenían y buscaban ávidamente en otros: una zona brillante en el lado inferior derecho del capullo luminoso. Dicha brillantez se asociaba con el ingenio de una persona y su tendencia a la morbosidad. Los sombríos brujos de aquellos tiempos se complacían en domar a ese codiciado rasgo para engrandecer el lado oscuro del hombre.

El hombre si tiene un lado oscuro, se llama estupidez. Don Juan explicaba que en la misma medida en que el rito obliga al hombre común y corriente a construir enormes iglesias que son monumentos a la importancia personal, también obliga a los brujos a construir edificios de morbidez y obsesión. La tarea de todo nagual es,

por tanto, guiar a la conciencia para que vuele hacia lo abstracto, libre de cargas e hipotecas.

El ritual puede atrapar nuestra atención mejor que ninguna otra cosa, pero también exige un precio muy alto. Ese precio es la morbidez; y la morbidez podría cobrar altísimas cargas e hipotecas a nuestra conciencia de ser. La conciencia de ser es como una inmensa casa. La conciencia de la vida cotidiana es como estar herméticamente encerrado en un solo cuarto de esa inmensa casa durante toda la vida. Se entra en ese cuarto por medio de una abertura mágica: el nacimiento. Y se sale por medio de otra abertura mágica: la muerte. Sin embargo, los brujos son capaces de hallar una abertura más y salir de ese cuarto herméticamente cerrado estando aún vivos. Un logro estupendo. Pero un logro más estupendo todavía es que, al escapar de ese cuarto sellado, los brujos son capaces de elegir la libertad. Eligen abandonar por completo esa casa inmensa, en vez de perderse en otras partes de ella.

Don Juan decía que la morbidez es la antítesis de la oleada de energía que la conciencia necesita para alcanzar la libertad. Hace que los brujos pierdan el rumbo y se queden atrapados en los intrincados y oscuros corredores de lo desconocido.

7. ENSUEÑO



¿Qué es ensoñar?

Don Juan describía el arte de *ensoñar,* como la capacidad de utilizar los sueños ordinarios y transformarlos en una *conciencia controlada* mediante una forma especializada de atención, que don Genaro y él llamaban *segunda atención.*

Un descubrimiento monumental que los brujos antiguos hicieron, fue el darse cuenta de que el punto de encaje se desplaza muy fácilmente durante el sueño. Esta realización dio lugar a otra: que los sueños están totalmente asociados con ese desplazamiento. Los brujos antiguos vieron que cuanto mayor era el desplazamiento, más inusitado era el sueño, o viceversa: cuanto más inusitado era el sueño, mayor era el desplazamiento. Don Juan decía que esta observación los llevó a idear técnicas extravagantes para forzar el desplazamiento del punto de encaje, tales como la ingestión de plantas enteógenas; o el someterse a estados de hambre, fatiga, tensión; o el control de los sueños. De esta manera, y quizá sin siquiera saberlo, crearon el arte del ensueño.

Los brujos consideran el ensoñar como un arte extremadamente sofisticado. Lo llaman también el arte de desplazar el punto de encaje de su posición habitual, a voluntad, a fin de expandir y acrecentar la gama de lo que se puede percibir. Los brujos antiguos construyeron el arte del ensueño basándolo en cinco condiciones que vieron en el flujo energético de los seres humanos. Uno, vieron que sólo los filamentos energéticos que pasan directamente a través del punto de encaje pueden ser transformados en percepción coherente. Dos, vieron que si el punto de encaje se desplaza a cualquier otra posición, sin importar cuán grande o diminuto sea el desplazamiento, otros filamentos energéticos que no son habituales comienzan a pasar a través de éste. Ello hace entrar en juego al fulgor de la conciencia, lo cual fuerza a estos filamentos energéticos a transformarse en percepción coherente y estable. Tres, vieron que en el transcurso de sueños normales, el punto de encaje se desplaza fácilmente y por si solo a otras posiciones en la superficie o en el interior del huevo luminoso. Cuatro, vieron que por medio de la disciplina es posible cultivar y ejecutar, en el transcurso de los sueños normales, un sistemático desplazamiento del punto de encaje. Y cinco, vieron que se puede hacer que el punto de encaje se desplace a posiciones fuera del huevo luminoso y entre al reino de los filamentos energéticos del universo fuera de lo humano.

Don Juan decía que no tenía sentido enfatizar las pruebas por las que uno pudiera pasar. Daba una regla definitiva: Si se llega a tener la misma visión tres veces, tenemos que concederle una importancia extraordinaria; de otra manera, los intentos de un neófito sólo son un apoyo para construir la segunda atención.

Castaneda aventuró un posible patrón clasificatorio de las diferentes etapas para llegar a ensoñar:

- *Vigilia en reposo:* Es el estado preliminar, en el cual los sentidos se aletargan y, sin embargo, uno se halla consciente. En el caso de Castaneda, siempre percibía en este estado un flujo de luz rojiza, una luz exactamente igual a la que aparece cuándo encara uno el sol con los párpados fuertemente cerrados.
- *Vigilia dinámica:* En éste, la luz rojiza se disipa así como se desvanece la niebla, y uno se queda viendo una escena, una especie de cuadro, que es estático. Se ve una imagen tridimensional, un tanto congelada: puede ser un pasaje, una calle, una casa, una persona, un rostro, o cualquier otra cosa.

- *Atestiguación pasiva:* En él, el ensoñador ya no presencia más un aspecto congelado del mundo, sino que es un testigo ocular de un evento tal como ocurre. Es como si la preponderancia de los sentidos visual y auditivo hiciera a este estado del ensoñar una cuestión principalmente de los ojos y los oídos.
- *Iniciativa dinámica:* En el cuarto estado uno es llevado a actuar, forzado a llevar a cabo acciones, a dar pasos, a aprovechar al máximo el tiempo.

*** Castaneda decía que para encontrar a otro soñador debe hacerse en el segundo o tercer estado de nuestro ensoñar.

Las compuertas del ensueño

Don Juan decía que hay siete compuertas. Y los ensoñadores tienen que abrirlas todas, de una en una. Las compuertas son un obstáculo que el ensoñador tiene que vencer. Don Juan explicaba que en el flujo energético general del universo hay entradas y salidas, que funcionan a manera de compuertas; y que en el específico caso del ensueño hay siete entradas; siete obstáculos que los brujos llaman las siete compuertas del ensueño.

Primera compuerta del ensueño

Aquí daremos el primer paso al poder. En esta etapa aprenderemos a preparar los ensueños. Esto quiere decir que tendremos un comando práctico y preciso de los sueños, no dejaremos que se esfumen ni cambien.
Por ejemplo, puede que soñemos que estamos en una maravillosa playa. Preparar el ensueño significa no dejar que ese sueño se transforme en otro. Es decir que controlamos la visión de la playa y no la dejamos ir hasta que nosotros queramos. Ese grado de control es posible. No es tan diferente al control que uno tiene en la vida diaria. Los brujos están acostumbrados a él y lo ejercen cada vez que lo necesitan. Para llegar a tenerlo debemos comenzar por hacer algo muy simple. Debemos mirarnos las manos en nuestros sueños.

Don Juan insistía en que debemos enfrentar esta tarea como un entretenimiento, en vez de algo solemne o mórbido. Cuando ensoñamos debemos ser livianos como una pluma. El ensueño tiene que llevarse a cabo con integridad y cordura, pero con risa y con la confianza de quien no tiene preocupación alguna. Solamente bajo estas condiciones pueden nuestros sueños ordinarios convertirse en ensueño.

Don Juan aclaraba que él había seleccionado arbitrariamente las manos como algo que podemos buscar en nuestros sueños, y que buscar cualquier otra cosa era igualmente válido. El propósito de este ejercicio no es encontrar una cosa específica sino emplear *la atención de ensueño*. Don Juan describía la atención de ensueño como el control de los sueños; control que uno adquiere al fijar el punto de encaje en cualquier nueva posición a la cual se haya desplazado durante los sueños normales. En términos más generales, llamaba a la atención de ensueño una faceta incomprensible de la conciencia, que parece estar esperando el momento en que la convoquemos y le demos propósito; la llamó también una facultad velada que todos tenemos en reserva, pero que nunca nos atrevemos a usar.

Llegamos a la primera compuerta al darnos cuenta de una sensación muy particular que se nos viene encima antes de quedarnos profundamente dormidos. Una placentera oscuridad y pesadez que nos mantiene suspendidos y no nos permite abrir los ojos. No hay pasos que seguir. Uno solamente intenta estar consciente del acto de quedarse dormido. El intento o el acto de intentar es algo muy difícil de explicar. Don Juan decía que los brujos intentan cualquier cosa que se proponen intentar, simplemente intentándola. Como hombres racionales, creemos que entender es exclusivamente el dominio de nuestra razón, de nuestra mente. Lo que estamos explicando aquí está en el campo del *intento* y el acto de intentar. Para los brujos comprender eso pertenece al campo de la energía. Ellos creen que si esa explicación fuera oída por el cuerpo energético, éste la entendería en términos enteramente diferentes a los de la mente. El truco está en llegar al cuerpo energético. Para eso uno necesita muchísima energía. El cuerpo energético lo entiende en términos de una sensación física muy difícil de describir. Eso es algo que debemos experimentar personalmente; de otro modo no hay cómo saber lo que aquí estamos diciendo.

Nuestro cuerpo energético debe comprender que la única forma de intentar es enfocando nuestro intento en lo que queramos intentar. Intentar el cuerpo de ensueño es la meta total de este arte. En el caso particular de la primera compuerta del ensueño, la meta es, intentar que nuestro cuerpo energético se dé cuenta de que se está quedando dormido. No debemos tratar de forzarnos para darnos cuenta de que nos estamos durmiendo. Sólo debemos dejar que nuestro cuerpo energético lo haga. Intentar es desear sin desear, hacer sin hacer. El tema es aceptar el reto de intentar. Poner una determinación que no admita palabras o aun pensamientos para convencernos a nosotros mismos de que hemos llegado a nuestro cuerpo energético y que somos ensoñadores. Hacer esto nos pondrá automáticamente en la posición de darnos cuenta de que nos estamos durmiendo.

Intentar abarca dos cosas: el acto de convencernos a nosotros mismos que verdaderamente somos ensoñadores, aunque nunca hayamos ensoñado, y el acto

de estar convencidos. No se trata de decirnos a nosotros mismos que somos ensoñadores y creérnoslo. Intentar es mucho más simple, y al mismo tiempo, infinitamente más complejo. Requiere imaginación, disciplina y propósito. Intentar significa que adquirimos la indiscutible certeza corporal de que somos ensoñadores. Sentimos con todas las células de nuestro cuerpo que somos ensoñadores. Don Juan aseguraba que intentar la primera compuerta del ensueño es uno de los medios descubiertos por los brujos de la antigüedad para llegar al cuerpo energético y entrar en la *segunda atención* (ver capítulo 10).

La primera compuerta no es una barrera psicológica creada por nuestra socialización, la cual demanda hacer caso omiso de los sueños. Esa barrera es más que socialización. Es la primera compuerta del ensueño. Después de superarla, nos puede parecer arbitrario que no podamos detenernos, a voluntad, para prestar atención a los objetos de nuestros sueños. Esta dificultad no es arbitraria. La primera compuerta del ensueño tiene que ver con el flujo de energía en el universo. Es un obstáculo natural.

El ensueño es un asunto muy serio. Uno no puede darse el lujo de pasos en falso. Ensoñar es un proceso de despertar, de adquirir control. Nuestra atención de ensueño debe ser sistemáticamente ejercitada, puesto que es la puerta a la segunda atención. Nos podemos preguntar cuál es la diferencia entre la atención de ensueño y la segunda atención. La segunda atención es como un océano, y la atención de ensueño es como un río que desemboca en él. La segunda atención es el estado de estar consciente de mundos completos, completos como el nuestro es completo; mientras que la atención de ensueño es el estado de estar consciente de los objetos de nuestros sueños.

Durante sus enseñanzas don Juan ponía un gran énfasis en el hecho de que la atención de ensueño es la llave que abre todas las puertas en el mundo de los brujos. Entre la multitud de objetos en nuestros sueños, existen verdaderas interferencias energéticas; cosas que son colocadas ahí por fuerzas ajenas a la nuestra. Ser capaz de encontrarlas y seguirlas es el logro de la atención de ensueño.

Los sueños, si no son una puerta, son una compuerta a otros mundos. Como tal, los sueños son un pasadizo con tráfico de doble sentido. Nuestra conciencia cruza esa compuerta y entra en otros reinos; y esos otros reinos mandan exploradores que entran a nuestros sueños. Esos exploradores son cargas energéticas que se mezclan con los objetos de nuestros sueños normales. Son estallidos de energía ajena que vienen a nuestros sueños, y nosotros los interpretamos como objetos conocidos o desconocidos.

Insistimos en tomar a los sueños como algo conocido: lo que nos ocurre cuando dormimos. Y don Juan insistía en dar otra versión: una compuerta a otros reinos de

la percepción. A través de esta compuerta, se filtran corrientes de energía desconocida. Luego la mente, o el cerebro, o lo que sea, se apodera de esas corrientes de energía y las transforma en parte de nuestros sueños. Las aislamos para usarlas. Vienen de otros reinos. Si las seguimos a su fuente de origen, nos sirven como guías en áreas de tal misterio que los brujos se estremecen con la sola mención de tal posibilidad. Los brujos las aíslan de los objetos normales de su sueño por medio del ejercicio y control de la atención de ensueño. En un momento dado, nuestra atención de ensueño las descubre entre los objetos de un sueño, se enfoca en ellas y entonces el sueño entero se disuelve, dejando únicamente la energía ajena.

Llegamos a la primera compuerta del ensueño, al darnos cuenta de que nos estamos quedando dormidos o al tener un sueño inmensamente real. En cuanto llegamos a esa compuerta, la cruzamos al ser capaces de sostener la vista en cualquier objeto en nuestros sueños.

Mirarse las manos: Don Juan decía que debemos empezar haciendo algo muy sencillo. En nuestros sueños, debemos mirarnos las manos. En realidad, se puede mirar lo que queramos, para don Juan las manos fue lo más fácil. Podemos escoger cualquier cosa. Pero debemos escogerla por anticipado y encontrarla en nuestros sueños. En principio decimos las manos porque nuestras manos siempre estarán allí.

Cada vez que miras una cosa en tus sueños, esa cosa cambia de forma. El tema de arreglar los sueños, está claro, no es sólo mirar las cosas, sino mantenerlas a la vista. El soñar es real cuando uno ha logrado tenerlo todo enfocado, estable. Entonces no hay diferencia entre lo que haces cuando duermes y lo que haces cuando estás en vigilia.

Cuando miramos una cosa y ésta empieza a cambiar de forma, debemos apartar la vista de ella y elegir alguna otra cosa, y cuando esa otra cosa empiece a cambiar de forma debemos mirar otra vez las manos. Lleva mucho tiempo perfeccionar esta técnica.

Cada vez que te miras las manos renuevas el poder necesario para soñar (tu atención de ensueño), por tanto, es mejor al principio no mirar demasiadas cosas. Cuatro cada vez serán suficientes. Más adelante, podremos irlas aumentando hasta que cubramos todas las que queramos, pero apenas las imágenes empiecen a cambiar y sintamos que estamos perdiendo el dominio, regresamos a nuestras manos. Cuando nos sintamos capaces de mirar las cosas indefinidamente, estaremos listos para una nueva técnica.

- *Detalles y vividez en el ensueño:* Don Juan decía que fijarse en los detalles y la vividez en los sueños es una pérdida de tiempo, que no tienen ninguna importancia. Los sueños comunes se vuelven muy vívidos apenas empezamos a arreglar los sueños. Esa vividez y claridad es una barrera formidable, una barrera que puede distraernos del propósito de soñar, que es el control y el poder.

- *Poner una banda en la cabeza para soñar:* Don Juan decía a Castaneda que debía ponerse una banda en la cabeza cuando se fuera a dormir. Conseguir una banda tiene sus dificultades. Nosotros mismos debemos hacerla desde el principio. Pero no podemos hacerla hasta que no tengamos una visión de ella al soñar. La banda tiene que hacerse de acuerdo a la visión particular. Y debe tener una tira a lo largo que ajuste bien en la cabeza. O muy bien puede ser una gorra apretada. Soñar es más fácil cuando se tiene un objeto de poder encima de la cabeza.

  La visión de la banda no tiene que ocurrir exclusivamente al soñar, sino que puede presentarse en estados de vigilia y como resultado de cualquier evento ajeno y sin relación alguna, como el observar el vuelo de las aves, el movimiento del agua, las nubes, o cualquier cosa por el estilo.

Llegar al cuerpo energético

Lo más asombroso que les ocurre a los ensoñadores es que al llegar a la primera compuerta también llegan al cuerpo energético. El cuerpo energético es la contraparte del cuerpo físico; una configuración fantasmal hecha de pura energía. El cuerpo físico también está hecho de pura energía, la diferencia es que el cuerpo energético tiene únicamente apariencia, pero no masa. Ya que es pura energía, puede llevar a cabo actos que van más allá de las posibilidades del cuerpo físico. Como transportarse en un instante a los confines del universo. Ensoñar es el arte de templar el cuerpo energético, de hacerlo coherente y flexible, ejercitándolo gradualmente. Por medio del ensueño, condensamos el cuerpo energético, hasta llegar a hacerlo una unidad capaz de percibir. A pesar de que la manera normal de percibir el mundo afecta al cuerpo energético, su modo de percibir es independiente. Tiene su propia esfera. Esa esfera es la energía. El cuerpo energético trata con la energía en términos de energía. Hay tres formas en las que trata. Puede percibir energía a medida que ésta fluye; puede usarla como un cohete para propulsarse dentro de áreas insondables; o puede percibir como percibimos normalmente el mundo. Percibir energía a medida que fluye quiere decir *ver*. Quiero decir que el cuerpo energético ve energía directamente como una luz, o como una

especie de corriente vibratoria, o como un disturbio borroso. O la siente directamente como una sacudida o una sensación que hasta puede ser dolorosa. Puesto que la esfera del cuerpo energético es la energía, el cuerpo energético no tiene ningún problema en usar corrientes de energía que existen en el universo para propulsarse a sí mismo. Todo lo que tiene que hacer es aislarlas y, al instante, se lo llevan.

Ya hemos planteado anteriormente que los brujos aíslan en sus sueños a exploradores de otros mundos. Sus cuerpos energéticos hacen esto. Reconocen energía y van tras de ella. Pero no es recomendable que los ensoñadores se den a la búsqueda de exploradores, ya que, algunos de nosotros tenemos mucha facilidad para desviarnos en esa búsqueda.

Llegar a la primera compuerta del ensueño, de una manera calculada y con control es llegar al cuerpo energético. Pero mantener ese cálculo y control es básicamente un asunto de tener energía. Los brujos obtienen esa energía organizando, de una manera ingeniosa, la energía natural que poseen y usan para percibir el mundo cotidiano. Como ya hemos explicado en capítulos anteriores, todos tenemos una cantidad determinada de energía básica. Esa cantidad es nuestro total acervo energético y lo usamos todo para percibir y tratar con nuestro absorbente mundo. No hay más energía disponible para nosotros en ningún sitio, y como la energía de la cual disponemos está ya siendo usada en su totalidad, no nos queda ni un ápice para percepciones extraordinarias, como el ensueño. Entonces lo único que nos queda hacer es rebuscar energía por donde podamos. Y para eso, los brujos reorganizan ingeniosamente la distribución de su energía básica, descartando cualquier, cosa que consideren superflua en sus vidas. Llaman a este método "*el camino del guerrero*" (ver capítulo 4 y 5)

Segunda compuerta del ensueño

Se llega a la segunda compuerta del ensueño cuando uno se despierta de un sueño en otro sueño. Podemos tener tantos sueños como queramos, o tantos como seamos capaces de tener, pero se debe ejercitar un control adecuado y no despertar en el mundo que conocemos. No se trata de llevarlo al extremo y ya no despertar nunca en nuestro mundo. Los brujos de la antigüedad solían hacer eso: no se despertaban en el mundo que conocemos. Algunos de los brujos de la línea de don Juan también lo hicieron, pero él no lo recomendaba. Lo que queremos es despertar con toda naturalidad cuando hayamos terminado de ensoñar; pero mientras estemos ensoñando, se trata de soñar que nos despertamos en otro sueño. Ese control no es tan diferente al control que uno tiene en la vida diaria.

Uno tiene que cambiar de sueños de una manera ordenada y precisa. Don Juan explicaba que hay propiamente dos maneras de cruzar la segunda compuerta del

ensueño. Una es despertarse en otro sueño; es decir, soñar que uno está soñando y luego soñar que uno se despierta de ese sueño. La otra alternativa es usar los objetos de un sueño para provocar otro sueño, eso se puede hacer sosteniendo la atención en un objeto hasta que este cambie de forma y nos dejamos llevar por la energía que nos lleva a otro sueño.

Hay un problema con la segunda compuerta. Es un problema que puede ser serio, de acuerdo al carácter de uno. Si tenemos la tendencia de aferrarnos a las cosas o a las situaciones, tenemos un problema. Consideremos esto por un instante. Hemos experimentado ya el exótico placer de examinar el contenido de nuestros sueños. Imaginémonos la dicha que será ir de sueño en sueño, observando todo, examinando cada detalle. Es muy fácil transformar eso en un vicio y hundirse en profundidades mortales. Especialmente si uno tiene la tendencia de darse a los vicios.

Esto es ensoñar. Un ensoñador llega a su cuerpo energético al cruzar la primera compuerta. De ahí en adelante, ya no es algo conocido lo que atraviesa la segunda compuerta. Es el cuerpo energético quien va saltando de sueño en sueño. Esto implica que al cruzar la segunda compuerta se debe intentar un mayor y más serio control de la atención de ensueño: la única válvula de seguridad para los ensoñadores. El verdadero propósito del ensueño es perfeccionar el cuerpo energético. Entre otras cosas, un perfecto cuerpo energético controla tan buenamente la atención de ensueño que la hace parar cuando es necesario. Esta es la válvula de escape de los ensoñadores. No importa cuán locos estén, en un momento dado, su atención de ensueño los hace salir.

Las compuertas del ensueño son obstáculos específicos, pero lo que debemos comprender es que el ejercicio para alcanzar y cruzar una compuerta no es realmente lo que permite alcanzar y cruzar dicha compuerta. No es verdad afirmar, por ejemplo, que la segunda compuerta se alcanza y se cruza cuando el ensoñador aprende a despertarse en otro sueño, o cuando el ensoñador aprende a cambiar de ensueños sin despertarse en el mundo de la vida diaria. La segunda compuerta del ensueño no se alcanza ni se cruza, hasta que el ensoñador aprende a aislar y a seguir a *los exploradores*.

Despertarse en otro sueño, o cambiar de sueños, es el procedimiento que los brujos antiguos idearon para ejercitar la capacidad del ensoñador de aislar y seguir a un explorador. Don Juan aseguraba que la habilidad de seguir a un explorador es un gran logro, y que cuando los ensoñadores son capaces de llevarlo a cabo, la segunda compuerta se abre de golpe, y el universo que existe detrás de ella se torna accesible para ellos. Ese universo está ahí todo el tiempo, pero no podemos entrar en él, por falta de destreza energética. La segunda compuerta del ensueño es la entrada al

mundo de *los seres inorgánicos* (ver capítulo 20) y el ensueño es la llave que abre esa compuerta.

Don Juan describía la regla de la segunda compuerta como una cadena de tres eslabones: uno, por medio de la práctica de cambiar sueños, los ensoñadores descubren a los exploradores; dos, al seguir a los exploradores entran en otro mundo real; y tres, a través de sus acciones en ese universo, los ensoñadores descubren por si mismos las leyes y regulaciones naturales que rigen y afectan a ese mundo.

Para aislar a un explorador, primero debemos detectarlo. Como hemos dicho antes, los exploradores se presentan cuando nuestros sueños ya son bastante estables, ya tienen una cierta cohesión. El explorador aparece como una figura extraña, algo fuera de lugar, o algo que cambia de forma cuando el resto permanece estable. Una vez detectada la anomalía, debemos enfocar toda nuestra atención de ensueño sobre ella, de esta manera, ya hemos aislado al explorador. El siguiente paso es verbalizar el intento a viva voz de que queremos seguirlo a su mundo y en un instante una fuerza apremiante tirará de nosotros y nos absorberá hacia un nuevo universo.

Una vez que el ensoñador atraviesa el mundo que está detrás de la segunda compuerta, o una vez que el ensoñador rehúsa a considerarlo como una opción viable, se acaban los dolores de cabeza. Don Juan afirmaba que sólo entonces los ensoñadores pueden continuar. El mundo detrás de la segunda compuerta es tan poderoso y agresivo, que sirve como una barrera natural o un campo de prueba, donde se vuelven obvias las debilidades de los ensoñadores. Si las vencen pueden proseguir a la siguiente compuerta; si no, se quedan prisioneros para siempre en ese universo o acaban con sus prácticas de ensueño.

Aprender a viajar en ensueños: Esto forma parte del entrenamiento para llegar a la segunda compuerta. También es una manera de explorar el mundo energético más cercano al nuestro, lo que viene a ser la contraparte de nuestro mundo físico. De la misma forma en que hemos aprendido a mirarnos las manos, podemos movernos con la voluntad, ir a cualquier sitio. Primero tenemos que determinar a dónde queremos ir. Escogemos un lugar bien conocido, puede ser nuestra escuela, o un parque, o la casa de un amigo, y luego ponemos nuestra voluntad en ir allí. Esta técnica es muy difícil. Debemos realizar dos tareas: debemos trasladarnos con la voluntad al sitio específico, y luego, cuando hayamos dominado esa técnica, tenemos que aprender a controlar el tiempo exacto de nuestro viaje.

Don Juan sugería que probáramos "soñar" mientras echamos una siesta de día, y ver si podemos visualizar el sitio elegido como está a la hora en que nosotros soñamos. Si soñamos de noche, las visiones del lugar deben ser nocturnas. Decía

que lo que uno experimenta al “soñar” debe ser congruente con la hora en que el “soñar” tiene lugar; de otra forma las visiones que uno tenga no serán “soñar”, sino sueños comunes.

También explicaba que para ayudarnos debemos escoger un objeto determinado que pertenezca al sitio donde queremos ir, y enfocar en él nuestra atención. Observamos ese objeto hasta que tenga un lugar en nuestra memoria. Podemos regresar allí en nuestro soñar simplemente recordando ese objeto, o recordando el lugar donde estuvimos sentados, o recordando cualquier otra cosa del lugar. Es más fácil viajar al soñar cuando puedes enfocarte en un sitio de poder. Pero si no lo tenemos podemos usar cualquier sitio.

El encuentro con los seres inorgánicos

En este momento los ensoñadores se encuentran con una de las cosas más increíbles y peligrosas del mundo de los brujos. La energía forastera. Puede interferir en nuestros sueños de diversas maneras. Una muy común es recibir pequeñas descargas energéticas durante los sueños. Tener momentos de sobresalto y miedo se van convirtiendo en algo habitual. Todos los brujos tienen que enfrentarse con esto. Aquí es donde, probablemente, creamos que nos estamos volviendo locos. Esta energía forastera son los seres inorgánicos (ver capítulo 20).
Es muy difícil decir qué es lo que sucede con ellos. Digamos que esos seres son atraídos por nosotros, o mejor aún, digamos que están obligados a interactuar con nosotros. Lo más indicado es suspender todo juicio y dejar que las cosas tomen su curso; esto quiere decir que los seres inorgánicos se acercarán a nosotros. La dificultad con los seres inorgánicos es que su conciencia de ser es muy lenta en comparación con la nuestra. Les toma años reconocer a un brujo. De allí que es aconsejable tener paciencia y saber esperar. Tarde o temprano se nos presentan. Pero no como tú o yo lo haríamos. Tienen una manera muy peculiar de hacerse notar. Los brujos hacen algo más que atraerlos; con el acto de ensoñar, los brujos obligan a esos seres a interactuar con ellos. Ensoñar es sostener la posición a la que el punto de encaje se desplazó durante los sueños. Este acto crea una carga de energía muy especial, la cual los atrae y atrapa su atención. Es como poner cebo en un anzuelo; los peces se van tras él. Al llegar a las dos primeras compuertas del ensueño y al cruzarlas, los brujos les tiran el anzuelo a esos seres, y los obligan a presentarse. Al cruzar la segunda compuerta, les hacemos saber que estamos en subasta. Ahora debemos esperar a que nos den una señal. Posiblemente su señal va a ser simplemente una interferencia en nuestros sueños. Esos sobresaltos de miedo de los que hablábamos antes, son sacudidas de energía que producen los seres inorgánicos.

En este momento debemos calibrar nuestras expectativas. Nuestra expectativa normal, cuando interactuamos con nuestros semejantes o con otros seres orgánicos, es obtener una respuesta inmediata a nuestro deseo de interacción. Con los seres inorgánicos esa expectativa nuestra debe ser recalibrada, puesto que están separados de nosotros por una formidable barrera: energía que se mueve a una velocidad diferente. Los brujos deben considerar esta diferencia y alargar la duración de su deseo de interactuar con ellos y sostenerlo durante todo el tiempo que sea necesario. Los brujos llaman a esto recalibrar sus expectativas. Y el ensueño es el medio ideal para lograrlo.

La práctica del ensueño es el único modo de interactuar con ellos. Para lograr un perfecto resultado, a la práctica se debe agregar el intento de alcanzar a esos seres inorgánicos, pero alcanzarlos con una sensación de poder y confianza, con una sensación de fuerza, de desapego. Se deben evitar a toda costa sensaciones de miedo o morbosidad. Son bastante mórbidos de por sí; aumentar su morbosidad con la nuestra es una imbecilidad.

Los seres inorgánicos pueden llegar a materializarse, a veces, en el mundo diario, delante de nosotros. La mayoría de las veces, su presencia es invisible y se caracteriza por una sacudida del cuerpo entero, una especie de estremecimiento que sale desde el tuétano. Durante el ensueño ocurre lo opuesto. Algunas veces los sentimos como un sobresalto de miedo. La mayoría de las veces se materializan delante de nosotros. Puesto que normalmente no tenemos ninguna experiencia con ellos, en las primeras etapas del ensueño nos pueden saturar con un miedo más allá de toda medida; un verdadero peligro para nosotros. Pueden usar ese miedo para seguirnos hasta aquí, con resultados desastrosos para nosotros. El miedo se nos puede pegar tan profundamente que tendríamos que ser muy osados para salirnos de él. Los seres inorgánicos pueden ser peor que la peste. Con el miedo que nos hacen sentir, pueden fácilmente volvernos locos de remate.

En los tiempos antiguos los brujos se asociaban con ellos. Los convertían en aliados. Formaban alianzas, y creaban extraordinarias amistades. Don Juan llamaba a eso absurdas empresas, en las que la percepción desempeñaba un papel predominante. Somos seres sociales. Inevitablemente buscamos la compañía de seres conscientes. El secreto es no temer a los seres inorgánicos, y esto se debe hacer desde el principio. El intento con el cual se les debe encarar es de poder y de abandono. En ese intento se debe codificar el siguiente mensaje: *"no te temo. Ven a verme. Si lo haces, te daré la bienvenida. Si no quieres venir, te voy a extrañar"'* Con un mensaje como éste les entra tanta curiosidad que no pueden dejar de venir.

Les guste o no les guste, los ensoñadores buscan alianzas con otros seres durante su ensueño. Puede que esto nos sorprenda, pero los ensoñadores automáticamente buscan grupos de seres; en este caso núcleos de seres inorgánicos. Los ensoñadores

van ávidamente al encuentro de esos seres. Para nosotros, los seres inorgánicos son una novedad. Y pare ellos, la novedad es que uno de los nuestros cruce los límites de su reino. Toparse con ellos es algo inevitable. Lo único que uno puede hacer es tener siempre en cuenta que, con su espléndida conciencia de ser, los seres inorgánicos ejercen una tremenda atracción sobre los ensoñadores y pueden transportarlos fácilmente a mundos indescriptibles. Los brujos de la antigüedad fueron los que les dieron el nombre de aliados. Sus aliados les enseñaron a mover el punto de encaje fuera de los límites del huevo luminoso, a un universo no humano. Cuando transportan a un brujo, lo transportan a mundos más allá de lo humano. Esa es la atracción de su inevitable presencia.

Para don Juan no tiene sentido las alianzas con dichos seres, siempre hay un precio que pagar, lo más sensato es conocerlos, tener algún pequeño intercambio, y después seguir nuestro camino sin engancharnos con ellos. Esta interacción tiene el objetivo de hacernos conscientes de que realmente existe ese tipo de vida inorgánica y que se puede interaccionar con ella. Eso nos da un conocimiento experiencial y una apertura a realidades más extensas. En definitiva, experimentarnos más allá de lo humano.

Consiste en un intercambio mutuo de energía. Los seres inorgánicos proporcionan su conciencia superior, y los brujos proporcionan su gran energía. El resultado positivo es un intercambio parejo de energía. El negativo, es una dependencia de las dos partes. Los brujos antiguos amaban a sus aliados. De hecho, amaban más a sus aliados que a los seres de su propia especie. Se pueden presagiar terribles peligros en eso.

En un determinado momento de nuestras vidas tenemos que decidir entre concentrarnos en los seres inorgánicos y seguir los pasos de los brujos antiguos, o renunciar a todo eso. Don Juan renunció con ayuda de su maestro el nagual Julián.

Don Juan explicaba que el reino entero de los seres inorgánicos está siempre dispuesto a enseñar. Quizá debido a que los seres inorgánicos tienen una conciencia de ser más profunda que la nuestra se sienten obligados a tomarnos bajo su tutela. Pero el precio de su instrucción es demasiado caro. Nada más y nada menos que nuestras vidas, nuestra energía. Demandan total devoción hacia ellos. En otras palabras, nos roban la libertad. A cambio nos enseñan cosas que atañen a su mundo. Del mismo modo que nosotros les enseñaríamos, si fuéramos capaces de enseñarles, cosas que atañen a nuestro mundo. Su método es tomar nuestro ser básico como medida de lo que necesitamos, y de acuerdo a eso enseñarnos. ¡Un método sumamente peligroso! Si alguien va a tomar a nuestro ser básico como medida, con todos nuestros vicios, miedos, avaricia y envidias, y toda nuestra porquería, y va a enseñarnos lo que satisfaga a ese desastroso estado de ser, ¿cuál puede ser el resultado?

El problema de los brujos de la antigüedad es que aprendieron cosas maravillosas, pero sobre las bases de una inconciencia de ser sin enmendar. Los seres inorgánicos realizaban las acciones prácticas necesarias para lograr una u otra cosa y así con ejemplos guiaban a los brujos antiguos paso a paso a copiar esas acciones, sin que cambiaran en absoluto nada de su naturaleza básica. Eso lo que hace es disminuir nuestro apego a la libertad, al consumir toda nuestra energía disponible. Para poder realmente seguir el ejemplo de sus aliados, los brujos de la antigüedad tuvieron que pasarse la vida entera en el reino de los seres inorgánicos. La cantidad de energía necesaria para lograr eso es asombrosa. No existían exactamente como nosotros existimos aquí, pero ciertamente vivían ahí, y retenían su conciencia y su individualidad. Para ellos *el emisario de ensueño* fue una entidad vital, porque es el puente perfecto; habla, y su tendencia es enseñar, guiar. Don Juan decía que ni aprobaba ni le gustaba el reino de los seres inorgánicos. Decía que pertenece a otra modalidad, la de los brujos antiguos. Además, en nuestro mundo, sus enseñanzas y su guía son disparates. Y por esos disparates, el emisario nos cobra enormidades en términos de energía.

El reto para cada uno de nosotros como ensoñadores es tomar de ese mundo únicamente lo que es necesario y nada más. El saber qué es lo necesario es la virtud de los brujos; pero tomar únicamente lo que es necesario es su mayor triunfo. No lograr entender esta simple regla es la manera más segura de caer de cabeza en una trampa.

El Emisario de ensueño

Al cruzar la primera o la segunda compuerta del ensueño, los ensoñadores llegan a una fuente universal de energía y empiezan a ver cosas o a escuchar voces. Realmente no son voces, es una sola voz. Los brujos la llaman la voz del emisario de ensueño. El emisario de ensueño es una carga de energía diferente a la nuestra. Es una energía forastera que pretende ayudar a los ensoñadores diciéndoles cosas. El problema con el emisario de ensueños es que únicamente puede decirles a los brujos lo que ellos ya saben o deberían saber, si realmente fueran brujos que valen la pena. Es simplemente una fuerza impersonal, que nosotros convertimos en algo muy personal, por el hecho de que tiene voz. Algunos brujos juran que les aconseja. Hasta la ven. O simplemente la oyen como una voz de hombre o de mujer. Una voz que les describe situaciones del momento. La mayoría de las veces los brujos toman estas descripciones erróneamente como consejos sagrados.

Los ensoñadores oyen o ven al emisario, cuando tienen suficiente energía para mantener sus puntos de encaje fijos en una nueva posición específica; mientras más intensa es esta fijación, más intensa la experiencia del emisario. Esta energía es capaz de materializarse, todo depende de cuán fijo esté el punto de encaje. Sin embargo,

si se mantiene cierto grado de desapego, nada sucede. El emisario permanece como lo que es: una fuerza impersonal que actúa con nosotros debido a la fijación de nuestros puntos de encaje. No debemos equivocarnos, nada de lo que dice es un consejo. Únicamente describe lo que está frente a uno. Las conclusiones son nuestras propias deducciones.

Digamos que el emisario de ensueños es una fuerza que viene del reino de los seres inorgánicos. Esa es la razón por la cual los ensoñadores siempre la encuentran. Todos la oyen, son muy pocos los que la ven o la sienten.

Enseñanzas del emisario a Castaneda

Para que el ensueño sea perfecto, lo primero es parar el diálogo interno. A fin de pararlo, debemos poner entre los dedos dos cristales de cuarzo que midan entre seis y nueve centímetros de largo, o un par de piedras de río pulidas, del largo y del ancho de nuestros dedos. Doblamos un poco los dedos, y presionamos los cristales o piedras con ellos. El emisario decía que pedazos de metal pulido, siempre y cuando fueran de la misma medida que los dedos, eran igualmente efectivos. El procedimiento consistía en presionar dos o hasta tres objetos delgados entre los dedos de cada mano, creando de esta manera una presión casi dolorosa en las manos. Una presión que tenía la extraña propiedad de parar el diálogo interno. El emisario expresaba su preferencia por los cristales de cuarzo; decía que daban los mejores resultados, aunque con práctica cualquier cosa era adecuada. Quedarse dormido en un momento de silencio total garantiza una perfecta entrada al ensueño, y también garantiza el incremento de la atención de ensueño.
Los ensoñadores deberían usar un anillo de oro, y es preferible que les quede un poco apretado. Un anillo sirve a los ensoñadores como puente para emerger del ensueño y regresar al mundo cotidiano, o para sumergirse, desde nuestra conciencia cotidiana, en el reino de los seres inorgánicos. El contacto de los dedos con el anillo tiende el puente. Si un ensoñador ensueña con un anillo puesto, ese anillo atrae la energía del mundo al que ha viajado, y la guarda; y cuando es necesario, el anillo libera esa energía en los dedos del ensoñador, y eso lo transporta de regreso a ese mundo. La presión que ese anillo ejerce alrededor del dedo, sirve igualmente para asegurar que el ensoñador regrese a su mundo, al crear en su dedo una sensación familiar y constante.

El emisario decía también que nuestra piel es el órgano perfecto para transformar ondas energéticas de la forma del mundo cotidiano a la forma del mundo de los seres inorgánicos, o viceversa. Recomendaba mantener la piel fresca y libre de aceites o pigmentos. También recomendaba que los ensoñadores usaran un cinturón apretado, o una cinta en la frente, o un collar, para así crear un punto de presión, el

cual sirve como un centro de intercambio energético en la piel. La piel automáticamente filtra energía, y lo que se necesita para que la piel no sólo la filtre sino también la intercambie de una forma a la otra es expresar nuestro intento en voz alta durante el ensueño.

Otra cosa interesante para poder asegurar la agudeza y precisión de nuestra atención de ensueño es la siguiente maniobra: emplearemos disciplina y control para presionar la punta de la lengua contra el paladar, mientras ensoñamos. En el paladar blando se localiza un enorme depósito de atención en todos los seres humanos. Puede ser una tarea tan difícil y desgastante como encontrarse las manos en un sueño, pero una vez perfeccionada da asombrosos resultados en el control de la atención de ensueño.

Don Juan decía que sólo nos enfocáramos en lo que el emisario dice acerca del ensueño. En cambio, tomar sus consejos para nuestra vida cotidiana puede ser un tremendo desastre.

Los Exploradores

Los exploradores son una clase de seres inorgánicos. Parece ser que se encuentran en las puertas de entrada a otros mundos. En estas puertas o estados intermedios pueden encontrar energías forasteras como la nuestra y atraerlas hacia su mundo. Buscan esa energía para nutrirse de ella y a cambio ofrecen guía y conocimiento a los ensoñadores sobre el propio proceso de ensoñar y sobre cómo funciona su universo.

Los exploradores son más numerosos en nuestros sueños comunes y corrientes. Los sueños de los ensoñadores están extrañamente libres de exploradores. Al momento que aparecen, son identificados por su extrañeza y la incongruencia de su presencia. Ya sabemos que en un sueño común muy pocas cosas tienen sentido. Don Juan decía que es así debido a que la gente común y corriente sufre asaltos más intensos de lo desconocido. En sus sueños hay muchísimos exploradores. Lo que ocurre es un equilibrio de fuerzas. La gente común y corriente tiene estupendas barreras para protegerse contra esos asaltos. Barreras tales como preocupaciones diarias. Mientras más fuerte es la barrera, más fuerte es el ataque. Por otro lado, los ensoñadores tienen menos barreras y menos exploradores en sus ensueños. Parece que en sus ensueños hay menos exploradores, quizá para asegurar que los ensoñadores se percaten rápidamente de su presencia.

En el nivel de ensueño en que nos encontramos en este momento, los exploradores son rastreadores que vienen del reino de los seres inorgánicos. Son muy rápidos, y esto quiere decir que no se quedan por mucho tiempo. Ellos tienen conciencia de ser y propósito, aunque eso sea incomprensible para nuestras mentes. Van en pos



de las huellas que deja la conciencia de ser a su paso y la exploran una vez que la encuentran. Su conciencia y propósito quizá sea comparable al propósito y la conciencia de los árboles. Don Juan explicaba que la conciencia de ser es como una velocidad interna y que la velocidad interna de los árboles y de los seres inorgánicos son infinitamente más lentas que la nuestra y por lo tanto, incomprensibles para nosotros. Ambos, los árboles y los seres inorgánicos, están hechos para durar mucho más que nosotros. Son inmóviles, pero hacen que todo se mueva alrededor de ellos. Lo que podemos ver en nuestros ensueños, como palos oscuros o luminosos, son sus proyecciones. Lo que oímos como la voz del emisario de ensueño es también su proyección. Al igual que lo son los exploradores. Los árboles también tienen proyecciones de ese tipo. Para nosotros los seres humanos las proyecciones de los árboles son menos amigables aun que las de los seres inorgánicos. Los ensoñadores nunca las buscan, a menos que estén en un estado de profunda hermandad con los árboles; un estado muy difícil de lograr, ya que nosotros no tenemos amigos en esta tierra, no es un gran misterio la razón de esto.

Acordémonos que el reino de los seres inorgánicos era el terreno de los brujos antiguos. Para llegar ahí, tuvieron que fijar tenazmente su atención de ensueño en los objetos de sus sueños. De esa manera, eran capaces de aislar a los exploradores. Y una vez que tenían a los exploradores enfocados, gritaban su intento de seguirlos. En el instante en que los brujos antiguos manifestaban en voz alta su intento, una fuerza incontenible tiraba de ellos.

La cohesión o fijación del punto de encaje

El mero hecho de que no nos hayan enseñado a tomar a los sueños como un genuino campo de exploración, no quiere decir que no lo sean. Los sueños son analizados por su significado, o son considerados como indicaciones proféticas, pero nunca son valorados como un reino de eventos reales. Decía don Juan que solamente los brujos antiguos hicieron eso, pero al final lo echaron todo a perder. Su ambición los cegó y cuando llegaron a una encrucijada crucial, tomaron el camino equivocado. Se enfocaron en una sola maniobra: la fijación del *punto de encaje* en las miles de posiciones que puede adoptar.

Don Juan decía que le asombraba el hecho de que, a todas las cosas maravillosas que los brujos antiguos aprendieron explorando esas millares de posiciones, el arte del ensueño y el arte del acecho eran lo único que quedaba hoy en día. El arte del ensueño tiene que ver con el desplazamiento del punto de encaje; y el arte del acecho con la fijación del punto de encaje en cualquier posición a la cual se haya desplazado. Fijar el punto de encaje en una de las posiciones significa adquirir cohesión. Eso es lo que hacemos al principio en nuestras prácticas de ensueño: adquirir cohesión.

El ensueño hace que eso ocurra al forzar a los ensoñadores a fijar el punto de encaje. La atención de ensueño, el cuerpo energético, la segunda atención, la relación con los seres inorgánicos y el emisario, son todos productos de la fijación del punto de encaje en diferentes posiciones de ensueño. Una posición de ensueño es una nueva posición a la que el punto de encaje ha sido desplazado durante el sueño. Para fijar el punto de encaje en una posición de ensueño, debemos sostener la vista de cualquier objeto en los ensueños, o cambiar de ensueño a voluntad. Con las prácticas lo que realmente hacemos es ejercitar nuestra capacidad de cohesión; esto quiere decir que estamos ejercitando nuestra capacidad de sostener una nueva forma energética, al mantener el punto de encaje fijo en la posición que adopta con el ensueño.

Realmente nuestra forma energética no cambia sustancialmente. Simplemente porque estamos empezando por desplazar el punto de encaje dentro del huevo luminoso, en lugar de moverlo fuera de él. Los cambios del punto de encaje causan pequeñas transformaciones, las cuales prácticamente no se notan. El reto de tales cambios es que son tan pequeños y tan numerosos que mantener cohesión en todos ellos es un verdadero triunfo. Sabemos que mantenemos la cohesión por la claridad de nuestra percepción. Cuanto más clara sea la visión de nuestros ensueños, mayor es nuestra cohesión.

El ensueño, al darnos fluidez para entrar en otros mundos, destruye nuestra idea del yo que sabe todo. El ensueño es una empresa de dimensiones inimaginables que, después de hacernos percibir todo lo que puede ser percibido, hace que el punto de encaje dé un salto fuera del reino humano a fin de hacernos percibir lo inconcebible. Nos encontramos, de nuevo, frente al tema más importante del mundo de los brujos antiguos: la posición del punto de encaje. El anatema de los brujos antiguos, al igual que la aflicción de la humanidad actual. Ambos, la humanidad actual y los brujos de la antigüedad son las víctimas de la posición del punto de encaje. La humanidad, por no saber que el punto de encaje existe. Por no saberlo estamos obligados a considerar a los productos de su posición habitual como cosas finales e indiscutibles. Y los brujos antiguos, por saber que el punto de encaje existe y que se le puede manejar con relativa facilidad. Debemos evitar caer en esas dos trampas. Sería realmente repugnante que nos aunáramos a la humanidad, como si no supiéramos acerca de la existencia del punto de encaje. Pero sería aún más odioso que nos aunáramos a los brujos antiguos, y manejáramos al punto de encaje para nuestra ganancia personal.

La cohesión de los brujos antiguos era tal que les permitió llegar a ser, perceptual y físicamente, todo lo que sus puntos de encaje dictaban. Podían transformarse en cualquier cosa dentro del inventario especifico que cada uno de ellos poseía. Don Juan llamaba un inventario a todos los detalles perceptibles necesarios para

convertirse, por ejemplo, en jaguares, pájaros, insectos, etcétera, etcétera. Para ellos eso no era nada. Los brujos antiguos tenían tan espléndida fluidez que todo lo que necesitaban era un ligero desplazamiento de su punto de encaje, una mínima señal en su ensueño para instantáneamente acechar su percepción; es decir, para arreglar su cohesión y hacerla encajar en su nuevo estado de conciencia, sea ésta la de un animal, otra persona, un pájaro, o lo que fuera. Es muy distinto de lo que hacen los enfermos psiquiátricos, ellos imaginan su propia realidad, porque no tienen, en lo absoluto, un propósito preconcebido. Los dementes añaden caos al caos. Los brujos, por el contrario, traen orden al caos. Su propósito preconcebido y trascendental es liberar su percepción. Los brujos no inventan los mundos que perciben; ellos perciben energía directamente y luego descubren que lo que están percibiendo es un mundo nuevo y desconocido; un mundo que se los puede tragar enteros, porque es tan real como cualquier cosa en nuestro mundo diario.

Tercera compuerta del ensueño

Se alcanza la tercera compuerta del ensueño cuando uno se encuentra en un ensueño, mirando a alguien que está durmiendo, y ese alguien, resulta ser uno mismo.
Como bien sabemos hay dos fases en cada una de las compuertas del ensueño. La primera es llegar a la compuerta, y la segunda es cruzarla. Al ensoñar que nos vemos a nosotros mismos dormidos, llegamos a la tercera compuerta. La segunda fase consiste en movernos una vez que nos hemos visto dormidos. En la tercera compuerta del ensueño, uno empieza a fusionar la realidad de ensueño con la realidad del mundo cotidiano. Los brujos llaman a este procedimiento, completar el cuerpo energético. La fusión de las dos realidades tiene que ser tan completa, que debemos ser más fluidos que nunca. En la tercera compuerta, debemos examinar todo con gran cuidado y curiosidad.

En la tercera compuerta, nuestra tendencia es perdernos en detalles. Ver las cosas con gran cuidado y curiosidad quiere decir resistir la casi irresistible tentación de sumergirnos en detalles. La meta de la tercera compuerta es consolidar el cuerpo energético. Los ensoñadores empiezan a forjar sus cuerpos energéticos siguiendo los ejercicios de la primera y la segunda compuerta. Cuando alcanzan la tercera, el cuerpo energético está listo para emerger, o quizá sería mejor decir que está listo para actuar. Desgraciadamente, esto también quiere decir que está listo para ser capturado por detalles. El cuerpo energético es como un niño que durante toda su vida ha sido un prisionero. En el momento en que se siente libre, se empapa absolutamente de todo lo que puede encontrar. El cuerpo energético se absorbe totalmente en diminutos detalles que no vienen al caso. El detalle más inapropiado

se convierte en un mundo para el cuerpo energético. El esfuerzo de los ensoñadores para dirigir sus cuerpos energéticos es descomunal.

En la tercera compuerta, los ensoñadores tienen que evitar el casi irresistible impulso de sumergirse en todo; y la manera como lo pueden evitar es siendo tan curiosos, tan desesperados por meterse en todo, que no dejan que nada en particular los aprisione. Don Juan repetía una y otra vez que sus recomendaciones, que sonaban absurdas para la mente, estaban dirigidas al cuerpo energético. Ponía un tremendo énfasis en la idea de que nuestro cuerpo energético tenía que unir todos sus recursos para poder actuar. Hasta ahora, sólo una parte de él ha estado actuando, de otro modo no habríamos viajado al reino de los seres inorgánicos. Pero ahora tenemos que emplearlo en su totalidad para poder completar la tarea de la tercera compuerta. Para hacerle las cosas más fáciles al cuerpo energético, tenemos que suspender más que nunca los juicios y dictámenes de la razón. En la tercera compuerta, la razón es la causa de que el cuerpo energético se obsesione con detalles superfluos. Por eso necesitamos una fluidez, un abandono irracional para contrarrestar esa obsesión.

Si uno se ve dormir a sí mismo en la cama y recuerda que está soñando, debe tener un maravilloso autocontrol. Don Juan decía que hay que evitar sacudidas o sorpresas repentinas, y tomar todo con un humor. Los experimentos del soñador deben ser desapasionados. En vez de examinar su cuerpo que duerme, el ensoñador sale del cuarto caminando.

Los brujos dicen que en la tercera compuerta el cuerpo energético entero puede moverse como se mueve la energía: rápida y directamente. No podremos moverlo como movemos el cuerpo de todos los días. No funcionará si lo que intentamos es caminar, debemos movernos con la voluntad. Desde ese punto que está bajo el ombligo, y con la mera intención de hacerlo. Lo que nos hace movernos una vez estamos totalmente en el cuerpo energético es el intento canalizado a través de la voluntad.

Lo que cuenta en el estado de ensueño es la voluntad, la materialidad del cuerpo no tiene relevancia. Es sólo un recuerdo que hace más lento al ensoñador.

Don Juan decía que una vez que forjamos nuestro cuerpo energético totalmente y conseguimos moverlo a voluntad, los seres inorgánicos ya no pueden alcanzarnos, ya somos inaccesibles para ellos.

En esta compuerta se nos abre la posibilidad de ensoñar con otros ensoñadores. El que entra primero en el ensueño espera al otro. Es difícil de explicar lo que eso implica, pero se puede definir como tirar de él. Uno de los dos tiene que coger del brazo al otro. Con la mano izquierda sujeta fuertemente el antebrazo derecho a la



altura del codo. Los antebrazos quedan entrelazados cuando el otro ensoñador cierra su mano derecha sobre el codo del anterior. La gorda decía que el cuerpo sabe cómo hacerlo.

Acechar el cuerpo energético

A los ensoñadores les lleva largo tiempo perfeccionar su cuerpo energético. Y esto es precisamente lo que está en juego aquí: perfeccionar nuestro cuerpo energético. Don Juan explicaba que el cuerpo energético está impulsado a examinar detalles y quedarse atrapado en ellos debido a su inexperiencia. Los brujos se pasan la vida entera completando sus cuerpos energéticos por medio de la maniobra de dejarlos absorber todos los detalles posibles. El cuerpo energético se abstrae en detalles hasta que está completo y maduro. Y no hay modo de liberarlo de la compulsión de quedar absorto en todo. Pero si uno toma esto en consideración, en lugar de entrar en batalla con él, uno le puede ayudar.

Debemos dirigir su comportamiento acechándolo. Todo lo relacionado con el cuerpo energético depende de la adecuada posición del punto de encaje, y ya que ensoñar es el medio de desplazarlo, acechar es hacer que el punto de encaje se quede fijo en la posición perfecta; en este caso, la posición en la que el cuerpo energético se puede consolidar y desde la cual finalmente emerge.

Don Juan decía que cuando el cuerpo energético se mueve por propios medios, los brujos asumen que la posición óptima del punto de encaje ha sido alcanzada. El siguiente paso es acecharlo, esto es, mantener fijo el punto de encaje en esa posición, para de ese modo completar el cuerpo energético. El procedimiento es de una extraña simpleza: uno intenta acecharlo y lo acecha. Debemos permitir que nuestro cuerpo energético intente alcanzar la óptima posición de ensueño. Luego permitir que intente quedarse en esa posición. Eso quiere decir acecharlo. Intentar es el secreto, pero a estas alturas ya sabemos eso. Los brujos desplazan su punto de encaje a través del intento, y lo fijan igualmente a través del intento. Y no hay ninguna técnica para intentar. Uno aprende a intentar usando el intento.

Ver energía con nuestro cuerpo energético

Lo que vamos a hacer ahora es una de las maravillas de los brujos. Vamos a practicar ver energía en nuestro ensueño. Hemos cumplido la tarea parcial de la tercera compuerta del ensueño: mover el cuerpo energético. Ahora vamos a llevar a cabo la verdadera tarea: ver energía con nuestro cuerpo energético. Los ensoñadores tienen una regla empírica. Si sus cuerpos energéticos están completos, ven energía cada vez que miran fijamente algún objeto del mundo cotidiano. En sus ensueños, si ven

energía en un objeto, están tratando con un mundo real, sin importar qué tan extraño o indefinido les pueda parecer ese mundo. Si no pueden ver energía en los objetos de su ensueño, se encuentran en un sueño común y corriente y no en un mundo real.

Un mundo real es el que genera energía; lo opuesto a un mundo fantasma de proyecciones donde nada genera energía; como la mayoría de nuestros sueños, donde nada tiene un efecto energético. Don Juan daba entonces otra definición del ensueño: un proceso por medio del cual los ensoñadores aíslan condiciones del ensueño en las que pueden encontrar elementos que generan energía. Y daba otra aún más compleja: ensoñar es el proceso por medio del cual intentamos encontrar posiciones adecuadas del punto de encaje, posiciones que nos permiten percibir elementos que generan energía en estados que parecen sueños. También decía que el cuerpo energético es capaz de percibir energía diferente a la energía de nuestro mundo. Como en el caso de los seres inorgánicos, a quienes el cuerpo energético percibe como energía chisporroteante. En nuestro mundo nada chisporrotea; todo oscila. De ahora en adelante, nuestra tarea de tu ensueño va a ser determinar si los objetos en los que enfocamos nuestra atención de ensueño generan energía terrestre, o generan energía foránea, o son meras proyecciones fantasmagóricas.

Don Juan decía que, para poder ver en ensueños, no sólo debemos intentar ver, sino también expresar nuestro intento en voz alta. Insistió a Castaneda en lo de la voz alta por razones que más adelante descubrió en su encuentro con el Inquilino (ver capítulo 17). Sin embargo, admitía que había otras maneras de obtener el mismo resultado, pero aseveraba que expresar en voz alta el intento de uno es la forma más simple y directa.

Ahora estamos en la posición correcta para comprender que ensoñar es una condición generadora de energía. Por primera vez, podemos entender que los sueños ordinarios son los instrumentos de entrenamiento que se usan para adiestrar al punto de encaje a fin de que alcance la posición que crea la condición generadora de energía que llamamos ensueño. Los ensoñadores, como entran en mundos reales de efectos contundentes, deben permanecer en un estado de la más intensa y sostenida vigilancia; cualquier desviación pone al ensoñador en un indescriptible peligro. Ahora el cuerpo energético está en disposición de viajar en su totalidad a mundos distintos, a otros universos o capas de la cebolla, y lo que podemos encontrar allí sobrepasa nuestro conocimiento.

En las prácticas de ensueño podemos descubrir que la energía de nuestro mundo oscila, centellea. No solamente los seres vivientes sino todo en nuestro mundo centellea con una luz interior propia. Don Juan explicaba que la energía de nuestro mundo consiste en diferentes capas brillantes. La capa superior es blancuzca; y otra más profunda e inmediatamente adyacente a ésta es de color verde pálido, y otra,



aún más honda es ámbar. Podemos encontrar los tres tonos, o más bien, vislumbres de éstos cada vez que los objetos que encontramos en nuestros ensueños generan energía. Sin embargo, el primer impacto de ver cualquier cosa que genere energía es siempre un resplandor blancuzco. Don Juan decía que hay un número interminable de colores, pero para establecer un orden inicial, tres es suficiente. Más tarde, cuando seamos más sofisticados en nuestro ensueño podremos aislar docenas de tonos.

Decía don Juan que la capa blancuzca es el tono de la posición presente del punto de encaje de la humanidad. Digamos que es un tono moderno. Los brujos creen que todo lo que el hombre hace hoy en día está teñido con ese resplandor blancuzco. En otros tiempos, la posición del punto de encaje de la humanidad hacía que el tono de la energía que regía en el mundo fuera verde pálido; y en otro tiempo, más distante aún, hacía que fuera color ámbar. El color de la energía de los brujos es ámbar, lo que significa que están energéticamente asociados con los hombres que existieron en un pasado lejano. Si el hombre es capaz de evolucionar el color blancuzco probablemente cambiará. La gran tarea de los brujos es implementar la idea de que para evolucionar el hombre debe primero liberar su conciencia de ser de sus ataduras con el orden social. Una vez que esté libre, el intento la dirigirá por un nuevo camino evolutivo. Los brujos ya han triunfado. Ellos mismos son la prueba. Convencer a otros del valor y la importancia de evolucionar es otro asunto.

La otra clase de energía que podemos encontrar presente en nuestro mundo, aunque ajeno a él, es la energía de los exploradores. La energía que don Juan llamaba chisporroteante. En nuestros ensueños, podemos encontrar cantidades de objetos que, al verlos, se conviertan en masas de energía que parecen estar friéndose, burbujeando con una actividad interior como de calor. Don Juan decía que debemos tener en cuenta que no todos los exploradores que encontraremos pertenecen al reino de los seres inorgánicos, sino que pueden venir de otros niveles de conciencia aún más distantes. Los exploradores están conscientes de sí mismos e intentan contactar con nosotros constantemente. Nuestra gran desgracia es estar tan completamente ocupados que no podemos poner atención a nada. Sin embargo, al dormirnos, la compuerta de doble sentido se abre y ensoñamos. Y en nuestros ensueños hacemos contacto.

La manera de saber si los seres que encontramos vienen de lugares más lejanos del mundo de los seres inorgánicos es sencilla. Mientras mayor es su chisporroteo, de más lejos vienen. Suena como una simpleza, pero no lo es. Dejemos que el cuerpo energético decida. Al enfrentar a una energía forastera, hará muy sutiles distinciones y juicios infalibles. Castaneda decía que su cuerpo energético distinguía dos tipos generales de energía foránea. La energía de los exploradores del reino de los seres inorgánicos chisporroteaba ligeramente, no emitía ningún sonido, pero



tenía todas las apariencias de efervescencia, de agua que está empezando a hervir. La energía del segundo tipo general de exploradores le daba la impresión de tener considerablemente más vigor. Esos exploradores parecían estar a punto de quemarse. Vibraban por dentro como si estuvieran llenos de gas comprimido. Sus encuentros con energía extranjera fueron siempre fugaces, ya que ponía total atención a las recomendaciones de don Juan. A menos de que sepamos exactamente lo que queremos de esa energía forastera, tenemos que conformarnos con un breve vistazo. Ir más allá de un vistazo es tan peligroso y tan estúpido como acariciar a una víbora. Los exploradores son siempre peligrosos y extremadamente agresivos. Tienen que ser así para realizar sus exploraciones. Sostener nuestra atención de ensueño en ellos es equivalente a pedir que se enfoquen en nosotros. Una vez que lo hacen, nos sentimos obligados a ir con ellos; y ese, por supuesto, es el peligro. Podemos acabar en mundos muy lejanos de nuestras posibilidades energéticas.

Don Juan explicaba que hay muchísimos tipos de exploradores, pero que en los primeros niveles energéticos, únicamente podemos enfocarnos en tres. Describía los dos primeros tipos como los más fáciles de reconocer, porque sus disfraces en nuestros ensueños son tan extravagantes que de inmediato atraen nuestra atención de ensueño. Decía que exploradores del tercer tipo son los más peligrosos, en términos de agresividad y poder, porque se esconden detrás de disfraces muy sutiles. Una de las cosas más extrañas que los ensoñadores encuentran, y con la cual nos toparemos tarde o temprano es el tercer tipo de exploradores. Hasta ahora, hemos encontrado solamente muestras de los dos primeros, pero eso se debe a no haberlos buscado en el lugar apropiado. Aquí podemos caer fácilmente en la trampa de las palabras; esta vez las palabras culpables son "los exploradores se esconden detrás de los elementos de nuestros ensueños". Podemos creer que elementos significa únicamente objetos. Bueno, el más feroz de los exploradores se esconde detrás de gente en nuestros ensueños. Por lo general los ensoñadores asumen que siempre que se sienten perturbados al soñar con sus padres o sus amigos, el tercer tipo de exploradores está presente. Es muy razonable aconsejar a los ensoñadores que eviten esas imágenes en sus ensueños, pues son peligrosísimas.

Castaneda decía que los exploradores si los miramos como energía al principio aparecen de color rosa claro o rojizo encendido. Añadía que más adelante los exploradores del tercer tipo eran de color anaranjado brillante, y pueden ser realmente pavorosos. Se esconden tras la imagen de padres, hermanos o amigos. Tienen una energía que parece estar a punto de saltar sobre nosotros y es fácil que nuestro cuerpo energético reaccione con terror.

Seres inorgánicos, ni con ellos ni sin ellos

Don Juan decía que los seres inorgánicos aparecen únicamente al principio. Después de que los exploradores nos llevan a su mundo, no hay más necesidad de las proyecciones de los seres inorgánicos. Si queremos verlos, un explorador nos lleva a su mundo, puesto que nadie, pero nadie, puede viajar por si mismo a ese reino. Su mundo está sellado. Nadie puede entrar o salir de él sin el consentimiento de los seres inorgánicos. Lo único que se puede hacer, una vez que uno está adentro es, por supuesto, expresar el intento de quedarse allí. Decirlo en voz alta significa desatar corrientes de energía que son irreversibles. En tiempos pasados, la palabra era increíblemente poderosa. Ahora no lo es; pero en el reino de los seres inorgánicos, aún no ha perdido su poder.
Don Juan expresaba su aversión por las actividades de los brujos antiguos de una manera muy personal. Como nagual, detestaba lo que hicieron. Buscaron cobardemente refugio en el mundo de los seres inorgánicos. Argüían que en un universo enemigo hecho para destruirnos, nuestro único posible refugio está en ese reino. Pero tenía que reconocer que es la verdad. Puesto que los seres inorgánicos no pueden mentir, el emisario de ensueño vende lo cierto. Ese mundo puede ampararnos y prolongar nuestra conciencia por casi una eternidad. Lo que el emisario vende, aunque sea la verdad, a los nuevos videntes no les interesa.

Llegados a este punto el aprendiz debe encarar el aspecto final de ese mundo. El más espantoso aspecto que uno puede encarar. *La energía necesaria para mover el punto de encaje de los brujos viene del reino de los seres inorgánicos* y es la herencia que los brujos antiguos nos dejaron; una herencia que nos tiene inmovilizados hasta el día de hoy. Esta es la razón por la que los seres inorgánicos no gustan a los brujos modernos. Son nuestra única fuente de energía. No podemos tener tratos con ellos, y sin embargo, no podemos dejarlos de lado. La solución es tomar su energía, pero sin caer bajo su influencia. Esto se conoce como el máximo acecho. Y se lleva a cabo sosteniendo el intento inviolable de la libertad; aunque ningún brujo sepa realmente qué es la libertad.

Debemos tomar la energía de los seres inorgánicos porque no hay otra energía disponible. Los brujos necesitan una cantidad excesiva de energía para maniobrar el punto de encaje de la manera en que lo hacen. Don Juan decía que ningún brujo dispone por sí mismo de tal cantidad y cualidad de energía, y que no importa cuánto reestructuren su conciencia de ser. La energía natural básica de los seres humanos no es suficiente. Para empezar a ensoñar, los brujos necesitan redefinir sus premisas y ahorrar su energía; pero esa redefinición nos da únicamente la energía necesaria para preparar el ensueño. Energía para volar a otros reinos, para ver energía, para forjar el cuerpo energético, es otro asunto. Para esas maniobras los brujos necesitan energía oscura; cantidades de energía forastera. Se toma con el solo hecho de ir a ese

mundo. Todos los brujos tienen que hacer esto. Pero son lo suficientemente sobrios para no perderse en ese mundo ni hacer tratos que les alejen de la libertad.

Acechar a los acechadores

Es la última tarea de la tercera compuerta del ensueño y consiste en acechar a los acechadores; una maniobra sumamente misteriosa. Acechar a los acechadores quiere decir extraer deliberadamente energía del reino de los seres inorgánicos para poder realizar las proezas de la brujería. Por ejemplo un viaje; un viaje que usa la conciencia como un elemento del medio ambiente. En el mundo de la vida cotidiana, el agua es un elemento del medio ambiente que usamos para viajar. Imagina a la conciencia como un elemento similar que puede ser usado para viajar. Exploradores de todo el universo vienen a nosotros a través del medio de la conciencia; y viceversa, a través de la conciencia, los brujos van a los confines del universo.

La conciencia no es un elemento físico. Es un elemento energético. Debemos hacer esa distinción. Para los brujos que ven, la conciencia es un resplandor. Pueden enganchar su cuerpo energético a ese resplandor e irse con él. La diferencia entre un elemento físico y uno energético es que los elementos físicos son parte de nuestro sistema de interpretación, pero los elementos energéticos no lo son. En nuestro mundo existen elementos energéticos como la conciencia, pero nosotros, como gente común y corriente, percibimos únicamente los elementos físicos, porque así nos enseñaron a hacerlo. Los brujos perciben los elementos energéticos por la misma razón: porque les enseñaron a hacerlo. Don Juan explicaba que el uso de la conciencia como un elemento energético de nuestro ambiente es la esencia de la brujería. Decía que la trayectoria de los brujos era, primero, liberar la energía existente en nosotros por medio de la recapitulación y la disciplina del camino del guerrero; segundo, usar esa energía para desarrollar el cuerpo energético por medio del ensueño; y tercero, usar la conciencia como un elemento del medio ambiente para poder entrar en otros mundos, no sólo con el cuerpo energético, sino también con el cuerpo físico.

Decía que hay dos clases de viajes energéticos a otros mundos. Uno es cuando la conciencia levanta al cuerpo energético y lo lleva adonde fuere; y el otro es cuando el brujo, con plena lucidez, decide usar la avenida de la conciencia para hacer el viaje. Hasta ahora hemos hablado de la primera clase de viaje. Se requiere de una tremenda disciplina para hacer la segunda clase. En la actividad de los brujos hay asuntos que requieren de un manejo muy delicado y experto. Tratar con la conciencia como un elemento abierto al cuerpo energético es el más importante, vital y peligroso de esos asuntos.

Es el momento de romper con los límites del mundo diario y entrar en otro usando la conciencia como un elemento energético. Este romper límites y entrar en otro mundo es el equivalente a acechar a los acechadores. Usar la conciencia como un elemento del medio ambiente pasa por alto la influencia de los seres inorgánicos, pero deja el paso libre para usar su energía.

Transferir la conciencia es puramente una cuestión de expresar en voz alta nuestro intento y de tener la cantidad suficiente de energía. En este momento es de gran ayuda aunar energía con otros brujos. Si la ayuda proviene de una mujer mucho mejor, se mueven con más facilidad en el ensueño y pueden viajar al mundo de los seres inorgánicos como el que va al parque de debajo de casa. Don Juan explicaba que esa ayuda nos da la energía necesaria para transportar la parte física de uno y ponerla en el cuerpo energético. Dijo que usar la conciencia como un medio para hacer el viaje a otro mundo no es el resultado de aplicar técnicas, sino el corolario de poseer la suficiente energía para intentar el viaje. La masa energética de una bruja sumada a la nuestra nos puede convertir en una sola entidad energéticamente capaz de transportar nuestra parte física, y de ponerla en el cuerpo energético para poder hacer ese viaje. La totalidad de nuestra masa física se tiene que volcar en nuestro cuerpo energético. Lo tremendamente dificultoso de esta maniobra es disciplinar al cuerpo energético, algo que ya hemos aprendido a hacer. La falta de disciplina sería la única razón por la cual podríamos fracasar en esta hazaña de máximo acecho. Algunas veces, de pura casualidad, una persona común y corriente la ejecuta y entra a otro mundo. Pero esto inmediatamente se aclara y se explica como un estado de locura o alucinación.

Don Juan decía que para poder usar la conciencia como un elemento del medio ambiente los ensoñadores deben primero hacer un viaje al reino de los seres inorgánicos. Después, deben usar la energía oscura obtenida en ese viaje como un trampolín, y mientras la posean deben intentar ser lanzados a otro mundo a través del medio de la conciencia.

Peligros de la maniobra y una posible explicación del porqué de nuestro mundo y de que hayamos olvidado quien somos y de dónde venimos

Para conseguir la proeza de transferir nuestra conciencia del mundo cotidiano a nuestros cuerpos energéticos, y poder realizar el viaje con toda nuestra masa física a otros mundos completos, debemos evitar la influencia de los seres inorgánicos. Don Juan decía que los ensoñadores experimentan la maniobra completa como una serie de transiciones lentas, y que tienen que expresar su intento para poder así usar la conciencia como un elemento para viajar. Ordinariamente, los ensoñadores son simples viajeros, pero si son asaltados por los seres inorgánicos pueden vivir la

maldición de los brujos antiguos. Lo que les pasó fue que los seres inorgánicos los llevaron a un mundo del cual no pudieron regresar.
Don Juan explicaba que una vez que los ensoñadores entran en un mundo ayudados por la interferencia de los seres inorgánicos, entran ahí con toda su masa física, la fijación de sus puntos de encaje en la posición preseleccionada por los seres inorgánicos es tan abrumadora que crea una especie de niebla que borra cualquier memoria previa del mundo de dónde venían. La consecuencia natural de tal inmovilidad, como en el caso de los brujos de la antigüedad, es que el punto de encaje de los ensoñadores no puede regresar nunca más a su posición original. Pensemos en esto. *Quizá esto es exactamente lo que nos está sucediendo a todos nosotros en el mundo de la vida diaria. Estamos aquí, y la fijación de nuestro punto de encaje es tan abrumadora que nos ha hecho olvidar de dónde venimos y cuál era nuestro propósito al venir aquí.*

La cuarta compuerta

Don Juan explicaba que en la cuarta compuerta del ensueño el cuerpo energético viaja a lugares concretos y específicos, y que hay tres maneras de usarla. Una es viajar a lugares concretos en este mundo, otra es viajar a lugares concretos fuera de este mundo, y otra es viajar a lugares que sólo existen en el intento de otros. Aseveraba que la última manera es la más difícil y peligrosa de las tres, y que era, por cierto, la predilección de los brujos antiguos.

Enseñanzas de don Juan a la Gorda en el arte de ensoñar

Primero le encomendó mirarse las manos. Lo siguiente fue buscar casas o edificios en sus sueños y observarlos, tratando de retener la imagen. Decía que el arte del soñador consiste en conservar la imagen de su sueño. Porque eso es lo que hacemos, de un modo u otro, durante toda nuestra vida.

Nuestro arte como personas corrientes consiste en saber cómo retener la imagen de lo que vemos. El Nagual decía que lo hacemos, pero sin saber cómo. Nos limitamos a hacerlo; mejor dicho, nuestros cuerpos lo hacen. Al *soñar* debemos hacer lo mismo, con la diferencia de que en el *soñar* hace falta aprender cómo hacerlo. Tenemos que luchar por no mirar, sino sólo dar un vistazo, y, no obstante, conservar la imagen.

Después el Nagual encargó a la gorda que buscara en sus sueños un refuerzo para su ombligo. Decía que, en el *soñar*, préstamos atención con el ombligo, por consiguiente, debemos protegerlo bien. Necesitamos cierto calorcillo, o la sensación

de que algo nos presiona el ombligo para retener las imágenes en nuestros sueños. La Gorda halló en sus sueños un guijarro que encajaba perfectamente en su ombligo, y el Nagual la obligó a buscarlo día tras día, por charcas y cañones, hasta dar con él. Le hizo un cinturón y lo llevó consigo día y noche. Al hacerlo así, le resultaba más fácil conservar imágenes en sus sueños.

Luego el Nagual le asignó la tarea de dirigirse a lugares específicos en su soñar. Lo estaba haciendo muy bien, pero fue por entonces que *perdió la forma humana* (ver capítulo 8) y comenzó a ver el ojo frente a ella. El Nagual afirmó que el ojo lo cambiaba todo, y le dio instrucciones para que empezara a valerse del ojo para ponerse en movimiento. Dijo que no tenía tiempo de llegar a su doble en el *soñar,* pero que el ojo era aún mejor. Le permitía llevarle al *soñar*. Cerraba sus ojos y quedaba dormida como si nada, inclusive a la luz del día y en cualquier parte. El ojo le atraía y entraba en otro mundo. La mayor parte del tiempo no hacía más que deambular por él.

El Nagual les decía a ella y a las hermanitas, que durante el período menstrual el *soñar* se convierte en poder. Hay algo en ello que las desequilibraba, se volvían más osadas. Y, tal como el Nagual les enseñaba, se abre una grieta en ellas en esos días. Dos días antes de la regla una mujer puede abrir esa grieta y pasar por ella a otro mundo. Durante ese tiempo una mujer, si lo desea, puede alejarse de las imágenes del mundo. Esa es la grieta entre los mundos y, como decía el Nagual, está precisamente enfrente de todas las mujeres. La razón por la cual el Nagual juraba que las mujeres son mejores brujas que los hombres es que siempre tienen la grieta delante, en tanto que un hombre debe hacerla.

La Gorda decía que *soñando* durante sus menstruaciones aprendió a volar con las líneas del mundo. Aprendió a echar chispas con el cuerpo para atraer las líneas, y luego aprendió a asirse a ellas. Don Juan para poder guiar a la gorda hacia su cuerpo de ensueño, le dio la tarea de inmovilizar su segunda atención lo más firmemente posible en los elementos de la sensación de volar en ensueños. En la primera atención fue su maestro en el arte de volar. Pero en el *ensueño* le enseñó alguien que nunca pudo ver. Sólo era una voz que le iba diciendo que debía hacer. El Nagual le impuso la tarea de aprender a volar en ensueños y la voz le enseñó cómo hacerlo. La Gorda decía que le costó años aprender por sí misma a cambiar de su cuerpo normal, ése que se puede ver y tocar, a su *cuerpo de ensueño.* Entonces la Gorda empezó a tratar de volar cuando *ensoñaba.* Pero no podía organizarse. Mientras más trataba de influenciar sus ensueños, más difícil se le ponía. Finalmente, el Nagual le aconsejó que parara de forzarse y que dejara que todo ocurriera por sí mismo. Poco a poco empezó a volar en ensueños. Fue entonces cuando una voz le empezó a decir qué hacer. Cuando ya había aprendido a volar perfectamente, el nagual le dijo que tenía que repetir, despierta, todos los movimientos de vuelo que aprendió en

ensueño. Entonces cambiando su atención a su *cuerpo de ensueño,* podía volar como una cometa cuando estaba despierta.

Don Juan decía que lo único importante al hacer ese cambio es anclar la segunda atención. La atención es la que hace al mundo. Todo lo que tuvo que hacer la Gorda es concentrar su atención en volar. Lo importante era almacenar atención en *ensueños*, observar todo lo que hacía al volar. Esa era la única forma de cultivar su segunda atención. Una vez que esta era sólida, con sólo enfocarla levemente en los detalles y en la sensación de volar le producía más *ensueños* de volar, hasta que por fin para ella era una rutina ensoñar que se remontaba por los aires.

En la cuestión de volar, pues, su segunda atención estaba muy afilada. Cuando el Nagual le dio la tarea de cambiar a su *cuerpo de ensueño*; lo que quería hacer era que sintonizara su segunda atención al estar despierta. La primera atención, la atención que hace al mundo, nunca puede ser subyugada del todo; sólo se le puede desconectar unos momentos para reemplazarla con la segunda atención, eso es, si el cuerpo la ha almacenado suficientemente. Naturalmente *ensoñar* es una manera de almacenar la segunda atención. De modo que la Gorda decía que para poder cambiar a tu cuerpo de ensueño, al estar despierto tienes que ensoñar hasta que los ensueños te salgan por las orejas.

La atención

El Nagual decía que merced a la atención, podemos retener las imágenes de un sueño tal como retenemos las del mundo. El arte del soñador es el arte de la atención.

Don Juan sostenía que la atención de Castaneda le tenía encadenado y que debía derrotarla si quería captar sus enseñanzas. El núcleo de nuestro ser es el acto de percibir, y lo mágico de nuestro ser es la toma de conciencia. La percepción y la conciencia constituyen una sola e inseparable unidad funcional, una unidad con dos esferas. La primera de ellas corresponde a la *atención del tonal*, es decir, a la capacidad de la gente corriente de percibir y situar su conciencia en el mundo ordinario, el de la vida cotidiana. Don Juan también llamaba a esa forma de atención "*primer anillo de poder*", y la describía como nuestra terrible pero indiscutible facultad de poner orden en nuestra percepción del mundo. La segunda esfera abarca *la atención del nagual*, esto es, la capacidad de los brujos de situar su conciencia en el mundo no ordinario. Él denominaba a este ámbito *segundo anillo de poder*: la facultad completamente tormentosa, que todos tenemos, pero sólo los brujos usan, de poner orden en ese otro mundo.

Lo que Don Juan había luchado por derrotar en Castaneda, no era su razón considerada en el sentido de capacidad para el pensamiento racional, sino su *atención del tonal* o conciencia del mundo del sentido común. La Gorda dijo a

Castaneda el porqué había buscado que así fuera al explicarle que el mundo diario existe porque sabemos cómo retener sus imágenes; por lo tanto, si uno pierde la atención necesaria para conservarlas, el mundo se derrumba.

El Nagual decía a sus aprendices lo importante que era la práctica. Una vez centrada la atención en las imágenes de tu sueño, queda atrapada allí para siempre. Al final puedes llegar a recordar cuanto has visto en todos tus sueños.

La atención que uno requiere en los inicios del ensoñar tiene que forzarse a permanecer en un determinado detalle de un sueño. Sólo mediante la inmovilización de la atención puede uno convertir en ensueño un sueño ordinario. Al ensoñar uno debe de emplear los mismos compulsivos mecanismos de atención de la vida cotidiana. Nuestra primera atención ha sido entrenada para enfocar los elementos del mundo, compulsivamente y con gran fuerza, a fin de transformar el dominio caótico y amorfo de la percepción en el mundo ordenado de la conciencia. La segunda atención desempeña el papel de un señuelo; un convocador de oportunidades. Mientras más se la ejercita, mayor es la posibilidad de obtener lo que se desea. También esta es la función de la atención en general, la cual damos de tal forma por sentada en nuestra vida diaria, que jamás la advertimos; si nos pasa un suceso fortuito, hablamos de él en términos de un accidente o de una coincidencia, y no en términos de que nuestra atención hizo que sucediera.

Los soñadores pasan hasta años soñando sus sueños. Hasta que consiguen hacer acciones en sus sueños con una atención completa. La Gorda afirmaba que el retener las imágenes de los sueños era un arte tolteca. Tras años de agotadora práctica, los soñadores logran realizar acciones completas en los sueños. Logran poner su atención en una sola actividad.

La Gorda decía que tras repasar un mismo sueño una y otra vez, comenzamos a percibir las líneas del mundo. Ellas nos ayudan a realizar acciones increíbles.

Don Juan decía que nuestro *primer anillo de poder* penetra en nuestras vidas en épocas muy tempranas y vivimos bajo la impresión de que ese es todo nuestro mundo. El *segundo anillo de poder* permanece oculto para la inmensa mayoría de nosotros, y se nos revela justo en el momento de la muerte. No obstante, existe un camino para llegar hasta él, al alcance de todos, pero cuyo recorrido solamente emprenden los brujos: el *soñar*.

Soñar consiste, en esencia, en transformar los sueños corrientes en cuestiones volitivas. Los soñadores, mediante la actividad de concentrar la *atención del nagual* en los asuntos y sucesos de sus sueños ordinarios, los transforman en *soñar*.

Don Juan aseguraba que no existía un procedimiento específico para alcanzar la *atención del nagual*. Solamente daba pistas a sus aprendices:

- Primero debían buscar sus manos en los sueños.
- Después buscar objetos, rasgos característicos del paisaje, como calles, edificios, etc.
- Desde allí había que pasar a soñar sobre lugares determinados a determinadas horas.
- El último grado consistía en concentrar la *atención del nagual* en el yo total. Se anuncia por un sueño en el cual el sujeto se ve a sí mismo yaciendo dormido. Para cuando un brujo tiene ese sueño, su atención se ha desarrollado hasta el punto de que, en vez de despertar, como le ocurre a la mayoría de personas, da media vuelta y se pone en actividad, como lo haría en el mundo en que tiene lugar nuestra vida diaria.

  En ese momento se produce una ruptura, una división definitiva en la hasta entonces unificada personalidad. En la concepción de don Juan, el atrapar la *atención del Nagual* y desarrollarla hasta el nivel de perfección de nuestra atención diaria tenía por resultado el nacimiento del otro yo, un ser idéntico a uno, pero construido en el *soñar.*

  Don Juan había hecho saber a sus aprendices que no existen reglas establecidas para la educación de ese doble, como no existen para alcanzar la conciencia corriente. Sencillamente, se logra mediante la práctica. El método más adecuado se nos revela en la captación de la *atención del nagual*. Debemos practicar el *soñar* sin permitir que nuestros temores conviertan la actividad en una carga.

  Genaro, el benefactor de Castaneda, pasaba la mayor parte del tiempo en su cuerpo de soñar. Lo prefería. Por eso podía hacer las cosas más fantásticas y asustar a sus aprendices mortalmente. Genaro podía pasar por la grieta de entre los mundos como nosotros lo hacemos por una puerta, en ambas direcciones.

- *La grieta entre los mundos:* Es la capacidad de pasar de uno a otro nivel de atención.

- *Las líneas paralelas:* Se puede ir ahí en ensueños, pero para poder abandonar nuestro mundo y llegar al otro, el que está más allá de las líneas paralelas, tenemos que recorrer esa zona con nuestros propios cuerpos. Esta región don Juan la llamaba "*el limbo*", evidentemente basándose en los dogmas religiosos. Don Juan decía que para entrar en las líneas paralelas uno debía estar en el "lado izquierdo, izquierdo". Uno de los rasgos principales, y el que tenía el valor más grande para todos los aprendices, era que en ese estado podían percibir un colosal banco de vapor amarillento, algo que don Juan

llamaba "*la pared de niebla*". Cuando Castaneda la percibía siempre la hallaba a su derecha, extendiéndose hasta el horizonte y, por lo alto, hacia el infinito, dividiendo en dos al mundo. La pared de niebla suele desplazarse ya sea a la izquierda o la derecha, según se gire la cabeza; parece no haber modo de enfrentarla. Al cruzar la pared de niebla uno entra en un mundo de llanura desolada. El cuerpo siente una opresión de lo más desagradable y amenazadora.

Silvio Manuel decía que la energía que necesitamos para aceptar el terror se halla en nuestra parte media, y que la única manera de triunfar es doblegándonos, rindiéndonos sin rendirnos.

El Nagual decía que los hombres deben ser forzados a abandonar sus defensas. Todo guerrero hombre tiene que ser forzado mediante el miedo. En cambio, para la mujer es fácil calmarse, es la ventaja que tienen. El único problema es que alguien las debe transportar a través de la pared de niebla. Ellas no pueden hacerlo solas. Se necesita ser pesado para atravesar la niebla y una mujer es demasiado liviana. Aunque puede haber excepciones, como el caso de la mujer nagual o brujas muy poderosas.

En la planicie desierta se encuentran entidades y aliados que nos pueden acechar, y según Silvio Manuel, otras cosas aún más feroces. Las mujeres no necesitan protección para entrar allí, están libres de todo eso.

Todos nosotros somos ensoñadores*:* Don Juan no quería que sus aprendices enfocaran su cuerpo de ensueño en la cara débil de la segunda atención (capa astral o de las emociones). Les hizo deshacerse de todo lo que tenían. Era su manera de proteger su cuerpo de ensueño.

Don Juan describía el *ensoñar* de diversas maneras. Decía que ensoñar es el *no hacer* de dormir. En este sentido, el ensueño permite al practicante el uso de esa porción de su vida que se pasa en el sopor. Es como si los ensoñadores ya no durmiesen, y sin embargo esto no resulta en ninguna enfermedad. A los ensoñadores no les falta el sueño, pero el efecto de ensoñar parece ser un incremento del tiempo de vigilia, debido al uso de un supuesto cuerpo extra: *el cuerpo de ensueño.*

Decía que la mejor manera de entrar en *ensueños* era concentrándonos en el área exacta en la punta del esternón. De ese sitio emerge la atención que se requiere para comenzar el ensueño. En cambio, la energía que necesita uno para moverse en el *ensueño* surge del área a tres o cuatro centímetros bajo el ombligo. A esa energía le llamaba la *voluntad*, o el poder de seleccionar, de armar. En una mujer, tanto la atención como la energía para ensoñar, se origina en el vientre, ese es su centro.

Don Juan les explicaba que cualquier cosa puede servir como *no hacer* para propiciar el ensueño, siempre que esto fuerce a la atención a permanecer fija. Hizo que sus aprendices contemplaran fijamente hojas y piedras. La posición que uno elige para hacer el ensoñar también es importante. Para una mujer la mejor posición para empezar es sentarse con las piernas cruzadas y después dejar que el cuerpo caiga como pueda. A los hombres en cambio, aconsejaba sentarse en una esterilla suave y delgada, con las plantas de los pies puestas juntas y con los muslos tocando la esterilla. Señalaba que, si entramos en el ensoñar en esa posición, nuestro cuerpo no se deslizará ni caerá a ninguno de los lados, sino que el tronco si inclinará hacia adelante y nuestra frente se apoyará en nuestros pies.

Otro tema de enorme significado era la hora de *ensoñar,* don Juan decía que las horas más avanzadas de la noche o las primeras horas de la madrugada eran las mejores. Decía que desde el momento que uno tenía que hacer su ensoñar dentro de su medio social, uno debía de buscar las mejores condiciones posibles de aislamiento, libres de interferencias. Las interferencias a las que se refería tenían que ver con la "atención" de la gente y no con su presencia física. En esas horas está adormecida la primera atención de quienes nos rodean.

El doble o el otro: Don Juan explicaba que, en ciertas ocasiones, el cuerpo de ensueño era llamado el *doble* o el *otro*, porque es una réplica perfecta del cuerpo físico del soñador. Inherentemente se trata de la energía, del ser luminoso, una emanación blancuzca, fantasmal, que es proyectada mediante la fijeza de la segunda atención en una imagen tridimensional del cuerpo. Don Juan advirtió a sus aprendices que el cuerpo de ensueño no es un fantasma, sino que es tan real como cualquier cosa con la que tratamos en el mundo. Decía que, inevitablemente, la segunda atención es empujada a enfocar nuestro ser total como campo de energía, y que transforma esa energía en cualquier cosa apropiada. Lo más fácil, por supuesto, es la imagen del cuerpo físico, con la cual estamos completamente acostumbrados en nuestras vidas diarias, gracias al uso de nuestra primera atención. Lo que canaliza la energía de nuestro ser total, para producirse cualquier cosa que pueda hallarse dentro de los límites de lo posible, es conocido como *voluntad.* Don Juan no podía decir cuáles eran esos límites, salvo que al nivel de seres luminosos nuestro alcance es tan amplio que resulta vano tratar de establecer límites: de modo que la energía de un ser luminoso puede transformarse en cualquier cosa mediante la voluntad.
El Nagual aseguraba que el cuerpo de ensueño se mete y se engancha en cualquier cosa. No tiene juicio. Decía que los hombres son más débiles que las mujeres porque el cuerpo de ensueño de un hombre es más posesivo.

A los guerreros se les debe dar serias razones antes de que puedan aventurarse en lo desconocido. Las guerreras no están sujetas a esto y pueden entrar en ello sin ningún titubeo, siempre y cuando tengan confianza total en quien las guía.

Enseñanzas de Zuleica a Castaneda

Zuleica decía que si se va a ensoñar dentro de una casa, lo mejor es hacerlo en la oscuridad total, estando uno acostado o sentado en una cama estrecha, o, aún mejor, sentado dentro de una cuna en forma de ataúd. En el campo abierto, el ensueño debería hacerse en la protección de una caverna, en las áreas arenosas de manantiales secos, o sentado con la espalda contra una roca en las montañas: jamás en el suelo plano de un valle, ni junto a ríos o lagos o el mar, ya que las zonas planas; al igual que el agua, eran antitéticas a la segunda atención. Explicó a Carlos que la manera más segura de acertar un golpe directo en la segunda atención es a través de actos rituales: cantos monótonos e intrincados movimientos repetitivos.

Zuleica decía que para tenerla a ella como maestra uno tenía que saber cómo ensoñar, para así dejarla libre a que tratara exclusivamente con las cuestiones esotéricas de la conciencia del lado izquierdo (nagual).

Parte práctica:

Les decía que debían mantener los ojos abiertos y fijos en un punto que se hallaba frente a ellos, a la altura de sus ojos, y que ese punto se transformaría de negrura a un agradable y brillante color rojo-naranja.

Explicaba que un *ensoñador* debe partir desde un punto de color; la luz intensa o las completas tinieblas son inútiles para un ensoñador en su asalto inicial. Colores como el púrpura o verde claro o amarillo profundo son, por otra parte, excelentes puntos de arranque. Aseguraba que una vez que logramos entrar en el color rojo-naranja, hemos congregado nuestra segunda atención permanentemente, si es que somos capaces de estar conscientes de las sensaciones físicas que experimentamos al entrar en ese color.

La segunda atención pertenece al cuerpo luminoso, así como la primera atención pertenece al cuerpo físico. El punto donde la segunda atención se arma está situado aproximadamente a un metro de distancia enfrente de la parte media del cuerpo, justo entre el estómago y el ombligo, y a quince centímetros a la derecha.

Zuleica les decía que pusieran las manos en ese punto y lo masajearan moviendo los dedos de sus dos manos, exactamente como si estuvieran tocando un arpa. Les aseguraba que, si persistían en el ejercicio, tarde o temprano terminarían sintiendo

que sus dedos pasaban por algo que era tan denso como el agua, y que finalmente sentirían su cascarón luminoso.

Repetía una y otra vez que los seres humanos tenemos un excelente centro de percepción en el exterior de las pantorrillas, y que si la piel de esa área era puesta en calma y masajeada, el alcance de nuestra percepción aumentaría de maneras imposibles de concebir racionalmente.

Cuando conseguimos entrar en la mancha rojo-naranja notamos unas sensaciones físicas y acabamos entrando en un estado de vigilia en reposo (ver fases del ensueño según Castaneda, más arriba). Una vez en ese estado, es inútil permanecer allí, porque a pesar de lo agradable que pudiera ser, las limitaciones de esa experiencia son evidentes.

Después Zuleica enseñaba a sus aprendices a moverse. Les ordenaba que fijaran su atención en el punto medio del cuerpo. Aproximadamente abajo del borde inferior del ombligo. Les decía que barrieran el suelo con él; esto es, que hicieran oscilar el vientre como si tuviera pegada una escoba allí. La idea es no entrar en *vigilia en reposo,* y percibir la acción de barrer el suelo con el punto medio del cuerpo, mientras seguimos despiertos.

Para ensoñar, uno necesita manejar tanto el cuerpo luminoso como el cuerpo físico. Primero, el centro de la segunda atención en el cascarón luminoso es forzado a ser accesible: o alguien lo empuja desde afuera, o el ensoñador lo succiona desde adentro. Segundo, para dislocar la primera atención, los centros del cuerpo físico localizados en el punto medio del cuerpo y en las pantorrillas, especialmente la derecha, tienen que ser estimulados y colocados lo más cerca posible el uno del otro hasta que parezcan unirse. Esto se logra colocando el muslo derecho contra el pecho. Después tiene lugar la sensación de ser enrollado y automáticamente la segunda atención toma el control.

Zuleica decía que lo primero que debemos hacer cuando ya estamos ensoñando es perfeccionar el control a fin de movernos a voluntad. Debemos ponernos en pie con un acto de voluntad. Tenemos que empujarnos a nosotros mismos con nuestra parte media, tenemos allí tres gruesos tentáculos que podemos usar como muletas para elevar todo nuestro cuerpo. Es bueno seguir cierto orden:

- No impacientarnos ni agitarnos como si se tratara de la vida diaria. Impacientarse es correcto sólo en la primera atención; la segunda atención es la calma misma.
- No hay ningún procedimiento para movernos, tenemos que intentarlo desde un nivel muy profundo. Estar absolutamente convencidos de que queremos movernos, de que lo necesitamos.

- Al ensoñar, el lado derecho, la conciencia racional, queda envuelta dentro de la conciencia del lado izquierdo a fin de dar al *ensoñador* un sentido de sobriedad y racionalidad, aunque la influencia de la racionalidad debe ser mínima y debe usarse sólo como mecanismo inhibitorio que protege al *ensoñador* de excesos y empresas grotescas.
- El siguiente paso es dirigir el *cuerpo de ensueño*. Es interesante contemplar una estancia o un lugar concreto fijándonos meticulosamente en todos los detalles durante horas. De esta manera los memorizamos.
- Después, desde un estado de *vigilia en reposo*, abrimos los ojos para ver ese lugar o estancia. Lograrlo puede llevar varias sesiones de ensueño.
- Zuleica después enseñó a sus aprendices a viajar con ella en el ensueño. Decía que nuestra primera atención se halla enganchada en las emanaciones de la tierra, y que la segunda atención está enganchada en las emanaciones del universo. El *ensoñador*, por definición está afuera de los linderos de las preocupaciones de la vida cotidiana.
- La última tarea es templar la segunda atención para poder seguir a Zuleica en sus viajes por lo desconocido. Ella decía que su "obsesión" guiaría a los aprendices a un lugar de cita. En asuntos de la segunda atención, la obsesión del *ensoñador* sirve como guía, y la suya se hallaba concentrada en un lugar real más allá de esta tierra. Desde allí llamaba a los guerreros y ellos tenían que usar su voz como si fuera una cuerda de la cual tirar.
- Zuleica decía, acerca de sus viajes, que el poder que los ensoñadores tienen de concentrarse en su segunda atención los convertía en bandas vivientes de goma elástica. Mientras más fuertes e impecables eran los ensoñadores más lejos podían proyectar su segunda atención en lo desconocido y más tiempo podían mantener esta proyección.

El objetivo de los nuevos videntes

El ensueño para los nuevos videntes es sólo un ejercicio. Hacemos el mismo tipo de ensueño que los brujos antiguos solían hacer, pero en cierto momento, nos desviamos a un nuevo terreno. Los brujos antiguos preferían los cambios del punto de encaje, por lo tanto, siempre se encontraban en territorios más o menos conocidos o predecibles. Nosotros preferimos los movimientos del punto de encaje. Los brujos antiguos iban en pos de lo humanamente desconocido. Nosotros buscamos lo desconocido que está fuera de lo humano.

Al empezar todo ensoñador tiene que seguir los pasos de los brujos antiguos. Después de todo, ellos fueron quienes inventaron el arte del ensueño. Debemos ser extremadamente cuidadosos y no caer en el ánimo de los brujos antiguos, si no tenemos cuidado, esa puede ser nuestra perdición. Ensoñar así conduce a lo desconocido que aún es cuestión humana. Como decía don Juan, los brujos de hoy se esfuerzan por alcanzar lo desconocido que ya no es cuestión humana. Mundos inconcebibles que están fuera de la banda del hombre, pero que aún podemos percibir. La predilección de los brujos de hoy en día es entrar en mundos fuera del dominio humano; mundos completamente inclusivos, no meramente entrar en el reino de los pájaros, o en el reino de los animales, o en el reino de los seres humanos, aunque éste fuese el reino del hombre desconocido. Estamos hablando de mundos como en el que vivimos; mundos completos, con un sinfín de reinos.

Esos mundos se encuentran en las diferentes posiciones del punto de encaje. Digamos que los brujos llegan a esos mundos usando los movimientos del punto de encaje, no simplemente los cambios. Entrar en esos mundos requiere del tipo de ensueño que solamente los brujos de ahora practican. Los brujos antiguos se mantuvieron alejados de él, porque requiere un gran desapego y absoluta ausencia de importancia personal. Un precio que no estuvieron dispuestos a pagar. Para los brujos que ensueñan hoy en día, ensoñar es la libertad de percibir mundos más allá de todo lo imaginable.

No es algo que tenga sentido para la mente humana, para la razón, pero la libertad no puede ser una inversión. La libertad es una aventura sin fin, en la cual arriesgamos nuestras vidas y mucho más, por unos momentos que no se pueden medir con palabras o pensamientos. La búsqueda de la libertad es la única fuerza que los brujos conocen. Libertad de volar en ese infinito. Libertad de disolverse, de elevarse, de ser como la llama de una vela, que aun al enfrentarse a la luz de un billón de estrellas permanece intacta, porque nunca pretendió ser más de lo que es: la llama de una vela.

8. PERDER LA FORMA HUMANA

Don Juan decía que quien conseguía seguir todos los principios del camino del guerrero, ser impecable en el uso de su energía, y acabar con su diálogo interno; tarde o temprano llegaba a perder su forma humana. Esta consecuencia inevitable daba a los guerreros gran ligereza y soltura para transitar por el infinito sin perderse en aberraciones.

La forma humana

Es algo viscoso, una fuerza que nos hace ser lo que somos. El Nagual decía que la forma humana carece de forma. Al igual que los *aliados* es nada; pero a pesar de no tener forma, nos posee durante toda nuestra vida y no nos abandona hasta el momento de la muerte. La forma humana se puede sentir en el cuerpo.

La Gorda decía que había experimentado en el curso de cierto número de años una serie de sensaciones complejas, que habían culminado en una grave enfermedad, cuyo apogeo era un estado físico que recuerda los síntomas de los ataques cardíacos. Ella aseguraba que la forma humana, como fuerza que es, había salido de su cuerpo después de una terrible lucha interior, manifestada a su vez como enfermedad. El día que tuvieron lugar lo que parecieron crisis cardíacas, perdió su forma humana. Quedó tan débil que pasaron días antes de que pudiese siquiera levantarse del lecho. Desde entonces, no encontró la energía necesaria para ser como antes, su viejo ser. De tanto en tanto, intentaba recobrar sus antiguos hábitos, pero le faltaba vigor para disfrutar de ellos como antiguamente. Al cabo de un tiempo, dejó de lado toda tentativa.

Perder la forma humana

Un guerrero debe deshacerse de la forma humana si quiere realmente cambiar. De otra manera, las cosas no pasan de ser una conversación sobre el cambio, como en el caso del hombre común. El Nagual decía que era inútil creer o esperar que sea posible cambiar los propios hábitos. No se cambia nada si se conserva la forma humana. Decía que un guerrero sabe que no puede cambiar. Es la única ventaja que tiene sobre un hombre corriente. El guerrero jamás se decepciona al fracasar en una tentativa de cambiar

Cuando el guerrero pierde la forma humana ya no es él mismo. La forma humana es lo único que te hace seguir pensando que tú eres tú. Cuando te abandona no eres nada.

El Nagual decía que un guerrero sin forma comienza a ver un ojo. Ve un ojo frente a él cada vez que cierra los ojos. El ojo lo sigue a todas partes. Es algo que puede hacer enloquecer al guerrero. Al tiempo se acostumbra a él. El guerrero sin forma se vale de ese ojo para empezar a *soñar*. Si no tiene forma, no le es necesario dormir para *soñar*. El ojo que tiene delante le lleva a ello cada vez que desea ir. Unas veces el ojo es muy pequeño y otras es enorme. Cuando es pequeño su *soñar* es claro. Si es grande, su *soñar* es como un vuelo sobre las montañas, en el cual realmente no se ve mucho.

Cuando el guerrero pierde definitivamente la forma, no ve ya más el ojo; el ojo se convierte en lo mismo que él, en nada, y sin embargo, está allí, como los *aliados* (ver capítulo 20). El Nagual decía que todo debe ser examinado a la luz de nuestra forma humana. Cuando no tenemos forma, nada tiene forma; no obstante, todo está presente. Los aliados son tan solo una presencia, y así es también el ojo.

El Nagual advertía que los guerreros, tanto hombres como mujeres, deben ser impecables en su esfuerzo por cambiar, con el objeto de asustar a la forma humana y deshacerse de ella. Al cabo de años de impecabilidad llegará un momento en que la forma no lo soporte más y parta. Al hacerlo, por supuesto, daña el cuerpo y hasta puede llegar a matarlo, pero un guerrero impecable sobrevive, siempre.

La gorda explicaba que en su caso la desintegración de su forma humana comenzó en su vientre, con un dolor severo y una presión excesiva que lentamente se desplazaba en dos direcciones, por abajo hacia sus piernas y por arriba hasta su garganta. Reiteraba que los efectos se sentían inmediatamente.

También le decía a Castaneda que debía abandonar su deseo de aferrarse. Ella se había aferrado a muchas cosas, la comida que le gustaba, las montañas donde vivía, la gente con quien le gustaba hablar. Pero sobre todo se aferraba al deseo de que la quisieran. Castaneda ponía barreras a la pérdida de su forma humana, su atención había sido entrenada para enfocar con terquedad, esa era la manera como sostenía el mundo. Su primera atención había sido adiestrada para enfocarse en abstracciones, proposiciones razonables. La Gorda le decía que abandonase todo eso, que se desprendiera de todo ese lastre.

Don Juan daba a entender que perder la forma humana trae la libertad. Es la libertad de recordarte a ti mismo. Es como una espiral. Te da la libertad de recordar, y eso, a su vez te hace más libre.

Relato de Castaneda de cómo perdió su forma humana

"Un día cuando me hallaba en los Ángeles desperté muy temprano en la mañana con una intolerable presión en mi cabeza. No era un dolor de cabeza; más bien se trataba de un peso muy intenso en los oídos. También lo sentí en los párpados y el paladar. Me hallaba febril,

pero el calor sólo moraba en mi cabeza. Hice un débil intento por sentarme. Por mi mente pasó la idea de que era víctima de un derrame cerebral. Mi primera reacción fue pedir ayuda, pero de alguna manera logré serenarme y traté de subyugar mi temor. Después de un rato la presión de mi cabeza empezó a disminuir, pero también empezó a deslizarse hacia la garganta. Boqueé en busca de aire, carraspeando y tosiendo durante un tiempo; después la presión descendió lentamente hacia mi pecho, a mi estómago, a la ingle, a las piernas, y hasta los pies, por donde finalmente salió de mi cuerpo. Lo que me había pasado, fuese lo que fuese, se llevó dos horas en desplegarse. Durante esas dos agotadoras horas era como si algo que se hallaba dentro de mi cuerpo en verdad se desplazara hacia abajo, saliendo de mí. Imaginé una alfombra que se enrolla. El sentimiento era de algo que se enrollaba, la presión se volvía cada vez más pesada, más dolorosa, conforme descendía. Las dos áreas en las que el dolor fue agudísimo eran las rodillas y los pies, especialmente el derecho, que siguió caliente media hora después de que todo el dolor y la presión habían desaparecido."

Después de esto, sin saber cómo, e incluso sin darse cuenta de cómo había ocurrido, se encontró en un estado anímico sumamente desconocido. Se sentía desapegado de todo, sin prejuicios. No le importaba más lo que la gente hiciera. No es que aprobara la conducta reprobable de algunas personas hacia él en el pasado, es como si nunca hubiese habido traición alguna. No había rencor abierto ni encubierto en él, hacía nada ni nadie. Lo que sentía no era una indiferencia voluntaria, o negligencia; tampoco se trataba de una enajenación o deseo de soledad. Más bien era un extraño sentimiento de lejanía, una capacidad de sumergirse en el momento actual sin tener pensamiento alguno. Las acciones de la gente ya no le afectaban, porque él no tenía ninguna expectativa. La fuerza que gobernaba su vida era una extraña paz. Sentía que de alguna manera había adoptado uno de los conceptos de la vida del guerrero: el desapego.

Perder la forma humana parece que tenga que incluir una consistencia de carácter. Pero no es así, eso sólo lo da el seguir los preceptos del camino del Guerrero. Perder la forma no aporta ninguna fortaleza emocional automática. Un aspecto del desapego, la capacidad de quedar inmerso en lo que uno se encuentre haciendo, naturalmente se extiende a todo lo que se hace, incluso ser inconsistente y totalmente mezquino. La ventaja de no tener forma es la capacidad de detenerse un momento, si es que se tiene autodisciplina y valor.

Por ejemplo, el problema de Castaneda y la gorda era que inconscientemente se habían centrado en el temor y la desconfianza, como si fueran las únicas opciones a su alcance. En todo momento, sin embargo, habían tenido, sin saberlo conscientemente, la alternativa de centrar su atención en lo opuesto: el misterio, la maravilla de lo que les sucedía.

9. SEGUNDA Y TERCERA ATENCIÓN

Don Juan decía que nuestro ser total consiste en dos segmentos perceptibles. El primero es nuestro cuerpo físico, que todos nosotros podemos percibir; el segundo es el cuerpo luminoso, que es un capullo que sólo los videntes pueden percibir y que nos da la apariencia de gigantescos huevos de luz. También decía que una de las metas más importantes de la brujería era alcanzar el capullo luminoso; una meta que se logra a través del sofisticado uso del *ensueño* y mediante un esfuerzo riguroso y sistemático que él llamaba *no hacer* (ver capítulo 10).

Don Juan definía *no hacer* como un acto insólito que emplea a nuestro ser total forzándolo a ser consciente del segmento luminoso. Para explicar estos conceptos, don Juan hizo una desigual división tripartita de nuestra conciencia:

A la porción más pequeña la llamaba "primera atención" y decía que era la conciencia que toda persona normal ha desarrollado para enfrentarse al mundo cotidiano; abarca la conciencia del cuerpo físico.

A otra porción más grande la llamaba la "segunda atención" y la describía como la conciencia que requerimos para percibir nuestro capullo luminoso y actuar como seres luminosos. Decía que la segunda atención se queda en el trasfondo durante toda nuestra vida, a no ser que emerja a través de un entrenamiento deliberado o a causa de un trauma accidental.

La tercera atención podía experimentarse cuando todo el cuerpo luminoso arde en el fuego interno. O dicho de otra manera, cuando todas las fibras luminosas del huevo se encienden a la vez. Don Juan decía que el campo de batalla de los guerreros era la segunda atención, que venía a ser algo como un campo de entrenamiento para llegar a la tercera atención; un campo un tanto difícil de alcanzar, pero muy fructífero una vez obtenido.

Profundizaremos más en los conceptos de segunda y tercera atención en los capítulos 10 y 14.

10. NO HACER Y EL SEGUNDO ANILLO DE PODER DE LOS BRUJOS

El no hacer es muy sencillo pero muy difícil de ejecutar, no hay manera de hablar de ello, porque es el cuerpo el que lo ejecuta. No hacer es tan difícil y tan poderoso que no se debe mencionar hasta que hayamos *parado el mundo* (términos); sólo entonces podemos hablar de ello libremente, si eso es lo que queremos hacer. Una roca es una roca a causa del *hacer. Hacer* es lo que hace de una roca una roca y de un arbusto un arbusto. *Hacer* es lo que te hace ser tú y a mi ser yo. Si hablamos de una roca, por ejemplo, mirarla es *hacer*, pero *verla* es no hacer.

Un hombre de conocimiento sabe, por ejemplo, que la roca sólo es una roca a causa de *hacer*, y si no quiere que la roca sea una roca, lo único que tiene que hacer es *no hacer.* El mundo es el mundo porque nosotros conocemos el *hacer* implicado en hacerlo así. Si no conociéramos su *hacer*, el mundo sería distinto. Ahora, si queremos parar el mundo debemos parar de *hacer.*

Don Juan ponía el ejemplo de la piedra. Lo primero que hace el *hacer* es encogerla y dejarla de ese tamaño. Si el guerrero quiere parar el mundo, debe agrandar la piedra, o cualquier otra cosa, por medio del *no hacer* (técnicas)

Al hombre común le importa que las cosas sean verdad o mentira; al guerrero no. El hombre común procede de un modo específico con las cosas que sabe ciertas, y de modo distinto con las cosas que sabe no son ciertas. Si se dice que las cosas son ciertas, él actúa y cree en lo que hace. Pero si se dice que las cosas no son ciertas, no le importa actuar o no cree en lo que hace. En cambio, un guerrero actúa en ambos casos. Si le dicen que las cosas son ciertas, actúa por *hacer*. Si le dicen que no son ciertas, actúa de todos modos, por *no-hacer*.

La parte más difícil del camino del guerrero es darse cuenta de que el mundo es un sentir. Cuando uno no hace, está sintiendo el mundo, y se siente a través de sus líneas. No hacer es muy sencillo pero muy difícil, no es cosa de entenderlo, sino de dominarlo. Ver, por supuesto, es la hazaña final de un hombre de conocimiento, y sólo se logra *ver* cuando uno *ha parado el mundo* a través de las técnicas de *no hacer.*

Don Juan decía que para todos nosotros es natural la tendencia de entregarnos cuando ocurren sentimientos derivados de ejercicios de no hacer (como mirar sombras u otros), y que al entregarnos podemos convertir el *no hacer* en nuestro viejo *hacer* cotidiano. Lo que debemos hacer es retener la visión sin sucumbir a ella, porque en cierto sentido *hacer* es un modo de sucumbir.

Soñar es el *no hacer* de los sueños, y conforme progresamos en nuestro *no hacer* progresamos también en el soñar. El chiste es no dejar de buscarnos las manos (capitulo 11), aunque no creamos que lo que hacemos tenga ningún sentido. De hecho, un guerrero no necesita creer, porque mientras continúe actuando sin creer está *no haciendo.*

Durante el día, las sombras son las puertas del *no hacer*. Pero de noche, como en lo oscuro hay muy poco *hacer*, todo es sombra, incluyendo a los *aliados* (capítulo 20). Un guerrero aplica el *no hacer* a todo en el mundo, y sin embargo no podemos decir nada más al respecto. Debemos dejar que nuestro propio cuerpo descubra el poder y el sentir de *no hacer.*

Don Juan dijo en un momento de sus enseñanzas a Castaneda: "*Ya sé que te crees podrido. Ese es tu hacer. Ahora, con el fin de afectar ese hacer, voy a recomendarte que aprendas otro. De ahora en adelante, y durante un lapso de ocho días, quiero que te digas mentiras. En vez de decirte la verdad, que eres feo y estás podrido y no tienes remedio, te dirás exactamente lo contrario, sabiendo que mientes y que no hay esperanza para ti. De esta manera, a lo mejor te engancha otro hacer, y a lo mejor entonces te das cuenta de que ambos haceres son mentira, son irreales, que prenderte en cualquiera es una pérdida de tiempo, porque lo único real es el ser que hay en ti y que va a morir. Llegar a ese ser, al ser que va a morir es el no hacer de la persona*".

El anillo de Poder de los brujos

Digamos que, cuando nacemos, traemos un anillo de poder. Casi desde el principio, empezamos a usarlo. Así que cada uno de nosotros está enganchado desde el nacimiento, y nuestros anillos de poder están unidos con los anillos de todos los demás. En otras palabras, nuestros anillos de poder están enganchados al *hacer* del mundo para construirlo. Por ejemplo, nuestros anillos de poder, están enganchados ahora mismo en el hacer de la habitación donde nos encontramos. Estamos construyendo esta habitación. Nuestros anillos de poder están tejiéndola en este preciso momento. Don Juan sostenía que el lugar donde estábamos recibía su ser y su orden de la fuerza del anillo de poder de todos nosotros.
Todos conocemos el *hacer* de las habitaciones porque, en una forma u otra, hemos pasado en ellas gran parte de nuestra vida. Un hombre de conocimiento, en cambio, desarrolla otro anillo de poder. Don Juan lo llamaba el anillo de *no hacer*, porque está enganchado a *no hacer*. Así, con ese anillo, puede construir otro mundo.

Nuestra dificultad es que todavía no hemos desarrollado nuestro otro anillo de poder y nuestro cuerpo no sabe *no hacer.* A todos nosotros nos han enseñado a estar

de acuerdo en *hacer.* No tenemos ni idea del poder que ese acuerdo implica. Pero, por fortuna, *no hacer* es igual de milagroso y poderoso.

Don Juan decía que este es nuestro mundo, señalando las calles. Somos hombres de este mundo. Y allí afuera, en ese mundo, está nuestro campo de caza. No hay manera de escapar al hacer de nuestro mundo; por eso, lo que hace un guerrero es convertir su mundo en su campo de caza. Como cazador, el guerrero sabe que el mundo está hecho para usarse. De modo que lo usa hasta el final. Un guerrero es como un pirata que no tiene escrúpulos en tomar y usar cualquier cosa que desee, sólo que el guerrero no se aflige ni se ofende cuando lo usan y lo toman a él.

Hablaremos en más profundidad sobre el anillo de poder en el capítulo 14.

Segunda Atención

El Nagual explicaba a la gorda que, con Castaneda, puesto que estaba *vacío* (términos), tuvo que concentrar su segunda atención valiéndose de métodos distintos de aquellos que empleó con el resto de aprendices. Ellos llegaron a consolidar esa atención por medio del *soñar*, en cambio Castaneda lo hizo a través de las plantas de poder. El Nagual sostenía que las plantas de poder reducían el aspecto amenazador de la segunda atención a una mata, y que esa era la forma que se desprendía de su cabeza. Según sus palabras, eso es lo que ocurre a los brujos que toman plantas de poder. Si no mueren, las plantas de poder convierten su segunda atención en esa espantosa forma que surge de su cabeza.
Don Juan decía que hay un momento que el guerrero vacío debe cambiar de dirección y comenzar a concentrar su segunda atención de otro modo, más semejante al del resto de aprendices. No puede mantenerse en el sendero del conocimiento, a menos que equilibre su segunda atención. El guerrero deberá *soñar*, es el único modo de concentrar la segunda atención sin dañarla, sin que resulte amenazadora u horrenda. La segunda atención de Castaneda se dirigía al lado espantoso del mundo; los otros aprendices, al lado hermoso.

Un guerrero para valerse de su segunda atención, debe equilibrarla y dominarla. Hasta entonces, permanece a medio camino entre las dos.

El Nagual decía que los seres humanos son criaturas frágiles compuestas por muchas capas de luminosidad. Cuando los *ves*, parecen poseer fibras, pero éstas son en realidad capas, semejantes a las de una cebolla. Las sacudidas, de cualquier clase que sean, separan esas capas y pueden producir la muerte. La muerte es consecuencia de la separación de las capas. Las sacudidas siempre las separan, pero vuelven a unirse. No obstante, a veces, la sacudida es tan violenta que las capas se distancian entre sí hasta el punto de no poder volver a juntarse.

Cuando los seres humanos se hallan en salud, parecen huevos luminosos, pero si están enfermos comienzan a descascarillarse como una cebolla.

El Nagual decía que el centro de nuestra luminosidad, la atención del nagual, ejerce permanentemente una fuerza hacia fuera, y que esa es la causa de que las capas se separen. De modo que a la muerte le resulta fácil introducirse en ellas y separarlas por completo. Los brujos tienen que hacer todo lo posible para mantener unidas sus propias capas. Por eso el Nagual enseñó a todos sus aprendices a *soñar.* El *soñar* une las capas. Cuando los brujos aprenden a *soñar* reúnen sus dos atenciones y ya no es necesario que el centro empuje hacia afuera.

El Nagual y Genaro eran brujos. Sus dos atenciones estaban estrechamente unidas y probablemente vencieron a la muerte.

Es muy difícil penetrar en nuestra segunda atención, decía la Gorda. Y es aún más difícil para los guerreros como Castaneda. Don Juan decía que Carlos conocía mejor que los demás esas dificultades. Mediante las plantas de poder, aprendió a internarse en ese otro mundo. Es por eso que en una práctica de atención que realizaron junto con la gorda y las hermanitas, las llevó al borde de la muerte. Ellas deseaban concentrar su segunda atención en el lugar predilecto de don Juan, y él las hundió en algo desconocido. No estaban preparadas para ello, pero tampoco él. El Nagual decía que debían ayudarle a contener su segunda atención, y él debía ayudarlas a liberar la suya. La segunda atención de Castaneda podía ir muy lejos, pero estaba fuera de control; la de ellas tenía poco radio de acción, pero la tenían absolutamente controlada.

La Gorda después de uno de los típicos ataques de racionalidad de Castaneda, le dijo con firmeza: - ¡Las alucinaciones no existen! Si alguien ve de pronto algo diferente, algo nuevo, es debido a que la segunda atención se ha concentrado y la persona la ha dirigido a un objeto en particular. De todos modos, algo debe concentrar la atención de la persona: tal vez el alcohol, o la locura, o quizá las plantas de poder.

Don Juan decía que cuando detenemos el diálogo interno también *paramos el mundo.* Esa era una descripción operativa del inconcebible proceso de concentración de nuestra segunda atención. Aseveraba que hay una parte de nosotros siempre cerrada bajo llave, para nuestra parte racional es algo así como un pariente loco al que mantenemos en un calabozo. Cuando logramos finalmente concentrarla en algo, el mundo se para. Puesto que, como hombres corrientes, sólo conocemos la atención del tonal, no parece exagerado afirmar que, una vez que la misma es suprimida, el mundo entero debe cesar su movimiento. La concentración de nuestra salvaje, ineducada, segunda atención, debe ser, por fuerza, terrorífica. Don Juan

tenía razón al decir que el único modo de evitar que el pariente loco irrumpa con violencia en nuestra vida, es escudarse en el infinito diálogo interno.

El Nagual y Genaro marcharon al otro mundo. Concentraron su segunda atención en un mundo que era de su agrado. Un mundo amarillo azufre, donde vive el guardián. El Nagual siguió a Castaneda cuando este enfocó su segunda atención en el Guardián. Fue entonces cuando descubrió ese mundo donde también viven unos preciosos y pequeños insectos rojos. Decía que era la cosa más hermosa y perfecta que se pudiera imaginar. De modo que cuando llegó para él y para Genaro la hora de abandonar este mundo, el Nagual abrió la grieta, y entraron por ella. Allí aguardaban la llegada del resto de los aprendices. El Nagual y Genaro amaban la belleza. Fueron allí por su exclusivo placer. Decían que en ese mundo hay una gran cúpula y les dijo a los aprendices que algún día su segunda atención sería enfocada en ella. Ese día serían enteramente segunda atención, como lo son el Nagual y Genaro, y ese día se reunirían con ellos.

Decían que irían a ese mundo con cuerpo y todo. El cuerpo es la primera atención, la atención del tonal. Cuando se convierte en segunda atención, sencillamente entra al otro mundo.

La Gorda decía que el problema que el Nagual les dejó por resolver tras su partida, a modo de desafío, consistía en si iban a ser o no capaces de desarrollar su voluntad, o el poder de su segunda atención para enfocarlo en forma indefinida sobre cualquier cosa que quisieran.

Castaneda explicaba que el otro mundo al cual don Juan se había referido prácticamente desde el mismo momento en que se conocieron, había sido siempre una metáfora, una forma oscura de designar cierta distorsión perceptual, o, en el mejor de los casos, una manera de hablar acerca de un estado indefinible de ser. Si bien don Juan le había hecho percibir rasgos indescriptibles del mundo, no le era posible considerar sus experiencias como algo más que un juego sobre su percepción, un espejismo dirigido de alguna manera, al cual se las había arreglado para someterle, bien por medio de plantas psicotrópicas o valiéndose de otros métodos que no lograba deducir racionalmente. Siempre había ocurrido esto. Siempre se había escudado en la idea de que la unidad del "Yo" que conocía y que le era familiar había sido desplazada sólo temporalmente. Era inevitable, tan pronto como esa unidad fuera recuperada, que el mundo volviera a convertirse en el refugio de su inviolable ser racional. Por tanto, el campo de probabilidades que se había abierto ante él después de comprender todo lo relativo a la segunda atención expuesto con anterioridad, era escalofriante.

Don Juan le dijo una vez a Castaneda que ponerse a pensar en lo que iba a hacer con sus notas era una forma de enfocar en ellas una parte muy peligrosa de si mismo.

Todos nosotros tenemos ese lado peligroso, esa fijeza. Mientras más fuertes llegamos a ser, más mortífero es ese lado. La recomendación para los guerreros es no tener *nada* material en que enfocar su poder, sino enfocarlo más bien hacia el espíritu, en el verdadero vuelo a lo desconocido, no en salvaguardas triviales. En el caso de Castaneda, las notas eran su salvaguarda. No le dejaban vivir en paz. Castaneda creía que no había manera alguna de disociarse de sus notas. Pero don Juan concibió una tarea para llevarle a ese fin. Dijo que para alguien que era tan posesivo como él, el modo más apropiado de liberarse de sus cuadernos y notas sería revelándolos, echándolos a lo abierto, escribiendo un libro. Y esa forma de liberación para él, curiosamente puede convertirse en una forma de liberación para nosotros a través de toda la información que nos ha compartido.

Don Juan decía que su compulsión de poseer y aferrarse a las cosas no era única. Todo aquel que quiere seguir el camino del guerrero, el sendero del brujo, tiene que quitarse de encima esa fijeza. El benefactor de Don Juan le dijo que hubo una época en que los guerreros sí tenían objetos materiales en los que concentraban su obsesión. Y eso daba lugar a la pregunta de cuál objeto sería más poderoso, o el más poderoso de todos. Retazos de esos objetos aún existen en el mundo, las trazas de esa contienda por el poder. Nadie puede decir qué tipo de fijeza habrán recibido esos objetos. Hombres infinitamente más poderosos que Castaneda vertieron todas las facetas de su atención en ellos.

Los dos rostros

El Nagual decía que todos debíamos poseer dos rostros para encontrarnos cómodos en ambas atenciones. Él y Genaro ayudaron a sus aprendices a girarse hacia su segunda atención; así podían enfrentar ambas direcciones. Pero no hicieron lo mismo con Castaneda porque para ser un verdadero Nagual debía ganar todo su poder por si mismo.

11. LA TOTALIDAD DE UNO MISMO

Tonal

En palabras de don Juan el tonal es, y con derecho, un protector, un guardián. Un guardián que la mayoría de las veces se transforma en guardia. El tonal es el organizador del mundo. Quizá la mejor manera de describir su obra monumental, es decir que en sus hombros descansa la tarea de poner en orden el caos del mundo. No es un absurdo sostener, como lo hacen los brujos, que todo cuanto sabemos y hacemos como hombres, es obra del tonal.
El Tonal es un guardián que protege algo muy, pero que muy valioso: nuestro mismo ser. Por lo tanto, una cualidad innata del tonal es la de ser astuto, y celoso con su obra. Y como lo que hace es la parte más importante de nuestras vidas, no es del nada extraño que se convierta, en cada uno de nosotros, de guardián en guardia. Un guardián es magnánimo y comprensivo, en cambio, un guardia es un vigilante intolerante y déspota. En todos nosotros el tonal se ha hecho un guardia insoportable, cuando debería ser un guardián magnánimo.

El tonal es completamente todo lo que somos, es todo eso para lo cual tenemos palabras. Y como el tonal está hecho de sus propios hechos, todas las cosas, por lo visto, tienen que caer bajo su dominio.

El tonal es todo cuanto conocemos, y eso no sólo nos incluye a nosotros, como personas, sino a todo lo que hay en nuestro mundo. Puede decirse que el tonal es todo cuanto salta a la vista. Lo empezamos a cuidar desde el momento de nacer. En el momento en que tomamos la primera bocanada de aire, también ese mismo aire es poder para el tonal. Así que, es muy apropiado decir que el tonal de un ser humano está ligado íntimamente a su nacimiento. El tonal empieza en el nacimiento y acaba en la muerte.

El tonal construye el mundo porque atestigua y evalúa al mundo de acuerdo con sus reglas. En una manera extrañísima, el tonal es un creador que no crea nada. O sea que, el tonal inventa las reglas por medio de las cuales capta el mundo. Así que, en un sentido figurado, el tonal construye el mundo

Hay un tonal que es personal para cada uno de nosotros y hay otro que es colectivo para todos en cualquier momento dado. A este tonal le llamamos el tonal de los tiempos.

Un guerrero jamás deja la isla del tonal. La utiliza. Este es nuestro mundo, no podemos renunciar a él. Es inútil enfadarse y desilusionarse con uno mismo. Eso simplemente prueba que el tonal de uno está envuelto en una batalla interna; una

batalla dentro del propio tonal es una de las luchas más imbéciles que pueden ocurrir. La vida ajustada de un guerrero está diseñada para acabar con esa lucha. Desde el principio se aprende a evitar la fatiga y el desgaste. *"El camino del guerrero es armonía entre las acciones y las decisiones, al principio, y luego la armonía entre tonal y nagual."* Don Juan Matus.

¿Cómo llegar a esa armonía? Al principio uno debe conseguir que la tonal ceda el control. Pero hay que hacer que lo ceda con alegría. Hay un momento en la vida en que nos damos cuenta que si seguimos como estamos, la totalidad de nosotros mismos está muerta. Es por eso que vamos cediendo poco a poco. Comenzamos por hacer que el tonal abandone cosas innecesarias como el *sentirse importante y el entregarse al vicio,* las cuales sólo lo hunden en el aburrimiento. Todo el problema es que el tonal se aferra a esas cosas cuando debería dar las gracias por librarse de esa porquería. La tarea es entonces convencer al tonal de que se haga libre y fluido. Eso es lo que un brujo necesita antes que cualquier otra cosa: *Un tonal fuerte y libre.* Mientras más se fortalece, menos se aferra a sus hechos, y más fácil resulta encogerlo.

El tonal se encoge en determinados momentos, sobre todo cuando se apena. De hecho, una característica del tonal es su timidez. Hay ciertas ocasiones en que el tonal es tomado por sorpresa, y su timidez, inevitablemente, lo encoge.

Un susto repentino también puede encoger al tonal. El problema aquí es no dejar que el tonal se encoja más de la cuenta. Un grave asunto para un guerrero es el saber precisamente cuándo dejar que su tonal se encoja y cuando detenerlo. Eso sí que es un arte. El guerrero debe luchar como demonio para encoger su tonal; pero en el mismo momento en que el tonal se encoge, el guerrero debe dar la vuelta a la lucha inmediatamente para no dejarlo encogerse más. Al hacer eso, no regresa a lo que ya era, sino que cierra la puerta desde el otro lado.

Mientras nada desafíe a su tonal y sus ojos estén encajados sólo para el mundo del tonal, el guerrero anda en el lado seguro de la cerca. Está en terreno familiar y conoce todas las reglas. Pero cuando su tonal se encoge, está en el lado de los fuertes vientos, y esa abertura debe sellarse en el acto (abertura en el huevo luminoso, bajo el vientre) o el viento lo barrerá como a una hoja. Y esto no es sólo una manera de decir las cosas. Más allá de la puerta de los ojos del tonal, el viento es furibundo. Y ese es un viento real. Esto no es una metáfora. Un viento que le puede volar a uno la vida. De hecho, ése es el viento que se lleva a todas las cosas vivas que están sobre la tierra.

Por regla general, el tonal debe defenderse, a toda costa, siempre que se ve amenazado; así que no tiene importancia alguna la forma en que el tonal reacciona para lograr su defensa. Lo único importante es que el tonal de un guerrero debe

entrar en relación con otras alternativas. Lo que un maestro trata de alcanzar, en este caso, es el peso total de esas posibilidades. El peso de esas nuevas posibilidades es lo que ayuda a encoger el tonal. Del mismo modo, ese mismo peso ayuda a impedir que el tonal se encoja más de la cuenta.

Uno de los propósitos en la preparación de un guerrero es cortar el desconcierto del tonal, hasta que el guerrero sea lo suficiente fluido para admitirlo todo sin admitir nada.

Para ser un tonal común y corriente, un hombre debe tener unidad. Todo su ser debe pertenecer a la isla del tonal. Sin esa unidad el hombre se volvería loco; sin embargo, debe romper esa unidad, pero sin poner en peligro su ser. La meta de un brujo es durar; es decir, no correr riesgos innecesarios, por ello pasa años barriendo su isla hasta el momento en que puede, por así decirlo, escaparse de ella. *Partir a un hombre en dos* es la puerta para esa fuga.

Una vez que el hombre ha sido empujado y su tonal se encoge, su nagual, si es que ya está en movimiento, por más pequeño que sea este movimiento, toma las riendas y realiza hazañas extraordinarias.

Un tonal hecho y derecho: Nos empeñamos en tratar a nuestro tonal de una manera atroz. Hemos aprendido a la perfección a debilitar nuestro tonal. Podemos llamar a eso *entregarse al vicio.*
Los hombres son criaturas muy frágiles, y se hacen aún más frágiles a través de su vicio de entregarse a todo.

Hablando en general, hay dos lados en cada tonal. Uno es la parte externa, el margen, la superficie de la isla. Ésa es la parte relacionada con la acción y la actuación, el lado áspero. La otra parte es la decisión y el juicio, el tonal interno, más suave, más delicado y complejo.

"El tonal hecho y derecho es un tonal donde los dos niveles se encuentran en perfecta armonía y equilibrio". Don Juan Matus.

Nagual

El Nagual es la parte de nosotros mismos con la cual nunca tratamos. Para la cual nunca hay descripción, ni palabras, ni nombres, ni sensaciones, ni conocimiento. Los asuntos del nagual sólo pueden atestiguarse con el cuerpo, no con la razón.
El Nagual no es Dios, Dios también es parte del tonal personal y del tonal de los tiempos. Dios no puede ser visto cuando uno quiere, sólo podemos hablar de Él. En cambio, el Nagual está al servicio del guerrero. Puede ser visto, pero no se puede hablar de él.

El Nagual está allí, donde el poder se cierne. Desde el momento de nacer sentimos que hay dos partes en nosotros. A la hora de nacer, y luego por algún tiempo después, uno es todo nagual. En ese entonces, nosotros sentimos que para funcionar necesitamos una contraparte que no tenemos. Nos falta el Tonal y eso nos da, desde el principio, el sentimiento de no estar completos. A esas alturas el tonal empieza a desarrollarse y llega a tener una importancia tan absoluta para nuestro funcionamiento que opaca el brillo del nagual, lo avasalla; y así nos volvemos todo tonal. Desde ese momento no hacemos otra cosa que aumentar esa vieja sensación de que estamos incompletos; esa sensación que nos acompaña desde que nacemos y que nos dice constantemente que hay otra parte de nosotros que nos haría íntegros.

A partir del momento en que somos todo tonal, empezamos a hacer pares. Sentimos nuestros dos lados, pero siempre los representamos con objetos del tonal. Decimos que nuestras dos partes son el alma y el cuerpo. O la mente y la materia. O el bien y el mal. Dios y Satanás. Nunca nos damos cuenta, sin embargo, de que sólo estamos haciendo parejas con las cosas de la isla (La isla del tonal se explica un poco más adelante en este mismo capítulo, en la sección "Explicación de don Juan sobre tonal y nagual al resto de los aprendices"), algo muy semejante a hacer parejas con café y té, o pan y tortillas, o kétchup y mostaza. Somos en verdad animales raros. Nos creemos tanto y, en nuestra locura, creemos tener perfecto sentido.

El par verdadero más allá de los pares del tonal, u objetos de la isla, es el de Tonal y Nagual.

Lo que hacemos con el par verdadero es curioso, sentimos que en nosotros hay otro lado. Pero cuando tratamos de precisar cuál es ese otro lado, el tonal se apodera de la batuta y, como director, es un fracaso. Es tan mezquino y celoso que nos deslumbra con su astucia y nos fuerza a destruir el menor indicio de la otra parte del par verdadero: *El Nagual.*

El nagual no es ni la experiencia ni la intuición ni la consciencia. Esos términos y todos los demás no son más que objetos en la isla del tonal. El nagual, en cambio, solo es efecto. El tonal empieza al nacer y acaba al morir, pero el nagual nunca termina. No tiene principio ni fin, no tiene límites.

El nagual puede ejecutar cosas extraordinarias. Cosas que parecen imposibles, impensables para el tonal. Pero lo extraordinario es que el que actúa no tiene manera de saber cómo ocurren esas cosas. En otras palabras, un brujo poderoso no sabe cómo hace esas maravillas; sólo sabe que las hace. El secreto de un brujo es que sabe cómo llegar al nagual, pero una vez que llega allí, su opinión no vale más que la tuya, acerca de lo que pasa ahí.

El guerrero se hunde en el nagual a través de su voluntad, una fibra luminosa que surge de la parte media de su cuerpo, una fibra que él puede dirigir a cualquier sitio concebible. Una vez se ha hundido, la expresión del nagual es asunto de su temperamento personal. Si el guerrero es chistoso, el nagual es chistoso. Si el guerrero es espantoso, el nagual es espantoso, si es perverso, igual.

Uno puede decir que el nagual es el responsable de la creatividad. Es la única parte de nosotros capaz de crear.

En ciertas ocasiones, o bajo determinadas circunstancias especiales, algo en el mismo tonal se da cuenta de que hay más en nosotros. Es como una voz que surge de las profundidades: la voz del nagual. Como se ve, la totalidad de nosotros mismos es una condición natural que el tonal no puede aniquilar por entero, y hay momentos, sobre todo en la vida de un guerrero, en que la totalidad se hace aparente. Durante esos momentos, uno puede adivinar y valorar lo que realmente somos.

El nagual surge a sacudidas, una vez que aprende a salir a la superficie puede causar un gran daño al tonal si sale sin ningún control. Si nos entregamos de un modo exagerado, podríamos llegar a morir sin que nos importara, o peor aún, sin darnos cuenta de que nos estamos muriendo. En ese momento el tonal se da cuenta de la totalidad de uno mismo. Siempre es una sacudida porque darse cuenta desbarata el *sosiego*. Podemos llamar a ese sentimiento: *el darse cuenta de la totalidad del ser que va a morir.* La idea es que en el momento de la muerte el otro miembro del par verdadero; el nagual, empieza a operar por completo y el sentir y los recuerdos y las percepciones guardados en nuestras pantorrillas y muslos, en nuestra espalda y hombros y cuello, empiezan a expandirse y a desintegrarse. Como las cuentas de un interminable collar roto, se desparraman sin la fuerza unificadora de la vida.

La totalidad de nosotros mismos es asunto muy peliagudo. Necesitamos solamente una porción muy pequeña de esa totalidad para llevar a cabo las tareas más complejas de la vida. Pero al morir, morimos con la totalidad de nosotros mismos. Un brujo hace la pregunta: "Si vamos a morir con la totalidad de nosotros mismos, *¿por qué no, entonces, vivir con esa totalidad?*

¿Cómo llegar a esa totalidad?

El tonal debe convencerse con razones, el nagual con acciones, hasta que cada uno apuntale al otro. El tonal gobierna pero, aun así es muy vulnerable. El nagual, en cambio, nunca o casi nunca actúa; pero cuando lo hace, aterra al tonal. Cuando el tonal se asusta, empieza a encogerse por sí mismo, y entonces el nagual empieza a

imponerse. En esos momentos hay que utilizar un resguardo (cubo de agua fría, haceres cotidianos, o resguardos de brujo, ver capítulo 21), sea el que sea para poner a raya al nagual y preservar la integridad del tonal. Hay que quitarle la corona, pero debe permanecer como el supervisor protegido. Cualquier amenaza para el tonal resulta siempre en su muerte. Y si el tonal muere, muere también el hombre. A causa de su debilidad nata, el tonal se destruye con facilidad, y así una de las artes del equilibrio del guerrero es hacer que el nagual emerja para apuntalar al tonal. Es un arte, porque los brujos saben que sólo tirando al tonal para arriba puede emerger el nagual. Ese tirón se llama *poder personal*.
El nagual está a las órdenes del guerrero. No sabemos cómo, pero puede utilizarse. Todo depende de la impecabilidad y el poder personal.

Cuando uno está tratando con el nagual, nunca hay que mirarlo de frente. La única manera de mirarlo es como si fuera cosa común. Uno tiene que pestañear para romper la fijación. Nuestros ojos son los ojos del tonal, o quizá sería más exacto decir que nuestros ojos han sido entrenados por el tonal, por eso el tonal los reclama. Una de las fuentes de confusión y desconcierto es que el tonal no te suelta los ojos fácilmente. El día que lo hace, tu nagual ha ganado una gran batalla. La obsesión de todos nosotros es arreglar el mundo según las reglas del tonal; así, cada vez que nos enfrenta el nagual, hacemos lo imposible por volver nuestros ojos tiesos e intransigentes. Debemos apelar a la parte de nuestro tonal que entiende este dilema, y debemos hacer un esfuerzo por liberar nuestros ojos. La cosa es convencer al tonal de que hay otros mundos que pueden pasar frente a las mismas ventanas. Dejemos que nuestros ojos sean libres, que sean auténticas ventanas. Los ojos pueden ser ventanas para contemplar el aburrimiento o para atisbar lo infinito.

¿Cómo hacer para conseguir la libertad de nuestros ojos? Todo lo que tienes que hacer es instalar tu intención como aduana. Cuando estés en el mundo del tonal, deberías de ser un tonal impecable; ahí no hay tiempo para porquerías irracionales. Pero cuando estés en el mundo del nagual, también deberías ser impecable; ahí no hay tiempo para porquerías racionales. Para el guerrero, *la intención* es la puerta de en medio. Se cierra por completo detrás de él cuando va o cuando viene. Otra cosa que uno debe hacer cuando se enfrenta al nagual es cambiar la línea de los ojos de tiempo en tiempo, para así romper el encantamiento. Cambiar la posición de los ojos siempre alivia la carga del tonal. Pero no debemos convertirlo en otra manera de proteger la orden inquisitoria del tonal.

Si hay demasiados objetos innecesarios, banalidades en la isla del tonal, no podremos sostener el encuentro con el nagual. Podríamos morir, nadie es capaz de sobrevivir un encuentro voluntario con el nagual, sin una larga preparación. Lleva años preparar el tonal para tal encuentro. Por regla general, si un hombre común y corriente se encuentra un día cara a cara con el nagual, la impresión es tan grande

que lo mata. La meta de la preparación del guerrero no es entonces enseñarle conjuros ni embrujos, sino preparar a su tonal para que no se caiga de narices. Una empresa de lo más difícil. Al guerrero se le debe enseñar a ser impecable y a estar totalmente vació antes de que pueda aún siquiera concebir el ser testigo del nagual. Hay que barrer la isla del tonal y mantenerla limpia. Una isla limpia no ofrece resistencia, es como si allí no hubiera nada.

El susurro del Nagual: El guerrero después de partirse en dos, de tener contacto frecuente con el nagual y de sentir las dos partes de si mismo, comienza a tener entradas súbitas del nagual dentro de su tonal (sentidos súper agudizados, intuición y certeza sobre algunas cosas, escucha voces en su interior, tiene visiones en cualquier momento, etc.), se puede decir que le llega *el susurro del nagual*. Viene a ratos y luego se va, no hay que tenerle miedo a esto, ni tampoco a ninguna sensación desacostumbrada que tengamos de aquí en adelante. Pero sobre todo, no hay que darse al vicio y obsesionarse con esas sensaciones. Si el guerrero tiene poder suficiente, soporta el gran choque de la partición. Pero si es incapaz de soportarlo, perece. Empieza a marchitarse, perder peso; se vuelve pálido, distraído, irritable, callado.

Cuando un brujo enseña a un aprendiz algo relativo al Nagual, debe dar la instrucción, es decir, mostrar el misterio al guerrero. Y nada más. El guerrero que recibe los misterios debe ganar su derecho al conocimiento como instrumento de poder haciendo aquello que le ha sido descubierto. El tonal y el nagual son dos mundos diferentes. En uno se habla, en el otro se actúa.

Explicación de Tonal y Nagual de Don Juan al resto de los aprendices (y algunos apuntes de cómo llegar a la segunda atención)

Explicaba la gorda que don Juan les llevó al desierto haciéndoles cargar una mesa y cosas personales en un bulto para ejemplificar la diferencia entre tonal y nagual. No expondremos aquí toda la explicación, pero si un punto muy interesante y de vital importancia:
Después de colocar sus mesas en el suelo del desierto y sus cosas sobre las mesas, don Juan hizo que cada uno de ellos, uno cada vez, se fijase superficialmente en lo que había sobre la mesa, y probó su memoria quitando algo y ocultándolo, para ver si habían estado atentos. Todos salieron airosos de la prueba. Les indicó que su capacidad para recordar con tanta facilidad las cosas allí expuestas se debía a que todos habían desarrollado su atención del tonal o, en otros términos, su atención a la mesa.

A continuación, les pidió que pasaran la vista por aquello que había bajo la mesa, y probó su memoria cambiando de lugar piedras, ramitas y otras cosas. Ninguno logró recordar lo que había visto. Entonces, el Nagual retiró de un golpe todo lo que había sobre la mesa e hizo que todos, de uno en uno, se echaran sobre ella atravesados, sosteniéndose a la altura del estómago, y examinaran cuidadosamente el suelo de abajo. Les explicó que para un brujo el nagual era precisamente la zona situada bajo la mesa. Puesto que era impensable asir la inmensidad del nagual, ejemplificada por aquel enorme y arrasado paraje, los brujos tomaban como dominio para su acción el área situada inmediatamente debajo de la isla del tonal, lo cual se mostraba gráficamente por medio de lo que había bajo la mesa. Ese nivel de atención sólo se alcanzaba una vez que los guerreros habían limpiado por completo la superficie de sus mesas. Él aseguraba que el hecho de alcanzar la segunda atención suponía reunir a ambas en una sola unidad, y esa unidad era la totalidad de uno mismo.

La pérdida de la forma humana es el requisito esencial para la unificación de las dos atenciones. La atención bajo la mesa es la clave de todo lo que hacen los brujos. Para acceder a esa atención el Nagual y Genaro enseñaron a sus aprendices a *soñar* y a Castaneda lo relativo a las plantas de poder.

Para que los aprendices aprendieran a *soñar,* don Juan les enseñó previamente a observar. Nunca les hizo saber lo que en realidad estaba haciendo. Tan sólo los educó para observar. Nunca supieron que el observar era el camino para concentrar la segunda atención. Creían que se trataba de una diversión. Pero no era así. Los soñadores deben ser observadores si es que han de concentrar su segunda atención.

Lo primero que hizo el Nagual fue poner una hoja seca en el suelo y hacer que la Gorda la mirara durante horas. Cada día traía una hoja y la colocaba ante ella. Al principio, pensó que la hoja era siempre la misma, pero luego advirtió que se trataba de hojas distintas. El Nagual decía que cuando se comprende eso, ya no estamos mirando, sino observando. Más tarde puso ante ella montones de hojas secas. Le indicaba que las removiera con la mano izquierda y las percibiera mientras las observaba. Un soñador mueve las hojas en espiral, las observa y luego sueña los dibujos que forman. El Nagual decía que los soñadores pueden considerarse maestros en la observación de las hojas cuando sueñan primero los dibujos y terminan por hallarlos, al siguiente día, en su pila de hojas secas. El Nagual aseguraba que la observación de las hojas fortificaba la segunda atención. Si observas una pila de hojas durante horas, como él solía obligar a la gorda a hacer, los pensamientos llegan a silenciarse. Sin pensamientos, la atención del tonal mengua y, súbitamente, la segunda atención se coge a las hojas y las hojas pasan a ser algo más.

Don Juan llamaba al momento en que la segunda atención se detiene en algo "parar el mundo". Y eso es exacto: el mundo se detiene. Por ello, cuando se observa, es necesario que haya alguien cerca. Nunca conocemos las peculiaridades de nuestra segunda atención. Puesto que nunca la hemos empleado, debemos familiarizarnos con ella antes de aventurarnos a observar a solas.

La dificultad de la observación radica en aprender a silenciar los pensamientos. El Nagual prefería enseñarles a hacerlo con un manojo de hojas porque era fácil obtenerlas siempre que desearan observar. Pero cualquier otra cosa hubiera servido igualmente.

Una vez que logras parar el mundo, eres un observador. Y, dado que para parar el mundo sólo cabe observar, el Nagual les hizo pasar años y años contemplando hojas secas. Creía que era la mejor manera de acceder a la segunda atención.

La Gorda combinaba la observación de hojas secas con la búsqueda en el *soñar* de las propias manos. Tardó cerca de un año en hallarlas, y cuatro en parar el mundo. El Nagual decía que, una vez atrapada la segunda atención por medio de las hojas secas, se la amplía valiéndose del observar y el *soñar*.

Una vez que los soñadores aprenden a parar el mundo, pueden observar otras cosas; finalmente, cuando pierden definitivamente la forma, pueden observarlo todo. La Gorda lo hacía. Podía penetrar en todo. No obstante, les indicó un cierto orden a seguir en el observar.

Primero observaron pequeñas plantas. El Nagual les advirtió que eran sumamente peligrosas. Su poder está concentrado; poseen una luminosidad muy intensa y perciben la observación de los soñadores: en ese momento modifican su luz y la disipan contra el observador. Los soñadores deben escoger una especie vegetal determinada para llevar a cabo su observación.

A continuación, observaron árboles. También en este caso es necesario elegir una especie. A este respecto, la gorda y Castaneda eran lo mismo: observadores de eucaliptus.

El Nagual aseveraba que le era muy fácil poner en funciones la segunda atención de Castaneda mediante su humo. En muchas ocasiones centró su atención sobre los cuervos, predilección de don Juan. Contaba que, en una ocasión la segunda atención de Castaneda se enfocó tan intensamente en uno de esos animales que éste se vio obligado a volar, a su manera, hacia el único eucaliptus del lugar. Castaneda entró en una catarsis perceptual producto de los hongos psicotrópicos que formaban parte de la mezcla de fumar de don Juan. Se convirtió en un cuervo y sintió el mundo como cuervo. Como resultado, percibió el mundo de un modo que no podía en manera alguna formar parte de su inventario de pasadas experiencias.

Seguía explicando la Gorda que el Nagual les había hecho observar más tarde a criaturas vivientes, en movimiento. Les indicó que los insectos eran, con mucho, los más adecuados. Su movilidad los hacía inofensivos para el observador, al contrario que las plantas, que obtenían su luz directamente de la tierra.

El siguiente paso fue observar las rocas. Les hizo saber que las rocas eran muy antiguas y poderosas y poseían una luz especial, más bien verdosa, distinta de la blanca de los vegetales y de la amarillenta de los seres vivientes móviles. Las rocas no se abrían fácilmente a los observadores, pero éstos debían insistir, puesto que las rocas abrigaban en su núcleo secretos especiales, secretos que ayudaban a los brujos a "*soñar*". La gorda decía que cuando observaba el núcleo mismo de una roca, siempre percibía una vaharada del aroma que les es propio. Cuando vagaba en su *soñar*, sabía dónde estaba merced a esos aromas.

Afirmaba que la hora era un factor importante en la observación de árboles y rocas. Al amanecer, tanto los unos como las otras estaban entumecidos y su luz era débil. Se los hallaba en su mejor forma alrededor del mediodía; la observación realizada a esa hora servía para apropiarse de su luz y su poder. Al anochecer se hallaban silenciosos y tristes, especialmente los árboles. Según la Gorda, éstos dan la impresión, en ese momento, de observar a su vez al observador.

Un segundo estadio en la observación consistía en dirigir la atención a los fenómenos cíclicos: La lluvia y la niebla. Los observadores pueden dirigir su atención a la lluvia y moverse con ella, o concentrarla en el entorno y emplear la lluvia como lente de aumento, capaz de revelar rasgos ocultos. Observando a través de ella se descubren los lugares de poder y aquellos que deben ser evitados. Los lugares de poder son amarillentos y los que se tienen que eludir, intensamente verdes. La Gorda dijo que la niebla era, a no dudarlo, la cosa más misteriosa de la tierra para un observador y que se la podía emplear en los mismos dos sentidos que la lluvia. Pero a las mujeres no les era fácil acceder a la niebla: aun después de haber perdido su forma humana, permanecía inasequible para la Gorda. Contaba que en una oportunidad el Nagual le había hecho ver una neblina verde, situada sobre un banco de niebla, y le había dicho que se trataba de la segunda atención de un observador de niebla que vivía en aquellas montañas y que se movía con el banco. Agregó la Gorda que la niebla servía igualmente para descubrir los fantasmas de las cosas que ya no estaban y que la verdadera proeza de los observadores de niebla consistía en permitir que su segunda atención penetrara en todo aquello que su actividad les revelase.

Otra etapa es la observación de lo distante y de las nubes. Ante ambas cosas, el esfuerzo del observador se limitaba a remitir su segunda atención al lugar observado. Así era posible recorrer largas distancias montado en una nube. En caso de mirar una nube, el Nagual no permitía jamás observar el nacimiento de los rayos.

Les decía que debían perder la forma antes de intentar tal hazaña. Entonces podrían montar no sólo en una chispa inicial, sino también en el propio rayo.

La etapa final había sido la de la observación del fuego, el humo y las nubes. Para un observador el fuego y el humo no son luminosos, sino negros. Las sombras, en cambio, son brillantes y tienen movimiento y color. Había dos cosas más que se mantenían separadas: La observación del agua y la de las estrellas. La observación de estrellas era exclusividad de los brujos que habían perdido su forma humana. La gorda decía que le había ido muy bien en ello; no así en la observación del agua; especialmente del agua fluyente, que servía a los brujos sin forma para concentrar su segunda atención y llevarla a cualquier parte que desearan ir. A todos los aprendices les aterrorizaba el agua. Un río puede atrapar tu segunda atención y llevársela, sin que sea posible detenerla. Por ejemplo, Castaneda una vez estuvo a punto de desintegrarse en el curso de un río poco profundo y a partir de entonces ya no podía ni siquiera tomar un baño.

Explicación de Lidia (una de las hermanitas) de su observación:

Decía: "*Soy observadora de distancias y de sombras. Cuando llegué a serlo, el Nagual me hizo comenzar todo otra vez; hube de observar las sombras de hojas, plantas y árboles y rocas. Yo no miro los objetos, solo miro sus sombras. Aunque no haya luz alguna, hay sombras; hasta de noche hay sombras. Dado que soy observadora de sombras, lo soy de distancia. Puedo observar sombras, aún en la distancia.*
Las sombras del amanecer no rebelan gran cosa. Las sombras descansan a esa hora. De modo que es inútil observar muy temprano. Alrededor de las seis, las sombras despiertan, y su mejor momento está cerca de las cinco de la tarde. En ese momento se hallan enteramente despiertas.

Las sombras te dicen todo lo que desees saber. Me dicen cosas ya sea de su temperatura, sus movimientos o sus colores. No conozco, sin embargo, todos los significados del color y el calor. El Nagual dejó por mi cuenta el aprenderlo. Aprendo en el soñar. Los soñadores deben observar para soñar, y deben buscar sueños para observar. Por ejemplo, el Nagual me hacía observar sombras de rocas; luego, en mi soñar, descubría que esas sombras poseían luz, de modo que, desde entonces, buscaba la luz en las sombras hasta dar con ella. Observar y soñar son cosas que están unidas. Me costó un largo tiempo de observación de sombras el llevarlas a mi soñar. Y luego me costó un largo período de soñar y observar el conseguir que ambas cosas se unieran, para ver realmente en las sombras lo que veía en mi soñar."

Nagual como cabeza de grupo

Sólo el nagual tiene la capacidad energética de ser responsable del destino de sus aprendices. Cada uno de sus cohortes sabe esto y accede. El nagual puede ser

hombre o mujer. En el tiempo de los chamanes que fueron los fundadores del linaje de don Juan, las mujeres eran, por regla, las naguales. Su pragmatismo natural, producto de su feminidad, condujo al linaje de don Juan hacia pozos de practicidades de los que casi no pudieron salir. Entonces, los hombres asumieron la dirección y lo condujeron, decía él, hacia pozos de imbecilidades de los cuales apenas están saliendo en la actualidad. Desde el tiempo del nagual Luján, que vivió unos doscientos años antes que don Juan, ha habido un nexo conjunto de esfuerzo, compartido por un hombre y una mujer. El hombre nagual trae sobriedad; la mujer nagual trae innovación.
Ser chamán, decía don Juan, no significa practicar hechizos, o tratar de afectar a la gente, o ser poseído por los demonios. El ser chamán significa alcanzar un nivel de consciencia que da acceso a cosas inconcebibles. El término «brujería» no tiene la capacidad de expresar lo que hacen los chamanes, ni tampoco el término «chamanismo». Las acciones de los chamanes existen exclusivamente en el reino de lo abstracto, de lo impersonal. Los chamanes luchan para alcanzar una meta que nada tiene que ver con la búsqueda del hombre común. Los chamanes aspiran a llegar al infinito, y a ser conscientes de ello. La tarea de los chamanes es enfrentarse al infinito, y se sumergen en él diariamente, tal como un pescador se sumerge en el mar. Es una tarea tan enorme que los chamanes tienen que pronunciar sus nombres antes de entrar en ello. Don Juan recordó a Castaneda que en Nogales había pronunciado su nombre antes de que se llevara a cabo interacción alguna entre ellos. Había afirmado, de esa manera, su individualidad ante el infinito.

Lo que hace que seres humanos se conviertan en chamanes es su capacidad de percibir la energía tal como fluye en el universo, y cuando los chamanes perciben a un ser humano de esta manera, ven una bola luminosa, o una figura luminosa en forma de huevo.

La postura de don Juan era que los seres humanos no sólo son capaces de ver energía directamente como fluye en el universo, sino que en verdad la ven, pero no están deliberadamente conscientes de verla. Hacía inmediatamente la distinción más crucial para los chamanes, la que hay entre el estado general de ser consciente y el estado particular de ser deliberadamente consciente de algo. Categorizaba a todos los seres humanos como poseedores de conciencia de manera general, que les permite ver energía directamente, y categorizó a los chamanes como los únicos seres humanos que son deliberadamente conscientes de ver energía directamente.

Don Juan definía «conciencia» como energía y «energía» como un flujo constante, una vibración luminosa que nunca está quieta sino siempre en movimiento por impulso propio. Afirmaba que cuando se ve a un ser humano se percibe como una aglomeración de campos energéticos unidos por la fuerza más misteriosa del

universo: una fuerza vibratoria aglutinante y unificadora que mantiene juntos a los campos energéticos en una unidad cohesiva.

Explicaba además que el nagual era un chamán específico de cada generación, a quien los otros chamanes podían ver, no como una sola bola luminosa, sino como una unidad de dos esferas de luminosidad fundidas la una sobre la otra. Esta característica de ser doble le permite al nagual llevar a cabo maniobras que son bastante difíciles para un chamán ordinario. Por ejemplo, el nagual es conocedor de la fuerza que nos mantiene como una unidad cohesiva.

Sin el nagual no hay partida. Así lo dijeron todos los naguales anteriores a don Juan. Pero no lo decían como asunto de importancia personal. Decir que sin el nagual no se puede encontrar el camino, se refiere por completo al hecho de que el nagual es un nagual porque puede reflejar lo abstracto, el espíritu, mejor que los demás. Pero eso es todo. Nuestro vínculo es con el espíritu mismo y sólo incidentalmente con el hombre que nos trae su mensaje.

El Nagual al ser un ser fragmentado, divide su aprendizaje entre la conciencia normal y la conciencia acrecentada o segunda atención. Don Juan había lamentado el hecho de que un chamán hombre que es por fuerza el nagual, tuviera que ser fragmentado a causa del bulto de su masa energética. Decía que cada fragmento vivía un rango específico de un ámbito total de actividad, y que los sucesos que experimentaba en cada fragmento tenían que unirse algún día para formar una visión completa, consciente, de todo lo que había pasado en su vida total. Esa unificación llevaba años y hay algunos casos de naguales que nunca llegaron al ámbito total de sus actividades de manera consciente y que, a consecuencia, vivieron fragmentados.

Mantenían los chamanes del linaje de don Juan, que la presencia de un ser doble, un nagual, basta para aclararnos las cosas. Lo que es raro es que la presencia del nagual aclara las cosas de manera velada. Le ocurrió a él cuando conoció al nagual Julián, su maestro. Su presencia le confundió durante años, porque cada vez que estaba cerca de él pensaba claramente, pero cuando él se alejaba, volvía a ser el mismo idiota que siempre había sido. Tuvo el privilegio de conocer y tratar con dos naguales. Por seis años, a pedido del nagual Elías, el maestro del nagual Julián, fue a vivir con él. Él es el que le crió, por decirlo así. Un privilegio de lo más inusual. Tenía un lugar en la primera fila para observar lo que es realmente un nagual. El nagual Elías y el nagual Julián eran dos hombres de temperamentos tremendamente diferentes. El nagual Elías era más callado y estaba perdido en la oscuridad de su silencio.

El nagual Julián era rimbombante, un hablador compulsivo. Parecía que vivía para seducir a las mujeres. Había más mujeres en su vida de lo que uno se pueda

imaginar. A la vez, los dos se parecían asombrosamente en que no tenían nada adentro. Estaban vacíos. El nagual Elías era una colección de asombrosos cuentos hechizantes de regiones desconocidas. El nagual Julián era una colección de historias que tenía a todos muertos de carcajadas. Cuando trataba de dar con el hombre en ellos, el verdadero hombre, como podía con su padre; con el hombre en toda la gente que conocía, no encontraba nada. En vez de tener a una persona real dentro de ellos, había un montón de cuentos acerca de gentes desconocidas. Cada hombre tenía su gracia, pero el resultado final era igual: el vacío, un vacío que no reflejaba el mundo, sino el infinito.

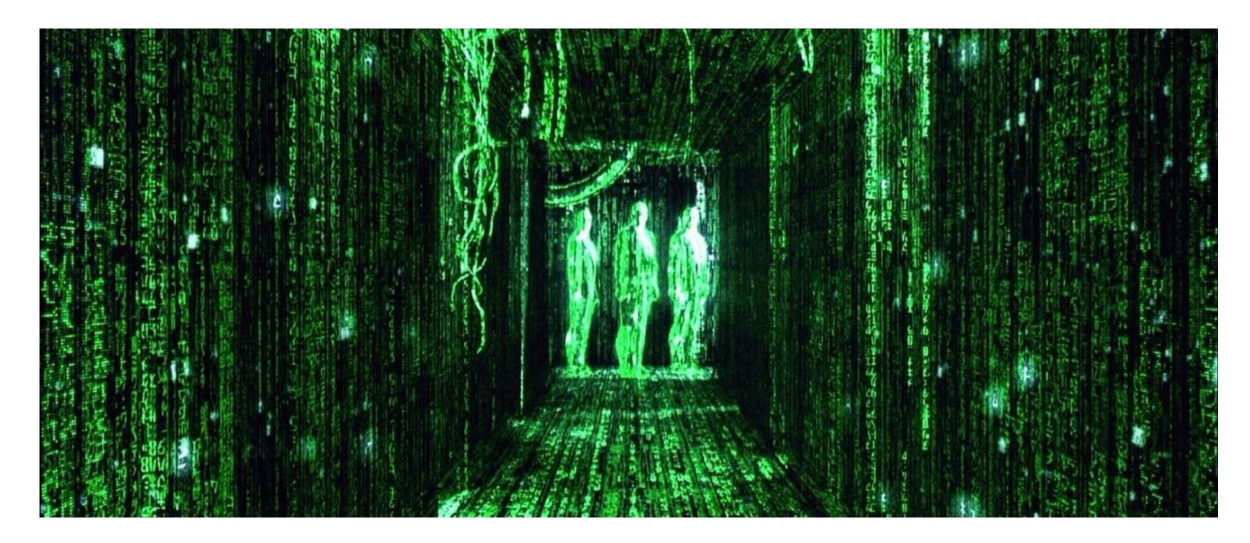
Don Juan seguía explicando que en el momento en que uno cruza el peculiar umbral del infinito, sea deliberadamente o inconscientemente, todo lo que le pasa a uno desde ese momento, ya no está exclusivamente en el dominio de uno, sino que entra en el reino del infinito.

"*Nada puede haber sido más acertado que esto con referencia a don Juan Matus. Su vacío reflejaba el infinito. No existía alboroto en él, ni aseveraciones sobre el yo. No había ni una pizca de necesidad, de enojos o remordimientos. Era suyo el vacío del guerrero, avezado al punto que no da nada por supuesto. Un guerrero que nunca subestima o sobreestima nada. Un luchador callado y disciplinado, cuya elegancia es tan extrema que nadie, no importa cuánto se esfuerce por ver, encontrará la costura donde se une toda esa complejidad.*" Carlos Castaneda.

El intento del infinito

Don Juan dijo a Castaneda lo siguiente: "*Cuando nos conocimos en Arizona, los dos cruzamos un peculiar umbral. Y ese umbral no fue decidido ni por ti ni por mí; sino por el infinito mismo. El infinito es todo lo que nos rodea. -Dijo esto haciendo un gesto amplio con los brazos-. Los chamanes de mi linaje lo llaman el infinito, el espíritu, el oscuro mar de la conciencia, y dicen que es algo que existe allí afuera y que rige sobre nuestras vidas. Tus pasos y los míos fueron guiados por el infinito, y las circunstancias que parecían ser regidas por el azar fueron en esencia guiadas por el lado activo del infinito. Lo que nos reunió a ti y a mí, fue el intento del infinito. Es imposible determinar lo que es ese intento del infinito, sin embargo está allí, tan palpable como tú y yo. Los chamanes dicen que es un temblor en el aire. La ventaja de los chamanes es el saber que existe el temblor en el aire y asentir a él sin más. Para los chamanes no hay cavilaciones, preguntas, especulaciones. Saben que todo lo que tienen es la posibilidad de unirse con el intento del infinito, y lo hacen*".

12. VER



Ver y mirar

Son dos modos distintos de percibir. Mirar se refiere a la manera ordinaria en que estamos acostumbrados a percibir el mundo, mientras que ver involucra un proceso muy complejo, por virtud del cual, un hombre de conocimiento percibe la esencia de las cosas del mundo.

Ver significa, en esencia, ver la energía tal como fluye en el universo. Cuando los seres humanos comunes miramos el mundo estamos descodificando de alguna manera la energía que fluye a nuestro alrededor. Todos la descodificamos de una manera muy similar, porque tenemos el *punto de encaje* o de percepción consolidado en la misma posición del *huevo luminoso* y con cohesión suficiente para percibir un mundo completo. En cambio, el brujo o vidente, ve la energía directamente sin descodificar, puede ver lo que ellos llaman *las emanaciones del Águila* (filamentos de energía autoconscientes que se extienden de manera infinita). Cuando el vidente ve, ve que todo es exactamente lo mismo, todo es energía, en cambio cuando mira puede ver que dentro del mundo descodificado todo es diferente, existen objetos y sujetos, existe en definitiva la dualidad.

Los brujos pueden escoger a voluntad cuando quieren ver y cuando quieren mirar.

Don Juan decía que el punto de encaje tiene un resplandor a su alrededor que enciende las fibras luminosas que pasan por el punto de encaje, y que así es como percibimos. Viendo cómo ese resplandor que rodea al punto de encaje es en extremo tenue en personas que están inconscientes o a punto de morir, y que está totalmente ausente en los cadáveres, los brujos de la antigüedad se convencieron de que ese resplandor es la conciencia de ser. El punto de encaje y el resplandor que lo rodea son la marca de la vida y la conciencia, y no hay rastro alguno de ellos en los seres

muertos. La inevitable conclusión a la que llegaron los brujos de la antigüedad, al observar aquello, fue que la conciencia, la vida y la percepción van juntas, y que están inextricablemente ligadas al punto de encaje y al resplandor que lo rodea.

Cuando los brujos desarrollan su ver aparece en escena una voz que les asiste, es la llamada *voz del ver*, y les explica todos los detalles de las cosas que están viendo y mucha información. Desde la visión del hombre común se podría traducir como una maravillosa intuición.

Un hombre de conocimiento tiene predilecciones*:* Don Juan le dijo a Castaneda que su predilección como hombre de conocimiento era *Ver.* Le gustaba ver, porque sólo viendo puede un hombre de conocimiento saber. A diferencia de los brujos, un hombre común solo mira la superficie de las cosas. La predilección de un hombre de conocimiento es lo que hace para saber. Puede ser cualquier cosa, pero es algo que hace con todo lo que tiene. Por ejemplo, la predilección de un indio amigo de don Juan, *Sacateca (brujo contemporáneo de don Juan),* era bailar. El bailaba con todo lo que tenía y su baile era su forma especial de saber.

El hombre no puede cambiar*:* Puede suceder que un día lleguemos a ser hombres de conocimiento, no hay manera de saberlo, pero eso no nos cambiará. Tal vez algún día podamos *ver* a los hombres de otro modo, y entonces nos daremos cuenta de que no hay manera de cambiar nada.
Los hombres se ven distintos cuando uno *ve*. Los hombres se ven como fibras de luz, como telarañas blancas. Hebras muy finas que circulan de la cabeza al ombligo. De ese modo, un hombre se ve como un huevo de fibras que circulan. Y los brazos y piernas son como cerdas luminosas que brotan para todos lados. Cada hombre está en contacto con todo lo que le rodea, pero no a través de sus manos, sino a través de un montón de fibras largas que salen del centro de su abdomen. Esas fibras juntan a un hombre con lo que lo rodea: conservan su equilibrio; le dan estabilidad. De modo que, como quizá veamos algún día, un hombre es un huevo luminoso ya sea un limosnero o un rey, y no hay manera de cambiar nada; o mejor dicho, ¿qué podría cambiarse en ese huevo luminoso? ¿Qué?

Un hombre que llega a ver, es un hombre de conocimiento*:* Un hombre que *ve* no necesita vivir como guerrero ni como ninguna otra cosa, porque puede ver las cosas como son y dirigir su vida de acuerdo con eso. Pero el hombre que no logra ver, sólo le queda vivir como guerrero toda su vida.
La voluntad de un guerrero es en verdad su hazaña suprema. Pero un hombre puede ir todavía más allá; puede aprender a *ver.* Al aprender a *ver*, ya no necesita vivir como guerrero ni ser brujo. El hombre llega a ser todo sin llegar a ser nada. Desaparece por así decirlo, y sin embargo está allí. Don Juan diría que éste es el tiempo en que un hombre puede ser o puede obtener cualquier cosa que desea. Pero

no desea nada, y en vez de jugar con sus semejantes como si fueran juguetes, los encuentra en medio de su *desatino*. La única diferencia es que un hombre que *ve* controla su desatino, mientras que sus semejantes no pueden hacerlo. Un hombre que *ve* ya no tiene un interés activo en sus semejantes. El *ver* lo ha despegado de absolutamente todo lo que conocía antes.

Ser brujo es una carga terrible, es mucho mejor aprender a *ver*. Un hombre que ve lo es todo; en comparación, el brujo es un pobre diablo.

Somos hombres y nuestra suerte es aprender y ser arrojados a mundos inconcebibles: Don Juan decía que no hemos agotado nada. *Ver* es para hombres impecables. Templemos nuestro espíritu, lleguemos a ser guerreros, aprendamos a *ver*, y entonces sabremos que no hay fin a los mundos nuevos para nuestra visión.

Ver como proceso independiente de los aliados y las técnicas de brujería*:* Un brujo es una persona que puede dominar a un aliado (ver capítulo 21), manipular para su propia ventaja su poder. Pero el hecho de que domine a un aliado, no significa que pueda *ver.* Don Juan había llegado a la conclusión de que es posible ver sin dominar un aliado. Sentía que no había razón para lo contrario, pues *ver* no tenía nada en común con las técnicas manipulatorias de la brujería, que sólo servían para actuar sobre nuestros semejantes. Las técnicas de *ver*, por otra parte, no tenían efecto sobre los hombres.
Ver no es brujería, pero es fácil confundirnos, porque un hombre que ve puede aprender, en menos que te lo cuente, a manipular un aliado y puede hacerse brujo. O también, un hombre puede aprender ciertas técnicas para dominar un aliado y así hacerse brujo, aunque tal vez nunca aprenda a *ver*.

Ver es contrario a la brujería. Ver le hace a uno darse cuenta de la insignificancia de todo eso. De la insignificancia de todo.

Cómo es ver

Castaneda insistía en esta pregunta en sus andanzas con don Juan. Nadie puede decir como es ver. No puede describirse, decía el viejo indio.
Don Juan decía que él podía ver de dos modos: Cuando quería *mirar* el mundo, lo veía como nosotros. Luego, cuando quería *verlo*, lo miraba como él sabía y lo percibía de manera distinta.

Las cosas cuando uno las ve, cambian y sin embargo siguen siendo las mismas.

Cuando tú miras las cosas no las *ves.* Sólo las miramos para cerciorarnos de que algo está allí. Como no nos preocupa *ver*, las cosas son bastante lo mismo cada vez que las miramos. En cambio, cuando aprendemos a ver, una cosa no es nunca la misma

cada vez que la vemos, y sin embargo es la misma. Por ejemplo, un hombre es como un huevo. Cada vez que vemos al mismo hombre vemos un huevo, pero no es el mismo huevo.

Cuando ves puedes distinguir una cosa de otra. Puedes verlas como realmente son.

Los ojos del hombre pueden realizar ambas funciones, pero ninguna es mejor que la otra; sin embargo, educar los ojos nada más para mirar, según don Juan, es un desperdicio innecesario. Decía que, por ejemplo, para reír necesitamos mirar con los ojos, porque solo cuando miramos las cosas podemos captar el filo gracioso del mundo. En cambio, cuando nuestros ojos *ven,* todo es tan igual que nada tiene gracia.

Los ojos de un hombre de conocimiento miran para poder reír, o llorar, o regocijarse, o estar triste, o estar contento. A don Juan no le gustaba estar triste; por eso, cada vez que presenciaba algo que por lo común le entristecería, simplemente cambiaba los ojos y lo *veía* en lugar de mirarlo. Pero cuando encontraba algo gracioso, miraba y reía.

Cuando uno *ve*, ya no hay detalles familiares en el mundo. Todo es nuevo. Nada ha sucedido antes. ¡El mundo es increíble! Nada es ya familiar. ¡Todo lo que miras se vuelve nada! Se vuelven nada y sin embargo siguen estando allí, esa es la paradoja del conocimiento.

El *ver* ocurre cuando uno se cuela entre los mundos, el mundo de la gente común y el mundo de los brujos. En un momento llegaremos a estar justito en medio de los dos. Podemos creer que los coyotes hablan, cualquier brujo que no *ve* creería lo mismo, pero alguien que *ve* sabe que creer eso es quedarse atrapado en el reino de los brujos. De la misma manera, no creer que los coyotes hablan es estar atrapado en el reino de la gente común. Los dos son mundos reales que pueden actuar sobre nosotros.

Las plantas de poder son sólo una ayuda decía don Juan. Lo de verdad es cuando el cuerpo se da cuenta de que puede *ver.* Sólo entonces somos capaces de saber que el mundo que contemplamos cada día no es nada, más que una descripción. La intención de don Juan era mostrar eso.

Don Juan decía que para *ver* hay que aprender la forma en que los brujos miran el mundo; por eso hay que llamar al aliado, y una vez que se le llama, viene.

La Gorda decía que somos trozos de sol. Es por ello que somos seres luminosos. Pero nuestros ojos no llegan a captar esa luminosidad porque es muy débil. Sólo los ojos de un brujo alcanzan a verla, y ello al cabo de toda una vida de esfuerzos. Todos somos como el sol, aunque de modo muy, muy tenue. Nuestra luz es muy débil; no obstante, de todos modos, es luz.



La tarea de ver*:* Ver no es tan sencillo, y a algunos aprendices sólo las sustancias pueden darles la velocidad que necesitan para echar un vistazo a ese mundo fugaz. De otro modo no hacen sino mirar. El mundo cuando vemos, no es como ahora pensamos que es. Es más bien un mundo fugaz que se mueve y cambia. Por cierto, que uno puede aprender a capturar por sí mismo ese mundo fugaz, pero al principiante de nada le sirve, porque su cuerpo se gasta con la tensión. Con las sustancias, en cambio, no se sufre de agotamiento. Las sustancias te dan la velocidad necesaria para asir el movimiento fugaz del mundo, y al mismo tiempo mantiene intactos el cuerpo y su fuerza.

Cuando uno aprende a *ver*, ni una sola de las cosas que conoce prevalece. Ni una sola. El que ve sabe de inmediato que ninguna cosa es ya la misma. Una vez que vemos nada es conocido; nada permanece como solíamos conocerlo cuando no veíamos. Ver puede no ser lo mismo para todos según don Juan, pero eso no significa que prevalezcan los significados de la vida. Cuando uno aprende a ver, ni una sola cosa es ya la misma.

Usar la oscuridad*:* Podemos aprender a usar la oscuridad. La oscuridad del día es la mejor hora para *ver*.

Ver las plantas*:* Don Juan decía que para ver a las plantas hay que hablarles personalmente. Hay que llegar a conocerlas una por una; entonces las plantas te dicen todo lo que quieras saber sobre ellas.

Ver las personas*:* Las personas se ven como huevos luminosos hechos de fibras. Todas las fibras están enteras; lucen como cuerdas, como cuerdas tensas. La impresión que da el conjunto de las cuerdas es la de haber sido estirado como la piel de un tambor. Hay ligeras diferencias entre las personas. Sobre todo, si están completas o incompletas.
Cuando los brujos ven seres humanos, ellos ven una gigantesca forma luminosa que flota, y que al moverse va haciendo un profundo surco en la energía de la tierra; como si tuviera una profunda raíz que va arrastrándola. Esta forma luminosa está rodeada de un incontable número de fibras luminosas que se extienden hasta el infinito. La idea de don Juan era que nuestra forma energética continúa cambiando a medida que pasa el tiempo. Decía que todos los videntes que él conocía, incluso él mismo, veían que los seres humanos son más como bolas, o aun como lápidas sepulcrales, que huevos; pero que de vez en cuando, debido a razones desconocidas, los brujos veían una persona cuya energía tiene la forma de un huevo luminoso. Lo que don Juan sugería era que quizá las personas que hoy en día tienen la forma de un huevo luminoso son más semejantes a la gente de tiempos antiguos.
No es fácil entender el modelo de configuración energética que los toltecas delineaban. Castaneda decía que finalmente, después de mucho trabajo pudo imaginarse filamentos adentro y afuera de una bola luminosa. Sin embargo, si se

imaginaba una multitud de bolas luminosas, el modelo dejaba de ser aplicable. Razonaba que, en una multitud de bolas luminosas, los filamentos que están afuera de una, por fuerza estarían adentro de otra adyacente. Por lo tanto, en una multitud no podrían existir filamentos energéticos que estuvieran afuera de ninguna bola luminosa. Don Juan le decía que entender eso no es ciertamente un ejercicio para la razón. No hay manera de explicar lo que los brujos quieren decir cuando se refieren a filamentos adentro o afuera de la bola o huevo luminoso. Cuando los videntes ven, ellos ven una sola bola o huevo de energía. Si hay otra bola al lado, la ven de nuevo como una sola y aislada bola de energía. La idea de una multitud de bolas luminosas nos puede venir de las muchedumbres humanas. En el universo de la energía, existen únicamente individuos solos, rodeados por el infinito. Pero todo esto, debemos verlo nosotros mismos.

Personas completas e incompletas: Una persona completa es aquella que no ha tenido hijos. Una persona incompleta tiene un agujero en el estómago, las cuerdas se ven arrugadas en los bordes del agujero. Un brujo lo *ve* con la misma claridad con que nosotros vemos los ojos de alguien. Cuando el agujero se encuentra a la izquierda del estómago, el niño que lo ha creado es del mismo sexo. Si se encuentra a la derecha, es del sexo opuesto. El agujero de la izquierda es negro; el de la derecha es castaño oscuro. Hay dos modos de verlo. Un brujo puede verlo tanto en sueños como mirando directamente a la persona. No obstante, aun cuanto el brujo no sepa *ver*, es capaz de distinguir lo oscuro del boquete a través de la ropa.
Cuando se han tenido muchos niños, las fibras ya no se ven como tales. En esos casos, se observa algo así como dos trozos de luminosidad, separados por la negrura.

Don Juan decía que, cuando se tiene un niño, nuestro espíritu pierde fuerza. Para una mujer, el tener una niña significa una pérdida de capacidad. Un chico roba la mayor parte de su potencia a su padre; una niña, a su madre. El Nagual afirmaba que quien ha tenido niños puede decir que echa de menos algo suyo. Cierta locura, cierta nerviosidad, cierto poder que antes poseía. El Nagual sostenía que ese poder se encontraba en el pequeño que daba vueltas en torno de la casa, lleno de energías, lleno de ilusiones. En otras palabras, completo. Decía que si observáramos a los niños, estaríamos en condiciones de aseverar que son valerosos, que se mueven a saltos. Si observamos a sus padres, les vemos cautelosos y tímidos. Ya no saltan. Explicamos el fenómeno fundándonos en la idea de que los padres son adultos y tienen responsabilidades. Pero eso no es cierto. Lo cierto es que han perdido cierta pujanza.

La Gorda decía que un hombre vacío se vale permanentemente de la plenitud de una mujer. La plenitud de una mujer es más peligrosa que la de un hombre. Ella se muestra informal, de ánimo inestable, nerviosa, aunque también capaz de grandes transformaciones. Mujeres así están en condiciones de sostenerse por sí mismas e ir

a cualquier parte. No harán nada una vez allí, pero ello es debido a que de partida no habrá nada en ellas. La gente vacía, por otra parte, no puede dar saltos semejantes, pero es más digna de confianza. El Nagual decía que la gente vacía es como las lombrices, que miran a su alrededor antes de avanzar, retroceden y luego recorren otro brevísimo trecho. La gente completa siempre anda a saltos, da saltos mortales, y, la mayoría de las veces, aterriza de cabeza, pero a ellos no les importa

El Nagual decía que, para entrar al otro mundo, uno debe estar completo. Para ser brujo es imprescindible disponer de la totalidad de la propia luminosidad, es decir, de toda la capacidad del espíritu, sin agujeros ni remiendos. De modo que un brujo vacío debe recobrar la plenitud. Hombre o mujer, ha de estar completo para entrar en ese mundo de allí fuera, en la eternidad.

Para recobrar nuestra luminosidad, don Juan explicaba que hay que volver a hacerse con la fuerza, robándola. Él decía que era así como se perdía, por el camino más arduo, y que se debía recuperar del mismo modo, por el camino más arduo. Hay que negar la preocupación por el niño o niña. Hay que hacerlo soñando. Poco a poco aprende uno a no preocuparse. Cuando el niño o niña ya no significa nada para nosotros, debemos volver a verlo/a, imponerle nuestros ojos y manos. Debemos golpearlo con suavidad en la cabeza y permitir que el costado que sea (izquierdo o derecho) le arrebate la fuerza.

La gorda decía que, si queremos recuperar nuestra plenitud y toda la fuerza de nuestro espíritu, debemos negar a las dos: a la mujer que nos vació y al pequeño/a que cuenta con nuestra preocupación. Resulta fácil negar a la mujer, el niño es otra cosa. Pero debemos hacerlo si queremos entrar en el otro mundo estando aún vivos.

El guardián del umbral, el cuidador, el centinela del otro mundo*:* Don Juan decía que si quieres *ver* debes vencer al guardián. Cada hombre puede ver al guardián. Y el guardián es a veces, para algunos de nosotros, una bestia imponente alta como el cielo. Y sin embargo su secreto es muy simple. El guardián del otro mundo es un mosquito. Y ese mosquito te cierra el paso hasta que lo venzas.
La voluntad del aprendiz no puede hacer que el guardián desaparezca, pero puede evitar que le haga daño. Si llega a conseguir eso, tiene el camino abierto. Puede pasar junto al guardián y no hay nada que él pueda hacer para evitarlo.

Cómo vencer los obstáculos para poder ver*:* Don Juan decía que para vencer los obstáculos que se nos presentan en el mundo de la brujería para llegar a *ver*, por ejemplo, cuando nos encontramos con el guardián, debemos dejar que se vuelvan nada. Decía que mientras tengamos sentimientos de cualquier tipo hacia el obstáculo que se nos presenta, ese obstáculo permanecerá igual, monstruoso, hermoso o lo que sea. En cambio, si no tenemos sentimiento alguno hacia él, el obstáculo se convertirá en nada y todavía estará allí frente a nosotros.

Se aprende a ver viendo*:* No hay en realidad ningún modo de hablar sobre cómo es ver. *Ver* se aprende *viendo*.

En realidad, el ser humano ve en todo momento: Hay un momento en que el guerrero ha avanzado ya suficiente en el camino del conocimiento y logra ver, se da cuenta que siempre había visto energía tal como fluye en el universo, como lo hace todo ser humano, sin saberlo deliberadamente. Pero la cuestión de suma importancia no es saber que siempre hemos percibido energía directamente, sino más bien un asunto doble. Primero, el guerrero experimenta algo que los chamanes del México antiguo llamaban *la vista clara, o perder la forma humana*: el momento cuando la mezquindad humana se desvanece como si hubiera sido una nube de bruma sobre nosotros, una bruma que lentamente se aclara y se dispersa. Pero bajo ninguna circunstancia debemos creer que esto es un hecho ya cumplido. El mundo de los chamanes no es un mundo inmutable como el mundo cotidiano, donde te dicen que una vez alcanzada la meta eres campeón para siempre. En el mundo de los chamanes, llegar a cierta meta quiere decir que simplemente has adquirido las herramientas más eficaces para continuar tu lucha, que, a propósito, nunca termina. La segunda parte es que el guerrero experimenta la pregunta más enloquecedora para el corazón humano. ¿Cómo es posible que no supiera que había percibido energía directamente toda mi vida? ¿Qué me había prevenido a tener acceso a esa faceta de mi ser? (ver mente foránea, cap. 20)

La fiabilidad de lo que el aprendiz ve*:* A veces vemos, pero por falta de energía disponible, vemos porquerías. Esa clase de información es inútil para un guerrero. Llevaría demasiado tiempo descifrar qué es qué. El *ver* debe ser directo, porque un guerrero no puede malgastar su tiempo en deshilar lo que él mismo está viendo. Ver es ver porque acaba con todas esas idioteces. Al principio ver es confuso y es muy fácil perderse ahí. Pero, a medida que el guerrero se pone más fuerte, su ver se convierte en lo que debería ser: *Un conocimiento directo*.
Un guerrero hace una pregunta, y a través de su ver obtiene una respuesta, pero la respuesta es sencilla, nunca es adornada hasta el punto de que hay elefantes azules volando.

Estados de conciencia alterada y distintas unidades de significado

Carlos Castaneda explicaba tras los efectos del *humito* que le provocaban estados de realidad no ordinaria, que la característica saliente de tales estados era una condición de total "inaplicabilidad". Lo que él experimentaba en aquellos estados de conciencia alterada era incomprensible e imposible de interpretar por medio de

nuestra forma cotidiana de entender el mundo. En otras palabras, la condición de no poderse aplicar le llevaba a dejar de pertenecer a su visión del mundo.
Don Juan usó esta condición de inaplicabilidad de los estados de realidad no ordinaria para introducir una serie de nuevas "unidades de significado" preconcebidas. Las unidades de significado eran todos los elementos individuales pertinentes al conocimiento que don Juan se empeñaba en enseñarle. Estas unidades son un conglomerado básico de datos sensoriales, y sus interpretaciones, sobre los cuales se erige un significado más complejo. Una de tales unidades era, por ejemplo, la forma en que se entendía el efecto fisiológico de la mezcla psicotrópica. Esta producía un entumecimiento y una pérdida de control motriz que en el sistema de don Juan se interpretaban como una acción realizada por el humo, que en este caso era el aliado, con el fin de "llevarse el cuerpo del practicante".

Las unidades de significado se agrupaban en forma específica, y cada bloque así creado integraba lo que llamaba una "interpretación sensible". Obviamente tiene que haber un número infinito de posibles interpretaciones sensibles que son pertinentes a la brujería y que un brujo debe aprender a realizar. En nuestra vida cotidiana, enfrentamos un número infinito de interpretaciones sensibles pertinentes a ella. Un ejemplo sencillo podría ser la interpretación, ya no deliberada, que hacemos veintenas de veces cada día, de la estructura que llamamos "habitación". Es obvio que hemos aprendido a interpretar en términos de habitación la estructura que llamamos habitación; así, habitación es una interpretación sensible porque requiere que en el momento de hacerla tengamos conocimiento, en una u otra forma, de todos los elementos que entran en su composición. Un sistema de interpretación sensible es, en otras palabras, el proceso por virtud del cual un practicante tiene conocimiento de todas las unidades de significado necesarias para realizar asunciones, deducciones, predicciones, etc., sobre todas las situaciones pertinentes a su actividad.

Al decir practicante se refería a un participante que posee un conocimiento adecuado de todas, o casi todas, las unidades de significado implicadas en su sistema particular de interpretación sensible. Don Juan era un practicante; esto es, era un brujo que conocía todos los pasos de su brujería.

Como practicante, intentaba abrir a Castaneda el acceso a su sistema de interpretación sensible. Tal accesibilidad, en este caso, equivalía a un proceso de resocialización en el que se aprendían nuevas maneras de interpretar datos perceptuales. Castaneda era el "extraño", el que carecía de la capacidad de realizar interpretaciones inteligentes y congruentes de las unidades de significado propias de la brujería.

La tarea de don Juan, como practicante ocupado en hacerle accesible su sistema, consistía en descomponer una certeza particular que Castaneda compartía con todo

el mundo: la certeza de que la perspectiva "de sentido común" que tenemos del mundo es definitiva. A través del uso de plantas psicotrópicas, todo tipo de otras técnicas de brujería, y de contactos bien dirigidos entre su sistema extraño y la persona de Castaneda, logró mostrarle que su perspectiva del mundo no podía ser definitiva porque sólo era una interpretación.

Ver y la voluntad

La voluntad son los tentáculos de energía que salen del cuerpo de un hombre y son visibles para cualquier brujo que *ve*. Los brujos actúan con la gente de acuerdo a la forma en que ven sus tentáculos. Las personas débiles tienen fibras cortas, casi invisibles; las personas fuertes las tienen largas y brillantes. Por las fibras se conoce si una persona está sana o enferma, si es mezquina o bondadosa o traicionera. También se conoce por las fibras si una persona puede *ver.*

Explicación de ver en el Fuego interno. (más profunda)

Don Juan explicaba con mucha paciencia, que Castaneda había olvidado todo lo sucedido en las enseñanzas en conciencia acrecentada, porque, al entrar en ella o al ir más allá de ella, su conciencia normal había sido elevada, intensificada, y que eso significaba que otras áreas de su ser total fueron usadas. Todo lo que no podía recordar estaba atrapado en esas áreas de su ser total. El usar esas otras áreas es el ver.
Ver es dejar al desnudo la esencia de todo, es ser testigo de lo desconocido y vislumbrar lo que no se puede conocer. De todas maneras, ello no nos trae desahogo. Generalmente, los videntes se descalabran al ver que la existencia es incomprensiblemente compleja y que nuestra conciencia cotidiana la menosprecia con sus limitaciones. Reiteraba que, durante sus explicaciones, la concentración de los aprendices tenía que ser total, que el comprender era de crucial importancia, y que los nuevos videntes daban el más alto valor a las comprensiones profundas que no eran producto de la emoción.

Lo mismo les pasó a los antiguos videntes. Eran dados a las reacciones emocionales. Pero cuando llegó el momento de comprender lo que habían visto, no pudieron hacerlo. Para comprender uno necesita de sensatez, de cordura, no de emocionalidad. Don Juan decía: "*No te confíes en aquéllos que lloran con la emoción de comprender, porque no han comprendido nada. En el camino del conocimiento hay peligros incalculables para quienes carecen de sobriedad y serenidad*".

Todos caen presa del error de que se ve con los ojos. Es muy normal cometer ese error. Ver es alineamiento. Alinear emanaciones que se usan rutinariamente es la percepción del mundo cotidiano, pero alinear emanaciones que nunca se usan es

ver. El acto de ver, siendo resultado de un alineamiento fuera de lo ordinario, no puede ser algo que uno simplemente vea con los ojos.

La voz del ver

Cuando los videntes ven, hay algo que les explica todo a medida que se lleva a cabo el nuevo alineamiento. Es una voz que les habla en el oído. Si esa voz no está presente, el vidente no está viendo. Don Juan explicaba que sería igualmente falaz decir que ver es oír, pero que los videntes habían optado por usar la frase la voz del ver, como norma de un alineamiento fuera de lo común. Decía que esa voz era algo extremadamente misterioso e inexplicable. La conclusión personal de don Juan era que la voz del ver pertenece sólo al hombre. Quizás ocurre porque el hablar es algo que nadie más hace, además del hombre. Los antiguos videntes creían que era la voz de una entidad de increíble potencia íntimamente relacionada con la humanidad, un protector del hombre. Los nuevos videntes descubrieron que esa entidad, a la que llamaron el molde del hombre, no tiene voz. Para los nuevos videntes la voz del ver es algo incomprensible; dicen que es el resplandor del estar consciente de ser que toca las emanaciones del Águila como un arpista toca el arpa.

13. INTENTO

Considerando todo lo que don Juan había explicado a sus aprendices acerca de su mundo cognitivo, llegamos a la conclusión, que era la conclusión que él mismo compartía, de que la unidad más importante de ese mundo era el concepto de intento. Para los chamanes del México antiguo, el intento era una fuerza que podían visualizar cuando veían la energía tal como fluye en el universo. La consideraban una fuerza omnipresente que intervenía en todos los aspectos del tiempo y del espacio. Era lo que impulsaba todo. Pero lo que resultaba de valor inconcebible para aquellos chamanes era que el intento (una pura abstracción) estaba íntimamente ligado al hombre. El hombre podía siempre manipularlo. Los antiguos chamanes de México se dieron cuenta de que el único modo de afectar esta fuerza era mediante un comportamiento impecable. Sólo los practicantes más disciplinados podían lograr tal proeza.

Un guerrero debe evocar el *intento.* En la mirada está el secreto. Los ojos convocan el *intento.* La razón por la que *ver* parece ser visual es porque necesitamos los ojos para enfocar el *intento*.

Don Juan y su grupo de guerreros sabían cómo usar los ojos para atrapar otros aspectos del *intento* y a este acto le llamaban *ver.* Lo que Silvio Manuel (compañero de la partida del nagual Juan Matus) había mostrado a Castaneda era la verdadera función de los ojos, los atrapadores del intento.

No debemos preocuparnos de los procedimientos porque, en realidad, la mayoría de las cosas verdaderamente extrañas que le pasan a los videntes, o aún al hombre común, ocurren por sí solas, con la sola intervención del intento.

Para un brujo, enseñar es lo que el nagual hace por sus aprendices. El nagual canaliza para ellos la fuerza más poderosa del universo: el intento. La fuerza que cambia, ordena y reordena las cosas o las mantiene como están. El nagual formula y luego guía las consecuencias que esa fuerza pueda acarrear a sus discípulos. Si el nagual no moldea el intento, no habría ni reverencia ni maravilla en sus aprendices. Y en lugar de embarcarse en un viaje mágico de descubrimiento, sus aprendices sólo se limitarían a aprender un oficio; aprenderían a ser curanderos, brujos, adivinadores, charlatanes o lo que fuera.

La única manera de explicar el intento es experimentarlo en forma directa por medio de una conexión viva que existe entre el intento y todos los seres vivientes. Los brujos llaman intento a lo indescriptible, al espíritu, al abstracto, al nagual. Al intento don Juan hubiera preferido llamarlo nagual, pero se confundiría con el nombre del líder, el benefactor a quien también se le llama nagual. Así es que optó por llamarlo el Espíritu, lo abstracto.

La conciencia acrecentada es la puerta de entrada al intento. El conocimiento del intento no se puede traducir en palabras. Ese conocimiento está ahí a disposición de todos. Está ahí para ser sentido, para ser usado, pero no para ser explicado. Uno puede entrar a él cambiando niveles de conciencia, por lo cual, la conciencia acrecentada es una puerta de entrada. Pero ni aun siquiera la puerta de entrada puede ser explicada. Sólo puede ser utilizada. El conocimiento natural del intento está a disposición de cualquiera, pero el dominarlo le corresponde sólo a quienes lo sondean.

Profundizaremos mucho más en el concepto de intento y la relación del guerrero con él en los dos siguientes capítulos 14 y 15.

14. LAS SEIS PROPOSICONES EXPLICATORIAS

Las enseñanzas de don Juan tenían como fin guiar a Castaneda a través de la segunda fase del desarrollo de un guerrero: la verificación y aceptación incuestionable de que en nosotros hay otro tipo de conciencia. Esta fase se dividía en dos categorías. La primera, para la que don Juan requirió la ayuda de don Genaro, trataba con las actividades. Consistía en mostrarle ciertos procedimientos, acciones y métodos que estaban diseñados a ejercitar su conciencia. La segunda tenía que ver con la presentación de las seis proposiciones explicatorias que son las siguientes:

Lo que percibimos como mundo son *las emanaciones del Águila.*

Don Juan explicaba que el mundo que percibimos no tiene existencia trascendental. Como estamos familiarizados con él creemos que lo que percibimos es un mundo de objetos que existen tal como los percibimos, cuando en realidad no hay un mundo de objetos, sino, más bien, un universo de emanaciones del Águila (hebras de energía autoconscientes que se extienden hasta el infinito). Esas emanaciones representan la única realidad inmutable. Es una realidad que abarca todo lo que existe, lo perceptible y lo imperceptible, lo conocible y lo incognoscible. Los videntes que ven las emanaciones del Águila las llaman mandatos a causa de su fuerza apremiante.
Todas las criaturas vivientes son apremiadas a usar las emanaciones, y las usan sin llegar a saber lo que son. El hombre común y corriente las interpreta como la realidad. Y los videntes que ven las emanaciones las interpretan como la regla. A pesar de que los videntes ven las emanaciones, no tienen manera de saber qué es lo que están viendo. En vez de enderezarse con conjeturas superfluas, los videntes se ocupan en la especulación funcional de cómo se pueden interpretar los mandatos del Águila. Don Juan sostenía que intuir una realidad que trasciende el mundo que percibimos se queda en el nivel de las conjeturas; no le basta a un guerrero conjeturar que los mandatos del Águila son percibidos instantáneamente por todas las criaturas que viven en la tierra, y que ninguna de ellas los percibe de la misma manera. Los guerreros deben tratar de presenciar el flujo de emanaciones y "ver" la manera como el hombre y otros seres vivientes lo usan para construir su mundo perceptible. Cuando Castaneda proponía utilizar la palabra "descripción" en vez de emanaciones del Águila, don Juan le aclaraba que no estaba haciendo una metáfora. Decía que la palabra descripción connota un acuerdo humano, y que lo que percibimos emerge de un mandato en el que no cuentan los acuerdos humanos.

La atención es lo que nos hace percibir las emanaciones del Águila como el acto de "desnatar"

Don Juan decía que la percepción es una facultad física que cultivan las criaturas vivientes; el resultado final de este cultivo en los seres humanos es conocido, entre los videntes, como "atención". Don Juan describía la atención como el acto de enganchar y canalizar la percepción. Decía que ese acto es nuestra hazaña más singular, que cubre toda la gama de alternativas y posibilidades humanas. Don Juan establecía una distinción precisa entre alternativas y posibilidades. Alternativas humanas son las que estamos capacitados para escoger como personas que funcionan dentro del medio social. Nuestro panorama de este dominio es muy limitado. Posibilidades humanas resultan ser aquellas que estamos capacitados para lograr como seres luminosos.
Don Juan revelaba un esquema clasificatorio de tres tipos de atención, enfatizando que llamarlos "tipos" era erróneo. De hecho, se trata de tres niveles de conocimiento: la primera, la segunda y la tercera atención; cada una de ellas es un dominio independiente, completo en sí mismo. Para un guerrero que se halla en las fases iniciales de su aprendizaje, la primera atención es la más importante de las tres. Don Juan decía que sus proposiciones explicatorias eran intentos de traer al primer plano el modo como funciona la primera atención, algo que es totalmente desapercibido por nosotros. Consideraba imperativo que los guerreros comprendieran la naturaleza de la primera atención si es que iban a aventurarse en las otras dos. Explicaba que a la primera atención se le ha enseñado a moverse instantáneamente a través de todo un espectro de las emanaciones del Águila, sin poner el menor énfasis evidente en ello, a fin de alcanzar "unidades perceptuales" que todos nosotros hemos aprendido que son perceptibles. Los videntes llaman "desnatar" a esta hazaña de la primera atención, porque implica la capacidad de suprimir las emanaciones superfluas y seleccionar cuáles de ellas se deben enfatizar. Don Juan explicaba este proceso tomando como ejemplo ver la montaña. Sostenía que nuestra primera atención, al momento de ver la montaña, había desnatado una infinita cantidad de emanaciones para obtener un milagro de percepción; un desnate que todos los seres humanos conocen porque cada uno de ellos lo ha logrado alcanzar por sí mismo.

Los videntes dicen que todo aquello que la primera atención suprime para obtener un desnate, ya no puede ser recuperado por la primera atención bajo ninguna condición. Una vez que aprendemos a percibir en términos de desnates, nuestros sentidos ya no registran las emanaciones superfluas. Para dilucidar este punto daba el ejemplo del desnate "cuerpo humano". Dijo que nuestra primera atención está totalmente inconsciente de las emanaciones que componen el luminoso cascarón externo del cuerpo físico. Nuestro capullo oval no está sujeto a la percepción; se han

rechazado las emanaciones que lo harían perceptible en favor de las que permiten a la primera atención percibir el cuerpo físico tal como lo conocemos. Por tanto, la meta perceptual que tienen que lograr los niños mientras maduran, consiste en aprender a aislar las emanaciones apropiadas con el fin de canalizar su percepción caótica y transformarla en la primera atención; al hacerlo, aprenden a construir desnates. Todos los seres humanos maduros que rodean a los niños les enseñan a desnatar. Tarde o temprano los niños aprenden a controlar su primera atención a fin de percibir los desnates en términos semejantes a los de sus maestros.

Don Juan nunca dejó de maravillarse con la capacidad de los seres humanos de impartir orden al caos de la percepción. Sostenía que cada uno de nosotros, por sus propios méritos, es un mago magistral y que nuestra magia consiste en imbuir de realidad los desnates que nuestra primera atención ha aprendido a construir.

El hecho de que percibimos en términos de desnates es el mandato del Águila, pero percibir los mandatos como objetos es nuestro poder, nuestro don mágico. Nuestra falacia, por otra parte, es que siempre acabamos siendo unilaterales al olvidar que los desnates sólo son reales en el sentido de que los percibimos como reales, debido al poder que tenemos para hacerlo. Don Juan llamaba a esto un error de juicio que destruye la riqueza de nuestros misteriosos orígenes.

A los desnates les da sentido el primer anillo de poder.

Don Juan decía que el primer anillo de poder es la fuerza que sale de las emanaciones del Águila para afectar exclusivamente a nuestra primera atención. Explicaba que se le ha representado como un "anillo" a causa de su dinamismo, de su movimiento ininterrumpido. Se le ha llamado anillo "de poder" debido, primero, a su carácter compulsivo, y, segundo, a causa de su capacidad única de detener sus obras, de cambiarlas o de revertir su dirección. El carácter compulsivo se muestra mejor en el hecho de que no sólo apremia a la primera atención a construir y perpetuar desnates, sino que exige un consenso de todos los participantes. A todos nosotros se nos exige un completo acuerdo sobre la fiel reproducción de los desnates, pues la conformidad en el primer anillo de poder tiene que ser total. Precisamente esa conformidad es la que nos da la certeza de que los desnates son objetos que existen como tales, independientemente de nuestra percepción. Además, lo compulsivo del primer anillo de poder no cesa después del acuerdo inicial, sino que exige que continuamente renovemos el acuerdo. Toda la vida tenemos que operar como si, por ejemplo, cada uno de nuestros desnates fueran perceptualmente los primeros para cada ser humano, a pesar de lenguajes y de culturas. Don Juan concedía que, aunque todo eso es demasiado serio para tomarlo en broma, el carácter apremiante del primer anillo de poder es tan intenso que nos

fuerza a creer que si la "montaña" pudiera tener una conciencia propia, ésta se consideraría como el desnate que hemos aprendido a construir.
La característica más valiosa que el primer anillo de poder tiene para los guerreros es la singular capacidad de interrumpir su flujo de energía, o de suspenderlo del todo. Don Juan decía que ésta es una capacidad latente que existe en todos nosotros como unidad de apoyo. En nuestro estrecho mundo de desnates no hay necesidad de usarla. Puesto que estamos tan eficientemente amortiguados y escudados por la red de la primera atención, no nos damos cuenta, ni siquiera vagamente, de que tenemos recursos escondidos. Sin embargo, si se nos presentara otra alternativa para elegir, como es la opción del guerrero de utilizar la segunda atención, la capacidad latente del primer anillo de poder podría empezar a funcionar y podría usarse con resultados espectaculares. Don Juan subraya que la mayor hazaña de los brujos es el proceso de activar esa capacidad latente; él lo llamaba bloquear el intento del primer anillo de poder.

Explicaba que las emanaciones del Águila, que ya han sido aisladas por la primera atención para construir el mundo de todos los días, ejercen una presión inquebrantable en la primera atención. Para que esta presión detenga su actividad, el intento tiene que ser desalojado. Los videntes llaman a esto una obstrucción o una interrupción del primer anillo de poder.

El intento es la fuerza que mueve al primer anillo de poder.

Don Juan explicaba que el intento no se refiere a tener una intención, o desear una cosa u otra, sino más bien se trata de una fuerza imponderable que nos hace comportarnos de maneras que pueden describirse como intención, deseo, volición, etcétera. Don Juan no lo presentaba como una condición de ser, proveniente de uno mismo, tal como es un hábito producido por la socialización, o una reacción biológica, sino más bien lo representaba como una fuerza privada, íntima, que poseemos y usamos individualmente como una llave que hace que el primer anillo de poder se mueva de maneras aceptables. El intento es lo que dirige a la primera atención para que ésta se concentre en las emanaciones del Águila dentro de un cierto marco. Y el intento también es lo que ordena al primer anillo de poder a obstruir o interrumpir su flujo de energía.
Don Juan sugería a sus aprendices que concibieran el intento como una fuerza invisible que existe en el universo, sin recibirse a si misma, pero que aun así afecta a todo: fuerza que crea y que mantiene los desnates. Aseveraba que los desnates tienen que recrearse incesantemente para estar imbuidos de continuidad. A fin de recrearlos cada vez con el frescor que necesitan para construir un mundo viviente, tenemos que intentarlos cada vez que los construimos. Por ejemplo, tenemos que intentar la "montaña" con todas sus complejidades para que el desnate se materialice

completo. Don Juan decía que, para un espectador que se comporta exclusivamente con base en la primera atención sin la intervención del intento, la "montaña" aparecería como un desnate enteramente distinto. Podría aparecer como el desnate "forma geométrica" o "mancha amorfa de coloración". Para que el desnate montaña se complete, el espectador debe intentarlo, ya sea involuntariamente a través de la fuerza apremiante del primer anillo de poder, o premeditadamente, a través del entrenamiento del guerrero.

Don Juan señalaba las tres maneras como nos llega el intento. La más predominante es conocida por los videntes como "el intento del primer anillo de poder". Este es un intento ciego que nos llega por una casualidad. Es como si estuviéramos en su camino, o como si el intento se pusiera en el nuestro. Inevitablemente nos descubrimos atrapados en sus mallas sin tener ni el menor control de lo que nos está sucediendo.

La segunda manera es cuando el intento nos llega por su propia cuenta. Esto requiere un considerable grado de propósito, un sentido de determinación por parte nuestra. Sólo en nuestra capacidad de guerreros podemos colocarnos voluntariamente en el camino del intento; lo convocamos, por así decirlo. Don Juan explicaba que su insistencia por ser un guerrero impecable no era nada más que un esfuerzo por dejar que el intento supiera que él se está poniendo en su camino.

Don Juan decía que los guerreros llaman "poder" a este fenómeno. Así es que cuando hablan de tener poder personal, se refieren al intento que les llega voluntariamente. El resultado, decía, puede describirse como la facilidad de encontrar nuevas soluciones, o la facilidad de afectar a la gente o a los acontecimientos. Es como si otras posibilidades, desconocidas previamente por el guerrero, de súbito se volviesen aparentes. De esta manera, un guerrero impecable nunca planea nada por adelantado, pero sus actos son tan decisivos que parece como si el guerrero hubiera calculado de antemano cada faceta de su actividad.

La tercera manera como encontramos al intento es la más rara y compleja de las tres; ocurre cuando el intento nos permite armonizar con él. Don Juan describía este estado como el verdadero momento de poder: la culminación de los esfuerzos de toda una vida en busca de la impecabilidad. Sólo los guerreros supremos lo obtienen, y en tanto se encuentran en ese estado, el intento se deja manejar por ellos a voluntad. Es como si el intento se hubiera fundido en esos guerreros, y al hacerlo los transforma en una fuerza pura, sin preconcepciones. Los videntes llaman a este estado el "intento del segundo anillo de poder", o "voluntad".

El primer anillo de poder puede ser detenido mediante un bloqueo funcional de la capacidad de armar desnates.

Don Juan decía que la función de los *no-haceres* es crear una obstrucción en el enfoque habitual de nuestra primera atención. Los *no-haceres* son; en este sentido, maniobras destinadas a preparar la primera atención para el bloqueo funcional del primer anillo de poder o, en otras palabras, para la interrupción del intento. Don Juan explicaba que este bloqueo funcional, que es el único método de utilizar sistemáticamente la capacidad latente del primer anillo de poder, representa una interrupción temporal que el benefactor crea en la capacidad de armar desnates del discípulo. Se trata de una premeditada y poderosa intrusión artificial en la primera atención, con el objeto de empujarla más allá de las apariencias que los desnates conocidos nos presentan; esta intrusión se logra interrumpiendo el intento del primer anillo de poder. Don Juan decía que para llevar a cabo la interrupción, el benefactor trata al intento como lo que verdaderamente es: un proceso, un flujo, una corriente de energía que eventualmente puede detenerse o reorientarse. Una interrupción de esta naturaleza, sin embargo, implica una conmoción de tal magnitud que puede forzar al primer anillo de poder a detenerse del todo; una situación imposible de concebir bajo nuestras condiciones normales de vida.
Nos resulta impensable que podamos desandar los pasos que tomamos al consolidar nuestra percepción, pero es factible que bajo el impacto de esa interrupción podamos colocarnos en una posición perceptual muy similar a la de nuestros comienzos, cuando los mandatos del Águila eran emanaciones que aún no imbuíamos de significado. Don Juan decía que cualquier procedimiento que el benefactor pueda cesar para crear esta interrupción, tiene que estar íntimamente ligada con su poder personal, por tanto, un benefactor no emplea ningún proceso para manejar el intento, sino que a través de su poder personal lo mueve y lo pone al alcance del aprendiz.

En el caso de Castaneda, don Juan logró el bloqueo funcional del primer anillo de poder mediante un proceso complejo, que combinaba tres, métodos: ingestión de plantas alucinógenas, manipulación del cuerpo y maniobrar el intento mismo. En el principio don Juan se apoyó fuertemente en la ingestión de plantas alucinógenas, al parecer a causa de la persistencia del lado racional de su aprendiz. El efecto fue tremendo, y sin embargo retardó la interrupción que se buscaba. El hecho de que las plantas fueran alucinógenas le ofrecía a la parte racional de Castaneda la justificación perfecta para congregar todos sus recursos disponibles para continuar ejerciendo el control. Castaneda estaba convencido de que podía explicar lógicamente cualquier cosa que experimentaba, junto con las inconcebibles hazañas que don Juan y don Genaro solían llevar a cabo para crear las interrupciones, como distorsiones perceptuales causadas por la ingestión de alucinógenos.

Don Juan decía que el efecto más notable de las plantas alucinógenas era algo que cada vez que las ingería Castaneda interpretaba como la peculiar sensación de que todo en torno a él exudaba una sorprendente riqueza. Había colores, formas, detalles que nunca antes había presenciado. Don Juan utilizó este incremento de su habilidad para percibir, y mediante una serie de órdenes y comentarios le forzaba a entrar en un estado de agitación nerviosa. Después manipulaba su cuerpo y le hacía cambiar de un lado al otro de la conciencia, hasta que había creado visiones fantasmagóricas o escenas completamente reales con criaturas tridimensionales que era imposible que existieran en este mundo.

Don Juan explicaba que una vez que se rompe la relación directa entre el intento y los desnates que estamos construyendo, ésta ya nunca se puede restituir. A partir de ese momento adquirimos la habilidad de atrapar una corriente de lo que él conocía como "intento fantasma", o el intento de los desnates que no están presentes en el momento o en el lugar de la interrupción, eso es, un intento que queda a nuestra disposición a través de algún aspecto de la memoria. Don Juan sostenía que con la interrupción del intento del primer anillo de poder nos volvemos receptivos y maleables; un nagual puede entonces introducir el intento del segundo anillo de poder.

Don Juan se hallaba convencido de que los niños de cierta edad se hallan en una situación parecida de receptividad; al estar privados de intento, quedan listos para que se les imprima cualquier intento accesible a los maestros que los rodean. Después de un periodo de ingestión continua de plantas alucinógenas, don Juan descontinuó totalmente su uso. Sin embargo, obtuvo nuevas y aún más dramáticas interrupciones en Castaneda manipulando su cuerpo y haciéndole cambiar de estados de conciencia, combinando todo esto con maniobrar el intento mismo. A través de una combinación de seductoras instrucciones y de comentarios apropiados, don Juan creaba una corriente de intento fantasma, y Castaneda era conducido a experimentar los desnates comunes y corrientes como algo inimaginable. Él conceptualizó todo eso como "vislumbrar la inmensidad del Águila". Don Juan le guió magistralmente a través de incontables interrupciones del intento hasta que se convenció, como vidente, que su cuerpo mostraba el efecto del bloqueo funcional del primer anillo de poder. Decía que podía ver una actividad desacostumbrada en su cascarón luminoso en torno al área de los omóplatos. La describió como un hoyuelo que se había formado exactamente como si la luminosidad fuese una capa muscular contraída por un nervio. Para Castaneda, el efecto del bloqueo funcional del primer anillo de poder resultó en que logró borrar la certeza que toda su vida había tenido de que era "real" todo lo que reportaban sus sentidos. Calladamente entró en un estado de silencio interior.

Don Juan decía que lo que les da a los guerreros esa extrema incertidumbre que su benefactor experimentó a fines de su vida, esa resignación al fracaso que él mismo se hallaba viviendo, es el hecho de que un vislumbre de la inmensidad del Águila nos deja sin esperanzas. La esperanza es resultado de nuestra familiaridad con los desnates y de la idea de que los controlamos. En tales momentos sólo la vida de guerrero nos puede ayudar a perseverar en nuestros esfuerzos por descubrir lo que el Águila nos ha ocultado, pero sin esperanzas de que podamos llegar a comprender alguna vez lo que vayamos a descubrir.

La segunda atención.

Don Juan explicaba que el examen de la segunda atención debe comenzar con darse cuenta de que la fuerza del primer anillo de poder, que nos encajona, es un lindero físico concreto. Los videntes lo han descrito como una pared de niebla, una barrera que puede ser llevada sistemáticamente a nuestra conciencia por medio del bloqueo del primer anillo de poder; y luego puede ser traspasada por medio del entrenamiento del guerrero. Al traspasar la pared de niebla, uno entra en un vasto estado intermedio. La tarea de los guerreros consiste en atravesarlo hasta llegar a la siguiente línea divisoria, que se deberá perforar a fin de entrar en lo que propiamente es el otro yo o la segunda atención. Don Juan decía que las dos líneas divisorias son perfectamente discernibles. Cuando los guerreros perforan la pared de niebla, sienten que se retuercen sus cuerpos, o sienten un intenso temblor en la cavidad de sus cuerpos, por lo general a la derecha del estómago o a través de la parte media, de derecha a izquierda. Cuando los guerreros perforan la segunda línea, sienten un agudo crujido en la parte superior del cuerpo, algo como el sonido de una pequeña rama seca que es partida en dos. Las dos líneas que encajonan a las dos atenciones, y que las sellan individualmente; son conocidas por los videntes como las líneas paralelas. Estas sellan las dos atenciones mediante el hecho de que se extienden hasta el infinito, sin permitir jamás el cruce a no ser que se les perfore. Entre las dos líneas existe un área de conciencia específica que los videntes llaman limbo, o el mundo que se halla entre las líneas paralelas. Se trata de un espacio real entre dos enormes órdenes de emanaciones del Águila; emanaciones que se hallan dentro de las posibilidades humanas de conciencia. Uno es el nivel que crea el yo de la vida de todos los días, y el otro es el nivel que crea el otro yo. Como el limbo es una zona transicional, allí los dos campos de emanaciones se extienden el uno sobre el otro. La fracción del nivel que nos es conocido, que se extiende dentro de esa área, engancha a una porción del primer anillo de poder; y la capacidad del primer anillo de construir desnates, nos obliga a percibir una serie de desnates en el limbo que son casi como los de la vida diaria, salvo que aparecen grotescos, insólitos y contorsionados. De esa manera el limbo tiene rasgos específicos que no cambian arbitrariamente cada vez que uno entra en él y que se parecen a los desnates de la vida cotidiana.

Don Juan sostenía que la sensación de pesadez que se experimenta en el limbo se debe a la carga creciente que se ha colocado en la primera atención. En el área que se halla justamente tras la pared de niebla aún podemos comportarnos como lo hacemos normalmente; es como si nos encontráramos en un mundo grotesco pero reconocible. Conforme penetramos más profundamente en él, más allá de la pared de niebla, progresivamente se vuelve más difícil reconocer los rasgos o comportarse en términos del yo conocido. Es posible hacer que en vez de la pared de niebla aparezca cualquier otra cosa, pero los videntes han optado por acentuar lo que consume menor energía: visualizar ese lindero como una pared de niebla no cuesta ningún esfuerzo. Lo que existe más allá de la segunda línea divisoria es conocido por los videntes como la segunda atención, o el otro yo, o el mundo paralelo; y el acto de traspasar los dos linderos es conocido como "*cruzar las líneas paralelas*".

Don Juan pensaba que Castaneda podía asimilar este concepto más firmemente si le describía cada dominio de la conciencia como una predisposición perceptual específica. Le dijo que, en el territorio de la conciencia de la vida cotidiana, nos hallamos irremediablemente enredados en la predisposición perceptual de la primera atención. A partir del momento en que el primer anillo de poder empieza a construir desnates, la manera de construirlos se convierte en nuestra predisposición perceptual normal. Romper la fuerza unificadora de la predisposición perceptual de la primera atención implica romper la primera línea divisoria. La predisposición perceptual normal pasa entonces al área intermedia que se halla entre las líneas paralelas. Uno continúa construyendo desnates casi normales durante un tiempo. Pero conforme se aproxima uno a lo que los videntes llaman la segunda línea divisoria, la predisposición perceptual de la primera atención empieza a ceder, pierde fuerza. Don Juan decía que esta transición está marcada por una repentina incapacidad de recordar o de comprender lo que se está haciendo. Cuando se alcanza la segunda línea divisoria, la segunda atención empieza a actuar sobre los guerreros que llevan a cabo el viaje. Si éstos son inexpertos, su conciencia se vacía, queda en blanco. Don Juan sostenía que esto ocurre porque se están aproximando a un espectro de las emanaciones del Águila que aún no tienen una predisposición perceptual sistematizada. Las experiencias de Castaneda con la Gorda y la mujer nagual más allá de la pared de niebla era un ejemplo de esa incapacidad. Viajó hasta el otro yo, pero no pudo recordar lo que había hecho por la simple razón de que su segunda atención se hallaba aún informulada y no le daba la oportunidad de organizar todo lo que había percibido.

Don Juan explicaba que uno empieza a activar el segundo anillo de poder forzando a la segunda atención a despertar de su estupor. El bloqueo funcional del primer anillo de poder logra esto. Después, la tarea del maestro consiste en recrear la condición que dio principio al primer anillo de poder, la conclusión de estar saturado de intento. El primer anillo de poder es puesto en movimiento por la

fuerza del intento dado por quienes enseñan a desnatar. Como maestro de Castaneda, Don Juan estaba dando entonces, un nuevo intento que crearía un nuevo medio perceptual. Don Juan decía que toma toda una vida de disciplina incesante, que los videntes llaman intento inquebrantable, preparar al segundo anillo de poder para que pueda construir desnates del otro nivel de emanaciones del Águila. Dominar la predisposición perceptual del yo paralelo es una hazaña de valor incomparable que pocos guerreros logran. Silvio Manuel era uno de esos pocos.

Don Juan advertía que no se debe intentar dominarla deliberadamente. Si esto ocurre, debe de ser mediante un proceso natural que se desenvuelve sin un gran esfuerzo de nuestra parte. Explicaba que la razón de esta indiferencia estriba en la consideración práctica de que al dominarla simplemente se vuelve muy difícil romperla, pues la meta que los guerreros persiguen activamente es romper ambas predisposiciones perceptuales para entrar en la libertad final de la tercera atención.

15. EL CONOCIMIENTO SILENCIOSO



"El descenso del espíritu lo es todo, pero no significa nada si no se llenan los requisitos del intento. Por lo tanto, cultiva el abandono, la frialdad y la audacia. En otras palabras, sé impecable." (Don Juan Matus, el Conocimiento Silencioso)

Don Juan decía que Nosotros no necesitamos que nadie nos enseñe brujería, porque en realidad no hay nada que enseñar. Todo lo que necesitamos es un maestro que nos convenza de que existe un poder incalculable al alcance de la mano. ¡Una verdadera paradoja! Cada guerrero que emprende el camino del conocimiento cree, tarde o temprano, que está aprendiendo brujería, y lo que está haciendo es dejarse convencer de que existe un poder escondido dentro de su ser y que puede alcanzarlo.

El nagual trata de convencer al guerrero de que puede alcanzar ese poder. Una vez que lo alcanzamos, el poder mismo hará uso de esos inaccesibles campos de energía. Y eso es la brujería. Empezamos entonces a ver, es decir, a percibir algo más, no como una cosa de la imaginación sino como algo real y concreto. Y después comenzamos a saber de manera directa, sin tener que usar palabras. Y lo que cada

uno de nosotros haga con esa percepción acrecentada, con ese conocimiento silencioso, dependerá de nuestro propio temperamento.

Limpiar el vínculo con el Intento

En el universo hay una fuerza inmensurable e indescriptible que los brujos llaman intento y absolutamente todo cuanto existe en el cosmos esta enlazado, ligado a esa fuerza por un vínculo de conexión. Por ello, el total interés de los brujos es delinear, entender y utilizar tal vínculo, especialmente limpiarlo de los efectos nocivos de las preocupaciones de la vida cotidiana. A este nivel, la brujería puede definirse como el proceso de limpiar nuestro vínculo con el intento.
Este proceso de limpieza es sumamente difícil de comprender y llevar a cabo. Por tanto, los brujos dividen sus enseñanzas en dos categorías. Una es la enseñanza dada en el estado de conciencia cotidiano, en el cual el proceso de limpieza es revelado en forma velada y artificiosa; la otra, es la enseñanza dada en estados de conciencia acrecentada. En tales estados los brujos obtienen el conocimiento directamente del intento, sin la intervención del lenguaje hablado.

Don Juan explicaba que, empleando la conciencia acrecentada y a través de miles de años de tremendos esfuerzos, los brujos obtuvieron un conocimiento específico y al mismo tiempo incomprensible acerca del intento; y que habían pasado ese conocimiento de generación en generación hasta nuestros días. Decía que la tarea principal de la brujería consiste en tomar ese incomprensible conocimiento y hacerlo comprensible al nivel de la conciencia cotidiana. El papel que desempeña el maestro en la vida de los brujos es ser el guía, el "nagual" y el nagual es un hombre o una mujer dotado de extraordinaria energía; un maestro dotado de sensatez, paciencia e increíble estabilidad emocional; un brujo, al cual los videntes ven como una esfera luminosa con cuatro compartimentos, como si cuatro esferas luminosas estuvieran comprimidas unas contra las otras. Su extraordinaria energía les permite a los naguales intermediar; les permite ser un viaducto que canaliza y transmite, a quien fuera, la paz, la armonía, la risa, el conocimiento, directamente de la fuente, del intento.

Son los naguales quienes tienen la responsabilidad de suministrar lo que los brujos llaman la "oportunidad mínima": el estar consciente de nuestra propia conexión con el intento.

Escribir un libro desde la brujería
El mismo don Juan asignó a Castaneda la tarea de escribir sobre las premisas de la brujería. Al poco tiempo de haber empezado su aprendizaje, le sugirió una vez que escribiera un libro, a fin de aprovechar las cantidades de notas que él había acumulado sin noción alguna de qué hacer con ellas.

Don Juan le decía que, aunque no era escritor podía usar la brujería para escribir:

Se trataba primero de hacer una imagen mental de sus vaivenes en la brujería, como si estuviera reviviéndolos; después debía ensoñarlos: verlos en sus sueños; y luego tenía que ensoñar el texto del libro que quería escribir; verlo en sus sueños. Para él escribir un libro no podía ser un ejercicio literario sino, más bien, un ejercicio de brujería. Sería lo que hoy en día llamamos libros canalizados.

Los centros Abstractos de la brujería

Don Juan enseñó a Castaneda los principios y aplicaciones de las maestrías del acecho y del intento con ayuda de dos de sus compañeros: un brujo llamado Vicente Medrano y otro llamado Silvio Manuel. Desafortunadamente, todo lo que aprendió acerca de estas dos maestrías quedó oculto en lo que don Juan denominó las complejidades de la conciencia acrecentada.
No pudo describir o inclusive pensar de manera coherente acerca del arte del acecho y maestría del intento. Su error fue el creer que era posible incluirlos en la memoria normal. Es posible, pero al mismo tiempo no lo es. Con el propósito de resolver esta contradicción, los encaró indirectamente, a través del tópico final de las enseñanzas de don Juan: las historias de los brujos del pasado. Don Juan le relató estas historias para hacer evidente lo que él llamaba los centros abstractos de sus lecciones. Pero él fue incapaz de captar la naturaleza de esos centros abstractos, pese a sus amplias explicaciones, las cuales estaban diseñadas para abrirle la mente más que para explicar su conocimiento de manera racional.

Su modo de hablar le hizo creer, por muchos años, que sus explicaciones de los centros abstractos eran como disertaciones académicas; todo lo que fue capaz de hacer bajo tales circunstancias, fue aceptar de manera incondicional tales explicaciones. Y así, el significado de los centros abstractos pasó a formar parte de su aceptación tácita de las enseñanzas de don Juan, pero sin la meticulosa valoración que es esencial para entender tal significado. Don Juan le dio a conocer dieciocho centros abstractos. En su libro el conocimiento silencioso trata con la primera serie compuesta de los seis siguientes: *las manifestaciones del espíritu, el toque del espíritu, los trucos del espíritu, el descenso del espíritu, los requisitos del intento, y el manejo del intento.*

A los brujos les interesa vivamente su pasado. Pero no su pasado como personas. Para los brujos, el pasado significa lo que hicieron los brujos de otras eras. Y lo que vamos a hacer ahora es examinar ese pasado. El hombre común y corriente también examina su pasado; pero es siempre su pasado personal lo que examina y siempre por razones personales. Los brujos hacen todo lo contrario, consultan su pasado a fin de obtener un punto de referencia.

El hombre común y corriente se hunde en el pasado, ya sea su propio común pasado o el pasado de su época, para justificar sus acciones del momento o sus acciones del futuro o para hallar un modelo de conducta. Sólo los brujos buscan auténticamente un punto de referencia en su pasado.

Para los brujos, obtener un punto de referencia significa examinar el intento. Lo cual es exactamente el propósito de este tema de instrucción. Y nada les puede proporcionar a los brujos una mejor noción del intento que el examen de las historias de los otros brujos que batallaron por entender esa fuerza. Hay veintiún centros abstractos en la brujería. Y, basadas en esos centros abstractos, hay cantidades de historias de brujería, historias de naguales del linaje tolteca luchando por entender el espíritu. Es hora de hablar de los centros abstractos y de las historias de brujería.

Don Juan explicaba que cada uno de los actos realizados por los brujos, especialmente por los naguales, tenían como finalidad el reforzar el vínculo de conexión con el intento, o eran actos provocados por el vínculo mismo. Por esta razón, los brujos y los naguales en particular, debían estar activa y permanentemente alerta en espera de las manifestaciones del espíritu. A tales manifestaciones se les llamaban gestos del espíritu o, de manera más sencilla, indicaciones, augurios, presagios.

Es muy difícil que los brujos lleguen a malinterpretar los augurios; el desconcertante efecto del vínculo de conexión con el intento es darle a uno la capacidad de saber las cosas directamente, por tanto, cuando interpretan un augurio, los brujos saben su significado exacto sin tener la más vaga noción de cómo lo saben. Su grado de certeza depende de la fuerza y claridad de su vínculo de conexión. Y debido a que los brujos deliberadamente procuran comprender y reforzar ese vínculo, se podría decir que intuyen todo con precisión y seguridad infalibles.

La interpretación de augurios es un asunto tan rutinario para ellos que cometen errores sólo cuando sus sentimientos personales enturbian su vínculo con el intento. De otra manera, su conocimiento directo es totalmente exacto y funcional.

El espíritu se les manifiesta a los brujos en cada paso que dan, sobre todo a los naguales. Sin embargo, la verdad es que el espíritu se revela a todo el mundo con la misma intensidad y persistencia, pero sólo los brujos, y en especial los naguales, le prestan atención.

Las manifestaciones del Espíritu

El Primer Centro Abstracto

El nombre es un poco confuso. Las manifestaciones del espíritu es realmente el primer centro abstracto alrededor del cual se construye la primera historia de brujería. Ese primer centro abstracto tiene en sí una historia particular:

"La historia dice que hubo una vez un hombre, un Hombre común y corriente sin ningún atributo especial. Era, como todos los demás, un conducto del espíritu y por esta virtud, como todos los, demás, formaba parte del espíritu, parte de lo abstracto. Pero él no lo sabía. El mundo lo mantenía tan ocupado que carecía del tiempo y de la inclinación para examinar el asunto. El espíritu trató inútilmente de ponerle al descubierto el vínculo de conexión entre ambos. Por medio de una voz interior, el espíritu le reveló sus secretos, pero el hombre fue incapaz de comprender las revelaciones. Oía la voz interior, naturalmente, pero creía que era algo de él. Estaba convencido de que lo que él sentía eran sus propios sentimientos y que lo que pensaba eran sus propios pensamientos. Con el fin de sacarlo de su modorra, el espíritu le dio tres señales, tres manifestaciones sucesivas. Tres veces el espíritu, de la manera más obvia, se cruzó físicamente en el camino del hombre. Pero el hombre permanecía inconmovible ante cualquier cosa que no fuera su interés personal."

Ese es el primer centro abstracto. Lo único que don Juan añadía es que debido a que el hombre se negó en absoluto a comprender, el espíritu se vio en la necesidad de usar el ardid. Y la treta se transformó en la esencia del camino de los brujos. Don Juan explicaba que los brujos concebían los centros abstractos como planos previos de los hechos, o como patrones recurrentes que aparecían cada vez que el intento iba a mostrar algo significativo. Los centros abstractos, en este sentido, eran mapas completos de series enteras de acontecimientos. Aseguraba que a través de medios que iban, más allá de la comprensión, cada detalle de cada centro abstracto se repetía con cada aprendiz nagual. Aseguraba también que el maestro Nagual ayudaba al intento a involucrar al Nagual aprendiz en todos los centros abstractos de la brujería. El modo mediante el cual cada aprendiz nagual se encontraba con esos centros abstractos permitía el desarrollo de historias entretejidas alrededor de esos centros abstractos. Lo único nuevo de cada historia eran los detalles particulares de la personalidad y las circunstancias de cada aprendiz.

El Nagual nunca habla específicamente de este tema al aprendiz, porque tradicionalmente se lo deja como tema oculto. Es el último artificio del espíritu. Se dice que, cuando el aprendiz comprende los centros abstractos, es como si pusiera la piedra que cierra y sella una pirámide.

El toque del Espíritu

El segundo centro abstracto

El intento crea edificios frente a nosotros y nos invita a entrar en ellos. Esta es la manera como los brujos entienden su mundo; creen que cada cosa que pasa a su alrededor es un edificio creado por el intento. El orden básico de las enseñanzas, representa dos cosas: el edificio que el intento construye, en un abrir y cerrar de ojos y coloca frente a nosotros para que entremos en él, y las señales que nos da para que no nos perdamos una vez dentro.

El segundo centro abstracto de las historias de brujería se llama el Toque del Espíritu. El primer centro, las Manifestaciones del Espíritu, es el edificio que el intento construye y coloca frente al brujo, invitándolo a entrar. Es el edificio del intento visto por un brujo. El Toque del Espíritu es el mismo edificio visto por el principiante al que se invita, o más bien se obliga a entrar.

Este segundo centro abstracto también podría ser una historia en sí. Y esa historia dice:

"Después de que el espíritu se manifestó, a ese hombre de quien ya hablábamos, sin obtener respuesta, el espíritu le tendió una trampa. Un subterfugio decisivo, no porque el hombre tuviera nada de especial, sino porque, debido a la incomprensible cadena de eventos desatada por el espíritu, el hombre estaba disponible en el preciso momento en que el espíritu tocó la puerta. No hace falta decir que todo cuanto el espíritu le reveló a ese hombre no solamente carecía de sentido para él, sino que de hecho iba contra todo lo que ese hombre sabía, contra todo lo que él era. Claro está, el hombre rehusó de inmediato y en forma bastante hosca a tener algo que ver con el espíritu. No iba a dejarse engañar por esas tonterías tan absurdas. Él sabía lo que hacía. Y así, el espíritu y ese hombre quedaron absolutamente estancados."

Después de practicar por toda una vida, los brujos, en especial los naguales, saben si el espíritu los está, o no los está, invitando a entrar al edificio dispuesto delante de ellos. Han aprendido a disciplinar su vínculo con el intento; de ese modo siempre están prevenidos; siempre saben lo que el espíritu les depara.
Desde el punto de vista del espíritu, la brujería consiste en limpiar el vínculo que tenemos con el Intento. El edificio que el espíritu empuja delante de nosotros, es en esencia, como una oficina de viajes, en la cual encontramos no tanto los procedimientos para franquear nuestro vínculo con el intento, como el conocimiento silencioso que nos permite ganar nuestro pasaje. Sin ese conocimiento silencioso no habría ningún procedimiento que funcionara.

Los eventos desencadenados por los brujos con ayuda del conocimiento silencioso son tan sencillos, pero al mismo tiempo de proporciones abstractas tan inmensas, que los brujos decidieron, miles de años atrás, referirse a esos eventos sólo en

términos simbólicos. Las manifestaciones y el toque del espíritu son ejemplos de ello. Don Juan decía que, por ejemplo, una descripción de lo que sucede durante el encuentro inicial entre un nagual y su posible aprendiz, desde el punto de vista del brujo, sería absolutamente incomprensible. Sería un perfecto disparate explicar que el nagual, gracias a su gran experiencia, está usando algo para nosotros inimaginable: su segunda atención, un estado de conciencia enriquecido a través de su entrenamiento en la brujería. Y lo está usando para enfocarlo en su invisible vínculo con un abstracto indefinible, con el propósito de hacer evidente el vínculo que tiene la otra persona, el aprendiz, con ese abstracto indefinible.

Cada uno de nosotros, como individuos, estamos separados del conocimiento silencioso por barreras naturales, propias de cada individuo.

Don Juan decía que nosotros, como hombres comunes y corrientes, no sabemos que algo real y funcional, nuestro vínculo con el intento, es lo que nos produce nuestra preocupación ancestral acerca de nuestro destino. Aseguraba que durante nuestra vida activa nunca tenemos la oportunidad de ir más allá del nivel de la mera preocupación ya que, desde tiempos inmemoriales el arrullo de la vida cotidiana nos adormece. No es sino hasta el momento de estar al borde de la muerte que nuestra preocupación ancestral acerca de nuestro destino cobra un diferente cariz. Comienza a presionarnos para que veamos a través de la niebla de la vida diaria. Pero por desgracia, este despertar siempre viene de la mano con la pérdida de energía provocada por la vejez. Y no nos queda fuerza suficiente para transformar nuestra preocupación en un descubrimiento positivo y pragmático. A esa altura, todo lo que nos queda es una angustia indefinida y penetrante; un anhelo de algo incomprensible; y una rabia comprensible, por haber perdido todo.

La dificultad para comprender el Espíritu

De acuerdo al nagual Elías la dificultad es nuestra resistencia a aceptar la idea de que el conocimiento puede existir sin palabras para explicarlo. El aceptar esta proposición no es tan sencillo como decir: la acepto. El nagual Elías decía que toda la humanidad se había alejado de lo abstracto y que alguna vez debió de haber sido nuestra fuerza sustentadora. Luego sucedió algo que nos apartó de lo abstracto y ahora no podemos regresar a él.

El nagual decía que un aprendiz tarda años para estar en condiciones de regresar a lo abstracto; es decir, para saber que el lenguaje y el conocimiento pueden existir independientemente el uno del otro. Don Juan reiteraba que el punto crítico de nuestra dificultad de retornar a lo abstracto es nuestra resistencia a aceptar que podemos saber sin palabras e incluso sin pensamientos.

El conocimiento y el lenguaje son cosas separadas. No hay manera de hablar del Espíritu porque al Espíritu sólo se lo puede experimentar. Los brujos tratan de dar

una noción de esto al decir que el Espíritu no es nada que se pueda ver o sentir, pero que siempre está ahí, vaga indistintamente encima de nosotros. Algunas veces, hasta llega a tocarnos, sin embargo, la mayor parte del tiempo permanece indiferente.

En gran medida, el Espíritu es una especie de animal salvaje que mantiene su distancia con respecto a nosotros hasta el momento en que algo lo tienta a avanzar. Es entonces cuando se manifiesta.

Entonces, podemos pensar en el Espíritu como un ente, o una presencia, o algo que tuviera esencia, pero eso es sólo una idea de lo que es. Por ejemplo, para nosotros, decir la esencia interna del hombre, o el principio fundamental es tocar lo abstracto; o probablemente decir algo menos vago, algo así como el carácter, la volición, la hombría, la dignidad, el honor. El Espíritu, por supuesto, puede ser descrito mediante todos estos términos abstractos. Y eso es lo que resulta confuso, ser todo eso y no serlo al mismo tiempo.

Lo que consideramos como lo abstracto es, o lo opuesto a todas las cosas prácticas, o algo que se nos ha ocurrido considerar como carente de existencia concreta. Por otro lado, para un brujo, lo abstracto es algo que no tiene paralelo en la condición humana.

Para un brujo, el Espíritu es lo abstracto, porque para conocerlo no necesita de palabras, ni siquiera de pensamientos; es lo abstracto, porque un brujo no puede concebir qué es el Espíritu. Sin embargo, sin tener la más mínima oportunidad o deseo de entenderlo, el brujo lo maneja; lo reconoce, lo llama, lo incita, se familiariza con él, y lo expresa en sus actos. La raíz de nuestra confusión es el uso del término "abstracto" para denominar al Espíritu. Para nosotros, "abstracto" es algo que denota estados de intuición. Un ejemplo es la palabra "Espíritu", que no describe la razón ni la experiencia práctica y que, claro, según nosotros, no sirve más que para aguijonear nuestra fantasía.

Los trucos del Espíritu

Quitar el polvo del vínculo con el Espíritu

El tercer centro abstracto se llama los Trucos del Espíritu, o los trucos de lo abstracto, o el acecharse a sí mismo, o el desempolvar el vínculo con el intento. Y otra vez, como en el caso del primer y el segundo centro abstracto, hay una historia básica.

"La historia dice que, después de tocar la puerta del hombre de quien ya hablamos sin tener ningún éxito, el espíritu siguió el único camino posible: el ardid. Después de todo, el espíritu

había resuelto sus dificultades anteriores como el hombre por medio del ardid. Era obvio que si quería que ese hombre le prestara atención debía engatusarlo de nuevo. De esa manera, el espíritu empezó a instruirlo en los misterios de la brujería. Y así es como el aprendizaje de la brujería se transformó en lo que es: una ruta de artificio y subterfugio. La historia dice que el espíritu engatusó al hombre haciéndolo cambiar una y otra vez de niveles de conciencia, con el fin de explicarle en ambos reinos cómo ahorrar energía y reforzar su vínculo de conexión. Don Juan decía que, si aplicábamos esta historia a un ambiente moderno, nos encontraríamos con el caso del nagual, conducto viviente del espíritu, que repite la estructura de este centro abstracto y recurre al artificio y al subterfugio para enseñar."

Todas estas historias poseen la misma estructura, sólo difieren los personajes. Cada historia es una tragicomedia abstracta con un actor abstracto, el intento y dos actores humanos, el nagual y su aprendiz. El guión es el centro abstracto.

Lo primero que hace un nagual con su aprendiz es jugarle una treta; en otras palabras, le da un empujón en su vínculo con el Espíritu. Hay dos formas de hacerlo. Una es por medios naturales, poner al aprendiz frente a situaciones que le ayuden y la otra es directamente por medio de la brujería, como hacían los antiguos naguales.

Estos eran capaces de las más tremendas transformaciones físicas y de utilizar a sus aliados para desempolvar el vínculo del aprendiz con el Espíritu.

Don Juan explicaba que la percepción es como la bisagra de todo lo que el hombre es y hace, y que la percepción está regida por la ubicación del punto de encaje. Por lo tanto, si el punto de encaje cambia de posición, la percepción del mundo cambia de acuerdo con ella. Es el cambio de percepción lo que trae el cambio de apariencia. El brujo que sabe exactamente dónde poner su punto de encaje puede transformarse en lo que quisiera. La pericia del nagual Julián para mover su punto de encaje era tal que podía efectuar las transformaciones más sutiles. El que un brujo se transforme en cuervo, por ejemplo, es definitivamente una gran hazaña, pero requiere un enorme, y por lo tanto, tosco movimiento del punto de encaje. Pero transformarse en un hombre gordo, o en un hombre viejo es algo que requiere el movimiento más sutil del punto de encaje y el conocimiento más sagaz de la naturaleza humana.

El descenso del Espíritu

Ver al Espíritu

Los brujos creen que, hasta el momento mismo en que desciende el Espíritu, cualquier brujo puede dejar la brujería, puede alejarse del Espíritu, pero ya no después.

El cuarto centro abstracto es el golpe brutal del descenso del Espíritu. El cuarto centro abstracto es un acto de revelación. El Espíritu se nos revela. Los brujos dicen que el Espíritu nos espera emboscado y luego desciende sobre nosotros, su presa. Dicen los brujos que ese descenso casi siempre viene velado. Sucede, pero parece no haber sucedido en absoluto.

Existe un umbral que, una vez franqueado, no permite retiradas. Normalmente, desde el momento en que el espíritu toca la puerta, pasan años antes de que el aprendiz llegue a ese umbral. Sin embargo, en algunas ocasiones se logra llegar a él casi de inmediato.

Don Juan decía que todos los brujos tenían la obligación de recordar muy claramente cuándo y cómo habían cruzado ese umbral, a fin de fijar en sus mentes el nuevo estado de su potencial perceptivo. Explicó que cruzar ese umbral significa entrar a un nuevo mundo, y que no es esencial el ser aprendiz de brujo para llegar a ese umbral; la única diferencia entre el hombre común y corriente y el brujo, en esos casos, es lo que cada uno pone en relieve. El brujo recalca el cruce del umbral y usa ese recuerdo como punto de referencia. El hombre común y corriente recalca el hecho de que se refrena de cruzarlo y de que hace lo posible por olvidarse de haber llegado a él.

Dicen los brujos que el cuarto centro abstracto nos acontece cuando el espíritu corta las cadenas que nos atan a nuestro reflejo. Cortar nuestras cadenas es algo maravilloso, pero también algo muy fastidioso porque nadie quiere ser libre. Comprender el secreto de nuestras cadenas es saber que nos aprisionan; que nos mantienen amarrados a ese reflejo nuestro a fin de defendernos de los ataques de lo desconocido. Una vez que nuestras cadenas están rotas, ya no estamos atados a las preocupaciones del mundo cotidiano. Aún estamos en el mundo diario, pero ya no pertenecemos a él. Para pertenecer a él debemos compartir las preocupaciones y los intereses de la gente, y sin cadenas no podemos.

Don Juan decía que el nagual Elías le había explicado que la característica de la gente normal es que compartimos una daga metafórica: la preocupación por nuestro reflejo. Con esa daga nos cortamos y sangramos. La tarea de las cadenas de nuestro reflejo es darnos la idea de que todos sangramos juntos, de que compartimos algo maravilloso: nuestra humanidad. Pero si examináramos lo que nos pasa,

descubriríamos que estamos sangrando a solas, que no compartimos nada, y que todo lo que hacemos es jugar con una obra del hombre: nuestro predecible reflejo. Los brujos ya no son parte del mundo diario, simplemente porque ya no son presa de su reflejo.

"La historia cuenta que, a fin de revelar los misterios de la brujería al hombre del que hemos estado hablando, fue necesario que el espíritu descendiera. El espíritu eligió un momento en que el hombre estaba distraído, con la guardia baja y, sin mostrar piedad alguna, dejó que su presencia moviera, por sí misma, el punto de encaje de ese hombre a una determinada posición. Una posición que los brujos describen como el sitio donde uno pierde la compasión o el sitio donde no hay piedad. Puesto que el hombre de nuestra historia perdió allí la compasión, el no tener compasión se convirtió en el primer principio de la brujería. "El primer principio nunca debe confundirse con el primer efecto del aprendizaje de brujería, que es el moverse desde la conciencia normal a la conciencia acrecentada."

Don Juan explicaba que, según todas las apariencias, el moverse de un estado de conciencia al otro es lo primero que le ocurre a un aprendiz de brujo. Por consiguiente, es natural para un aprendiz asumir que el movimiento del punto de encaje es el primer principio de la brujería. Pero no es así. El primer principio de la brujería es el no tener compasión.

Por misterioso que sea el moverse a la conciencia acrecentada sólo hace falta la presencia del Espíritu para lograrlo. Lo más importante es que comprendamos que un mero contacto con el Espíritu basta para facilitar el movimiento del punto de encaje. El nagual es el conducto del Espíritu. Hay dos razones por las que el nagual puede dejar que el Espíritu se exprese a través de él. Una es porque pasa toda su vida redefiniendo impecablemente su vínculo de conexión con el intento, y la otra es porque tiene más energía que el hombre común y corriente.

Por ello, lo primero que experimenta un aprendiz de brujo es un cambio en su nivel de conciencia, un cambio provocado simplemente por la presencia del nagual. En realidad, no hay, ni se necesita ningún procedimiento para mover el punto de encaje. El Espíritu toca al aprendiz a través del nagual y su punto de encaje se mueve. Es así de simple.

Podríamos pensar debido a lo que hemos leído en las historias de Castaneda con don Juan, que la conciencia acrecentada era posible gracias a una maniobra sofisticada, aunque inexplicable, que don Juan llevaba a cabo para guiar la percepción de Castaneda. A lo largo de sus años de relación, una y otra vez don Juan había hecho entrar en la conciencia acrecentada a Castaneda golpeándole la espalda. Pero don Juan reveló después que lo de golpear la espalda es una genuina maniobra para manejar la percepción la primera vez que se pone en práctica. De allí en adelante es solo una treta para atrapar la atención y borrar las dudas. El hecho

de que él insistiera en darle palmadas lo llamó un pequeño ardid, producto de su personalidad moderada. Comentó, no del todo en broma, que él debía estar agradecido de que don Juan fuera un hombre tan simple y tan poco dado a lo morboso. De lo contrario, para que se pudiera borrar cualquier duda de su mente y el Espíritu pudiera mover su punto de encaje, habría tenido que vérselas con ritos macabros.

Lo que se necesita para que la magia pueda apoderarse de nosotros es borrar nuestras dudas. Una vez que las dudas desaparecen, todo es posible. Don Juan hizo recordar a Castaneda un acontecimiento que había presenciado en la ciudad de México, el cual le había resultado incomprensible hasta que don Juan se lo explicó, utilizando el paradigma de los brujos. Lo que había presenciado fue una operación quirúrgica llevada a cabo por una famosa curandera psíquica. Su paciente fue un amigo de Castaneda y, para operarlo, la curandera entró en un trance muy dramático. Pudo observar que, utilizando un cuchillo de cocina, abrió la cavidad abdominal del paciente en la región umbilical, separó el hígado enfermo, lo lavó en un balde de alcohol, volvió a ponerlo en su sitio y cerró la abertura, que no tenía ni gota de sangre, con la mera presión de sus manos. Varias personas, que estuvieron presentes en la habitación en penumbra, presenciaron la operación. Algunos parecían haber sido invitados como Carlos, los otros, parecían ser los ayudantes de la curandera.

Después de la operación, Castaneda habló brevemente con tres de los invitados. Todos estaban de acuerdo en que habían presenciado lo mismo que él. Cuando habló con su amigo, el paciente, le contó que él sólo había sentido un dolor constante, pero no fuerte, en el estómago y una sensación de ardor en el lado derecho. Le había relatado todo esto a don Juan y hasta se atrevió a dar una explicación cínica. Dijo que, en su opinión, la penumbra del cuarto se prestaba perfectamente para la prestidigitación, y que eso podría explicar el hecho de que vieran los órganos internos fuera de la cavidad abdominal, enjuagados en el balde de alcohol. Por otro lado, el impacto emocional causado por el dramático trance de la curandera, que también le pareció un truco, ayudó a crear entre los presentes una atmósfera de fe casi religiosa.

De inmediato don Juan señaló que esto era una opinión cínica en vez de una explicación cínica, pues no explicaba el hecho de que mi amigo se hubiera recuperado de su enfermedad. Don Juan propuso entonces una explicación basada en el conocimiento de los brujos. Dijo que todo el acontecimiento se basaba en el hecho, incomprensible para la razón, *de que la curandera fuese capaz de mover el punto de encaje del exacto número de personas en la habitación que se encontraban*. El único truco, si así se le podía llamar, era que el número de personas no excediera el que ella podía manejar. Su dramático trance y el histrionismo consiguiente eran, según don

Juan, o bien artificios conscientemente usados para atrapar la atención de los presentes o maniobras dictadas por el espíritu mismo, para ser usadas conscientemente. Como fuese, constituían el medio más apropiado para que la curandera pudiera fomentar la unidad de pensamiento necesaria para borrar dudas en los presentes, y así forzarlos a entrar en la conciencia acrecentada. Abrir el cuerpo con un cuchillo de cocina y extraer los órganos internos no fue prestidigitación, afirmó don Juan. Fue algo auténtico y real.

Pero, en vista de que ocurrió en la conciencia acrecentada, estaba fuera del criterio cotidiano. Carlos le había preguntado a don Juan cómo era posible que la curandera moviera los puntos de encaje de esas personas sin tocarlas. Su respuesta fue que el poder de la curandera, ya fuera un don o un estupendo logro, era servir de conducto al Espíritu. Era el Espíritu y no la curandera, dijo, el que había movido esos puntos de encaje.

El arte y el poder de esa mujer consistían en borrar las dudas de los presentes. Al hacer eso, ella podía permitir que el Espíritu moviera sus puntos de encaje. Una vez que esos puntos estaban en una nueva posición, todo era posible. Habían entrado en el reino donde los milagros son cosas de todos los días.

La curandera debía de ser también bruja. Don Juan dijo a Castaneda que, si hacía un esfuerzo por recordar la operación, vería que ella había mostrado no tener compasión con los presentes, especialmente con el enfermo. Tanto el timbre como el tono de la voz, seca y femenina de la curandera, cambiaron dramáticamente cuando entró en trance. Su voz se volvió ronca y profunda, como la de un hombre. Fue esa voz la que anunció que el espíritu de un guerrero de la antigüedad precolombina se había posesionado del cuerpo de la curandera. Una vez que el anuncio fue hecho, la actitud de la mujer cambió dramáticamente. Estaba poseída. Absolutamente segura de sí misma procedió a operar con total certidumbre y firmeza. En vez de decir que tenía certidumbre y firmeza, don Juan prefirió decir que esa curandera, a fin de crear un ambiente adecuado para la intervención del espíritu, no tuvo compasión. Aseveró que sucesos difíciles de explicar, como esa operación, eran en realidad muy simples. Lo que los tornaba difíciles era nuestra insistencia en analizarlos con pensamientos cotidianos. Si no pensábamos, todo resultaba claro.

Retorno al paraíso

Don Juan decía que es imposible para los brujos tener una visión continua de las emanaciones del Águila, a no ser a través del ensueño. El universo está formado por campos de energía que desafían las descripciones o el escrutinio, y por ello los brujos las llaman las emanaciones del Águila. Parecen filamentos de luz ordinaria, pero la luz ordinaria carece de vida comparada con las emanaciones del Águila, las cuales exudan conciencia de ser.



La percepción normal ocurre cuando el intento, el cual es energía pura, enciende una porción conocida de los filamentos luminosos dentro de nuestro capullo y, al mismo tiempo, enciende una extensión de los mismos filamentos luminosos que se extienden hasta el infinito fuera de nuestro él. La percepción extraordinaria, el ver, ocurre cuando se enciende un grupo no conocido de campos de energía. Ese brillo no es otra cosa que la fuerza del intento y al punto de encaje se debería llamar el punto del intento.

Don Juan hablaba del desarrollo del pensamiento racional de los antiguos brujos. Decía que primeramente los brujos creyeron haber descubierto que el alineamiento era la fuente misma de la conciencia de ser. Mediante el ver, los brujos encontraron que el estar consciente de ser aparece cuando un grupo de los campos de energía encerrados dentro de nuestro capullo luminoso se alinea, por así decirlo, con los mismos campos de energía fuera de él. No obstante, al examinar todo eso con más cuidado, se les hizo evidente que lo que ellos llamaban el alineamiento de las emanaciones del Águila no era suficiente para explicar lo que estaban viendo. Veían que sólo una porción muy pequeña del número total de filamentos luminosos dentro del capullo estaba encendida, el resto no lo estaba. El ver encendido a ese pequeño grupo de filamentos había creado un falso sentido de descubrimiento. Los filamentos no necesitaban estar alineados, porque los que estaban encerrados dentro del capullo eran los mismos que los que estaban fuera. *Lo que necesitaban era estar encendidos*.

El capullo luminoso es simplemente una cápsula transparente que encierra una minúscula porción de unas hebras luminosas de infinita extensión. Lo que las ilumina debe ser, en definitiva, una fuerza independiente. Consideraron entonces que lo importante era el acto de encender los filamentos luminosos. Como no podían llamarlo alineamiento, lo llamaron voluntad o la fuerza encendedora. Al volverse su ver todavía más sofisticado y eficaz, los brujos se dieron cuenta de que lo que llamaban la voluntad no es solamente la fuerza que es responsable de nuestra conciencia de ser, sino también de todo cuanto existe en el universo. Vieron que es una fuerza que posee conciencia total y que surge de los propios campos de energía que componen el universo. Decidieron entonces que era preferible llamarla intento, en vez de voluntad. Pero a la larga el nombre probó ser inadecuado, porque no hace destacar la inconcebible importancia de esa fuerza ni su activa conexión con todo lo existente.

Don Juan aseguraba que nuestro gran error colectivo, es vivir nuestras vidas sin tener en cuenta para nada esa conexión. Para nosotros, lo precipitado de nuestra existencia, nuestros inflexibles intereses, preocupaciones, esperanzas, frustraciones y miedos, tienen prioridad. En el plano de nuestros asuntos prácticos, no tenemos ni la más vaga idea de que estamos unidos con todo lo demás. Don Juan expresaba

también su creencia de que uno de los conceptos del cristianismo, el de haber sido expulsados del paraíso, le sonaba a él como la alegoría de la pérdida de nuestro conocimiento silencioso, nuestro conocimiento del intento. La brujería era entonces un regreso al comienzo, un retorno al paraíso.

Estar conscientes del intento

Don Juan afirmaba que el espíritu no es algo que uno pueda usar o comandar o hacer que se mueva de ninguna forma, no obstante, uno puede usarlo, comandarlo o moverlo como uno quiera. Esta contradicción es la esencia de la brujería. Y por no entenderla, generaciones enteras de brujos han sufrido dolores y pesares inimaginables.

Los brujos de hoy en día, en un esfuerzo por evitar pagar este exorbitante precio de dolor, han desarrollado un código de conducta llamado "*el camino del guerrero*", o la acción impecable. Un código de conducta que los prepara realzando su cordura y su prudencia. Don Juan explicaba que en otros tiempos, en el pasado remoto, los brujos estuvieron profundamente interesados en el vínculo de conexión general que el intento posee con todas las cosas. Al concentrar su segunda atención en ese vínculo, adquirieron no sólo el conocimiento directo, sino también la capacidad de manejar ese conocimiento y ejecutar asombrosas hazañas. Sin embargo, no adquirieron el buen juicio necesario para manejar todo ese poder.

Los brujos, mostrando más cordura, decidieron entonces concentrar su segunda atención solamente en el vínculo de criaturas que poseen conciencia de ser. Estas incluyeron la gama entera de los seres orgánicos existentes, así como la gama total de los que los brujos llaman seres inorgánicos o aliados, a los que describen como entes que poseen conciencia de ser pero no vida, por lo menos, de la manera en que nosotros entendemos la vida. Esta solución tampoco tuvo éxito, porque una vez más, no les trajo ni sabiduría ni buen juicio.

En su siguiente reducción, los brujos concentraron su segunda atención sólo en el vínculo que conecta a los seres humanos con el intento. El resultado final fue muy parecido a los anteriores. Los brujos sensatos buscaron una reducción final: cada brujo debía preocuparse solamente por su conexión individual. Pero esto resultó ser igualmente inútil. Don Juan decía que a pesar de existir una gran diferencia entre estas cuatro áreas de interés, todas ellas eran igual de peligrosas.

Así pues, al final los brujos acabaron por enfocar sólo la capacidad que posee cada vínculo de conexión con el intento para moverse más allá de todo lo concebible y permitir, así, la percepción de mundos inimaginables. Todo lo demás, pertinente al movimiento del punto de encaje lo dejaron de lado. Aseguraba que todos los brujos modernos debían luchar con ferocidad inigualable para lograr el buen juicio. Hacía hincapié en que la lucha de un nagual es especialmente feroz, porque un nagual es

más fuerte, controla mejor los campos de energía que determinan la percepción y tiene más entrenamiento y más familiaridad con el conocimiento silencioso, el cual no es más que el contacto directo con el intento.

La meta de la brujería es restablecer el conocimiento silencioso reviviendo el vínculo con el intento; particularmente, llegar a controlarlo pero sin sucumbir a él. Los centros abstractos de las historias de brujería son, por lo tanto, diferentes matices del conocimiento silencioso, diferentes grados de nuestra capacidad de estar conscientes del intento.

No se necesita ser un genio para darse cuenta de que casi no hay ninguna manera de hablar acerca del intento. Pero decir eso no significa nada en particular, y ésta es la razón por la que los brujos se fían de las historias de brujería, con la esperanza de que algún día quien las escuche entienda sus centros abstractos.

Acecharse a uno mismo

A veces tenemos la sensación de estar embotados, pesados. Esa sensación de estar enfrascado es algo que todos los seres humanos experimentamos. Eso es lo que nos hace acordarnos de que tenemos un vínculo con el intento. Para los brujos esa sensación es tan aguda que crea una presión inaguantable, justamente porque su meta es sensibilizar ese vínculo de conexión hasta hacerlo funcionar a voluntad. *Cuando la presión es demasiado grande, los brujos la alivian acechándose a sí mismos.*

El acecho es un procedimiento simplísimo. Es un tipo de conducta especial que se ajusta a ciertos principios; una conducta secreta, furtiva y engañosa, que está diseñada para darle a uno algo así como una sacudida mental. Por ejemplo, acecharse a uno mismo significa darse una sacudida usando nuestra propia conducta de forma astuta y sin compasión. Don Juan explicaba que cuando la conciencia de ser de los brujos se atasca debido a la enormidad de lo que perciben, lo mejor, o tal vez lo único que se puede hacer es usar la idea de la muerte para provocar esa sacudida mental que es el acecho. La noción de la muerte es de monumental importancia en la vida de los brujos, lo que nos da cordura y fortaleza es saber que nuestro fin es inevitable. Nuestro error más costoso es permitirnos no pensar en la muerte. Es como si creyéramos que, al no pensar en ella, nos vamos a proteger de sus efectos.

Sin una visión clara de la muerte, no hay orden, no hay sobriedad, no hay belleza. Los brujos se esfuerzan sin medida por tener su muerte en cuenta, con el fin de saber, al nivel más profundo, que no tienen ninguna otra certeza sino la de morir. Saber esto da a los brujos el valor de tener paciencia sin dejar de actuar, les da el valor de acceder, el valor de aceptar todo sin llegar a ser estúpidos, les da valor para ser astutos sin ser presumidos y, sobre todo, les da valor para no tener compasión y no entregarse a la importancia personal.

La idea de la muerte es lo único que da valor a los brujos. Puede parecer extraño, la muerte dándonos valor. Al hombre común tan sólo le vuelve cínico o le hace caer en estados de profunda melancolía. Pero para los brujos es distinto, ellos se acechan a sí mismos para romper el poder de sus obsesiones. Hay muchas formas de acecharse a uno mismo. Si no queremos usar la idea de nuestra muerte, podemos usar la poesía, la música y acecharnos así. Nos podemos dar una sacudida con ellas. Mientras la escuchamos, apagamos nuestro diálogo interno y dejamos que el silencio cobre impulso. Así, la combinación del poema o la música y el silencio se transforman en el procedimiento que descarga la sacudida.

Don Juan explicaba que los poetas o músicos, sin saberlo, anhelan el mundo de los brujos. Como no son brujos, ni están en el camino del conocimiento, lo único que les queda es el anhelo.

La muerte y los exploradores de vanguardia

Los brujos dicen que la muerte es nuestro único adversario que vale la pena. La muerte es quien nos reta y nosotros nacemos para aceptar ese reto, seamos hombres comunes y corrientes o brujos. Los brujos lo saben; los hombres comunes y corrientes no.

La vida es el proceso mediante el cual la muerte nos desafía. La muerte es la fuerza activa. La vida es sólo el medio, el ruedo, y en ese ruedo hay únicamente dos contrincantes a la vez: la muerte y uno mismo. Podría parecer que nosotros los seres humanos somos los retadores. Pero no es así, nosotros somos seres pasivos. Si nos movemos es debido a la presión de la muerte. La muerte marca el paso a nuestras acciones y sentimientos y nos empuja sin misericordia hasta que nos derrota y gana la contienda. O hasta que nosotros superamos todas las imposibilidades y derrotamos a la muerte. Los brujos hacen eso; derrotan a la muerte y ésta reconoce su derrota dejándolos en libertad, para nunca retarlos más.

No significa que se hagan inmortales, solo que la muerte deja de retarlos, eso es todo. Quiere decir que el pensamiento ha dado un salto mortal a lo inconcebible. Un salto mortal del pensamiento a lo inconcebible es el descenso del Espíritu, el acto de romper nuestras barreras perceptuales. Es el momento en el que la percepción del hombre alcanza sus límites. Los brujos practican el arte de enviar precursores, exploradores de vanguardia a que sondeen nuestros límites perceptuales. Esta es otra razón por la que a los videntes les gustan los poemas o la música. Los consideran exploradores. Aunque los poetas no saben con tanta exactitud como los brujos lo que estos exploradores de vanguardia pueden lograr.

El puro entendimiento

Don Juan explicaba que, al limpiarse, al aclararse el vínculo de conexión con el intento, la energía que normalmente es utilizada para enturbiarlo y mantener fija su

posición en el sitio habitual se libera y se concentra de manera automática en el vínculo mismo. Aseguraba que no hay técnicas preconcebidas o maniobras que un brujo pueda aprender con anticipación para mover esa energía. Más bien, es cuestión de un desplazamiento automático e instantáneo que sucede una vez que se ha alcanzado un determinado grado de pericia.

Los brujos lo llaman "*el puro entendimiento*". La comprensión proporciona el impulso. Para lograr ese desplazamiento instantáneo de energía se requiere una conexión clara y transparente con el intento y, para obtenerla, todo lo que se necesita es intentarla mediante el puro entendimiento.

En cuanto al salto mortal del pensamiento a lo inconcebible, esto nos puede dar quizás la clave para comprender el puro entendimiento. Algunos brujos se dedicaban a relatar historias. El narrar historias era para ellos no sólo el explorador de vanguardia que sondeaba sus límites perceptuales, sino también su camino a la perfección, al poder, al Espíritu, al puro entendimiento. Don Juan ponía como ejemplo a los indios yaquis. Decía que poseían una colección oral de eventos históricos que ellos llamaban "fechas memorables".

Don Juan decía de manera enfática, siendo él mismo un indio yaqui, que las fechas memorables constituían un acopio de sus derrotas y de su desintegración. ¿Que diríamos, siendo hombres educados, si un brujo que relata historias tomara un relato de las fechas memorables, digamos por ejemplo, la historia de Calixto Muni y le cambiara el final? En vez de decir que Calixto Muni fue descuartizado por sus ejecutores españoles, como realmente ocurrió, él narrara la historia de Calixto Muni como el rebelde victorioso que logró liberar a su pueblo.

Calixto Muni fue un indio yaqui quien, según las fechas memorables, sirvió durante muchos años en un barco bucanero en el Caribe, con objeto de aprender estrategias de guerra. A su regreso a Sonora, se las arregló para levantarse en armas contra los españoles y declarar la guerra de independencia, tan sólo para ser traicionado, capturado y ejecutado. Podríamos pensar que, el cambiar un relato objetivo, basado en hechos reales, conforme él lo describía, era un recurso psicológico del brujo narrador para expresar sus anhelos ocultos. O quizás una forma personal e idiosincrática de aminorar la frustración. Pero no se trata sólo de un específico brujo que relata historias, decía don Juan. Todos los brujos que relatan historias hacen lo mismo.

El brujo que relata historias y que cambia el final de un relato real y socialmente aceptado lo hace bajo la dirección y los auspicios del espíritu. Como puede y sabe manejar su conexión con el intento, puede también manejar el puro entendimiento y cambiar las cosas. El brujo narrador hace señas de que ha intentado cambiar el relato, quitándose el sombrero, poniéndolo sobre el suelo y dándole una vuelta completa de derecha a izquierda. Bajo los auspicios del espíritu, ese simple acto lo

precipita dentro del espíritu mismo. Ha dejado que su pensamiento dé un salto mortal a lo inconcebible. Debido a que su puro entendimiento es un explorador de vanguardia que sondea aquella inmensidad, el brujo narrador sabe, sin lugar a dudas, que en algún lugar, de alguna manera, ahí en ese infinito, en este mismo momento, ha descendido el espíritu. El pensamiento ha dado un salto mortal a lo inconcebible y Calixto Muni es el victorioso. Ha liberado a su pueblo. Su lucha ha trascendido lo personal. ¡Quienes somos nosotros y nuestra maravillosa racionalidad para poner cadenas al pensamiento!

Recordar y acordarse

Don Juan insistía en que todos cuantos le rodeaban pensasen con claridad. Pero también explicaba que el único modo de pensar con claridad es no pensar en absoluto. Es una contradicción de la brujería.

Explicaba que, para los brujos, hay dos maneras de pensar. Una es la manera normal y cotidiana, regida por la posición usual del punto de encaje; una manera que deja todo en una gran oscuridad y produce pensamientos poco claros que no sirven para mucho. La otra es una forma de pensamientos precisos, funcional y económica que deja muy pocas cosas sin explicar. Don Juan comentaba que para que cese la manera normal de pensar es indispensable mover el punto de encaje. O es indispensable hacer cesar la forma normal de pensar para así permitir que el punto de encaje se mueva. Aseguraba que, si uno encara sin pensamientos esta aparente contradicción, no es contradicción en absoluto.

Para acordarnos de algo que hicimos en el pasado en conciencia acrecentada debemos acordarnos de un movimiento especial de nuestro punto de encaje. Para acordarnos, como don Juan dice que lo hagamos, tenemos que dejar de pensar pensamientos normales. Entonces predominará la otra manera de pensar, la que produce pensamientos claros y ellos harán que nos acordemos.

Se deja de pensar intentando el movimiento de nuestro punto de encaje. Al intento se lo llama con los ojos. En un momento del aprendizaje el guerrero llega al sitio donde no hay compasión. Es el mero centro del no tener compasión. Pero el guerrero ya sabe todo esto. Por el momento, hasta que se pueda acordar, digamos solamente que el no tener compasión, siendo una posición específica del punto de encaje, se manifiesta en los ojos de los brujos. Es como una nube brillante y trémula que cubre el ojo. Los ojos de los brujos son brillantes. Cuanto mayor es el brillo, más intenso es su sentido de no tener compasión. Cuando el punto de encaje se mueve al sitio donde no existe la compasión, los ojos comienzan a brillar. Mientras más firme es la fijeza del punto de encaje en su nueva posición, más brillan los ojos.

Para los brujos, acordarse no es lo mismo que recordar. Recordar es cuestión del pensamiento cotidiano, cuestión de la posición habitual del punto de encaje.

Acordarse, en cambio, depende del movimiento del punto de encaje. La recapitulación de sus vidas, que hacen todos los brujos, es la clave para mover el punto de encaje. Los brujos inician la recapitulación pensando, recordando los actos más importantes de sus vidas. De simplemente pensar en ellos pasan a verdaderamente estar en los eventos mismos, pasan a revivirlos. Cuando logran eso, revivir los eventos mismos, han movido, en efecto, el punto de encaje al sitio preciso en el que estaba cuando ocurrió el evento que están reviviendo. Revivir totalmente un acontecimiento pasado, mediante el movimiento del punto de encaje, es lo que los brujos llaman acordarse.

Nuestros puntos de encaje están en constante movimiento. Son movimientos imperceptibles. Ahora, si queremos un movimiento considerable debemos poner en juego el intento. Como no hay modo de saber qué es el intento, los brujos dejan que sus ojos lo llamen.

Don Juan decía que los guerreros deben acordarse de la primera vez que le brillaron los ojos, porque esa fue la primera vez que su punto de encaje llegó al sitio donde no hay compasión. Le posee entonces el no tener compasión, lo cual es lo que hace brillar los ojos de los brujos, y ese brillo es lo que llama al intento. Cada sitio al que se mueve el punto de encaje esta representado por un brillo específico en los ojos. Puesto que los ojos tienen memoria propia, pueden acordarse de cualquier sitio a donde se movió el punto de encaje acordándose del brillo específico asociado con ese sitio.

Don Juan explicaba que la razón por la que los brujos dan tanta importancia al brillo de sus ojos y a su mirada es porque los ojos están directamente vinculados al intento. Por contradictorio que parezca, la verdad es que los ojos sólo están superficialmente conectados con el mundo cotidiano. Su conexión más profunda es con lo abstracto.

Las posibilidades del hombre son tan vastas y misteriosas que los brujos, en vez de pensar en ellas, prefieren explorarlas, sin esperanzas de entenderlas jamás. El hombre común y corriente sabe lo mismo acerca de sus ojos, pero tiene aún menos energía que los guerreros. La única ventaja que quizá tengan los brujos sobre los hombres comunes y corrientes es que han ahorrado su energía, y eso significa un vínculo de conexión con el intento más claro y preciso. Naturalmente, eso también significa el poder acordarse a voluntad, usando el brillo de los ojos para mover el punto de encaje.

No tener compasión y perder la importancia personal

El Nagual puede mover el punto de encaje de otros con el brillo de sus ojos. Los ojos de todos los seres vivientes pueden mover el punto de encaje, sobre todo si están enfocados en el intento. Bajo condiciones normales la gente enfoca los ojos en el mundo, en busca de comida, de refugio, de protección.

La válvula de seguridad de los brujos consiste en que, cuando llegan a enfocar sus ojos en el intento, ya no les interesa hipnotizar a nadie. Pero, para mover con el brillo de sus ojos el punto de encaje propio o uno ajeno, los brujos tienen que ser despiadados. Es decir, deben estar familiarizados con el sitio donde no hay compasión.

Esto es en especial cierto para los naguales. Cada nagual desarrolla una forma específica de no tener compasión. Tomando el caso de Castaneda como ejemplo, don Juan decía que, debido a su configuración natural, los videntes lo veían como una esfera de luminosidad, no compuesta de cuatro bolas comprimidas en una sola, la estructura habitual de los naguales, sino como una esfera compuesta de sólo tres bolas comprimidas. Esa configuración le hacía ocultar automáticamente su falta de compasión tras la máscara de un hombre que se entregaba fácilmente a todo. Los naguales son muy engañosos. Siempre dan la impresión de ser lo que no son, y lo hacen tan bien que todo el mundo les cree, hasta los que mejor los conocen.

Don Juan decía que no era hombre racional, que sólo aparentaba serlo debido a que su máscara era así de efectiva. Lo que para nosotros puede parecer razonabilidad es simplemente su indiferencia a su propia persona. El no tener compasión no es otra cosa que la total falta de compasión por uno mismo.

En el caso de Castaneda, como disimulaba con falsa generosidad el no tener compasión, parecía tranquilo y franco. Pero en realidad, era tan generoso y razonable como don Juan. Ambos eran un fraude. Habían perfeccionado el arte de ocultar el hecho de que no sentían compasión. Don Juan decía que su benefactor lo ocultaba tras la fachada de un bromista despreocupado, cuya irreprensible necesidad era jugarle malas pasadas a cuantos se le acercaban. La máscara de su benefactor era la de un hombre feliz y apacible, a quien nada en el mundo lo afligía o preocupaba. Pero bajo esa máscara él era, como cualquier otro nagual, más frío que el viento del ártico.

Don Juan explicaba que los brujos habían descubierto que cualquier movimiento del punto de encaje significa alejarse de la excesiva preocupación del *yo individual* (la característica del hombre moderno). Los brujos están convencidos de que la posición del punto de encaje es lo que hace del hombre moderno un egocéntrico homicida, un ser totalmente atrapado en su propia imagen. Habiendo perdido toda esperanza de volver al conocimiento silencioso, el hombre busca consuelo en su yo individual. Y al hacerlo consigue fijar su punto de encaje en el lugar más conveniente para perpetuar su imagen de si. Por lo tanto, los brujos pueden afirmar con toda seguridad que cualquier movimiento que aleje el punto de encaje de su posición habitual equivale a alejarse de la imagen de sí y, por consiguiente, de la importancia personal.

Don Juan definía la *importancia personal* como la fuerza generada por la imagen de sí. Reiteró que es esa fuerza la que mantiene el punto de encaje fijo en donde está en la actualidad. Por este motivo, la meta de todo cuanto hacen los brujos es el destronar la importancia personal. Los brujos han desenmascarado a la importancia personal, encontrando que es, en realidad, la compasión por uno mismo disfrazada. No parece posible, pero así es. El verdadero enemigo y la fuente de la miseria del hombre es la compasión por sí mismo. Sin cierto grado de compasión por sí mismo, el hombre no podría existir. Sin embargo, una vez que esa compasión se emplea, desarrolla su propio impulso y se transforma en importancia personal.

Los brujos están absolutamente convencidos de que, el Espíritu, al mover nuestro punto de encaje, alejándolo de su posición habitual, nos hace alcanzar un estado de ser que sólo podríamos llamar "el no tener compasión". Los brujos saben, gracias a su experiencia práctica, que en cuanto se mueve el punto de encaje se derrumba la importancia personal, porque sin la posición habitual del punto de encaje, la imagen de sí pierde su enfoque. Sin ese intenso enfoque se extingue la compasión por uno mismo y con ella la importancia personal, ya que la importancia personal es sólo la compasión por uno mismo disfrazada.

Don Juan afirmaba que todo nagual, en su papel de guía o de maestro, debe comportarse eficiente e impecablemente. Puesto que no le es posible planear racionalmente el curso de sus actos, siempre deja que el espíritu decida su curso.

La posición habitual y la imagen de sí obligan al punto de encaje a formar un mundo de falsa compasión, pero de crueldad y egoísmo muy reales. En ese mundo, los únicos sentimientos verdaderos son los que convienen a quien los tiene. Para el brujo, el no tener compasión no es ser cruel. El no tener compasión es la cordura, lo opuesto a la compasión por uno mismo y la importancia personal.

Punto de encaje y conocimiento silencioso

Don Juan decía que todo cuanto los brujos hacen es una consecuencia del movimiento de sus puntos de encaje, y que esos movimientos están regidos por la cantidad de energía que los brujos tienen a su disposición. Dentro de todo ser humano hay un gigantesco y oscuro lago de conocimiento silencioso que cada uno de nosotros puede intuir. El aprendiz puede intuirlo, quizá con un poco más de claridad que el hombre común y corriente, debido a su participación en el camino del guerrero.

Los brujos son los únicos seres en el mundo que, haciendo deliberadamente dos cosas trascendentales, llegan más allá del nivel intuitivo: primero, conciben la existencia del punto de encaje y segundo, logran que el punto de encaje se mueva. Don Juan acentuaba una y otra vez que lo más sofisticado de los brujos es el estar

consciente de nuestro potencial como seres perceptivos, y el saber que el contenido de la percepción depende de la posición del punto de encaje.

El conocimiento silencioso es algo que todos poseemos. Algo que tiene total dominio, total conocimiento de todo. Pero no puede pensar; por lo tanto, no puede expresar lo que sabe. Los brujos creen que, en una época, al comienzo, cuando el hombre comprendió que sabía y quiso estar consciente de lo que sabía, perdió de vista lo que sabía. El error del hombre fue querer conocer directamente lo que sabía, tal como conocía las cosas de la vida diaria. Cuanto más deseaba ese conocimiento, más efímero, más silencioso se volvía.

Ese conocimiento silencioso, que nadie puede describir, es, por supuesto, el intento, el Espíritu, lo abstracto. Pero ¿qué significa eso de que el hombre perdió de vista lo que sabía? Significa que el hombre renunció al conocimiento silencioso por el mundo de la razón. Cuanto más se aferraba al mundo de la razón, más efímero se volvía el conocimiento silencioso.

Angustia y Ego

Los guerreros en un momento del aprendizaje comienzan a sentir una angustia que los oprime. El origen de la angustia que se apodera de los guerreros es el descenso del Espíritu; es el súbito movimiento de su punto de encaje, causado muchas veces por querer recordar cosas profundamente olvidadas. El guerrero debe acostumbrarse a la idea de ataques del mismo tipo de angustia, puesto que el espíritu no dejará de descender y su punto de encaje no dejará de moverse. Cualquier descenso del espíritu es como morir. Todo en nosotros se desconecta, y después vuelve a conectarse a una fuente de mucho mayor potencia. La amplificación de energía se siente como una angustia mortífera. El guerrero no puede hacer nada, sólo esperar. Ese estallido de energía pasa. Lo peligroso es no saber lo que te está sucediendo. Una vez que lo sabes no hay peligro.

El hombre antiguo sabía, del modo más directo, qué hacer y cómo hacerlo bien. Pero como hacía tan bien lo que hacía, comenzó a desarrollar cierto sentido de ser, con lo cual adquirió la sensación de que podía predecir y planear los actos que estaba habituado a hacer tan bien. Así surgió la idea de un "yo" individual; un yo individual que comenzó a dictar la naturaleza y el alcance de las acciones humanas. A medida que el sentimiento de tener un yo individual se tornaba más fuerte, el hombre fue perdiendo su conexión natural con el conocimiento silencioso.

El hombre moderno, siendo el heredero de tal desarrollo, se encuentra tan irremediablemente alejado del conocimiento silencioso, la fuente de todo, que sólo puede expresar su desesperación en cínicos y violentos actos de autodestrucción.

Don Juan aseveraba que la causa del cinismo y la desesperación del hombre es el fragmento de conocimiento silencioso que aún queda en él; un ápice que hace dos cosas: una, permite al hombre vislumbrar su antigua conexión con la fuente de todo, y dos, le hace sentir que, sin esa conexión, no tiene esperanzas de satisfacción, de logro o de paz.

Don Juan decía que la guerra es el estado natural de todo brujo. Pero la guerra, para un brujo, no significa actos de estupidez individual o colectiva ni una violencia absurda. La guerra para el brujo es la lucha total contra ese yo individual que ha privado al hombre de su poder.

Los requisitos del Intento

Romper la imagen de sí

Don Juan comentaba el hecho de que todos los animales son capaces de encontrar en su alrededor los sitios que tienen niveles especiales de energía. Afirmaba que casi todos los animales les tenían pavor y los evitaban. Las excepciones eran los pumas y los coyotes, que hasta dormían en ellos cuando los encontraban. Pero sólo los brujos los buscaban expresamente por sus efectos.

Estos sitios dan imperceptibles descargas de energía vigorizante. Los hombres comunes y corrientes que viven en ambientes naturales pueden encontrarlos, aunque no saben que los han hallado ni están conscientes de sus efectos. Los brujos, al observar a los hombres que viajan a pie, notan en seguida que estos se fatigan y descansan justo en los sitios donde hay un nivel positivo de energía. Por el contrario, si pasan por una zona que tiene un flujo de energía perjudicial, se ponen nerviosos y aceleran el paso. Si los interrogas, te dirán que apretaron el paso en esa zona porque se sentían con mayor energía. Pero es lo opuesto, el único lugar que les da energía es aquel en donde se sienten cansados.

Don Juan decía que los brujos podían localizar esos lugares, porque perciben con todo el cuerpo ínfimas emanaciones de energía en los alrededores. La energía de los brujos, derivada de la reducción de su imagen de sí, les permite un mayor alcance a sus sentidos. Don Juan desde el primer momento había estado tratando de demostrar a sus aprendices que el único camino digno, tanto para los brujos como para los hombres comunes y corrientes, es restringir nuestro apego a la imagen de sí. Lo que el nagual trata de hacer con sus aprendices es romper el espejo de la imagen de sí. Romper el espejo de cada aprendiz es un caso individual y el nagual deja los detalles en manos del espíritu.

Cada uno de nosotros tiene un diferente grado de apego a su imagen de sí. Y ese apego se hace sentir como una necesidad. Por ejemplo, antes de que don Juan iniciara el camino del conocimiento, explicaba que su vida era una necesidad incesante. Años después de que el nagual Julián le tomara bajo su tutela él seguía igualmente lleno de necesidad, quizá hasta más que antes. Pero hay ejemplos de personas, brujos o personas corrientes, que no necesitan de nadie. Obtienen paz, armonía, risa, conocimiento, directamente del espíritu. No necesitan intermediarios. En el caso de los guerreros es diferente. Don Juan era el intermediario de Castaneda, como el nagual Julián fue el suyo. Los intermediarios, además de proporcionar una mínima oportunidad, que es el darse cuenta del intento, ayudan a romper el espejo de la imagen de sí.

Don Juan decía a Castaneda que la única ayuda concreta que había obtenido de él es que atacaba su imagen de sí. Si no fuera por eso estaría perdiendo el tiempo con él. Esa es la única ayuda real que le estaba dando. Le decía que le había enseñado muchas cosas a fin de fijar su atención. Pero esa enseñanza no había sido la parte importante.

Hay muy poco valor en la instrucción. Los brujos sostienen que el descenso del espíritu es lo único que importa, porque el espíritu mueve el punto de encaje. Y ese movimiento depende del aumento de energía y no de la instrucción.

Don Juan decía que, si cualquier ser humano llevara a cabo una serie de acciones específicas y sencillas, podría aprender a llamar al espíritu a que mueva su punto de encaje. Esta serie de acciones surgen del estar consciente de ser. Para estar consciente de esa serie, por cierto, se necesita un nagual, porque el nagual es quien proporciona una oportunidad mínima, pero esa oportunidad mínima no es instrucción, como las instrucciones que se necesitan para aprender a manejar una máquina. La oportunidad mínima consiste en que lo hagan a uno consciente del espíritu.

Don Juan explicaba que la serie de acciones a las que se refería requerían primeramente estar consciente de que la importancia personal es la fuerza que mantiene fijo al punto de encaje. Luego, que si se restringe la importancia personal, la energía que naturalmente requiere y emplea queda libre. Y finalmente, que esa energía libre y no malgastada es la que llama al espíritu y sirve entonces como un trampolín automático que lanza al punto de encaje, instantáneamente y sin premeditación, a un viaje inconcebible. Una vez que se ha movido el punto de encaje, puesto que el movimiento en sí representa un alejamiento de la imagen de sí, se desarrolla un claro y fuerte vínculo de conexión con el espíritu. Después de todo, es la imagen de sí lo que había desconectado al hombre del espíritu. La brujería es un viaje de retorno. Retornamos al espíritu, victoriosos, después de haber descendido al infierno. Y desde el infierno traemos trofeos. El puro entendimiento es uno de esos trofeos.

La dificultad en llevar a cabo esta simple serie es que casi nadie está dispuesto a aceptar que necesitamos muy poco para ejecutarla. Se nos ha preparado para esperar instrucciones, enseñanzas, guías, maestros. Y cuando se nos dice que no necesitamos a nadie, no lo creemos. Nos ponemos nerviosos, luego desconfiados y finalmente enfadados y desilusionados. Si necesitamos ayuda no es en cuestión de métodos, sino en cuestión de énfasis. Si alguien nos pone énfasis en que necesitamos reducir nuestra importancia personal, esa ayuda es real. Los brujos dicen que no deberíamos necesitar que nadie nos convenza de que el mundo es infinitamente más complejo que nuestras más increíbles fantasías.

Entonces *¿por qué somos tan tontos que siempre pedimos que alguien nos guíe, si podemos hacerlo nosotros mismos?*

Don Juan insistía hasta el cansancio en que no hay procedimientos en la brujería. No hay métodos ni pasos. Lo único que importa es el descenso del espíritu y el movimiento del punto de encaje y no hay procedimiento que pueda causarlo. Es un efecto que sucede por sí sólo.

Pero también decía que la presencia del nagual mueve el punto de encaje, y que el modo en que el nagual enmascara el no tener compasión ayuda o dificulta ese movimiento. ¿Cómo podemos resolver esa contradicción?

Según decía, lo que parecía ser una contradicción era, en realidad, las dos caras de la misma moneda. El nagual, al ayudar a destruir el espejo de la imagen de sí, insta al punto de encaje a moverse. Pero quien lo mueve, en verdad, es el espíritu, lo abstracto; algo que no se ve ni se siente; algo que no parece existir, pero existe. Por este motivo, los brujos dicen que el punto de encaje se mueve por si sólo. O dicen que quien lo mueve, es el nagual, porque el nagual, siendo el conducto de lo abstracto, puede expresarlo mediante sus actos.

El nagual mueve el punto de encaje y, sin embargo, no es él quien efectúa el movimiento. O tal vez sería más apropiado decir que el espíritu se expresa de acuerdo a la impecabilidad del nagual; es decir, el espíritu puede mover el punto de encaje con la mera presencia de un nagual impecable. Este punto es de sumo valor para los brujos y si no lo entienden bien, especialmente un nagual, vuelven a la importancia personal y, por lo tanto, a la destrucción.

La imagen de sí.

El mundo de nuestra imagen de nosotros mismos, que es el mundo de nuestra mente, es muy frágil; y se mantiene estructurado gracias a unas cuantas ideas clave que le sirven de orden básico, ideas aceptadas por el conocimiento silencioso así como por la razón. Cuando esas ideas fracasan, el orden básico deja de funcionar.

Por ejemplo, en el caso en que don Juan engaña a Castaneda haciéndose pasar por viejo senil hasta llevar la situación al límite, Castaneda percibe una ruptura en la imagen que tiene de su maestro.

La idea clave es la continuidad. La idea de que somos un bloque sólido. En nuestra mente, lo que sostiene nuestro mundo es la certeza de que somos inmutables. Podemos aceptar que nuestra conducta se puede modificar, que nuestras reacciones y opiniones se pueden modificar; pero la idea de que somos maleables al punto de cambiar de aspecto, al punto de ser otra persona, no forma parte del orden básico de nuestra auto imagen. Cada vez que el brujo interrumpe ese orden básico, el mundo de la razón se viene abajo.

La ruptura es sólo un precursor. Lo que ayuda al punto de encaje a moverse es el hecho de que el nagual sin tener compasión apela directamente al conocimiento silencioso. Don Juan también comparaba las acciones que él había llevado a cabo cuando se hizo pasar por ese viejo senil, con las acciones de una curandera que sólo con sus manos realizaba una operación quirúrgica manipulando los órganos de su paciente delante de un grupo de personas. Decía que la curandera había destruido las imágenes de sí de sus espectadores con una serie de actos que no tenían equivalencia en la existencia cotidiana de esos espectadores: la dramática posesión del espíritu, los cambios de voces, el abrir con un cuchillo el cuerpo del paciente. En cuanto se rompió la idea de la continuidad de sí mismos, sus puntos de encaje quedaron listos para moverse.

Don Juan repetía muchísimo el concepto de detener el mundo. Decía que detener el mundo consiste en introducir un elemento disonante en la trama de la conducta cotidiana, con el propósito de detener lo que habitualmente es un fluir ininterrumpido de acontecimientos comunes; acontecimientos que están catalogados en nuestra mente por la razón. Entonces detener el mundo es tan necesario para los brujos como leer y escribir lo es para la gente común.

Don Juan decía también que el elemento disonante se llama "no-hacer", o lo opuesto de hacer. "Hacer" es cualquier cosa que forma parte de un todo del cual podemos dar cuenta cognoscitivamente. No-hacer es el elemento que no forma parte de ese todo conocido. Los brujos, debido a que son acechadores, comprenden a la perfección la conducta humana. Comprenden, por ejemplo, que los seres humanos son criaturas de inventario. Conocer los pormenores de cualquier inventario es lo que convierte a un hombre en erudito o experto en su terreno. Los brujos saben que, cuando una persona común y corriente encuentra una falta en su inventario, esa persona o bien extiende su inventario o el mundo de su imagen de sí se derrumba. La persona común y corriente está dispuesta a incorporar nuevos artículos, siempre y cuando no contradigan el orden básico de su imagen de sí, porque si lo

contradicen, la mente se deteriora. El inventario es la mente. Los brujos cuentan con eso cuando tratan de romper el espejo de la imagen de sí.

Para el nagual, el no tener compasión consta de muchos aspectos. Es como una herramienta que se adapta a muchos usos. El no tener compasión es un estado de ser, un nivel de intento. El nagual lo utiliza para provocar el descenso del espíritu y el movimiento de su propio punto de encaje o el de sus aprendices. O lo usa para acechar. El día que don Juan se convirtió en viejo senil comenzó como acechador, fingiendo ser viejo, y terminó siendo auténticamente un viejo enfermo. El no tener compasión, controlado por sus ojos, hizo que se moviera su propio punto de encaje con precisión. Decía que, en el momento que intentó ser viejo, sus ojos perdieron el brillo y Castaneda lo notó de inmediato. Su susto y alarma fueron muy obvios. La pérdida del brillo en sus ojos se debía a que los estaba usando para intentar la posición de un viejo. Al llegar su punto de encaje a esa posición, pudo envejecer en aspecto, conducta y sensaciones.

El único modo de hablar de eso es decir que el intento se intenta con los ojos. No podemos precisar qué es lo que es. Los brujos resuelven esta dificultad aceptando algo sumamente obvio: los seres humanos son infinitamente más complejos y misteriosos que nuestras más locas fantasías. Todo lo que se puede decir es que los ojos lo hacen. No sabemos cómo, pero lo hacen. Invocan al intento con algo indefinible que poseen, algo que está en su brillo. Los brujos dicen que el intento se experimenta con los ojos, no con la razón.

La continuidad es tan importante en nuestra vida que, si se rompe, siempre se repara instantáneamente. En el caso de los brujos, en cambio, una vez que sus puntos de encaje llegan al sitio donde no hay compasión, la continuidad ya no vuelve a ser la misma.

El sitio de la preocupación

El conocimiento silencioso es una posición general del punto de encaje. Milenios antes había sido la posición normal del género humano, pero por motivos imposibles de determinar, el punto de encaje del hombre se alejó de esa posición específica para adoptar una nueva, llamada la "razón".

Don Juan observaba que la mayoría de los seres humanos no son representativos de esa nueva posición, porque sus puntos de encaje no están situados exactamente en la posición de la razón en sí, sino en su vecindad inmediata. Lo mismo había sucedido en el caso del conocimiento silencioso, tampoco los puntos de encaje de todos los seres humanos estaban situados directamente en esa posición. También decía que otra posición del punto de encaje, el "sitio donde no hay compasión", es la vanguardia del conocimiento silencioso; y que existe aún otra posición clave llamada el "sitio de la preocupación", la antesala de la razón.

La muerte para los brujos

Don Juan decía que la muerte es dolorosa sólo cuando se le viene a uno en la cama, enfermo. En una lucha a vida o muerte, no se siente dolor; si acaso sientes algo, es exaltación. Decía que una de las diferencias más dramáticas entre los hombres civilizados y los brujos es el modo en que les sobreviene la muerte. Sólo con los brujos es la muerte dulce y bondadosa. Podrían estar mortalmente heridos y, sin embargo, no sentir ningún dolor. Y aún lo más extraordinario es que la muerte deja que los brujos la manejen.

La mayor diferencia entre el hombre común y corriente y el brujo es que el brujo domina a su muerte con su velocidad. Podemos hablar de las complejidades de la velocidad y de la muerte. En el mundo de la vida cotidiana, nuestra palabra o nuestras decisiones se pueden cancelar con mucha facilidad. Lo único irrevocable en nuestro mundo es la muerte. En el mundo de los brujos, por el contrario, la muerte normal puede recibir una contraorden, pero no la palabra ni las decisiones de un brujo, las cuales no se pueden cambiar ni revisar. Una vez tomadas, valen para siempre.

Para un vidente, los seres humanos son masas luminosas, oblongas o esféricas, compuestas de incontables campos de energía, estáticos, pero vibrantes, y sólo los brujos pueden inyectar movimiento a esas masas de luminosidad estática. En una milésima de segundo, pueden mover sus puntos de encaje a cualquier lugar de la masa luminosa. Ese movimiento y la velocidad con la cual lo realizan, entrañan una instantánea percepción de otro universo y consecuentemente un vuelo a dicho universo. O bien los brujos, al mover sus puntos de encaje, de un solo tirón, a través de toda su luminosidad, pueden crear una fuerza tan intensa que los consume instantáneamente.

Si al brujo le viene encima una contingencia mortal, en ese preciso momento, él puede anular el efecto normal de una muerte violenta. Utilizando la velocidad con que se mueve su punto de encaje, él podría o bien cambiar de universo o quemarse desde adentro en una fracción de segundo. Por tanto, los brujos tienen dominio sobre su propia muerte. Mueren solamente cuando deben o quieren hacerlo.

Un momento de regocijo es suficiente para mover nuestro punto de encaje y romper con las convenciones. Así también un momento de miedo, de dolor, de cólera o de pesadumbre. Pero comúnmente, cuando tenemos la posibilidad de mover nuestro punto de encaje nos asustamos. Nuestros principios religiosos, académicos o sociales se ponen en juego, garantizando nuestra urgencia de mover nuestros puntos de encaje a la posición que acostumbramos en la vida normal; nuestra urgencia de regresar al rebaño.

El tercer punto

La idea de lo abstracto, del espíritu, es lo único importante. La idea del yo personal no tiene el menor valor. Todavía ponemos a nuestra persona y sentimientos en primer plano. Don Juan siempre hacía notar a sus aprendices la necesidad de abstraer. No se trata de pensar de manera abstracta. Abstraer significa ponerse a disposición del espíritu por medio del puro entendimiento.

Una de las cosas más dramáticas de la condición humana es la macabra conexión entre la estupidez y la imagen de sí. Es la estupidez la que nos obliga a descartar cualquier cosa que no se ajuste a las expectativas de nuestra imagen de sí. Por ejemplo, como hombres comunes y corrientes, pasamos por alto el conocimiento más crucial para nosotros: la existencia del punto de encaje y el hecho de que puede moverse. Para el hombre racional es inconcebible que exista un punto invisible en donde se encaja la percepción. Y más inconcebible aún, que ese punto no esté en el cerebro, como podríamos suponer si llegáramos a aceptar la idea de su existencia.

El hombre racional, al aferrarse tercamente a la imagen de sí, garantiza su abismal ignorancia. Ignora, por ejemplo, el hecho de que la brujería no es una cuestión de encantamientos y abracadabras, sino la libertad de percibir no sólo el mundo que se da por sentado, sino también todo lo que es humanamente posible. Aquí es donde la estupidez del hombre es más peligrosa. El hombre le tiene terror a la brujería. Tiembla de miedo ante la posibilidad de ser libre. Y la libertad está ahí a un centímetro de distancia. Los brujos llaman a la libertad el tercer punto, y dicen que alcanzarlo es tan fácil como mover el punto de encaje.

Otra de las contradicciones de los brujos es que mover el punto de encaje es muy difícil, pero también es lo más fácil del mundo. Una fiebre alta puede mover el punto de encaje. El hambre o el miedo o el amor o el odio también pueden hacerlo. Lo mismo el misticismo y ***el intento inflexible***, el método preferido de los brujos.

El intento inflexible es una especie de determinación; una firmeza; un propósito muy bien definido que no puede ser anulado por deseos o intereses en conflicto. El intento inflexible es también la fuerza engendrada cuando se mantiene el punto de encaje fijo en una posición que no es la habitual. Los brujos consideran al intento inflexible como el catalizador que propulsa sus puntos de encaje a nuevas posiciones, posiciones que, a su vez, generan más intento inflexible.

Don Juan hacía una distinción muy significativa entre un movimiento y un desplazamiento del punto de encaje. Decía que un movimiento es un profundo cambio de posición, tan acentuado que el punto de encaje podía incluso alcanzar otras bandas de energía. Cada banda de energía representa un universo completamente distinto a percibir. Un desplazamiento, en cambio, es un pequeño

movimiento dentro de la banda de campos energéticos que percibimos como el mundo de la vida cotidiana.

El mundo de la vida diaria consiste de una serie de dos puntos de referencia. Tenemos, por ejemplo, aquí y allá, afuera y adentro, arriba y abajo, el bien y el mal, y así sucesivamente. De modo que, debidamente hablando, nuestra percepción de la vida es bidimensional. Nada de lo que hacemos tiene profundidad.

El brujo percibe sus acciones con profundidad. Sus acciones son tridimensionales. Los brujos tienen un tercer punto de referencia. Nuestros puntos de referencia son obtenidos primariamente de nuestra percepción sensorial. Nuestros sentidos perciben y diferencian lo que es inmediato para nosotros y lo que no lo es. Usando esta distinción básica derivamos el resto.

A fin de alcanzar el tercer punto de referencia uno debe percibir dos lugares al mismo tiempo. Don Juan explicaba que la percepción normal tiene un eje. "Aquí y allí" son los extremos de ese eje y el único de los dos que tiene claridad es "aquí". En la percepción normal, solo se percibe el "aquí" por completo, instantánea y directamente. Su referente gemelo, "allí" carece de inmediatez. Se lo infiere, se lo deduce, se lo espera y hasta se lo supone, pero nunca se lo percibe directamente, con todos los sentidos. Cuando percibimos dos lugares a la vez se pierde la claridad total, pero se gana la percepción inmediata del "allí".

Los brujos dicen que los más increíbles logros de la percepción son puras idioteces si no están acompañados de ciertos estados de ánimo claves, que les dan valor y seriedad. El abandono, la frialdad y la audacia son esos estados de ánimo. Y solamente los brujos pueden intentarlos.

La parte engañosa de todo esto es que podemos decir que sólo los brujos conocen al espíritu, que el intento es dominio exclusivo de los brujos. Eso no es cierto en absoluto, pero es la situación en el reino de lo práctico. La condición real es que los brujos están más conscientes de su vínculo de conexión con el espíritu que el hombre común y corriente, y se esfuerzan por manejarlo. Eso es todo. Ya hemos dicho que el vínculo de conexión con el intento es la característica universal compartida por todo lo que existe.

El estar en dos lugares al mismo tiempo es la marca que los brujos usan para señalar el momento en que el punto de encaje llega al sitio del conocimiento silencioso. La percepción dividida, si se alcanzaba por medios propios, recibe el nombre de "libre movimiento del punto del encaje".

Don Juan aseguraba que todos los naguales hacían siempre cuanto estaba en su poder para favorecer el libre movimiento del punto de encaje en sus aprendices. Este premeditado esfuerzo recibía la críptica denominación de "*extenderse al tercer*

punto". El aspecto más difícil del conocimiento del nagual y ciertamente la parte más crucial de su tarea como maestro es la de extenderse al tercer punto. El nagual intenta el libre movimiento del punto de encaje del aprendiz, y el espíritu canaliza hacia el nagual los medios para lograrlo.

Por difícil que le resulte al nagual intentar ese libre movimiento para sus discípulos, eso no es nada comparado con la dificultad que tienen sus discípulos para comprender lo que el nagual está haciendo. El aprendiz casi siempre termina convencido de que los trucos del espíritu son, simplemente, los trucos del nagual.

El tercer punto de referencia es la libertad de la percepción; es el salto mortal del pensamiento a lo milagroso; es el acto de extendernos más allá de nuestros límites para tocar lo inconcebible.

Etapas del guerrero para llegar a ser hombre de conocimiento

Don Juan decía a sus aprendices que lo que podían ver en él es el resultado de una lucha que toma toda una vida. Es un brujo que finalmente había aprendido a seguir los designios del espíritu. Hay diferentes etapas por las que pasa un guerrero a lo largo del sendero del conocimiento en términos de su vínculo con el intento. El guerrero pasa por cuatro etapas:

La primera, cuando tiene un vínculo herrumbrado en el que no puede confiar. La segunda, cuando logra limpiarlo. La tercera, cuando aprende a manejarlo. Y la cuarta, cuando aprende a aceptar los designios de lo abstracto. Don Juan sostenía que su logro no lo hacía intrínsecamente diferente a sus aprendices. Sólo lo hacía disponer de más recursos.

Don Juan decía que él también se aferraba al mundo de la vida cotidiana. Se aferraba hasta con las uñas. Todo le decía que debía dejarse ir, pero él no podía. Al igual que nosotros, confiaba implícitamente en su mente, aunque ya no tenía razón para hacer eso. Ya no era un hombre común y corriente. Su problema de entonces es ahora el nuestro. El impulso del mundo cotidiano nos arrastra y nos aferramos desesperadamente a sus endebles estructuras racionales.

El contacto directo con el espíritu

El Nagual Elías explicaba que la humanidad estaba en el primer punto, el de la razón, pero que no todos los seres humanos tenían el punto de encaje localizado exactamente en el sitio de la razón. Quienes lo tenían justamente allí eran los verdaderos líderes de la humanidad. Casi siempre se trataba de personas desconocidas cuyo genio era el ejercicio de la razón.

En otros tiempos la humanidad había estado en el tercer punto, el cual, naturalmente, era entonces el primero. Pero después, la humanidad entera se movió



al lugar de la razón. Y en los tiempos en que el primer punto era el conocimiento silencioso, tampoco todos los seres humanos tenían el punto de encaje localizado directamente en esa posición. Eso significaba que los verdaderos líderes de la humanidad habían sido siempre los pocos seres humanos cuyos puntos de encaje estaban situados en el sitio exacto de la razón o del conocimiento silencioso. El resto de la humanidad eran simplemente los espectadores. En nuestros días, son los amantes de la razón. En el pasado habían sido los amantes del conocimiento silencioso.

El viejo nagual afirmaba que la humanidad había pasado la mayor parte de su historia en la posición del conocimiento silencioso, lo que explicaba nuestra gran añoranza por él. Decía que el nagual invitaba al punto de encaje de su aprendiz a moverse justo a la posición de la razón, para que así pudiera ser un pensador activo, y no sólo parte de un público pasivo, sin sofisticación y con mucho emocionalismo que amaba las ordenadas obras de la razón. Al mismo tiempo lo estaba entrenando a ser un verdadero brujo abstracto, y no sólo parte de un público mórbido e ignorante que amaba lo desconocido.

Sólo el ser humano que sea un dechado de la razón puede mover su punto de encaje con facilidad, para ser un dechado del conocimiento silencioso. Sólo aquellos que están justamente en una de las dos posiciones pueden ver con claridad la otra posición; y que ese fue el modo como se inició la era de la razón. La posición de la razón se veía claramente desde la posición del conocimiento silencioso. La conexión entre el conocimiento silencioso y la razón era, para los brujos, como un puente de una sola mano, llamado, "*interés*". Es decir, el interés que los auténticos hombres del conocimiento silencioso tenían por la fuente de lo que sabían. Y el otro puente de una sola mano, que conecta la razón con el conocimiento silencioso, es llamado el "*puro entendimiento*". Es decir, lo que le dice al hombre de razón que la razón es solamente como una estrella en un infinito de estrellas.

Cualquier ser humano que tenga ambos puentes en funcionamiento es un brujo en contacto directo con el espíritu, la fuerza vital que posibilita ambas posiciones.

El nagual Elías aseguraba que el espíritu solo escucha cuando el que le habla, le habla con gestos. Y los gestos no significa hacer señales o mover el cuerpo, sino actos de verdadero abandono, de generosidad, de humor. Como gesto para el espíritu, los brujos sacan de sí lo mejor que tienen; su abandono, su frialdad, su audacia y silenciosamente se lo ofrecen.

Acumular información en el movimiento del punto de encaje

Si pensamos acerca de la vida en términos de horas y no de años, nuestra vida es inmensamente larga, decía don Juan. Aunque pienses en términos de días, la vida es interminable. Los brujos cuentan la vida en horas: y en una hora le es posible a

un brujo vivir, en intensidad, el equivalente de una vida normal. Esa intensidad es una ventaja cuando se trata de acumular información en el movimiento del punto de encaje.

El punto de encaje, con el más ínfimo movimiento crea islas de percepción totalmente aisladas. Información acerca de la complejidad de la conciencia de ser se puede acumular allí. Puede parecer que el punto de encaje es algo vago y sin forma, pero la mente es igualmente vaga y tampoco tiene forma, sin embargo confiamos en ella, porque nos es familiar. Aunque no tenemos la misma familiaridad con el movimiento del punto de encaje, no es ni más mi menos vago que la mente.

La información se almacena en la experiencia misma; es decir, en la posición que el punto de encaje tiene al momento de la experiencia. Luego, cuando el brujo mueve otra vez su punto de encaje al sitio exacto en donde estaba, revive toda la experiencia. A eso, cómo ya sabemos, los brujos llaman "acordarse". Así que, acordarse es el modo de conseguir toda la información acumulada en el movimiento del punto de encaje. Lo que los brujos almacenan es la intensidad.

La intensidad es resultado automático del movimiento del punto de encaje. Por ejemplo, todo lo que estás viviendo en estos momentos tiene más intensidad de la que experimentas en general; por lo tanto, debidamente hablando, estás almacenando intensidad. Algún día revivirás la intensidad de este momento, haciendo que tu punto de encaje vuelva exactamente al sitio en donde está ahora. Ese es el modo como almacenan los brujos información.

La intensidad, siendo un aspecto del intento, está naturalmente conectada con el brillo de los ojos del brujo. A fin de acordarse de esas aisladas islas de percepción, los brujos sólo necesitan intentar el específico brillo de sus ojos, asociado con el punto al que desean volver. Como el nivel de intensidad de un brujo es mayor que lo normal, en pocas horas un brujo puede vivir el equivalente a una vida normal. Su punto de encaje, al moverse a una posición poco familiar, toma más energía que la acostumbrada. Ese flujo extra de energía se llama intensidad.

Don Juan decía que debemos tener cuidado con cierta reacción que afecta típicamente a los brujos: el frustrante deseo de explicar la experiencia de la brujería en términos coherentes y bien razonados. La experiencia de los brujos es tan descabellada que ellos acostumbran a acecharse a sí mismos con ella, haciendo hincapié en el hecho de que somos perceptores y de que la percepción tiene muchas más posibilidades de las que puede concebir la mente. A fin de protegerse de esa inmensidad de la percepción, los brujos aprenden a mantener una mezcla perfecta de *no tener compasión, de tener astucia, de tener paciencia y de ser simpáticos*. Estas cuatro bases están entrelazadas de modo inextricable. Los brujos las cultivan intentándolas. Estas bases son, naturalmente, posiciones del punto de encaje.

Todo acto realizado por un brujo es deliberado en pensamiento y realización y está, por definición, gobernado por esos cuatro principios fundamentales del acecho. Los brujos usan esas cuatro disposiciones del acecho como guías. Son cuatro estados mentales, cuatro diferentes tipos de intensidad que los brujos pueden usar para inducir a sus puntos de encaje a moverse a posiciones específicas.

Don Juan decía que explicar los asuntos de brujería es una lata. Nuestra racionalidad nos pone entre la espada y la pared. Nuestra tendencia es a analizar, a sopesar, a averiguar. Y no hay modo de hacer eso desde dentro de la brujería. La brujería es el acto de llegar al lugar del conocimiento silencioso, y el conocimiento silencioso no es analizable, porque sólo puede ser experimentado.

Los brujos, con el fin de protegerse del abrumador efecto del conocimiento silencioso, desarrollaron el arte del acecho. El acecho mueve el punto de encaje de un modo ínfimo, pero incesante, dando así a los brujos el tiempo y la posibilidad de reforzarse. Dentro del arte del acecho existe una técnica muy usada por los brujos: "*el desatino controlado*". Los brujos aseguran que esa es la única técnica con que cuentan para tratar consigo mismos en la conciencia acrecentada y con la gente en el mundo de la vida cotidiana.

Don Juan definía el desatino controlado como el arte del engaño controlado o el arte de fingirse completamente inmerso en el acto del momento; fingiendo tan bien que nadie podría diferenciar esa imitación de lo genuino. El desatino controlado no es un engaño en sí, sino un modo sofisticado y artístico de separarse de todo sin dejar de ser una parte integral de todo. El desatino controlado es un arte. Un arte sumamente molesto y difícil de aprender. Muchos brujos no tienen aguante para eso, no porque tenga nada de malo, sino porque hace falta mucha energía para ejercitarlo.

Don Juan admitía que él lo practicaba a conciencia, aunque no le gustaba mucho, quizá porque su benefactor había sido muy adepto a ello. O tal vez era porque su personalidad que, según decía él, era básicamente tortuosa y mezquina simplemente carecía de la agilidad necesaria para practicarlo.

Don Juan explicaba que para cuando llegamos a la brujería nuestra personalidad ya está formada y solamente nos resta practicar el desatino controlado y reírnos de nosotros mismos.



El manejo del Intento

Haciendo un recuento de los centros abstractos que hemos explicado, tenemos los siguientes: *las manifestaciones del espíritu, el toque del espíritu, los trucos del espíritu, el descenso del espíritu, los requisitos del intento y el manejo del intento.*

Hemos hablado de la ruptura de la imagen de sí, el alcanzar el sitio donde no hay compasión, y el llegar al conocimiento silencioso; y de los estados de ánimo que les dan seriedad. El manejo del intento es algo más velado, es el arte del acecho en sí, es la impecabilidad.

Don Juan decía que los centros abstractos se revelan con suma lentitud. Y ahora hablemos de otra historia de brujería. Don Juan no se cansaba de repetir que todo hombre que mueve su punto de encaje puede moverlo aún más. Y la única razón por la cual necesitamos un maestro es para que nos empuje sin misericordia. De lo contrario, nuestra reacción natural es detenernos a felicitarnos por haber avanzado tanto.

Don Juan explicaba que su benefactor, por suerte, como era un estupendo acechador, lo había tenido siempre en guardia, ayudándolo, cada vez que podía a efectuar un libre movimiento de su punto de encaje. Don Juan contaba que, en el curso de sus excursiones nocturnas a las montañas, el nagual Julián le había dado extensas lecciones sobre la naturaleza de la importancia personal y el movimiento del punto de encaje. Para el nagual Julián, la importancia personal era un monstruo de mil cabezas y había tres maneras en que uno podía enfrentarse a él y destruirlo. La primera manera consistía en cortar una cabeza por vez; la segunda era alcanzar ese misterioso estado de ser llamado el sitio donde no hay compasión, el cual aniquila la importancia personal matándola lentamente de hambre; y la tercera manera era pagar por la aniquilación instantánea del monstruo de las mil cabezas con la muerte simbólica de uno mismo.

El nagual Julián recomendaba la tercera alternativa, pero le dijo a don Juan que podía considerarse afortunado si tenía oportunidad de escoger. Pues es el espíritu el que suele decidir qué camino tomará el brujo, y el deber del brujo es obedecer.

El nagual no sólo quiebra la continuidad del aprendiz una, y otra vez, sino que la machaca hasta hacerla pedazos. Pero el aprendiz aún actúa como si estuviera intacto. Ese es un logro supremo de la magia cotidiana. Primero nos tambaleamos por un momento bajo el impacto de lo que estamos experimentando, pero luego lo olvidamos todo, atamos los cabos sueltos y continuamos como si nada hubiera ocurrido. Por eso el nagual Elías creía que sólo podemos realmente cambiar si morimos.

Hay un momento en el aprendizaje del guerrero que está lidiando con un nuevo tipo de continuidad. Toma tiempo acostumbrarse a ella. Los brujos pasan años en el limbo, donde no son ni hombres comunes y corrientes ni brujos. No pueden escoger. Al final, todos ellos se dan cabal cuenta de lo que son; brujos. La dificultad consiste en que el espejo de la imagen de sí es sumamente poderoso y sólo suelta a sus víctimas después de una lucha feroz.

Don Juan aseguraba que nuestra desventaja, en el mundo de los brujos, es la falta de continuidad. En ese mundo debemos relacionarnos con todo y con todos de una nueva manera. Describía el problema de los brujos en general como una doble imposibilidad. Una es la imposibilidad de restaurar la destrozada continuidad cotidiana; y la otra, la imposibilidad de utilizar la continuidad dictada por la nueva posición del punto de encaje. Esa nueva continuidad, decía él, es siempre demasiado tenue, demasiado inestable, y no ofrece a los brujos la seguridad que necesitan para actuar como si estuvieran en el mundo de todos los días.

Ninguno puede resolver el tema. O bien el espíritu lo resuelve o no lo hace. Si lo hace, el brujo se descubre manejando el intento, sin saber cómo. Esta es la razón por la cual don Juan insistía a sus aprendices, que la impecabilidad es lo único que cuenta. El brujo lleva una vida impecable, y eso parece atraer la solución. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

La impecabilidad no es moralidad. Sólo parece ser moralidad. La impecabilidad es, simplemente, el mejor uso de nuestro nivel de energía. Naturalmente, requiere frugalidad, previsión, simplicidad, inocencia y, por sobre todas las cosas, requiere la ausencia de la imagen de sí. Todo esto se parece al manual de vida monástica, pero no es vida monástica. Los brujos dicen que, a fin de tener dominio sobre el movimiento del punto de encaje, se necesita energía. Y lo único que acumula energía es nuestra impecabilidad.

Don Juan observaba que no hace falta ser estudiante de brujería para mover el punto de encaje. A veces, debido a circunstancias dramáticas, si bien naturales, tales como las privaciones, la tensión nerviosa, la fatiga, el dolor, el punto de encaje sufre profundos movimientos. Si los hombres que se encuentran en tales circunstancias lograran adoptar la impecabilidad como norma y llenar los requisitos del intento, podrían, sin ninguna dificultad, aprovechar al máximo ese movimiento natural. De ese modo, buscarían y hallarían cosas extraordinarias, en vez de hacer lo que hacen en tales circunstancias: ansiar el retorno a la normalidad.

Cuando se lleva al máximo el movimiento del punto de encaje, tanto el hombre común y corriente como el aprendiz de brujería se convierten en brujos, porque, llevando al máximo ese movimiento, la continuidad de la vida diaria se rompe sin remedio. Sólo se puede llevar al máximo ese movimiento con la impecabilidad. La



verdadera dificultad no está en mover el punto de encaje ni en romper la continuidad. La verdadera dificultad está en tener energía. Si se tiene energía, una vez que el punto de encaje se mueve, cosas inconcebibles están al alcance de la mano.

Don Juan explicaba que el aprieto del hombre moderno es que intuye sus recursos ocultos, pero no se atreve a usarlos. Por eso dicen los brujos que el mal del hombre es el contrapunto entre su estupidez y su ignorancia.

El boleto a la impecabilidad

Los brujos luchan por tener continuidad y esa es la lucha más dramática del mundo. Es dolorosa y cara. Muchas veces les ha costado la vida. Para que un brujo tuviera completa certeza acerca de sus acciones, o acerca de su posición en el mundo de los brujos, o acerca de su capacidad de utilizar inteligentemente su nueva continuidad, debe invalidar la continuidad de su vida cotidiana.

Los brujos videntes de los tiempos modernos llaman a ese proceso de invalidar la vida cotidiana "*el boleto a la impecabilidad*" o la muerte simbólica, pero muy definitiva, del brujo.

El boleto de un brujo para ir a la impecabilidad es su muerte. El gran truco de los brujos es estar totalmente conscientes de que están muertos. Su boleto para ir a la impecabilidad debe estar envuelto en puro entendimiento. En esa envoltura, dicen los brujos que el boleto se mantiene flamante. Don Juan dijo a Castaneda: "*Hace sesenta años que compré mi boleto y todavía está flamante*".

Los cinco intereses de los chamanes del México antiguo

Don Juan decía que había cinco asuntos en la vida de los chamanes de la antigüedad alrededor de los cuales giraba su búsqueda del conocimiento silencioso. Estos cinco temas eran: 1. Los pases mágicos; 2. El centro energético en el cuerpo humano llamado el centro de decisiones; 3. La recapitulación: el medio para acrecentar el alcance de la conciencia humana; 4. El ensueño: el verdadero arte de romper los parámetros de la percepción normal; 5. El silencio interno: el estado de la percepción humana desde el cual esos chamanes realizaban cada uno de sus logros perceptivos. Don Juan decía que esta secuencia era un arreglo al que habían llegado esos chamanes de la antigüedad, según y conforme a su entendimiento del mundo. Uno de los descubrimientos más asombrosos de esos chamanes fue la existencia de una fuerza aglutinante que une los campos energéticos creando unidades concretas y funcionales. Describían esta fuerza como una vibración, o una condición vibratoria que se extiende a través de diferentes grupos de energía y, al saturados, los une. Los pases mágicos cumplen con la función de esta condición vibratoria, y su propósito



era saturar a sus discípulos con ellos, siguiendo el mismo patrón utilizado por los chamanes de tiempos remotos. Don Juan explicaba que cuando esos brujos agruparon esos cinco puntos de interés chamánico, copiaron el patrón energético que habían descubierto al ver energía tal y como fluye en el universo. La fuerza aglutinante resultó ser los pases mágicos, y éstos impregnaron las cuatro unidades restantes agrupándolas en una unidad funcional: cinco campos energéticos unidos por uno de ellos.

Aquellos pases mágicos, que saturaban las otras cuatro unidades, y que se enseñaban en los tiempos de los chamanes del México antiguo sólo a los iniciados en el chamanismo, son los mismos pases de la Tensegridad. Hoy en día, cualquier persona puede utilizar los pases mágicos sin que éstos pierdan su capacidad de aglutinar esos cuatro campos de energía en una unidad concreta y funcional. El grupo de pases mágicos que cumple con la función de aglutinar las otras cuatro unidades se llama La Serie de Westwood. La Serie de Westwood está dividida en cuatro secciones. La primera sección, y la más importante, está constituida por pases mágicos que facilitan la toma de decisiones. La segunda, en orden de importancia, es la que está relacionada con la Recapitulación. La tercera se relaciona con el ensueño, y la cuarta está compuesta de pases mágicos directamente conectados con la preparación para alcanzar el silencio interno.

La serie de Westwood está explicada extensamente y con fotos en la publicación de Carlos Castaneda que lleva por título "Los pases mágicos". Y podemos encontrar videos en la aplicación de YouTube. Por tanto, he pensado que mejor ir a la fuente directamente para las personas interesadas. Y sino, ¿por qué no buscar nuestros propios pases mágicos en nuestro ensueño, o sacarlos directamente de nuestro silencio interno?

Los pases mágicos

Estás demasiado rechoncho, decía don Juan a Castaneda mirándole de pies a cabeza, sacudiendo la suya en señal de desaprobación. "*Estás a un paso de ser gordo. Ya empiezas a mostrar señales de desgaste. Como cualquier otro miembro de tu raza, ya estás desarrollando una bola de grasa en el cuello, como un toro. Llegó la hora de que tomes en serio uno de los mayores descubrimientos de los chamanes: los pases mágicos. Te he enseñado diferentes pases mágicos durante todo este tiempo y, tú, siempre has creído que lo que estoy haciendo es deleitarme haciendo crujir mis coyunturas. Me gusta la forma en que interpretas los pases mágicos: ¡hacer crujir mis coyunturas! Vamos a continuar refiriéndonos a ellos de esta manera. Te he enseñado diez formas diferentes de hacer crujir mis coyunturas. Cada una de estas formas es un pase mágico idóneo para mi cuerpo y para el tuyo*".



Los pases mágicos a los que don Juan se refería, como él mismo lo había dicho, eran las formas en las que Castaneda pensaba él hacía crujir sus coyunturas. Solía mover sus brazos, piernas, torso y cadera de formas específicas, y él creía que lo hacía para estirar al máximo sus músculos, huesos y ligamentos. Desde su punto de vista, el resultado de estos movimientos de estiramiento era una sucesión de sonidos crujientes, los cuales siempre pensó que producía para asombrarle y divertirle; y sí, era cierto que le había pedido una y otra vez que lo imitara. De forma desafiante, le había retado a memorizar los movimientos y a repetirlos en su casa hasta que pudiera hacer que sus coyunturas crujieran como las de él. Nunca logró reproducir estos sonidos, pero inadvertidamente había aprendido, en definitiva, todos los movimientos.

Se llaman pases mágicos porque producen un efecto que no puede explicarse de forma ordinaria. Estos movimientos no son ejercicios físicos o meras posturas del cuerpo; son verdaderas tentativas para alcanzar un estado óptimo de ser. El intento de miles de chamanes se extiende a través de estos movimientos. Su ejecución, aun de manera casual, hace que la mente se detenga. Nosotros reconocemos e identificamos todo lo que hacemos en el mundo, convirtiéndolo en líneas de similitud, líneas de cosas que son similares o que están ligadas por algún propósito. Por ejemplo, si te digo la palabra "tenedor", tú pensarás de inmediato en una cuchara, un cuchillo, un mantel, una servilleta, un plato, una taza, un vaso de vino, sopa de albóndigas, banquete, cumpleaños, fiesta. Ciertamente podrías continuar casi para siempre nombrando cosas que están ligadas por un propósito. Todo lo que hacemos está atado de esta forma.

Lo que a los chamanes les parece extraño, es que ellos ven que todas estas líneas de afinidad, todas estas líneas de cosas ligadas por un propósito, están asociadas con la idea que el hombre tiene de que las cosas no cambian y que son para siempre, como si fueran la palabra de Dios. Parece ser que en nuestra mente el universo entero es como la palabra de Dios: absoluto e inmutable. Esta es la forma en que nos movemos. En las profundidades de nuestra mente existe un dispositivo de control que no nos permite detenernos a examinar que la palabra de Dios, tal como la aceptamos y creemos que es, pertenece a un mundo muerto. Por otro lado, un mundo vivo está en flujo constante. Se mueve; cambia; se contradice. Los pases mágicos de los chamanes son mágicos porque al practicarlos, el cuerpo se da cuenta de que en lugar de ser una línea invariable de afinidades, es una corriente, un flujo. Y si todo en el universo es un flujo, una corriente, esa corriente puede detenerse. Se puede colocar un dique para detener o desviar su flujo.

Con los pases mágicos verdaderamente estamos alterando la estructura básica de nuestro ser. Le estamos poniendo un dique al flujo que nos enseñaron a considerar como una sarta de cosas inalterables.



Don Juan daba el siguiente ejemplo, decía: "*En mi caso, a mi edad, debería padecer de presión arterial alta. Si fuera a ver a un médico, éste, al verme, asumiría que debo ser un indio viejo, plagado de incertidumbres, frustraciones y con una mala dieta; todo esto, naturalmente, da por resultado la predecible y presupuesta condición de presión arterial alta: un corolario aceptable para personas de mi edad. No tengo ningún problema de presión alta, no porque sea más fuerte que el hombre común y corriente, o debido a mi marco genético, sino porque los pases mágicos han hecho que mi cuerpo rompa con patrones de comportamiento que dan como resultado presión arterial elevada. Puedo decir, con toda certeza, que cada vez que hago crujir mis coyunturas, después de ejecutar los pases mágicos, estoy bloqueando el flujo de expectativas y comportamiento que, a mi edad, normalmente, da por resultado presión alta. Otro ejemplo que puedo darte es la agilidad de mis rodillas. ¿No te has dado cuenta de que soy mucho más ágil que tú? Cuando se trata de mover las rodillas ¡soy un niño! Con mis pases mágicos pongo un dique a la corriente del comportamiento y a la parte física que hace que las rodillas de la gente, tanto de hombres como de mujeres, se vuelvan rígidas con la edad*".

Castaneda decía que uno de los sentimientos más molestos que había experimentado jamás, era el hecho de que don Juan, aunque podría haber sido su abuelo, era infinitamente más joven que él. En comparación, Carlos era rígido, obstinado, repetitivo. Estaba senil. Don Juan, por otro lado, era vigoroso, inventivo, ágil, hábil; en pocas palabras, poseía algo que Castaneda, aunque era más joven, no poseía: juventud. Se deleitaba diciéndole repetidamente que la juventud no era de ninguna forma un factor que pudiera prevenir la senilidad.

Don Juan decía que había vencido a su mente. Decía: "*No tengo una mente que me diga que me llegó la hora de ser viejo. No honro acuerdos en los que no participé. Recuerda esto: para los chamanes no es un refrán decir que ellos no honran acuerdos en los que no participaron. Padecer los achaques de la vejez es uno de esos acuerdos*".

Don Juan era viejo, y, no obstante, no era en absoluto viejo. Era años más joven que Castaneda. Estaba libre de pensamientos engorrosos y de patrones de hábitos. Recorría a voluntad mundos increíbles. Él era libre, mientras que Carlos era prisionero de innumerables patrones y hábitos, de consideraciones mezquinas y frívolas acerca de sí mismo.

De donde surgieron los pases mágicos

Nadie los inventó. Pensar que fueron inventados implica instantáneamente la intervención de la mente, y éste no es el caso de los pases mágicos. A través de sus prácticas de ensoñación, los chamanes de tiempos antiguos descubrieron que, al moverse de cierta forma, el flujo de sus pensamientos y acciones se detenía. Los pases mágicos son el resultado de un estado en el que la mente no interviene. O, más bien, son el resultado de haber desconectado la mente. Los practicantes deben

ejercitar una tremenda disciplina sobre sí mismos para poder ensoñar y, el resultado de esto, es la huida de la mente.
El gran truco de esos chamanes de la antigüedad fue agobiar sus mentes con disciplina. Descubrieron que, si se abrumaba la mente con atención, especialmente la clase de atención que los chamanes llaman la atención de ensueño, la mente huye, y esto crea, en cualquiera de los practicantes involucrados en esta maniobra, la absoluta certeza del origen foráneo de la mente. La disciplina abruma la mente, pero la disciplina a la que don Juan se refería no tiene nada que ver con rutinas acerbas. Los chamanes entienden la disciplina como la capacidad de encarar con serenidad las dificultades que no están incluidas en nuestras expectativas. Para ellos, la disciplina es un acto volitivo que les permite enfrentar todo lo que se les presenta sin remordimientos ni expectativas. Para los chamanes la disciplina es un arte: el arte de encarar el infinito sin vacilación, no como resultado de su firmeza, sino de su admiración reverente. En pocas palabras, podríamos decir que la disciplina es el arte de sentir admiración reverente. Así que, a través de su disciplina, los chamanes vencen la mente: ***la instalación extranjera*** (ver capítulo 20, el volador).

Don Juan decía que, a través de sus prácticas de ensueño, los chamanes del México antiguo descubrieron que ciertos movimientos promueven aún más el silencio y, también, crean una peculiar sensación de plenitud y bienestar. Esta sensación los cautivó a tal grado, que se esforzaron por repetirla en sus horas de vigilia. Don Juan explicó que al principio creyeron que era un estado de bienestar creado por el ensueño, pero al tratar de repetir este estado anímico, descubrieron que era imposible hacerlo. Entonces se dieron cuenta de que siempre que tenían esta sensación de bienestar, al estar ensoñando, estaban inmersos en movimientos. A través de muchas penurias, comenzaron a reconstruir los movimientos que recordaban. Sus esfuerzos fueron recompensados. Fueron capaces de recrear movimientos que les habían parecido ser reacciones automáticas del cuerpo en el estado de ensueño. Don Juan decía que los pases mágicos fueron el resultado de esto. Animados por su éxito, fueron capaces de recrear cientos de movimientos que practicaban sin tratar jamás de clasificarlos en un esquema comprensible. La idea era que los movimientos ocurrían, espontáneamente, durante el ensueño y que había una fuerza que guiaba su efecto sin ninguna intervención de su volición.

Los chamanes antiguos explicaron que esta fuerza es un factor aglutinante que une nuestros campos de energía para convertirnos, así, en una unidad coherente. En lo que se refiere al aspecto práctico, para esos chamanes del México antiguo, los pases eran avenidas genuinas que los preparaban para navegar en lo desconocido. Establecieron un criterio básico para practicarlos, el mismo criterio que se observa hoy en día para practicar la *Tensegridad*. Este criterio se llama saturación, y significa bombardear el cuerpo con una profusión de pases mágicos para así permitir que la fuerza que nos une nos guíe, creando un máximo efecto total.

El Centro de decisiones

El segundo tema de gran interés para los chamanes del México antiguo era el centro de decisiones. A raíz de los resultados prácticos de sus esfuerzos, esos chamanes se convencieron de que existe un punto en el cuerpo humano que es responsable de la toma de decisiones: el punto 'v', ubicado en la cresta del esternón, en la base del cuello. Aseveraban que es un centro de tremenda sutileza el cual almacena un tipo específico de energía que eran incapaces de definir, quizá, porque desafía toda definición. Sin embargo, estaban completamente convencidos de que podían sentir su presencia y el efecto de su energía. Aseguraban que, en los seres humanos, este tipo especial de energía es empujado hacia afuera de ese centro a una edad muy temprana y nunca vuelve a regresar a él, privando así a los seres humanos de algo quizá más importante que toda la energía de los otros centros combinados.
Los chamanes han señalado, a través de los siglos, la incapacidad de los seres humanos para tomar decisiones. Han señalado que los seres humanos han creado gigantescas instituciones que asumen la responsabilidad de tomar decisiones. Por lo tanto, los seres humanos no deciden por sí mismos, sino que dejan que el orden social decida por ellos y cumplen, meramente, con las decisiones que se han tomado en su nombre. Para ellos, el punto 'v', en la base del cuello, era un lugar de tal importancia que rara vez lo tocaban y, si lo hacían, no se lo tocaban ellos mismos, sino que siempre lo hacía otra persona con la ayuda de algún objeto, y de manera ritual. Don Juan Matus decía que empleaban piezas de madera dura bien pulidas, o huesos pulidos de animales, o aun de seres humanos, usando la cabeza orbicular de hueso para así tener un objeto perfectamente redondo del mismo tamaño que dicha oquedad en el cuello. Ejercían presión con esos huesos o piezas de madera creando presión sobre los bordes de esa área hueca. Don Juan decía que esos objetos también se usaban, aunque rara vez, para darse masajes a sí mismos o, en términos de lo que hoy en día se entiende como estimulación de los puntos de acupresión.

¿Cómo descubrieron que ese hueco en el cuello es el centro de decisiones?

Cada centro de energía en el cuerpo, tiene una concentración de energía; una clase de vórtice de energía como un embudo que parece girar en contra de las manecillas del reloj, desde la perspectiva de alguien que lo está mirando. La fuerza de cualquiera de esos centros, en particular, depende de la fuerza de ese movimiento. Si se mueve trabajosamente o apenas se mueve, quiere decir que ese centro está agotado, vacío de energía. Don Juan explicaba que existen seis enormes vórtices de energía en el cuerpo humano que se pueden utilizar, o que están accesibles para manipularse. El primero está en el área del hígado y la vesícula, el segundo en el área del páncreas y el bazo, el tercero en el área de los riñones y las glándulas suprarrenales, y el cuarto en el punto hueco en la base del cuello, en la parte anterior del cuerpo. Describía que este centro tiene una clase especial de energía que los videntes perciben como una cualidad transparente, algo que podría describirse

como semejante al agua; energía tan fluida que es líquida. También decía que la apariencia líquida de esta energía especial es el rasgo de una cualidad, tipo filtro, que separa cualquier energía que entra en él, tomando únicamente la parte que tiene esta característica líquida. Esta cualidad es una característica uniforme y consistente de este centro. El quinto centro, pertinente sólo a las mujeres, es el área del útero. Mencionó que en algunas mujeres el útero parece tener una energía líquida similar, un filtro natural que separa la energía superflua; pero no todos los úteros tienen esta característica. Existe otro centro, arriba de la cabeza, con el que los chamanes de la antigüedad no trataban en absoluto. Cada uno de sus pases mágicos tenía que ver con alguno de esos cinco centros, pero, nunca con el sexto, encima de la cabeza.

¿Por qué esta discriminación?

Ese sexto centro de energía, no pertenece del todo al hombre. Nosotros, los seres humanos, estamos sitiados, por así decido. Es como si ese centro hubiera sido invadido por un enemigo invisible. Y, la única forma de vencer a este enemigo es fortaleciendo todos los otros centros.

Don Juan decía que veía la energía, y veía que la energía del centro que está encima de la cabeza no fluctúa como la energía de los otros centros. Se mueve para adelante y para atrás, de manera muy ajena a nosotros y muy repugnante. También vio que en los chamanes que han logrado vencer a la mente, a la cual ellos llaman la *instalación foránea*, la fluctuación de ese centro se vuelve exactamente como la fluctuación de todos los otros centros. La rotación de la energía en el centro de decisiones es la más débil de todas. Por eso es que el hombre casi nunca puede decidir nada. Los chamanes ven que después de practicar ciertos pases mágicos ese centro se activa, y entonces pueden, ciertamente, tomar todas las decisiones que deseen, cuando antes no podían, ni siquiera, ir a la esquina. Don Juan puso un enorme énfasis en el hecho de que esos chamanes tenían una tremenda aversión, casi al borde de la fobia, a tocar su propio hueco en la base del cuello, en la cresta del esternón. La única manera en que aceptaban cualquier interferencia con ese punto era a través del uso de sus pases mágicos, los cuales estaban diseñados para reforzarlo llevando la energía dispersa hacia él; de esta forma despejaban toda duda al tomar decisiones, dudas que son producto de la dispersión natural de energía que ocurre como consecuencia del deterioro causado por el desgaste cotidiano.

La idea general que esos chamanes tenían era que el cuerpo humano, visto por los videntes, es una unidad concreta y sellada de campos energéticos. Ninguna energía puede introducirse en esta unidad sellada, y ninguna energía puede escapar de ella. Para los chamanes del linaje de don Juan, el sentimiento de perder energía, que todos nosotros experimentamos, en uno u otro momento, es el resultado de su dispersión o de la expulsión de sus cinco centros energéticos descritos previamente. Esos chamanes creían que la energía es expulsada de esos centros dispersándose

hacia los límites exteriores de nuestro ser. Cuando los chamanes del México antiguo se referían a los límites externos de nuestro ser, hablaban de cómo perciben los chamanes a los seres humanos, es decir, que son percibidos como un conglomerado de campos energéticos con apariencia de una esfera luminosa. Consideraban que esta esfera de energía es nuestro verdadero ser; verdadero, en el sentido de que para ellos es algo irreductible en términos de energía. En otras palabras, eran capaces de extender los límites de su percepción hasta el punto de poder percibir energía tal y como fluye en el universo. Bajo tales condiciones, los seres humanos son esferas luminosas, y esta "visión" es irreductible, ya que parece que esos chamanes empleaban la totalidad del potencial humano para percibir, y el percibir una esfera luminosa de energía pura es el resultado final de esto. Esos chamanes entendían cualquier sensación de ganar energía, como la concentración de la energía que estaba previamente dispersa en los centros de vitalidad ya mencionados. Llamaban a esta maniobra "redistribuir la energía previamente dispersa". Usaban los pases mágicos para poder realizar esta redistribución, ya que su efectividad se había comprobado a través de los milenios. La Tensegridad, la versión moderna de esos pases mágicos, logra alcanzar la misma meta: redistribuye la energía dispersa, pero lo hace libre del gravamen ritual de los chamanes.

La Recapitulación

El tercer tema de profundo interés para los chamanes del México antiguo era la Recapitulación. Esos chamanes creían que, al igual que los pases mágicos, la Recapitulación prepara el terreno para alcanzar el conocimiento silencioso. Para ellos, la Recapitulación era el acto de revivir experiencias pasadas, necesario para poder alcanzar dos metas transcendentales. La primera era un esfuerzo que concordaba con su visión general del universo, de la vida y la conciencia; la otra era una meta extremadamente pragmática de adquirir fluidez perceptiva. Su visión general del universo, la vida y la conciencia era que existe una fuerza indescriptible, a la cual llamaban, metafóricamente, el Águila. Entendían que esta es la fuerza que presta energía a todos los seres vivos, desde los virus hasta los hombres. Creían que el Águila le presta conciencia a un ser recién nacido, y que este ser la incrementa por medio de sus experiencias de vida hasta que llega el momento en que esa fuerza exige que se la regrese. De acuerdo al entendimiento de los chamanes, todos los seres vivos se mueren porque se ven forzados a regresar la conciencia que les fue prestada. Esta conciencia incrementada regresa a su dador. Don Juan decía que no había manera de explicar tal cosa con nuestro modo lineal de pensar, ya que no existe una explicación de por qué la conciencia se presta, o por qué se regresa; es un hecho del universo, y no todos los hechos del universo pueden explicarse en términos de causa y efecto, o con un propósito que se pueda determinar a priori.

Los chamanes del México antiguo creían que recapitular significa entregar a esta fuerza, el Águila, lo que está buscando: nuestras experiencias de vida, pero entregárselas con cierto grado de control que permita a los chamanes separar la

conciencia, de la vida. Aseguraban que la conciencia y la vida no están entrelazadas de modo inextricable, sino que sólo están unidas circunstancialmente. Afirmaban que el Águila no quiere nuestra vida; quiere nuestras experiencias de vida. Aunque supuestamente los seres humanos deberían perder únicamente la fuerza de sus experiencias, la falta de disciplina no les permite separar su fuerza vital de la fuerza de sus experiencias. La Recapitulación es el procedimiento a través del cual los chamanes le entregan al Águila un substituto en lugar de sus vidas. Le entregan al Águila sus experiencias al hacer un recuento de ellas, pero retienen la fuerza vital. Las aseveraciones perceptivas de los chamanes parecen ser insensateces cuando se examinan en términos de los conceptos lineales de nuestro mundo.

El hombre occidental abandonó cualquier tentativa de entablar un discurso filosófico serio basado en aseveraciones hechas por los chamanes del Nuevo Mundo. Por ejemplo, la idea de la Recapitulación nos parece algo más congruente con el psicoanálisis. Cualquier erudito que se tope con ella podría pensar que la Recapitulación es un procedimiento psicológico, una clase de técnica de autoayuda. De acuerdo con don Juan Matus, el hombre siempre pierde por omisión. Él creía que existen formas alternativas de relacionarnos con el universo, la vida, la conciencia y la percepción, y que la forma en que nos relacionamos, por ahora, es sólo una de las múltiples opciones. Para los practicantes del chamanismo, el significado de la Recapitulación es entregar a una fuerza incomprensible, el Águila, exactamente lo que quiere: sus experiencias de vida, es decir, la conciencia que han incrementado a través de esas experiencias. Don Juan no podía explicar este fenómeno en términos de una lógica común y corriente, o en términos de la necesidad de encontrar causas explicables. Decía que todo esto pertenece al reino de la práctica, y que todo lo que podemos aspirar a hacer es lograr realizar esta hazaña sin dar explicaciones. También dijo que había cientos de chamanes que lograron realizar la hazaña de conservar su vida después de entregarle al Águila la fuerza de sus experiencias. Para don Juan esto significaba que esos chamanes no murieron de la forma usual en que entendemos la muerte, sino que la trascendieron al retener su fuerza vital y desaparecer de la faz de la tierra, embarcados en un viaje definitivo de percepción. Los chamanes creen que cuando la muerte ocurre de esta forma, todo nuestro ser se convierte en energía, pero en una clase de energía especial que retiene la marca de nuestra individualidad.

Don Juan trataba de explicar esto de manera metafórica diciendo que, durante el curso de nuestra vida, estamos compuestos por un gran número de "mundos o reinos individuales". Dijo que tenemos el reino de los pulmones, el reino del corazón, el reino del estómago, el reino de los riñones, etc., y que cada uno de estos reinos o naciones trabaja algunas veces independientemente del resto, pero que al momento de la muerte todos se unen en una sola entidad. Él llamaba a este estado la libertad total, y decía que un ser humano libre de la socialización y del dominio

de la sintaxis y, transformado así, en una porción de energía pura y unificada, desaparece, se evapora, se esfuma, o lo que fuera, en lo desconocido, en el infinito, transformado en un ser inorgánico, un ser que posee conciencia pero no organismo.

Castaneda preguntaba si esto era inmortalidad. Don Juan decía que esto no era de ninguna manera inmortalidad; era, únicamente, la entrada a un proceso evolutivo, usando el único medio para evolucionar que el hombre posee: la conciencia. Los chamanes están convencidos de que el hombre ya no puede evolucionar biológicamente; por lo tanto, consideran que la conciencia del hombre es el único medio para evolucionar. Para los chamanes, transformarse en seres inorgánicos es evolucionar y, don Juan dijo, para ellos esto significa que les prestan un nuevo tipo indescriptible de conciencia que dura, verdaderamente, millones de años, pero que algún día tendrá que entregarse de vuelta al dador: el Águila.

Castaneda le preguntó a don Juan si los seres inorgánicos, que de acuerdo con los chamanes habitan nuestro mundo gemelo, eran seres evolucionados que fueron alguna vez humanos. Dijo que son intrínsecamente seres inorgánicos de la misma forma en que nosotros somos intrínsecamente orgánicos; son seres cuya conciencia puede evolucionar como la nuestra, y que indudablemente lo hace, pero que él no tenía conocimiento directo de cómo sucede esto. Lo que sí sabía, sin embargo, es que un ser humano cuya conciencia ha evolucionado es un ser inorgánico de un tipo especial. Don Juan daba una serie de descripciones de esta evolución, la más interesante: la libertad total. Podemos imaginar que el ser humano que lograra entrar en ese estado debería ser el ser más valeroso, el más imaginativo posible. Don Juan decía que no nos estábamos imaginando nada, que para entrar en ese estado un ser humano debe apelar a su lado sublime, el cual, decía, todos los seres humanos poseen, pero nunca se les ocurre usar.

Don Juan explicaba que el segundo aspecto de la Recapitulación es adquirir fluidez. Decía que la racionalización de los chamanes al respecto tenía que ver con uno de los asuntos más elusivos del chamanismo: *el punto de encaje*; un punto de luminosidad intensa del tamaño de una pelota de tenis, que los chamanes que ven directamente cómo fluye la energía en el universo pueden percibir. Como ya se mencionó previamente, un ser humano, visto a través de los ojos de un vidente, tiene la apariencia de una esfera luminosa; los videntes pueden ver un punto de aún mayor brillantez en la parte trasera de esta esfera luminosa. Lo llaman el punto de encaje ya que ven cómo, números astronómicos de campos energéticos del universo entero, con forma de filamentos luminosos, convergen en ese punto y lo atraviesan. Esta confluencia de filamentos es lo que le da al punto de encaje su brillantez. El punto de encaje permite al ser humano percibir energía al convertirla en datos sensoriales, que el punto de encaje interpreta como el mundo cotidiano; esta

interpretación se realiza en términos de la socialización humana y de los potenciales humanos.

Don Juan decía que recapitular era revivir todas, o casi todas, las experiencias que uno ha tenido y, que al hacer esto, el punto de encaje se desplaza, ya sea ligera o considerablemente, impulsado por la fuerza de la memoria para adoptar la posición en la que se encontraba cuando el evento que se está recapitulando ocurrió. El acto de desplazar continuamente el punto de encaje, de posiciones previas a la posición presente, le da al practicante la fluidez necesaria para soportar circunstancias insólitas en sus viajes al infinito; circunstancias que no forman parte en lo absoluto de la cognición habitual del practicante.

En la antigüedad la Recapitulación se hacía como un procedimiento formal, los practicantes recordaban a cada persona que conocían y cada experiencia en la que habían participado. Don Juan sugería a sus aprendices que escribieran una lista de todas las personas que habían conocido en su vida, como un dispositivo mnemotécnico. Una vez que escribían esta lista, proseguía a decirles cómo utilizarla. Les decía que tomaran a la primera persona en la lista, que iba del presente hacia el pasado, y recrearan en su memoria la última interacción con esa persona. Llamaba a este acto arreglar los eventos que se recapitularán. Don Juan exigía un recuento minucioso ya que es el medio más eficaz para afilar nuestra capacidad de recordar. Dijo que para realizar este recuento uno necesita incorporar todos los detalles físicos, tal y como los alrededores del lugar donde el evento ocurrió. Una vez que el evento está arreglado, decía, uno debe entrar a ese sitio como si uno estuviera verdaderamente ahí, y prestar atención especial a cualquier configuración física que sea relevante. Por ejemplo, si la interacción ocurrió en una oficina, uno debe recordar el suelo, las puertas, las paredes, los cuadros, las ventanas, los escritorios, los objetos encima de las mesas, todo aquello que quizá uno vio de un vistazo y luego olvidó por completo.

Don Juan aseguraba que, como un procedimiento formal, la Recapitulación debe iniciarse con el recuento de los eventos más recientes. De esta forma, la experiencia ejerce la primacía; uno puede recordar algo que acaba de ocurrir con gran precisión. Aseguraba que uno es capaz de almacenar información detallada de la cual no es consciente, y que esa información detallada es para el Águila.

Para recapitular el evento en sí, se requiere una respiración profunda abanicando la cabeza, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, tantas veces como sea necesario, mientras uno recuerda todos los detalles accesibles. Don Juan decía que los chamanes se refieren a esto como el acto de inhalar todos los sentimientos que uno sintió en el evento que está recordando, y exhalar todos los estados de ánimo y los sentimientos indeseables que se quedaron en uno. Los chamanes creen que el misterio de la Recapitulación reside en el acto de inhalar y exhalar. Ya que respirar

es una función de sostén de vida, los chamanes creen que también podemos entregarle a la fuerza que nos presta conciencia este facsímil de las experiencias de nuestra vida.

La lista con los nombres de la gente se usa, entonces, como un dispositivo mnemotécnico que propulsa la memoria hacia un viaje inconcebible. La lógica de los chamanes es que recordar los eventos que ocurrieron más recientemente prepara el camino para recordar eventos más distantes en el tiempo con la misma claridad e inmediatez. Los chamanes consideran que hacer un recuento como éste, es como volver a vivir las experiencias que ya se han vivido, y que uno puede sustraer de este recuento una fuerza extraordinaria, un ímpetu excepcional que agita y regresa, nuevamente, a nuestros centros de acción, la energía que se ha dispersado fuera de ellos, la cual está acumulada en la periferia de la esfera luminosa que somos. Dicen que esta redistribución de energía, resultado de la Recapitulación, nos permite ganar fluidez después de entregarle al Águila lo que quiere.

En un nivel más mundano, la Recapitulación nos permite ver lo repetitiva que es nuestra vida. La Recapitulación nos convence, sin lugar a dudas, de que uno está a merced de fuerzas que, aunque a primera vista parecen ser perfectamente razonables son, al fin y al cabo, absurdas. Los chamanes afirman que un verdadero cambio de comportamiento sólo puede lograrse a través de la Recapitulación, como único vehículo que puede acrecentar la conciencia al liberarla de las exigencias silenciosas de la socialización; algo que es tan automático que no puede examinarse, sólo puede observarse. Esta es la razón por la cual los chamanes se refieren a la Recapitulación como "*la vista desde el puente*". Acabar la lista de gente toma un largo tiempo, ya que está íntimamente relacionada con los eventos. Algunas veces, por simple ósmosis, hay personas que se relacionan con eventos impersonales en los que ninguna persona participó, pero que ocurrieron alrededor del tiempo en que uno conoció al individuo que está recapitulando. En tales casos uno debe hacer el recuento del evento en sí mismo. Lo que los chamanes buscan ávidamente a través de la Recapitulación, es obtener la memoria de sus interacciones ya que a través de éstas, se dan cuenta de los profundos efectos de la socialización los cuales tratan de superar por todos los medios posibles.

El ensueño

El cuarto tema en la lista de prioridades de los chamanes de México antiguo es el ensueño, el arte de romper con los parámetros de la percepción normal. Para esos chamanes, así como para los miembros de su linaje en la actualidad, viajar a lo desconocido es, verdaderamente, la fuerza que le da impulso al chamanismo. Don Juan demostraba innumerables veces que todo lo que él y sus compañeros hacían partía de ese impulso.

Las dos artes en las que basaban sus viajes eran dos líneas tremendamente sofisticadas de actividad: el arte del ensueño y el arte del acecho. Para don Juan el arte del acecho era la otra cara de la moneda relacionada con el arte del ensueño. Para explicar estas dos artes, primero presentaba, lo que decía, era, la piedra angular del chamanismo: la posibilidad de percibir energía directamente tal y como fluye en el universo. Explicó que lo que los seres humanos consideran normalmente como el acto de percibir es, más bien, un acto de interpretación de datos sensoriales. Aseguraba que desde el momento en que nacemos todo lo que nos rodea nos proporciona una posibilidad de interpretación. Con el tiempo, esta posibilidad se convierte en un sistema completo por medio del cual conducimos todas nuestras transacciones perceptuales en el mundo. Estaba convencido de que no teníamos la oportunidad de considerar, ni siquiera por un instante, la posibilidad de percibir el flujo de la energía directamente. Para de Juan y otros chamanes como él, lo que hace que un hombre común y corriente se transforme en un chamán es el acto de cancelar el efecto de nuestro sistema de interpretación y percibir energía directamente.

Don Juan explicaba que los seres humanos tienen apariencia de esferas luminosas cuando son percibidos directamente como energía. Decía que ver energía es el punto de articulación del chamanismo. Aseguraba que todo lo que un chamán hace, gira en torno a esto, o se origina en ello, y que el arte del ensueño y el arte del acecho son las dos corrientes principales de actividad que se derivan de ver energía directamente.

Otro asunto que elucidaba extensamente era el punto de encaje. Decía que cuando los chamanes son capaces de ver a los seres humanos como esferas luminosas, también ven el epicentro del chamanismo: un punto del tamaño de una pelota de tenis con una luminosidad más intensa que el resto de la esfera luminosa. Si viéramos el huevo luminoso lo podríamos ubicar entre los omoplatos y a un metro por detrás de nosotros aproximadamente. Don Juan lo llamaba el punto de encaje, y decía que la percepción ocurre precisamente ahí, en ese punto. El arte del ensueño consiste en desplazar, a voluntad, el punto de encaje de su posición habitual. El arte del acecho consiste en mantenerlo, voluntariamente, fijo en la nueva posición a la que se ha desplazado.

De acuerdo con la explicación de don Juan, estas dos artes se resguardan detrás de un marco filosófico llamado el camino del guerrero (capítulo 4), o el camino de los chamanes: un conjunto de premisas por medio de las cuales los chamanes viven y actúan en el mundo. Para don Juan y sus compañeros, seguir las premisas del guerrero era el logro principal del chamanismo. Don Juan creía que los chamanes pueden encontrar la energía y la determinación necesarias para viajar a lo desconocido, sólo a través de una adherencia estricta al camino del guerrero. Don Juan recalcaba, en tantas formas como le fue posible, el valor de una actitud

pragmática por parte de los practicantes del ensueño y del acecho. Definía una actitud pragmática como la capacidad de absorber cualquier contingencia que se pueda presentar a lo largo del camino del guerrero. Él mismo, era el vivo ejemplo de tal actitud. No existía ninguna incertidumbre o conflicto que su mera presencia no disipara.

Para poder alcanzar esta deseada actitud pragmática, el practicante debe tener un cuerpo sumamente flexible, ágil y fuerte. Para los chamanes, el cuerpo físico es la única entidad que tiene sentido, y que no existe tal cosa como la dualidad entre el cuerpo y la mente. Los chamanes creen que el cuerpo físico comprende tanto el cuerpo como la mente, tal como los conocemos. Para poder contrabalancear al cuerpo físico, como una unidad holística, los chamanes consideran otra configuración de energía: el cuerpo energético, también conocido como el otro, el doble, el cuerpo de ensueño. Don Juan describía el arte del ensueño como la posibilidad de que la conciencia humana utilice los sueños normales como una entrada genuina a otros reinos de percepción. Aseguraba que los sueños comunes y corrientes pueden usarse como una compuerta que conduce a otras regiones de energía diferentes de la energía del mundo cotidiano y, sin embargo, extremadamente similares en su núcleo básico. El resultado de dicha entrada es la percepción de mundos verdaderos donde uno puede vivir o morir, tal y como en el mundo en que vivimos, mundos que son asombrosamente diferentes del nuestro y, sin embargo, en extremo similares.

Al verse presionado para dar una explicación lineal, don Juan Matus reiteraba su posición usual: las respuestas a todas esas preguntas se encontraban en la práctica, no en una indagación intelectual. Para poder hablar de tales posibilidades uno tiene que usar la sintaxis de la lengua, cualquiera que sea el idioma que uno hable y, esa sintaxis, por la fuerza de su uso limita las posibilidades de expresión. La sintaxis de cualquier lengua se refiere sólo a las posibilidades perceptuales que forman parte del mundo en que vivimos.

Don Juan marcaba una importante diferencia entre dos verbos: uno era soñar; y el otro ensoñar, siendo, éste último, el modo como sueñan los chamanes. Don Juan también describía el ensueño como un estado de meditación profunda en el que un cambio en la percepción juega un papel clave. El arte del ensueño se originó por una observación casual que los chamanes del México antiguo hicieron cuando veían a gente que estaba dormida. Se dieron cuenta de que el punto de encaje se desplaza de su posición habitual de una manera muy natural y fácil durante el sueño, y que se mueve a cualquier parte en la periferia de la esfera luminosa, o a cualquier lugar en su interior. Al correlacionar lo que veían con los reportes de las personas que habían estado dormidas, se percataron de que cuanto más grande era el desplazamiento del punto de encaje que habían observado, más asombrosos eran

los reportes de las cosas y escenas que estas personas experimentaban en los sueños. Los chamanes buscaron, con toda avidez, oportunidades para desplazar sus propios puntos de encaje, y terminaron usando plantas alucinógenas para lograrlo. Pronto se dieron cuenta de que los desplazamientos causados por el uso de estas plantas eran erráticos, forzados y fuera de control.

Don Juan decía que descubrieron una cosa de gran valor en medio de este fracaso. Los chamanes de tiempos antiguos lo llamaron la atención de ensueño, o la capacidad que adquieren los practicantes para mantener su conciencia en los objetos de sus sueños. El resultado final de los nuevos esfuerzos de esos chamanes fue el arte del ensueño como lo conocemos hoy en día. A través de su disciplina lograron desarrollar su atención de ensueño hasta un punto extraordinario. Eran capaces de enfocar su atención en cualquier elemento de sus sueños, y fue así como descubrieron que existen dos clases de sueños. Una clase, son los sueños con los que estamos familiarizados, en los cuales hay elementos fantasmagóricos, algo que podríamos categorizar como el producto de nuestra mentalidad, nuestra psique; quizá algo que se relaciona con nuestra estructura neurológica. La otra clase de sueños es lo que los chamanes llaman sueños que generan energía. Don Juan dijo que esos chamanes de tiempos remotos tenían sueños que no eran sueños, sino verdaderas visitas, hechas en un estado como de sueño, a lugares genuinos que no estaban en este mundo; lugares tan reales como el mundo en que vivimos, lugares donde los objetos del sueño generaban energía de la misma forma que los árboles, los animales, o aun las rocas generan energía en nuestro mundo. Sin embargo, sus visiones de estos lugares eran demasiado evanescentes, demasiado temporales para que tuvieran algún valor para ellos. Atribuían esta falla al hecho de que su punto de encaje no podía mantenerse fijo, por un tiempo suficiente, en la posición a la que lo habían desplazado.

Sus tentativas para remediar esta situación dieron como resultado el otro gran arte del chamanismo: el arte del acecho, o la hazaña de mantener el punto de encaje fijo en la posición a la que se ha desplazado. Esta fijeza les dio la oportunidad de ser testigos de ese mundo hasta el máximo. Don Juan decía que algunos de esos chamanes nunca regresaron de sus viajes. En otras palabras, optaron por quedarse allí, donde quiera que "allí" fuera.

Al examinar a los seres humanos como esferas luminosas, los chamanes de tiempos antiguos descubrieron seiscientos puntos en la totalidad de la esfera luminosa que dan como resultado la entrada a un mundo totalmente nuevo, cuando el punto de encaje llega a quedar fijo en cualquiera de ellos.

¿Dónde están esos mundos? en la posición del punto de encaje. Nada puede ser más cierto que esa aseveración y, sin embargo, no tiene ningún sentido para nosotros. Para los chamanes, no obstante, esto es algo razonable cuando lo examinan desde

el punto de vista de su capacidad de ver energía tal y como fluye en el universo. Su conjetura es que, en su posición habitual, el punto de encaje recibe un flujo de campos de energía del universo entero en la forma de filamentos de energía luminosa. Consistentemente, estos mismos filamentos, que son billones, pasan a través del punto de encaje y dan como resultado el mundo que conocemos. Si el punto de encaje se desplaza a otra posición, otro conjunto de filamentos de energía pasa a través de él. Los chamanes creen que no es posible que este nuevo conjunto de filamentos energéticos pueda dar como resultado la visión del mismo mundo; por definición, ese mundo tiene que ser diferente al mundo de la vida cotidiana. Ya que el punto de encaje no es solamente el centro donde la percepción ocurre, sino también el centro donde se realiza la interpretación de datos sensoriales, los chamanes creen que el punto de encaje interpreta el nuevo flujo de campos energéticos en los mismos términos en los que interpreta el mundo de la vida cotidiana. El resultado de esta nueva interpretación es la visión de un mundo que es extrañamente similar al nuestro y, sin embargo, intrínsecamente diferente. Don Juan decía que esta similitud es sólo la interpretación del punto de encaje y, que, energéticamente, otros mundos son tan diferentes del nuestro como uno no se puede imaginar. Para poder expresar esta prodigiosa cualidad del punto de encaje y las posibilidades perceptivas inducidas por el ensueño, se necesita una nueva sintaxis; o quizá, si esta experiencia estuviera disponible para cualquiera de nosotros y no únicamente para los chamanes iniciados, la misma sintaxis de nuestra lengua podría expresarla.

Don Juan decía que realmente no había ningún procedimiento, del cual se pudiera hablar, que le enseñara a uno cómo ensoñar; y que más que cualquier otra cosa, ensoñar es el resultado de un árido esfuerzo por parte de los practicantes para ponerse en contacto con la fuerza perenne e indescriptible que los chamanes llaman *intento*. Una vez que este lazo se establece, el ensueño también queda misteriosamente establecido. Don Juan aseguraba que este nexo se puede realizar siguiendo cualquier patrón que implique disciplina. Sin embargo, don Juan consideraba que, para lograr la hazaña de ensoñar es de suprema importancia seguir *el camino del guerrero*, o la construcción filosófica que los chamanes usan para sostener sus acciones, cualquiera que éstas sean, en este mundo, o en cualquier otro mundo además de éste. Seguir el camino del guerrero crea una homogeneidad de resultados en la ausencia de cualquier patrón preciso. Los pases mágicos eran el recurso que los chamanes de tiempos remotos utilizaban para ayudar a desplazar su punto de encaje, ya que fueron diseñados para darles la estabilidad necesaria y producir la atención de ensueño, sin la cual no hay posibilidad de ensoñar en la forma en que lo hacían. Sin la ayuda de la atención de ensueño, lo máximo a lo que los practicantes pueden aspirar es a tener sueños lúcidos de mundos fantasmagóricos, o quizá, hasta vistazos de mundos que generan energía pero que,

en la ausencia de una base lógica exhaustiva que los pueda categorizar adecuadamente, no tienen ningún significado.

El silencio interno

El quinto tema que es la culminación de los otros cuatro, y que los chamanes del México antiguo buscaban con toda avidez, es el silencio interno. Don Juan definía el silencio interno como un estado natural de la percepción humana en el que los pensamientos se bloquean, y en el que todas las facultades del hombre funcionan desde un nivel de conciencia que no requiere el funcionamiento de nuestro sistema cognoscitivo cotidiano. Don Juan asociaba al silencio interno con la oscuridad, debido a que la percepción humana cae en algo que se asemeja a un hoyo negro, cuando se la despoja de su compañero habitual, el diálogo interno, que es una versión silenciosa del proceso cognoscitivo. El cuerpo funciona como siempre, pero la conciencia se agudiza. Se toman decisiones instantáneamente, y éstas parecen surgir de un tipo de conocimiento especial en el que los pensamientos no se verbalizan.

Los chamanes del México antiguo, quienes descubrieron y utilizaron los pases mágicos que son el núcleo de la Tensegridad, creían que la percepción humana es capaz de alcanzar niveles indescriptibles cuando funciona bajo la condición del silencio interno. Incluso aseguraban que algunos de esos niveles de percepción pertenecen a otros mundos, los cuales, creían, coexisten con el nuestro; mundos que son tan inclusivos como aquel en que vivimos; mundos en los que podemos vivir o morir, pero que son inexplicables en términos de los paradigmas lineales que el estado habitual de la percepción humana emplea para explicar el universo. De acuerdo con el entendimiento de los chamanes del linaje de don Juan, el silencio interno es la matriz necesaria para dar un gigantesco paso evolutivo; los chamanes del México antiguo llamaban a este gigantesco paso evolutivo el conocimiento silencioso. El conocimiento silencioso es un estado de la conciencia humana donde el conocimiento ocurre automática e instantáneamente. En este estado, el conocimiento no es producto de elucubraciones cerebrales o inducciones y deducciones lógicas, o de generalizaciones basadas en similitudes o diferencias. En el conocimiento silencioso no hay nada a priori, nada que pueda constituir un cuerpo de conocimiento. En el conocimiento silencioso todo ocurre inminentemente ahora. Piezas complejas de información pueden captarse sin ningún preámbulo.

Don Juan creía que el hombre primitivo tuvo indicaciones del conocimiento silencioso, pero que realmente no lo poseía. Dijo que estas indicaciones eran infinitamente más poderosas que lo que el hombre de hoy en día experimenta, donde la masa del conocimiento es el producto del aprendizaje. Creía que, aunque hemos perdido nuestra capacidad de captar estas indicaciones, la avenida que conduce hacia el conocimiento silencioso estará siempre abierta para el hombre, y

esta avenida surge de la matriz del silencio interno. Alcanzar el silencio interno es el prerrequisito para todas las cosas que hemos delineado en esta elucidación. Don Juan nos enseñó que el silencio interno debe obtenerse por medio de la firme presión de la disciplina. Decía que el silencio interno tiene que acumularse o guardarse, poco a poco, segundo a segundo. En otras palabras, uno tiene que forzarse a estar callado, aunque sea sólo por unos segundos. Don Juan aseguraba que, si uno es persistente, la perseverancia vence el hábito, y de esta manera, se llega a un umbral de segundos o minutos acumulados, un umbral que varía de persona a persona. Por ejemplo, si para un individuo dado, el umbral del silencio interno es de diez minutos, una vez que llega a este límite, el silencio interno ocurre por sí mismo, espontáneamente, por así decirlo. No hay manera posible de saber cuál es nuestro umbral individual. La única manera de saberlo es practicándolo.

Esto es, por ejemplo, lo que le ocurrió a Castaneda. Siguiendo la sugerencia de don Juan insistió en forzarse a mantenerse callado y, un día, mientras caminaba en la universidad de California, desde el departamento de antropología hacia la cafetería, alcanzó el umbral misterioso. Supo que lo había alcanzado porque, en un instante, experimentó algo que don Juan le había descrito extensamente; lo llamaba parar el mundo. En un instante, el mundo dejó de ser lo que era, y, por primera vez en su vida, fue consciente de que estaba viendo energía tal y como fluye en el universo. Tuvo que sentarse en unos escalones de ladrillo, pero supo que lo hacía sólo a nivel intelectual, a través de su memoria. Experimentalmente, estaba sentado en energía. Él mismo era energía, al igual que todo lo que le rodeaba. Se dio cuenta entonces, de algo que le aterrorizó, algo que nadie podía explicarle excepto don Juan; tuvo conciencia de que, aunque estaba viendo energía tal y como fluye en el universo por primera vez en su vida, había estado viendo energía tal y como fluye en el universo durante toda su vida, pero no se había dado cuenta de ello. La novedad no fue ver energía tal y como fluye en el universo. La novedad fue la pregunta que surgió, con tal furia, a raíz de esto, que le hizo regresar al mundo cotidiano. ¿Qué es lo que me ha impedido darme cuenta de que he estado viendo energía tal y como fluye en el universo toda mi vida? se preguntó a sí mismo.

Don Juan se lo explicó haciendo una distinción entre nuestra conciencia general y el estar deliberadamente consciente de algo. Dijo que nuestra condición humana es poseer esta conciencia profunda, pero que todos los ejemplos de esta conciencia profunda no se encuentran al nivel en que podamos estar con toda deliberación conscientes de ellos. Dijo que, cumpliendo con su función, el silencio interno había cubierto este intervalo y le había permitido darse cuenta de cosas de las que, solamente, había estado consciente en un sentido general.

El punto de ruptura

Don Juan definía el silencio interno como un estado peculiar de ser en que los pensamientos se cancelan y uno puede funcionar a un nivel distinto al de la conciencia cotidiana. Hacía hincapié en que el silencio interno consistía en suspender el diálogo interno, el compañero perenne del pensamiento, y debido a eso, era un estado de profunda quietud. Los antiguos chamanes le llamaron silencio interno porque es un estado en el cual la percepción no depende de los sentidos. Lo que funciona durante el silencio interno es otra facultad que posee el hombre, una facultad que hace de él un ser mágico, la misma facultad que ha sido restringida, no por el hombre mismo, sino por una influencia extranjera.
El silencio interno es la postura de donde proviene todo en el chamanismo. En otras palabras, todo lo que hacemos conduce a esa postura, que como todo lo demás en el mundo de los chamanes no se revela hasta que algo gigantesco nos sacude. Don Juan decía que los chamanes del México antiguo concibieron interminables modos de sacudirse a ellos mismos, o a otros practicantes del chamanismo, hasta los cimientos para llegar a ese estado codiciado del silencio interno. Consideraban los actos más estrafalarios, que parecen estar de lo más aislados de la búsqueda del silencio interno, como el saltar a una caída de agua, o pasar la noche colgado cabeza abajo de una rama de un árbol, como factores claves que lo hacían aparecer.

Siguiendo los racionalismos de los chamanes del México antiguo, don Juan declaraba categóricamente que el silencio interno se amontonaba, se acumulaba. Explicaba que los chamanes del México antiguo descubrieron que cada individuo tenía un umbral diferente de silencio interno en cuanto a tiempo, es decir, que el silencio interno debe ser mantenido por cada uno de nosotros durante el período de tiempo de nuestro umbral específico antes de que funcione.

¿Qué consideraban los chamanes, como la señal de que el silencio interno estaba funcionando? El silencio interno funciona desde el momento en que empiezas a acumularlo. Los chamanes andaban detrás del dramático resultado final, el de alcanzar ese umbral individual de silencio. Algunos practicantes muy talentosos necesitan sólo unos cuantos minutos de silencio para llegar a esa codiciada meta. Otros, menos talentosos, necesitan largos períodos de silencio, quizás más de una hora de quietud completa, antes de llegar al resultado tan deseado. El resultado deseado es lo que los antiguos chamanes llamaban *detener el mundo*, el momento en que todo lo que nos rodea cesa de ser lo que siempre ha sido. Ése es el momento en que los chamanes regresan a la verdadera naturaleza del hombre. Los antiguos chamanes también le llamaban *libertad total*. Es el momento en que el hombre esclavo se convierte en el hombre, el ser libre, capaz de proezas de percepción que son un desafío a nuestra imaginación lineal.

Don Juan aseguraba que el silencio interno es una avenida que conduce a la verdadera suspensión del juicio, a un momento en que los datos sensoriales que emanan del universo dejan de ser interpretados por los sentidos; el momento en que la cognición deja de ser la fuerza que, a través de uso y repetición, decide la naturaleza del mundo. Los chamanes necesitan un punto de ruptura para que el funcionamiento del silencio interno empiece. El punto de ruptura es como el mortero que mete el albañil entre los ladrillos. Es sólo cuando se endurece el mortero que los ladrillos sueltos se vuelven una estructura.

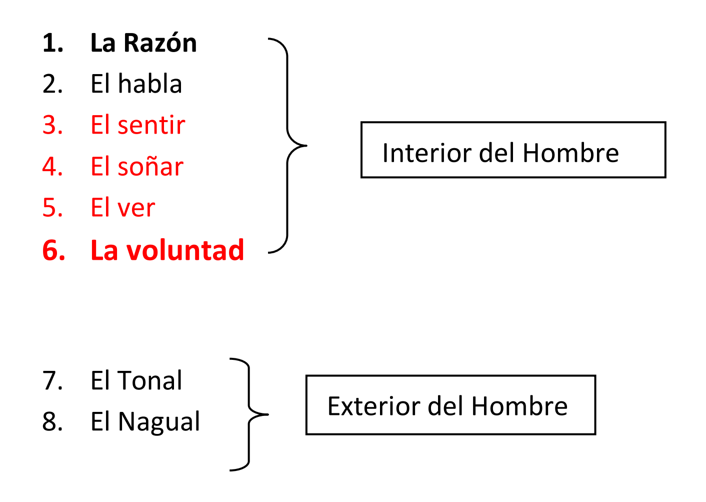
Don Juan decía que cada chamán que conocía, hombre o mujer, en un momento u otro llega al punto de ruptura de su vida. No se trata de una crisis mental. Las crisis mentales son para aquellas personas que se entregan a sí mismas. Los chamanes no son personas. Lo que don Juan quería decir es que, en un momento dado, la continuidad de sus vidas tiene que romperse para que se establezca el silencio interno y se haga una parte activa de sus estructuras.

Es muy, muy, importante, que nosotros mismos deliberadamente lleguemos a ese punto de ruptura, o que lo creemos, artificiosamente, inteligentemente. Todo se reduce a un acto. Debemos dejar a nuestros amigos. Despedirnos de ellos para siempre. No es posible que continuemos el camino del guerrero, cargando con nosotros nuestra historia personal, y a menos que descontinuemos nuestra manera de vida, no podremos seguir en el camino del conocimiento. Nuestros amigos y familia son nuestros puntos de referencia. Por consecuencia, tienen que irse. Los chamanes tienen un solo punto de referencia; el infinito.

Don Juan le dijo a Castaneda: *"Simplemente tienes que marcharte-dijo, como si nada-. Márchate de la manera que puedas. -Pero, ¿adónde me voy? -Mi recomendación es que alquiles una habitación en uno de esos hoteles baratos que conoces -dijo-. Cuanto más feo el lugar, mejor. Si tiene alfombras pardas verduscas con cortinas del mismo color, y paredes de un verde pardo tanto mejor: un hotel comparable al que te mostré aquella vez en Los Ángeles. -Ese hotel -dijo don Juan, es para mí la verdadera representación de la vida en esta tierra para la persona común y corriente. Si tienes suerte o eres despiadado, conseguirás un cuarto con vista a la calle, donde podrás ver este desfile interminable de la miseria humana. Si no tienes tanta suerte o no eres tan despiadado, tendrás un cuarto adentro, con ventanas que dan a la muralla del edificio contiguo. Piensa en pasar toda una vida entre esas dos vistas, envidiando la vista a la calle si estás adentro, y envidiando la vista a la muralla si estás afuera, cansado de mirar la calle. -Un chamán utiliza un lugar de ésos para morir. Nunca has estado solo en tu vida. Éste es el momento de hacerlo. Te quedarás en ese cuarto hasta que te mueras. No quiero que tu cuerpo muera físicamente. Quiero que muera tu persona. Son dos asuntos muy distintos. En esencia, tu persona tiene muy poco que ver con tu cuerpo. Tu persona es tu mente, y créeme, tu mente no es tuya."*

El criterio que indica que un chamán ha muerto es cuando no le importa si tiene compañía o si está solo. El día que ya no busca la compañía de sus amigos que usa como escudo, ése es el día en que su persona ha muerto.

16. LOS OCHO PUNTOS DEL HOMBRE



El diagrama tiene dos epicentros:

- **La Razón**, que se conecta directamente con *el Habla*. A través *del habla, la razón* se relaciona indirectamente con otros tres puntos, *el sentir, el soñar y el ver*.
- **La Voluntad**, que se conecta directamente con *el sentir, el soñar y el ver*, pero sólo de forma indirecta con la *razón y el habla.*

Un brujo dice que el ser humano es, primero que nada, *Voluntad*, porque la voluntad se relaciona con tres puntos: *el sentir, el soñar y el ver*. Después el ser humano es *razón*, este es propiamente un centro más pequeño y solo está conectado con *el habla.*

Todas las personas poseemos los ocho puntos, dos de ellos, la razón y el habla, los conocemos todos. El sentir es siempre vago, pero de algún modo familiar. Pero sólo en el mundo de los brujos llega uno a conocer por completo el soñar, el ver y la voluntad. Y finalmente, en el último borde de ese mundo, se encuentran los otros dos. Los ocho puntos componen la totalidad de uno mismo. En el diagrama, en esencia, todos los puntos podían conectarse indirectamente. Los dos últimos puntos sólo están conectados a la voluntad, se hallan a parte del sentir, el soñar y el ver, y mucho más lejos de la razón y el habla. Están aislados de los demás y el uno del otro. Estos dos puntos jamás se someten al habla ni a la razón. Solo la voluntad puede con ellos. La razón está tan lejos de ellos que es completamente inútil tratar de figurárselos.

El Tonal y el Nagual son los dos últimos puntos que integran la totalidad del hombre. Esos dos puntos están fuera de uno mismo y a la vez no lo están. Esa es la paradoja de los seres luminosos. El tonal de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible desconocido lleno de orden: *El gran Tonal*. El Nagual de cada uno de nosotros es sólo un reflejo de ese indescriptible vacío que lo contiene todo: *El gran Nagual*.

También representan el cuerpo de un ser humano:

- Cabeza= *Razón y habla*
- Punta del esternón= *Sentir*
- Debajo del ombligo= *Voluntad*
- Costillar derecho= *Soñar*
- Costillar izquierdo= *Ver*

Los anillos de poder

Nosotros los seres luminosos, nacemos con dos anillos de poder, pero sólo usamos uno para crear el mundo. Ese anillo, que se engancha al muy poco de nacer, es *la razón*, y su compañera es el *habla.* Entre las dos urden y mantienen el mundo.
Así pues, en esencia, el mundo que nuestra razón quiere sostener es el mundo creado por una descripción y sus reglas dogmáticas e inviolables, que la razón aprende a aceptar y defender. El secreto de los seres luminosos es que tienen otro anillo de poder que nunca se usa, la *voluntad*. El truco del brujo es el mismo que el del hombre común. Ambos tienen una descripción: uno, el hombre común, la sostiene con su *razón*; el otro, el brujo, la sostiene con su *voluntad*. Ambas descripciones tienen sus reglas y las reglas se perciben, pero la ventaja del brujo es que la *voluntad* abarca más que la razón.

Lo que sugerimos aquí, es que de ahora en adelante te puedes esforzar en percibir si lo que sostiene la percepción es tu *razón* o tu *voluntad*. Es la única manera de usar el mundo diario como un desafío y como un vehículo para acumular suficiente poder personal, a fin de llegar a la totalidad de ti mismo.

17. LA MAESTRÍA DEL ESTAR CONSCIENTE DE SER

Don Juan daba a entender que la maestría del estar consciente de ser era la versión moderna de una antiquísima tradición de los antiguos videntes Toltecas. Aunque él sentía que estaba unido, de modo inextricable, a aquella antigua tradición, se consideraba a sí mismo como uno de los videntes de un nuevo ciclo.

Ser videntes de un nuevo ciclo significaba que eran guerreros de la libertad total. Explicaba que eran tales maestros del estar consciente de ser, del acecho y del intento, que la muerte no los alcanzaría como al resto de seres humanos.

Los guerreros de la libertad total eligen el momento y la manera en que han de partir de este mundo. En ese momento se consumen con un fuego interno y desaparecen de la faz de la tierra, libres, como si jamás hubieran existido.

Hay un momento en que los guerreros están listos para la etapa final; el aprendizaje que todos tienen que llevar a cabo a fin entender el camino del conocimiento. Ese es el aprendizaje de la maestría del estar consciente de ser:

Al comer plantas de poder los Toltecas dieron el primer paso en el camino del conocimiento. Ya fuera empujados por la curiosidad, o el hambre, o el error, las comieron. Una vez las plantas de poder produjeron sus efectos, solamente fue un asunto de esperar hasta que algunos de ellos comenzaran a analizar sus experiencias. Según don Juan, los primeros hombres que recorrieron el camino del conocimiento fueron muy intrépidos y al mismo tiempo muy desacertados.

Don Juan explicaba que su uso del término "*tolteca*" no correspondía a la manera como la historia lo usa, como imperio, cultura; para él significaba "hombre de conocimiento". Decía que, en aquella época, siglos o tal vez milenios antes de la conquista española, todos aquellos hombres de conocimiento vivían dentro de una vasta área geográfica, al norte y al sur del valle de México, y que se dedicaban a ocupaciones específicas: curar, embrujar, hacer relatos, bailar, ser oráculos, preparar alimentos y bebidas. Tales ocupaciones fomentaban un conocimiento específico, un conocimiento que los diferenciaba del hombre común. Por otra parte, esos toltecas eran personas que encajaban en la estructura de la vida cotidiana, muy a la manera en que lo hacen en nuestra época los médicos, artistas, maestros, sacerdotes y hombres de negocios. Practicaban sus profesiones bajo el estricto control de cofradías organizadas y llegaron a ser expertos tan influyentes que incluso dominaron todas las áreas vecinas.

Don Juan decía que después de siglos de usar plantas de poder, algunos de ellos aprendieron finalmente a *ver*. Los más emprendedores comenzaron entonces la

enseñanza de como *ver*. Y ese fue el principio de su perdición. Al pasar el tiempo aumentó el número de videntes, y la obsesión por *ver* llegó a tal punto que dejaron de ser hombres de conocimiento. Se volvieron expertos en *ver* y en ejercer control sobre los extraños mundos que atestiguaban, pero todo ello no sirvió de nada. El *ver* había socavado su fuerza y los había obligado a obsesionarse con lo que veían.

Sin embargo, hubo videntes que escaparon a ese destino, grandes hombres que, a pesar de *ver*, nunca dejaron de ser hombres de conocimiento. Don Juan estaba convencido que, bajo su dirección, las poblaciones de ciudades enteras penetraron en los mundos que *veían*, y de ellos no volvieron jamás.

Pero los videntes que podían sólo *ver* fueron un fracaso, y cuando su tierra fue invadida por pueblos conquistadores se encontraron tan indefensos como todos los demás. Esos conquistadores se apoderaron del mundo tolteca, se apropiaron de todo, pero nunca aprendieron a ver. Porque copiaron los procedimientos de los videntes toltecas sin tener el conocimiento interno que los acompaña. Hasta la fecha hay cantidades de brujos por todo México, descendientes de esos conquistadores, que siguen imitando a los toltecas, pero sin saber lo que hacen, o lo que dicen, porque no son videntes.

Esos descendientes son otros indios. Cuando llegaron los españoles, los antiguos videntes habían desaparecido hacía ya siglos. Lo que encontraron los españoles fue una nueva casta de videntes que comenzaba ya a asegurar su posición en un nuevo ciclo. Después que el mundo de los primeros toltecas fue destruido, los videntes que sobrevivieron se recluyeron y empezaron un recuento de sus prácticas.

Lo primero que hicieron fue establecer el acecho, el ensoñar y el intento como los procedimientos claves, luego descontinuaron el uso de las plantas de poder; quizás eso nos da cierta idea de lo que realmente les sucedió con las plantas de poder. El nuevo ciclo apenas comenzaba a establecerse cuando los conquistadores españoles acabaron con todo. Afortunadamente, para entonces los nuevos videntes estaban completamente preparados para enfrentar ese peligro. Ya eran practicantes consumados del arte del acecho.

Don Juan decía que los subsecuentes siglos de subyugación les proporcionaron a los nuevos videntes las circunstancias ideales para perfeccionar sus habilidades. Por extraño que parezca, fue el extremo rigor y la coerción de dicho periodo lo que les dio el ímpetu para refinar sus nuevos principios. Y gracias al hecho de que nunca divulgaban sus actividades, se les dejó libres y pudieron explorar y delinear el curso de sus actos. Al principio había muchos videntes. En la época colonial sólo quedó un puñado. El resto había sido exterminado. Hoy en día hay unos cuantos, están dispersos por todas partes.

Don Juan decía que hay unos a quienes conocían muy bien. Pero no eran exactamente como ellos, porque se habían concentrado en otros aspectos específicos del conocimiento, tales como bailar, curar, embrujar, hablar, en vez de lo que recomiendan los nuevos videntes: el acecho, el ensueño y el intento.

Decía que los que eran exactamente como ellos no cruzarían su camino. Así lo dispusieron los videntes que vivieron durante los tiempos coloniales para evitar ser exterminados por los españoles. Cada uno de esos videntes fundó un linaje. Y no todos ellos tuvieron descendientes, de modo que quedan muy pocos.

Explicaba que todos los linajes fueron iniciados en la misma época y de igual manera. Hacia fines del siglo dieciséis cada nagual se cerró en sí mismo y aisló a su grupo de videntes para que no tuvieran ningún contacto abierto con otros videntes. La consecuencia de esa drástica segregación fue la formación de linajes individuales. Decía que su linaje estaba compuesto de catorce naguales y ciento veintiséis videntes. Algunos de esos catorce naguales tuvieron solamente siete videntes con ellos, otros tuvieron once y algunos hasta quince. Decía que su maestro, o su benefactor, como le llamaba, era el nagual Julián, y el anterior a Julián era el nagual Elías. Decía también que había conocido personalmente a los quince videntes que formaron el grupo de su benefactor, y que había conocido al maestro de su benefactor, el nagual Elías, y a los once videntes de su grupo. Don Juan aseguraba que su linaje era bastante excepcional, porque sufrió un cambio drástico en el año 1723. Una influencia externa vino a afectarlos y alteró su curso de manera inexorable. A partir de ese entonces, su línea tomó en cuenta un nuevo comienzo, y se consideraba que los ocho naguales que habían gobernado el linaje desde ese instante, eran intrínsecamente diferentes a los seis que los precedieron.

Los antiguos videntes en realidad fueron muy afortunados, porque tuvieron tiempo de sobra para aprender cosas increíbles. Sabían maravillas que hoy no podemos ni siquiera imaginar. Aprendieron todo por su cuenta, eran videntes, veían. La mayoría de lo que sabían don Juan y su linaje fue obra de ellos.

Los nuevos videntes corrigieron los errores de los antiguos videntes, pero la base de lo que conocemos y hacemos está perdida en el tiempo de los toltecas. Don Juan explicaba que uno de los más sencillos y al mismo tiempo más importantes hallazgos, desde el punto de vista de la instrucción, es saber que el hombre tiene dos tipos de conciencia. Los antiguos videntes los llamaban el lado derecho e izquierdo del hombre. Los antiguos videntes se dieron cuenta, de que la mejor manera de enseñar su conocimiento era hacer que sus aprendices cambiaran a su lado izquierdo, a un estado de conciencia acrecentada, porque ahí es donde tiene lugar el verdadero aprendizaje. A los antiguos videntes les entregaban niños muy pequeños como aprendices, para que de esa manera no conocieran otra clase de vida. A su vez, cuando esos niños crecían, tomaban a otros niños como aprendices.

Imagínate las cosas que debieron descubrir en esos cambios a la izquierda y a la derecha, después de siglos de hacerlo.

Don Juan explicaba que su benefactor, el nagual Julián, le creó una profunda división al hacerlo cambiar una y otra vez de un tipo de conciencia al otro. Decía que la claridad y la libertad que experimentaba en estados de conciencia acrecentada estaban en completo contraste con las racionalizaciones, las defensas, el enojo y el miedo que eran parte de su estado normal. Decía que los antiguos videntes solían crear esta polaridad para satisfacer sus propósitos particulares; con ella, obligaban a sus aprendices a lograr la concentración necesaria para aprender técnicas de brujería. Los nuevos videntes, por otro lado, la usaban para guiar a sus aprendices a la convicción de que existen en el hombre posibilidades que jamás son realizadas. El mejor logro de los nuevos videntes, decía don Juan, es su explicación del misterio de estar consciente de ser. Lo condensaron todo en unos conceptos y actos que se enseñan mientras los aprendices están en el estado de conciencia acrecentada. Decía que el valor del método de enseñanza de los nuevos videntes radica en que aprovecha las cualidades peculiares de la conciencia acrecentada, especialmente la inhabilidad de los aprendices para recordar. Esta inhabilidad constituye una barrera casi infranqueable para los guerreros que tienen que recordar toda la instrucción que se les dio, si han de seguir adelante. Sólo después de años de esfuerzo y de disciplina monumentales pueden los guerreros recordar su instrucción.

Decía que los videntes, antiguos y nuevos, se dividen en dos categorías. La primera queda integrada por aquellos que están dispuestos a ejercer control sobre sí mismos. Esos videntes son los que pueden canalizar sus actividades hacia objetivos pragmáticos que beneficiarían a otros videntes y al hombre en general. La otra categoría está compuesta de aquellos a quienes no les importa ni el control de sí mismos ni ningún objetivo pragmático. Se piensa de manera unánime entre los videntes que estos últimos no han podido resolver el problema de la importancia personal. La importancia personal no es algo sencillo e ingenuo. Por una parte, es el núcleo de todo lo que tiene valor en nosotros, y por otra, el núcleo de toda nuestra podredumbre. Deshacerse de la importancia personal requiere una obra maestra de estrategia. Los videntes de todas las épocas han conferido las más altas alabanzas a quienes lo han logrado.

La estrategia más efectiva fue desarrollada por los videntes de la Conquista, los indiscutibles maestros del acecho, consiste en seis elementos que tienen influencia recíproca. Cinco de ellos se llaman los atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento, la habilidad de escoger el momento oportuno y el intento. Estos cinco elementos pertenecen al mundo privado del guerrero que lucha por perder su importancia personal. El sexto elemento, que es quizás el más importante de todos, pertenece al mundo exterior y se llama el pinche tirano.

El pinche tirano

Un pinche tirano es un torturador. Alguien que tiene el poder de acabar con los guerreros, o alguien que simplemente les hace la vida imposible. De conformidad con sus prácticas humorísticas los nuevos videntes juzgaron correcto encabezar su clasificación con la fuente primaria de energía, el único y supremo monarca en el universo, y le llamaron simplemente el tirano. Naturalmente, encontraron que los demás déspotas y autoritarios quedaban infinitamente por debajo de la categoría de tirano. Comparados con la fuente de todo, los hombres más temibles son bufones y, por lo tanto, los nuevos videntes los clasificaron como pinches tiranos. La segunda categoría consiste en algo menor que un pinche tirano. Algo que llamaron los pinches tiranitos; personas que hostigan e infligen injurias, pero sin causar de hecho la muerte de nadie. A la tercera categoría le llamaron los repinches tiranitos o los pinches tiranitos chiquititos, y en ella pusieron a las personas que sólo son exasperantes y molestos a más no poder.

La estratagema de usar a un pinche tirano es eficaz e ingeniosa. No sólo elimina la importancia personal, sino que también prepara a los guerreros para entender que la impecabilidad es lo único que cuenta en el camino del conocimiento. Don Juan decía que la estrategia de los nuevos videntes era una maniobra mortal en la cual el pinche tirano es como una cúspide montañosa, y los atributos del ser guerrero son como enredaderas que trepan hasta la cima. Generalmente solo se usan los primeros cuatro atributos. El quinto, el intento, se reserva siempre para la última confrontación, como diríamos, para cuando los guerreros se enfrentan al pelotón de fusilamiento. Esto se debe a que el intento pertenece a otra esfera, a la esfera de lo desconocido. Los otros cuatro pertenecen a lo conocido, exactamente donde se encuentra a los pinches tiranos. De hecho, lo que convierte a los seres humanos en pinches tiranos es precisamente el obsesivo manejo de lo conocido.

Don Juan explicaba que sólo los videntes que son guerreros impecables y que tienen control sobre el intento logran el engranaje de todos los cinco atributos. Una acción de esa naturaleza es una maniobra suprema que no puede realizarse en el nivel humano de todos los días. Cuatro atributos es todo lo que se necesita para tratar con los peores pinches tiranos. Claro está, siempre y cuando se haya encontrado a un pinche tirano. El pinche tirano es el elemento externo, el que no podemos controlar y el elemento que es quizás el más importante de todos. El benefactor de don Juan siempre decía que el guerrero que se topa con un pinche tirano es un guerrero afortunado. Su filosofía era que, si no tienes la suerte de encontrar a uno en tu camino, tienes que salir a buscarlo. Explicaba que uno de los más grandes logros de los videntes de la época colonial fue un esquema que él llamaba la progresión de tres vueltas. Los videntes, al entender la naturaleza del hombre, llegaron a la conclusión indisputable de que, si uno se las puede ver con los pinches tiranos, uno ciertamente puede enfrentarse a lo desconocido sin peligro, y luego incluso, uno

puede sobrevivir a la presencia de lo que no se puede conocer. La reacción del hombre común y corriente es pensar que debería invertirse ese orden. Es natural creer que un vidente que se puede enfrentar a lo desconocido puede, por cierto, hacer cara a cualquier pinche tirano. Pero no es así. Lo que destruyó a los soberbios videntes de la antigüedad fue esa suposición. Es solo ahora que lo sabemos. Sabemos que nada puede templar tan bien el espíritu de un guerrero como el tratar con personas imposibles en posiciones de poder. Solo bajo esas circunstancias pueden los guerreros adquirir la sobriedad y la serenidad necesarias para ponerse frente a frente a lo que no se puede conocer.

Los españoles fueron tales pinches tiranos que pudieron poner a prueba las habilidades más recónditas de esos videntes; después de lidiar con los conquistadores, los videntes estaban listos para encarar cualquier cosa. Ellos fueron los afortunados. En aquel entonces había pinches tiranos hasta en la sopa. Después de esos maravillosos años de abundancia, las cosas cambiaron mucho. Nunca más volvieron a tener tanto alcance los pinches tiranos; sólo durante aquella época fue ilimitada su autoridad. El ingrediente perfecto para producir un soberbio vidente es un pinche tirano con prerrogativas ilimitadas. Desgraciadamente, en nuestros días, los videntes tienen que llegar a extremos para encontrar un pinche tirano que valga la pena. La mayor parte del tiempo tienen que conformarse con insignificancias.

Don Juan explicaba que para enfrentarse a un *pinche tirano* se debía usar una estrategia utilizando los cuatro atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno.

Los nuevos videntes consideraban que había cuatro pasos en el camino del conocimiento. El primero es el paso que dan los seres humanos comunes y corrientes al convertirse en aprendices. Al momento que los aprendices cambian sus ideas acerca de sí mismos y acerca del mundo, dan el segundo paso y se convierten en guerreros, es decir, en seres capaces de la máxima disciplina y control sobre si mismos. El tercer paso, que dan los guerreros, después de adquirir refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno, es convertirse en hombres de conocimiento. Cuando los hombres de conocimiento aprenden a ver, han dado el cuarto paso y se han convertido en videntes.

El refrenamiento es esperar con paciencia, sin prisas, sin angustia; es una sencilla y gozosa retención del pago que tiene que llegar. Un guerrero sabe que está esperando y sabe qué es lo que espera. Precisamente en eso radica el gran regocijo de ser guerrero.

Don Juan decía que la habilidad de escoger el momento oportuno es una cualidad abstracta que pone en libertad todo lo que está retenido. Control, disciplina y

refrenamiento son como un dique detrás del cual todo está estancado. La habilidad de escoger el momento oportuno es la compuerta del dique.

Don Juan explicaba que el error de cualquier persona que se enfrenta a un pinche tirano es no tener una estrategia en la cual apoyarse; el defecto fatal es tomar demasiado en serio los sentimientos propios, así como las acciones de los pinches tiranos. Los guerreros por otra parte, no sólo tienen una estrategia bien pensada, sino que están también libres de la importancia personal. Lo que acaba con su importancia personal es haber comprendido que la realidad es una interpretación que hacemos. Ese conocimiento fue la ventaja definitiva que los nuevos videntes tuvieron sobre los españoles.

Don Elías explicaba algo muy interesante. Refrenamiento significa retener con el espíritu algo que el guerrero sabe que justamente debe cumplirse. No significa que el guerrero ande por ahí pensando en hacerle mal a alguien, o planeando cómo vengarse y saldar cuentas. El refrenamiento es algo independiente. Mientras el guerrero tenga control, disciplina y la habilidad de escoger el momento oportuno, el refrenamiento asegura que recibirá su completo merecido quienquiera que se lo haya ganado.

Los nuevos videntes, decía don Juan, usaban a los pinches tiranos no sólo para deshacerse de su importancia personal sino también para lograr la muy sofisticada maniobra de desplazarse fuera de este mundo. Ya entenderemos esa maniobra conforme vayamos discutiendo la maestría de estar consciente de ser.

Hoy en día, por supuesto, los guerreros siempre tienen la oportunidad de retroceder, luego reponerse y después volver. Pero el problema de la derrota moderna es de otro género. El ser derrotado por un repinche tiranito no es mortal sino devastador. En sentido figurado, el grado de mortandad de los guerreros es elevado. Con esto quiero decir que los guerreros que sucumben ante un repinche tirano son arrasados por su propio sentido de fracaso. Para don Juan eso equivalía a una muerte figurada. Cualquiera que se une al pinche tirano queda derrotado. El enojarse y actuar sin control o disciplina, el no tener refrenamiento es estar derrotado. Cuando los guerreros son derrotados o bien se reagrupan y vuelven a la pelea con más tino, o dejan el camino del guerrero y se alinean de por vida a las filas de los pinches tiranos.

Las Verdades del estar consciente de ser

Don Juan decía que los videntes, tanto antiguos como nuevos, descubrieron una serie de verdades acerca de estar consciente de ser, y que esas verdades fueron arregladas en un orden específico. La mayoría de ellas fueron descubiertas por los

antiguos videntes. Pero el orden en que esas verdades estaban dispuestas era obra de los nuevos videntes. Y sin ese orden, las verdades eran casi incomprensibles. Explicaba que la maestría de estar consciente de ser consistía en entender y manejar dichas verdades, en el orden en que habían sido puestas:

1.*"El universo es una infinita aglomeración de campos de energía, semejantes a filamentos de luz que se extienden infinitamente en todas direcciones. La primera verdad es que somos parte y estamos suspendidos en esos filamentos, las emanaciones del Águila"*

Es sólo nuestra familiaridad con el mundo que percibimos lo que nos fuerza a creer que estamos rodeados de objetos, objetos que existen por sí mismos y como sí mismos, tal como los percibimos.

Don Juan decía que antes de poder explicar qué son las emanaciones del Águila, él tenía que hablar acerca de lo conocido, lo desconocido y lo que no se puede conocer. Decía que uno de los grandes errores que cometieron los antiguos videntes fue suponer que lo desconocido y lo que no se puede conocer eran la misma cosa. Fueron los nuevos videntes quienes corrigieron ese error y definieron lo desconocido como algo que está oculto, envuelto quizás en un contexto aterrador, pero aun así al alcance del hombre. En cierto momento, lo desconocido se convierte en lo conocido. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es lo indescriptible, lo impensable, lo irrealizable. Es algo que jamás comprenderemos y que sin embargo está ahí, deslumbrante, y a la vez aterrador en su inmensidad.

Hay una simple regla práctica. Frente a lo desconocido, el hombre es audaz. Una cualidad de lo desconocido es que nos da un sentido de esperanza y de felicidad. Frente a él, el hombre se siente fuerte, animado. Incluso la aprensión que despierta es muy satisfactoria. Los nuevos videntes vieron que lo mejor del hombre aflora cuando se enfrenta a lo desconocido. Cuando los videntes enfrentan a lo que no se puede conocer los resultados son desastrosos. Se agotan, se sienten confusos, sus cuerpos pierden tono, su razonamiento y su sobriedad vagan sin rumbo, porque lo que no se puede conocer no está dentro del alcance humano, y por ello no imparte energía alguna. Los nuevos videntes se dieron cuenta de que tenían que estar preparados a pagar precios exorbitantes por el más leve contacto con lo que no se puede conocer. Don Juan explicaba que los nuevos videntes, a fin de separar lo desconocido de lo que no se puede conocer, tuvieron que superar formidables barreras. En la época en que comenzó el nuevo ciclo, ninguno de ellos sabía con certeza que procedimientos de su inmensa tradición eran los correctos y cuáles no. Obviamente, los antiguos videntes cometieron grandes errores, pero los nuevos videntes no sabían cuáles eran. Los antiguos videntes fueron maestros de la

conjetura. Habían, por ejemplo, supuesto que su habilidad de ver era una protección; eso es, hasta que los invasores los aniquilaron. A pesar de su total certeza de que eran invulnerables, los antiguos videntes no tuvieron protección alguna.

Los nuevos videntes no perdieron el tiempo especulando cuál fue el error de sus predecesores y empezaron a delinear lo desconocido para separarlo de lo que no se puede conocer. Lo hicieron a través del uso controlado de ver. Delinear lo desconocido implicaba hacerlo accesible a nuestra percepción. Mediante la práctica constante del ver, los nuevos videntes encontraron que lo desconocido y lo conocido tienen realmente la misma base; ambos quedan al alcance de la percepción humana. En cierto momento, los videntes pueden penetrar en lo desconocido y transformarlo en lo conocido. Todo lo que queda más allá de nuestra capacidad de percibir es otro asunto. Y la distinción entre lo que se puede y lo que no se puede conocer es crucial. Confundirlos colocaría a los videntes en una posición extremadamente precaria. Cuando esto les sucedió a los antiguos videntes le echaron la culpa a sus procedimientos. Nunca se les ocurrió que casi todo lo que nos rodea está más allá de nuestra comprensión. Ese fue el espeluznante error que les costó más caro.

Después de que quedó establecida la distinción entre lo desconocido y lo que no se puede conocer comenzó el nuevo ciclo. Esa distinción es la frontera entre lo antiguo y lo nuevo. Todo lo que han hecho los nuevos videntes se origina allí. Don Juan decía que el *ver* había sido el elemento crucial tanto en la destrucción del mundo de los antiguos videntes como en la reconstrucción del nuevo ciclo. Fue gracias a que veían que los nuevos videntes descubrieron ciertos factores innegables que utilizaron para llegar a conclusiones, ciertamente revolucionarias para ellos, acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Estas conclusiones, que hicieron posible el nuevo ciclo, son las verdades que estamos explicando acerca del estar consciente de ser.

La primera verdad acerca del estar consciente de ser, como ya decíamos antes, es que el mundo que nos rodea no es en realidad como pensamos que es. Pensamos que es un mundo de objetos y no lo es.

Realmente las conclusiones a las que llegamos mediante el razonamiento tienen muy poca o ninguna influencia para alterar el curso de nuestras vidas. De ahí los incontables ejemplos de personas poseedoras de las más claras convicciones y que sin embargo actúan diametralmente en contra de ellas una y otra vez. La primera verdad dice que el mundo es tal como parece y sin embargo no lo es. No es tan sólido y real como nuestra percepción nos ha llevado a creer, pero tampoco es un espejismo. El mundo no es una ilusión, como se ha dicho que es; es real por una parte, e irreal por otra. Esto debe entenderse, no sólo aceptarse. Nosotros percibimos. Este es un hecho innegable. Pero lo que percibimos no es un hecho del

mismo tipo, porque aprendemos qué percibir. Lo que nos rodea afecta nuestros sentidos. Esta es la parte que es real. La parte irreal es lo que nuestros sentidos perciben como lo que nos rodea.

Pensemos en una montaña, por ejemplo. Tiene tamaño, color, forma. Incluso tenemos categorías de montañas, que son, por cierto, precisas. No hay nada malo en todo eso; el error está en que nunca se nos ha ocurrido que nuestros sentidos sólo juegan un papel superficial. Nuestros sentidos perciben como lo hacen porque una característica específica de nuestra conciencia de ser los obliga a hacerlo así.

Don Juan usaba el término el mundo para abarcar todo lo que nos rodea. Los videntes dicen que debido á nuestra conciencia de ser, nosotros pensamos que nos rodea un mundo de objetos. Pero lo que, en realidad, nos rodea son las emanaciones del Águila, fluidas, siempre en movimiento, y sin embargo inalterables, eternas.

La razón de nuestra existencia según los videntes

Uno de los legados más dramáticos de los antiguos videntes era el descubrimiento de que los seres vivientes existen solamente para acrecentar la conciencia de ser. Don Juan lo llamaba un descubrimiento colosal. Preguntaba a Castaneda si conocía una mejor respuesta a la pregunta que siempre ha perseguido al hombre: la razón de nuestra existencia. Castaneda respondió que para discutir ese tema tendríamos que hablar de creencias religiosas y convertirlo todo en un asunto de fe. Don Juan le aclaró que lo que los antiguos videntes dijeron no tiene nada que ver con la fe. No eran tan prácticos como los nuevos videntes, pero lo eran lo suficiente como para darse cuenta de lo que veían. Lo que don Juan trataba de hacerle ver con esa pregunta es que nuestro raciocinio, por sí solo, no puede proporcionarnos una respuesta al sentido de nuestra existencia. Cada vez que trata de hacerlo, la conclusión es siempre un asunto de fe y credo. Los antiguos videntes tomaron otro camino, y por cierto llegaron a otra conclusión que no tiene nada que ver con la fe y el credo.
Los antiguos videntes, enfrentándose a peligros incalculables, habían visto la fuerza indescriptible que es el origen de todos los seres conscientes. La llamaron el Águila, porque al vislumbrarla brevemente, la vieron como algo que parecía un águila, negra y blanca, de tamaño infinito. Ellos vieron que es el Águila quien otorga la conciencia de ser. El Águila crea seres conscientes a fin de que vivan y enriquezcan la conciencia que les da la vida. También vieron que es el Águila quien devora esa misma conciencia de ser, enriquecida por las experiencias de la vida, después de hacer que los seres conscientes se despojen de ella, en el momento de la muerte.

Para los antiguos videntes no es un asunto de fe o de deducción decir que la razón de la existencia es enriquecer la conciencia de ser. Ellos vieron que es así. Ellos vieron que la conciencia de ser se separa de los seres conscientes y se aleja volando

en el momento de la muerte. Y luego flota como una luminosa mota de algodón justo hacia el pico del Águila para ser consumida. Para los antiguos videntes esa era la evidencia de que los seres conscientes viven sólo para acrecentar la conciencia de ser: el alimento del Águila.

No es tan sólo una idea. Es un hecho. Un hecho que lo deja a uno pasmado. Los antiguos videntes no andaban jugando con ideas. El Águila es algo tan real para los videntes como la gravedad y el tiempo lo son para la gente, y tan abstracto e incomprensible.

El Águila y sus emanaciones son igualmente corroborables como los fenómenos explicados científicamente, decía don Juan. Y la disciplina de los nuevos videntes se dedica precisamente a hacerlo.

Las emanaciones del Águila son una cosa en sí misma, inmutable, que abarca todo lo que existe, lo que se puede y lo que no se puede conocer. No hay manera de describir con palabras lo que son las emanaciones del Águila. Un vidente tiene que ser testigo de ellas. Son una presencia, casi una especie de masa, una presión que crea una sensación deslumbrante. Uno sólo puede vislumbrarlas, así como sólo es posible vislumbrar al Águila misma.

El Águila en realidad no tiene nada de visual. Todo el cuerpo del vidente siente al Águila. Hay algo en cada uno de nosotros que puede hacernos percibir con todo nuestro cuerpo. Los videntes explican el acto de ver al Águila en términos muy sencillos: puesto que el hombre está compuesto por las emanaciones del Águila, uno sólo necesita regresar a sus componentes. El problema lo crea la conciencia de ser. En el momento crucial, cuando todo debía ser el simplísimo caso de las emanaciones que se reconocen a sí mismas, lo consciente del hombre se ve obligado a interpretar. El resultado es la visión de un Águila y de sus emanaciones. Pero no hay ningún Águila y no hay emanaciones algunas. Lo que nos rodea es algo que ninguna criatura viviente puede comprender.

Llamarle Águila es la manera de encontrar una vaga semejanza entre lo que no se puede conocer y algo conocido. Debido a ello, ciertamente, se le han querido adjudicar a las águilas atributos que no poseen. Pero eso siempre ocurre cuando la gente impresionable aprende a realizar actos que requieren gran sobriedad. Los videntes vienen en todo tamaño y forma.

Ser vidente no es ser íntegro, lo importante no es ver, sino que hacer con lo que uno ve.

Don Juan decía que hay muchísimos imbéciles que se convierten en videntes. Los videntes son seres humanos llenos de debilidades, o más bien, seres humanos llenos de debilidades que son capaces de volverse videntes. Igual que en el caso de gente

atroz que se convierte en magníficos científicos. La característica de los videntes de mala muerte es que están dispuestos a olvidar la maravilla que nos rodea. Se quedan abrumados por el hecho de que ven, y creen que su talento es lo que cuenta. Un vidente debe ser un parangón para poder superar la flojedad casi invencible de nuestra condición humana. Lo que hacen los videntes con lo que ven es más importante que el ver en sí.
Don Juan decía que los antiguos videntes nos han ensillado como burros con su visión del Águila que nos domina y ordena y que nos devora al momento de morir. Decía que había una definitiva flojedad en esa versión, y que a él personalmente no le gustaba la idea de que algo nos devora. Para él, sería más preciso si los videntes hubieran dicho que hay una fuerza que atrae nuestra conciencia, muy a la manera en que un imán atrae limaduras de hierro. En el momento de morir, todo nuestro ser se desintegra bajo la atracción de esa inmensa fuerza. Que un evento de tal alcance fuese interpretado como el Águila devorándonos, le parecía grotesco, porque convierte un acto indescriptible en algo tan mundano como comer.

El verdadero impacto no puede ser medido hasta el momento en que tú mismo veas al Águila decía don Juan. Pero debemos tener en cuenta que nuestros defectos permanecen con nosotros aún después de convertirnos en videntes. Así que cuando veamos esa fuerza, es muy posible que estemos de acuerdo con los videntes flojos que la llamaron el Águila, así como lo hizo don Juan.

Los videntes que ven las emanaciones del Águila muchas veces las llaman comandos, eso es lo que realmente son, los comandos del Águila. Don Juan decía que ver las emanaciones del Águila equivale a cortejar el desastre. Los nuevos videntes muy rápidamente descubrieron las tremendas dificultades que esto representaba, y sólo después de grandes tribulaciones, al tratar de delinear lo desconocido y separarlo de lo que no se puede conocer, se dieron cuenta de que todo está compuesto por las emanaciones del Águila. Solamente una pequeña porción de esas emanaciones queda al alcance del conocimiento humano, y esa pequeña porción se ve reducida a una fracción aún más minúscula por las contingencias de nuestras vidas diarias. Lo conocido es esa minúscula fracción de las emanaciones del Águila; la pequeña parte que queda a un posible alcance del conocimiento humano es lo desconocido, y el resto, incalculable y sin nombre es lo que no se puede conocer.

Los nuevos videntes, debido a su orientación pragmática, comprendieron de inmediato que las emanaciones poseían una fuerza apremiante y obligatoria. Se dieron cuenta de que todos los seres vivientes se ven obligados a usar las emanaciones del Águila, sin jamás saber lo que son. Y comprendieron que los organismos están hechos para captar cierta porción de esas emanaciones, y que cada especie tiene una gama definida. Las emanaciones ejercen enorme presión sobre los

organismos, y a través de esa presión, los organismos construyen su mundo perceptible.

En nuestro caso, como seres humanos nosotros utilizamos esas emanaciones y las interpretamos como la realidad. Pero lo que el hombre capta es una parte tan pequeña de las emanaciones del Águila que resulta ridículo dar tanto crédito a nuestras percepciones, y sin embargo no es posible pasarlas por alto. Llegar a entender esto, que parece tan simple, les costó inmensidades a los nuevos videntes.

Don Juan recordaba que la descripción del Águila provenía de los antiguos videntes. Los nuevos videntes rehusaron descripciones, comparaciones y conjeturas de cualquier especie. Querían llegar directamente al origen de las cosas, y para lograrlo se arriesgaron a peligros ilimitados. Vieron las emanaciones del Águila, pero jamás alteraron la descripción del Águila. Sabían que requería demasiada energía ver al Águila, y que los antiguos videntes ya habían pagado muy caro por sus breves vislumbres de lo que no se puede conocer.

Aunque necesitaban unas guías mínimas de lo indescriptible a fin de instruir a sus aprendices, lo resolvieron con una descripción esquemática de la fuerza que rige todo lo que hay, pero no de sus emanaciones. Las emanaciones no pueden describirse, de ninguna manera, con un lenguaje de comparaciones. Ciertos videntes sí pueden tener la urgencia de hacer comentarios acerca de ciertas emanaciones, pero esa urgencia es siempre individual. En otras palabras, no existe una versión conveniente de las emanaciones, como la hay del Águila.

Los nuevos videntes eran hombres terriblemente prácticos. No se dedicaban a urdir teorías racionales. Los que fueron pensadores abstractos eran los antiguos videntes. Construyeron monumentales edificios de abstracciones, propias a ellos y a su tiempo. Y, al igual que los filósofos de hoy, no tuvieron control alguno sobre sus fabricaciones. En cambio, los nuevos videntes, imbuidos con lo práctico, se ocuparon sólo de ver. Y lo que vieron fue un flujo de emanaciones, y cómo el hombre y los otros seres vivientes las usan para construir el mundo que perciben. Es tan simple que suena como una idiotez. Para un vidente, los hombres son seres luminosos. Nuestra luminosidad se debe a que una minúscula porción de las emanaciones del Águila está encerrada dentro de una especie de capullo en forma de huevo. Nosotros somos huevos luminosos. Esa porción, ese manojo de emanaciones que está encerrado es lo que nos hace hombres. Percibir consiste en emparejar las emanaciones encerradas en nuestro capullo con las que están afuera.

Por ejemplo, los videntes pueden ver las emanaciones interiores de cualquier ser viviente, y pueden saber cuáles emanaciones exteriores hacen juego con ellas. Las emanaciones son algo indescriptible. Y, sin embargo, don Juan las describía de forma personal como filamentos de luz. Lo que es incomprensible para la conciencia

normal es que los filamentos están conscientes de ser. No es posible decir lo que significa eso, porque no sabemos lo que estamos diciendo. Lo único que podemos decir desde comentarios personales es que los filamentos están conscientes de si mismos, vivos y vibrantes, que hay tantos que los números pierden todo sentido, y que cada uno es una eternidad.

2. "El *estar consciente de ser es un resplandor en el huevo luminoso de los seres vivos*"

La percepción es una condición del alineamiento; las emanaciones que están en el interior del capullo se alinean con las que están afuera y encajan con ellas. El alineamiento es lo que permite que el estar consciente de ser sea cultivado por cada ser viviente. Los videntes pueden afirmar esto porque ven a los seres vivientes como son en realidad: seres luminosos que parecen burbujas de luz blanquecina.
Las emanaciones de adentro y las emanaciones de afuera son los mismos filamentos de luz. Los seres conscientes son minúsculas burbujas hechas con esos filamentos; microscópicos puntos de luz, unidos a las emanaciones infinitas.

La luminosidad de los seres vivientes se debe a la porción particular de las emanaciones del Águila que tienen dentro de sus capullos. Cuando los videntes ven la percepción, son testigos de que la luminosidad de las emanaciones que están afuera intensifica la luminosidad de las emanaciones que están dentro de los capullos. La luminosidad exterior atrae a la interior; la atrapa, por así decirlo, y la fija. Esa fijación es el estar consciente de ser. Los videntes también pueden ver cómo las emanaciones exteriores ejercen una presión particular sobre las emanaciones interiores. Esta presión determina el grado de conciencia que tiene cada ser viviente.

Las emanaciones del Águila son más que filamentos de luz. Cada una de ellas es una fuente de energía ilimitada. Puesto que la minúscula porción de las emanaciones que están dentro del capullo es igual a una minúscula porción de las que están afuera, sus energías son como una presión continua, pero el capullo aísla las emanaciones que están adentro y de esa manera dirige la presión.

Don Juan decía que los antiguos videntes eran maestros del arte de manejar la conciencia de ser. Eran maestros de ese arte porque aprendieron a manejar la estructura del capullo del hombre. Ellos desenredaron el misterio del estar consciente de ser, vieron y comprendieron que es un resplandor en el capullo de los seres vivientes. Y con toda razón lo llamaron el resplandor del huevo luminoso.

Los antiguos videntes vieron que la conciencia de ser del hombre es un resplandor de luminosidad ambarina, más intenso que el resto del capullo. Ese resplandor se encuentra sobre una banda angosta de luminosidad, al extremo del lado derecho del capullo, y corre a todo lo largo de la verticalidad del capullo. La maestría de los

antiguos videntes consistía en mover ese resplandor, en hacerlo extenderse de su posición original en la superficie del capullo, hacia adentro, cruzando su ancho.

Don Juan decía que en el camino del conocimiento hay peligros incalculables para quienes carecen de sobriedad y serenidad. Con sus explicaciones, estaba delineando el orden en el que los nuevos videntes arreglaron las verdades del estar consciente de ser, para que nos sirva como un mapa, un mapa que tenemos que sensatamente *ver*, pero no con nuestros ojos.

Don Juan decía que, en todos los seres conscientes, es igual la presión que las emanaciones exteriores, llamadas emanaciones en grande, ejercen sobre las emanaciones interiores. Sin embargo, los resultados de esa presión son enormemente diferentes entre ellos, porque sus capullos reaccionan en todas las formas imaginables. Ahora bien, cuando los videntes ven que la presión de las emanaciones en grande desciende pesadamente sobre las emanaciones interiores, que siempre están en movimiento, y las hace detenerse, saben que en ese momento el ser luminoso está consciente de ser. Decir que las emanaciones en grande descienden pesadamente sobre las que están dentro del capullo y las hacen detenerse significa que los videntes ven algo indescriptible, cuyo significado conocen sin la menor duda. Significa que *la voz del ver* les ha dicho que las emanaciones interiores descansan por completo y encajan en aquellas de afuera que les son correspondientes.

Decía que, naturalmente, los videntes afirman que el estar consciente de ser procede de nuestro exterior, y que el verdadero misterio no está dentro de nosotros. Ya que, por naturaleza, las emanaciones en grande ejercen tremenda presión sobre las que están dentro del capullo, lo perfecto sería dejar que las emanaciones en grande se amalgamen libremente con las que están dentro. Los videntes creen que si dejáramos que este ocurriese nos convertiríamos en lo que realmente somos, seres fluidos, siempre en movimiento, eternos.

La calidad de conciencia de cada ser individual depende del grado en que las emanaciones en grande se amalgaman con las de adentro. Los videntes vieron que la conciencia de ser crece desde el momento de la concepción, se enriquece con el proceso de vivir. Por ejemplo, los videntes ven cómo la conciencia de ser de un insecto o la de un hombre crece de maneras asombrosamente diferentes, pero con igual consistencia. La conciencia de ser del hombre parte del momento de la concepción.

El ahorro de la energía sexual

Don Juan siempre decía que la energía sexual es algo de extrema importancia y que debe ser controlada y usada con mucho cuidado. No hablaba de control en términos de moralidad; control para él significaba el ahorro y la recanalización de la energía. El nagual Julián decía que el sexo era un asunto de energía. Por ejemplo, él nunca tuvo problemas, porque tenía energía hasta en los dedos gordos de los pies. Pero echó una sola mirada a don Genaro y de inmediato prescribió que su pene era sólo para orinar. Le dijo que él no tenía suficiente energía para el sexo. Dijo que sus padres habían estado demasiado aburridos y demasiado cansados cuando le hicieron. Dijo que era el resultado de un acto sexual muy aburrido, y que así nació, aburrido y cansado. El nagual Julián recomendaba que la gente como él jamás tuviera relaciones sexuales (ahora sabemos que se trata de no eyacular, no de dejar de tener relaciones sexuales), a fin de almacenar la poca energía que tienen. Vio que los demás compañeros tenían suficiente energía. No eran el resultado de concepciones aburridas. Les dijo que podían hacer lo que quisieran con su energía sexual, pero recomendó que se controlaran y que entendieran que el comando del Águila es que el fulgor de la conciencia de ser se da a través del acto sexual.

Los nuevos videntes a través de su *ver* sabían que el Águila ordenó que la energía sexual se use para crear vida. A través de la energía sexual, el Águila otorga la conciencia de ser. Por eso cuando los seres conscientes realizan el acto sexual, las emanaciones que están dentro de sus capullos hacen lo mejor que pueden para conferirle conciencia al nuevo ser que están creando. Durante el acto sexual, las emanaciones contenidas en los capullos de ambos participantes sufren una profunda agitación, cuyo punto culminante es una unión, una fusión de dos pedazos de energía consciente, uno de cada participante, que se separan de sus capullos. El acto sexual es siempre una donación de conciencia aunque ese regalo no se consolide y cree un nuevo ser viviente. Las emanaciones que están dentro del capullo de los seres humanos no saben del acto sexual sólo como placer.

Para los guerreros la única energía que poseemos es la energía sexual, dadora de vida. Este conocimiento los fuerza a darse cuenta de su responsabilidad. Si los guerreros quieren tener la suficiente fuerza para ver, tienen que volverse ahorradores con su energía sexual. Esa fue la lección que dio el nagual Julián.

Tener hijos y la energía

La sensualidad del hombre no tiene nada malo. Lo que está mal es la ignorancia que obliga al hombre a pasar por alto su naturaleza mágica. Es un error desperdiciar la fuerza dadora de vida y no tener hijos, pero también es un error no saber que al tener hijos uno disminuye el fulgor de la conciencia.

Los videntes ven que, al tener un hijo, el fulgor de la conciencia de los padres disminuye mientras que el de la criatura aumenta. En algunos padres débiles y nerviosos, ese fulgor desaparece casi por completo. Conforme los niños ensanchan su conciencia, crece también en el capullo luminoso de los padres una mancha oscura, en el mismo lugar de donde se desprendió el fulgor que dio vida a esos niños. Generalmente está en la parte media del capullo. A veces, esas manchas incluso pueden verse como si estuvieran pegadas al cuerpo.

3. "Las emanaciones del interior del capullo luminoso dan lugar a la atención"

Después de muchos trabajos, los videntes llegaron a la conclusión de que, a la conciencia de los seres humanos adultos, madurada por el proceso del crecimiento, ya no se la puede llamar simplemente conciencia de ser, porque su modificación la ha convertido en algo más intenso y complejo, algo que los videntes llaman atención. En cierto momento, a medida que los seres humanos crecen, una banda de las emanaciones del interior de sus capullos se vuelve muy brillante; conforme los seres humanos acumulan experiencia, esa banda comienza a resplandecer. En algunos casos, el resplandor de la banda aumenta tan dramáticamente que se fusiona con las emanaciones del exterior. Los videntes, al presenciar tal enriquecimiento, tuvieron que concluir que la conciencia de ser es la materia prima y que la atención es el producto final.
Los antiguos videntes decían que la atención es domar y enriquecer la conciencia de ser a través del proceso de vivir. El peligro de las definiciones es que simplifican las cosas para volverlas comprensibles; en este caso, al definir la atención, uno corre el riesgo de transformar un logro mágico y milagroso, en algo común. La atención es el logro individual más grande del hombre. Empieza a desarrollarse desde la conciencia animal, en bruto, hasta que llega a abarcar toda la gama de las alternativas humanas. Los videntes la perfeccionan aún más hasta hacerla cubrir la gama total de posibilidades humanas.

Don Juan Decía que las alternativas humanas son todo lo que somos capaces de escoger como personas. Tienen que ver con el nivel de nuestra escala cotidiana, con lo conocido; y por lo tanto, son bastante limitadas en número y alcance. Las posibilidades humanas, por otro lado, pertenecen a lo desconocido. No son lo que somos capaces de escoger como personas sino lo que somos capaces alcanzar como seres vivientes. Un ejemplo de lo primero, las alternativas humanas, es creer que el cuerpo humano es un objeto entre objetos. Un ejemplo de lo segundo, las posibilidades humanas, es lo que los videntes logran hacer al ver al hombre como un ser luminoso en forma de huevo. Con el cuerpo como objeto uno se enfrenta a lo conocido, con el cuerpo como huevo luminoso uno enfrenta lo desconocido; las posibilidades humanas tienen, por consiguiente, un alcance casi inagotable.



Los videntes dicen que hay tres tipos de atención. Cuando dicen eso, se refieren sólo a los seres humanos y no a todos los seres conscientes que existen. Pero los tres no son tan sólo tipos de atención, son más bien tres niveles de realización. *Son la primera, segunda y tercera atención*; cada una es un reino independiente, completo en sí mismo.

En el hombre, la primera atención es la conciencia animal, en bruto, que a través del proceso de la experiencia humana ha sido convertida en una facultad compleja, intrincada y extremadamente frágil, que se encarga del mundo cotidiano en todos sus innumerables aspectos. En otras palabras, todo aquello en lo que puede uno pensar forma parte de la primera atención. La primera atención es todo lo que somos como hombres comunes y corrientes. En virtud de su dominio tan absoluto sobre nuestras vidas, la primera atención es la propiedad más valiosa que tenemos. Quizás es incluso nuestra única propiedad. Tomando en cuenta su verdadero valor, los nuevos videntes comenzaron un riguroso examen de la primera atención. Sus hallazgos moldearon todas sus perspectivas y las perspectivas de todos sus descendientes, aunque la mayoría de ellos aún hoy en día no entienden lo que aquellos videntes realmente vieron.

Las conclusiones del riguroso examen de los nuevos videntes tenían muy poco que ver con la razón o la racionalidad, porque para examinar y explicar la primera atención, uno debe verla. Sólo los videntes pueden hacer eso. Pero examinar lo que los nuevos videntes vieron en la primera atención, es esencial, a fin de permitirnos la única oportunidad, en nuestra existencia, de darnos cuenta de nuestras propias funciones. En términos de lo que los videntes ven, la primera atención es un intenso resplandor de color ambarino. Es un resplandor que invariablemente se mantiene fijo en la parte superior de la superficie del capullo y que abarca lo conocido.

La segunda atención, por otra parte, es un resplandor muchísimo más intenso y cubre una mayor extensión. Tiene que ver con lo desconocido. Es un estado complejo y especializado que entra en función cuando se utilizan las emanaciones interiores del capullo que ordinariamente permanecen fuera de juego. La razón por la cual lo llamamos un estado complejo y especializado es que, para poder utilizar las emanaciones que ordinariamente no entran en juego, uno necesita de extraordinarias y elaboradas tácticas que requieren suprema disciplina y concentración.

Don Juan explicaba, en sus enseñanzas para el lado derecho, que la concentración requerida para estar consciente de que uno está soñando es la predecesora de la segunda atención. Esa concentración es una forma de estar consciente de ser que no está en la misma categoría de la conciencia normal necesaria para tratar con el mundo diario.

La segunda atención también se le llama la conciencia del lado izquierdo; y es el campo más vasto que pueda uno imaginarse, tan vasto que parece ilimitado. Es un atolladero tan complejo y grotesco que los videntes sensatos sólo entran en ella bajo las más estrictas condiciones. La gran dificultad consiste en que la entrada a la segunda atención es enteramente fácil y su atracción es casi irresistible. Los antiguos videntes, siendo maestros consumados del arte de manejar el resplandor de la conciencia, la hicieron expandirse a límites inconcebibles. Dedicaron todo su esfuerzo a extender ese resplandor a todas las emanaciones interiores de sus capullos, encendiéndolas por bandas, una banda a la vez. Y lo lograron, pero curiosamente, el hecho de encenderlas por bandas los hizo quedar aprisionados en algo tan inmenso que no pudieron salir más de ello.

Los nuevos videntes corrigieron ese error y dejaron que el arte de manejar el resplandor de la conciencia se desenvolviera y llegara a extender ese resplandor, de un solo golpe, a todos los confines del capullo luminoso. *La tercera atención* se alcanza así, cuando el resplandor de la conciencia se convierte en el fuego interior; un fuego que no enciende sólo una banda a la vez, sino que enciende a todas las emanaciones del Águila que están en el interior del capullo del hombre. Don Juan expresaba su reverencia y admiración por el esfuerzo premeditado de los nuevos videntes para alcanzar la tercera atención cuando aún tienen vida y están conscientes de su individualidad. No consideraba que valiera la pena discutir los casos fortuitos de hombres y de otros seres conscientes que entran en lo desconocido y en lo que no se puede conocer sin darse cuenta de ello; se refería a esto como *el don del Águila*. Afirmaba que para los nuevos videntes el entrar en la tercera atención también es un don, pero tiene un significado diferente. Es más bien como un premio por un logro extraordinario.

Al momento de morir todos los seres humanos entran en lo que no se puede conocer, y algunos de ellos alcanzan la tercera atención, pero de una forma del todo breve y sólo para purificar el alimento del Águila. El logro supremo de los seres humanos es alcanzar ese nivel de atención y al mismo tiempo retener la fuerza de la vida, sin convertirse en una conciencia incorpórea que se mueve como un punto vacilante de luz hacia el Águila para entregarle la conciencia de ser enriquecida.

Don Juan explicaba que la conciencia de ser comienza con la presión permanente que ejercen las emanaciones en grande sobre las del interior del capullo. Esta presión produce el primer acto de conciencia; detiene el movimiento de las emanaciones atrapadas, que incesantemente luchan por romper el capullo para salir, para morir. Los videntes saben que en verdad todos los seres vivientes luchan por morir. Lo que detiene a la muerte es el estar consciente de ser.

Don Juan decía que los antiguos videntes se vieron profundamente perturbados por el hecho de que la conciencia detiene a la muerte y a la vez la induce a ser alimento

para el Águila. Como no podían explicar esta contradicción, porque no hay manera racional de comprender la existencia, los videntes llegaron a la conclusión de que su conocimiento estaba compuesto de proposiciones contradictorias. Viendo descubrieron verdades indiscutibles. Esas verdades están ordenadas en términos de contradicciones supuestamente flagrantes, eso es todo.

Por ejemplo, los videntes tienen que ser seres metódicos, racionales, parangones de sobriedad, y a la vez deben rehusar todas esas cualidades para poder ser completamente libres y abrirse a las maravillas y misterios de la existencia. Sólo un sentimiento de suprema sobriedad puede tender un puente entre las contradicciones. Al puente entre las contradicciones, lo podemos llamar como queramos, arte, sobriedad, amor, o incluso gentileza, gracia.

El inventario del hombre

Al examinar el resplandor de la conciencia, los nuevos videntes hallaron que todos los seres orgánicos, excepto el hombre, aquietan las emanaciones atrapadas dentro de sus capullos para que ellas puedan alinearse con sus correspondientes emanaciones en grande. Los seres humanos en lugar de eso hacen que su primera atención tome un inventario de las emanaciones del Águila en el interior de sus capullos. Los seres humanos prestan atención a las emanaciones que tienen en el interior de sus capullos. Ninguna otra criatura hace eso. En el momento en el que la presión de las emanaciones en grande fija a las emanaciones interiores, la primera atención comienza a observarse a sí misma. Anota todo acerca de sí misma, o por lo menos intenta hacerlo, de maneras aberrantes. Este es el proceso que los videntes llaman hacer un inventario. Con esto no queremos decir que los seres humanos eligen hacer un inventario, o que pueden rehusar hacerlo. Hacer un inventario es una orden del Águila. Sin embargo, lo que queda sujeto a la voluntad del hombre es la forma en que se obedece ese comando.
Don Juan decía que, aunque no le gustaba llamar comandos a las emanaciones, eso es lo que son: comandos que nadie puede desobedecer. No obstante, la manera de no obedecer las órdenes radica en obedecerlas. En el caso del inventario de la primera atención, los videntes hacen el inventario, porque no pueden desobedecer. Pero una vez que lo han hecho lo tiran por la ventana. El Águila no nos ordena adorar nuestro inventario: nos ordena hacerlo, eso es todo.

Las emanaciones interiores del hombre no se aquietan con objeto de aparejarse con las exteriores. Esto es evidente después de ver lo que hacen otras criaturas. Al aquietarse, algunas de ellas, se funden con las emanaciones en grande y se mueven con ellas. Por ejemplo, los videntes pueden ver cómo se expande a gran tamaño la luz de las emanaciones de los escarabajos. Pero los seres humanos aquietan sus emanaciones y reflexionan en ellas. Las emanaciones se concentran en sí mismas. Dijo que los seres humanos llevan el comando de hacer un inventario a un extremo

lógico y hacen caso omiso de todo lo demás. Una vez que están profundamente involucrados en el inventario, pueden ocurrir dos cosas. Pueden ignorar los impulsos de las emanaciones en grande, o pueden utilizar esos impulsos de una manera muy especializada. El resultado final de ignorar esos impulsos es un estado único conocido como la razón, el raciocinio. El resultado de usar los impulsos de una manera especializada se conoce como la absorción en uno mismo. Los videntes perciben la razón humana como un resplandor opaco, extrañamente homogéneo, que sólo en muy raras ocasiones responde a la constante presión de las emanaciones en grande; un resplandor que endurece al capullo, pero que también lo vuelve más quebradizo.

Don Juan comentaba que en la especie humana la razón debería abundar, pero que en realidad es muy escasa. La mayoría de los seres humanos eligen la absorción en sí mismos. Afirmó que para que pueda haber interacción entre los seres vivientes, la conciencia necesita un grado de absorción en sí misma. Pero con la excepción del hombre, ningún ser viviente tiene un grado tal de absorción en sí mismo. Al contrario de los hombres de razón, que ignoran el impulso de las emanaciones en grande, los individuos absortos en sí mismos usan esos impulsos y los convierten en una fuerza que agita aun más las emanaciones en el interior de sus capullos. Al observar todo esto, los videntes llegaron a una conclusión práctica. Vieron que los hombres de razón llegan a vivir mucho más, porque al no hacer caso del impulso de las emanaciones en grande, aquietan la agitación natural del interior de sus capullos. Por otra parte, al usar el impulso de las emanaciones en grande para crear una mayor agitación, los individuos absortos en si mismos acortan sus vidas. Los videntes ven a estos individuos como descargas intermitentes de luz blanca, seguidas por largas pausas de opacidad.

La primera atención funciona muy bien con lo desconocido. Lo bloquea; lo niega con tanta ferocidad que, al final, lo desconocido no existe para la primera atención. Hacer un inventario nos vuelve invulnerables. Es precisamente por eso que existe el inventario.

4. "La primera atención del hombre consume toda la energía de la conciencia humana"

Cuando los nuevos videntes arreglaron el orden de las verdades de la conciencia de ser, vieron que la primera atención consume todo el resplandor de la conciencia del hombre, y que no queda libre ni un ápice de energía. Ese es nuestro problema, y el problema de todos los guerreros. De modo que los nuevos videntes propusieron que si los guerreros quieren penetrar en lo desconocido tienen que conservar su energía. Pero, ¿de dónde van a conseguir energía, si toda ella ya está usada? La conseguirán, dicen los nuevos videntes, destruyendo hábitos innecesarios.

Destruir hábitos desprende a la conciencia de la absorción en sí misma y le permite libertad al resplandor para enfocarse en otras cosas. Lo desconocido esta eternamente presente, pero queda fuera de nuestro alcance normal. Lo desconocido es la parte superflua del hombre común. Y es superflua porque el hombre común no tiene suficiente energía libre para comprenderlo.

Los nuevos videntes han estado siempre aterrados por el conocimiento que los antiguos videntes habían acumulado a lo largo de los años. Eso es muy natural. Los nuevos videntes han sabido siempre que ese conocimiento sólo lleva a la destrucción total. Pero aun así, siempre lo encontraron fascinante, especialmente a las prácticas. Esas prácticas son el legado de los antiguos toltecas. Los nuevos videntes las van conociendo conforme avanzan. Casi nunca las usan, pero las prácticas están ahí, como parte del conocimiento en general.

Son fórmulas inescrutables, encantamientos, largos procedimientos que tienen que ver con el manejo de una fuerza muy particular y enigmática. Por lo menos era enigmática para los antiguos toltecas, que la enmascararon y la hicieron más aterradora de lo que es en realidad.

Es una fuerza que se encuentra presente en todo lo que existe. Los antiguos videntes jamás se propusieron desentrañar el misterio de la fuerza que los hizo crear sus prácticas secretas; simplemente lo aceptaron como algo sagrado. Pero los nuevos videntes lo observaron de cerca y lo llamaron *voluntad, la voluntad de las emanaciones del Águila, o el intento* (ver términos o capítulo 13).

Don Juan explicaba que los antiguos toltecas habían dividido su conocimiento secreto en cinco grupos de dos categorías cada uno: la tierra y las regiones de tinieblas, el fuego y el agua, lo de arriba y lo de abajo, el ruido y el silencio, lo móvil y lo estacionario. Especulaba que debieron existir miles de técnicas diferentes que se volvieron más y más intricadas conforme pasó el tiempo. El conocimiento secreto de la tierra tenía que ver con todo lo que se encuentra en el suelo. Había series particulares de movimientos, palabras, ungüentos, pociones que se aplicaban a personas, animales, insectos, árboles, plantas pequeñas, piedras y todo lo demás. Estas eran técnicas que convirtieron a los antiguos videntes en seres horrendos. Y las usaban ya fuera para cuidar o para destruir a cualquier ser animado o cosa inanimada. La contraparte de la tierra era lo que conocían como las regiones de tinieblas. Definitivamente, estas prácticas eran las más peligrosas. Trataban con entidades sin vida orgánica. Criaturas vivientes que se encuentran presentes en la tierra y que la habitan junto con todos los seres orgánicos.

Sin duda alguna, uno de los hallazgos más valiosos de los antiguos videntes, al menos para ellos, fue el descubrimiento de que la vida orgánica no es la única forma

de vida presente en esta tierra. Los seres orgánicos no son las únicas criaturas que tienen vida.

Para los videntes, el estar vivo significa tener conciencia. Para el hombre común, tener conciencia significa ser un organismo. Ahí es donde difieren los videntes. Para ellos, tener conciencia significa que las emanaciones que crean la conciencia están encajonadas dentro de un receptáculo. Los seres orgánicos vivientes tienen un capullo que encierra las emanaciones. Pero hay otras criaturas, seres inorgánicos cuyos receptáculos no parecen capullos para el vidente. Pero sí contienen las emanaciones de la conciencia y muestran características de vida que no son la reproducción y el metabolismo. Como por ejemplo las emociones desgarradoras, la tristeza, la alegría, la ira y etcétera, etcétera. Y que no se me olvide la mejor: el amor; un tipo de amor que el hombre ni siquiera puede concebir.

Si consideramos como clave lo que los videntes ven, la vida es en verdad extraordinaria. Si esos seres están vivos, ¿por qué no se dejan conocer por el hombre? En realidad, lo hacen todo el tiempo. Y no sólo se dejan conocer por los videntes sino también por el hombre común. El problema es que toda nuestra energía utilizable es consumida por la primera atención. El inventario del hombre no sólo la usa toda, también endurece al capullo al grado de volverlo inflexible. Bajo esas circunstancias no hay interacción posible.

Don Juan decía que otro de los grandes hallazgos de los antiguos videntes tenía que ver con el grupo del fuego y el agua. Descubrieron que las llamas tienen una cualidad muy peculiar; pueden transportar el cuerpo de un vidente, al igual que el agua. Don Juan lo llamaba un magnífico descubrimiento.

Los antiguos toltecas, aunque ciertamente veían, no comprendieron lo que veían. Simplemente usaron sus hallazgos sin tomarse la molestia de relacionarlos a una visión más amplia. En el caso de su categoría de fuego y agua, dividieron el fuego en calor y llama, y el agua en humedad y fluidez. Correlacionaron el calor con la humedad y los llamaron propiedades menores. Consideraban que las llamas y la fluidez eran propiedades mágicas, superiores, y las usaron como medio para transportar sus cuerpos al reino de la vida inorgánica. Entre su conocimiento de la vida inorgánica y sus prácticas de fuego y agua, los antiguos videntes se quedaron atrapados en un atolladero sin salida.

Don Juan aseguraba que los nuevos videntes estaban de acuerdo en que el descubrimiento de seres vivos inorgánicos era en verdad extraordinario, pero no en la manera en que lo consideraban los antiguos videntes. El tener una relación directa con otro tipo de vida le dio a los antiguos videntes un falso sentido de invulnerabilidad, que sólo les aportó su perdición.

Lo de arriba se trataba de conocimientos secretos acerca del viento, la lluvia, los relámpagos, las nubes, el trueno, la luz del día y el sol. El conocimiento de lo de abajo tenía que ver con la niebla, el agua de manantiales subterráneos, los pantanos, los rayos, los terremotos, la noche, la luz lunar y la luna. El ruido y el silencio eran una categoría que tenía que ver con el manejo de los sonidos y del silencio. Lo móvil y lo estacionario eran prácticas que se ocupaban de aspectos misteriosos del movimiento y la inmovilidad.

En cuanto al agua creían que la superficie reflectora de un objeto brillante sumergido en ella amplifica el poder de su fluidez. Lo que solían hacer era mirar intensamente a extensiones de agua, y la superficie reflectora sumergida en ellas les servía como ayuda para acelerar el proceso de contemplar. Creían que nuestros ojos son las llaves que abren las puertas de lo desconocido; contemplar el agua, permitía que sus ojos abrieran el camino. Don Juan decía que los antiguos videntes observaron que la humedad del agua sólo humedece o empapa, que la fluidez del agua mueve. Supusieron que la fluidez corría en busca de otros niveles debajo del nuestro. Creían que el agua nos fue dada no sólo para la vida, sino también como la conexión, como el camino a los otros niveles de abajo.

Los antiguos videntes contaron siete niveles. Don Juan afirmaba que él tenía puntos de vista diferentes, pero que eso no invalidaba las prácticas de los antiguos videntes; ellos erraron en sus interpretaciones, pero sus verdades tenían valor práctico para ellos. En el caso de las prácticas del agua, estaban convencidos de que era humanamente posible ser transportado de cuerpo entero por la fluidez del agua, a cualquier nivel entre el nivel nuestro y los otros siete niveles de abajo; o ser transportados en esencia a cualquier lugar en nuestro nivel, siguiendo el curso natural de un río en sus dos direcciones. De acuerdo a ello utilizaban la corriente de los ríos para ser transportados en esencia, en este nivel nuestro, y el agua de lagos profundos o el de los manantiales para ser transportados en cuerpo a las profundidades. A dos cosas aspiraban con estas técnicas. Por una parte, usaban la fluidez del agua para ser transportados en cuerpo al primer nivel de abajo, y por otra parte la usaban para tener un encuentro cara a cara con un ser viviente de ese primer nivel.

Don Juan decía que a los antiguos videntes les hizo mucho daño su absurda insistencia en aferrarse a sus procedimientos, pero eso no significaba que lo que encontraron fuera una tontería. Descubrieron que la manera más segura de ir al encuentro de una de esas criaturas es a través de una extensión de agua. El tamaño de la extensión de agua no es importante; un océano o una laguna cumplen la misma función. Esas otras vidas se acercan a indagar lo que ocurre cuando los seres humanos llaman. La técnica tolteca es como llamar a su puerta. Los antiguos

videntes decían que la superficie brillante en el fondo del agua servía como anzuelo y como ventana. Así que los seres humanos y esas criaturas se citan en una ventana.

Según don Juan las técnicas de los toltecas son extremadamente efectivas pero la mayor parte del tiempo son mortales.

Los antiguos videntes supusieron que los siete niveles que existían debajo del nuestro eran niveles de la fluidez del agua. Para ellos un manantial tenía una incalculable importancia, porque creían que en un caso así la fluidez del agua se invierte y va de la profundidad a la superficie. Consideraron que ese era el medio a través del cual las criaturas de otros niveles, esas otras formas de vida, vienen a nuestro plano a escudriñarnos, a observarnos. En este respecto los antiguos videntes no se equivocaron. Dieron en el clavo. Entidades que los nuevos videntes llaman los aliados aparecen, por cierto, alrededor de pozos y manantiales.

La tradición de los aliados viene directamente de los antiguos videntes. Hicieron maravillas con los aliados; y sin embargo, todo lo que hicieron no valió nada cuando se presentaron sus verdaderos enemigos: sus semejantes. Los aliados son tan peligrosos como nosotros los hombres, ni más, ni menos. No pueden matarnos directamente, pero seguro que pueden hacerlo de un susto. Tienen suficiente energía para acercarse a la ventana, o hasta para cruzar los linderos entre los niveles. Los antiguos toltecas no se detuvieron solamente en la ventana, encontraron extrañas maneras de pasar al otro lado.

Los Aliados

Don Juan decía que una vez que te agarra el aliado, o te da un ataque al corazón y te mueres del susto, o forcejeas con él. Después de un momento de violenta agitación, la energía del aliado mengua. Aparte de asustarnos, los aliados no pueden hacernos nada con su imitación de ferocidad; nosotros tampoco los afectamos mucho. Estamos verdaderamente separados por un abismo.

Los antiguos videntes creían que, en el momento en que la energía del aliado mengua, sus poderes pasan al hombre con quien forcejea. ¡Qué poderes, ni qué poderes! A los antiguos videntes les salían aliados por las orejas, y el poder de los aliados no les sirvió de nada. Don Juan explicaba que, una vez más, les correspondió a los nuevos videntes aclarar esta otra confusión. Descubrieron que lo único que cuenta es la impecabilidad, esto es, la energía que se ahorra. Era cierto que hubo casos entre los antiguos toltecas, de videntes que fueron salvados por sus aliados, pero eso no tuvo nada que ver con el poder de sus aliados, sino más bien con la impecabilidad de esos videntes que les permitió usar la energía de aquéllas otras formas de vida. Los nuevos videntes descubrieron algo aún más importante; lo que hace a los aliados utilizables o inutilizables para el hombre.

Los aliados inútiles, de los cuales hay extraordinarias cantidades, son aquéllos compuestos de emanaciones que no tienen equivalente en los seres humanos. Son tan diferentes a nosotros que resultan completamente incomprensibles. La otra clase de aliados, notablemente escasa en número, está compuesta de seres que poseen emanaciones correspondientes a las nuestras. ¿Cómo utiliza el hombre a esa clase de aliados? Deberíamos usar otra palabra en vez de utilizar. Don Juan decía que lo que tiene lugar entre videntes y aliados de este tipo es un adecuado intercambio de energía. ¿Cómo ocurre el intercambio? A través de las emanaciones que coinciden. Naturalmente, esas emanaciones están en el lado izquierdo del hombre; el lado que jamás se usa. Por esta razón, los aliados están totalmente vedados al mundo de la conciencia normal, o el lado de la racionalidad. Las emanaciones coincidentes les dan a ambos un terreno común. Luego, con la familiaridad, se establece un eslabón más profundo, que beneficia a ambas formas de vida.

Los videntes buscan la cualidad etérea de los aliados; pueden ser fabulosos guías y guardianes. Los aliados buscan la fuerza del amplio campo energético del hombre, e incluso con él pueden hasta materializarse. Don Juan aseguraba que videntes con experiencia ejercitan esas emanaciones coincidentes hasta que las hacen unirse; en ese momento tiene lugar el intercambio. Los antiguos videntes no supieron que existía tal proceso y desarrollaron complejas técnicas para descender a las profundidades.

Para ayudarse en su descenso, los antiguos videntes tenían una cuerda de fibra especial que se ataban alrededor de la cintura. Tenía una punta remojada en resina, que cabía en el ombligo, como un tapón. Los videntes tenían un asistente o varios que sostenían la cuerda mientras ellos se perdían en su contemplación. Pero, ¿la pregunta es, llegaron a descender corporalmente? Los hombres, en general, tienen enorme capacidad, especialmente si controlan la conciencia. Los antiguos videntes eran estupendos. En sus excursiones a las profundidades hallaron maravillas. Para ellos era rutinario encontrarse con aliados.

Desde luego que ahora ya nos damos cuenta de que decir las profundidades es usar una metáfora. No hay ninguna clase de profundidades. Lo único que existe es el Águila y sus emanaciones. El secreto es manejar la conciencia de ser. Sin embargo, los antiguos videntes jamás lo entendieron. Los aliados no es que sean agresivos, no tienen suficiente energía para ser agresivos, sino que tienen más bien un tipo de energía distinta. Son más como una corriente eléctrica. Los seres orgánicos son como ondas de calor.

A los aliados les atraen las emociones. El terror básico es lo que más les atrae; libera el tipo de energía más conveniente para ellos. El terror básico unifica las emanaciones en su interior. Los antiguos videntes al descubrir que el terror animal es lo que los aliados disfrutan por encima de todo, llegaron al extremo de

intencionalmente nutrir a sus aliados, asustando a gente a veces hasta matarlos. Los antiguos videntes estaban convencidos de que los aliados tenían sentimientos humanos, pero los nuevos videntes vieron que la energía liberada por las emociones simplemente engancha a los aliados; el cariño es igualmente efectivo, o el odio, o la tristeza, o la alegría.

Controlar el terror era una estratagema de los antiguos videntes. Aprendieron a controlarlo al punto de poder repartirlo. Con su propio terror enganchaban a los aliados, y al darlo de manera gradual, como si fuera alimento, de verdad esclavizaban a los aliados. Los antiguos videntes eran hombres aterradores.

5. "La percepción depende del punto de encaje"

La percepción del hombre es canalizada porque en cada uno de nosotros hay un factor llamado el punto de encaje, que selecciona emanaciones internas y externas para alinearlas. El determinado alineamiento que percibimos como el mundo es producto del especifico lugar en nuestro capullo donde está localizado nuestro punto de encaje. Para poder entender y corroborar las verdades del estar consciente de ser no se necesita raciocinio sino energía. Don Juan reiteraba que tratar con los pinches tiranos ayuda a los videntes a lograr una maniobra de gran sofisticación. Esa maniobra es mover el punto de encaje.
Percibir un aliado significa que ya hemos sacado a nuestro punto de encaje de su posición acostumbrada. En otras palabras, el resplandor de nuestra conciencia ha pasado cierto umbral, borrando también así el terror. Y todo esto ocurre porque tenemos energía sobrante.

Para describir la naturaleza del punto de encaje, tenemos que empezar discutiendo la primera atención. Los nuevos videntes examinaron la forma desapercibida en que funciona la primera atención, y al tratar de explicársela a otros, arreglaron las verdades de la conciencia de ser en un orden específico. Aunque no todos los videntes son dados a las explicaciones. Por ejemplo, al benefactor de don Juan, el nagual Julián le importaban un comino las explicaciones. Pero sí le importaban al nagual Elías, el benefactor del nagual Julián, a quien don Juan tuvo la fortuna de conocer. Entre las largas y detalladas explicaciones del nagual Elías, las breves del nagual Julián, y lo que él vio, don Juan llegó a entender y a corroborar esas verdades.

Don Juan explicaba que para que nuestra primera atención pueda enfocar el mundo que percibimos tiene que poner en relieve ciertas emanaciones. Las emanaciones seleccionadas provienen de la estrecha banda en la que se localiza la conciencia del hombre. Las emanaciones desechadas aún quedan al alcance de uno, pero permanecen latentes, desconocidas para el hombre por toda su vida. Los nuevos videntes llaman a las emanaciones puestas en relieve el lado derecho, la conciencia normal, el tonal, este mundo, lo conocido, la primera atención. El hombre común lo

llama realidad, racionalidad, sentido común. Las emanaciones acentuadas integran una gran porción de la banda del hombre, pero son sólo una pequeña parte del espectro total de emanaciones presentes dentro del capullo. Las emanaciones desechadas, aún dentro de la banda del hombre, son consideradas como el preámbulo de lo desconocido. Lo desconocido propiamente dicho consiste del resto de las emanaciones que no son parte de la banda humana y que jamás son acentuadas. Los videntes las llaman la conciencia del lado izquierdo, el nagual, el otro mundo, lo desconocido, la segunda atención.

Este proceso de poner en relieve ciertas emanaciones fue descubierto y practicado por los antiguos videntes. Se dieron cuenta de que un hombre nagual o una mujer nagual, por el hecho de tener más energía que el hombre común, pueden empujar el resplandor de la conciencia y sacarlo de las emanaciones acostumbradas y moverlo a las emanaciones vecinas. Ese empujón es conocido como el golpe del nagual. Don Juan dijo que este movimiento forzado tuvo una aplicación práctica para los antiguos videntes, quienes la usaron para mantener sojuzgados a sus aprendices. Mediante ese golpe elevaban a sus aprendices a un agudísimo estado de conciencia acrecentada y los transformaban en seres extremadamente impresionables; mientras permanecían indefensos y moldeables, los antiguos videntes les enseñaban aberrantes técnicas de hechicería que convertían a los aprendices en hombres siniestros, iguales a sus maestros.

Los nuevos videntes utilizaron la misma técnica, pero en vez de usarla para propósitos sórdidos, la usaron para guiar a sus aprendices en la investigación de las posibilidades totales del hombre. Don Juan explicaba que el golpe del nagual tiene que darse en un punto preciso, en el punto de encaje, y que el lugar exacto de este punto varía en grados minúsculos de persona a persona. También, el golpe lo tiene que dar un nagual que ve. Es igualmente inútil tener la fuerza de un nagual y no ver, como ver y no tener la fuerza de un nagual. En ambos casos los resultados son simplemente golpes en la espalda. Un vidente podría dar golpes en el punto preciso, una y otra vez, sin tener la fuerza para mover la conciencia, y un nagual que no ve no podría golpear a propósito el punto preciso.

Los antiguos videntes descubrieron que el punto de encaje no se encuentra en el cuerpo físico, sino en la concha luminosa, en el capullo. El nagual identifica ese punto por su intensa luminosidad y, más que golpearlo, lo empuja. La fuerza del empujón crea una hendidura en el capullo, y se siente como un golpe en el omóplato derecho, un golpe que saca todo el aire de los pulmones. Sólo hay dos tipos de hendiduras. Uno es una concavidad y el otro es una grieta; cada cual tiene un efecto distinto en el estar consciente de ser. La concavidad es una característica provisional, y crea un cambio también provisional; pero la grieta es una

característica profunda y permanente del capullo, y por consiguiente produce un cambio permanente.

Generalmente, un capullo endurecido por la absorción en sí mismo no se ve afectado en absoluto por el golpe del nagual. Sin embargo, en ocasiones el capullo del hombre es muy flexible y la más pequeña fuerza crea una hendidura, como un plato de sopa, que varía desde una depresión del tamaño de una naranja a una que abarca la tercera parte de todo el capullo; o crea una grieta que puede correr a todo lo ancho de la concha luminosa, o a lo largo, dando la impresión de que el capullo se ha enroscado en sí mismo. Después que se crea la hendidura, algunas conchas luminosas al instante vuelven a cobrar su forma original. Otras retienen la hendidura durante horas o incluso durante días enteros, pero al final recobran su configuración. Y hay otras en las que se forma una hendidura tan firme e inafectable, que requiere de otro golpe del nagual, en un área circunvecina, para restaurar su forma original. Y algunas nunca más pierden la hendidura una vez que la reciben. No importa cuántos golpes reciban de un nagual, jamás recobran sus formas ovoides.

Don Juan decía que al desplazar el resplandor de la conciencia la hendidura agranda el área de la primera atención. La hendidura presiona a las emanaciones interiores, y los videntes pueden ver cómo la fuerza de esa presión hace que el resplandor de la conciencia brille sobre otras emanaciones en otras áreas que generalmente son inaccesibles para la primera atención.

Normalmente el resplandor de la conciencia de ser es visto en la superficie del capullo de todos los seres conscientes. Sin embargo, cuando el hombre ha desarrollado la atención, el resplandor adquiere profundidad. En otras palabras, es transmitido de la superficie del capullo a un número considerable de emanaciones del interior. Los antiguos videntes sabían lo que hacían cuando manejaban el resplandor de la conciencia. Se dieron cuenta de que creando una hendidura podían forzar al resplandor de la conciencia, ya que resplandece en las emanaciones interiores del capullo, a extenderse a las emanaciones vecinas.

De alguna manera inexplicable, es un asunto de una luminosidad que crea una hendidura en otra luminosidad. Nuestro defecto es seguir pegados al inventario de la razón. La razón no trata al hombre como energía. La razón trata con instrumentos que crean energía, pero jamás se le ha ocurrido seriamente a la razón que somos mejores que instrumentos: somos organismos que crean energía. Somos una burbuja de energía. Por eso no resulta tan extraño que una burbuja de energía haga una hendidura en otra burbuja de energía. El resplandor de la conciencia, movido por la hendidura, debería llamarse realmente atención provisionalmente acrecentada, porque acentúa emanaciones que están tan próximas a las habituales que el cambio es mínimo. Pero a pesar de ser mínimo, el cambio produce una mayor

capacidad para concentrarse, comprender y aprender. Los videntes sabían con exactitud como usar esa mejora cualitativa. Vieron que, después del golpe del nagual, brillaban, de repente, con más fuerza sólo las emanaciones que rodean a aquellas que utilizamos cotidianamente. Las más alejadas permanecen inafectadas, lo que significaba para ellos que, mientras están en un estado de atención provisionalmente acrecentada, los seres humanos pueden tratar con todo como si estuvieran en el mundo de todos los días.

La necesidad de un hombre nagual o de una mujer nagual se volvió de suprema importancia para ellos, porque ese estado dura sólo mientras persiste la depresión; cuando se desvanece, todo se olvida de inmediato. Uno se olvida porque las emanaciones que permiten mayor claridad dejan de estar en relieve cuando uno sale de la conciencia acrecentada. Si el resplandor de la conciencia no brilla más en ellas, lo que uno experimente o atestigüe también se apaga.

Don Juan decía que una de las tareas que los nuevos videntes desarrollaron para sus aprendices era el forzarlos, años más tarde, a recordar, esto es, a volver a acentuar por sí mismos aquellas emanaciones utilizadas durante estados de conciencia acrecentada. Un estado de conciencia acrecentada es visto no sólo como un resplandor que abarca mayor profundidad dentro de la forma ovoide de los seres humanos, sino también como un resplandor más intenso en la superficie del capullo. Sin embargo, no es nada comparado con el resplandor producido por un estado de conciencia total, que es visto como una explosión de incandescencia en todo el huevo luminoso. Es una explosión de luz de tal magnitud que los límites de la concha se vuelven difusos y las emanaciones interiores se extienden más allá de todo lo imaginable. Esos son casos especiales, sólo los videntes los viven. Ningún otro hombre o criatura viviente se ilumina así. Los videntes que premeditadamente alcanzan la conciencia total son algo digno de verse. *Ese es el momento en el que arden por dentro. El fuego interior los consume. Y en plena conciencia se funden con las emanaciones en grande, y se expanden en la eternidad.*

Por dos razones, nosotros, los seres humanos, ponemos en relieve ciertas emanaciones para percibirlas. La primera y más importante, es porque nos han enseñado que esas emanaciones son perceptibles, y la segunda, porque nuestros puntos de encaje han sido entrenados a seleccionar y preparar esas emanaciones para ser utilizadas.

Cada ser viviente tiene un punto de encaje que selecciona las emanaciones que serán acentuadas. Los videntes pueden saber si los seres conscientes comparten la misma visión del mundo, al ver si son iguales las emanaciones que sus puntos de encaje han seleccionado. Uno de los más importantes adelantos de los nuevos videntes fue descubrir que el sitio donde se encuentra localizado ese punto, en el capullo de todos los seres vivientes, no es una característica permanente. La conducta habitual

lo sitúa en ese sitio específico. De ahí la tremenda importancia que le dan los nuevos videntes a las nuevas acciones, a las nuevas posibilidades prácticas. Desesperadamente quieren llegar a nuevos usos, a nuevos hábitos.

El golpe del nagual es de suprema importancia, porque hace que ese punto se mueva. Altera su ubicación. A veces incluso llega a crear una grieta permanente en ese sitio. El punto de encaje queda completamente desalojado, y la percepción cambia de manera dramática. Pero lo que resulta ser aún de mayor importancia, es entender todas las verdades de la conciencia de ser. Sólo así llega uno a darse cuenta de que ese punto debe moverse desde adentro. La triste verdad es que los seres humanos siempre pierden por negligencia. Simplemente desconocen sus posibilidades.

Los nuevos videntes dicen que la técnica es la comprensión. Afirman que, en primer lugar, uno debe saber a ciencia cierta que todo lo perceptible emana del sitio específico donde se localiza nuestro punto de encaje. Una vez entendido esto, podemos desplazar el punto de encaje casi a voluntad, como consecuencia de nuevos hábitos. Aclaremos el tema de tener nuevos hábitos (ver no haceres, capítulo 10):

El punto de encaje del hombre aparece, en torno a un área definida, en el capullo, porque así lo decreta el Águila. Pero el sitio preciso donde se fija queda determinado por los hábitos, por los actos repetitivos. Primero aprendemos que puede situarse allí y después nosotros mismos le ordenamos que ahí se sitúe. Nuestro comando se convierte en el comando del Águila y el punto queda fijo en ese sitio. Consideremos esto con cuidado; nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por tal hallazgo, los antiguos videntes pagaron carísimo. Una vez más podemos decir que los antiguos videntes nunca entendieron lo que hacían. Desarrollaron miles de las más complejas técnicas de brujería, y jamás supieron que sus procedimientos, por más intrincados que hubieran sido, sólo servían para romper la estabilidad de sus puntos de encaje y hacerlos desplazarse.

La brujería es algo como entrar en un callejón sin salida. Lo que queremos decir es que las prácticas de brujería no tienen ningún valor intrínseco. Su valor es indirecto. Su verdadera función es hacer que el punto de encaje se desplace al lograr que la primera atención abandone momentáneamente su control sobre ese punto. Los nuevos videntes se dieron cuenta del verdadero papel que jugaban esas prácticas de brujería, y decidieron pasarlas por alto e ir directamente a hacer que sus puntos de encaje se desplazaran, evitando así todas las demás tonterías de rituales y encantamientos.

Sin embargo, en cierto momento, los rituales y los encantamientos son realmente necesarios. Don Juan personalmente, iniciaba a sus aprendices en todo tipo de



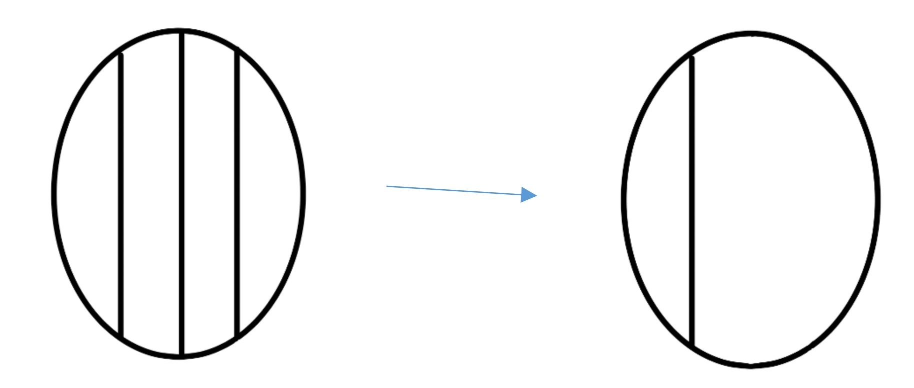
rituales y encantamientos, pero sólo con objeto de permitir que su primera atención saliera de la absorción en sí misma. Esa absorción es la que crea la fuerza que mantiene el punto de encaje rígidamente fijo. Los rituales y los encantamientos, siendo repetitivos, obligan a la primera atención a liberar una porción de la energía empleada en contemplar el inventario humano y el punto de encaje pierde así su rigidez. Las personas cuyos puntos de encaje pierden rigidez si no son guerreros, creen que se están volviendo locos. Cómo le pasó a Castaneda en cierta época, cuando creía que se había desquiciado. Si son guerreros, saben que ya les llegó la locura, pero esperan con paciencia. Saben a ciencia cierta que el tener cordura y sentido común sólo significa que el punto de encaje está fijo y rígido en su posición habitual. Cuando se mueve, pues uno está desquiciado, sin más ni más. En este punto don Juan decía que se les abren dos opciones a los guerreros cuyos puntos de encaje se han desplazado. Una es reconocer estar enfermos y comportarse como locos, reaccionando emocionalmente ante los extraños mundos que la nueva posición de sus puntos de encaje los obliga a presenciar; la otra es permanecer serenos, inconmovibles, sabiendo que el punto de encaje siempre vuelve a su posición original.

Si el punto de encaje no regresa a su posición original esos sujetos están perdidos. O están incurablemente locos porque sus puntos de encaje jamás podrían rearmar la percepción del mundo que conocemos (esquizofrenia), o son incomparables videntes que han comenzado su movimiento hacia lo desconocido. Lo qué determina el que sea una cosa o la otra es ¡la energía! ¡La impecabilidad! Los guerreros impecables no pierden la razón. Permanecen intactos. Los guerreros impecables pueden ver mundos horripilantes y, sin embargo, en su trato cotidiano nadie lo notaría. Hablan y ríen con sus amigos o con extraños como si nada hubiera ocurrido.

Para un vidente, la razón no es más que la autorreflexión del inventario del hombre. Si uno pierde esa autorreflexión, pero no pierde los cimientos, uno vive de verdad una vida infinitamente más interesante, variada, y fuerte. El defecto está en nuestra reacción emocional. Ella nos impide comprender que la rareza de cada una de nuestras experiencias sensoriales está determinada por la profundidad a la que se ha movido nuestro punto de encaje dentro de la banda de las emanaciones del

hombre. Don Juan decía que llamarla una banda era falso, y usaba una analogía. Explicaba que la forma luminosa del hombre es como una bola de queso blanco que tiene inyectado un grueso disco de un queso más oscuro. Dibujaba una forma ovoide y la dividía en cuatro secciones longitudinales, diciendo que de inmediato borraría las líneas divisorias porque las había dibujado sólo para dar una idea de dónde se localizaba la banda en el capullo del hombre. Subrayaba la línea entre la primera y la segunda sección y borraba las otras líneas divisorias. Explicaba que la banda era un disco de queso amarillo que había sido insertada en la bola de queso blanco.

Ahora bien, si esa bola de queso blanco fuera transparente, tendríamos la réplica



perfecta del capullo del hombre. El queso amarillo penetra completamente al interior de la bola de queso blanco. Es un disco que va de la superficie de un lado a la superficie del otro. El punto de encaje del hombre se localiza bastante arriba en la superficie del capullo, a tres cuartas partes, hacia la parte superior del capullo. Cuando el nagual presiona ese punto de intensa luminosidad, el punto se desplaza al interior del disco de queso amarillo. La conciencia acrecentada sucede al momento en que el intenso resplandor del punto de encaje enciende las emanaciones dormidas en la profundidad del disco de queso amarillo. Ver que el resplandor del punto de encaje se desplaza hacia el interior de ese disco da la sensación de que se mueve hacia la izquierda sobre la superficie del capullo.

La transparencia del huevo luminoso crea la impresión de un movimiento hacia la izquierda, cuando en esencia cada movimiento del punto de encaje es hacia las profundidades, hacia el centro del huevo luminoso, dentro del grosor de la banda del hombre. Puede dar la impresión de que los videntes usan los ojos cuando ven que se mueve el punto de encaje. El hombre no es lo que no se puede conocer. La

luminosidad del hombre puede verse casi como si uno usara solamente los ojos. Definitivamente los antiguos videntes habían visto el movimiento del punto de encaje, pero jamás se les ocurrió que era un movimiento en hondo; en vez de eso se guiaron por lo que veían y acuñaron la frase "movimiento hacia la izquierda", que los nuevos videntes conservaron, aunque sabían que era erróneo llamarlo así.

Cuando el nagual da su golpe, el punto acaba en cualquier lugar dentro de la banda del hombre, pero, no importa en absoluto dónde acabe, porque dondequiera que lo hace será siempre terreno virgen. La gran prueba que los nuevos videntes desarrollaron para sus guerreros aprendices es desandar el viaje que sus puntos de encaje llevaron a cabo bajo la influencia del nagual. A este repaso, cuando ha sido concluido, le llamaron recuperar la totalidad de uno mismo. Los nuevos videntes vieron que, en el curso de nuestro crecimiento, el resplandor de la conciencia, una vez que se enfoca en la banda de emanaciones del hombre y elige algunas de ellas para acentuarlas, entra en un círculo vicioso. Mientras más acentúe ciertas emanaciones, más estable se vuelve el punto de encaje. Esto equivale a decir que nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por lo tanto, es un verdadero triunfo romper ese comando y mover al punto de encaje.

Don Juan decía que también el punto de encaje es responsable de que la primera atención perciba en términos de racimos. Un ejemplo de un racimo de emanaciones que recibe énfasis al unísono es lo que percibimos como el cuerpo humano. Otro racimo, parte de nuestro ser total, nuestro capullo luminoso, jamás recibe énfasis y queda relegado al olvido porque el efecto del punto de encaje no es tan sólo el hacernos percibir racimos de emanaciones, sino también hacernos ignorarlos. El punto de encaje es como un imán luminoso que irradia un resplandor que automáticamente agrupa haces de emanaciones adondequiera que se mueve dentro del capullo. Cuando estos racimos se alinean con las emanaciones en grande, percibimos el mundo que conocemos.

El agrupamiento de emanaciones se lleva a cabo aun cuando los videntes tratan con emanaciones que nunca se usan diariamente. Cada vez que son acentuadas, las percibimos igual que percibimos los racimos de la primera atención. Uno de los más grandes momentos de los nuevos videntes fue cuando se encontraron que lo desconocido era tan sólo las emanaciones desechadas por la primera atención. Este descubrimiento fue la gloria de los nuevos videntes, porque vertió nueva luz sobre lo desconocido. La enormidad de lo desconocido es casi sin límites, pero aún en esa enormidad el resplandor del punto de encaje agrupa emanaciones. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es una eternidad donde nuestro punto de encaje no tiene manera alguna de agrupar nada. Explicó que los nuevos videntes se dieron cuenta de que sus visiones obsesivas, aquellas que eran prácticamente imposibles de concebir, coincidían con el movimiento de sus puntos de encaje a profundas

regiones en la banda del hombre. Esas son visiones del lado oscuro del hombre aseguraba don Juan, de nuestro lado sombrío y nefasto. No es tan sólo lo desconocido, sino lo que nadie quiere conocer.

Las bandas que están dentro del capullo, aunque muy lejos de las bandas de emanaciones del hombre, pueden percibirse, pero de maneras verdaderamente indescriptibles. No son lo desconocido humano, como en el caso de las emanaciones desechadas en la banda del hombre, sino lo desconocido casi inconmensurable, donde las características humanas no figuran para nada. En realidad, es un área de tan abrumadora inmensidad que los videntes más extraordinarios se verían en dificultades para describirla.

Don Juan decía que el misterio queda afuera de nosotros. En nuestro interior sólo tenemos emanaciones que intentan romper el capullo. Y, de una manera u otra, este hecho nos aberra, ya seamos hombres comunes o guerreros. Sólo los nuevos videntes pueden superar esto. Luchan por ver. Y a través de los desplazamientos de sus puntos de encaje, llegan a darse cuenta de que el misterio es percibir. No tanto lo que percibimos, sino lo que nos hace percibir. Los nuevos videntes creen que nuestros sentidos son capaces de captar todo. Creen esto porque ven que es la posición del punto de encaje la que dicta lo que perciben nuestros sentidos. Si el punto de encaje alinea otras emanaciones interiores, diferentes a las normales, los sentidos humanos perciben de maneras inconcebibles.

6. "Detener el dialogo interno es la clave para mover el punto de encaje"

Los guerreros se preparan para tener conciencia, y la conciencia total sólo les llega cuando ya no queda en ellos nada de importancia personal. Sólo cuando son nada se convierten en todo. Don Juan decía que la importancia personal es la fuerza detrás de todo ataque de melancolía. Agregó que los guerreros tienen derecho a sentir estados de profunda tristeza, pero que la tristeza les viene solamente para hacerlos reír.
Don Juan remarcaba que detener el diálogo interno es lo que articula todo lo que hacen los videntes. Subrayaba una y otra vez que el diálogo interno es lo que mantiene fijo al punto de encaje en su posición original. Una vez que se logra el silencio, todo es posible.

La explicación de cómo hacerlo es la sencillez misma. Lo decretamos con la fuerza de nuestra voluntad, y de esa manera creamos un nuevo intento, un nuevo comando. Después, nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Una de las cosas más extraordinarias que los nuevos videntes descubrieron fue que nuestro comando puede convertirse en el comando del Águila. El diálogo interno termina de la misma manera como empieza: mediante un acto de voluntad. Después

de todo, son nuestros maestros quienes nos obligan a dialogar con nosotros mismos. Conforme nos enseñan, al usar ellos su voluntad, nosotros aprendemos a usar la nuestra, ambos sin saberlo. Conforme aprendemos a hablar con nosotros mismos, aprendemos también a manejar nuestra voluntad. En otras palabras, nuestros maestros nos obligan a hablar con nosotros mismos. La manera de terminar con el diálogo interno es usando exactamente el mismo método: debemos obligarnos a pararlo, debemos crear el intento, empleando la fuerza de nuestra voluntad. Don Juan se refería a lo que nos ocurre a nosotros los seres humanos cuando somos niños. Durante ese periodo, todos los que nos rodean son nuestros maestros y nos enseñan a repetir un interminable diálogo acerca de nosotros mismos. El diálogo se interioriza y crea tal fuerza que por sí solo mantiene fijo el punto de encaje. Los nuevos videntes dicen que los niños tienen cientos de maestros que les enseñan exactamente dónde localizar su punto de encaje y cómo mantenerlo fijo.

Los videntes aseveran todo esto porque ven que, al principio, los niños no tienen un punto de encaje fijo. Sus emanaciones interiores se encuentran en un estado de gran agitación, y sus puntos de encaje se mueven por doquier en la banda del hombre. Esto les da a los niños la tremenda oportunidad de acentuar emanaciones que después serán completamente ignoradas. A medida que van creciendo, los adultos que los rodean, obligan al punto de encaje de los niños a quedarse fijo, al enseñarles un diálogo interno que se vuelve más y más complejo conforme pasan los años. El diálogo interno es, por lo tanto, un proceso de suprema importancia para la posición del punto de encaje; siendo esa posición arbitraria, mantenerla requiere un esfuerzo ininterrumpido. La pura verdad es que muchos niños ven. La mayoría de los que ven son considerados anormales y se hacen todos los esfuerzos posibles para corregirlos, para hacerlos solidificar la posición de sus puntos de encaje. Se podría ayudar a esos niños a que mantengan más fluidos sus puntos de encaje sólo si viven entre los nuevos videntes. De lo contrario, al igual que los antiguos videntes, se verían atrapados en los intrincados detalles del lado silencioso del hombre. Y eso es peor que estar preso en las garras de la racionalidad.

Don Juan expresaba su profunda admiración por la capacidad humana para impartir orden en el caos de las emanaciones del Águila. Sostenía que cada uno de nosotros es un mago magistral, y que nuestra magia consiste en mantener inconmoviblemente fijo nuestro punto de encaje. La fuerza de las emanaciones en grande hace que nuestro punto de encaje seleccione ciertas emanaciones interiores y las agrupe en un racimo para ser alineadas y percibidas. Ese es el comando del Águila, pero darle significado a lo que percibimos es nuestro comando, nuestro don mágico.

Puesto que la posición exacta del punto de encaje es una posición arbitraria, seleccionada inconscientemente por nuestros antecesores, puede moverse con un



esfuerzo relativamente pequeño; una vez que se mueve, crea nuevos alineamientos de emanaciones y, por consiguiente, nuevas percepciones. Don Juan dio muchísimas veces plantas de poder a Castaneda para así lograr que su punto de encaje se moviera. Las plantas de poder tienen ese efecto; pero también el hambre, el cansancio, la fiebre y otras aflicciones por el estilo tienen un efecto similar. El fallo del hombre común es creer que todo lo que sucede, como resultado de un movimiento del punto de encaje, es puramente mental. No lo es, como nosotros mismos podemos ahora atestiguar.

Don Juan Explicaba a sus aprendices que sus puntos de encaje se habían movido profundamente veintenas de veces en el pasado, pero que, la mayoría de las veces que se movieron, los movimientos fueron leves y los mundos que se vieron forzados a percibir fueron virtualmente mundos fantasmas, por estar tan cercanos al mundo cotidiano. Movimientos de ese tipo eran automáticamente descartados por los nuevos videntes. Las visiones que producen esos movimientos se originan en el inventario del hombre. No tienen valor alguno para los guerreros que buscan la libertad total, porque son resultado de un movimiento lateral del punto de encaje. Significa un movimiento del punto de encaje en la superficie del capullo, de un lado a otro a lo ancho de la banda de emanaciones del hombre. En los dos bordes de la banda del hombre hay un extraño depósito de basura, una incalculable masa de cachivaches humanos. Es un almacén mórbido y siniestro, que tenía un gran valor para los antiguos videntes, pero no para nosotros. Una de las cosas más fáciles que puede uno hacer es caer en ese depósito de basura. Cualquier persona puede llegar a ese almacén simplemente deteniendo su diálogo interno. Cuando eso sucede, los resultados se explican como fantasías de la mente si el cambio es mínimo. Si el cambio es considerable, los resultados son llamados alucinaciones.

Una vez que los guerreros han entrado en un estado de silencio interior al detener su diálogo interno, los rige el oído más que la vista. El sonido y el ritmo de pasos amortiguados, por ejemplo, captura al instante la fuerza de alineamiento de las emanaciones interiores, que ha sido desconectada por el silencio interior. De inmediato, esa fuerza se engancha a los bordes de la banda. A la orilla derecha encontramos interminables visiones de actividad física, violencia, matanzas, sensualidad. A la orilla izquierda encontramos espiritualidad, religión, Dios.

Los increíbles efectos del silencio interior eran uno de los más valiosos aspectos del conocimiento de los videntes, en general. Don Juan repetía una y otra vez que en el momento en que uno entra a un estado de silencio interno empiezan a romperse los lazos que atan al punto de encaje al sitio específico en el que está localizado, y que el punto de encaje queda así en libertad para moverse. Generalmente el movimiento, si no es lateral, es hacia lo profundo de la banda del hombre, tal preferencia direccional es una reacción natural de la especie humana, pero existen

videntes que pueden mover el punto de encaje a posiciones bajo el sitio normal. Los nuevos videntes llaman a ese cambio "el movimiento hacia abajo".

Los videntes muy a menudo sufren movimientos involuntarios hacia abajo. El punto de encaje no permanece en esa posición baja por mucho tiempo, y eso es afortunado porque ese es el lugar de la bestia. Ir abajo va en contra de nuestros intereses, aunque es la cosa más fácil de lograr. Don Juan dijo que entre los muchos errores que cometieron los antiguos videntes, uno de los más graves fue el mover sus puntos de encaje a la inmensurable área debajo del sitio normal. El moverse de ese modo los volvió expertos en adoptar las formas de los animales que ellos elegían como sus puntos de referencia. Llamaban a esos animales su nagual, y creían que al mover sus puntos de encaje a sitios específicos podían adquirir las características del animal elegido, su fuerza, sabiduría, astucia, agilidad o ferocidad. Don Juan aseguraba que aún entre los videntes de hoy en día existen espantosos ejemplos de esas prácticas. La relativa facilidad con la que el punto de encaje del hombre se mueve hacia cualquier posición en el área baja representa una gran tentación para los videntes, especialmente para aquellos que tienen una inclinación natural hacia ello. Es el deber del nagual, por lo tanto, poner a prueba a sus guerreros. Un movimiento de tal naturaleza resulta siempre en una transformación total. Si el punto de encaje cruza un límite crucial, el mundo que conocemos se desvanece; deja de ser lo que es al nivel del hombre.

Don Juan advertía que los movimientos involuntarios que cada vidente experimenta periódicamente, se vuelven menos frecuentes conforme su punto de encaje avanza más hacia lo profundo de la banda. Sin embargo, cada vez que ocurre ese movimiento hacia abajo disminuye en forma considerable el poder del vidente que lo experimenta. Cuando sucede uno de esos movimientos, los videntes se vuelven extremadamente malhumorados e intolerantes, y en algunos casos, hasta extremadamente racionales. ¿Cómo pueden los videntes evitar esos movimientos involuntarios? Todo depende del guerrero. Algunos de ellos, como Castaneda por ejemplo, están tan encariñados consigo mismos que se consienten toda clase de caprichos y excesos. Esos son a los que les va peor. Para los que son como él, don Juan recomendaba una vigilancia de veinticuatro horas al día. Los guerreros disciplinados son menos propensos a ese tipo de movimiento; para ellos recomendaba veintitrés horas y media de vigilancia.

Las videntes son más propensas a los movimientos hacia abajo que los hombres. Pero también son capaces de salir de un salto de esa posición, sin esfuerzo alguno, mientras que los hombres se dilatan peligrosamente en ella. Las videntes tienen una capacidad extraordinaria no sólo para salir velozmente sino también para hacer que sus puntos de encaje se aferren a cualquier posición en el área de abajo. Los hombres por otra parte, no pueden ni salir rápidamente de esa área ni aferrarse a ella. Los

hombres tienen sobriedad y propósito, pero muy poco talento; por esa razón un nagual tiene que tener ocho mujeres videntes en su grupo. Las mujeres dan al grupo el impulso, la audacia para cruzar la inmensidad de lo desconocido. Junto con esa capacidad natural, o como consecuencia de ella, las mujeres tienen una feroz intensidad. Y por ello, pueden reproducir una forma animal con gran facilidad, con mucho estilo y con una ferocidad sin par.

Otros organismos también son capaces de mover sus puntos de encaje, pero para ellos ese movimiento no es una cosa voluntaria. De una manera u otra, todo organismo recién nacido es entrenado. Por cierto que no entendemos cómo se lleva a cabo su entrenamiento, después de todo, ni siquiera entendemos cómo se lleva a cabo el nuestro, pero los videntes ven que los recién nacidos son inducidos a hacer lo que hacen los adultos de su especie. Eso es exactamente lo que ocurre con los niños: los videntes ven que sus puntos de encaje se mueven en todas direcciones, y luego ven cómo la presencia de los adultos liga esos puntos a un lugar específico. Todos los demás organismos hacen lo mismo. Sin embargo, el punto de encaje del hombre tiene un efecto único entre los demás organismos. Por ejemplo, cuando nosotros miramos un árbol; como seres humanos adultos serios, nuestros puntos de encaje alinean un número incalculable de emanaciones y logran un milagro. Nuestros puntos de encaje nos hacen percibir un racimo de emanaciones que llamamos árbol. El punto de encaje no sólo efectúa el alineamiento necesario para la percepción de ese racimo, sino que también borra el alineamiento de ciertas emanaciones que pertenecen a ese racimo para poder llegar a un mayor refinamiento de la percepción, a un delicado esquema humano que no tiene paralelo. Dijo que los nuevos videntes observaron que sólo los seres humanos son capaces de agrupar emanaciones aún dentro de los racimos normales. Para describir tal cosa don Juan utilizaba la palabra *desnate*, y decía que era comparable al acto de recoger la nata de un recipiente de leche hervida, después que se ha enfriado. De igual manera, en términos de percepción, el punto de encaje del hombre toma una parte de las emanaciones ya seleccionadas para el alineamiento y forma con ellas un esquema más deleitable.

Los desnates del hombre son más reales que lo que perciben otros seres. Ese es nuestro peligro latente. Son tan reales para nosotros que nos hacen olvidar que los hemos construido nosotros mismos al ordenar a nuestros puntos de encaje que se estacionen donde lo hacen. Nos olvidemos que solamente son reales para nosotros porque ese es nuestro comando. Tenemos poder para sacar la nata de los alineamientos, pero no tenemos poder para protegernos de nuestros comandos. Eso se tiene que aprender. Darle rienda suelta a nuestros desnates, como lo hacemos, es un error de juicio que pagamos tan caro como los antiguos videntes pagaron los suyos.



7."Una vez que el punto de encaje se mueve más allá de cierto límite, puede alinear mundos enteramente diferentes al mundo que conocemos"

Ciertas áreas geográficas no sólo ayudan a ese precario movimiento del punto del encaje, sino que también seleccionan direcciones específicas para dicho movimiento. Por ejemplo, el desierto de Sonora ayuda al punto de encaje a moverse de su posición acostumbrada, hacia abajo, al lugar más terrible que uno puede imaginar. Es por eso que hay verdaderos brujos en Sonora.
Sea como fuera, los guerreros están en el mundo, realmente, con el fin de entrenarse a ser testigos sin prejuicios para así descubrir y entender el misterio que somos. Esta es la meta más alta de los nuevos videntes. Y no todos ellos la alcanzan. Creemos que el nagual Julián no la alcanzó. Para ser un guerrero sin par uno tiene que amar la libertad, y uno tiene que tener una despreocupación, un desinterés supremo. El camino del guerrero es algo extremadamente peligroso porque representa el lado opuesto de la situación del hombre moderno, que ha abandonado el reino de lo desconocido y de lo misterioso, y se ha instalado en el reino de lo funcional. Le ha dado la espalda al mundo de los presentimientos y el júbilo y le ha dado la bienvenida al mundo del aburrimiento. El recibir una oportunidad de volver nuevamente al misterio del mundo, decía don Juan, resulta a veces ser demasiado para los guerreros, y sucumben; los asalta en su camino lo que él llamaba la gran aventura de lo desconocido. Olvidan la búsqueda de la libertad, olvidan ser testigos sin prejuicios. Y con un gozo ciego, se hunden en lo desconocido.

Para llegar a ser testigos sin prejuicios, se comienza entendiendo que la estabilidad o el movimiento del punto de encaje determina lo que somos, y lo que es el mundo que atestiguamos. Los nuevos videntes dicen que cuando aprendimos a hablar con nosotros mismos, aprendimos los medios de entorpecernos para así poder mantener al punto de encaje en un sitio fijo.

Don Juan decía que el nagual Julián solía decirles que habían sido expulsados de los hogares en los que habían vivido todas sus vidas. Un resultado del ahorro de energía había sido la desorganización de su cómodo y acogedor nido en el mundo de la vida cotidiana. La depresión que sentían, les decía el nagual Julián, no era tanto la tristeza de haber perdido un nido aburrido y restrictivo, sino más bien la molestia de tener que buscar nuevas viviendas. Las nuevas viviendas no son tan cómodas y acogedoras, pero son infinitamente más holgadas, más amplias.

El aviso de desalojo se presenta muchas veces en forma de una gran depresión, una pérdida del deseo de vivir. En términos vulgares tenemos que conseguirnos otra cueva donde poner nuestro petate. Tu nuevo nivel de energía creará un nuevo sitio para albergar tu punto de encaje. Entrarás en un estado permanente de conciencia

acrecentada, y el diálogo de guerrero con tus compañeros le dará solidez a esa nueva posición. Tenemos que estar conscientes de que de vez en cuando se desequilibra la nueva posición y el punto de encaje regresa a su lugar original. Por ejemplo, la posición normal del punto de encaje de un hombre alinea un mundo coercitivo con gente agresiva y muchas veces aterradora. Es una total sorpresa para él cuando un día se da cuenta de que el mundo ha cambiado. El tímido hombre ya no existe, en su lugar está un hombre considerablemente más audaz que se enfrenta a situaciones que de ordinario lo hubieran hundido en el caos y el temor. Un día ese hombre se encuentra haciendo el amor. Generalmente tenía un miedo mortal a las mujeres. Se despierta como de un sueño en la cama con una mujer. Aquello era tan ajeno a él que cuando se da cuenta de lo que hace casi tiene un ataque al corazón. La sacudida hace que su punto de encaje regrese a su miserable posición normal. Así es otra vez el tímido hombre y tiene que salir corriendo de la casa, temblando como un conejo asustado.

Como ya sabemos ahora, la posición del punto de encaje, se mantiene mediante el diálogo interno, por lo tanto es una posición muy frágil. Este es el motivo por el cual los seres humanos pierden tan fácilmente la razón, especialmente aquéllos cuyo diálogo interno es redundante, aburrido y sin ninguna profundidad. Los nuevos videntes dicen que los seres humanos más resistentes son aquellos cuyo diálogo interno es fluido y variado. Dijo que la posición del punto de encaje de un guerrero es infinitamente más fuerte, porque en cuanto el punto comienza a moverse hacia la profundidad del huevo luminoso crea un hoyuelo en la luminosidad, un hoyuelo que alberga al punto de encaje de ahí en adelante. Es por eso que no podemos decir que los guerreros pierden la razón. Si algo pierden, pierden su hoyuelo.

Las mujeres son definitivamente más estrafalarias que los hombres. El hecho de que tienen una abertura entre las piernas las hace caer presas de extrañas influencias. A través de esa abertura se posesionan de ellas fuerzas telúricas, extrañas y poderosas. Es la única forma en que podemos entender sus extravagancias. El nagual Julián decía que las mujeres tienen un tercer ojo. Él lo llamaba el ojo telúrico, el ojo que mira al suelo.

Don Juan decía además que un cambio hacia abajo implicaba una visión, no de otro mundo propiamente dicho, sino de nuestro mismo mundo de la vida cotidiana visto desde una perspectiva diferente. Agregó que para que pudiéramos ver otro mundo teníamos que percibir otra gran banda de las emanaciones del Águila.

Las grandes bandas de emanaciones

Otro descubrimiento clave hecho por los antiguos videntes fue las grandes bandas de emanaciones, pero en su extravío, lo relegaron al olvido hasta que fue rescatado por los nuevos videntes. Las emanaciones del Águila se agrupan siempre en racimos. Los antiguos videntes llamaron a esos racimos las grandes bandas de emanaciones. No son realmente bandas, pero se les quedó ese nombre.

Por ejemplo, existe un racimo inmensurable que produce seres orgánicos. Las emanaciones de esa banda orgánica son de una calidad casi esponjosa. Son transparentes y tienen una luz propia única, una energía peculiar. Están conscientes, se mueven. Esa es la razón por la cual todos los seres orgánicos están llenos de una energía devoradora. Las otras bandas son más oscuras, menos esponjosas. Algunas de ellas no tienen luz en absoluto, sino una especie de opacidad.

Aunque los seres orgánicos pertenecen a la misma gran banda. Imaginémoslo como una banda enormemente ancha de filamentos luminosos, hilos luminosos sin fin. Los seres orgánicos son burbujas que crecen alrededor de un grupo de filamentos luminosos. Imagina que en esta banda de vida orgánica algunas burbujas se forman alrededor de los filamentos luminosos del centro de la banda, mientras que otros se forman cerca de los bordes; la banda es lo suficientemente ancha para acomodar a todo tipo de ser orgánico, y con espacio de sobra. En un arreglo así, las burbujas que están cerca de los bordes de la banda no tienen nada que ver con las emanaciones que están en el centro de la banda, que son compartidas sólo por burbujas que se alinean con el centro. De igual manera, las burbujas del centro no tienen nada que ver con las emanaciones de los bordes.

Los seres orgánicos se forman con las emanaciones de una sola banda; pero los videntes ven que dentro de esa banda orgánica hay diferencias descomunales entre esos seres. Hay tantas bandas como el infinito mismo. Sin embargo, los videntes descubrieron que en la tierra sólo hay cuarenta y ocho de esas bandas. Para los videntes eso significa que hay cuarenta y ocho tipos de organizaciones en la tierra, cuarenta y ocho tipos de racimos o estructuras. La vida orgánica es uno de ellos.

Los antiguos videntes contaron siete bandas que producían burbujas de conciencia inorgánica. En otras palabras, hay cuarenta bandas que producen burbujas sin conciencia alguna; esas son bandas que sólo generan organización. Las grandes bandas son como árboles. Todos dan fruto; producen recipientes llenos de emanaciones; pero sólo ocho de esos árboles dan frutos comestibles, esto es, burbujas con conciencia. Siete tienen fruto amargo, pero aun así, comestible; y uno produce las frutas más jugosas y sabrosas que existen. Don Juan se reía y decía que

en su analogía había tomado el punto de vista del Águila, para quien los más deliciosos bocados son las burbujas con conciencia orgánica.

Nos podemos preguntar ¿qué hace que esas ocho bandas produzcan conciencia? El Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones. La diferencia entre esta visión y la religiosa que habla de que Dios confiere la vida a través del amor, es que los videntes ven cómo el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones y los hombres religiosos no ven cómo Dios confiere la vida a través de su amor. Don Juan decía que la manera en que el Águila confiere la conciencia es mediante tres gigantescos haces de emanaciones que recorren las ocho grandes bandas. Estos haces son bastante peculiares, porque hacen que los videntes sientan un color. Un haz da la sensación de ser rosa amarillento; otro da la sensación de ser de color melocotón o naranja pastel; y el tercer haz da la sensación de ser ambarino, como la miel clara. De modo que es asunto de ver un color cuando los videntes ven que el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones. Los hombres religiosos no ven el amor de Dios, pero si pudieran verlo, sabrían que es o rosa, o color melocotón, o ambarino.

El hombre, por ejemplo, está ligado al haz ambarino, pero hay otros seres que también lo están. Nosotros mismos tendremos que descubrir detalles como ése, viéndolos. No sirve de nada que el Nagual nos diga cuáles seres son; sólo nos daría ocasión para hacer otro inventario. Basta con decir que descubrir eso por nuestra cuenta será una de las cosas más emocionantes que podamos hacer. Los haces de color rosado y color melocotón no se ven en el hombre. Esos haces pertenecen a otros seres vivientes.

En el hombre el resplandor de la conciencia tiene diferentes colores. En realidad, no son colores sino tintes de ámbar. El haz de conciencia ambarino tiene una infinidad de variantes sutiles que siempre denotan diferencias en la calidad de la conciencia. Los tintes más comunes son el ámbar rosado y el verde pálido. El ámbar azul es más inusitado, pero el ámbar puro es el más raro de todos. Los videntes dicen que la cantidad de energía que uno ahorra y almacena determina el tinte. Incontables cantidades de guerreros han comenzado con un tinte ordinario, color rosa, y han terminado con el más puro de todos los ámbares. Genaro y Silvio Manuel eran ejemplos de ello.

Los tres haces, con todos sus tintes, entrecruzan las ocho bandas. En la banda orgánica, el haz color rosa pertenece sobre todo a las plantas, la banda color melocotón pertenece a los insectos, y la banda ambarina pertenece al hombre y a otros seres orgánicos y no necesariamente animales. La misma situación prevalece en las bandas inorgánicas. Los tres haces de conciencia producen tipos específicos de seres inorgánicos en cada una de las siete grandes bandas. En cuanto a los detalles de los tipos de seres inorgánicos que existen, esa es otra cosa más que

tenemos que descubrir por nuestra cuenta. Las siete bandas y lo que producen son en realidad inaccesibles a la razón, pero no al ver.

Las grandes bandas no son ni planas ni redondas, sino indescriptiblemente arracimadas, como un montón de paja, que queda sostenido en mitad del espacio por la fuerza de la mano que la lanzó ahí. Por eso, no existe orden en las emanaciones; decir que existe una parte central o que existen bordes resulta engañoso, pero necesario para poder entender. Los seres inorgánicos producidos por las otras siete bandas se caracterizan por tener un recipiente que carece de movimiento; tienen más bien un receptáculo amorfo con un bajo grado de luminosidad. No se parece al capullo de los seres orgánicos. Le falta la tensión, la calidad que hace que los seres orgánicos parezcan bolas luminosas que rebosan energía. Don Juan decía que la única similitud entre los seres inorgánicos y los seres orgánicos es que todos tienen las emanaciones color rosa, color durazno o ambarinas. Bajo ciertas circunstancias esas emanaciones hacen posible la más fascinante comunicación entre los seres de esas ocho grandes bandas. Debido a que sus campos de energía son más intensos, los seres orgánicos son generalmente los que inician la comunicación con los seres inorgánicos, pero una sutil y sofisticada relación que siempre resulta es iniciativa de los seres inorgánicos. Una vez rota la barrera, los seres inorgánicos cambian y se convierten en lo que los videntes llaman aliados. A partir de ese momento los seres inorgánicos pueden anticipar los más recónditos pensamientos o estados de ánimo o temores de los videntes.

Tanta devoción de parte de los aliados hechizó a los mismos hechiceros, los antiguos videntes. Hay historias de que los antiguos videntes conseguían que sus aliados hicieran lo que ellos les pedían. Esa es una de las razones por las que creían en su propia invulnerabilidad. Los engañó su importancia personal. Los aliados sólo tienen poder si el vidente que los ve es un parangón de impecabilidad; y esos antiguos videntes simplemente no lo eran.

Los seres inorgánicos no son tan abundantes como los orgánicos, pero esto queda compensado, en cierta medida, por el mayor número de bandas de conciencia inorgánica. Puesto que los organismos pertenecen a una sola banda, mientras que los seres inorgánicos pertenecen a siete, las diferencias entre los seres inorgánicos son más vastas que las diferencias entre los organismos. Además, los seres inorgánicos viven infinitamente más que los organismos. Este detalle, por razones que revelaremos más adelante, es lo que impulsó a los antiguos videntes a ver todo lo que pudieron, acerca de los aliados. Los antiguos videntes llegaron también a darse cuenta de que es la intensa energía de los organismos y el subsecuente alto desarrollo de su conciencia lo que los convierte en deliciosos bocados para el Águila. Su interpretación fue que era la gula, la razón por la cual el Águila produce un número tan grande de organismos.

En cambio, el producto de las otras cuarenta grandes bandas no es en absoluto la conciencia, sino una configuración de energía inanimada que los antiguos videntes llamaban vasos, mientras que llamaban capullos y recipientes a los productos de las ocho bandas con conciencia. Dijo que lo que explica la luminosidad independiente de los capullos y de los recipientes es la energía de la conciencia, y que los vasos son receptáculos rígidos cuya luminosidad estática proviene sólo de la energía de las emanaciones encapsuladas. Debemos tener en cuenta que en el mundo todo está encapsulado. Todo lo que nosotros percibimos está compuesto por porciones de capullos o vasos con emanaciones. Como hombres comunes no percibimos en absoluto los recipientes de los seres inorgánicos.

El mundo total está integrado por las cuarenta y ocho bandas. El mundo que nuestro punto de encaje alinea para nuestra percepción normal está compuesto por dos bandas; una es la banda orgánica, la otra es una banda que sólo tiene estructura. Las otras cuarenta y seis grandes bandas no son parte del mundo que percibimos cotidianamente.

Hay otros mundos completos que nuestros puntos de encaje pueden alinear. Los antiguos videntes contaron siete de esos mundos, uno por cada banda de conciencia. Don Juan añadía que aparte del mundo de todos los días, dos de esos otros mundos son fáciles de alinear; los otros cinco son algo casi imposible.

Por ejemplo, un movimiento del punto de encaje al área abajo de su posición acostumbrada le permite al vidente una visión detallada y estrecha del mundo que conocemos. Esa visión es tan detallada que parece ser un mundo enteramente diferente. Es una visión que tiene un tremendo atractivo, especialmente para aquellos videntes que tienen un espíritu aventurero e imprudente. El cambio de perspectiva es muy agradable. El esfuerzo requerido es mínimo, y los resultados son asombrosos. Si el vidente busca una ganancia rápida, no existe mejor maniobra que el movimiento hacia abajo. El único problema es que en esas posiciones del punto de encaje los videntes se ven acosados por la muerte, que tiene lugar incluso con mayor brutalidad y mayor rapidez que en la posición del hombre. El nagual Julián pensaba que era un lugar ideal para divertirse, pero eso es todo.

Un verdadero cambio de mundos sólo ocurre cuando el punto de encaje se mueve al interior de la banda del hombre, a suficiente profundidad para alcanzar un umbral crucial, y que sólo entonces es cuando el punto de encaje puede usar otra de las grandes bandas. Es una cuestión de energía. La fuerza del alineamiento engancha otra banda, siempre y cuando el vidente tenga suficiente energía. Nuestra energía normal les permite a nuestros puntos de encaje usar la fuerza del alineamiento de una gran banda de emanaciones. Y percibimos el mundo que conocemos. Pero si tenemos un exceso de energía, podemos usar la fuerza del

alineamiento de otras grandes bandas y, en consecuencia, podemos percibir otros mundos.

Ahora hablando de algunas rarezas, por ejemplo, los árboles están más cercanos al hombre que las hormigas. Los árboles y el hombre pueden desarrollar una gran relación; eso se debe a que comparten emanaciones. El capullo de un árbol gigante no es mucho mayor que el árbol en sí. Lo interesante es que algunas plantas muy pequeñas tienen un capullo casi tan alto como el cuerpo del hombre y tres veces más ancho. Esas son plantas de poder. Comparten la mayor cantidad de emanaciones con el hombre, no las emanaciones de la conciencia, sino otras emanaciones en general. Otra característica única de las plantas es que sus luminosidades tienen diferentes tintes. En general, son rosadas, porque su conciencia es rosa. Las plantas venenosas son de un rosado pálido y amarillento, y las plantas medicinales son de un rosado vivo tirando a violeta. Las únicas que son de un rosado blancuzco son las plantas de poder; algunas son de color blanco turbio, otras de un blanco brillante. Pero la verdadera diferencia entre las plantas y otros seres orgánicos es la localización de sus puntos de encaje. Las plantas lo tienen en la parte inferior de su capullo, mientras que otros seres orgánicos lo tienen en la parte superior.

En cuanto a los seres inorgánicos, algunos tienen el punto de encaje en la parte inferior de sus recipientes. Esos son completamente ajenos al hombre, pero afines a las plantas. Otros lo tienen en cualquier parte de la región superior de sus recipientes. Esos son más cercanos al hombre y a otras criaturas orgánicas. Los antiguos videntes estaban convencidos de que las plantas tienen la más intensa comunicación con seres inorgánicos. Creían que mientras más bajo estuviera el punto de encaje, más fácil resultaba para las plantas el romper la barrera de la percepción; los árboles muy grandes y las plantas muy pequeñas tienen los puntos de encaje situados muy abajo. Debido a esto, un gran número de las técnicas de brujería de los antiguos videntes eran medios de atrapar la conciencia de los árboles, y de las plantas pequeñas, para usarlas como guías para bajar a lo que ellos llamaban los niveles más profundos de las regiones oscuras.

Podemos entender, desde luego, que cuando ellos creían que bajaban a las profundidades, en realidad, movían sus puntos de encaje para alinear otros mundos perceptibles con esas siete grandes bandas. Forzaron su conciencia hasta el límite, y unificaron mundos con las cinco grandes bandas que son accesibles a los videntes sólo si se someten a una peligrosa transformación. Lo lograron, y en su extravío creyeron que valía la pena romper todas las barreras de la percepción, aunque tuvieran que convertirse en árboles para hacerlo.

Acecho, Intento y la Posición de Ensueño

Don Juan advertía que en el camino del guerrero es muy fácil perderse en complejidades. Los videntes se enfrentan a grandes enemigos que pueden destruir sus propósitos, enturbiar sus objetivos y debilitarlos; enemigos creados por el mismo conocimiento que los guerreros buscan, aunado al sentido de indolencia, imprudencia e importancia personal que son partes integrales del mundo cotidiano. Fueron tan enormes y tan graves los errores cometidos por los antiguos videntes como resultado de la indolencia, la imprudencia y la importancia personal que los nuevos videntes no tuvieron más opción que rechazar su propia tradición. La cosa más importante que necesitaban los nuevos videntes eran medidas prácticas para poder mover sus puntos de encaje. Puesto que no las tenían, empezaron por desarrollar un gran interés en ver el resplandor de la conciencia, y como resultado perfeccionaron tres técnicas que llegaron a ser sus obras maestras.

Don Juan decía que, con esas tres técnicas, los nuevos videntes lograron una extraordinaria y sumamente difícil hazaña. Lograron mover sistemáticamente el punto de encaje de su posición acostumbrada. Reconocía que los antiguos videntes también habían logrado la misma hazaña, pero por medio de maniobras con bases caprichosas e idiosincráticas. Lo que los nuevos videntes vieron, al examinar el resplandor de la conciencia, dio lugar al orden en el que arreglaron las verdades del estar consciente de ser, descubiertas por los antiguos videntes. Ese orden se conoce como *la maestría de la conciencia*. Partiendo de ahí, desarrollaron las tres técnicas.

La primera es la maestría del *acecho*, la segunda es la maestría del *intento* y la tercera es la maestría del *ensueño*. Don Juan decía a sus aprendices que, siguiendo la recomendación de los nuevos videntes, les había enseñado la maestría de la conciencia de dos maneras. En sus enseñanzas para el lado derecho, que aplicaba en su estado de conciencia normal, cumplió dos objetivos: les enseñó el camino del guerrero y aflojó sus puntos de encaje de su posición original. En sus enseñanzas para el lado izquierdo, que llevó a cabo en estado de conciencia acrecentada, también logró dos objetivos: les dio una larga serie de explicaciones e hizo que sus puntos de encaje se movieran a todas las posiciones que fueran capaces de sostener.

El *acecho* tuvo orígenes muy humildes y fortuitos. Partió de una observación hecha por los nuevos videntes: que cuando los guerreros se comportan de maneras no acostumbradas, en una forma sistemática y continua, emanaciones internas que ordinariamente nunca se usan empiezan a resplandecer. Y sus puntos de encaje se mueven de una manera lenta, armoniosa, apenas notable. Estimulados por esta observación, los nuevos videntes comenzaron a practicar el control sistemático de su conducta. Llamaron a esta práctica el arte del acecho. Don Juan decía que, aunque el término era inconveniente, el nombre resultaba apropiado, porque acechar

implica un específico tipo de conducta con la gente, un comportamiento que podría clasificarse como clandestino o furtivo. Armados con esta técnica, los nuevos videntes abordaron lo conocido de una manera sobria y fructífera. Mediante su práctica continua, movieron a sus puntos de encaje de una forma lenta pero constante.

En materia de procedimientos, el acecho es uno de los dos grandes logros de los nuevos videntes. Ellos son los que decidieron que se le debía enseñar esa técnica a un nagual de hoy en día cuando su punto de encaje se ha movido a bastante profundidad en el lado izquierdo. El motivo de esta decisión es que el nagual tiene que aprender los principios del acecho sin el estorbo del inventario humano. Después de todo, el nagual es el líder de un grupo, y para guiar a ese grupo tiene que actuar con tremenda rapidez sin tener primero que cavilar en lo que va a hacer. Otros guerreros pueden aprender el acecho en la conciencia normal, aunque es aconsejable que lo hagan en la conciencia acrecentada, no tanto por el valor de la conciencia acrecentada, sino porque le infunde al acecho un misterio que realmente no posee; el acecho es simplemente comportamiento con la gente.

Ahora podemos entender que el movimiento del punto de encaje era la razón por la cual los nuevos videntes le daban un valor tan alto a los pinches tiranos. Actuar con los pinches tiranos obliga a los videntes a usar los principios del acecho, y al hacerlo, les ayuda a mover sus puntos de encaje.

Acechar pertenece exclusivamente a los nuevos videntes. Ellos son los que tuvieron que tratar con la gente. Los antiguos videntes estaban tan absortos en su sentido del poder que ni siquiera sabían que existía la gente, hasta que la gente les cayó encima y los exterminó.

La maestría del intento y la maestría del acecho son las dos obras maestras de los nuevos videntes y marcan el advenimiento de los videntes actuales. En sus esfuerzos por sacarle ventaja a sus opresores, los nuevos videntes usaron todas las posibilidades. Sabían que sus predecesores habían logrado hazañas extraordinarias manejando una fuerza misteriosa y milagrosa que sólo pudieron describir como el poder. Los nuevos videntes tenían muy poca información acerca de esa fuerza, y por eso se vieron obligados a verla y a examinarla sistemática y minuciosamente. Sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados cuando descubrieron que esa fuerza es la energía del alineamiento. Comenzaron viendo cómo el resplandor de la conciencia aumenta de tamaño e intensidad conforme las emanaciones interiores del capullo se alinean con las emanaciones en grande. Al igual que hicieron con el acecho, usaron esa observación como trampolín, y siguieron adelante, desarrollando una compleja serie de técnicas para manejar ese alineamiento. Al principio se referían a esas técnicas como la maestría del alineamiento. Luego se dieron cuenta que lo que estaba involucrado era mucho más que el alineamiento,



era la energía que surge del alineamiento de emanaciones. A esa energía la llamaron *voluntad*. La voluntad se convirtió en la segunda base de su serie de técnicas. Los nuevos videntes la entendieron como un estallido de energía, ciego, impersonal, ininterrumpido, que nos hace comportarnos como lo hacemos. La voluntad es responsable de nuestra percepción del mundo cotidiano, e indirectamente, a través de la fuerza de esa percepción, es responsable de la localización del punto de encaje en su posición acostumbrada.

Don Juan decía que los nuevos videntes examinaron cómo tiene lugar la percepción del mundo de la vida diaria y vieron los efectos de la voluntad. Vieron que el alineamiento es renovado incesantemente para conferirle así continuidad a la percepción. Para renovar cada vez el alineamiento con el frescor que necesita para crear un mundo vivo, la descarga de energía que procede de esos mismos alineamientos se redirige automáticamente para reforzar algunos alineamientos selectos. Esta nueva observación les sirvió a los nuevos videntes como otro trampolín que los ayudó a alcanzar la tercera base de sus técnicas. La llamaron *intento* y la describieron como guiar la voluntad, o guiar intencionalmente la energía del alineamiento.

Conforme pasó el tiempo y los nuevos videntes establecieron sus prácticas, se dieron cuenta de que bajo las condiciones prevalecientes de vida, el acecho sólo movía mínimamente los puntos de encaje. Para lograr el máximo efecto, el acecho necesitaba de un medio ambiente ideal; necesitaba pinches tiranos en posiciones de gran autoridad y poder. Se volvió cada vez más difícil para los nuevos videntes encontrar tales situaciones; la tarea de improvisarlas, o de buscarlas adrede, se convirtió en una carga insoportable.

Los nuevos videntes juzgaron que era imperativo ver las emanaciones del Águila, a fin de encontrar una manera más conveniente de mover el punto de encaje. Al tratar de ver las emanaciones se enfrentaron con un serio problema. Se dieron cuenta de que no hay manera de verlas sin correr un riesgo mortal, y sin embargo tenían que verlas. Esa fue la época en la que usaron la técnica de ensueño de los antiguos videntes como un escudo para protegerse del golpe mortal de las emanaciones del Águila. Y, al hacerlo, encontraron que el ensueño en sí era la manera más efectiva de mover el punto de encaje.

Una de las órdenes más estrictas de los nuevos videntes fue que los guerreros tienen que aprender a ensoñar mientras están en un estado de conciencia normal. Siguiendo esa orden, los guerreros aprenden el ensueño casi desde el primer día de su instrucción. El ensueño tiene que enseñarse en la conciencia normal porque ensoñar es muy peligroso y los ensoñadores muy vulnerables. Es peligroso porque la fuerza del alineamiento es inconcebible; y los ensoñadores son vulnerables porque el ensueño los deja a merced de esa fuerza. Los nuevos videntes

descubrieron que en nuestro estado de conciencia normal tenemos incontables defensas que pueden protegernos de la fuerza de las emanaciones que nunca son usadas y que repentinamente se alinean en el ensueño.

Don Juan explicaba que el ensueño, como el acecho, también comenzó con una simple observación. Los antiguos videntes observaron que en sueños, el punto de encaje se mueve ligeramente al lado izquierdo, de una manera muy natural. Y aunque uno no sueñe, el punto de encaje pierde algo de su fijeza mientras uno duerme, y empieza a hacer resplandecer muchísimas emanaciones que nunca se usan. Los antiguos videntes inmediatamente tomaron esa observación, y empezaron a trabajar con ese movimiento natural hasta que pudieron controlarlo. Llamaron a ese control ensoñar, o el arte de manejar el cuerpo de ensueño. No hay manera de describir la inmensidad del conocimiento acerca del ensueño que los antiguos videntes tenían. Sin embargo, sólo en muy escasa medida resultó útil a los nuevos videntes. Y así, al llegar el momento de la reconstrucción, ellos sólo utilizaron lo más esencial del ensoñar para ver las emanaciones del Águila y para mover sus puntos de encaje.

Los videntes, antiguos y nuevos, entendían el ensueño como el control del leve movimiento natural que experimenta el punto de encaje durante el sueño. El controlar ese cambio no implica de ninguna manera dirigirlo, sino mantener al punto de encaje fijo en la posición a la que se mueve durante el sueño; una maniobra extremadamente difícil que los antiguos videntes lograron perfeccionar con enorme esfuerzo y concentración.

Don Juan explicaba que los ensoñadores tienen que llegar a un equilibrio muy sutil, porque no pueden interferir en los sueños, ni tampoco pueden imponer sus deseos en ellos, y sin embargo el movimiento del punto de encaje debe obedecer la orden del ensoñador, una contradicción que no puede ser racionalizada pero que debe resolverse en la práctica. Después de observar a los ensoñadores mientras dormían, los antiguos videntes decidieron dejar que los sueños siguieran su curso natural. Habían visto que, en algunos sueños más que en otros, el punto de encaje del ensoñador penetraba en el lado izquierdo a una profundidad considerablemente mayor. Esta observación les planteó la pregunta de que, si el contenido del sueño hace moverse al punto de encaje, o si el movimiento del punto de encaje en sí produce el contenido del sueño al activar emanaciones que no se usan de ordinario. Pronto se dieron cuenta de que el movimiento del punto de encaje al interior del lado izquierdo es lo que produce los sueños. Mientras más profundo es el movimiento, más vívido y extraño es el sueño. Inevitablemente, trataron de dirigir sus sueños para lograr que sus puntos de encaje penetraran profundamente en el lado izquierdo. Al tratarlo, descubrieron que cuando los sueños son dirigidos, consciente o semiconscientemente, el punto de encaje regresa de inmediato a su

lugar de costumbre. Puesto que lo que querían era que ese punto se moviera, llegaron a la inevitable conclusión de que interferir en los sueños era interferir en el movimiento natural del punto de encaje. Don Juan dijo que así empezaron los antiguos videntes a desarrollar su asombroso conocimiento del ensueño, un conocimiento que tuvo una tremenda influencia en lo que los nuevos videntes consideraban como su meta final, pero que les fue de muy poco uso en su forma original.

Don Juan decía que, en sus enseñanzas para el lado derecho, Castaneda erróneamente había entendido que el ensueño era el control de los sueños; y que todos los ejercicios que le hizo cumplir, como el encontrar sus manos en sueños, no estaban planeados para entrenarle a dirigir sus sueños. Esos ejercicios estaban diseñados para mantener su punto de encaje fijo en el lugar al que se había movido en su sueño. Añadió que ahí era donde los ensoñadores tenían que lograr un equilibrio sutil. Lo único que ellos podían dirigir era la estabilidad de sus puntos de encaje. Los videntes son como pescadores equipados con un hilo de pescar y un anzuelo que se hunde dondequiera que puede; lo único que ellos pueden hacer es mantener el anzuelo anclado al lugar en el que se hundió.

Dondequiera que se mueva el punto de encaje en los sueños se llama posición de ensueño. Los antiguos videntes se volvieron tan expertos en mantener su posición de ensueño que incluso podían despertar mientras sus puntos de encaje seguían anclados allí. Los antiguos videntes llamaron cuerpo de ensueño a ese estado, porque lo controlaban al grado de crear un nuevo cuerpo provisional cada vez que *despertaban en una nueva posición de ensueño*.

Don Juan aclaraba que el ensueño tiene un terrible inconveniente. Pertenece a los antiguos videntes. Está viciado con su estado de ánimo. Él era muy prudente al enseñar a ensoñar a sus aprendices, pero aun así el peligro es inminente. Al ensoñar realmente no hay manera de dirigir el movimiento del punto de encaje; lo único que afecta a ese movimiento es la fuerza o la debilidad interna de los ensoñadores. Y ahí tenemos al primer peligro inminente. Al principio los nuevos videntes tuvieron profundos escrúpulos en usar el ensueño. Estaban seguros de que, en vez de fortificar, el ensueño debilitaba y volvía compulsivos y caprichosos a los guerreros. Todos los antiguos videntes fueron así. Puesto que no les quedaba otra opción más que usarlo, para contrarrestar el atroz efecto del ensueño los nuevos videntes desarrollaron un magnifico sistema de comportamiento llamado *el camino del guerrero*. Con ese sistema, los nuevos videntes se fortificaron y adquirieron la fuerza interna que necesitaban para guiar en sueños el movimiento del punto de encaje. Don Juan subrayó que la fuerza de la que hablaba no era solamente la convicción. Nadie podría tener convicciones más fuertes que los antiguos videntes, y sin embargo eran débiles. Tener fuerza interna significaba poseer un sentido de

ecuanimidad, casi de indiferencia, un sentimiento de sosiego, de holgura. Pero sobre todo, significaba tener una inclinación natural y profunda por el examen, por la comprensión. Los nuevos videntes llamaron *sobriedad* a todos estos rasgos del carácter.

La convicción que tienen los nuevos videntes es que una vida de impecabilidad lleva de por sí, inevitablemente, a un sentido de sobriedad, y eso a su vez hace moverse al punto de encaje. Los nuevos videntes creían que el punto de encaje puede moverse, desde adentro. Ellos sostuvieron que los hombres impecables no necesitan que alguien los guíe, que por sí solos, mediante el ahorro de su energía pueden hacer todo lo que hacen los videntes. Lo único que necesitan es una oportunidad mínima; solamente necesitan estar conscientes de las posibilidades que los videntes han descubierto. Todo lo que se requiere es impecabilidad, eso es energía.

Todo comienza con un solo acto que tiene que ser premeditado, preciso y continuo. Si ese acto se lleva a cabo por un periodo de tiempo largo uno adquiere un sentido de *intento inflexible* que puede aplicarse a cualquier cosa. Si se logra ese intento inflexible el camino queda despejado. Una cosa llevará a otra hasta que el guerrero emplee todo su potencial.

Hablemos ahora del *cuerpo de ensueño*. Los antiguos videntes concentraron todos sus esfuerzos en explorar y explotar el cuerpo de ensueño. Y lograron usarlo como un cuerpo más práctico, lo que equivale a decir que se recreaban a sí mismos de maneras cada vez más extrañas. Don Juan sostenía que era un conocimiento general entre los nuevos videntes que grandes grupos de los antiguos brujos toltecas jamás regresaron después de despertar en una posición de ensueño de su preferencia. Era muy posible que todos murieron en esos mundos inconcebibles, pero también era posible que aún siguiesen vivos, en sabe Dios qué desfiguradas formas o maneras.

Finalmente explicaremos la manera en que los nuevos videntes entendieron al cuerpo de ensueño y la manera en que lo usaron. Los antiguos videntes buscaban una perfecta réplica del cuerpo, y casi lograron conseguirla. Lo único que no pudieron copiar fueron los ojos. En vez de ojos, el cuerpo de ensueño tiene el resplandor de la conciencia. A los nuevos videntes les importa un comino una perfecta réplica del cuerpo: nunca tuvieron ningún interés en copiarlo. Han conservado, sin embargo, el nombre cuerpo de ensueño para indicar una sensación, un impulso de energía que es transportado por el movimiento del punto de encaje, a cualquier lugar en este mundo, o a cualquier lugar de los siete mundos accesibles para el hombre.

Don Juan delineaba el procedimiento usado por los nuevos videntes para lograr el cuerpo de ensueño. Comienza con un acto inicial, cualquier acto que por el hecho

de ser continuo engendra intento inflexible. El intento inflexible lleva al silencio interno, y el silencio interno a la fuerza interna necesaria para mover al punto de encaje en sueños a posiciones convenientes. Llamó a este orden de sucesión *el cimiento*. Una vez completado este cimiento viene el desarrollo del control, que consiste en mantener sistemáticamente la posición de ensueño aferrándose tenazmente a la visión del sueño. La práctica constante resulta en una gran facilidad para sostener posiciones de ensueño en nuevos sueños, no tanto porque gane uno control con la práctica, sino porque cada vez que se ejercita este control se fortifica la fuerza interna. A su vez, la fuerza interna fortificada mueve el punto de encaje a posiciones de ensueño, que pueden fomentar la sobriedad; en otras palabras, los sueños sé vuelven, de por sí, más y más maniobrables, incluso más ordenados.

El desarrollo de los ensoñadores es indirecto. Es por eso que los nuevos videntes creyeron que podemos ensoñar por nuestra cuenta, solos. Puesto que el ensueño utiliza un movimiento natural del punto de encaje, no deberíamos necesitar ayuda de nadie. Lo que verdaderamente necesitamos es sobriedad, y nada puede dárnosla, ni ayudarnos a obtenerla, salvo nosotros mismos. Sin ella, el movimiento del punto de encaje, es caótico, como son caóticos nuestros sueños ordinarios. Así que, al fin y al cabo, el procedimiento para llegar al cuerpo de ensueño es la impecabilidad en nuestra vida diaria.

Don Juan explicaba que una vez que se adquiere sobriedad, y una vez que las posiciones de ensueño se vuelven progresivamente más fuertes, el siguiente paso consiste en despertarse en una posición de ensueño. Comentaba que, aunque da la impresión de ser algo sencillo, la maniobra era en verdad un asunto de tan inmensa complejidad que requiere no sólo de sobriedad sino de todos los atributos del guerrero, especialmente de *intento*.

La maestría del intento es la técnica más sofisticada que existe, y la única manera de dirigir la fuerza del alineamiento. Despertar en una posición de ensueño es sencillamente sostener el alineamiento de emanaciones que han sido encendidas por el movimiento del punto de encaje. El segundo peligro eminente del ensoñar es la fortaleza misma del cuerpo de ensueño que incita al ensoñador a correr riesgos. Por ejemplo, es muy fácil para el cuerpo de ensueño contemplar las emanaciones del Águila durante largos periodos de tiempo, ininterrumpidamente, pero también es muy fácil que sea totalmente consumido por ellas. Los videntes que contemplaron las emanaciones del Águila sin sus cuerpos de ensueño murieron, y aquéllos que las contemplaron con sus cuerpos de ensueño fueron consumidos por el fuego interior.

Los nuevos videntes resolvieron el problema viendo en grupos. Mientras un vidente contemplaba las emanaciones, otros permanecían cerca para prestar ayuda. Lo hacían ensoñando juntos. Como ya sabemos, para un grupo de videntes es



perfectamente posible activar al unísono las mismas emanaciones que nunca se usan. Y también, en este caso, no existen técnicas conocidas, simplemente ocurre sin uno saber cómo. Al ensoñar juntos, algo en nosotros toma la iniciativa y de pronto nos encontramos compartiendo la misma vista con otros ensoñadores. Lo que pasa es que, automáticamente, nuestra condición humana nos hace enfocar el resplandor de la conciencia en las mismas emanaciones que otros seres humanos están usando. Nosotros continuamente ajustamos la posición de nuestros puntos de encaje para cuadrar con la de los que nos rodean. En nuestra percepción ordinaria lo hacemos con el lado derecho de la conciencia, pero también lo podemos hacer con el lado izquierdo, al ensoñar juntos.

Fundirse en el fuego interno

Don Juan explicaba que el nagual Julián movió incontables veces su punto de encaje, así como él hizo mover el de Castaneda. Luego le dejó la tarea de realinear todas esas emanaciones que le había ayudado a alinear a través de esos movimientos. Esa es la tarea que le queda por cumplir a cada nagual. En todo caso, el trabajo de realinear todas esas emanaciones prepara el camino para la peculiar maniobra de encender todas las emanaciones interiores del capullo. Puesto que don Juan era nagual, cuando finalmente encendió todas las emanaciones interiores de su capullo desaparecieron todos en un instante.
Don Juan comentaba que la dificultad para recordar lo que ocurre en la conciencia acrecentada se debe a la infinidad de posiciones que puede adoptar el punto de encaje después de ser sacado de su sitio habitual. Por otra parte, la facilidad para recordar todo lo que ocurre en la conciencia normal tiene que ver con la fijeza del punto de encaje en el sitio en el que acostumbradamente se localiza.

Este es en verdad el misterio del estar consciente de ser. Los seres humanos están empapados en ese misterio, estamos empapados en las tinieblas, en lo inexplicable. Si nos consideramos a nosotros mismos en cualquier otra terminología, somos unos imbéciles o estamos locos. Por lo tanto, no deshonremos el misterio del hombre sintiendo lástima por nosotros mismos o tratando de razonar ese misterio. Degrademos a lo disparatado del hombre comprendiéndolo. Pero no pidamos disculpas ni por una ni por otra cosa; ambas son necesarias. Una de las maniobras de los acechadores es poner el misterio y los disparates frente a frente en cada uno de nosotros.

El aprendizaje del acecho para el nagual

Don Juan explicaba que las prácticas de acecho no son algo que uno pueda disfrutar abiertamente; son en verdad prácticas censurables, hasta ofensivas. Los nuevos videntes se dieron cuenta muy rápido que no es recomendable discutir o practicar los principios del acecho en la conciencia normal. Cuando decía que no se debe

enseñar el acecho en la conciencia normal, se refería únicamente a enseñárselo a un nagual, porque un nagual, en estado de conciencia acrecentada, puede comportarse tan naturalmente como cualquier persona. Así que el propósito del acecho para un nagual es doble; primero, mover el punto de encaje con la mayor constancia y el menor peligro posibles, y nada puede lograr esto tan bien como el acecho; y segundo, imprimir sus principios a un nivel tan profundo que el inventario humano es pasado por alto, como lo es también la reacción natural de desechar y menospreciar algo que puede ser ofensivo a la razón.
Don Juan explicaba que los nuevos videntes vieron que hay dos grupos principales de seres humanos: aquellos a quienes les importan los demás y aquellos a quienes no les importan. Entre estos dos extremos vieron que hay una combinación interminable de los dos. El nagual Julián pertenecía a la categoría extrema de hombres a quienes no les importan los demás; don Juan se clasificaba a sí mismo dentro de la categoría totalmente opuesta. El Nagual Julián no sólo era generoso; también era un hombre absolutamente encantador, irresistible. Siempre estaba profunda y sinceramente interesado en todos los que le rodeaban. Era amable y abierto y regalaba todo lo que tuviera a quien lo necesitara, o a cualquier persona que le caía simpática. A su vez todos lo adoraban porque, siendo un maestro del acecho, les comunicaba a todos sus verdaderos sentimientos: nadie le importaba lo más mínimo. Al nagual Julián nadie le importaba un pepino. Por eso podía ayudar a la gente. Y lo hizo; les daba todo lo que tenía y aún lo que no tenía, porque dar o no dar le importaban un cacahuete. Por ejemplo, el nagual Julián era un curandero fabuloso. Curó a miles y miles de personas, pero jamás exigió que reconocieran sus méritos. Dejaba creer a la gente que una mujer vidente de su grupo era la curandera. Ahora bien, si hubiera sido un hombre al que le importaran sus semejantes, hubiera exigido que lo honraran. Los que se preocupan por los demás se preocupan por sí mismos y exigen que se reconozcan los méritos de quien lo merezca.

Don Juan decía que él, puesto que pertenecía a la categoría de aquéllos que se preocupan por sus semejantes, jamás había ayudado a nadie. La generosidad lo incomodaba; ni siquiera podía concebir que alguien le tuviera la clase de cariño que le tenían al nagual Julián, y se sentiría ciertamente estúpido regalándole a alguien la camisa que traía puesta. Me importan tanto mis semejantes, decía, que no hago nada por ellos. No sabría qué hacer. Y si hiciera algo, siempre tendría la irritante sensación de estarles imponiendo mi voluntad con mis regalos.

Naturalmente, ayudado por el camino del guerrero, él había superado todos estos sentimientos. Cualquier guerrero puede tener tanto éxito con la gente, como lo tuvo el nagual Julián, siempre y cuando mueva su punto de encaje a una posición en la que no tienen ninguna importancia si la gente lo quiere o no lo quiere a uno, o si lo ignoran. Pero eso no es lo mismo. Don Juan decía que cuando le dieron a conocer por primera vez los principios del acecho se vio en un estado de aflicción total.



El nagual Elías, quien era muy parecido a don Juan, le explicó que los acechadores como el nagual Julián son líderes naturales. Pueden ayudar a una persona a hacer cualquier cosa. El nagual Elías dijo que estos guerreros pueden ayudar a la gente a curarse, o los pueden ayudar a enfermarse. Los pueden ayudar a encontrar la felicidad o los pueden ayudar a encontrar la desgracia. Don Juan sugirió al nagual Elías que nosotros en vez de decir que estos guerreros ayudan a la gente, deberíamos decir que la afectan. El nagual Elías dijo que no sólo afectan a la gente, sino que la llevan y la traen activamente, como rijan las circunstancias.

Don Juan decía que entre los videntes hay dos métodos de enseñanza. Él conocía bien ambos. Prefería el método que explica todo y deja que la otra persona conozca de antemano el curso de la acción. Era el sistema que fomenta la libertad, la selección de alternativas y la compresión. Por otra parte, el método de su benefactor era más coercitivo y no permitía ni la selección de alternativas ni el entendimiento. Su gran ventaja era que obligaba a los guerreros a vivir directamente los conceptos de los videntes, sin ninguna elucidación intermediaria. Don Juan explicaba que todo lo que hizo su benefactor con él era una obra maestra de estrategia. Cada una de las palabras y acciones del nagual Julián era premeditada y escogida para crear un efecto particular. Su arte consistía en proporcionar el contexto más adecuado a sus palabras y acciones para que tuvieran el impacto necesario. Ese es el método de los acechadores. No fomenta la comprensión sino la visión total. Por ejemplo, le llevó casi toda una vida comprender lo que le había hecho al ponerle frente a frente al aliado, y sin embargo se dio cuenta de todo eso, sin explicación alguna, mientras vivía esa experiencia.

Por ejemplo, don Genaro no entendía lo que hacía, pero se daba cuenta cabal de lo que estaba haciendo. Eso se debe a que su punto de encaje fue movido con el método de los acechadores. Si el punto de encaje es movido de su sitio acostumbrado mediante el método de explicarlo todo, como en el caso de don Juan con Castaneda, siempre se requiere de otra persona no sólo para ayudar a desplazar el punto de encaje, sino también para dar las explicaciones de lo que está ocurriendo. Pero si el punto de encaje es movido mediante el método de los acechadores, como en su propio caso, o el de Genaro, sólo se requiere del acto catalizador inicial que, de un tirón, saca al punto de donde normalmente está localizado.

Hacer mover al punto de encaje es la culminación de lo que busca el guerrero. De ahí en adelante es otra búsqueda; es la búsqueda del vidente propiamente dicha. En el camino del guerrero, el mover el punto de encaje lo es todo. Los antiguos videntes jamás llegaron a esa conclusión. Pensaban que el movimiento del punto era como una marca que determinaba sus posiciones en una escala de méritos. Jamás concibieron que era precisamente esa posición la que determinaba lo que percibían. Con el método de los acechadores, un acechador consumado como el nagual Julián

puede lograr estupendos cambios del punto de encaje. Estos son movimientos muy sólidos. Al apoyar al aprendiz, el maestro acechador obtiene su total cooperación y participación. Obtener la total cooperación y participación de alguien es probablemente el más importante resultado del método de los acechadores. Y el nagual Julián era un genio indiscutible que siempre conseguía ambas cosas.

En todo esto hay que señalar algo de gran importancia, que la posición del punto de encaje dicta cómo nos comportamos y cómo nos sentimos. En un principio no lo vemos, porque vivimos a través de la importancia personal, porque ahí es donde está emplazado nuestro punto de encaje. Al principio, aún no hemos aprendido que la forma de mover ese punto es establecer nuevos hábitos, moverlo con el intento. Cuando al fin se mueve, es como si acabáramos de descubrir que la única manera de tratar con guerreros sin par, como el nagual Julián, es no tener importancia personal para así poder celebrarlos sin prejuicios.

Don Juan repetía una y otra vez que todos los entendimientos son de dos tipos. Uno es simplemente exhortaciones que uno se da a sí mismo, grandes arranques de emoción y nada más. El otro es el producto de un movimiento del punto de encaje; no va unido a arranques emocionales sino a la acción. Los entendimientos emocionales vienen años después, cuando los guerreros, mediante el uso, han solidificado la nueva posición de sus puntos de encaje. Incansablemente, el nagual Julián guio a todos sus aprendices a ese tipo de movimiento. Obtuvo de todos ellos total cooperación y participación en sus enormes dramas.

Don Juan decía que el nagual Julián era un mago que podía manejar la fuerza del intento a un grado que resultaría incomprensible para el hombre común. Sus dramas incluían personajes mágicos convocados por la fuerza del intento, como el ser inorgánico que podía adoptar una grotesca forma humana. El poder del nagual Julián era tan impecable, que podía obligar al punto de encaje de cualquiera a moverse y a alinear emanaciones que le harían ver lo que el nagual quisiera. Por ejemplo, dependiendo de lo que quería lograr, podía verse muy viejo o muy joven para su edad. Y de su edad, lo único que podían decir quienes conocían al nagual era que fluctuaba. Durante los treinta y dos años que don Juan lo conoció, a veces se veía muy joven, y en otras ocasiones estaba tan miserablemente anciano que ni siquiera podía caminar. Don Juan decía que, bajo la dirección de su benefactor, su punto de encaje se movió de una manera imperceptible pero profunda.

El levantón de la tierra

Así como el descubrimiento de que la conciencia orgánica no es la única conciencia presente en la tierra, los antiguos videntes también descubrieron que la tierra misma es un ser viviente. Vieron que la Tierra tiene un capullo. Vieron que hay una pelota que contiene a la tierra, un capullo luminoso que encierra a las emanaciones del

Águila. La tierra es un gigantesco ser consciente sujeto a las mismas fuerzas que nosotros. Al descubrir esto, los antiguos videntes se interesaron de inmediato en los usos prácticos de ese hallazgo. El resultado de su interés fue que las más elaboradas técnicas de su brujería tenían que ver con la tierra. Consideraban que la tierra era la fuente última de todo lo que somos. Don Juan reafirmaba que a este respecto los antiguos videntes no se equivocaban, porque de verdad, la tierra es nuestra original fuente de todo.

Fueron los antiguos videntes quienes dieron accidentalmente con algo monumental al descubrir que la percepción es alineamiento. Lo triste es que nuevamente, sus extravíos les impidieron saber lo que habían logrado.

La llave mágica que abre las puertas de la tierra está hecha de silencio interno y de cualquier cosa que brille.

Don Juan explicaba que lo que llamaba la llave de todo era el conocimiento directo de que la tierra es un ser consciente, y que como tal puede darles a los guerreros un tremendo levantón; es decir, un impulso proveniente de la conciencia de la tierra, en el instante en el que las emanaciones interiores del capullo de los guerreros se alinean con las emanaciones apropiadas del interior del capullo de la tierra. Puesto que tanto la tierra como el hombre son seres conscientes, sus emanaciones coinciden, o más bien, la tierra contiene todas las emanaciones presentes en el hombre, o para el caso, todas las emanaciones presentes en todos los seres vivientes, orgánicos o inorgánicos. Cuando tiene lugar un momento de alineamiento, los seres vivientes usan ese alineamiento de manera limitada, y perciben su mundo. Como todos los demás, los guerreros pueden usar ese alineamiento ya sea para percibir, o como un levantón que les permite entrar a mundos inimaginables.

En realidad, lo desconocido no está en el interior del capullo del hombre en las emanaciones no tocadas por la conciencia, y sin embargo, de cierta manera, está allí. Este es el punto más difícil de entender. Cuando dijimos que podemos alinear siete mundos aparte del que conocemos, lo consideramos como un asunto interno, porque nuestro prejuicio final consiste en creer que sólo imaginamos todo lo que hacemos cuando conectamos con lo desconocido. Por eso, nunca nos preguntamos dónde se encuentra realmente lo desconocido. Durante años don Juan había hecho círculos con la mano para señalarle a Castaneda todo lo que nos rodea y le había dicho que ahí se encuentra lo desconocido. Él nunca hizo la conexión.

Don Juan reiteraba una y otra vez que la porción de emanaciones que hay en el interior del capullo del hombre se encuentra allí sólo para evocar la conciencia de ser, y que la conciencia consiste en alinear porciones de emanaciones internas con las mismas porciones de las emanaciones en grande. Se les llama emanaciones en grande porque son inmensas; y decir que lo que no se puede conocer queda fuera

del capullo del hombre es decir que queda dentro del capullo de la tierra. Sin embargo, dentro del capullo de la tierra también queda lo desconocido, y en el interior del capullo del hombre lo desconocido consiste en las emanaciones no tocadas por el fulgor de la conciencia cotidiana. Cuando las toca, se activan y se alinean con las emanaciones en grande que les corresponden. Una vez que eso ocurre, lo desconocido se percibe y se convierte en lo conocido.

Don Juan decía que era muy poco lo que realmente podía decir acerca del levantón de la tierra, que los guerreros siempre se encuentran solos en esos casos, y que la verdadera comprensión llega mucho más tarde, después de años de lucha.

A pesar de ello, cuando el punto de encaje del hombre se mueve más allá de cierto límite crucial, los resultados son siempre los mismos para todos los hombres. Las técnicas para moverlo pueden ser tan diferentes como sea posible, pero los resultados son siempre los mismos. En este caso, el punto de encaje de cualquier hombre alinea los mismos mundos ayudado por el levantón de la tierra. El levantón de la tierra es el mismo para todos los hombres. Para el hombre común la dificultad es el diálogo interno. Uno solamente puede usar ese levantón habiendo alcanzado un estado de silencio total.

No es recomendable tratar de hacerlo a la ligera, convertirse en guerrero impecable es cosa de años. Para poder resistir el impacto de esa fuerza de la tierra debemos tener mucha energía disponible y estar bien cerrados. La velocidad de ese levantón disuelve todo lo que nos rodea. Bajo su impacto nos convertimos en nada. La velocidad excesiva y el sentido de la existencia individual no van de la mano. Si nos precipitamos podríamos no regresar. Seríamos como algunos de los antiguos videntes que usaron ese levantón intencionalmente, penetraron en lo desconocido y aún siguen vagando en esa incomprensible inmensidad.

Hay algo que debemos entender acerca de la tierra como ser consciente. La suprema conciencia de la tierra es lo que hace posible que cambiemos a otras grandes bandas de emanaciones. Nosotros, los seres vivientes, somos perceptores. Y percibimos porque algunas emanaciones del interior del capullo del hombre se alinean con algunas emanaciones exteriores. Por ello el alineamiento constituye el pasadizo secreto, y la llave es el levantón de la tierra.

El alineamiento tiene que ser un acto muy pacífico e imperceptible. Nada de salir volando, nada de escándalo. La sobriedad necesaria para que el punto de encaje alinee otros mundos es algo que no puede improvisarse. La sobriedad tiene que madurar y convertirse en una fuerza en si misma antes de que los guerreros puedan romper la barrera de la percepción.

Algo muy importante es que la posición del punto de encaje lo es todo, y que el mundo que nos hace percibir, sea el que fuera, es tan real que no deja lugar para

nada, excepto para esa realidad. Cómo ejemplo don Genaro desapareció delante de Castaneda mientras caminaban por la calle. Don Juan dijo *"en este momento, Genaro está separado de nosotros por la fuerza de la percepción"*.

Cuando el punto de encaje alinea un mundo, ese mundo es total. Esa es la maravilla con la que se toparon los antiguos videntes sin jamás darse cuenta de lo que era: la conciencia de la tierra puede darnos un levantón para alinear otras grandes bandas de emanaciones, y la fuerza de ese nuevo alineamiento hace desaparecer al mundo que conocemos.

Cada vez que los antiguos videntes efectuaban un nuevo alineamiento, creían que descendían a las profundidades o ascendían a los cielos. Nunca supieron que el mundo desaparece como un soplo de aire cuando un nuevo alineamiento total nos hace percibir otro mundo que también es total.

"El alineamiento es una fuerza única porque o ayuda al punto de encaje a moverse, o lo mantiene pegado a su posición acostumbrada. El aspecto del alineamiento que mantiene estacionario al punto de encaje es ***la voluntad,*** *y el aspecto que lo hace moverse es* ***el intento****. Uno de los misterios más profundos es la manera en que la voluntad, la fuerza impersonal del alineamiento se transforma en intento, la fuerza personalizada, que está al servicio de cada individuo. Lo más extraño de este misterio es que el movimiento es muy fácil de lograr. Pero lo que no es tan fácil es convencernos de que es posible. Precisamente ahí está nuestro mecanismo de seguridad. Tenemos que ser convencidos. Y ninguno de nosotros quiere dejarse convencer".*

La fuerza rodante

Los guerreros jamás deben tratar de ver sin la ayuda del ensueño. El mover al punto de encaje de su posición natural y mantenerlo fijo en un nuevo sitio es estar dormido; con la práctica, los videntes aprenden a estar dormidos y sin embargo se comportan como si nada les ocurriese. Para poder ver el capullo del hombre, uno tiene que contemplar a la gente mientras se alejan de uno. Resulta inútil contemplar a la gente cara a cara, porque la parte de delante del capullo ovoide del hombre tiene un escudo protector que los videntes llaman la placa frontal. Es un escudo casi inexpugnable, inflexible, que a lo largo de nuestras vidas nos protege contra los embates de una fuerza peculiar que surge de las emanaciones mismas. No debemos sorprendernos si el cuerpo se nos tensa, como si estuviera congelado, y nos sentimos casi como una persona que mira la calle por la ventana, de pie en medio de una habitación. La velocidad resulta de fundamental importancia, ya que la gente cruza la ventana de nuestro ver extremadamente rápido. Debemos relajar los músculos, parar nuestro diálogo interno, y bajo el hechizo del silencio interno dejamos desplazarse a nuestro punto de encaje. Nuestro cuerpo estará dormido, pero aun así estaremos completamente conscientes de todo lo que ocurre.

Don Juan decía que, si así lo deseamos, nuestros ojos son capaces de disminuir la velocidad de todo lo que enfocan. En un punto de la experiencia recibimos una guía inestimable, la voz del ver.

La voz del ver nos orienta para ver en los capullos luminosos el resplandor de la conciencia. En el lado derecho de esas luminosas criaturas ovoides, abarcando quizás una décima parte del volumen total del capullo, hay una banda vertical con un resplandor ambarino más fuerte. La voz del ver dice que esa era la banda de la conciencia del hombre. La voz señala un punto en la banda del hombre, un punto con el brillo intenso; se encuentra sobre la superficie del capullo en la parte superior, casi en la cresta de las formas oblongas; ese es *el punto de encaje*. Al ver a cada criatura luminosa de perfil, desde el punto de vista de su cuerpo, su forma ovoide es como un gigantesco yoyo asimétrico de pie y de lado, o como una olla casi redonda que descansa de lado, con la tapa puesta. La parte que parece una tapa es la *placa frontal*; abarcaba quizás una quinta parte del grosor del capullo total.

En un punto de la experiencia don Juan decía que tenemos que contemplar a la gente cara a cara, mientras vienen hacia nosotros, y sostener la contemplación hasta que rompamos la barrera y veamos las emanaciones. Entonces podemos ver un brillantísimo despliegue de fibras de luz, vivas, apremiantes. Las fibras de luz se multiplican; se abren con una sorda explosión y surgen de ellas miríadas de otras fibras. Pero, aun siendo apremiantes, de alguna manera, las fibras no interfieren con nuestra visión ordinaria.

Si en un momento de nuestro ver, comenzamos a vislumbrar las emanaciones del Águila, sale a nuestro encuentro algo que nos detiene. Es *la fuerza rodante o tumbadora.* Si no salimos de ese estado puede destruirnos.

Es una fuerza de las emanaciones del Águila. Una fuerza ininterrumpida, que nos golpea a cada instante de nuestras vidas. Cuando se la ve es mortal, pero como no la vemos la ignoramos en nuestra vida ordinaria, porque tenemos escudos protectores. Por ejemplo, estamos permanentemente preocupados con lo que nos pertenece, con nuestra posición frente a otros. Estos escudos no nos protegen de los golpes de la tumbadora, simplemente nos impiden verla directamente, de esta manera nos evitan ser heridos por el susto de ver que las bolas de fuego nos golpean. Los escudos son una gran ayuda y un gran estorbo para nosotros. Nos pacifican y a la vez nos engañan. Nos dan una falsa sensación de seguridad. Don Juan advertía a sus guerreros que llegaría un momento en sus vidas en el que se encontrarían sin escudos, ininterrumpidamente a merced de la tumbadora. Dijo que es una fase obligatoria en la vida de un guerrero, conocida como *perder la forma humana*.

Los videntes describen la forma humana como la fuerza apremiante del alineamiento de las emanaciones, encendidas por el resplandor de la conciencia, en



el sitio preciso en el que se encuentra normalmente el punto de encaje. Es la fuerza que nos convierte en personas. Así que, ser una persona es ser forzado a afiliarse con esa fuerza de alineamiento, y en consecuencia afiliarse con el sitio preciso donde se origina. Debido a sus actividades, en un momento dado, los puntos de encaje de los guerreros se desplazan hacia la izquierda. Es un desplazamiento permanente, que resulta en un excepcional sentido de indiferencia, de control o incluso de abandono. Ese desplazamiento implica un nuevo alineamiento de emanaciones, y el principio de una serie de cambios mayores. De manera muy apropiada, los videntes llaman a este cambio inicial perder la forma humana, porque el movimiento inexorable del punto de encaje, que se aleja de su posición original, resulta en la pérdida irreversible de nuestra afiliación a la fuerza que nos hace personas.

Don Juan explicaba que esas bolas de fuego son de crucial importancia para los seres humanos porque son la expresión de una fuerza que tiene que ver con todos los detalles de la vida y de la muerte, algo que los nuevos videntes llaman la fuerza rodante.

La fuerza rodante es el medio a través del cual el Águila distribuye vida y conciencia. Pero también es la fuerza que, digamos, cobra la renta. Hace morir a todos los seres vivientes. Los videntes la describen como una línea eterna de anillos iridiscentes o bolas de fuego que ruedan incesantemente sobre los seres humanos. Los seres orgánicos luminosos son golpeados sin tregua por la fuerza rodante, hasta el día en el que los golpes resultan ser demasiado para ellos y los hacen finalmente desplomarse.

Los antiguos videntes quedaron boquiabiertos al ver entonces cómo la fuerza rodante los tumba al pico del Águila para ser devorados. Por esa razón llamaban a esa fuerza la tumbadora.

La fuerza rodante no es tan mala. En realidad, es hermosa. Los nuevos videntes recomiendan que nos abramos a ella. Los antiguos videntes también se abrieron a ella, pero por razones y propósitos guiados sobre todo por la importancia personal y la obsesión. En cambio, los nuevos videntes hacen amistad con ella. Se familiarizan con esa fuerza al manejarla sin ninguna importancia personal. El resultado es asombroso, en sus consecuencias. Para abrirse uno a la fuerza rodante lo único que se necesita es mover el punto de encaje. El peligro es mínimo si la fuerza es vista de manera intencional. Pero es extremadamente peligroso si es un movimiento involuntario del punto de encaje que se deba quizás a la fatiga física, al agotamiento emocional, a la enfermedad, o simplemente a una crisis menor, como estar asustado o estar ebrio.

Cuando el punto de encaje se mueve involuntariamente, la fuerza rodante raja el capullo. El hombre tiene una abertura debajo del ombligo. No queda realmente debajo del ombligo en sí, sino en el capullo, a la altura del ombligo. La abertura es más como una hendidura, un defecto natural. Es allí adonde nos golpea incesantemente la tumbadora y donde se raja el capullo. Si es leve el movimiento del punto de encaje, la rajadura es muy pequeña, el capullo se repara a sí mismo rápidamente, y la gente experimenta lo que todos percibimos en alguna ocasión: manchas de color y formas distorsionadas, que siguen ahí, aunque tengamos los ojos cerrados. Si el movimiento es considerable, la rajadura también resulta extensa, y le lleva tiempo al capullo repararse, como ocurre en el caso de guerreros que intencionalmente usan plantas de poder para provocar ese movimiento o personas que usan drogas e inadvertidamente hacen lo mismo. En estos casos los hombres se sienten adormecidos y fríos; se les dificulta hablar o pensar; es como si los hubieran congelado por dentro.

Don Juan decía que cuando el punto de encaje se mueve drásticamente debido a los efectos de un trauma o de una enfermedad mortal, la fuerza rodante produce una rajadura a todo lo largo del capullo; el capullo se desploma, se arrolla sobre sí mismo, y el individuo muere. Un cambio intencional también puede producir una rajadura de esa naturaleza en algunas ocasiones, somos realmente frágiles. A medida que la tumbadora nos golpea una y otra vez, la muerte entra dentro de nosotros a través de la abertura. La muerte es la fuerza rodante. Cuando encuentra una debilidad en la abertura de un ser luminoso, automáticamente raja el capullo, lo abre, y lo hace desplomarse.

Todos los seres vivientes tienen una abertura, si no la tuvieran no morirían. Sin embargo, las aberturas son diferentes en cuanto a tamaño y configuración. La abertura del humano es una depresión, como plato hondo, del tamaño de un puño, una configuración muy frágil y vulnerable. Las aberturas de otras criaturas orgánicas son muy parecidas a la del humano; algunas son más fuertes que la nuestra y otras son más débiles. Pero la abertura de los seres inorgánicos es verdaderamente diferente. Es más bien como un hilo largo, un cabello de luminosidad; en consecuencia, los seres inorgánicos son mucho más durables que nosotros. Hay algo persistentemente atrayente en la larga vida de esas criaturas, y los antiguos videntes no pudieron resistir esa atracción.

La misma fuerza puede producir dos efectos diametralmente opuestos. Cómo resultado de sus labores, los antiguos videntes se vieron aprisionados por la fuerza rodante, y también como resultado de sus labores, la fuerza rodante dio a los nuevos videntes el don de la libertad. Al familiarizarse con la fuerza rodante a través de la maestría del intento, en cierto momento, los nuevos videntes abren sus capullos y

la fuerza los inunda en vez de enroscarlos como una cochinilla de humedad. El resultado final es su desintegración total e instantánea.

La obsesión de los antiguos videntes con la tumbadora les impidió ver el otro lado de esa fuerza. Los nuevos videntes, al rechazar la tradición, con su acostumbrada dedicación se fueron hasta el otro extremo. Al principio, estaban totalmente en contra de ver a la tumbadora; alegaban que tenían que entender la fuerza de las emanaciones en grande cuando conferían vida y acrecentaban la conciencia. Llegaron a la conclusión de que es infinitamente más fácil destruir algo que construirlo y mantenerlo. Quitar la vida no es nada comparado con darla y alimentarla. Desde luego, los nuevos videntes se equivocaban en este respecto, pero a su debido tiempo corrigieron su error.

Es un error aislar cualquier cosa para verla (como hace la ciencia). Al principio, los nuevos videntes hicieron exactamente lo opuesto de sus predecesores. Enfocaron con igual atención el otro lado de la tumbadora. Y lo que les pasó fue tan terrible como lo que le pasó a los antiguos videntes, o aún peor. Tuvieron muertes estúpidas, al igual que el hombre común y corriente. No tenían ni el misterio ni la malevolencia de los antiguos videntes, pero tampoco tenían la sed de la libertad de los videntes de hoy. Aquellos primeros nuevos videntes sirvieron a todo el mundo. Como enfocaban su ver en el acto de conferir la vida, estaban llenos de amor y bondad. Pero eso no impidió que la muerte los arrollara. Estaban rebosantes de amor, pero eran vulnerables al igual que los antiguos videntes, que estaban rebosantes de morbidez.

Resulta inadmisible para los nuevos videntes de hoy en día quedarse desamparados después de una vida de disciplina y trabajo, al igual que aquéllos que nunca tuvieron propósito en sus vidas. Don Juan decía que, después de haber revisado y readaptado su tradición, los nuevos videntes se dieron cuenta de que el conocimiento que tenían los antiguos videntes acerca de la fuerza rodante era completo; en cierto momento llegaron a la conclusión de que, en efecto, existían dos aspectos diferentes de la misma fuerza.

El aspecto tumbador se relaciona exclusivamente con la destrucción y la muerte. Por otra parte, el aspecto circular es lo que mantiene la vida, la conciencia, la realización y el propósito. Sin embargo, decidieron tratar exclusivamente con el aspecto destructor. Contemplando en grupos, los nuevos videntes pudieron ver la separación entre los dos aspectos. Vieron que ambas fuerzas están fusionadas, pero que no son iguales. La fuerza circular nos llega justo antes de la fuerza tumbadora; están tan cerca una de la otra que parecen ser la misma. La razón por la cual se le llama la fuerza circular es que se presenta en anillos, delgadísimos aros de iridiscencia, realmente algo muy delicado. Y al igual que la fuerza tumbadora, la fuerza circular golpea ininterrumpidamente a todos los seres vivientes, pero con un

propósito diferente. Los golpea para darles fuerza, dirección, conciencia; los golpea para darles vida.

Lo que descubrieron los nuevos videntes es que en cada ser viviente el equilibrio de las dos fuerzas es muy delicado. Si en cualquier momento dado un individuo siente que la fuerza tumbadora lo golpea con mayor fuerza que la circular, eso significa que el equilibrio está roto; a partir de entonces la fuerza tumbadora golpea más y más duro, hasta que rompe la abertura del ser viviente y lo hace morir. De las bolas de fuego sale un aro iridiscente del tamaño exacto al de los seres vivientes, ya sean hombres, árboles, microbios o aliados. En realidad, no existen círculos propiamente dichos, solamente una fuerza circular que le da a los videntes que la ensueñan una sensación de anillos. Y tampoco hay diferentes tamaños. Es una sola fuerza indivisible que se amolda a todos los seres vivientes, orgánicos e inorgánicos.

Los antiguos videntes enfocaban el aspecto destructor de la fuerza rodante porque creían que sus vidas dependían de que lo vieran. Estaban seguros de que su ver iba a darles respuestas a preguntas tan viejas como el tiempo. Pensaron que si desentrañaban los secretos de la fuerza rodante serían invulnerables e inmortales. Lo triste es que, de una manera u otra, sí desentrañaron los secretos y sin embargo no fueron ni invulnerables ni inmortales. Los nuevos videntes lo cambiaron todo al darse cuenta de que mientras el hombre tenga capullo no hay manera de aspirar a la inmortalidad. Don Juan explicó que, aparentemente, los antiguos videntes nunca se dieron cuenta de que el capullo humano es un receptáculo y que no puede sostener indefinidamente el embate de la fuerza rodante. A pesar de todo el conocimiento que acumularon, al final de cuentas acabaron quizá mucho peor que el hombre común y corriente. Su tremendo conocimiento los obligó a creer que sus selecciones eran infalibles. Así que escogieron vivir, a cualquier precio. Al igual como eligieron ser árboles para poder unificar mundos con esas grandes bandas casi inalcanzables. En vez de dejar que la fuerza rodante los llevara hasta el pico del Águila para ser devorados, la usaron para mover sus puntos de encaje a posiciones de ensueño inimaginables.

Los desafiantes de la muerte

Los antiguos videntes eran hombres temibles. Había algo que trataron de evitar a cualquier precio; no querían morir. Es obvio que ningún hombre quiere morir, pero los temibles antiguos videntes tenían la ventaja de su concentración y disciplina para alinear otros mundos; y de hecho, alinearon mundos donde se puede evitar la muerte.
Lograron evitar la muerte mediante el alineamiento de otros mundos. Pero de todos modos tuvieron o tienen que morir. Los videntes observaron a sus aliados y viendo que eran seres vivientes con una resistencia a la fuerza rodante mucho más grande que la nuestra, se ajustaron al molde de sus aliados. Don Juan explicaba que sólo los

seres orgánicos tienen una abertura que parece un tazón. Su tamaño y su forma y su fragilidad hacen de ella la configuración ideal para apresurar la ruptura y el desplome de la concha luminosa bajo los embates de la fuerza rodante. Por otra parte, los aliados, que sólo tienen una línea por abertura, le presentan una superficie tan pequeña a la fuerza rodante que resultan ser prácticamente inmortales. Sus capullos pueden resistir indefinidamente los embates de la tumbadora, porque aberturas del ancho de un cabello no ofrecen ninguna configuración ideal para la ruptura.

Los antiguos videntes desarrollaron las más extrañas técnicas para cerrar sus aberturas. En esencia, estaban en lo correcto al suponer que una abertura del ancho de un cabello es más durable que una forma de tazón. Ya no existen esas técnicas, pero aún existen algunos de los videntes que las practicaron.

Don Juan decía que los nuevos videntes se rebelaron contra todas las extrañas prácticas de los antiguos videntes, y las declararon no sólo inútiles sino dañinas. Incluso llegaron al grado de prohibir que estas técnicas fueran enseñadas a los nuevos guerreros; y durante generaciones no hubo mención alguna de esas prácticas. Fue a principios del siglo dieciocho cuando el nagual Sebastián, un miembro del linaje directo de naguales de don Juan volvió a descubrir la existencia de esas técnicas.

El Inquilino



El desafiante de la muerte era un personaje muy vívido para todos los brujos del grupo de don Juan. Según ellos, el desafiante de la muerte era un brujo que tenía siglos de edad. Había logrado sobrevivir hasta el presente gracias a su habilidad de mover su punto de encaje. Lo movía de una manera específica, dentro de su campo de energía total, a ubicaciones también específicas. Don Juan explicaba, asimismo,

acerca de un acuerdo al que llegaron, siglos atrás, los videntes de su linaje y el desafiante de la muerte. Un acuerdo en virtud del cual el desafiante les proporcionaba dones a cambio de energía vital. Debido a este acuerdo lo tenían bajo su tutela y lo llamaban "el inquilino". Los brujos de la antigüedad eran expertos en mover el punto de encaje. Y al moverlo descubrieron cosas extraordinarias sobre la percepción, pero también descubrieron cuán fácil es perderse en aberraciones.

La situación del desafiante de la muerte era, para don Juan, un ejemplo clásico de cómo los brujos se pierden en una aberración. Don Juan acostumbraba a repetir, cada vez que era pertinente, que si el punto de encaje es empujado por alguien que no sólo lo ve sino que al mismo tiempo posee la energía suficiente para moverlo, éste se desliza dentro de la bola luminosa a la ubicación que aquel que lo empuja indique. Puesto que su resplandor es suficiente para iluminar los campos filiformes de energía que toca, la percepción resultante es de un nuevo mundo, tan completo como el mundo de nuestra percepción normal. Cordura y fortaleza, por lo tanto, son esenciales en los brujos para tratar con el movimiento del punto de encaje.

Esta fue la manera en que el linaje de don Juan entró en contacto con el Inquilino:

El nagual Sebastián era el sacristán de la catedral de la ciudad en la que vivía, y un día, cuando estaba a punto de iniciar su rutina diaria, encontró en la puerta de la iglesia a un indio de edad madura que parecía estar atolondrado. El nagual Sebastián llegó al lado del hombre y le preguntó si necesitaba ayuda. *"-Necesito un poco de energía para cerrar mi abertura -le dijo el hombre con voz clara y fuerte-. ¿Me podrías dar un poco de tu energía?" El nagual Sebastián quedó atónito. No supo qué contestar. Ofreció llevar al indio a ver al sacerdote de la parroquia. El hombre perdió la paciencia y enojado, acuso al nagual Sebastián de andarse con rodeos. "-Necesito tu energía porque tú eres un nagual -le dijo-. Vamos y no me hagas perder más tiempo*". El nagual Sebastián sucumbió ante el poder magnético del extraño y dócilmente lo siguió hasta las montañas. Estuvo ausente muchos días. Cuando regresó, no sólo tenía un nuevo punto de vista sobre los antiguos videntes, sino también un conocimiento detallado de sus técnicas. El extraño era un antiguo tolteca. Uno de los últimos sobrevivientes.

El nagual Sebastián descubrió maravillas acerca de los antiguos videntes. Fue el primero que supo lo grotescos y extraviados que eran en realidad. Hasta ese entonces, ese conocimiento era sólo de oídas.

Don Juan aseguraba que esos videntes triunfaron porque fueron eruditos y audaces. Agregó que su benefactor le mostró a él y a Genaro un sitio en el que los antiguos videntes, empujados por su amor a la vida, se habían sepultado vivos y lograron realmente evitar la muerte al alinear otros mundos específicos. No hay nada inusitado en esos lugares. Los antiguos videntes se cuidaron de no dejar huellas. Es

simplemente un paraje en el campo. Uno tiene que ver para saber dónde se localizan esos lugares.

Para poder obtener energía de la tierra, los antiguos videntes solían enterrarse durante periodos, dependiendo de la importancia de lo que querían lograr. Mientras más difícil su objetivo, más largo el periodo de entierro. Se enterraron ahí hace dos mil años, para evitar la muerte, no con ánimo de huir de ella sino con ánimo de desafiarla.

Don Juan comentaba lo fácil que le resultaba encontrar defectos en todo lo que hicieron los antiguos videntes y, sin embargo, nunca se cansaba de repetir lo maravillosos que eran sus logros. No sólo descubrieron y usaron el levantón de la tierra, sino que también descubrieron que, si permanecían sepultados, sus puntos de encaje alineaban emanaciones que de ordinario eran inaccesibles, y que un alineamiento tal empleaba la extraña e inexplicable capacidad de la tierra para desviar los golpes incesantes de la fuerza rodante. En consecuencia, desarrollaron las más asombrosas y complejas técnicas, para sepultarse por periodos extremadamente largos, sin daño alguno. En su lucha contra la muerte, aprendieron a alargar esos periodos hasta abarcar milenios.

En México, el campo es peligroso, y también ciertas ciudades. Lo que le pasó a Castaneda, que tuvo un encuentro con los antiguos videntes, le puede pasar a cualquier hombre o mujer. Si se tropiezan con esa tumba, quizá incluso vean a los videntes y a sus aliados, si son lo suficientemente maleables como para dejar que su terror mueva sus puntos de encaje; pero una cosa es segura: pueden morir de miedo.

La preocupación de los antiguos videntes por la muerte los hizo investigar las más extrañas posibilidades. Sin duda alguna, aquéllos que optaron por el molde de los aliados tenían en mente el deseo de un refugio. Y lo encontraron, en una posición fija en una de las siete bandas de la conciencia inorgánica. Los videntes pensaron que allí estaban relativamente seguros. Después de todo, quedaban separados del mundo cotidiano por una barrera casi infranqueable, la barrera de la percepción establecida por el punto de encaje. De esta manera mantuvieron su conciencia de ser intacta, pero no están vivos como nosotros lo estamos, se convirtieron en seres inorgánicos.

Don Juan explicaba que como necesitaba mostrarle a Castaneda los desafiantes de la muerte, él y Genaro los atrajeron a los confines de nuestro mundo. Lo que le ocurrió al principio fue un cambio lateral hondo en su punto de encaje, que le permitió verlos como personas, pero al final, hizo correctamente el movimiento que le permitió ver a los desafiantes de la muerte y a sus aliados como son, como energía.

Dijo que los antiguos videntes descubrieron una manera de utilizar a la fuerza rodante y de ser impulsados por ella. En vez de sucumbir ante los embates de la tumbadora cabalgaban en ella y dejaban que moviera sus puntos de encaje hasta los confines de las posibilidades humanas.

Don Juan reconocía que nada más puede darle al punto de encaje ese tipo de empujón en particular la tumbadora. La diferencia entre el levantón de la tierra y el empujón de la tumbadora radica en que el levantón de la tierra es la fuerza del alineamiento únicamente de las emanaciones ambarinas. Es un empujón que aumenta la conciencia de ser a grados imposibles de describir. Para los nuevos videntes es una descarga de conciencia ilimitada, que llaman la libertad total. Por otra parte, el empujón de la tumbadora es la fuerza de la muerte. Bajo el impacto de ella, el punto de encaje se mueve a posiciones nuevas, impredecibles. Por eso, en sus viajes, los antiguos videntes siempre andaban solos, aunque la empresa a la que estaban dedicados era siempre comunal. En sus viajes, la compañía de otros videntes era fortuita y generalmente significaba una lucha por la supremacía.

Don Juan decía que esos demonios eran muy audaces, que nunca le cayeron bien, pero no podía dejar de admirarlos. Su amor a la vida rebasaba su comprensión. ¿Qué otra cosa podría llevar a un hombre a esos extremos sino el amor a la vida? Amaban a la vida tan intensamente que no estaban dispuestos a perderla. Así es como don Juan lo veía. No querían morir porque amaban la vida y porque habían visto maravillas, y no porque eran monstruos codiciosos. Estaban extraviados porque nadie los desafió jamás, eran caprichosos como niños malcriados, pero su osadía era impecable y también lo fue su valor. ¿Nos aventuraríamos nosotros en lo desconocido por codicia? De ninguna manera. La codicia sólo funciona en el mundo de los asuntos cotidianos. Para aventurarse en esa aterradora soledad uno debe tener algo superior a la codicia. Amor, uno necesita amor a la vida, a la intriga, al misterio. Uno necesita de curiosidad insaciable y una montaña de agallas.

Hablando de la conciencia acrecentada, don Juan decía que técnicamente, en cuanto se mueve el punto de encaje, estamos dormidos. Castaneda le preguntaba, por ejemplo, si desde el punto de vista de un espectador, cuando él se encontraba en el estado de conciencia acrecentada, él estaba dormido, así como había visto dormido a Genaro. Don Juan le respondía que estaría absolutamente dormido sin tener que estar acostado. Si le vieran ahora personas que están en la conciencia normal, les parecería que está un poco mareado, incluso borracho. Explicaba que, durante el sueño normal, el movimiento del punto de encaje ocurre a lo largo de cualquier borde de la banda del hombre. Esos cambios siempre van unidos al sueño. Los cambios que se inducen mediante la práctica ocurren a lo largo de la sección media de la banda del hombre y no van aparejados con el sueño, aunque el ensoñador duerme.

Fue precisamente en esta coyuntura que los nuevos y los antiguos videntes hicieron sus esfuerzos separados para conseguir poder, cada cual por su lado. Los antiguos videntes querían una réplica del cuerpo, pero con mayor fuerza física, así que deslizaron sus puntos de encaje a lo largo del borde derecho de la banda del hombre. Mientras más profundo penetraban, más extraño se volvía su cuerpo de ensueño. Los nuevos videntes son completamente diferentes, ellos mantienen sus puntos de encaje a lo largo de la sección media de la banda del hombre. *Si el movimiento no es profundo, como por ejemplo el cambio a la conciencia acrecentada, el ensoñador es casi como cualquier otra persona en la calle, salvo por una ligera vulnerabilidad a las emociones, como el temor y la duda.* Pero, a cierto grado de profundidad, el ensoñador que se mueve a lo largo de la sección media se convierte en una burbuja de luz. El cuerpo de ensueño de los nuevos videntes es una burbuja de luz. Un cuerpo de ensueño tan impersonal es más conducente al entendimiento y a la examinación, que son la base de todo lo que hacen los nuevos videntes.

El cuerpo de ensueño intensamente humanizado de los antiguos videntes los llevó a buscar respuestas que eran igualmente personales, humanizadas.

Don Juan en un momento determinado de sus enseñanzas, reveló a el nuevo nagual Castaneda que existe otro desafiante de la muerte, diferente a los cuatro que Carlos vio, que resulta indistinguible del hombre común de la calle. Ha logrado esta hazaña única al ser capaz de abrir y de cerrar su abertura a voluntad.

Ese desafiante de la muerte es el antiguo vidente que el nagual Sebastián encontró en 1723. Don Juan decía que los nuevos videntes consideraban que en ese día comenzaba su línea, por segunda vez. Ese desafiante de la muerte, quien había vivido en la tierra durante cientos de años, cambió la vida de todos los naguales que conoció, algunas veces más profundamente que otras. Y desde ese día en 1723 había conocido a cada uno de los naguales de su línea.

Don Juan expresaba que el problema de la incredulidad racional no es solamente de los aprendices. Al principio su benefactor se vio asediado por la misma pregunta. Desde luego, un día todo se le aclaró. Pero tardó mucho tiempo en hacerlo. Cuando don Juan lo conoció ya había recordado todo, así que nunca fue testigo de sus dudas. Sólo oyó hablar de ellas. Lo extraño de todo esto es que la gente jamás ha visto al desafiante de la muerte, como por ejemplo los otros videntes del grupo del nagual, jamás tuvieron dificultad para aceptar que él es uno de los videntes originales.

El benefactor de don Juan dijo que sus incertidumbres provenían del hecho de que la impresión de conocer a una criatura así había amasado cierto número de emanaciones. Se requiere de tiempo para que esas emanaciones se separen. Don Juan explicaba luego que conforme siguiera moviéndose el punto de encaje, llegaría

un momento en que se encendería la combinación adecuada de emanaciones; en ese momento, la prueba de la existencia de ese hombre sería evidente para el aprendiz.

El desafiante de la muerte toma la energía prestada de cada generación de naguales y la usa exclusivamente para cerrar su abertura. No hay manera de saber como lo hace. El hombre jamás revela cómo cierra esa abertura, que suponemos comienza a expandirse después de un tiempo. El nagual Sebastián decía que cuando vio al antiguo vidente por primera vez, el hombre estaba muy débil, de hecho, se estaba muriendo. Pero todos los otros naguales lo encontraron haciendo vigorosas cabriolas, como un jovenzuelo. Don Juan explicaba que el nagual Sebastián le puso un apodo a aquel hombre sin nombre, le llamó "el inquilino", porque llegaron a un acuerdo según el cual el hombre recibía energía, es decir, alojamiento, y pagaba la renta en forma de favores y conocimientos.

A ningún nagual le fue mal en el intercambio de energía con él. La promesa del hombre era que sólo le quitaría al nagual un poco de energía superflua y a cambio le enseñaría extraordinarias habilidades. Por ejemplo, el nagual Julián recibió el paso de poder. Con él podía activar o adormecer las emanaciones interiores de su capullo para verse joven o viejo, a voluntad. Don Juan explicaba que en general, los desafiantes de la muerte llegaron al grado de adormecer todas las emanaciones interiores de sus capullos, salvo aquellas que correspondían a las emanaciones de los aliados. De esta forma, pudieron imitar a los aliados. Cada uno de los desafiantes de la muerte sepultados había movido su punto de encaje a un sitio preciso dentro de su capullo, para acentuar las emanaciones compartidas con los aliados y actuar con ellos. Sin embargo, ninguno de esos videntes fue capaz de regresarlo a su posición cotidiana para actuar con la gente.

Por otra parte, el inquilino era capaz de mover su punto de encaje para alinear el mundo cotidiano y actuar como si nunca hubiera pasado nada. Don Juan decía también que su benefactor estaba convencido, y que él estaba completamente de acuerdo con su benefactor, de que lo que ocurre durante el préstamo de energía es que el brujo antiguo mueve el punto de encaje del nagual para acentuar las emanaciones del aliado que existen dentro del capullo del nagual. Y luego utiliza la gran descarga de energía producida por esas emanaciones que repentinamente quedan alineadas, después de estar tan profundamente adormecidas. Dijo que la energía encerrada en nosotros, en las emanaciones adormecidas, tiene una fuerza tremenda y un alcance incalculable. Sólo podemos apreciar vagamente el alcance de esa tremenda fuerza, si consideramos que la energía requerida para percibir y actuar en el mundo cotidiano es producto del alineamiento de ni siquiera la décima parte de las emanaciones encerradas en el capullo del hombre.

Lo que ocurre en el momento de la muerte es que toda esa energía es liberada a la vez. En ese momento los seres humanos se ven inundados por la fuerza más



inconcebible. No es la fuerza rodante que ha roto sus aberturas, porque esa fuerza jamás penetra al interior de capullo; sólo lo hace desplomarse. Lo que los inunda es la fuerza de todas las emanaciones que repentinamente quedan alineadas después de estar adormecidas durante toda una vida. No hay otra salida para una fuerza tan gigante, sino escapar a través de la abertura rota. Esa es la muerte. El brujo antiguo encontró una manera de utilizar esa energía. Al alinear un espectro limitado y muy específico de las emanaciones adormecidas, el antiguo vidente tenía acceso a una descarga limitada pero gigantesca.

Realiza la transacción de energía rompiendo la abertura del nagual. Mueve el punto de encaje del nagual hasta que la abertura se abre un poco. Cuando la energía de esas emanaciones recientemente alineadas es liberada a través de esa abertura, la toma a través de su propia abertura. En opinión de don Juan hace eso porque está atrapado en un círculo que no puede romper. Los nuevos videntes llegaron a un acuerdo con él. Hace lo mejor que puede por respetarlo, y ellos también. No podemos juzgarlo, pero tenemos que saber que su camino no lleva a la libertad. Él lo sabe, y también sabe que no puede cambiarlo; está atrapado en una situación de su propia hechura. Lo único que puede hacer es prolongar lo más que pueda su vida y conciencia de hombre y aliado o ser inorgánico.

El desafiante de la muerte dio regalos de poder a todos los naguales del linaje de don Juan desde el nagual Sebastián. La naturaleza de esos regalos de poder es lo que cambió el curso de su linaje.

Siendo el inquilino un brujo de la antigua escuela, aprendió de sus maestros todo lo enmarañado del desplazamiento del punto de encaje. Ya que tenía quizá miles de años de una insólita vida y conciencia, sabía cómo lograr y mantener cientos, si no es que miles de nuevas posiciones del punto de encaje. Sus regalos eran dos cosas: mapas para lograr desplazamientos del punto de encaje a sitios específicos, y manuales sobre cómo inmovilizarlos en cualquiera de esas posiciones para de esta forma adquirir cohesión.

Por ejemplo, el nagual Luján recibió del inquilino un regalo de cincuenta posiciones. Don Juan decía que los regalos del inquilino eran extraordinarios, pero que su precio era tremendo, y que él no aprobaba ni los regalos ni el precio.

Se supone que el inquilino pagaba por la energía que tomaba de los naguales, pero lo que él pagaba había atado a esos naguales por generaciones. Como pago por la energía que tomó de todos ellos, les enseñó cómo desplazar exactamente su punto de encaje a posiciones específicas que él mismo había escogido. En otras palabras, el inquilino ató a cada uno de esos hombres con un regalo de poder que consistía de una posición específica y preseleccionada del punto de encaje, junto con todas sus implicaciones. Es decir, los resultados negativos de esos regalos.



Por ejemplo, le enseñó al nagual Julián cómo arreglar su punto de encaje para ser exactamente como él, una mujer. El inquilino cambiaba de apariencia a voluntad con toda facilidad, cambiando la posición del punto de encaje al de una mujer. En el caso del nagual Julián se le presentó primero como hombre y después como mujer, igual que a don Juan y a Castaneda. Enseñarle a ser mujer al nagual Julián, siendo el incurable voluptuoso que era, fue como darle alcohol a un borracho. Aunque los guerreros se hagan responsables de sus actos, es más difícil para unos que para otros, y aumentar esta dificultad, como el inquilino lo hacía, era poner innecesaria presión sobre ellos.

De esta manera, el inquilino hizo lo mismo con sus regalos de poder a toda la línea del linaje de don Juan. Y él mismo admitía que el desafiante de la muerte los había convertido en una línea de brujos bastante flojos y dependientes.

Los llamaron regalos de poder porque eran el producto del conocimiento especializado de los brujos de la antigüedad. El misterio de esos regalos es que nadie en esta tierra, con la excepción del desafiante de la muerte, podría darles una muestra de ese conocimiento. Para entenderlo bien, lo extraordinario de los regalos del inquilino, no es el hecho de enseñar desplazamientos del punto de encaje a sitios específicos, esto puede hacerlo cualquier brujo impecable cómo era don Juan; sino es saber qué hacer con el cuerpo energético en cada una de esas posiciones para llegar a una percepción total. Don Juan decía que los brujos actuales no conocen los detalles de las miles y miles de posibles posiciones del punto de encaje. Es decir, las formas particulares de tratar el cuerpo energético para mantener el punto de encaje fijo en posiciones específicas.

Tomó su propio caso como ejemplo. Dijo que el regalo de poder que el desafiante de la muerte le dio había sido la posición del punto de encaje de un cuervo, y los procedimientos para manejar su cuerpo energético a fin de obtener la percepción total de un cuervo. Don Juan explicó que la total percepción y la total cohesión eran lo que los brujos antiguos buscaban a cualquier precio; y que, en el caso de su propio regalo de poder, llegó a la total percepción del cuervo por medio de procesos que tuvo que aprender, paso a paso, como se aprende el manejo de una máquina muy compleja. Don Juan continuó explicando que la mayoría de los desplazamientos del punto de encaje, que los brujos de hoy experimentan, son desplazamientos ligeros dentro de una delgada banda de filamentos luminosos en el interior del huevo luminoso, llamada la banda del hombre, o el aspecto puramente humano de la energía del universo. Más allá de esa banda, pero aún dentro del huevo luminoso, se encuentra el reino de los grandes desplazamientos. Cuando el punto de encaje se desplaza a cualquier sitio en esta área, lo que uno percibe es más o menos comprensible, pero se requiere de procedimientos extremadamente detallados para que la percepción no sea más o menos comprensible, sino total.



Cada gran desplazamiento implica posibilidades específicas que los brujos modernos podrían aprender, si supieran cómo fijar el punto de encaje en cualquiera de esas posiciones por un buen rato. Sólo los brujos de la antigüedad tenían el conocimiento específico para hacer esto. Don Juan decía que el conocimiento de procedimientos específicos implicado en esos grandes desplazamientos no le fue accesible a los ocho naguales que precedieron al nagual Sebastián. El inquilino le enseñó al nagual Sebastián cómo lograr percibir totalmente en diez posiciones nuevas del punto de encaje. El nagual Santisteban recibió siete, el nagual Luján cincuenta, el nagual Rosendo seis, el nagual Elías cuatro, el nagual Julián dieciséis, y a él le enseñaron dos. Su linaje conocía un total de noventa y cinco posiciones específicas del punto de encaje. Don Juan consideraba esto como una desventaja para su linaje, ya que el peso de esos regalos los acercaba a algo asqueroso para él: al temperamento de los brujos de la antigüedad.

Enseñanzas del Inquilino a Castaneda en el arte de ensoñar

El inquilino dijo a Castaneda que la segunda atención tiene infinitos tesoros que pueden ser descubiertos. La posición inicial en la que el ensoñador pone su cuerpo es de importancia clave. Y es ahí donde está el secreto de los brujos antiguos, que aun en sus tiempos ya eran antiguos.

Las posiciones gemelas

Los regalos que había dado a los naguales de su línea tenían que ver con lo que los brujos antiguos llamaban las posiciones gemelas. Lo que significaba que la posición inicial en la que el ensoñador mantiene su cuerpo para empezar a ensoñar es imitada en la posición en que mantiene su cuerpo energético durante los ensueños, a fin de fijar el punto de encaje en cualquier sitio que escoja. Las dos posiciones forman una unidad. A los brujos antiguos les llevó miles de años descubrir la relación perfecta entre posiciones gemelas.

El inquilino hacía mucho hincapié en la importancia de la posición corporal cuando nos echamos a dormir. Proponía una manera muy fácil de comprobar eso, llevando a cabo un ejercicio extremadamente delicado pero sencillo. Debemos empezar nuestro ensueño acostándonos en nuestro lado derecho, con las rodillas ligeramente dobladas. La disciplina es mantener esa posición y quedarse dormido en ella. Luego, en el ensueño, el ejercicio es ensoñar que nos acostamos exactamente en la misma posición y nos quedamos dormidos otra vez. Eso hace que el punto de encaje se fije, y realmente se fija en cualquier posición en la que se encuentre en el instante en que uno se quede dormido por segunda vez. El resultado de este ejercicio es la percepción total.

Como bien decía don Juan, los regalos del desafiante siempre eran regalos de percepción total. Las cuatro variantes del ejercicio son: quedarse dormido acostado

del lado derecho, del izquierdo, boca arriba y boca abajo. Y luego, en el ensueño, el ejercicio era ensoñar que uno se queda dormido por segunda vez en la misma posición en la que había comenzado a ensoñar. Los resultados son extraordinarios, e imposibles de predecir.

Intentar en la segunda atención

El inquilino llevó a Castaneda a ensoñar su ensueño, el escenario era el mismo pueblo de México en el que se encontraban. Le enseñó la cuarta compuerta del ensueño. Le dijo que su arte era ser capaz de proyectar su intento, y que todo lo que veía a su alrededor era su intento. Dijo que la iglesia y el pueblo eran el resultado de su intento; no existían y sin embargo sí existían. Este es uno de los misterios de intentar las posiciones gemelas del ensueño en la segunda atención, se puede hacer, pero no explicar ni comprender. El intento del inquilino en el primer ensueño fue el pueblo tal como era en el pasado, aquí llego Castaneda a la entrada de la cuarta compuerta, y la cruzó en un segundo ensueño cuando el inquilino hizo que su cuerpo energético viajara a otro lugar que existe hoy, por supuesto, únicamente en su intento.
El inquilino venía de una línea de brujos que sabía cómo proyectar su intento en la segunda atención y moverse con él. Su versión era que los brujos de su línea practicaban el arte de proyectar sus pensamientos durante el ensueño, para así poder lograr una verdadera reproducción de cualquier objeto, o estructura, o punto sobresaliente, o escena que escogieran. Decía que los brujos de su línea empezaban por mirar fijamente un simple objeto, memorizando cada uno de sus detalles. Luego cerraban los ojos y visualizaban el objeto, y después corregían su visualización con el objeto real hasta que pudieran verlo en su totalidad con los ojos cerrados. El próximo paso en este esquema de desarrollo era ensoñar con el objeto y crear en el ensueño, desde el punto de vista de su propia percepción, la completa materialización del objeto. Este acto era llamado el primer paso hacia la percepción total. De allí pasaban a visualizar más y más complejos artículos. Su objetivo final era que todos ellos juntos visualizaran un mundo total y después lo ensoñaran para así crear un reino totalmente real donde pudieran existir. Cuando cualesquiera de los brujos de la línea del inquilino eran capaces de hacer eso, podían fácilmente tirar de cualquiera adentro de su intento, adentro de su ensueño. Eso es lo que hizo el inquilino con Castaneda y lo que hizo con todos los naguales de su línea.

Poblaciones enteras desaparecieron ensoñando de esta manera. El inquilino dijo a Castaneda que la iglesia y el pueblo por el que pasearon, son uno de los misterios de intentar en la segunda atención. Los antiguos brujos primero visualizaron y luego recrearon en su ensueño la misma escena. Castaneda no había visualizado nada, así que para él era muy peligroso entrar en el ensueño del inquilino. Éste advertía que cruzar la cuarta compuerta y viajar a lugares que existen solamente en

el intento de alguien era peligrosísimo, ya que cada objeto en ese ensueño era el máximo de lo personal.

La esencia de su explicación era que, por ejemplo, si estuviéramos ensoñando con nuestro pueblo natal, y nuestro ensueño hubiera comenzado al acostarnos en nuestro lado derecho, podríamos fácilmente quedarnos en el pueblo de nuestro ensueño, si nos acostáramos en nuestro lado derecho en el ensueño y ensoñáramos que nos habíamos quedado dormidos. El segundo ensueño no sería sólo un ensueño de nuestro pueblo natal, sino el ensueño más concreto que uno se pueda imaginar.

El segundo ensueño es el misterio de intentar en la segunda atención: La única forma de cruzar la cuarta compuerta del ensueño.

Castaneda decía que en su entrenamiento de ensueño había tenido innumerables ensueños que fueron tan reales como el mundo diario, pero el inquilino le aseguró que todos sucedieron de pura casualidad, ya que el único modo de tener absoluto control de los ensueños es usando la técnica de las posiciones gemelas. Le dijo que no sabía cómo sucede. Simplemente sucede, como todo lo demás.

Ver en ensueños

El inquilino compartió con Castaneda la técnica más sencilla para ver en ensueños. Castaneda gritaba a todo pulmón su intención de *ver*, esto hizo tremenda gracia al inquilino, que le dijo que nada más hace falta señalar con el dedo meñique aquello que queremos ver en los ensueños.

Castaneda se maravillaba de lo real que parecían los edificios, y todos los demás elementos dentro del ensueño que compartió con el inquilino. Señaló con el dedo meñique compulsivamente todas las cosas y hasta las personas, y ninguna de ellas generaba energía. Entonces le dijo al inquilino que como podía ser todo tan real, si sólo eran elementos fantasmagóricos dentro de un ensueño, creados por el intento de ellos dos. El inquilino le dio una respuesta que lo dejó helado, le dijo que las personas que había visto no sólo eran sólidas como en la vida real, sino que hasta tenían pensamientos. Ese es el misterio de intentar en la segunda atención.

Volar en alas del intento

En su transacción con el desafiante de la muerte, Castaneda estuvo nueve días en la segunda atención. Eso es sólo un segundo para el desafiante de la muerte, pero una eternidad para nosotros. Don Juan le dijo que si todavía no podía recordar todas las cosas que le enseñó, y las cosas que hizo con él en la segunda atención, cuánto más difícil le sería recordar lo que le enseñó e hizo con él el desafiante de la muerte. Don Juan le hizo cambiar de niveles de conciencia, el inquilino le hizo cambiar de universos.



Carlos no quiso aceptar ningún regalo del inquilino, y le dijo que cogiera su energía de nagual gratuitamente, que no quería nada a cambio. Así que el desafiante de la muerte le tomó la palabra con su oferta de energía gratuita y usó el cuerpo energético de Carol Tiggs (mujer nagual del grupo de Castaneda) y el de Carlos para levantarse, para romper con sus amarras.

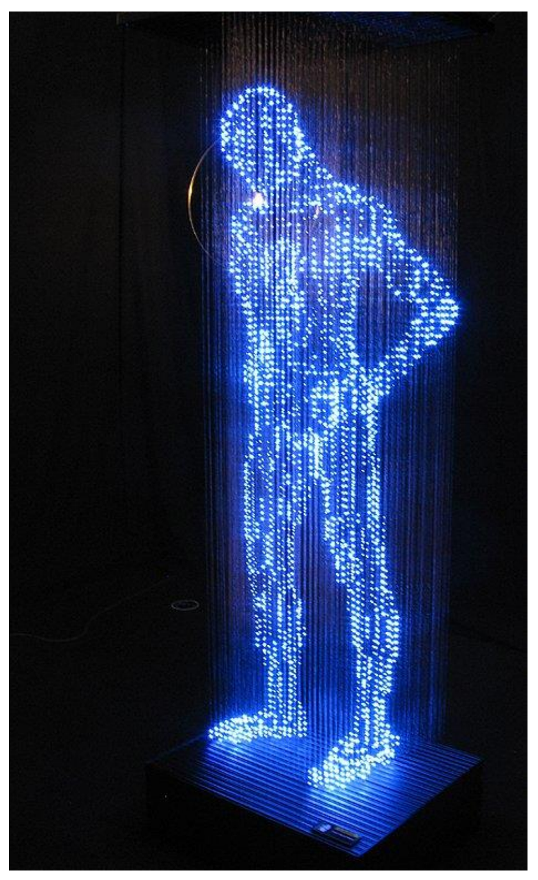
El inquilino usó el cuerpo energético de Carol Tiggs, de una manera oscura y portentosa, congruente con las maquinaciones de los brujos antiguos, y creó una Carol Tiggs de puro intento. Don Juan explicaba que Carol y el inquilino podrían haber llegado a una clase de convenio energético durante su encuentro. De esta manera los dos se fusionaron y volaron en alas del intento, hacia adelante en el tiempo.

El desafiante de la muerte hizo que Castaneda creara una Carol Tiggs de ensueño. Con esta manipulación encontró su escapatoria. Hizo un viaje con ellos.

El regalo del desafiante de la muerte entonces, consistió en infinitas posibilidades de ensueño. Una de ellas fue el ensueño que Carlos tuvo de Carol Tiggs en otro tiempo, en otro mundo, un mundo más vasto, con un final abierto. Un mundo donde lo imposible puede ser factible. El sentimiento pendiente fue que algún día no sólo iba a vivir esas posibilidades, sino a comprenderlas.

En conclusión, Castaneda creó una Carol hecha de puro intento, y ayudó sin ser consciente al inquilino a hilar ese ensueño. Su arte fue hacer de él una total realidad. Ese es el arte de los brujos antiguos; la cosa más temible que uno puede imaginar. Recibió la máxima lección sobre el ensueño, así es ensoñar. Sus transacciones son finales. Carol Tiggs se fue, adonde se fueron los brujos de la antigüedad. El regalo del desafiante de la muerte fueron infinitas posibilidades de ensueño. Castaneda no quiso nada concreto, así que el desafiante de la muerte le dio un regalo abstracto: la posibilidad de volar en alas del intento.

El molde del hombre



Para completar la explicación de la maestría del estar consciente de ser, en este punto el aprendiz debe romper por su cuenta la barrera de la percepción. Sin ayuda de nadie, tiene que mover su punto de encaje y alinear otra gran banda de emanaciones. Si no llega a lograr esto, todo lo que ha aprendido y ha hecho con su maestro será mera palabrería, simplemente palabras. Y las palabras valen poco.

Don Juan explicaba que al moverse el punto de encaje y al alcanzar cierta profundidad, rompe una barrera e interrumpe momentáneamente su capacidad para alinear emanaciones. Experimentamos esa ruptura e interrupción como un vacío perceptual. Ese momento era llamado la pared de niebla por los antiguos videntes, porque aparece un banco de niebla cada vez que el alineamiento de emanaciones da un traspié.

Hay tres maneras de tratar con esto. Se lo puede considerar de manera abstracta, como una barrera de percepción; se lo puede sentir como el acto de romper con el cuerpo entero un apretado tambor de papel; o se lo puede ver como una pared de niebla. Los antiguos videntes prefirieron verlo de esa manera. Don Juan decía que aportaba gran comodidad y holgura el verlo así, pero que también existía el grave peligro de convertir algo incomprensible en algo sombrío y agorero. Por lo tanto, él recomendaba dejar que las cosas incomprensibles siguieran siendo incomprensibles, en vez de convertirlas en parte del inventario de la primera atención.

Don Juan decía que no importaba que el guerrero viera la pared de niebla, porque tarde o temprano cambiaría. Los ejercicios de alinear emanaciones no usadas normalmente le permitían al punto de encaje ganar experiencia en moverse. Lo que sí debería preocupar al guerrero era cómo podría él, por sí mismo, darse el empujón inicial para desalojar su punto de encaje de su posición acostumbrada.

El alineamiento es la fuerza que tiene que ver con todo, por consiguiente, uno de sus aspectos, el intento, es lo que hace moverse al punto de encaje. Lo que le da el

empujón al punto de encaje es la maestría de la conciencia. Después de todo, nosotros los seres humanos, no somos en realidad gran cosa; en esencia, somos un punto de encaje fijo en cierta posición. Si queremos moverlo tomemos en cuenta primero a nuestro enemigo y nuestro amigo a la vez, nuestro diálogo interno, nuestro inventario. Apaguemos nuestro diálogo interno; hagamos nuestro inventario y después deshagámonos de él. Los nuevos videntes hacen inventarios precisos y después se ríen de ellos. Sin el inventario, el punto de encaje se libera.

Don Juan recordaba en este punto a sus aprendices que les había hablado largamente acerca de uno de los aspectos más sólidos de nuestro inventario: *nuestra idea de Dios*. Decía que ese aspecto era como una goma muy pegajosa que ligaba el punto de encaje a su posición original. Si nosotros fuéramos a alinear otro mundo total con otra gran banda de emanaciones, tendríamos que dar un paso obligatorio para poder soltar todas las amarras de nuestro punto de encaje.

Ese paso consiste en ver el molde del hombre. El guerrero debe hacerlo sin ayuda de nadie. Aunque antes ya lo ha visto incontables veces con la ayuda del Nagual. El molde del hombre es un enorme racimo de emanaciones en la gran banda de la vida orgánica. Se le llama el molde del hombre porque ese es el racimo que llena el interior del capullo del hombre. El molde del hombre es la porción de las emanaciones del Águila que los videntes pueden ver directamente sin peligro alguno para ellos.

Romper la barrera de la percepción es la última tarea de la maestría de la conciencia. Para poder mover nuestro punto de encaje a esa posición, por nuestra cuenta, tenemos que reunir mucha energía.

Don Juan decía también que hay una inmensurable área de conciencia entre la posición habitual del punto del encaje y la posición en la que ya no existen dudas, que por cierto es el lugar en el que se presenta la barrera de la percepción. En esa área inmensurable, los guerreros caen presa de todas las fechorías concebibles.

Tenemos que estar alerta y no perder la confianza, en vista de nuestras acciones, porque, de manera inevitable, nos veremos acosados en algún momento por un tenaz sentido de culpa y derrota. Los nuevos videntes recomiendan un acto muy sencillo, cuando la impaciencia, o la desesperación, o el enojo, o la tristeza cruza su camino. *Recomiendan que los guerreros giren sus ojos*. No importa en qué dirección; don Juan decía que prefería girar los suyos en el sentido de las manecillas del reloj. El movimiento de los ojos hace moverse o detenerse momentáneamente al punto de encaje. En ese movimiento encontraremos alivio. Esto se hace en sustitución de la verdadera maestría del intento.

Ver el molde del hombre por nuestra cuenta, sin ayuda de nadie, es un paso importantísimo, porque todos nosotros tenemos ciertas ideas que deben ser rotas

antes de que seamos libres; el vidente que penetra en lo desconocido para vislumbrar lo que no se puede conocer tiene que estar en un estado de ser impecable. El estar en un estado de ser impecable es estar libre de suposiciones racionales y temores racionales.

Don Juan no hablaba del molde del hombre en términos de las emanaciones del Águila, sino en términos de un patrón de energía que sirve para imprimir las cualidades de lo humano sobre una burbuja amorfa de materia biológica. Decía que era como un gigantesco molde, un sello que produce seres humanos uno por uno, interminablemente, como si llegaran a él sobre una banda continua de producción en masa. Hacía una vívida mímica del proceso al unir con gran fuerza las palmas de sus manos, como si el sello moldeara a un ser humano cada vez que eran unidas sus dos mitades.

Decía también que cada especie tiene su propio molde, y cada individuo de cada especie moldeado por el proceso muestra características particulares de su propia especie. Decía que tanto los antiguos videntes como los místicos de nuestro mundo tienen una cosa en común, han podido ver el molde del hombre, pero no entienden lo que es. A lo largo de los siglos, los místicos nos han legado conmovedores relatos de sus experiencias. Pero, por muy hermosos que sean, estos relatos se ven estropeados por el craso y desesperante error de pensar que el molde del hombre es un omnipotente y omnisciente creador; los antiguos videntes estaban igualmente errados al creer que el molde del hombre era un espíritu amistoso, un protector.

Don Juan aseguraba que los nuevos videntes eran los únicos que tenían la sobriedad para ver el molde del hombre y para entender lo que es. Lo que han llegado a entender es que el molde del hombre no es un creador, sino el molde de todos los atributos humanos que podamos concebir, y de algunos que ni siquiera podemos. El molde es nuestro Dios porque nos acuñó como lo que somos y no porque nos ha creado de la nada haciéndonos a su imagen y semejanza. Don Juan decía que, en su opinión, el caer de rodillas en presencia del molde del hombre exudaba arrogancia y egocentrismo humano.

Don Juan decía que nuestra creencia en Dios está basada en la fe y que, como tal, es una convicción de segunda mano que no significa nada; como la de todos los demás, nuestra creencia en la existencia de Dios está basada en un rumor que circula y no en el acto de ver. Aseguraba que, aunque fuéramos capaces de ver, era seguro que cometeríamos el mismo error de todos los místicos. Cualquiera que vea el molde del hombre supone automáticamente que es Dios.

Don Juan decía que la experiencia mística era un ver fortuito, algo que sucedía una sola vez en la vida, y que no tenía significado alguno porque era el resultado de un movimiento al azar del punto de encaje. Aseveraba que los nuevos videntes eran

realmente los únicos que podían emitir un juicio justo sobre este asunto, porque ellos eliminaron el ver fortuito y eran capaces de ver el molde del hombre cuantas veces quisieran. Por lo tanto, vieron que lo que llamamos Dios es un prototipo estático de lo humano, sin poder alguno. El molde del hombre no puede, bajo ninguna circunstancia, ayudarnos interviniendo a nuestro favor, ni puede castigarnos por nuestras malas acciones, ni recompensarnos de ninguna manera. Somos simplemente el producto de su sello, somos su impresión. El molde del hombre es exactamente lo que dice su nombre, un cuño, una forma, una moldura que agrupa a un haz particular de elementos, de fibras luminosas, que llamamos hombre.

Don Juan aclaraba a Castaneda que, de acuerdo a una recomendación de los nuevos videntes, había usado plantas de poder al principio de su aprendizaje. A través de su experiencia y de su ver, ellos sabían que las plantas de poder sacuden al punto de encaje, alejándolo enormemente de su posición normal. En principio, el efecto de las plantas de poder sobre el punto de encaje es muy parecido al efecto que producen los sueños: los sueños lo mueven mínimamente, pero las plantas de poder logran moverlo en una escala gigantesca. Un maestro usa los efectos desorientados de tal movimiento para reforzar la noción de que la percepción del mundo jamás es final.

Los nuevos videntes se encontraban en ventaja por ser capaces de ver el molde del hombre cuantas veces quisieran. Pero la verdadera ventaja era que tenían la sobriedad para poder examinar lo que veían. Los guerreros ven el molde del hombre como un varón porque su punto de encaje no posee la estabilidad para permanecer completamente pegado a su nueva posición, y se mueve lateralmente, en la banda del hombre. Es el mismo caso que ver la barrera de la percepción como una pared de niebla. Lo que hace moverse lateralmente al punto de encaje es un deseo casi inevitable, o una necesidad, de presentar lo incomprensible en términos que nos resulten familiares: una barrera es una pared y el molde del hombre sólo puede ser un hombre.

Don Juan decía que hay dos maneras de ver el molde del hombre. Lo podemos ver como un hombre o lo podemos ver como una luz. Eso depende del movimiento del punto de encaje. Si el movimiento es lateral, el molde es un ser humano; si el movimiento ocurre en la sección media de la banda del hombre, el molde es una luz. La posición en la que uno ve el molde del hombre es muy cercana a aquella en que aparecen el cuerpo de ensueño y la barrera de la percepción. Esa era la razón por la que los nuevos videntes recomendaban ver y comprender el molde del hombre.

El viaje del cuerpo de ensueño

El cuerpo de ensueño y la barrera de la percepción son posiciones del punto de encaje, ese conocimiento resulta tan vital para los videntes como el leer y escribir para el hombre moderno. Ambos son logros que se alcanzan después de años de práctica. Es muy importante que en un punto de su aprendizaje el guerrero recuerde la ocasión en que su punto de encaje alcanzó esa posición y creó su cuerpo de ensueño. El recuerdo del viaje principal del cuerpo de ensueño coloca el punto de encaje en posición para romper la barrera de la percepción y alinear otro mundo.
El cuerpo de ensueño es conocido por diferentes nombres. El nombre que más gustaba a don Juan es *el otro*. Ese término pertenece a los antiguos videntes, junto con el estado de ánimo que evoca. El término es misterioso, prohibido. Al igual que los antiguos videntes, provoca una sensación de oscuridad, de sombras. Los antiguos videntes decían que *el otro* siempre se presenta envuelto en un velo de viento. A lo largo de los años, don Juan y sus compañeros videntes trataron de hacer comprender a sus guerreros que podemos estar en dos lugares a la vez, que podemos experimentar una especie de dualidad perceptual.

Para los guerreros existen dos posiciones de su punto de encaje. En una ya no tienen dudas porque lo saben todo. En la otra, que es la conciencia normal, no tienen dudas porque no saben nada.

Don Juan decía que ninguna suposición racional debe interferir con las acciones de un vidente. Para recordar lo que el vidente hace en sus viajes, tiene que arreglárselas sin la racionalidad, pero tiene que hacerlo en el nivel de la conciencia acrecentada. Explicaba que el guerrero tiene que comprender que la racionalidad es una condición del alineamiento, el resultado de la posición del punto de encaje. Recalcaba que debemos entender esto estando en un estado de gran vulnerabilidad, como ocurre en la conciencia acrecentada. Es inútil entenderlo cuando nuestro punto de encaje ha alcanzado la posición en la que no hay dudas, porque comprensiones de esa naturaleza son trivialidades en esa posición. Resulta igualmente inútil entenderlo en un estado de conciencia normal; en un estado así, ese tipo de comprensiones son explosiones emocionales que tienen validez sólo mientras dura la emoción.

Los guerreros llegan a viajar grandes distancias en un segundo. Viajan porque despiertan en una posición de ensueño lejana. Sin embargo, la gran distancia no es lo importante; la posición de ensueño lo es. Si tiene la suficiente fuerza para atraerte, puedes ir hasta los confines de este mundo o más allá, al igual que los antiguos videntes. Muchos de ellos desaparecieron de este mundo porque despertaron en una posición de ensueño más allá de los límites de lo conocido.

No hay manera de saber cómo se lleva a cabo un viaje así. Una fuerte emoción, o un intento inflexible, o un gran interés sirven como guía; después el punto de encaje queda poderosamente fijo en la posición de ensueño, durante suficiente tiempo para arrastrar hasta allí a todas las emanaciones interiores del capullo.

En este punto los guerreros entran en la coherente pero irracional realización de que todo lo que hemos aprendido a percibir en el mundo está inextricablemente ligado a la posición en que se localiza el punto de encaje. Si el punto de encaje se mueve de esa posición, el mundo deja de ser lo que es para nosotros. Don Juan declaraba que un desplazamiento del punto de encaje más allá de la línea media del capullo del hombre hace que el mundo que percibimos y conocemos desaparezca de nuestra vista en un instante, como si lo hubieran borrado, porque la estabilidad, la sustancialidad que parece pertenecer a nuestro mundo perceptible es simplemente la fuerza del alineamiento. Ciertas emanaciones se alinean rutinariamente debido a la fijeza del punto de encaje en un sitio específico; eso es todo lo que es nuestro mundo.

La solidez del mundo no es el espejismo, el espejismo es la fijeza del punto de encaje en cualquier sitio. Cuando los videntes mueven sus puntos de encaje no confrontan una ilusión, confrontan otro mundo; ese mundo nuevo es tan real como el que ahora contemplamos, pero la nueva fijeza de sus puntos de encaje en el nuevo sitio, que produce ese nuevo mundo, es un espejismo en igual medida en que lo es la fijeza en el sitio cotidiano.

Por ejemplo, los guerreros se mueven en un estado de conciencia acrecentada. Todo lo que hacen y ven en un estado así no es una ilusión; es tan real como el mundo que enfrentarán al día siguiente en su vida diaria, y sin embargo, mañana, no existirá el mundo del que ahora son testigos. Sólo existe cuando su punto de encaje se mueve al sitio específico en el que están en ese momento. Una vez terminado su entrenamiento, la tarea que enfrentan los guerreros es una tarea de integración. En el curso de su entrenamiento, los guerreros, y especialmente los hombres naguales se ven instados a mover sus puntos de encaje a tantos sitios como sea posible. A medida que los recuerdan los integran en un todo coherente.

También es posible que dos o más personas despierten en la misma posición de ensueño. Así es como los antiguos brujos toltecas partían en grupos hacia lo desconocido. Se seguían uno, al otro. No hay manera de saber cómo sigue una persona a otra. Simplemente eso sucede así. Lo hace el cuerpo de ensueño. La presencia de otro ensoñador lo lleva a hacerlo.

El único dualismo que existe

El cuerpo energético como ya sabemos es un conglomerado de campos de energía que conforman el cuerpo físico cuando es visto como energía que fluye en el universo. Don Juan decía que era más pequeño, más compacto, y de apariencia más pesada que la esfera luminosa del cuerpo físico. El cuerpo y el cuerpo energético eran dos conglomerados de campos energéticos comprimidos y unidos por una extraña fuerza aglutinante. Había enfatizado una y otra vez que la fuerza que une esos dos grupos de campos energéticos era, según los chamanes del México antiguo, la fuerza más misteriosa en el universo. Él estimaba que era la esencia pura de todo el cosmos, la suma total de todo lo que es. Había asegurado que el cuerpo físico y el cuerpo energético eran las únicas configuraciones de energía en contrapeso en el reino humano.
Por tanto, él no aceptaba ningún otro dualismo. El dualismo entre cuerpo y mente, carne y espíritu, él los consideraba como una mera concatenación de la mente que surgía de ésta sin fundamento energético alguno. Don Juan había dicho que por medio de la disciplina es posible para cualquiera acercar el cuerpo energético hacia el cuerpo físico. Normalmente, la distancia entre los dos es enorme. Una vez que el cuerpo energético está dentro de cierto radio (que varía para cada uno de nosotros individualmente), cualquiera, por medio de la disciplina, puede tomar de él una réplica exacta del cuerpo físico; es decir, un ser sólido, tridimensional. De allí la idea de los chamanes *del otro o del doble*. Del mismo modo, a través de los mismos procesos de disciplina, cualquiera puede forjar de su cuerpo físico sólido, tridimensional, una réplica exacta de su propio cuerpo energético, es decir, una carga de energía etérea invisible al ojo humano, tal como lo es toda energía.

No es nada místico. Los chamanes eran seres prácticos, y lo que ellos describían era siempre algo muy sobrio y muy realista. De acuerdo a don Juan, la dificultad de entender lo que los chamanes hacían estaba en que ellos procedían desde un sistema cognitivo diferente.

El cuerpo energético es de una importancia clave en todo lo que ocurre en la vida de un guerrero. Don Juan veía como un hecho energético el que el cuerpo energético del aprendiz, en lugar de alejarse de su cuerpo físico (como sucede normalmente), se le acercaba a gran velocidad. ¿Qué significa el que se esté acercando? Significa que algo nos va a sacar la mugre. Un grado tremendo de control va a aparecer en nuestra vida, pero no nuestro control; el control del cuerpo energético. ¿Quiere decir esto que una fuerza externa va a controlarnos? Don Juan decía que hay montones de fuerzas externas controlándonos ahora mismo. El control al que se refería es algo que está fuera del dominio del lenguaje. Es nuestro control, pero a la vez no lo es. No puede ser clasificado, pero sí puede ser experimentado. Y, por cierto y sobre todo, puede ser manipulado. Recordemos: puede ser manipulado, por supuesto, para nuestro beneficio total, que no es, claro, nuestro propio beneficio sino el

beneficio del cuerpo energético. Sin embargo, el cuerpo energético somos nosotros, así es que podríamos continuar indefinidamente como perros mordiéndose la propia cola, tratando de explicar esto. El lenguaje es inadecuado. Todas estas experiencias están más allá de la sintaxis.

Romper la barrera de la percepción

Hemos llegado al final de la explicación del estar consciente de ser. Es el momento de que los guerreros, por su cuenta, unifiquen otro mundo y dejen de lado todas las dudas, para siempre. No debe haber ningún error respecto a lo que van a hacer. Primero desde la ventajosa posición de la conciencia acrecentada hacen que se mueva su punto de encaje y después deben alinear las emanaciones de otro mundo. Don Juan decía que los guerreros terminaban su entrenamiento cuando eran capaces de romper la barrera de la percepción, sin ayuda, partiendo de un estado normal de la conciencia. El nagual llevaba a los guerreros a ese umbral, pero el éxito dependía del individuo. El nagual simplemente los ponía a prueba, presionándolos de manera continua para que aprendieran a valerse por sí mismos.

El intento es la única fuerza que puede cancelar temporalmente al alineamiento. Los guerreros tienen que cancelar el alineamiento que los mantiene percibiendo el mundo cotidiano. Si usan el intento e intentan una nueva posición para su punto de encaje, y luego intentan que se fije allí durante suficiente tiempo, así alinean otro mundo y escapan de éste.

Los antiguos videntes siguen desafiando a la muerte hasta la fecha, haciendo precisamente eso: intentando que sus puntos de encaje permanezcan fijos en posiciones que los colocan en cualquiera de los siete mundos.

Alinear otros mundos no es sólo cuestión de práctica, sino cuestión de intento. Y tampoco es meramente un ejercicio de andar rebotando de esos mundos, como si tiraran de ti como una goma. Un vidente tiene que ser osado. Una vez que rompe la barrera de la percepción, no tiene porque regresar al mismo lugar de donde partió en el mundo.

Para los guerreros, el peligro de alinear otros mundos es que esos mundos son tan posesivos como el nuestro. La fuerza del alineamiento es tal que una vez que el punto de encaje se aleja de su posición normal, queda fijo en otras posiciones, aprisionado por otros alineamientos. Y los guerreros corren el riesgo de quedarse varados en una soledad sin límites.

Romper la barrera de la percepción es la culminación de todo lo que hacen los guerreros. Desde el momento en que queda rota esa barrera, el hombre y su destino adquieren un significado diferente. Debido a la trascendental importancia de

romper esa barrera, los nuevos videntes usan el acto de romperla como prueba final. La prueba consiste en saltar de la cima de una montaña a un abismo, estando en la conciencia normal. Si el guerrero que salta al abismo no borra el mundo cotidiano y alinea otro antes de tocar el fondo, morirá.

Los antiguos videntes solían decir que si los guerreros iban a tener un diálogo interno, debían sostener el diálogo apropiado. Para los antiguos videntes eso significaba un diálogo acerca de la brujería y del engrandecimiento de la importancia personal. Para los nuevos videntes no significa diálogo, sino el manejo desinteresado del intento, a través de comandos cuerdos.

El manejo del intento empieza con un comando dado a uno mismo; el comando se repite hasta que se convierte en el comando del Águila, y luego, el punto de encaje se mueve en cuanto los guerreros alcanzan el silencio interior. El hecho de que sea posible una maniobra tal es de singular importancia para los videntes, tanto antiguos como nuevos, pero por razones diametralmente opuestas. Saber que eso es posible permitió a los antiguos videntes mover sus puntos de encaje a increíbles posiciones de ensueño en el desconocido inconmensurable; para los nuevos videntes significa negarse a ser alimento, significa escapar del Águila, moviendo sus puntos de encaje a una muy peculiar posición de ensueño llamada libertad total.

Los antiguos videntes descubrieron que es posible mover el punto de encaje hasta el límite de lo conocido y mantenerlo fijo ahí, en un estado de conciencia acrecentada especial. Desde esa posición, vieron la viabilidad de mover lentamente sus puntos de encaje hacia otras posiciones permanentes más allá de aquel límite, una estupenda hazaña cargada de osadía, pero carente de cordura, porque jamás pudieron retractar el movimiento de sus puntos de encaje, o quizá jamás quisieron hacerlo. Ante la elección de morir en el mundo de los asuntos cotidianos o morir en mundos desconocidos, los hombres de espíritu aventurero elegían inevitablemente lo segundo, y que, dándose cuenta de que sus predecesores simplemente eligieron cambiar el lugar de su muerte, los nuevos videntes comprendieron la inutilidad de todo lo que los antiguos videntes hicieron; la inutilidad de luchar por controlar a sus semejantes, la inutilidad de alinear otros mundos y, sobre todo, la inutilidad de la importancia personal.

Una de las decisiones más afortunadas de los nuevos videntes fue el nunca permitir que sus puntos de encaje se movieran de manera permanente a cualquier posición que no sea la conciencia acrecentada. Desde esa posición, resolvieron de hecho el dilema de la inutilidad y se dieron cuenta de que la solución no consiste en escoger un mundo alternativo en el cual morir, sino en elegir la conciencia total, la libertad total. Don Juan comentaba que, sin saberlo, al elegir la libertad total, los nuevos videntes prosiguieron la tradición de sus predecesores y se convirtieron en la quintaesencia de los desafiantes de la muerte.

Los nuevos videntes descubrieron que, si se mueve constantemente el punto de encaje, hasta los confines de lo desconocido, pero se le hace regresar a una posición en el límite de lo conocido, cuando se le libera repentinamente se mueve como un rayo a todo lo ancho del capullo del hombre, alineado de golpe a todas las emanaciones interiores. *Los nuevos videntes se consumen con la fuerza del alineamiento*, con la fuerza de la voluntad, que han convertido en la fuerza del intento mediante una vida de impecabilidad.

El intento es el alineamiento de todas las emanaciones ambarinas de la conciencia, así que resulta correcto decir que la libertad total significa conciencia total.

La libertad es el don del Águila al hombre. Desgraciadamente, muy pocos hombres entienden que, para poder aceptar tan magnífico don lo único que necesitamos es tener suficiente energía. Y si eso es todo lo que necesitamos, entonces, sea como sea, tenemos que ser avaros con nuestra energía.

Ahora sabemos que los guerreros que quedan atrás tras la partida del Nagual, lo hacen para recordar la conciencia acrecentada y para recuperar la totalidad de si mismos. Y también sabemos que mientras más recuerden, más intensa será su exaltación y su asombro, pero también serán más grandes sus dudas y su confusión. Hasta ahora, parece que se les dejó atrás sólo para ser exasperados por las más trascendentes preguntas acerca de la naturaleza y el destino del hombre, hasta que llegue el día en que puedan tener suficiente energía, no sólo para verificar todo lo que les enseñó el nagual, sino también para aceptar ellos mismos el don del Águila, el don de la libertad total.

La Rueda del tiempo

Otra estupenda unidad del extraño sistema cognitivo de los brujos de la antigüedad, residía en la comprensión que tenían acerca de los conceptos de tiempo y espacio, y el modo en que los utilizaban. Para ellos, el tiempo y el espacio no eran los mismos fenómenos que forman parte de nuestras vidas en virtud de constituir parte integral de nuestro sistema cognitivo normal.
Para el hombre corriente, la definición clásica de tiempo podría más o menos ser esta: “un continuo no espacial en el que los eventos se producen en una sucesión aparentemente irreversible que va desde el pasado hacia el futuro a través del presente”. Y el espacio se podría definir como: “la extensión infinita del campo tridimensional, dentro del cual existen las estrellas y las galaxias: el universo”.

Para los chamanes del México antiguo, el tiempo era algo así como un pensamiento; un pensamiento pensado por algo de tal magnitud que rebasaba toda comprensión. Su razonamiento lógico era que el hombre, siendo parte de ese pensamiento pensado por fuerzas inconcebibles para su mente, todavía retenía un pequeño

porcentaje de dicho pensamiento; un porcentaje que podía ser redimido bajo determinadas circunstancias de extraordinaria disciplina.

El espacio era, para aquellos chamanes, un ámbito abstracto de actividad. Lo llamaban el infinito y se referían a él como la suma total de los esfuerzos de todas las criaturas vivas. El espacio era, para ellos, más accesible, algo casi práctico. Era como si tuvieran un mayor porcentaje en la formulación abstracta del espacio. Según las versiones aportadas por don Juan, los chamanes del México antiguo nunca contemplaron el tiempo y el espacio como oscuras abstracciones tal como lo hacemos nosotros. Para ellos, tanto el tiempo como el espacio, si bien incomprensibles en sus formulaciones, formaban parte integral del hombre.

Aquellos chamanes poseían otra unidad cognitiva, llamada la rueda del tiempo. Su manera de explicar la rueda del tiempo era decir que el tiempo era como un túnel de longitud y anchura infinitas, un túnel con surcos reflectantes. Cada uno de los surcos era infinito, y había un número infinito de ellos. Los seres vivos eran compelidos, por la fuerza de la vida, a fijar sus miradas en uno de los surcos. Mirar sólo uno de los surcos implicaba ser atrapados por él, vivir ese surco. La meta final de un guerrero es la de enfocar, mediante un acto de profunda disciplina, su atención inquebrantable en la rueda del tiempo con el fin de hacerla girar. Los guerreros que han logrado hacer girar la rueda del tiempo son capaces de mirar en el interior de cualquier otro surco y extraer de él lo que deseen.

Al librarse de la fuerza hechizante que nos obliga a contemplar sólo uno de esos surcos, los guerreros pueden mirar en cualquiera de las dos direcciones: al tiempo cómo se acerca o cómo se aleja de ellos. Vista de este modo, la rueda del tiempo constituye una irresistible influencia que atraviesa las vidas de los guerreros y llega aún más allá.

18. LOS CUATRO ENEMIGOS NATURALES

"Ser hombre de conocimiento es cosa temporal, no tiene permanencia. Uno no es nunca en realidad un hombre de conocimiento. Más bien, uno se hace hombre de conocimiento por un instante muy corto, después de vencer a los cuatro enemigos naturales" Don Juan Matus.

El miedo

Es el primer enemigo natural que un hombre debe derrotar en el camino del saber. Cuando un hombre empieza a aprender, nunca sabe lo que va a encontrar. Su propósito es deficiente; su intención es vaga. Espera recompensas que nunca llegarán, pues no sabe nada del trabajo que cuesta aprender. Pero uno aprende así, poco a poco al comienzo, luego más y más. Y sus pensamientos se dan de topetazos y se hunden en la nada. Lo que se aprende no es nunca lo que uno creía. Y así se comienza a tener miedo. El conocimiento no es nunca lo que uno espera. Cada paso del aprendizaje es un atolladero, y el miedo que el hombre experimenta empieza a crecer sin misericordia, sin ceder. Su propósito se convierte en un campo de batalla. Y así ha tropezado con el primero de sus enemigos naturales: ¡el miedo! Un enemigo terrible: traicionero y enredado como los cardos. Se queda oculto en cada recodo del camino, acechando y esperando. Y si el hombre, aterrado en su presencia echa a correr, su enemigo habrá puesto fin a su búsqueda.

El hombre que corre por miedo jamás aprenderá. Nunca llegará a ser hombre de conocimiento. Llegará a ser maleante, o un cobarde cualquiera, un hombre inofensivo, asustado; de cualquier modo, será un hombre vencido. Su primer enemigo habrá puesto fin a sus ansias.

¿Y qué puede hacer un hombre para superar el miedo?

La respuesta es muy sencilla. No debe correr. Debe desafiar su miedo, y pese a él debe dar el siguiente paso en su aprendizaje, y el siguiente, y el siguiente. Debe estar lleno de miedo, pero no debe detenerse. ¡Esa es la regla! Y llega un momento en que su primer enemigo se retira. El hombre empieza a sentirse seguro de sí. Su propósito se fortalece. Aprender no es ya una tarea aterradora. Cuando llega ese momento gozoso, el hombre puede decir sin duda que ha vencido a su primer enemigo natural.

Ocurre poco a poco, y sin embargo el miedo se conquista rápido y de repente. Una vez que el hombre ha conquistado el miedo, está libre de él por el resto de su vida, porque a cambio del miedo ha adquirido la claridad.

La claridad

La claridad de mente borra el miedo. Para entonces, un hombre conoce sus deseos; sabe cómo satisfacer esos deseos. Puede prever los nuevos pasos del aprendizaje, y una claridad nítida lo rodea todo. El hombre siente que nada está oculto. Y así ha encontrado su segundo enemigo: ¡la claridad! Esa claridad de mente, tan difícil de obtener, dispersa el miedo, pero también ciega. Fuerza al hombre a no dudar nunca de sí. Le da la seguridad de que puede hacer cuanto se le antoje, porque todo lo ve con claridad. Y tiene valor porque tiene claridad, y no se detiene en nada porque tiene claridad. Pero todo eso es un error; es como si viera algo claro pero incompleto. Si el hombre se rinde a esa ilusión de claridad, ha sucumbido a su segundo enemigo y será torpe para aprender. Se apurará cuando debía ser paciente, o será paciente cuando debía apurarse. Y tonteará con el aprendizaje, hasta que termine incapaz de aprender nada más.

Entonces su segundo enemigo natural habrá parado en seco sus intentos de hacerse hombre de conocimiento; en vez de eso, el hombre puede volverse un guerrero impetuoso, o un payaso. Pero la claridad que tan caro ha pagado no volverá a transformarse en oscuridad y miedo. Será claro mientras viva, pero ya no aprenderá ni ansiará nada.

Para evitar la derrota, debe hacer lo que hizo con el miedo: debe desafiar su claridad y usarla sólo para ver, y esperar con paciencia y medir con tiento antes de dar otros pasos; debe pensar, sobre todo, que su claridad es casi un error. Y vendrá un momento en que comprenda que su claridad era sólo un punto delante de sus ojos. Y así habrá vencido a su segundo enemigo, y llegará a una posición donde nada puede ya dañarlo. Esto no será un error ni tampoco una ilusión. No será solamente un punto delante de sus ojos. Ése será el verdadero poder.

Sabrá entonces que el poder tanto tiempo perseguido es suyo por fin. Puede hacer con él lo que se le antoje. Su aliado está a sus órdenes. Su deseo es la regla. Ve claro y parejo todo cuanto hay alrededor. Pero también ha tropezado con su tercer enemigo: ¡el poder!

El poder

El poder es el más fuerte de todos los enemigos. Y naturalmente lo más fácil es rendirse; después de todo, el hombre es de veras invencible. Él manda; empieza tomando riesgos calculados y termina haciendo reglas, porque es el amo del poder.

Un hombre en esta etapa apenas advierte que su tercer enemigo se cierne sobre él. Y de pronto, sin darse cuenta, habrá perdido sin duda la batalla. Su enemigo lo habrá transformado en un hombre cruel y caprichoso.

Un hombre vencido por el poder muere sin saber realmente cómo manejarlo. El poder es sólo una carga sobre su destino. Un hombre así no tiene dominio sobre sí mismo, ni puede decir cómo ni cuándo usar su poder.

Para vencer a su tercer enemigo, tiene que desafiarlo, con toda intención. Tiene que llegar a darse cuenta de que el poder que aparentemente ha conquistado no es nunca suyo en verdad. Debe tenerse a raya a todas horas, manejando con tiento, y con fe todo lo que ha aprendido. Si puede ver que, sin control sobre sí mismo, la claridad y el poder son peores que los errores, llegará a un punto en el que todo se domina. Entonces sabrá cómo y cuándo usar su poder. Y así habrá vencido a su tercer enemigo.

El hombre estará, para entonces, al fin de su travesía por el camino del conocimiento, y casi sin advertencia tropezará con su último enemigo: ¡la vejez! Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentar por un instante.

La vejez

Este es el tiempo en que un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo en que todo su poder está bajo control, pero también el tiempo en el que siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último asalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y su conocimiento.

Pero si el hombre se sacude el cansancio y vive su destino hasta el final, puede entonces ser llamado hombre de conocimiento, aunque sea tan sólo por esos momentitos en que logra ahuyentar al último enemigo, el enemigo invencible. Esos momentos de claridad, poder y conocimiento son suficientes.

La soledad que podría verse como otro enemigo natural, no lo es en absoluto según don Juan. Él decía que no podemos confundir la soledad con estar solos. La soledad es psicológica, es un estado mental. El estar solo es físico. Uno debilita, el otro da alivio.

19. PLANTITAS DE PODER



¿Que son?

En el contexto específico de sus enseñanzas, don Juan relacionaba el uso de la *Datura inoxia (yerba del diablo)* y la *Psilocybe mexicana (humito)* con la adquisición de poder, un poder que él llamaba un "aliado". Relacionaba el uso de la *Lophophora williamsii (Peyote)* con la adquisición de sabiduría, o conocimiento de la buena manera de vivir.

¿Por qué tomar plantitas de poder?

Las plantas de poder no son la faceta esencial en la descripción del mundo de un brujo, ni en las enseñanzas para llegar a ser hombre de conocimiento. Únicamente son una ayuda para aglutinar, por así decirlo, partes de la descripción que somos incapaces de percibir de otra manera. Nuestra insistencia en adherirnos a nuestra versión normal de la realidad nos hace casi sordos y ciegos a los objetivos del conocimiento. Por tanto, es sólo nuestra falta de sensibilidad lo que hace necesario en algunos casos el uso de plantas enteógenas.
La gorda explicaba que las plantas de poder sólo eran empleadas por los brujos que dominaban enteramente su arte. Eran tan poderosas y su manipulación tan delicada que requerían la más impecable de las atenciones por parte del brujo. Llevaba toda una vida ejercitar la atención en el nivel necesario. Agregaba que a la gente completa

no le hacía falta las plantas de poder, y que ni las hermanitas ni los Genaros (aprendices de don Juan) las habían tomado nunca; no obstante, algún día, cuando hubieran perfeccionado su arte como soñadores, se valdrían de ellas para lograr el impulso final y total, un impulso cuya magnitud no nos era posible concebir.

La gorda explicaba que los seres humanos poseen, en torno al estómago, un delicado halo, muy sensible a fuerzas externas. A veces, cuando el forcejeo era demasiado violento, como en el caso del contacto con los aliados, o cuando tomamos plantitas de poder, o incluso en el caso de encuentros con gente fuerte, el halo era agitado, cambiaba de color o se desvanecía por completo. En circunstancias tales, lo único que se podía hacer era, sencillamente, vomitar.

Mescalito

Mescalito es el nombre que daba don Juan y los linajes toltecas anteriores al espíritu de la planta del Peyote. Es curioso, a nivel científico el nombre de su principio activo que le confiere sus propiedades enteógenas es el de *mescalina.*
Don Juan decía que Mescalito es otra clase de poder, un poder único. Un protector, un maestro. A Mescalito no se le puede domar y usar como a un aliado. Mescalito está fuera de uno mismo. Escoge mostrarse en muchas formas a quienquiera que tenga enfrente, sin importarle que sea brujo o peón.

Mescalito es el maestro de la buena manera de vivir, muestra cómo vivir. A veces lo enseña en su mano, o en las piedras, o los árboles, o nada más delante de uno. Es una enseñanza específica para cada observador. Habla, pero no con palabras y a cada hombre de manera distinta.

Nadie puede instruir sobre él excepto él mismo, no existen pasos exactos para conocerle, es un poder único y no es el mismo para todos los hombres.

Mescalito te saca de ti mismo para darte una enseñanza.

Mescalito es manso como un niño una vez que lo conoces, pero en un principio puede ser aterrador. Muestra su bondad como protector y maestro. Puedes guardarlo contigo a toda hora y él cuidará de ti. Se puede guardar en una bolsita, amarrada con un cordón debajo del brazo o alrededor del cuello. Enseña a vivir como se debe, enseña las cosas y te dice lo que son.

Mescalito es un protector, un protector manso y bueno, pero eso no quiere decir que pueda uno burlarse o hablar de él a la ligera. Por ser un protector bueno también puede ser el horror mismo para los que no le gustan.

Toma cualquier forma, no hay formas comunes. Se aparece en cualquier forma a los que apenas lo conocen un poco, pero para quienes lo conocen bien es siempre

constante. A veces se les aparece como un hombre, igual que nosotros, o como una luz.

A Mescalito se le puede preguntar y recibes sus respuestas y consejos en mil formas, en formas hechas a tu medida, especiales para ti y sólo para ti.

Mescalito siempre está a disposición de quien lo busque, a diferencia de los aliados que sólo están a disposición de los brujos.

No a todos les gusta Mescalito, pero todos lo buscan con la idea de sacar provecho sin trabajar. Naturalmente, su encuentro con él siempre es horrendo.

Cuando acepta por entero a alguien se le presenta como una persona o como una luz. Es constante. Tienes que ser un hombre fuerte y tu vida tiene que ser verdadera. Una vida que se vive con la certeza nítida de estar viviéndola; una vida buena, fuerte.

Mescalito no necesita de nadie para existir como entidad, existe por si misma ahí afuera, libre.

Cuando Mescalito te enseña sus canciones y te da su nombre ya vas por tu propia cuenta. El protector te ha aceptado. De aquí en adelante ya no debes decir nada sobre tu relación con él. Tus tratos con él no deben mencionarse nunca a ningún ser viviente.

Las canciones son para llamar al protector, y debes usarlas siempre, junto con su nombre para llamarlo.

Requiere tiempo ver y entender de veras lo que Mescalito quiere decir, hay que pensar en sus lecciones hasta que se aclaren.

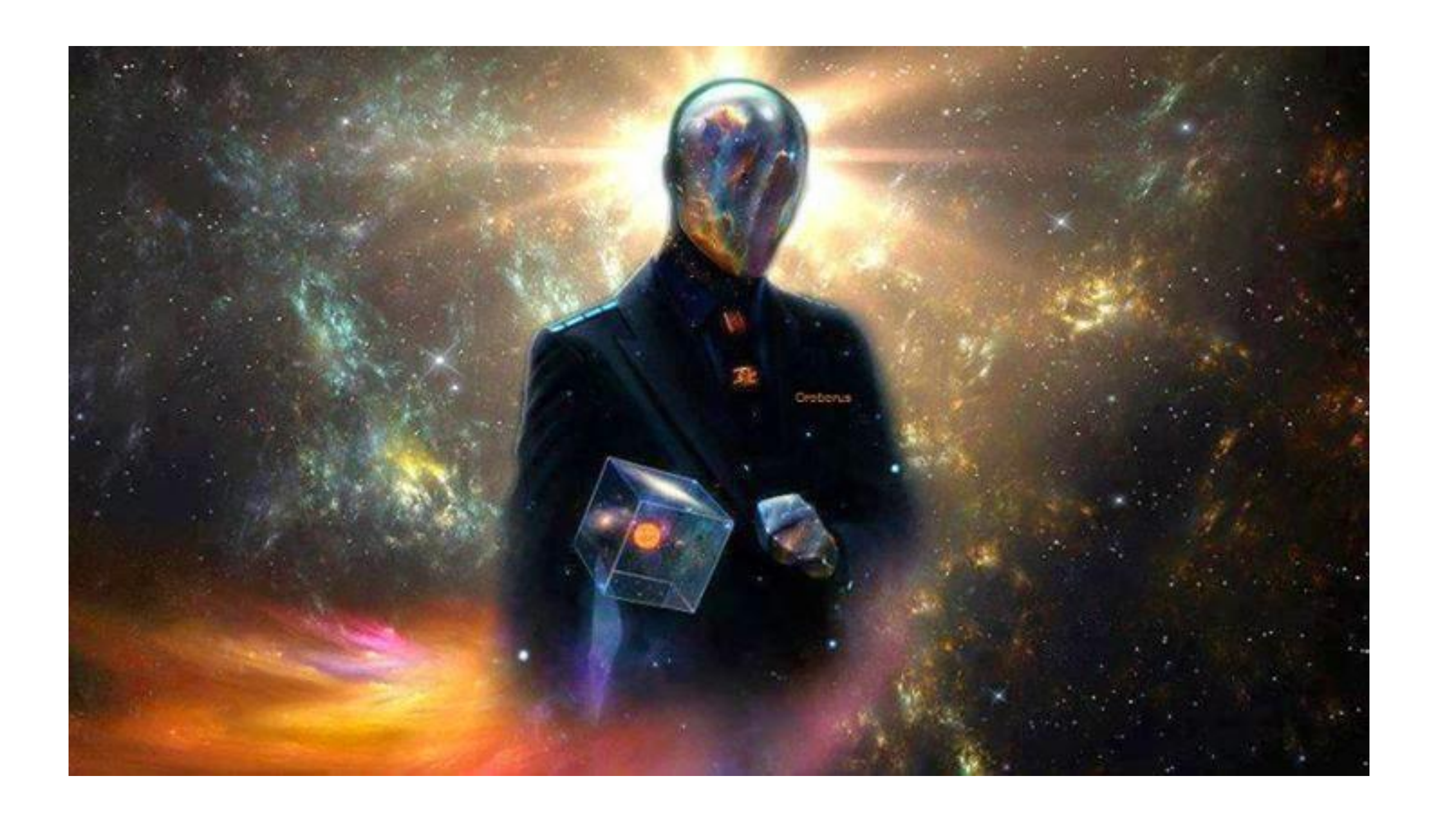
Mescalito no es como nada que hayamos visto nunca. Es como un hombre, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con uno. Es difícil explicarle eso a la gente que nada sabe de él y quiere saberlo todo de golpe. Y, además, sus lecciones son tan misteriosas como él mismo. Nadie puede predecir sus actos. Le haces una pregunta y él te enseña el camino, pero no te habla de él de la misma manera en que nosotros hablamos.

Es importante pensar en la pregunta que tenías en el corazón cuando vas a verle para así poder entender cuál es su lección.

¿Entonces Mescalito es real? ¿Es algo que pueda verse?

Es algo que puede atestiguarse, Castaneda lo vio como un perro en el principio de sus enseñanzas. Hasta que Mescalito le aceptó y entonces pudo verlo como hombre y como una luz.

20. LOS SERES INORGÁNICOS O ALIADOS



Seres Inorgánicos

Ya sabemos que existe en el universo una fuerza perenne que los chamanes del México antiguo llamaban el oscuro mar de la conciencia. Estando ellos en su máxima capacidad de su poder de percepción, vieron algo que les quebrantó todos sus esquemas. Vieron que el oscuro mar de la conciencia no es solamente responsable por la conciencia de los organismos, sino también por la conciencia de aquellas entidades que carecen de organismo.

Los antiguos chamanes descubrieron que el universo entero está compuesto de fuerzas gemelas, fuerzas que a la vez se oponen y que se complementan. Es irrefutable que nuestro mundo es un mundo gemelo. El mundo opuesto y complementario a él es uno que está poblado por entes que tienen conciencia, pero no un organismo. Por esta razón, los antiguos chamanes los llamaban seres inorgánicos. Nos podríamos preguntar ¿dónde está ese mundo? La respuesta es, como siempre, la más sencilla. Aquí donde tú y yo estamos sentados. Es nuestro mundo gemelo, así es que está íntimamente relacionado con nosotros. Los chamanes del México antiguo no pensaban como nosotros en términos de tiempo y espacio. Pensaban exclusivamente en términos de conciencia. Dos tipos de conciencia coexisten sin chocar una contra la otra porque cada tipo difiere totalmente del otro. Los antiguos chamanes se enfrentaron a este problema de coexistencia sin preocuparse del tiempo y el espacio. Razonaron que el grado de

conciencia de los seres orgánicos y el grado de conciencia de los seres inorgánicos era tan distinto que ambos podían coexistir sin la más mínima interferencia.

Esos seres inorgánicos se pueden percibir, los chamanes lo hacen a voluntad. Las personas comunes también lo hacen, pero no se dan cuenta de que lo están haciendo porque no son conscientes de la existencia del mundo gemelo. Cuando piensan en el mundo gemelo, se entregan a toda forma de masturbación mental, pero nunca se les ha ocurrido que sus fantasías tienen origen en el conocimiento subliminal que tenemos todos nosotros: el de que no estamos solos.

La dificultad de enfrentarse a las cosas en términos de tiempo y espacio, es que solamente te das cuenta si algo ha aterrizado en el espacio y tiempo que tienes disponible, el cual es muy limitado. Los chamanes, en cambio, tienen un campo inmenso sobre el cual pueden darse cuenta si algo extraño ha aterrizado. Muchas entidades del universo en su totalidad, entidades que poseen conciencia, pero no organismo, aterrizan sobre el campo de conciencia de nuestro mundo, o el campo de conciencia de su mundo gemelo, sin que el ser humano común se dé cuenta. Las entidades que aterrizan sobre nuestro campo de conciencia, o sobre el campo de conciencia de nuestro mundo gemelo, pertenecen a otros mundos que existen aparte del nuestro y su gemelo. El universo extendido está lleno hasta arriba de mundos de conciencia, inorgánicos y orgánicos.

Aquellos chamanes sabían cuándo la conciencia inorgánica de otros mundos aparte de nuestro mundo gemelo había aterrizado en su campo de conciencia. Igual que todo ser humano, aquellos chamanes hacían clasificaciones interminables de los diferentes tipos de esta energía que tiene conciencia. Los conocían por el término general de seres inorgánicos.

¿Tienen vida esos seres inorgánicos tal como nosotros tenemos vida? Si pensamos que el tener vida es tener conciencia, entonces sí tienen vida. Supongo que sería acertado decir que, si la vida puede medirse por la intensidad, la agudeza, la duración de esa conciencia, entonces podemos decir, con toda sinceridad, que están más vivos que nosotros.

¿Mueren esos seres inorgánicos? Si para nosotros la muerte es el final de la conciencia, sí, sí mueren. Termina su conciencia. Don Juan decía que su muerte es un tanto como la muerte de un ser humano y a la vez, no lo es, porque la muerte del ser humano tiene una opción escondida. Es algo así como una cláusula de un documento legal, una cláusula escrita en letra tan pequeña que apenas puedes verla. Necesitas lupa para leerla y sin embargo es la cláusula más importante del documento. La opción escondida de la muerte existe exclusivamente para los chamanes. Son los únicos, decía don Juan, que han leído la letra pequeña. Para ellos, la opción es pertinente y funcional. Para el ser humano común, la muerte significa

el fin de su conciencia, de su organismo. Para los seres inorgánicos, la muerte significa lo mismo: el final de su conciencia. En ambos casos, el impacto de la muerte es el acto de ser absorbido por el oscuro mar de la conciencia. Su conciencia individual, cargada con sus experiencias vitales, rompe sus parámetros y la conciencia como energía se derrama en el oscuro mar de la conciencia.

Para un brujo, la muerte es un factor unificante. En vez de desintegrar el organismo como pasa normalmente, la muerte lo unifica. La muerte para el chamán termina con el reino de estados emocionales en el cuerpo. Los antiguos chamanes creían que era el domino de diferentes partes del cuerpo los que reinaban sobre los estados y acciones del cuerpo total; partes que dejan de funcionar y arrastran el cuerpo al caos, como por ejemplo, cuando te enfermas por comer porquerías. En ese caso, el estado de tu estómago afecta todo lo demás. La muerte borra el dominio de las partes individuales. Unifica su conciencia dentro de una sola unidad. Para los chamanes, la muerte es un acto de unificación que emplea todo ápice de su energía.

Nosotros estamos pensando en la muerte como un cadáver que está delante nuestro, un cuerpo que ya empieza a descomponerse. Para los chamanes, cuando ocurre el acto de unificación, no hay cadáver. No hay descomposición. Sus cuerpos en su totalidad se vuelven energía, una energía que tiene conciencia, que no está fragmentada. Los límites que han sido impuestos por el organismo, límites que la muerte derriba, todavía siguen funcionando en el caso de los chamanes, aunque invisibles a simple vista. No estamos hablando del alma. Lo que les pasa a los chamanes, cuando recogen esa opción escondida de la muerte, es que se convierten en seres inorgánicos, muy especializados, seres inorgánicos de gran velocidad, seres capaces de maniobras estupendas de percepción. Emprenden entonces lo que los chamanes del México antiguo llamaban su viaje definitivo. El infinito llega a ser su reino de acción.

Don Juan pensaba que la conciencia de esos brujos terminaría de la manera en que termina la conciencia de los seres inorgánicos, pero nunca lo había visto. No lo sabía. Los antiguos chamanes creían que la conciencia de este tipo de ser inorgánico duraría mientras viva la Tierra. La Tierra es su matriz. Mientras perdure, su conciencia continúa. Para él, ésta era la afirmación más razonable.

Una vez Castaneda preguntó a don Juan: *-¿Hay posibilidad, don Juan, de que existan los fantasmas y las apariciones? -Lo que llamas fantasma o aparición -dijo-, al ser examinado a fondo por un chamán, se reduce a una cosa: es posible que cualquiera de estas apariciones fantasmales pudiera ser una conglomeración de campos de energía que tiene conciencia, y que nosotros convertimos en cosas que conocemos. Si es éste el caso, entonces las apariciones tienen energía. Los chamanes los llaman configuraciones generadoras de energía. O no emanan energía, en cuyo caso son creaciones fantasmagóricas, por lo general de una persona muy fuerte en términos de conciencia.*

Don Juan decía que los seres inorgánicos que poblaban nuestro mundo gemelo eran considerados, por los chamanes de su linaje, como nuestros parientes. Los chamanes creían que era inútil hacer amistad con nuestros familiares porque las exigencias que conllevaban tales amistades siempre eran exorbitantes. Decía que ese tipo de ser inorgánico que es primo hermano nuestro, se comunica con nosotros incesantemente, pero que su comunicación no ocurre al nivel consciente de la conciencia. En otras palabras, sabemos de ellos de manera subliminal, mientras que ellos saben todo acerca de nosotros de manera deliberada y consciente. -*¡La energía de nuestros primos hermanos no vale un pepino!* decía don Juan. Están tan jodidos como nosotros. Digamos que los seres orgánicos y los seres inorgánicos de nuestros mundos gemelos son hijos de dos hermanas que viven una al lado de la otra. Son totalmente iguales, aunque parezcan distintos. No pueden ayudarnos, y no podemos ayudarlos. Quizá pudiéramos unirnos y fundar una empresa familiar fabulosa, pero esto no ha sucedido. Ambas ramas de la familia son extremadamente sensibles y se ofenden por cualquier cosa, algo normal entre primos hermanos tan sensibles.

Lo esencial del asunto, según los chamanes del México antiguo, es que tanto los seres humanos como los seres inorgánicos de los mundos gemelos son enormes egocéntricos. Don Juan decía que podemos encontrar dos tipos de seres inorgánicos. Los aguados y los fogosos. Los aguados son más dados a los excesos, por tanto, debemos ser muy cuidadosos con ellos. Es fácil caer en relaciones de dependencia. Los brujos antiguos creían que esos eran afectuosos, capaces de imitar, o quizá hasta de tener emociones. Lo opuesto a los fogosos, a quienes los creían serios, contenidos, pero también más rimbombantes que los otros.

Los exploradores

Según don Juan, otra clasificación que los chamanes del México antiguo habían hecho de los seres inorgánicos era el de los exploradores, y con esto se referían a seres inorgánicos que surgen desde el fondo del universo y que poseen una conciencia infinitamente más aguda y veloz que la de los seres humanos. Afirmaba don Juan que los antiguos chamanes habían perfeccionado sus esquemas de clasificación a lo largo de generaciones y que sus conclusiones eran que ciertos tipos de seres inorgánicos procedentes de la categoría de exploradores, a causa de su vivacidad, eran parecidos al hombre. Podían formar vínculos y establecer una relación simbiótica con los hombres. Los antiguos chamanes llamaban a este tipo de seres inorgánicos los aliados. Don Juan explicaba que el error crucial de esos chamanes, con referencia a este tipo de ser inorgánico, era el atribuir características humanas a esa energía impersonal y creer que podían utilizarla. Tomaban esos bloques de energía como sus ayudantes y contaban con ellos sin comprender que, siendo pura energía, no tenían el poder de sostener el esfuerzo. Ya sabemos todo lo que hay que saber acerca de los seres inorgánicos, dijo don Juan a Castaneda en este

punto. La única manera que podemos comprobarlo es a través de la experiencia directa.

Aliados

Un aliado es un poder que un hombre puede traer a su vida para que lo ayude, lo aconseje y le dé la fuerza necesaria para ejecutar acciones, grandes o pequeñas, justas o injustas. Este aliado es necesario para engrandecer la vida de un hombre, guiar sus actos y fomentar su conocimiento. De hecho, un aliado es la ayuda indispensable para saber. Un aliado te hará ver y entender cosas sobre las que ningún ser humano podría jamás iluminarte.
No es ni espíritu ni guardián. Es una ayuda.

Un Aliado es un poder capaz de llevar a un hombre más allá de sus propios límites. Así es como un Aliado puede revelar cosas que ningún ser humano podría.

La adquisición de un Aliado requiere la enseñanza más precisa y el seguir, sin desviación, una serie de etapas o pasos.

El Aliado te transforma y te da poder sin mostrarse jamás. No puedes hablarle. Pero sabes que existe porque se lleva tu cuerpo y te hace ligero como el aire. No obstante nunca lo ves (puede verse en muchas formas, adopta cualquier forma). Pero allí está, dándote poder para que lleves a cabo cosas que ni te imaginas, como cuando se lleva tu cuerpo.

El poder que nos da puede ser inimaginable. Para manejar ese poder, hay que vivir una vida fuerte. La idea de una vida fuerte no atañe solo al periodo de preparación, sino también se vincula a la actitud del sujeto después de la experiencia. A veces es tan fuerte que sólo con fuerza es posible hermanarlo, de otro modo, la vida de uno se quebraría en pedazos.

El aliado transforma a los que llevan una vida impecable. A los que siguen el camino del Guerrero. A los demás solo les profiere experiencias aisladas que se quedan en simples interpretaciones equivocadas.

No son guardianes, no guardan nada. Son fuerzas ni buenas ni malas, sólo fuerzas que un brujo aprende a manejar.

Para los videntes los Aliados aparecen siempre como la figura que quieren representar, sea animal o humana, no como huevos luminosos que es como aparecen los seres orgánicos.

Pueden aparecer como piedras o montañas. Entre hombres se comportan como hombres. Entre animales como animales. Los animales suelen tenerles miedo, pero si están acostumbrados a verlos, los dejan en paz. Nosotros mismos hacemos algo

parecido. Tenemos montones de aliados entre nosotros, pero no los molestamos. Como nuestros ojos sólo pueden mirar las cosas, no los advertimos.

Todo lo que los aliados hacen tiene sentido. De sus acciones un brujo puede a veces, sacar su poder. Aunque un brujo no tenga aliado propio, mientras sepa ver puede manejar el poder observando las acciones de los aliados. Cada vez que ves uno te enseña algo.

Algo importante es que, si uno halla dos juntos, siempre son dos de la misma clase.

Los aliados no pueden tomar la iniciativa ni actuar directamente sobre nada; pueden, sin embargo, actuar sobre el hombre en forma indirecta. Entrar en contacto con un aliado es peligroso porque puede sacar lo peor de una persona. El aprendizaje es largo y arduo, porque hay que reducir al mínimo todo lo superfluo en la vida de uno, con el fin de soportar el impacto de tal encuentro.

Para tener un aliado, hay que ser un guerrero sin mancha, o el aliado puede volverse contra uno y destruirlo.

Los Aliados se ven en el mundo de todos los días en diferentes formas, eso para las personas que no han perdido la forma humana. De alguna manera transformamos esa energía, esa presencia, como un viento, como un brillo, en algo conocido.

El Nagual decía que en tanto uno conserva la forma humana, sólo le es posible reflejar esa apariencia, y, puesto que los aliados se alimentan directamente de nuestra fuerza vital, del centro de nuestro estómago, por lo general nos enferman; es entonces cuando los vemos como criaturas pesadas, feas. Todo lo que tenemos que hacer es perder nuestra forma humana (capítulo 8).

Definición de Aliado según Don Juan

En sus propias palabras:

"La manera en que uno entiende al aliado es asunto personal.
No hay manera de saber lo que es exactamente un aliado, así como no hay tampoco manera de saber lo que es exactamente un árbol. Podríamos decir que un árbol es un organismo viviente, pero eso no nos diría mucho. Podemos decir que un aliado es una fuerza, una tensión, pero eso tampoco dice demasiado sobre un aliado.
Igual que en el caso del árbol, el único modo de saber lo que es un aliado es experimentándolo. Por años enteros se prepara un guerrero para el interesantísimo encuentro con un aliado. Igual que el hombre común pasa años para presentarse con el árbol, aunque no se da cuenta de eso.
Un maestro debe familiarizar a su discípulo poco a poco con el aliado, pedazo a pedazo. En el curso de los años, el guerrero va guardando una gran cantidad de conocimiento al respecto, llega un día en que es capaz de armar todo ese conocimiento para vivir al aliado del mismo modo en que vivimos al árbol.

Nuestra razón no se da cuenta, porque para empezar no acepta la posibilidad del aliado. Por fortuna, no es la razón la que arma al aliado. Es el cuerpo. El guerrero percibe al aliado en muchos estados y ocasiones. Cada una de esas percepciones es guardada en su cuerpo. La suma de todos esos pedazos es el aliado. Yo no conozco otra manera de describirlo".

¿Cómo resguardarnos del impacto que nos pueden producir?

Debemos comprender, que es nuestra cognición, que es en esencia nuestro sistema de interpretación, la que restringe nuestros recursos. Nuestro sistema de interpretación es lo que nos dice cuáles son los parámetros de nuestras posibilidades, y cómo hemos estado utilizando ese sistema de interpretación toda la vida, no nos atrevemos a ir contra sus dictámenes. La energía de los seres inorgánicos nos empuja e interpretamos ese empujón según nuestro estado de ánimo. Lo más sobrio que se puede hacer, según el chamán, es relegar esas entidades a un nivel abstracto. Cuantas menos interpretaciones haga el chamán, mejor. Cuando nos enfrentemos a la visión extraña de una aparición, debemos mantenernos firmes y quedarnos mirándolo desde una postura inflexible. Si es ser inorgánico, nuestra interpretación se va a caer como las hojas muertas. Si nada pasa, es una aberración de nuestra mente, que de todas maneras no es nuestra mente.

Un guerrero elige los elementos que forman su mundo. Elige con deliberación, pues cada elemento que escoge es un escudo que lo protege de los ataques de las fuerzas que él lucha por usar. Utiliza sus resguardos para protegerse de su aliado.
Un hombre común igualmente rodeado de esas fuerzas inexplicables, se olvida de ellas porque tiene otras clases de resguardos especiales para protegerse. Esos resguardos son lo que la gente hace, su hacer. Cada vez que un brujo se encuentra con cualquiera de esas fuerzas inexplicables e inflexibles, su abertura se ensancha, haciéndolo susceptible a su muerte; por esa abertura en el huevo luminoso es por donde se muere. Por ello, si está abierta, uno tiene que tener la voluntad lista para llenarla; eso es, si uno es guerrero. Si uno no es guerrero, el único recurso que le queda es usar las actividades de la vida cotidiana para apartar la mente del susto del encuentro y así permitir que la abertura se cierre.
Un brujo encuentra esas fuerzas inexplicables porque las anda buscando adrede; así que siempre está preparado para el encuentro. Actuando como guerrero y eligiendo los elementos de su mundo.

Elementos del mundo de un guerrero que le protegen de esas fuerzas inexplicables

El guerrero debe elegir determinado número de cosas que le den paz y placer, cosas que pueda usar deliberadamente para apartar los pensamientos de su susto y cerrarle y hacerle macizo.
Esas cosas tienen que ver con el camino con corazón (Capítulo 4). La consistente preferencia por el camino con corazón es lo que diferencia al guerrero del hombre

común. Sabe que un camino tiene corazón cuando es uno con él, cuando experimenta gran paz y placer al atravesar su largo. Las cosas que un guerrero elige para hacer sus resguardos son los elementos de un camino con corazón.

Cuando un guerrero se ve en un encuentro sorpresivo con un aliado, sencillamente le vuelve la espalda sin pensarlo dos veces. Un guerrero no se entrega; por eso no puede morir de susto. Un guerrero permite que el aliado venga sólo cuando él ya está listo y preparado. Cuando es lo bastante fuerte para forcejear con el aliado, ensancha su abertura y va para afuera, agarra al aliado, lo tiene sujeto y le clava la vista exactamente el tiempo que necesita; luego hace los ojos a un lado y suelta al aliado y lo deja ir. Un guerrero siempre manda.

La Gorda explicaba que un contacto con los aliados podía producir una transpiración sumamente dañina, que debía eliminarse de inmediato. Hay que bañarse con agua helada.

El encuentro con el Aliado en el tonal o mundo de todos los días

Las plantas de poder son sólo una ayuda, lo de verdad es cuando el cuerpo se da cuenta de que puede *ver*. Solo entonces somos capaces de saber que el mundo que contemplamos cada día no es nada, sólo una descripción. Después, en poco tiempo, el Aliado se pone en nuestro camino. No hay manera de evitarlo. Para *ver* hay que aprender la forma en que los brujos miran el mundo; por eso hay que llamar al Aliado, y una vez que se le llama, viene.
Está aquí mismo, o allí, o en cualquier otro sitio. El aliado nos espera, igual que la muerte nos espera, en todas partes y en ninguna en particular.

Una vez se le ha llamado, puede aparecer en cualquier sitio o situación, pero sobre todo en momentos de soledad y de silencio interno, en momentos de no hacer… y cuando no estemos rodeados de entretenimientos cotidianos. Cuando vemos al aliado delante nuestro, un escalofrío sube por la espalda y el cuello…. Si el cuello se pone duro es señal de que estamos listos. Aunque tengamos miedo, pero hay algo que nos da un cierto impulso, un sentimiento de poder personal, de que podemos enfrentarnos a él.

En tal situación siempre hay que cerrar la boca. El choque que uno recibe al agarrar un aliado es tan grande que uno podría arrancarse la lengua de un mordisco o romperse los dientes. El cuerpo debe estar recto y bien plantado, y los pies deben agarrarse bien al suelo. El cuerpo ligeramente doblado en las rodillas, los brazos colgando a los lados con los dedos curvados suavemente. Todo lo que tienes que hacer es plantarte con firmeza para soportar el impacto. Luego hay que saltar sobre él y agarrarlo con fuerza y mucha firmeza. En ese momento se reciben descargas (de algo que asemeja electricidad… con matices de agua o fuego) y se debe soportar una

fuerza tremenda. Es importante no soltarlo hasta que el movimiento, la tremenda vibración y descarga baje su intensidad; hasta que notemos que somos nosotros los que dominamos la situación. Podemos sostener su mirada el tiempo que queramos y luego decidimos cuando mirar a un lado y levantarnos, cesar el abrazo, en ese momento ese ser ya es nuestro Aliado.

Don Juan y don Genaro tenían sus aliados en calabazas. Nadie sabe cómo se las arreglaban para mantener a sus aliados dentro de ellas. Todo lo que el Nagual sabía era que, antes de someter al aliado, era necesario dar con una calabaza pequeña, perfecta y con cuello. Esa calabaza puede hallarse en cualquier parte. El Nagual aseguraba que, en el caso de sobrevivir al ataque de un Aliado, debemos lanzarnos a la búsqueda de la calabaza perfecta, que debe ser del tamaño del pulgar de la mano izquierda. Ese era el tamaño de la calabaza del Nagual.

El Nagual decía que una calabaza de esa clase no está en el mundo de los hombres. Es como un pequeño lío que se puede ver pendiendo de sus cinturones. Pero si se la observa deliberadamente, no se ve nada. La calabaza, una vez encontrada, debe cuidarse con gran esmero. Por lo general, las brujas las hallan en las parras de los bosques. Las cogen y las secan y las vacían. Y luego las desbastan y las pulen. Tan pronto como el brujo tiene su calabaza, debe ofrecerla a los aliados y persuadirlos para que vivan en ella. Si los aliados consienten, la calabaza desaparece del mundo de los hombres y los aliados se convierten en la ayuda para el brujo. El Nagual y Genaro eran capaces de hacer hacer a sus aliados todo lo que necesitasen. Cosas que no podían hacer por si mismos. Como, por ejemplo, enviar al viento en busca de un aprendiz, u ordenar a un pollito que se meta en la blusa de una persona.

El Nagual decía que los Aliados podían ser un verdadero problema. Porque son fuerzas y, como tales, pueden vaciarte hasta reducirte a la nada. El Nagual sostenía que se estaba mejor sin nada que no fuera nuestra resolución y nuestra voluntad.

¿Que hacen los aliados en el mundo?

Es como si preguntáramos qué hacemos nosotros en el mundo. No lo sabemos, aquí estamos eso es todo. Y los aliados estaban aquí mucho antes que nosotros.

El Volador (la mente foránea o instalación extranjera)

Según don Juan los seres humanos eran viajeros en el oscuro mar de la conciencia, y esta Tierra no es más que una estación en su viaje; por razones ajenas, los viajeros vieron interrumpido su viaje. Decía que los seres humanos estaban dentro de una especie de remolino, una contracorriente que les daba la impresión de moverse, cuando en esencia estaban fijos. Mantenía que los chamanes eran los únicos que se

oponían a una fuerza, fuera la que fuera, que mantenía presos a los seres humanos, y que los chamanes, por medio de su disciplina, se liberaron de las garras de esta fuerza y continuaron su viaje de la conciencia.
Don Juan decía que parando el diálogo interno y observando atentamente en la noche, podían verse unas sombras fugaces. Los chamanes del México antiguo fueron los primeros que vieron esas sombras fugaces, así es que las siguieron. Las vieron cómo podemos verlas nosotros, y las vieron como energía que fluye en el universo. Y, sí, descubrieron algo trascendental.

Descubrieron que tenemos un compañero de por vida. Tenemos un predador que vino desde las profundidades del cosmos y tomó control sobre nosotros. Los seres humanos son sus prisioneros. El predador es nuestro amo y señor. Nos ha vuelto dóciles, indefensos. Si queremos protestar, suprime nuestras protestas. Si queremos actuar independientemente, nos ordena que no lo hagamos.

Aquí hemos llegado al tema de temas. ¡Desde luego que algo nos tiene prisioneros! Esto era un hecho energético para los chamanes del México antiguo. Pero, ¿por qué este predador ha tomado posesión de la manera que lo ha hecho? Debe haber una explicación lógica. Hay una explicación, y es la explicación más simple del mundo. Tomaron posesión porque para ellos somos comida, y nos exprimen sin compasión porque somos su sustento. Así como nosotros criamos gallinas en gallineros, así también ellos nos crían en humaneros. Por lo tanto, siempre tienen comida a su alcance.

Apelemos a nuestra mente analítica. Pensemos por un momento, cómo explicaríamos la contradicción entre la inteligencia del hombre-ingeniero y la estupidez de sus sistemas de creencias, o la estupidez de su comportamiento contradictorio. Los chamanes creen que los predadores nos han dado nuestro sistema de creencias, nuestras ideas acerca del bien y el mal, nuestras costumbres sociales. Ellos son los que establecieron nuestras esperanzas y expectativas, nuestros sueños de triunfo y fracaso. Nos otorgaron la codicia, la mezquindad y la cobardía. Es el predador el que nos hace complacientes, rutinarios y egocéntricos.

Para mantenernos obedientes, dóciles y débiles, los predadores se involucraron en una maniobra estupenda (estupenda, por supuesto, desde el punto de vista de un estratega). Una maniobra horrible desde el punto de vista de quien la sufre. ¡Nos dieron su mente!

Los predadores nos dieron su mente, que se vuelve nuestra mente. La mente del predador es barroca, contradictoria, mórbida, llena de miedo a ser descubierta en cualquier momento. Aunque nunca hemos sufrido hambre, tenemos unas ansias continuas de comer, lo cual no es sino las ansias del predador que teme que en cualquier momento su maniobra será descubierta y la comida le será negada. A

través de la mente, que después de todo es su mente, los predadores inyectan en las vidas de los seres humanos lo que sea conveniente para ellos. Y se garantizan a ellos mismos, de esta manera, un grado de seguridad que actúa como amortiguador de su miedo.

Los chamanes ven a los niños humanos como extrañas bolas luminosas de energía, cubiertas de arriba a abajo con una capa brillante, algo así como una cobertura plástica que se ajusta de forma ceñida sobre su capullo de energía. Esa capa brillante de conciencia es lo que los predadores consumen, y cuando un ser humano llega a ser adulto, todo lo que queda de esa capa brillante de conciencia es una angosta franja que se eleva desde el suelo hasta por encima de los dedos de los pies. Esa franja permite al ser humano continuar vivo, pero sólo apenas.

Don Juan Matus explicaba que, hasta donde él sabía, la humanidad era la única especie que tenía la capa brillante de conciencia por fuera del capullo luminoso. Por lo tanto, se volvió presa fácil para una conciencia de distinto orden, tal como la pesada conciencia del predador. Decía que esta angosta franja de conciencia es el epicentro donde el ser humano está atrapado sin remedio. Aprovechándose del único punto de conciencia que nos queda, los predadores crean llamaradas de conciencia que proceden a consumir de manera despiadada y predatorial. Nos otorgan problemas banales que fuerzan a esas llamaradas de conciencia a crecer, y de esa manera nos mantienen vivos para alimentarse con la llamarada energética de nuestras pseudo-preocupaciones.

Castaneda preguntaba a don Juan: "*¿Pero por qué, si los chamanes del México antiguo, y todos los chamanes de la actualidad, ven los predadores no hacen nada al respecto? -No hay nada que tú y yo podamos hacer -decía don Juan con voz grave y triste-. Todo lo que podemos hacer es disciplinarnos hasta el punto de que no nos toquen. ¿Cómo puedes pedirles a tus semejantes que atraviesen los mismos rigores de la disciplina? Se reirán y se burlarán de ti, y los más agresivos te darán una patada en el culo. Y no tanto porque no te crean. En lo más profundo de cada ser humano, hay un saber ancestral, visceral acerca de la existencia del predador*".

Los chamanes del México antiguo vieron al predador. Lo llamaron el volador porque brinca en el aire. No es nada bonito. Es una enorme sombra, de una oscuridad impenetrable, una sombra negra que salta por el aire. Luego, aterriza de plano en el suelo. Los chamanes del México antiguo estaban bastante inquietos con saber cuándo había hecho su aparición en la Tierra. Razonaron que el hombre debía haber sido un ser completo en algún momento, con estupendas revelaciones, proezas de conciencia que hoy en día son leyendas mitológicas. Y luego todo parece desvanecerse y nos quedamos con un hombre sumiso.

Lo que don Juan decía es que no nos enfrentamos a un simple predador. Es muy ingenioso, y es organizado. Sigue un sistema metódico para volvernos inútiles. El hombre, el ser mágico que es nuestro destino alcanzar, ya no es mágico. Es un pedazo de carne. No hay más sueños para el hombre sino los sueños de un animal que está siendo criado para volverse un pedazo de carne: trillado, convencional, imbécil.

Este predador que, por supuesto es un ser inorgánico, no nos es del todo invisible, como lo son otros seres inorgánicos. Creo que de niños sí los vemos, y decidimos que son tan terroríficos que no queremos pensar en ellos. Los niños podrían, por supuesto, decidir enfocarse en esa visión, pero todo el mundo a su alrededor lo disuade de hacerlo.

La única alternativa que le queda a la humanidad decía don Juan es la disciplina. La disciplina es el único repelente. Pero con disciplina no se refería a arduas rutinas. No se refería a levantarse cada mañana a las cinco y media y a darnos baños de agua salada. Los chamanes entienden por disciplina la capacidad de enfrentar con serenidad circunstancias que no están incluidas en nuestras expectativas. Para ellos, la disciplina es un arte: el arte de enfrentarse al infinito sin vacilar, no porque sean fuertes y duros, sino porque están llenos de asombro.

Los chamanes dicen que la disciplina hace que la capa brillante de conciencia se vuelva desabrida para el volador. El resultado es que los predadores se desconciertan. Una capa brillante de conciencia que sea incomible no es parte de su cognición. Una vez desconcertados, no les queda otra opción que descontinuar su nefasta tarea. Si los predadores no nos comen nuestra capa brillante de conciencia durante un tiempo, ésta seguirá creciendo. Simplificando este asunto en extremo, se puede decir que los chamanes, por medio de su disciplina, empujan a los predadores lo suficientemente lejos para permitir que su capa brillante de conciencia crezca más allá del nivel de los dedos de los pies. Una vez que pasa este nivel, crece hasta su tamaño natural.

Los chamanes del México antiguo decían que la capa brillante de conciencia es como un árbol. Si no se lo poda, crece hasta su tamaño y volumen naturales. A medida que la conciencia alcanza niveles más altos que los dedos de los pies, tremendas maniobras de percepción se vuelven cosa corriente. El gran truco de esos chamanes de tiempos antiguos era sobrecargar la mente del volador con disciplina. Descubrieron que, si agotaban la mente del volador con silencio interno, la instalación foránea saldría corriendo, dando al practicante envuelto en tal maniobra la total certeza del origen foráneo de la mente. La instalación foránea vuelve, aseguraba don Juan, pero no con la misma fuerza, y comienza un proceso en que la huida de la mente del volador se vuelve rutina, hasta que un día desaparece de forma permanente. ¡Un día de lo más triste! Ése es el día en que tenemos que contar

con nuestros propios recursos, que son prácticamente nulos. No hay nadie que nos diga qué hacer. No hay una mente de origen foráneo que nos dicte las imbecilidades a las que estamos acostumbrados.

El nagual Julián, les advertía a todos sus discípulos, que éste era el día más duro en la vida de un chamán, pues la verdadera mente que nos pertenece, la suma total de todas nuestras experiencias, después de toda una vida de dominación se ha vuelto tímida, insegura y evasiva. Personalmente, don Juan decía a sus aprendices, que la verdadera batalla de un chamán comienza en ese momento. El resto es mera preparación.

¿Qué queremos decir con eso de agotar la mente del volador? La disciplina definitivamente agota la mente foránea. Entonces, a través de su disciplina, los chamanes se deshacen de la instalación foránea.

Ahora vamos a revelar uno de los secretos más extraordinarios de la brujería. Vamos a describir un hallazgo que les costó a los chamanes miles de años para verificar y consolidar. La mente del volador huye para siempre cuando un chamán logra asirse a la fuerza vibradora que nos mantiene unidos como conglomerado de fibras energéticas. Si un chamán mantiene esa presión durante suficiente tiempo, la mente del volador huye derrotada. Y eso es exactamente lo que vamos a hacer: agarrarnos a la energía que nos mantiene unidos.

Cuando nos disponemos con intento inflexible a hacer lo que se describe anteriormente, podemos entrar en un estado de confusión, de rechazo muy fuerte y hasta tener convulsiones como le pasó a Castaneda. Don Juan decía que no debemos preocuparnos, la mente del volador no tiene concentración alguna. Después de un momento, todo para, como lo había previsto don Juan. Estamos desgarrados por una lucha interna. Muy en lo profundo, sabemos que somos incapaces de rechazar el acuerdo de que una parte indispensable de nosotros, nuestra capa brillante de conciencia, servirá de alimento incomprensible a unas entidades, naturalmente, también incomprensibles. Y otra parte de nosotros se opondrá a esta situación con toda su fuerza. La revolución de los chamanes, es que rehúsan honrar acuerdos en los que no han participado. Nadie nos preguntó si consentíamos ser comidos por seres de otra clase de conciencia. Nuestros padres nos trajeron a este mundo para ser comida, sin más, como lo fueron ellos; fin de la historia.

Las jugarretas de la mente del volador

"La mente del volador no te ha abandonado, dijo don Juan un día a Castaneda. Ha sido seriamente injuriada. Está haciendo lo posible por restablecer su relación contigo. Pero algo en ti se ha roto para siempre. El volador lo sabe. El verdadero peligro está en que la mente del volador te puede vencer agotándote y forzándote a abandonar; jugando con la contradicción entre lo que ella te dice y lo que yo te digo. Te digo, la mente del volador no

tiene competidores. Cuando propone algo, está de acuerdo con su propia proposición, y te hace creer que hiciste algo de valor. La mente del volador te dirá que lo que don Juan Matus te está diciendo es puro disparate, y luego la misma mente estará de acuerdo con su propia proposición. ¡Sí, por supuesto, es un disparate!, dirás. Así nos vencen. Los voladores son una parte esencial del universo, y deben tomarse como lo que son realmente: asombrosos, monstruosos. Son el medio por el cual el universo nos pone a prueba. Somos sondas creadas por el universo, y es porque somos poseedores de energía con conciencia, que somos los medios por los que el universo se vuelve consciente de sí mismo. Los voladores son los desafiantes implacables. No pueden ser considerados de ninguna otra forma. Si lo logramos, el universo nos permite continuar."

Decía don Juan que existe una idea rara que podemos poner sobre la mesa a modo de investigación científico-social, y es que todo ser humano en esta tierra parece tener las mismas reacciones, los mismos pensamientos, los mismos sentimientos. Parecen responder de la misma manera a los mismos estímulos. Esas reacciones parecen estar en cierto modo nubladas por el lenguaje que hablan, pero si escarbamos esa superficie son exactamente las mismas reacciones que asedian a cada ser humano en el mundo. Estaría bien que esto nos causara curiosidad como científicos sociales, por supuesto, y que viéramos si podemos explicar esta homogeneidad.

Experiencia de Castaneda con el volador

En un momento del aprendizaje don Juan puso a Castaneda la tarea del día, le dijo así: *"es una de las tareas más misteriosas de la brujería, algo que va más allá del lenguaje, más allá de las explicaciones. Hoy nos fuimos de caminata, hablamos, porque el misterio de la brujería debe ser amortiguado con lo mundano. Debe partir de la nada, y debe volver nuevamente a la nada. Ése es el arte del guerrero: pasar por el ojo de una aguja sin ser notado. Por tanto, prepárate acomodando tu espalda contra esta pared de roca, lo más lejos posible del borde. Estaré cerca de ti, en caso de que te desmayes o te caigas. Quiero que cruces las piernas y entres en un estado de silencio interno. Digamos que quieres averiguar qué artículos podrías buscar para desacreditar o comprobar lo que te he pedido que hagas en tu medio académico. Entra en el silencio interno, pero no te duermas. Éste no es un viaje al oscuro mar de la conciencia. Esto es ver desde el silencio interno."*

A Carlos le era bastante difícil entrar en un estado de silencio interno sin quedarse dormido. Luchó contra el casi invencible deseo de dormir. Logró evitarlo, y se encontró mirando el fondo del valle desde la impenetrable oscuridad que le rodeaba. Y luego vio algo que le estremeció hasta los huesos. Vio una sombra gigantesca, quizá de un ancho de cinco metros, saltando en el aire y luego aterrizando con un golpe ahogado y silencioso. Sintió el golpe en sus huesos, pero no lo oyó. Son verdaderamente pesados, don Juan le dijo al oído. Castaneda vio algo, como una sombra de barro meneándose en el suelo, y luego dio otro salto, quizá de unos quince metros, y volvió a aterrizar con el mismo silencioso golpe. Estaba aterrorizado más allá de todo lo que racionalmente pudiera usar como

descripción. Mantuvo sus ojos fijos en la sombra saltando en el fondo del valle. Luego escuchó un zumbido peculiar, una mezcla entre el sonido de un batir de alas, y el sonido de una radio que no ha sintonizado la frecuencia de una estación, y el golpe que siguió fue algo inolvidable. Le sacudió a don Juan y a él hasta los huesos. Una gigantesca sombra de barro negra acababa de aterrizar a sus pies. "*-No te asustes -dijo don Juan en tono imperativo-. Mantén tu silencio interno y la sombra se irá*".

Temblaba de pies a cabeza. Tenía la clara impresión de que, si no mantenía su silencio interno activo, la sombra de barro le envolvería como una frazada y le sofocaría. Sin perder la oscuridad a su alrededor, gritó con toda su fuerza. Nunca había sentido tanto enfado, tanta frustración. La sombra de barro dio otro salto, claramente hacia el valle. Continuó gritando mientras sacudía sus piernas. Quería deshacerse de lo que fuera que viniera a comerle. Su estado nervioso era tal, que perdió la noción del tiempo. Quizá se desmayó. Cuando recuperó el sentido, estaba recostado en su cama en casa de don Juan. Tenía una toalla, empapada de agua helada, envuelta sobre la frente. Ardía de fiebre. Una de las compañeras de don Juan le frotaba la espalda, el pecho y la frente con alcohol, pero no sentía ningún alivio. El calor que sentía provenía de sí mismo. La impotencia y la ira lo generaban. Don Juan reía como si lo que le sucedía fuera lo más gracioso en el mundo. Sus carcajadas resonaban una tras otra.

"Jamás se me hubiera ocurrido que tomarías el ver a un volador tan a pecho, dijo". Le tomó de la mano y le llevó a la parte posterior de su casa, donde le sumergió en un enorme tanque de agua, completamente vestido, con zapatos, reloj, y todo. Estar sumergido en el tanque le ayudó inmensamente. Cuando don Juan le ayudó a salir del agua helada, ya había recuperado cierto grado de control. "*¡Esa visión es absurda!*" no hacía otra cosa que repetir, incapaz de decir nada más. El predador que don Juan había descrito no era benévolo. Era enormemente pesado, vulgar, indiferente. Sintió su despreocupación por nosotros. Sin duda, nos había aplastado épocas atrás, volviéndonos, como don Juan había dicho, débiles, vulnerables y dóciles. Se quitó la ropa húmeda, se cubrió con un poncho, se sentó en la cama, y lloró desconsoladamente, pero no por él. Él tenía su ira, su intento inflexible, para no dejarse comer. Lloró por sus semejantes, especialmente por su padre. Nunca supo, hasta ese momento, que lo quería tanto. Nunca tuvo la opción, se escuchó repetir una y otra vez, como si las palabras no fueran realmente suyas. Su pobre padre, el ser más generoso que conocía, tan tierno, tan gentil, tan indefenso.

21. TÉCNICAS

Ejercicios de atención

Fijar la segunda atención en algo: Para observar, la posición del cuerpo es de vital importancia. Debemos estar muy cómodos. Hay que sentarse en el suelo, sobre un rimero de hojas secas o en un cojín de fibras naturales. La espalda debe apoyarse en un árbol, un tocón o una piedra lisa. Es necesario estar completamente relajado. Los ojos no se fijan jamás en el objeto, para evitar cansarlos. El observar consiste en explorar muy lentamente, moviendo los ojos en sentido opuesto a las agujas del reloj, pero sin variar la posición de la cabeza. Hay que tener los parpados entornados y mirar el punto que se quiere observar. Esta observación consta de cuatro acciones separadas. La primera consiste en emplear el ala de un sombrero como visera para evitar el excesivo resplandor solar y permitir que llegue a los ojos tan sólo una pequeña cantidad de luz; luego, hay que entrecerrar los ojos, el tercer paso requiere mantener constante el ángulo de apertura de los mismos con la finalidad de que el flujo de luz sea uniforme; el cuarto supone distinguir lo que queremos observar a través de la malla de fibras luminosas de las pestañas.
Recordemos que, en nuestros ensueños, una vez que somos capaces de sostener la vista en cualquier objeto, realmente estamos sosteniendo una nueva posición de ensueño. Ahora, debemos mirar fijamente el objeto que sea, como si estuviéramos en un ensueño, con una muy significativa variación: vamos a sostener nuestra atención de ensueño en ese objeto, en la conciencia de ser del mundo cotidiano. Al mirar fijamente al objeto, se lleva a cabo un diminuto desplazamiento de nuestro punto de encaje. Luego, al entrar en nuestra atención de ensueño, a consecuencia de mirar fijamente a cada objeto, lo que hacemos es fijar ese diminuto desplazamiento, y al hacerlo nuestra cohesión nos hace percibir en términos de la segunda atención. Don Juan decía que el proceso es ridículo de tan simple que es.

Usar el ensueño en el mundo de la vida diaria es una de las estratagemas más efectivas de los brujos. Hace que el percibir energía directamente sea como un ensueño, en lugar de ser una experiencia totalmente caótica. Luego, cuando la percepción se arregla, los brujos se encuentran frente a un mundo nuevo.

Encontrar el lugar beneficioso para estar: Como decía don Juan, un guerrero no puede sentarse en un lugar cualquiera sin saber si ese lugar es beneficioso o debilitante. El sitio adecuado es aquel donde uno puede sentirse feliz y fuerte de manera natural.

La norma general es sentir todos los sitios posibles a nuestro alcance hasta determinar sin lugar a dudas cuál es el sitio correspondiente. Don Juan explicaba que hay que utilizar los ojos. Es posible sentir con los ojos cuando no están mirando de lleno las cosas. Explicaba que cada sitio específico tiene su color asociado

El lugar bueno se llama el sitio y el malo el enemigo, estos dos lugares son la clave del bienestar de un hombre, especialmente si busca conocimiento. El mismo hecho de sentarse en el sitio propio crea fuerza superior; en cambio, el enemigo debilita e incluso puede causar la muerte.

Para hallar el sitio apropiado donde descansar, sólo tiene uno que cruzar los ojos. Esa es la manera de hallar los sitios y sus colores. El perfeccionamiento de esta técnica lleva años y consiste en forzar gradualmente a los ojos a ver por separado la misma imagen. La carencia de conversión en la imagen involucra una percepción doble del mundo; esta doble percepción, según don Juan, da a uno oportunidad de evaluar cambios en el entorno, que los ojos son incapaces de percibir normalmente. Debemos empezar lanzando miradas cortas, casi con el rabo del ojo.

Don Juan decía que mirar en vistazos cortos permitía a los ojos apresar visiones insólitas. No son visiones propiamente dichas, son más bien sensaciones. Si miramos un arbusto o un árbol o una piedra donde tal vez nos gustaría descansar, nuestros ojos pueden darnos a sentir si ése es o no el mejor sitio de reposo. No se pueden explicar esas sensaciones, debemos practicar eligiendo un sitio, y así ir sintiendo los diferentes lugares alrededor.

Don Juan decía que sólo puede dar la técnica. Una vez que aprendemos a separar las imágenes y vemos dos de cada cosa, debemos poner atención en el espacio entre las dos imágenes. Cualquier cambio digno de notarse ocurrirá allí, en ese espacio. El sentimiento que recibimos es lo que cuenta. Cada hombre es distinto, es algo que debe aprender cada uno.

Evaluar tonales: Hay que relajarse, cortar el diálogo interno y dejarse ir, para así fundirse con la persona observada. Fundirse es algo que el cuerpo siente o hace al ponerse en contacto de observación de otros cuerpos. Es un lapso de verdadero silencio interno, seguido por una elongación externa de algo en el sí-mismo: una elongación que encuentra y se funde con el otro cuerpo, o con cualquier cosa dentro del campo de percepción.

Tirar cuerdas por una ladera: Es una técnica que debe hacerse con la colaboración de un compañero o maestro. Se elige el lugar adecuado para dormir usando la técnica de mirar sin enfocar. Se recogen las posibles hojas secas del sitio y se hace con ellas un círculo del tamaño del cuerpo. Con unas ramas tiernas de arbusto se barre el área dentro del círculo. Sólo se hace la mímica de barrer, sin tocar el suelo

con las ramas. Luego se juntan todas las piedras que hay dentro del círculo y se ponen en el centro, después se dividen meticulosamente, por tamaño, en dos montones de igual cantidad. Son cuerdas que mantendrán suspendido el sitio del guerrero. Tomamos las rocas más pequeñas y marcamos con ellas la circunferencia del círculo. Igualamos las distancias entre ellas y con ayuda de una vara aseguramos firmemente cada piedra en el suelo.

Ahora el aprendiz corre al pie del cerro y espera. El maestro se asoma desde la orilla e indica al aprendiz si está en el lugar correcto. Cuando es así, el maestro tira las cuerdas una a una, y el guerrero tiene que ponerlas en el suelo, en el sitio que le haya indicado, del mismo modo que estaban puestas arriba.

El aprendiz debe tener una cautela infinita. Cuando uno maneja poder, hay que ser perfecto. Cada una de las piedras es una cuerda, una cuerda que podría dañarnos si la dejamos suelta por ahí; con lo cual no se pueden cometer errores. El guerrero debe clavar la vista en el sitio donde el acompañante tire la cuerda. Si se distrae con cualquier cosa, la cuerda se convertirá en una piedra común y corriente y no podrá distinguirla de las otras piedras ahí tiradas en el suelo.

El grado de concentración es sumamente arduo. Discernir una piedra específica que se precipita cuesta abajo, empujando otras piedras en su camino, es en verdad cosa de locos.

Caminata de atención: Es una variante de las caminatas de poder. Consiste en caminar pisando las huellas de la persona que va delante. Si la persona que lleva el paso es un brujo u hombre de conocimiento, y el aprendiz camina sobre sus huellas, el poder que él disipa al andar se le transmite. El aprendiz debe preocuparse nada más por pisar las huellas; no debe mirar al frente ni a los lados, sino sólo el suelo donde camina. Este tipo de caminatas pueden durar horas.

Escuchar los sonidos del mundo: Técnica para parar el dialogo interno. Relevamos a nuestra manera de percibir el mundo, que siempre es a través de la vista. Le damos un descanso e intentamos siempre que podamos escuchar el mundo, y eso nos ayuda a llegar a parar el dialogo interno.

Usar los agujeros entre sonidos: Don Juan decía que dentro de ellos un brujo podía encontrar todo tipo de mensajes e indicaciones. También decía que son imposibles de describir porque se encuentran en el terreno del *ver*. El diseño de los ruidos de donde nos encontremos, contiene espacios entre un sonido y otro. El hecho es que el tiempo de cada sonido forma una unidad en la pauta sonora general. Así, los espacios o pausas entre sonidos son, si uno se fija, hoyos en una estructura.

Don Juan decía que los brujos usaban los agujeros de los sonidos para averiguar cosas específicas. El aliado de un brujo revelaba asuntos complicados a través de tales agujeros. Todo tiene sentido para un brujo. Los sonidos tienen agujeros, lo mismo que todo cuanto nos rodea. Por lo general, un hombre no tiene velocidad para pescar los agujeros, y por eso recorre la vida sin protección. Los gusanos, los pájaros, los árboles: todos ellos nos pueden decir cosas increíbles, si llegamos a tener la velocidad necesaria para agarrar su mensaje. El humo puede darnos esa velocidad de agarre. Pero debemos estar en buenos términos con todas las cosas vivientes de este mundo. Por esta razón hay que hablarles a las plantas que vamos a matar y pedirles perdón por dañarlas; igual debe hacerse con los animales que vamos a cazar.

Sólo debemos tomar lo suficiente para nuestras necesidades, para estar a bien con animales y plantas. Un guerrero se da cuenta de esto y hace por aplacarlos; así, cuando mira por los agujeros, los árboles y los pájaros y los gusanos le dan mensajes veraces.

Ejercicios de protección y obtención de energía

Protegerse empujando la barriga hacia abajo: Es una técnica que se utiliza en momentos de gran peligro, miedo o tensión. Consiste en empujar hacia abajo el diafragma mientras se toman cuatro marcadas bocanadas de aire, seguidas por cuatro hondas inhalaciones y exhalaciones por la nariz. Las bocanadas deben sentirse como sacudidas en la parte media del cuerpo, y el mantener las manos apretadamente enlazadas, cubriendo el ombligo, da fuerza a la sección abdominal y ayuda a controlar las bocanadas e inhalaciones profundas, que deben retenerse hasta la cuenta de ocho mientras el diafragma se presiona hacia abajo. Las exhalaciones se hacen dos veces a través de la nariz y dos a través de la boca, en forma lenta o acelerada, según la propia preferencia.
Calmarse con los ojos: La clave es la sensación que viene a los ojos desde la parte de abajo del estómago. Unes la atención en ambas partes y eso desemboca en un movimiento oscilante de la cabeza y si nos dejamos llevar por ese movimiento, manteniendo la atención en estos dos puntos, la calma llega a nosotros.

Despedirse de un lugar: Esta técnica implica un extremo poder. Un guerrero muy rara vez hace uso de ella. Don Juan decía que las manos debían cerrarse como para pronunciar una plegaria, fuese ello hecho con delicadeza o violentamente, llegando incluso a producir sonido como de palmoteo. Cualquiera que fuese la forma, el propósito del guerrero al cerrar las manos era atrapar el sentimiento que no quería dejar tras de sí. Tan pronto como se apretaban los puños, una vez capturado el sentimiento, se los llevaba con gran fuerza al medio del pecho, a la altura del

corazón; en el caso de las mujeres se lleva al útero, que es donde guardan sus sentimientos. Allí, se convierte en una daga y el guerrero se la clava, sosteniéndola con ambas manos. Don Juan decía que un guerrero sólo dice adiós de ese modo cuando tiene buenas razones para creer que no regresará.

Entrar en un vehículo: Se debe entrar como si entráramos en un túnel, casi a gatas. Don Juan solía hacerlo así. Explicaba que el vehículo es una cueva, y que ese es el modo correcto de entrar en las cuevas, si pretendemos valernos de ellas. Hay un espíritu inherente a las cuevas, fuesen estas naturales o construidas por el hombre, y es necesario acercarse a él con respeto. El gateo es la única forma adecuada de demostrar ese respeto.

La forma para pelear: Es en realidad una precaución, sólo debe usarse cuando a uno le atacan. Consiste en palmotear contra la pantorrilla y el muslo de la pierna derecha y dar saltos con el pie izquierdo en una especie de danza que debe ejecutarse enfrentando al atacante.

Esta forma sólo debe adoptarse en momentos de crisis extrema, y se le puede agregar un último recurso, arrojar un objeto contra el enemigo. Por lo común se arroja un objeto de poder, pero si el aprendiz no tiene ninguno, le es forzoso usar cualquier piedra que quepa en la palma de la mano derecha, una piedra que se pueda sostener apretada entre la palma y el pulgar. Es una técnica que sólo debe usarse si uno se halla indudablemente en peligro de perder la vida. El lanzamiento del objeto tiene que acompañarse con un grito de guerra, un alarido con la propiedad de dirigir el objeto a su blanco. Es recomendable ser cuidadoso y deliberado con el grito, y no emplearlo al azar, sino sólo con "*severas condiciones de seriedad*".

Clamor o grito de guerra: Es algo que se queda con un hombre toda la vida, por eso tiene que ser bueno desde el principio. Y la única manera de empezarlo correctamente es retener el miedo y la prisa naturales de uno hasta hallarse lleno por entero de poder, y entonces el alarido brota con dirección y fuerza. Estas son las condiciones de seriedad necesarias para soltar el grito. El poder que lo llena a uno antes del clamor, es algo que corre a través del cuerpo saliendo de la tierra donde uno está parado; es una especie de poder emanado del sitio benéfico, para ser exactos. Es una fuerza que empuja el alarido para hacerlo salir. Si tal fuerza se maneja debidamente, el grito de batalla es perfecto.

Rodar por el suelo para conseguir energía: Es una técnica femenina. Al rodar por el suelo, las brujas sorben energía de la luz de la tierra. Lo hacen a través de su útero.

Forma masculina de tomar energía: Un hombre, para captar energía, debe echarse de espalda, flexionando las rodillas hasta lograr que las plantas de los pies estén en contacto en toda su superficie. Los brazos deben abrirse hacia los lados, con los antebrazos en posición vertical y los dedos en forma de garra hacia arriba.

Mirar el sol: El Nagual sostenía que la mejor manera de obtener energía consiste, desde luego, en permitir que la luz solar penetre en los ojos, especialmente el izquierdo. Se trata de mover la cabeza lentamente de un lado a otro, en tanto captamos la luz solar con el ojo izquierdo, entornado. Él afirmaba que no sólo era posible utilizar el sol, sino también cualquier otro tipo de luz susceptible de ser reflejada por los ojos.

Utilizar la energía del sol: Puede hacerse tanto en el amanecer como en el ocaso. Eso dependerá de la naturaleza del guerrero. Unos encuentran su poder en uno u otro momento del día.

Es importante parar el diálogo interno, y mirar el sol sin enfocarlo, hasta que desaparezca en el horizonte, o hasta que su luz sea demasiado fuerte en el caso del amanecer. Después el guerrero trota en el sitio donde se halla de pie. Se deja llevar por el trote sin perder de vista el sol y deja que su cuerpo asuma el control.

Coger con la voluntad: La mirada del guerrero se coloca en el ojo derecho de la otra persona. Y lo que hace es parar el dialogo interno, entonces el Nagual se hace cargo. De allí el peligro de esa maniobra. Cada vez que el nagual prevalece, aunque sea solo un instante, no hay manera de describir la sensación que el cuerpo experimenta. La mirada en el ojo derecho no es fijar la vista, es más bien un agarrón duro que uno da a través del ojo de otra persona. Es decir, uno agarra algo que hay detrás del ojo. Uno tiene la sensación física y real de estar agarrando algo con la *voluntad* (algo sale de algún sitio abajo del estómago; ese algo posee dirección y puede enfocarse en cualquier cosa). El secreto está en el ojo izquierdo, conforme un guerrero progresa en el camino del conocimiento, su ojo izquierdo puede coger cualquier cosa. Por lo general, el ojo izquierdo del guerrero tiene una apariencia extraña, a veces se queda bizco, o se hace más pequeño que el otro, o más grande, o diferente de algún modo.

Curar o curarse de una enfermedad muy grave: Se puede usar para uno mismo o para otra persona. Según don Juan, el procedimiento es muy simple. Todo lo que debemos hacer es recordar a la persona de que se trata, normalmente un paciente incurable. Puesto que es un caso terminal, tiene poder. No tiene nada más que perder. Ya lo ha perdido todo. Cuando no se tiene nada que perder se adquiere coraje. Somos temerosos únicamente en la medida que tengamos algo a que



aferrarnos. Cuando ya le hemos recordado eso, entonces tiene que deshacerse de la enfermedad, empujándola con la mano izquierda. Debe empujar hacia afuera con el brazo y tener el puño cerrado como si estuviese cogiendo el tirador de una puerta. Debe empujar más y más, y, a la vez repetir: "fuera, fuera". Hemos de decirle que como no queda nada que hacer, debe dedicar cada segundo del tiempo que le quede de vida a realizar esa actividad. Don Juan aseguraba que podría levantarse e irse por su propio pie si así lo deseaba. No es sencillo, para hacerlo se necesita un espíritu impecable, y si la persona lo tuviera, no estaría en esa situación de enfermedad.

Encantamiento para enfrentarse a una gran agitación que deviene al experimentar fuertes sacudidas en el camino del conocimiento:

> *"Ya me di al poder que a mi destino rige.*
> *No me agarra ya nada, para así no tener nada que defender.*
> *No tengo pensamientos, para así poder ver.*
> *No temo ya a nada, para así poder acordarme de mí.*
> *Sereno y desprendido me dejará el águila pasar a la libertad."*

Limpiarse con humo: El humo es muy importante para los brujos. Es como la niebla, aunque la niebla es mejor, pero es demasiado difícil de manejar. No está tan a mano como el humo. Así que si un brujo quiere *ver* y conoce a alguien que tiene por costumbre ocultarse, como Castaneda, caprichoso y huraño, enciende un fuego y hace que su humo envuelva a la persona. Esconda lo que esconda, surgirá con el humo. La Gorda aclaraba que el Nagual no sólo empleaba el humo para ver y conocer a la gente, sino también para curarla. Daba a Josefina (una de sus aprendices) baños de humo; le hacía estar de pie o sentada junto al fuego en la dirección hacia la cual soplaba el viento. El humo la envolvía, haciéndola sofocar y llorar, pero la incomodidad era sólo temporal y sin consecuencias graves; los efectos positivos, por otra parte, se traducían en un aumento gradual de la luminosidad. El Nagual dio baños de humo a todos sus aprendices.

Técnicas de no hacer

Observar árboles: En el caso de mirar un árbol, lo que sabemos hacer es enfocar inmediatamente el follaje. Nunca nos preocupamos de las sombras de las hojas ni los espacios entre las hojas. Debemos entonces empezar a enfocar las sombras de las hojas de una sola rama para luego, sin prisas, recorrer todo el árbol, y sin dejar a nuestros ojos volver a las hojas, porque el primer paso deliberado para juntar poder personal es permitir al cuerpo "no hacer".



Encoger piedras: Una manera de hacerlo es mirar los hoyos y las concavidades del guijarro y tratar de percibir sus minucias. Si logramos captar el detalle, los hoyos y concavidades desaparecen y podemos entender el significado de *no hacer.*

Juntar piedras: *Hacer* nos obliga a separar la piedrita de la piedra grande. Si queremos aprender a no hacer, digamos que debemos juntarlas. Don Juan señalaba la pequeña sombra que el guijarro arrojaba sobre el peñasco y decía que no era una sombra sino una goma que adhería a ambos. Un guerrero se entera de muchas cosas fijándose en las sombras.

Ejercicio para sacar algo del cuerpo: Es un movimiento que el guerrero ejecuta cuando quiere sacar algo de su cuerpo. Por ejemplo, una enfermedad o un sentimiento indeseable. La idea es empujar y tirar una imaginaria fuerza oponente hasta sentir que un objeto pesado, un cuerpo sólido, frena el libre movimiento de la mano. Acostados doblamos el brazo derecho por el codo y ponemos la palma de la mano mirando al frente, curvamos los dedos como si cogieran un pomo de puerta. Movemos el brazo hacia adelante y hacia atrás en una trayectoria circular; la acción semeja la de empujar y tirar de una palanca unida a una rueda. En el caso del ejercicio, el *no hacer* consiste en repetirlo hasta sentir con la mano el cuerpo pesado, aunque de hecho uno jamás pudiera creer que fuese posible sentirlo.

Si notamos que al hacer el ejercicio nuestra mano se pone fría como el hielo, debemos dejarlo. Quiere decir que aún no tenemos suficiente poder personal. Podremos reanudarlo en otra ocasión. Lo haremos poco a poco, hasta que ya no se enfríe la mano. *No hacer* es sólo para guerreros fuertes y cuando no lo estamos, nada más podemos atrapar cosas horrendas con la mano.

Observar sombras: La sombra es la cosa misma y sin embargo no lo es. Observar una cosa es *hacer*, pero observar su sombra es *no hacer.* Las sombras son como puertas, las puertas de *no hacer.* Un hombre de conocimiento, por ejemplo, puede penetrar los sentimientos íntimos de la gente mirando sus sombras. Podríamos decir que hay movimiento en las sombras, o que en ellas se muestran las líneas del mundo, o que los sentimientos vienen de ellas. Creer que las sombras son solo sombras es *hacer*. Esa creencia no deja de ser estúpida. Pensémoslo en esta forma: habiendo tanto más detrás de todas las cosas del mundo, sin duda debe haber algo más detrás de las sombras. Después de todo, lo que las hace sombras es sólo nuestro *hacer.*

Don Juan decía que hay que bizquear como cuando se escudriña para buscar el lugar de descanso. Clarificaba que, al buscar un sitio de reposo, había que mirar sin enfocar, pero al observar las sombras había que bizquear y, al mismo tiempo,



conservar enfocada una imagen clara. La idea es cruzar los ojos para que una sombra se sobrelape a la otra. Explicaba que por medio de ese proceso era posible corroborar un cierto sentimiento emanado de las sombras.

Ejemplo: "*Don Juan indicó a Castaneda buscar dos trozos de roca pequeños, largos y estrechos. Halló dos trozos y se los entregó. Don Juan puso cada piedra en una grieta, más o menos a treinta centímetros de distancia, le hizo acercarse a mirarlas desde arriba, con el rostro hacia poniente, y le indicó repetir con sus sombras el ejercicio antes indicado. Casi de inmediato fue capaz de cruzar los ojos y de percibir las sombras individuales como si se hubieran fundido en una sola. Advirtió que el acto de mirar sin converger las imágenes, daba a la sombra única formada por él, una profundidad increíble y una especie de transparencia. La observó, desconcertado. Cada hoyo de la roca, en el área donde sus ojos se enfocaban, era nítidamente discernible, y la sombra compuesta, sobrelapada a ellos, era como un velo de indescriptible transparencia. No quería parpadear, por miedo a perder la imagen que tan precariamente retenía. Finalmente, el escozor de sus ojos forzó el parpadeo, pero no perdió en absoluto la visión de los detalles. De hecho, al rehumedecerse su córnea la imagen se hizo aún más clara. Advirtió en ese punto que parecía hallarse mirando, desde una altura inconmensurable, un mundo nunca antes visto. También notó que podía escudriñar el entorno de la sombra sin perder el foco de su percepción visual. Luego, por un instante, perdió la noción de estar mirando una roca. Sintió que aterrizaba en un mundo cuya vastedad superaba cualquier cosa que hubiese concebido. Esta extraordinaria percepción duró un segundo y después se apagó. Alzó automáticamente la mirada y vio a don Juan de pie directamente por encima de las rocas, enfrentándolo. Su cuerpo tapaba el sol.*"

Cambiar la dirección de los ojos: En los primeros tiempos del aprendizaje de Castaneda hubo una oportunidad en que don Juan encendió dos pequeñas hogueras en las montañas de México septentrional. Estaban alejadas entre sí unos seis metros. Hizo situar a Carlos a una distancia similar de ellas, manteniendo el cuerpo, especialmente la cabeza, en una postura muy natural y cómoda. Entonces le hizo mirar hacia uno de los fuegos y, acercándose a él desde detrás, le torció el cuello hacia la izquierda, alineando sus ojos, pero no sus hombros, con el otro fuego. Le sostuvo la cabeza en esa posición durante horas, hasta que la hoguera se extinguió.

El Nagual decía que todos desarrollamos en el curso de la vida una dirección según la cual miramos. Esa dirección termina por ser la de los ojos del espíritu. Según pasan los años esa dirección se desgasta, se debilita y se hace desagradable y, puesto que estamos ligados a esa dirección particular, nos hacemos débiles y desagradables. El día en que el Nagual torció el cuello a una de sus aprendices y no le soltó hasta que se desmayó de miedo, le dio una nueva dirección.

Cultivar la sensación de cosquilleo en la coronilla: Don Juan decía que los brujos deben cultivar esa sensación. Según él, es una suerte de comezón, algo ni placentero ni doloroso, que se inicia en el punto más alto de la cabeza. Se debe uno intentar orientar en el desarrollo de la conciencia corporal y la memoria de la sensación, corriendo bajo ramas o rocas salientes según un plano horizontal situado a pocos centímetros por encima de nosotros.

Observar nubes o colinas: La gorda decía que, si miras con los ojos abiertos, te confundes y la vista se nubla; pero si los entornas y parpadeas constantemente y observas las cimas de una en una, o las nubes de una en una, puedes pasar horas haciéndolo, o días, si es necesario. El Nagual tenía por costumbre hacerles sentar ante la puerta y contemplar las colinas redondeadas del otro lado del valle. A veces se sentaba con ellos durante días enteros, hasta que la fractura se producía.

La forma correcta de caminar: El caminar en esta forma satura el tonal, lo inunda. La atención del tonal tiene que colocarse en sus creaciones. Esa atención es la que crea el orden en el mundo; el tonal debe prestar atención a los elementos de su mundo con el fin de mantenerlo, y debe, sobre todo, sostener la visión del mundo como diálogo interno.

El guerrero, al curvar los dedos, llama la atención hacia sus brazos; luego, mirando sin enfocar cualquier punto directamente frente a él en el arco que empieza en las puntas de sus pies y termina sobre el horizonte, inunda literalmente su tonal con información. El tonal, sin su relación de uno a uno con los elementos de su descripción, no puede hablar consigo mismo, y así uno llega al silencio. La posición de los dedos no importa en absoluto, la única consideración es llamar la atención hacia los brazos poniendo los dedos en diversas posiciones desacostumbradas. Lo importante es la forma en que los ojos, mantenidos fuera de foco, detectan un enorme número de detalles del mundo sin tener claridad con respecto a ellos. En tal estado los ojos pueden captar detalles demasiado fugaces para la visión normal.

La marcha de poder: Es un trote que se utiliza para correr de noche cuando hay oscuridad total. El tronco se inclina ligeramente hacia delante, pero se mantiene la columna derecha. Las rodillas un poco dobladas y deben alzarse casi hasta el pecho cada vez que damos un paso. La marcha de poder es completamente segura. La clave es dejar al poder personal fluir libremente, para que se mezcle con el poder de la noche; una vez que ese poder toma las riendas no hay posibilidad de resbalar.

Don Juan decía que debemos abandonarnos al poder de la noche y confiar en el poquito poder personal que tenemos, pues de lo contrario nunca podremos movernos con libertad, y que la oscuridad nos estorba sólo porque nosotros

confiamos en la vista para todo cuanto hacemos, sin saber que otro modo de moverse es permitir que el poder sea el guía.

Don Juan insistía en que primero debemos plegar los dedos contra las palmas de las manos, estirando el pulgar y el índice. La marcha de poder requiere que uno ponga los ojos en el suelo directamente enfrente, porque cualquier vistazo a los lados produce una alteración en el fluir del movimiento. Es necesario inclinar el tronco hacia adelante para bajar los ojos. La razón para levantar las rodillas hasta el pecho es que los pasos deben ser cortos y seguros. Al principio tropezamos mucho, pero con práctica, podremos correr con la misma rapidez y seguridad que a la luz del día.

Hablar con las plantitas: Es una técnica muy interesante para perder todo sentido de importancia. Debemos hablarles hasta que podamos hacerlo delante de los demás. Debemos hablarles en voz clara y fuerte si queremos que nos respondan. No importa realmente lo que le digas a una planta. Lo mismo da que inventemos las palabras; lo importante es sentir que nos cae bien y tratarla como igual. El mundo que nos rodea es un misterio, y los hombres no son mejores que ninguna otra cosa. Si una plantita es generosa con nosotros, debemos darle las gracias, o quizá no nos deje ir.

Enterrarse: Primero se hace un círculo y se barre despejando piedras y ramas hasta que quede limpio. Se juntan ramas gruesas y se echan dentro del círculo. Se hace el agujero de las medidas de la persona, esta se acuesta con la cabeza mirando a su dirección beneficiosa, se pone un saco bajo su cabeza y se hace una jaula en torno del cuerpo. Se construye clavando en la tierra suave trozos de ramas, de unos 75 centímetros de largo; las ramas, terminadas en horquetas, sirven de soportes para unos palos largos que dan a la jaula un marco y la apariencia de un ataúd abierto. Se cierra esa especie de caja colocando ramas pequeñas y hojas sobre las varas largas, encajonándose los hombros por abajo. Se deja la cabeza fuera y el saco hace de almohada. Luego se toma un trozo grueso de madera seca y, usándolo como pala, se afloja la tierra en torno del cuerpo y se cubre con ella la jaula.

El marco debe ser sólido y las hojas estar bien puestas, así no entra tierra. La persona puede mover libremente las piernas y, de hecho, entrar y salir, deslizándose. Don Juan decía que por lo común el guerrero construía la jaula y luego se metía en ella y la sellaba desde adentro. Los animales no son preocupación para un guerrero, que guiado por su empeño inflexible puede alejar cualquier cosa. Ninguna rata, ni serpiente, ni puma podría molestarlo.

Los guerreros se entierran para recibir instrucción y ganar poder.

Según los Genaros también es una forma para protegerse y curarse. La tierra es una pantalla, no deja que nada pase por ningún lado. De esta manera el guerrero puede estar a salvo de las energías negativas enviadas por algún brujo o influencias de un objeto de poder.

Donde encontrar más técnicas

Podemos encontrar muchas más técnicas bien explicadas y contrastadas en el libro de Víctor Sánchez "*Las enseñanzas de don Carlos*".
Por otro lado, invito a los lectores a que experimenten y creen sus propias técnicas. También pueden encontrar información valiosa en sus ensueños y expediciones al nagual.

22. TÉRMINOS

Atención: La gorda decía que captamos las imágenes del mundo mediante nuestra atención. Es muy difícil enseñar a un varón el arte de los brujos porque su atención siempre está bloqueada, dirigida hacia algo. Una hembra, por el contrario, se halla siempre abierta, puesto que durante la mayor parte del tiempo no concentra su atención sobre nada específico. En especial cuando tiene la regla. El Nagual insistía en ello; además, demostró que en ese periodo la atención de las mujeres escapaba de las imágenes del mundo. Si no lo atienden, el mundo se desploma. Es muy sencillo. Mientras una mujer menstrúa, le es imposible concentrar su atención en nada, esa es la fractura a la cual se refería el Nagual. En vez de luchar por focalizarla, la mujer debe dejarse ir de las imágenes fijando la vista en las colinas distantes, o en el agua de los ríos, o en las nubes.

Brujería: La brujería es aplicar la voluntad a una coyuntura clave. La brujería es interferencia. Un brujo busca y encuentra la coyuntura clave de cualquier cosa que quiera afectar y luego aplica allí su voluntad. Un brujo no tiene que *ver* para ser brujo; nada más necesita saber usar su voluntad. (ej. Don Juan aplicó su voluntad a las bujías del coche de Castaneda y consiguió que no pudiera arrancar)

Ciclo: Los brujos tienen dos ciclos. Durante el primero son humanos y a cada brujo se le es asignada una tarea; llevarla a cabo les hace perder la forma humana. El segundo ciclo es aquel en que el brujo ya no es humano: tal era el caso de don Juan y don Genaro.

Completo e incompleto: Un guerrero completo es el que no ha tenido nunca un hijo, o se ha despegado emocionalmente de ellos. El Nagual decía que cuando tenemos un hijo se produce un agujero en nuestro cuerpo energético o huevo luminoso. Entonces estamos incompletos. Siempre perderemos una parte de nuestra energía por ese agujero e irá a parar a nuestro hijo. Don Juan decía que los brujos que quieren entrar al otro mundo, deben estar completos. La gorda decía que no todo el mundo está obligado a hacerlo. Sólo los brujos que desean entrar al otro mundo. Hay buen número de otros brujos que *ven* y están incompletos. El estar completo es cuestión exclusivamente de los toltecas.

Conciencia acrecentada: Es una fase intermedia antes de que uno entre de lleno en la conciencia del lado izquierdo, uno es capaz de tremenda concentración, pero también es uno susceptible a cualquier influencia. Don Juan explicaba que los nuevos videntes descubrieron que durante esa fase intermedia es cuando tiene lugar el aprendizaje más profundo, y que también es cuando hay que supervisar, a los guerreros y darles explicaciones para que puedan evaluarlas debidamente. Si no

reciben explicaciones antes de entrar por completo en el lado izquierdo, llegan a ser magníficos brujos pero malísimos videntes, como les pasó a los antiguos toltecas.

Cuerpo de ensueño: Es el cuerpo que usamos cuando estamos ensoñando. En ensueños se puede aprender el intento de formar tu cuerpo físico. Se puede llegar a ensoñar todo tu cuerpo de la más perfecta manera. Pero el cuerpo de ensueño tiene un intento diferente del intento del cuerpo físico. Por ejemplo, el cuerpo de ensueño puede atravesar una pared, porque conoce el intento de desaparecer en el aire. El cuerpo físico conoce el intento de comer, pero no el de desaparecer en el aire. Para el cuerpo físico sería tan imposible traspasar una pared como sería comer para el cuerpo de ensueño.

Doble: Es el otro, el cuerpo que se obtiene mediante el soñar. Tiene exactamente el mismo aspecto que uno.

El golpe del Nagual: El Nagual en un momento dado, da un golpe al aprendiz en la espalda. Se siente el golpe en la columna, en medio y arriba de los omóplatos. Una claridad extraordinaria posee luego al aprendiz. El mundo es el mismo, pero más nítido. Las facultades de razonamiento quedan nubladas y el aprendiz percibe sin ellas y permanece en ese estado hasta que el nagual da otro golpe en el mismo lugar y vuelve al estado normal de conciencia. Es un golpe directo y fuerte, no como el golpe de un puño, sino más bien un impacto que le quita el aliento por instantes. La Gorda hablaba del mismo efecto: todo el aire era expulsado de sus pulmones mediante el golpe del nagual y ella tenía que aspirar más de la cuenta para poder llenarlos nuevamente. La Gorda creía que la respiración era el factor decisivo. En su opinión las inhalaciones de aire que ella se veía forzada a hacer después de ser golpeada eran las que acrecentaban la conciencia. También explicó que a ella no se le tenía que golpear para hacerla volver a su estado normal. Ella volvía mediante sus propios medios, sin saber cómo.

Un rasgo de esos estados de conciencia acrecentada era la riqueza incomparable de la interacción personal, una riqueza que nuestros cuerpos comprendían como una sensación de velocidad. Ni la Gorda ni Castaneda podían describir lo que en realidad era esa velocidad. Lo mejor que podemos decir es que en el lado izquierdo se puede comprender el significado de las cosas con precisión, directamente. Cada faceta de actividad se halla libre de preliminares e introducciones. Se actúa y descansa; avanza y retrocede sin ninguno de los procesos de pensamiento que nos son usuales. En estados de conciencia acrecentada se percibe todo de un solo golpe, una masa bultosa de detalles inexplicables. A esta habilidad de percibir todo de un solo golpe se le llama intensidad.

Después los guerreros tienen la tarea de consolidar la totalidad de uno mismo, recordando todo lo que aconteció en esos estados alterados de conciencia, y lo hacen a través del reacomodo de la intensidad en una secuencia lineal.

El nagual es un dirigente, un guía que tiene la responsabilidad de abrir el camino, y que debe ser impecable para empapar a sus guerreros con un sentido de confianza y claridad. Sólo bajo esas condiciones un nagual se halla en posibilidad de proporcionar un golpe en la espalda a fin de forzar un desplazamiento de conciencia, pues el poder del nagual es lo que permite llevar a cabo la transición. Si el nagual no es un practicante impecable, el desplazamiento no ocurre, como fue el caso cuando Castaneda trató, sin éxito, de colocar a los demás aprendices en un estado de conciencia acrecentada aporreándolos en la espalda.

Don Juan decía que el nagual tiene que dar el golpe en un sitio preciso, que varía de persona a persona pero que siempre se halla en el área general de los omóplatos. Un nagual tiene que ver para especificar el sitio, que se localiza en la periferia de la luminosidad de uno y no en el cuerpo físico en sí; una vez que el nagual lo identifica, lo empuja, más que golpearlo, y así crea una concavidad, una depresión en el cascarón luminoso. El estado de conciencia acrecentada que resulta de ese golpe dura lo que dura la depresión. Algunos cascarones luminosos vuelven a sus formas originales por sí mismos, algunos tienen que ser golpeados en otro punto a fin de ser restaurados, y otros más ya nunca recuperan sus formas ovales. Don Juan decía que los videntes ven la conciencia como una brillantez peculiar. La conciencia de la vida cotidiana es un destello en el lado derecho, que se extiende del exterior del cuerpo físico hasta la periferia de nuestra luminosidad. La conciencia acrecentada es un brillo más intenso que se asocia con gran velocidad y concentración, un fulgor que satura la periferia del lado izquierdo. Don Juan decía, que los videntes explican lo que ocurre con el golpe del nagual, como un desalojamiento temporal de un centro colocado en el capullo luminoso del cuerpo. Las emanaciones del Águila en realidad se evalúan y se seleccionan en ese centro. El golpe altera su funcionamiento normal. A través de sus observaciones, los videntes han llegado a la conclusión de que los guerreros tienen que ser puestos en ese estado de desorientación. El cambio en la manera como funcione la conciencia bajo esas condiciones hace que ese estado sea un territorio ideal para dilucidar los mandatos del Águila: permite que los guerreros funcionen como si estuvieran en la conciencia de todos los días, con la diferencia de que pueden concentrarse en todo lo que hacen con una claridad y con una fuerza sin precedentes.

Emanaciones del águila: Los videntes llamaban emanaciones del águila a la forma que adquiere la energía tal como fluye en el universo. Ellos veían esta energía como filamentos de luz autoconscientes que se extendían en todas direcciones hasta el infinito. Era una explicación que según ellos no explica gran cosa, ya que la sintaxis

es incapaz de llegar al conocimiento, éste se debe experimentar de manera directa. Es muy interesante, que en los postulados más modernos de física cuántica encontramos la teoría de cuerdas, en ella se demuestra que el universo en su parte más pequeña, más básica, está formado por cuerdas de energía que vibran.

Hacer y no hacer: Todo hábito es, en esencia, un "hacer"; y un hacer requiere todas sus partes para funcionar. Si una de ellas falta, el hacer resulta imposible. Para don Juan, cualquier serie coherente y significativa de acciones es un hacer. Dicho, en otros términos, una costumbre requiere, para constituir una actividad vital, todas sus acciones componentes.

Hombre de conocimiento: Es alguien que ha seguido de verdad las penurias del aprendizaje. Un hombre que, sin apurarse ni desfallecer, ha llegado lo más lejos que puede en desentrañar los secretos del poder personal.

Impecabilidad: La impecabilidad es hacer lo mejor que puedas en lo que fuese.

La impecabilidad no es otra cosa que el uso adecuado de la energía. Los guerreros hacen inventarios estratégicos. Hacen listas de sus actividades y sus intereses. Luego deciden cuáles de ellos pueden cambiarse para, de ese modo, dar un descanso a su gasto de energía.

El inventario estratégico sólo abarca patrones de comportamiento que no eran esenciales para nuestra supervivencia y bienestar. En los inventarios estratégicos de los guerreros, la importancia personal figura como la actividad que consume la mayor cantidad de energía, y por eso se esfuerzan por erradicarla. Una de las primeras preocupaciones del guerrero es liberar esa energía para enfrentarse con ella a lo desconocido. La acción de recanalizar esa energía es la impecabilidad.

Intento: El intento está presente en todo. El intento es lo que hace el mundo. El nagual decía que la gente, y todas las demás criaturas vivientes son esclavas del intento. Estamos en sus garras, nos hace hacer todo lo que quiere. Nos hace actuar en el mundo, incluso nos hace morir. Decía que cuando nos convertimos en guerreros, sin embargo, el intento se vuelve nuestro amigo. Nos deja ser libres por un rato. A veces incluso viene a nosotros, como si por ahí hubiera estado esperándonos.

El nagual mostró a todos sus aprendices lo que él podía hacer con su *intento.* Podía hacer aparecer cosas llamando al *intento*. Decía que, si queríamos volar, teníamos que convocar el intento de volar. Decía que conocía el intento de muchas cosas y que podía llamar a esas mismas cosas intentándolas.

La gorda aprendió el intento de volar repitiendo todas las sensaciones que había tenido volando en sus *ensueños.*

Intento inflexible: El camino de los brujos, en general, es un proceso arduo cuya finalidad es poner en orden el vínculo de conexión. Ese vínculo, en el hombre común y corriente, está prácticamente inerte y los brujos comienzan siempre con algo que no sirve para nada. A fin de revivir el vínculo de conexión, los brujos necesitan un propósito extremadamente fiero y riguroso, un estado especial de la mente llamado intento inflexible. El reconocer y aceptar que el nagual es el único capaz de suplir ese intento inflexible es la parte de la brujería que resulta más difícil para los aprendices.

La explicación de los brujos: No parece en nada una explicación, pero es mortal. Parece inofensiva y encantadora, pero apenas el guerrero se abre a ella, descarga un golpe que nadie puede parar.

La Regla: Es un mapa de actuación para los guerreros que les da los pasos a seguir para hallar la libertad. El hallarse ligado con la regla puede describirse como vivir un mito. Don Juan vivía un mito, un mito que lo atrapó y que lo hizo ser el Nagual.

Líneas del mundo: Hay un número infinito de líneas que nos juntan con las cosas. Las líneas más duraderas que un hombre de conocimiento produce, vienen de la parte media del cuerpo. Pero también puede hacerlas con los ojos. Son líneas que pueden sentirse. El guerrero siente el mundo a través de sus líneas.

Juan Tuma, guerrero de la partida del nagual Juan Matus, las describía así: son unos rayos de luz o de energía, que supuestamente entrelazan la tierra. Decía que esos rayos no fluctúan como todo lo demás en el universo, sino que se hallan fijos en un patrón. Ese patrón coincide con cientos de puntos del cuerpo luminoso. Hermelinda creía que todos esos puntos se encontraban en nuestro cuerpo físico, pero Juan Tuma explicaba que, puesto que el cuerpo luminoso es bastante grande, algunos de esos puntos están localizados hasta a un metro de distancia del cuerpo físico. En cierto sentido se hallan fuera de nosotros, y sin embargo, esto no es así: están en la periferia de nuestra luminosidad y, por tanto, pertenecen al cuerpo total. El punto más importante se localiza a unos treinta centímetros del estómago, a cuarenta grados a la derecha de una línea imaginaria que se desprende, recta, hacia delante. Ese es el centro donde se congrega la segunda atención, y es posible manejarlo golpeando suavemente con las palmas de las manos.

La gorda volaba agarrándose de las líneas del mundo. El Nagual le enseñó a valerse de su cuerpo para generar luces, porque, de todos modos, somos luz; de modo que producía chispas y destellos (orinándose en las manos y sacudiéndolas con fuerza), y ellos, a su vez, atraían a las líneas del mundo. Una vez que veía una, le era fácil colgarse de ella. Se aferraba a ella, poniendo las manos en garra y luego juntándolas a la altura de las muñecas, formando con ellas una suerte de cuenco, con los dedos

curvados hacia arriba. Se aferraba a ellas como un jaguar, y no separaba las muñecas jamás. Si lo hacía, podía caer y partirse el cuello.

Molde del hombre: Todo tiene un molde particular. Las plantas tienen moldes, los animales tienen moldes, los gusanos tienen moldes. Los brujos cuentan en su soñar con una vía que les lleva al molde, el molde es una entidad a cuya visión accedemos algunos en oportunidades en que nos hallamos imbuidos de poder, y todos, sin duda, en el momento de nuestra muerte. El molde es la fuente, el origen del hombre, puesto que, sin el molde, capaz de concentrar la fuerza vital, no hay modo de que la misma se organice según la forma humana. El molde humano resplandece; y siempre se lo halla en charcas y barrancos estrechos. Se alimenta de agua. Sin agua no hay molde.

La vaciedad impide ver el molde. El Nagual afirmaba que todo en el mundo es una fuerza; un rechazo o una atracción. Para ser atraídos o rechazados debemos ser como una vela, como una cometa al viento. Pero si tenemos un agujero en el centro de nuestra luminosidad, las fuerzas pasan a través de él y jamás nos afectan.

El Nagual decía que a veces, si tenemos suficiente poder personal, obtenemos una visión del molde, aunque no seamos brujos; cuando eso ocurre, decimos que hemos visto a Dios. Él afirmaba que lo llamábamos Dios porque era justo hacerlo. El molde es Dios.

El Nagual decía que cuando se le ve, se le puede pedir algo. Que un guerrero no puede permitirse dejar pasar las oportunidades. Sostenía que un guerrero con el poder suficiente puede *ver* el molde muchas, muchas veces.

Muerte según don Juan: La muerte es un remolino. Es el rostro del aliado; la muerte es una nube brillante en el horizonte; la muerte es el susurro de Mescalito en tus oídos; la muerte es la boca desdentada del guardián; la muerte es Genaro sentado de cabeza (Don Genaro, benefactor de Castaneda, que era el encargado de las enseñanzas del lado izquierdo de la conciencia); la muerte es don Juan hablando; la muerte no es nada. ¡Nada! Está aquí pero no está aquí en todo caso.

La muerte tiene dos etapas: La primera es un oscurecimiento. Es una etapa sin sentido, muy semejante al primer efecto de Mescalito, cuando uno experimenta una ligereza que lo hace sentirse feliz, completo, y todo en el mundo está en calma. Pero ese es sólo un estado superficial; no tarda en desvanecerse y uno entra en un nuevo terreno, el terreno de la dureza y el poder. Esa segunda etapa es el verdadero encuentro con Mescalito. La muerte es muy parecida. La primera etapa es un oscurecimiento superficial. Pero la segunda es la verdadera etapa en que uno se encuentra con la muerte; un breve momento, después de la primera oscuridad, hallamos que, de algún modo, somos otra vez nosotros mismos. Y entonces la

muerte choca contra nosotros con su callada furia y su poder, hasta que disuelve nuestras vidas en la nada.

Don Juan decía que el humito le había enseñado su muerte inconfundible. Por eso, nada más podía hablar de la muerte personal.

Según don Juan, la muerte entra por el vientre. Se mete por la abertura de la voluntad. Esa zona es la parte más importante y sensible del hombre. Es la zona de la voluntad y también la zona por donde morimos. Don Juan lo sabía porque su aliado lo había guiado hasta esa etapa. Decía que un brujo templa su voluntad dejando que su muerte lo alcance, y cuando está plano y empieza a expandirse, su voluntad impecable entra en acción y convierte nuevamente la niebla en una persona.

El Nagual Juan Matus dijo a sus aprendices que cuando fuera el momento de irse de este mundo tendrían un signo. Algo que de verdad les guste les saldrá al paso para llevarlos. Dijo que no tiene que ser nada grandioso. Cualquier cosilla que nos guste será suficiente.

También decía que la muerte podía esconderse detrás de cualquier cosa imaginable, incluso detrás de un punto en el cuaderno de notas de Castaneda.

Nagual: Es el brujo que está escindido en dos partes, más extraños son los que están divididos en tres o cinco partes. Su configuración energética, su huevo luminoso, está dividido en dos partes que a su vez se dividen en dos.

Por lo general los huevos luminosos están divididos en dos secciones, la excepción a esta regla son los hombres y mujeres que están divididos en tres o cuatro partes. Debido a ello, esas personas son más fuertes y adaptables que el hombre común y corriente, y por lo tanto, pueden convertirse en naguales al volverse videntes.

Un nagual jamás le deja saber a nadie que él controla todo. Un nagual va y viene sin dejar huella. Esa libertad es lo que lo hace nagual.

Los aprendices decían de don Juan que, cada vez que lo necesitaba, le era posible salir por un camino con el que ellos no contaban; algo surgía de él, algo que no era un doble sino una sombra horrenda, amenazante, de aspecto semejante al suyo, pero del doble de su tamaño. Llamaban Nagual a esa sombra y todo aquel que la tiene es, por supuesto, el Nagual. Don Juan les dijo que, si lo deseaban, todos podían disponer de esa sombra que surge de la cabeza, pero lo más probable es que ninguno de ellos lo deseara. Don Genaro no lo quería, de modo que sus aprendices tampoco lo querían. Por lo visto Castaneda era el que debía cargar con ello.

Decían que esa sombra consume mucha energía. El Nagual y Genaro dividieron a Castaneda en un bosque de Eucaliptus. Le llevaron allí porque los eucaliptus eran

sus árboles. Lo abrieron y sacaron su nagual. Lo hicieron tirándole de las orejas hasta que su luminosidad estuvo separada en dos y dejó de ser un huevo, para convertirse en dos largos trozos de luminosidad. Luego le volvieron a unir. Para cualquier brujo que viera podría decir que hay un enorme agujero en el centro. La ventaja de haber sido dividido es que tenía un oído que lo oye todo y un ojo que lo ve todo y siempre le era posible sacar un kilómetro de ventaja en caso de necesidad.

El Nagual también es definido por los brujos como el principio indescriptible, la fuente de todo. El nagual se halla en todo. También puede aseverarse lo contrario: que el tonal está en todo. En realidad, no existe oposición alguna. El tonal es susceptible de ser fácilmente aprehendido por nuestros sentidos, en tanto el nagual sólo puede ser captado por el ojo del brujo. Podemos tropezar con las más extravagantes visiones del tonal, y asustarnos o aterrorizarnos ante ellas, o serles indiferentes, puesto que son accesibles a todos. Una visión del nagual, por otro lado, requiere de los sentidos especializados de un brujo para ser contemplada por entero. Y, sin embargo, tanto el tonal como el nagual están presentes en todo siempre.

Parar el mundo: Lo que se para dentro de nosotros es lo que la gente nos ha estado diciendo que es el mundo. Desde que nacemos la gente nos dice que el mundo es así y asá, y naturalmente no nos queda otro remedio que ver el mundo en la forma en que la gente nos ha dicho que es. El mundo de los brujos es distinto, en ese mundo hablan los coyotes y también los venados, como don Juan decía, también las víboras de cascabel y los árboles y todos los demás seres vivientes.

Poder personal: El poder personal es un sentimiento. Algo como tener suerte. O podríamos llamarlo un estado de ánimo. El poder personal es algo que uno adquiere sin importar su propio origen. Un guerrero es un cazador de poder, lo caza y lo guarda. Lo difícil en todos nosotros es convencernos. Necesitamos creer que el poder personal puede usarse y es posible guardarlo.

Toltecas: El Nagual decía que pertenecía a un linaje Tolteca. Decía que todos ellos eran toltecas. Según él, un tolteca es un receptor y conservador de misterios. El Nagual y Genaro eran toltecas. Dieron su luminosidad y misterios a sus aprendices. Un brujo es un tolteca cuando ha sido iniciado en los misterios del acechar y el soñar. El Nagual y Genaro fueron iniciados por su benefactor y retuvieron esos misterios en sus cuerpos.

Voluntad: Digamos que un guerrero aprende a entonar su voluntad, a dirigirla a un punto directo, a enfocarla donde quiere. Es como si su voluntad, que sale de la parte media del cuerpo, fuera una sola fibra luminosa, una fibra que él puede dirigir a cualquier sitio concebible. Esa fibra es el camino al nagual. O también podríamos decir que el guerrero se hunde en el nagual a través de esa sola fibra.

La voluntad es algo muy claro y poderoso que dirige nuestros actos. La voluntad es algo que un hombre usa, por ejemplo, para ganar una batalla que, según todos los cálculos, debería perder. La voluntad no es valor. Los hombres valientes son hombres dignos de confianza, hombres nobles perennemente rodeados de gente que se congrega en torno suyo y los admira; pero muy pocos hombres valientes tienen voluntad. Por lo general son hombres sin miedo, dados a hacer acciones temerarias de sentido común; casi siempre, un hombre valiente es también temible y temido. La voluntad, en cambio, tiene que ver con hazañas asombrosas que desafían nuestro sentido común.

La voluntad es un poder, tiene que ser controlado y afinado, y eso toma tiempo. Aun así, nuestra voluntad opera a pesar de nuestra indulgencia. Hay en nosotros una abertura; como la parte blanda de la cabeza de un niño, que se cierra con la edad, esta abertura se abre conforme uno desarrolla su voluntad. Está en el sitio de las fibras luminosas, en el área abdominal. Bajo el ombligo. Es una abertura que da un espacio para que la voluntad se dispare, como una flecha.

La voluntad no es un objeto, es un poder dentro de nosotros. No es un pensamiento ni un deseo. La voluntad es lo que puede darte el triunfo cuando tus pensamientos te dicen que estás derrotado. La voluntad es lo que te hace invulnerable. La voluntad es lo que manda a un brujo a través de una pared; a través del espacio; a la luna, si él lo quiere.

Don Juan decía que la voluntad es la verdadera unión entre los hombres y el mundo. El mundo es lo que percibimos, en cualquier manera que podemos elegir percibirlo. Percibir el mundo involucra un proceso de aprehender lo que se presenta ante nosotros. Esta percepción particular se lleva a cabo con nuestros sentidos y nuestra voluntad. Lo que nosotros llamamos voluntad, es carácter y disposición fuerte. Lo que un brujo llama voluntad es una fuerza que viene de dentro y coge al mundo de fuera. Sale por la barriga, donde están las fibras luminosas. Uno lo siente salir. Un hombre común nada más agarra las cosas del mundo con las manos, o los ojos, o los oídos, pero un brujo también las agarra con la nariz, o la lengua, o la voluntad, sobre todo con la voluntad. No podemos describir realmente cómo se hace, pero nosotros mismos, por ejemplo, no podemos describir como oímos. Lo que sucede es que todos podemos oír, de modo que podemos hablar de lo que oímos, pero no de cómo oímos. Un brujo usa su voluntad para percibir el mundo. Pero no es como percibirlo con el oído. Cuando miramos el mundo o cuando lo oímos, tenemos la impresión de que está allí y de que es real. Cuando percibimos el mundo con la voluntad, sabemos que no está tan allí ni es tan real como pensamos.

La voluntad es lo que junta a un brujo, pero conforme la vejez lo debilita su voluntad se apaga, y llega inevitablemente un momento en el que ya no es capaz de dominar su voluntad. Entonces se queda sin nada con qué oponerse a la fuerza silenciosa de

su muerte, y su vida se convierte, como las vidas de todos sus semejantes, en una niebla que se expande y se mueve más allá de sus límites.

Para elucidar el control de la segunda atención, don Juan presentó la idea de la *voluntad*. Dijo que la voluntad podía describirse como el máximo control de la luminosidad del cuerpo en cuanto a campo de energía, o podía describirse como un nivel de pericia, o un estado de ser al que llega abruptamente un guerrero en un momento dado. Se le experimenta como una fuerza que irradia de la parte media del cuerpo después de un momento del silencio más absoluto, o de un momento de terror puro, o de una profunda tristeza; pero no después de un momento de felicidad. La felicidad es demasiado trastornante para permitirle al guerrero la concentración requerida a fin de usar la luminosidad de su cuerpo y convertirla en silencio. El nagual decía que para un ser humano la tristeza es tan poderosa cono el terror. La tristeza hace que un guerrero derrame lágrimas de sangre. Ambos pueden producir el momento de silencio. O el silencio viene por sí mismo, porque el guerrero lo persigue a lo largo de su vida.

El nagual decía que es un momento de negrura, un momento aún más silente que el momento de parar y cerrar el diálogo interno. Esa negrura, ese silencio, permite que surja el *intento* de dirigir la segunda atención, de dominarla, de obligarla a hacer cosas. Por eso se le llama *voluntad*. El *intento* y el efecto son la *voluntad*; el nagual dijo que las dos están unidas.

El intento de hacer cualquier cosa produce el efecto de conseguirla. El problema es que no sentimos nuestra voluntad porque pensamos que debería ser algo de lo cual estamos seguros, algo conocido, como enojarse, por ejemplo. La *voluntad* es muy silenciosa, no se nota. Pertenece al otro yo. Cuando ensoñamos entramos en nuestro otro yo.

La *voluntad* es un control de la segunda atención al que se le llama el otro yo. A pesar de todo lo que los guerreros hacen, sólo conocen un pedacito muy pequeño del otro yo. El nagual deja a cargo de sus aprendices el completar su conocimiento. Esa es su tarea de recordar. Llega un momento en su aprendizaje, que los guerreros afrontan la tarea de recordar al otro yo y todo lo que ha acontecido en sus viajes por la segunda atención.